CUARENTA Y CINCO INVIERNOS y una Primavera

ESTRELLA CORREA

Copyright © 2026. Estrella Correa.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son, o bien producto de la imaginación del autor, o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, julio 2026.

Título Original: Cuarenta y cinco inviernos y una primavera
Corrección: Antonio Correa. Rocío Moreno.

CUARENTA Y CINCO INVIERNOS y una *Primavera*

ESTRELLA CORREA

No es de tontos enamorarse.
Es de valientes volver a hacerlo.
Después de las heridas. Después de las despedidas. Después de todas las veces que juraste que nunca más.
Porque abrir el corazón cuando ya conoces el dolor, requiere más coraje que cualquier otra cosa.

A la vida, y las personas bonitas.
A Armando, Zoa y David.

SINOPSIS

¿Y si el amor de tu vida llegara cuando ya habías aprendido a vivir sin él?

Estela tiene cuarenta y cinco años, un hijo adolescente, un divorcio a la espalda y la firme convicción de que las grandes historias de amor solo ocurren una vez. Hace tiempo que dejó de buscar a alguien que le cambie la vida. Ahora solo quiere una vida tranquila.

Hasta que aparece Armando.

Él tiene treinta años, acaba de separarse y está decidido a no volver a enamorarse. No quiere compromisos. No quiere etiquetas. No quiere que nadie vuelva a ocupar el lugar del que tanto le costó salir.

Lo que ninguno de los dos imagina es que el amor nunca pregunta si llega en el momento adecuado.

Entre vecinos demasiado curiosos, una comunidad donde nadie sabe guardar un secreto, amigos capaces de convertir cualquier desastre en una fiesta y una familia que termina adoptando a quien menos lo espera, Estela y Armando descubrirán que hay personas que te quieren con hechos antes de aprender a decirlo con palabras. Pero a veces el miedo pesa más que el amor. Y, cuando eso ocurre, querer a alguien también significa tener el valor de dejarlo marchar.

Porque hay historias que nacen en una primavera. Y otras que necesitan atravesar todos los inviernos para aprender a florecer.

Una novela sobre las segundas oportunidades, el amor, las familias que elegimos y el inmenso valor de quedarse cuando lo más fácil sería huir.

ÍNDIDE

PRÓLOGO

1. LO QUE UNO SE LLEVA CUANDO SE VA
2. MI CASA, SUS REGLAS (Y VICEVERSA)
3. DONDE TODO ENCAJA (MENOS YO)
4. EL HOMBRE DEL RELLANO
5. NOTICIAS DEL PORTAL
6. CASUALIDADES DE LA PUTA VIDA
7. CERVEZAS CALIENTES Y VERDADES A MEDIAS
8. LAS LLAVES QUE ABREN COSAS
9. EL PROBLEMA DE QUE ALGUIEN NO TE HAGA CASO
10. FIESTA DE PRIMAVERA Y MALAS IDEAS (MALÍSIMAS)
11. MENSAJES A LAS TRES DE LA MADRUGADA
12. DOMINGOS TRANQUILOS QUE SE COMPLICAN SOLOS
13. DONDE MADRID SE VE MEJOR DESDE ARRIBA
14. EL AIRE CAMBIA Y NO HAY MARCHA ATRÁS
15. DONDE LO LÓGICO PIERDE Y TAMPOCO PASA NADA
16. CUANDO UNO NO BUSCA NADA Y ESO EMPIEZA A SER UN PROBLEMA
17. UNA MADRE CONFIESA Y UN HIJO SE SORPRENDE
18. CUANDO UNO ESCRIBE PORQUE QUIERE (Y YA ESTÁ)
19. CUANDO UNA CONVERSACIÓN COMIENZA EN LA COCINA
20. LAS AMIGAS TAMBIÉN SON ELLOS
21. CUANDO EL PASADO LLAMA Y NO SABES CÓMO CONTESTAR
22. LOS DÍAS SE DESLIZAN Y EL PELIGRO EMPIEZA A PARECER BUENA IDEA
23. SUBIR LA ESCALERA COMO FUGITIVOS
24. CUANDO NO HAY VUELTA ATRÁS (AUNQUE NADIE LO DIGA)
25. CUANDO BAJAR UNAS ESCALERAS CUESTA MÁS QUE SUBIRLAS

26. CUANDO AL DÍA SIGUIENTE SIGUE SIENDO MIEDO
27. SIN DRAMATIZAR O CON DRAMA
28. DONDE TODO VUELVE A SER FÁCIL
29. EL TDAH Y ARMANDO
30. EL CUMPLEAÑOS Y EL CUMPLEAÑERO
31. UN MOMENTO PARA NOSOTROS
32. O SE PARTE LA CRISMA O SE HACE VIRAL
33. TODOS LOS MOMENTOS SUMABAN
34. UN PASO, OTRO MÁS
35. QUÉ BIEN ME CAES
36. LA MEJOR LOCURA
37. ENREDADA ENTRE SUS BRAZOS
38. LA CONVERSACIÓN CON UN ADOLESCENTE ESPECIAL
39. CUANDO LA VIDA ES UNA Y PASA VOLANDO
40. CUANDO DESAPARECE Y TÚ NO SABES QUÉ HACER CON ESO
41. CUANDO ALGUIEN NO DEJA QUE TE VAYAS DEL TODO
42. VOLVER AL LUGAR DEL QUE CREÍAS HABERTE IDO
43. ALGUIEN CON INTENCIÓN DE QUEDARSE UN RATO
44. LAS CERVEZAS CAEN DESPACIO, COMO LA FUERZA
45. ARMAGEDDON
46. BESOS ININTERRUMPIDOS Y ROPA CAYENDO
47. CUANDO LA SONRISA COMIENA A PREOCUPARTE
48. CUANDO PENSAR EN ELLA SE CONVIRTIÓ EN DEPORTE OLÍMPICO
49. CUANDO NADA ES NORMAL
50. CUANDO A TU MADRE NO SE ESCAPA NADA
51. CUANDO RECOGER UNA BICICLETA SE CONVIERTE EN OTRO ADIÓS
52. CUANDO MORIR LO SIENTES COMO UN ACTO DE AMOR DEL UNIVERSO
53. CUANDO LLEGA UNA EDAD Y DEJAS DE CREER EN LOS MALOS MOMENTOS
54. CUANDO UNA ENFERMEDAD TE OBLIGA A SENTIRTE MAL Y BAJAR LA GUARDIA
55. CUANDO QUIERES MORIRTE UN RATO LARGO

56. CUANDO DE VERDAD ALGUIEN TE DESCOLOCA
57. CUANDO TE ACOMODAS
58. MENSAJES, STICKERS Y MÁS MENSAJES
59. EL BLOQUE, LOS VECINOS Y LA VERDAD
60. CUANDO LA FAMILIA ES LO MÁS IMPORTANTE
61. Y OTRA VEZ LA DICHOSA BICICLETA
62. ZOA, DAVID, ARMANDO Y ESTELA. AMIGOS
63. DECISIONES BUENAS Y DECISIONES MALAS
64. UN COCHE, LA NOCHE Y EL DESEO
65. AMIGOS
66. CUANDO SONRÍES CON LA VIDA ENTERA
67. CAMBIAR PARA MEJOR Y PEOR
68. NADA EVIDENTE, PERO SE NOTA
69. INTENTANDO SER AMIGOS
70. DONDE YA NO ERA UN JUEGO
71. CUANDO EL SILENCIO EMPIEZA A PESAR
72. CUANDO YA NO ES SUFICIENTE
73. CUANDO YA NO ES TAN FÁCIL MIRAR HACIA OTRO LADO
74. CUANDO DECIDES NO PENSAR EN EL MAÑANA
75. SILENCIOS LARGOS
76. AMIGOS "PATOLAVIDA"
77. NOTICIAS IMPORTANTES
78. LOS ZASCAS SON ZASCAS PORQUE NO TE LOS ESPERAS
79. DEJA HABLAR A LOS SILENCIOS
80. DUELE, MUCHO
81. CUANDO DORMIR ES INCREÍBLE
82. EL PROBLEMA DE PENSAR EN ESTELA
83. DORMIR FATAL Y OTROS PROBLEMAS
84. DOLORES QUE ARRASAN CON TODO
85. DESEANDO VERLA
86. CUANDO EL CORAZÓN Y EL ALMA PESAN
87. SORPRESAS Y EL AMOR
88. EL DESPUÉS
89. CUANDO CUENTAS LOS DÍAS Y LAS NOCHES

90. DESCUBRIRTE DE NUEVO
91. VERLO Y RECONOCERLO
92. ELLA ERA LA PERSONA
93. BODA, BODA, BODA Y ARMANDO
94. ACEPTAS Y MÁS BODA
95. LOS PREPARATIVOS MÁS LARGOS DE LA HISTORIA
96. EL VESTIDO
97. EL MISMO INFIERNO
98. LA NOVIA MÁS GUAPA
99. LIBRE DE TODAS LAS MANERAS POSIBLES
100. BODAS, FLORES Y SENTIMIENTOS
101. CUANDO LO QUE NO SUEÑAS SE HACE REALIDAD
102. PARTES DE UNA BODA
103. BAILAR Y OTROS MENESTERES
104. CÓMO PUEDE TERMINAR UNA BODA
105. CUANDO NO DEJAS DE QUERER, AUNQUE LO HAS INTENTADO

EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA

PRÓLOGO

Me divorcié cinco años antes de entender lo que había hecho. No el papeleo, no la firma, no el momento en el que recogí mis cosas y cerré una puerta que había sido mi casa durante más de media vida. Eso lo entendí enseguida. Lo que tardé en comprender fue el después. El estrépito que deja una decisión cuando ya no hay nadie con quien discutirla.

Había estado veintidós años con la misma persona. Darío, mi exmarido, con el que me había casado en un jardín alumbrado con luces cálidas y el amor vibrando en nuestras venas. Veintidós. A veces lo decía en voz alta y me sonaba a exageración, a historia ajena, a una mujer que no era yo. Pero sí lo era. La chica que se casó joven, que apostó fuerte, que quiso construir algo sólido. Y lo construyó. No fue un desastre. No fue una guerra. Fue una historia larga, real, con amor, bonita, con rutinas, con días buenos y días que no tanto.

Y aun así, fui yo quien se fue.

No porque dejara de quererlo. Eso fue lo más difícil de aceptar. No se deja de querer de un día para otro. El amor no desaparece, cambia de sitio. Se vuelve más tranquilo, más sereno, más lejano. Pero sigue ahí. Yo seguía queriendo a Darío. De otra forma. Sin ganas de compartir cama ni proyecto, pero con ese respeto profundo que solo se tiene por quien ha formado parte de tu vida de verdad.

A veces pensaba que debería haber luchado más. Haber apretado los dientes un poco más. Haber intentado salvar lo que teníamos con más insistencia. Pero yo no sé querer a medias. No sé quedarme cuando algo dentro de mí se rompe. Soy visceral. Emocional. Y ese día, sin más, entendí que me estaba apagando.

Y me marché.

Durante mucho tiempo cargué con la culpa. No con una culpa dramática, de novela, sino con esa culpa discreta que se sienta contigo en el sofá y no se va. La que te susurra que quizá podrías

haber aguantado un poco más. Que quizá el amor también se trabaja. Que quizá no todo tiene que sentirse todo el tiempo.

Luego aprendí algo importante: quedarse por miedo también es una forma de perderse.

En esos cinco años había tenido pocas relaciones. Algunas. Las suficientes para recordar que seguía viva. Hombres buenos, en general. Buenos de verdad. De los que llaman, preguntan y se preocupan. De los que no juegan. Y aun así, no había conseguido enamorarme de ninguno.

No de verdad.

Había momentos bonitos. Risas. Cenas. Besos que merecían la pena. Pero nada que me desordenara por dentro. Nada que me hiciera saber: aquí sí es.

Durante un tiempo pensé que me había convertido en hielo. O en piedra. Algo sólido, frío, difícil de atravesar. Pero no era verdad. Porque sentía. Sentía cuando abrazaba a mi hijo. Sentía cuando mi padre me miraba con orgullo y complicidad. Sentía cuando mi madre me regañaba creyendo que me estaba salvando. Sentía cuando me sentaba con mis amigas y el mundo se hacía más ligero.

Amaba. Mucho.

Amaba a mi gente.

Amaba mi vida.

Amaba despertarme cada mañana.

Amaba mi trabajo.

Trabajaba como directora de comunicación en una cadena hotelera, un puesto que había construido con esfuerzo, horas y una paciencia que no siempre había tenido en lo personal. Me gustaba lo que hacía. Me gustaba tomar decisiones, resolver problemas, crear. Me gustaba sentir que avanzaba, que no me había quedado quieta después del divorcio.

Vale, me rompí un poco, pero me había reconstruido. A mi manera. A mi ritmo. Con mis aciertos. Con mis errores. Y aun así, había algo. No era vacío ni tristeza. Era más bien una especie de

pausa. Un lugar en el que todo estaba bien, pero nada terminaba de descolocarme. Y eso no es malo, supongo.

Hasta que un día, sin buscarlo, apareció un hombre con una planta en el ascensor de casa de mis padres. Y lo que yo creía que tenía controlado… dejó de estarlo.

No fue un golpe.

No fue una tormenta.

No hubo señales ni advertencias.

Fue más bien como una lluvia fina que empieza sin que te des cuenta. De esas que no obligan a correr ni a buscar refugio. De esas que al principio parecen inofensivas, casi agradables… hasta que, sin saber muy bien cuándo, estás completamente empapada.

Así apareció Armando en mi vida.

Sin ruido.

Sin pedir sitio.

Un vecino nuevo en el piso de arriba de mis padres. Un chico de veintinueve años que sonreía como si no le doliera nada. Que hablaba con naturalidad, que miraba a los ojos, que no medía cada palabra.

Al principio fue solo eso. Un cruce en el ascensor. Una conversación breve. Una cara nueva en un edificio donde todo el mundo lo sabía todo de todos.

Pero hay personas que no llegan. Irrumpen.

Y él… no hizo nada especial.

No dijo nada extraordinario.

No intentó impresionarme.

No fue inmediato ni evidente. No fue ese tipo de flechazo que te deja sin aire y te obliga a replanteártelo todo. Fue más sutil. Más peligroso. Porque lo sutil no se detecta a tiempo.

Era la forma en la que me miraba. Era cómo me hacía reír sin esfuerzo. Era esa ligereza suya, esa manera de estar en el mundo sin cargarlo todo en los hombros.

Yo, que venía de medir cada paso. De pensar antes de sentir. De protegerme incluso de lo que podía hacerme bien. Y de pronto, él. Como una ventana que alguien abre sin avisar. Como esa canción que no buscabas y de repente no puedes dejar de escuchar.

No me asustó. Porque yo ya sabía lo que era el miedo, lo reconocía, le ponía nombre y apellidos; sabía esquivarlo. Había aprendido a recomponerme en minutos cuando me rompía en mil pedazos.

Pero aquello no era miedo, sino curiosidad, ganas… Una especie de impulso que no pedía explicaciones. Y eso… eso sí que no lo tenía previsto. Porque yo ya había hecho las paces con mi vida. Con lo que tenía y con lo que no. No necesitaba nada que viniera a desordenarme.

Pero hay cosas que no llegan porque las necesites. Llegan porque te encuentran. Y Armando… me encontró en un momento en el que yo creía que ya nadie podía hacerlo.

1

LO QUE UNO SE LLEVA CUANDO SE VA

Armando

La última caja siempre pesa más. No importa que dentro solo haya camisetas viejas, un altavoz pequeño y tres libros que no volviste a abrir. La última caja pesa porque no lleva cosas, sino lo que queda. El cierre. La prueba de que ya no hay excusa para seguir entrando y saliendo de una vida que hasta hace dos semanas era tuya.

La dejé junto a la puerta y miré el salón por última vez. Nuestro salón. O el que lo había sido.

La manta gris sobre el sofá. La lámpara torcida que Lucía llevaba años diciendo que había que cambiar. La estantería llena de novelas suyas, de plantas medio vivas y de velas que nunca encendíamos porque a mí me daban igual y a ella, al final, también. Todo seguía en su sitio. Eso era lo peor. Que la casa no reflejaba el desastre. La casa seguía pareciendo una casa normal. Una casa bonita. Una casa donde dos personas podían quererse. Y, sin embargo, ya no lo hacían.

A veces el amor no se rompe. Se enfría. Se transforma. Se convierte en costumbre, en cariño, en lealtad, en una conversación amable sobre qué compramos para cenar. Y eso, que desde fuera puede sonar suficiente, por dentro se parece demasiado a una renuncia.

Yo había creído en el amor para siempre con una fe que daba vergüenza ajena.

Me casé con veintitrés años. Veintitrés. Lo pienso ahora y me entran ganas de sentar a aquel Armando en una silla, darle un vaso de agua y decirle: «Baja un poco la emoción, campeón». Pero no habría servido de nada. A esa edad yo estaba convencido de que el

amor, cuando era de verdad, bastaba. Que si elegías a la persona correcta y la querías con fuerza, ya estaba. Fin de la historia. Música de fondo. Créditos.

Lucía era diez años mayor que yo, y eso me parecía sofisticado, interesante, sexi. Ella ya había vivido cosas, sabía cosas, tenía una seguridad que a mí me deslumbraba. Yo era un chico alegre, trabajador, con ganas de comerse el mundo y una forma de querer demasiado limpia. Me enamoré con todo. Sin calcular. Sin guardar nada.

Y durante años fui feliz. De verdad.

Eso era lo complicado. Que no podía reescribir nuestra historia para irme con menos culpa. No podía convertirla en una villana, ni a mí en un mártir. Lucía no había hecho nada terrible. No me había traicionado. No había montado una gran escena, ni contado una mentira, ni había un tercero en discordia. Solo había una verdad pequeña y brutal que tardé demasiado en aceptar: ya no la amaba como antes.

La quería. Muchísimo. La admiraba. La respetaba. Le deseaba todo lo bueno del mundo. Pero no la amaba de esa manera que te empuja a construir futuro con alguien. No con hambre. No con esa alegría íntima de elegir a la misma persona otra vez, que te la pone dura cerrando los ojos. ¿Es cruel? Tal vez, pero era verdad.

Tardé meses en decirlo en voz alta. Porque cuando eres bueno, o intentas serlo, también puedes hacer mucho daño. A veces incluso más. Porque alargas la agonía con la esperanza de arreglar algo que en el fondo ya sabes que no va a volver.

Fuimos a terapia. Hablamos. Lloramos. Nos dimos espacio dentro de la misma casa, que es una de las cosas más tristes que se pueden hacer en pareja: vivir como si no os estuvierais perdiendo.

La terapeuta nos dijo frases sensatas. Lucía hizo preguntas valientes. Yo intenté ser honesto sin ser dañino, y descubrí que eso no existe. La honestidad, cuando llega tarde, siempre corta por algún sitio.

Cogí la caja otra vez y me agaché para buscar las llaves. Fue entonces cuando la vi. La fotografía. Estaba entre dos sobres viejos, medio escondida bajo una carpeta azul. La saqué con cuidado.

París. La Torre Eiffel al fondo. Lucía y yo besándonos con una intensidad ridícula y maravillosa, esa de quienes creen que nada malo puede pasarles. Ella llevaba un abrigo camel y el pelo suelto. Yo una bufanda horrible que ella decía que me quedaba bien porque estaba enamorada, no porque tuviera ojos.

Se me escapó una sonrisa triste.

—Quédatela. —La voz de Lucía me golpeó en la espalda y me giré.

Estaba en el pasillo, apoyada en la pared, con los brazos cruzados y los ojos brillantes. Lucía enfadada no gritaba, se volvía precisa. Más devastadora.

—Pensé que la habías tirado —dije.

—Pensé muchas cosas de ti estos últimos meses. Ya ves.

—No quería dejarla aquí. —Bajé la vista a la foto.

—Pues no la dejes.

Levanté los ojos.

Tenía la cara cansada. Bonita igual. Muy bonita. Pero cansada. Había llorado menos de lo que yo esperaba y eso me hacía sentir peor. Como si el dolor, al hacerse silencioso, ganara importancia.

—Lucía…

—No empieces si vas a decir algo amable —me cortó—. Hoy no lo soporto.

—Vale.

Hubo unos segundos de esos educados, que en realidad están llenos de arañazos.

—¿Esa es la última caja? —preguntó.

—Creo que sí.

—Qué rapidez.

—No quería alargarlo.

—No, claro. Eso ya lo has hecho bastante.

La frase me entró como una aguja. No por injusta. Sino por exacta.

—Lo siento —me disculpé con mucha sinceridad, aunque no sirviera de nada.

Se pasó una mano por el pelo. Miró la foto y luego me miró a mí.

—¿Todavía me quieres?

La pregunta era sencilla. La respuesta no. Claro que la quería. La querría siempre, pero no como los dos necesitábamos, no como ella merecía, no como me hubiera gustado.

—Sí.

—No así.

—No así —admití.

Cerró los ojos un segundo.

—Ojalá hubieras sido un cabrón. —Asentí despacio—. Al menos podría odiarte sin esfuerzo.

Dejé la caja en el suelo.

—Lucía, siento haberte hecho daño.

—Ya. Pero el daño está hecho, Armando.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. —Se incorporó un poco, dolida por fin, abierta por fin—. Porque si lo supieras de verdad, no podrías estar tan entero.

La miré.

No estaba entero. Cómo cojones estarlo. Solo estaba funcionando. Que a veces es lo más parecido a estar bien que una persona puede permitirse.

—No estoy entero.

—Pues lo disimulas de puta madre.

No respondí. Ella soltó una risa breve, amarga, preciosa y desgarrada a la vez.

—Mira qué bien. Incluso ahora sigues siendo bueno. Incluso ahora me das pena.

—No quiero darte pena.

—Pues no me la des. —Se cruzó de brazos otra vez—. Dime la verdad completa. Toda. Sin protegerme.

Respiré hondo.

Ese tipo de segundos no deberían existir. Los segundos en los que sabes que cualquier palabra va a doler y aun así tienes que elegir

una.

—La verdad completa —empecé— es que lo intenté. Mucho. Más de lo que tú crees. Y ojalá hubiera funcionado. Ojalá hubiera bastado con querer salvarlo. Ojalá las ganas de no perderte hubieran servido para volver a encontrarte. Pero no ha pasado. Y seguir aquí contigo, fingiendo que todavía vamos hacia el mismo sitio, me estaba convirtiendo en alguien que no quiero ser.

Lucía tragó saliva.

—¿Alguien que me miente?

—Alguien que se queda por culpa y miedo.

Eso le dolió. Lo vi. Le dolió tanto que por un momento pensé que me iba a pedir que me largara inmediatamente, sin embargo, en lugar de eso, se sentó en el brazo del sofá y miró hacia la ventana.

—Yo todavía pensaba que teníamos arreglo.

—Ya…

—Y lo peor de todo es que… tú ya no.

No supe qué decir. Porque hay dolores que no admiten respuesta. Solo presencia.

Me guardé la fotografía en el bolsillo interior de la chaqueta. No por nostalgia barata ni por aferrarme a nada. Me la guardé porque había sido real. Porque nosotros habíamos sido real. Y hay historias que no terminan mal aunque se terminen. Solo terminan.

Lucía se dio cuenta.

—Te la llevas.

—Sí.

—¿Por qué?

La toqué a través de la tela.

—Porque existió.

Me miró de frente.

—No vuelvas dentro de dos meses diciéndome que me echas de menos.

—No haría eso.

—¿Seguro?

—Sí.

—Pues ojalá lo hicieras. —La frase me desarmó.

Di un paso hacia ella.

—Lucía…

—No. Déjame hablar a mí ahora. —Se puso en pie—. A lo mejor necesitas tiempo. De verdad lo pienso. A lo mejor dentro de unos meses te das cuenta de que esto ha sido una locura. De que estabas perdido. Saturado. Asustado. Yo qué sé. A lo mejor sales, respiras, haces todas esas cosas que dices que necesitas hacer… y vuelves.

La miré con el pecho apretado.

—No quiero prometerte algo así.

—No te estoy pidiendo una promesa. —Su voz se quebró solo al final—. Te estoy diciendo que, aunque pasen meses, si un día quieres volver… yo abriré la puerta.

No sé qué me dolió más: su esperanza o el hecho de no poder compartirla.

—No me esperes —musité.

Sonrió sin humor.

—Eso no lo decides tú.

Se acercó. Muy cerca. Tan cerca que por un segundo mi cuerpo recordó todos los años de costumbre, de casa, de piel conocida.

—Eres el amor de mi vida, Armando.

Cerré los ojos un instante.

—Lucía…

—Déjame terminar. —Me rozó la mandíbula con los dedos, y el gesto casi me rompe—. Y probablemente seguirás siéndolo mucho tiempo. Así que no me pidas elegancia. No me pidas rapidez. No me pidas madurez ejemplar. Voy a odiarte un poco. Voy a echarte de menos muchísimo. Y voy a tardar en perdonarte. Pero no por eso voy a dejar de quererte.

Noté un nudo brutal en la garganta.

—Yo también te voy a querer siempre.

—Pero no como quiero. —Negué—. Pues vete antes de que diga algo peor. —Solté el aire, despacio. Cogí la caja. Fui hacia la puerta y la abrí—. Armando —me llamó Lucía. Yo tenía la mano agarrada al pomo con fuerza. La miré una última vez. Seguía en mitad del salón. Pequeña y enorme a la vez—. Sé feliz, aunque te odie por conseguirlo antes que yo.

No supe responderle a eso. Tal vez porque no me sentía más cerca de la felicidad que ella. Solo me sentía en movimiento. Y a veces uno confunde una cosa con la otra.

—Tú también lo serás —aseguré.

—Supongo, pero no hoy. —Soltó un suspiro casi inaudible.

—Adiós, Lucía. —Abrí la puerta del todo.

—Adiós —susurró con dolor. Yo cerré con cuidado. Cerré un millón de besos, de caricias, de te quieros, de recuerdos.

No me derrumbé en el rellano. No bajé las escaleras llorando, ni dramático, ni heroico. Bajé como baja la gente cuando se le ha terminado una vida y todavía no sabe qué hacer con la siguiente. Con una caja en brazos, una foto en el bolsillo y la sensación extraña de haber hecho lo correcto de la forma más triste posible.

Fuera hacía calor. Un agosto asfixiante por todo, me había pasado dos meses ahogándome, tratando de que mi matrimonio no se hundiera en el océano, buscando un salvavidas en medio de la nada, porque eso era lo que quedaba, nada.

Me quedé quieto unos segundos, respirando. La ciudad seguía a lo suyo. Coches. Gente. Un perro tirando de la correa. Una pareja discutiendo en voz baja. El mundo nunca se para cuando uno se rompe. Y eso, aunque joda, también ayuda.

Miré hacia arriba. A la ventana del salón. No se movió la cortina. No apareció nadie. Solo cristal y la tarde cayendo. Entonces entendí algo que me habría gustado saber mucho antes: amar bien a alguien no siempre significa quedarse. A veces significa irse antes de convertir el cariño en deuda.

Empecé a caminar sin un rumbo claro, con el cuello del abrigo levantado y la fotografía rozándome el pecho desde dentro. Pesaba poco. Muchísimo menos que la última caja. Pero la notaba más. Porque hay recuerdos que no se guardan para volver. Se guardan para no mentirse. Lucía y yo existimos. Fuimos verdad. Fuimos casa. Fuimos esa edad en la que uno cree que el amor puede salvarlo todo. Y quizá durante un tiempo fue así. Quizá durante años.

Luego no. Luego la vida se movió, cambió de sitio, nos cambió a nosotros, y lo que un día fue fuego terminó convertido agua calma. En un afecto profundo. En una historia importante. En una despedida honesta.

El amor, al final, no siempre se acaba. A veces muta. A veces se queda sin cuerpo. A veces se vuelve recuerdo antes de que una se atreva a ponerle nombre.

Y aun así, seguí creyendo en él.

Seguí creyendo porque uno no deja de creer en la lluvia solo porque se haya mojado demasiado. Ni deja de mirar el cielo porque una vez se le viniera encima.

El amor es como el polvo de estrellas, mágico, difícil de encontrar y… recuperar.

Llevaba dos semanas quedándome en casa de David, mi mejor amigo, y la persona que más me odiaba en ese momento (sin contar a Lucía) porque le había llenado el apartamento de cajas, cachivaches y conversaciones hasta altas horas de la madrugada. Ese día decidí ir a mi casa, a la de siempre. La de mis padres. Porque la mía ahora era una caja en el maletero, una fotografía en el bolsillo, un corazón resquebrajado y un silencio raro que todavía no sabía dónde colocar. La de mis padres seguía siendo lo único que no había cambiado. El mismo olor a comida hecha con tiempo. La misma puerta marrón con una pequeña marca en la esquina que hice yo con doce años cuando intenté meter una bicicleta donde no cabía.

Suspiré y toqué el timbre. Pasaron un par de segundos antes de que mi madre abriera la puerta. No preguntó. No dijo nada. Solo me miró y lo supo todo.

—Ven aquí. —Me abrazó. Sin condiciones. Sin preguntas. Sin ese cuidado torpe que tiene la gente cuando no sabe qué hacer con el dolor ajeno.

Me abrazó como se abraza a un hijo cuando vuelve.

Y yo, que llevaba días funcionando, por fin dejé de hacerlo.

—Ya está —susurró—. Ya está.

—Mamá…

—*Shhh.* —Me apretó un poco más—. Has hecho lo que tenías que hacer.

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

Negué con la cabeza, apoyado en su hombro.

—Le he hecho daño.

—Claro.

—Mucho.

—Lo imagino.

—Y no se lo merecía.

Mi madre se separó lo justo para mirarme.

—Escúchame bien. Que no se lo merezca no significa que no fuera necesario.

Tragué saliva.

—No sé si eso me consuela.

—No te lo he dicho para consolarte. Te lo he dicho porque no voy a engañarte.

—Podrías hacerlo un rato. Decirme que va a estar bien.

—Lucía sabe cuidarse sola. Lo ha hecho siempre. También ha cuidado de ti. Demasiado.

—Me haces sentir peor. Mucho peor.

—Oh, Armando. Lo siento tanto… —Me abrazó de nuevo. Después de un momento, entramos. Allí las cosas importantes se hacían despacio, daba igual que el mundo tuviera prisa.

—¿Está papá?

—Ha salido a comprar.

—Vale. —Me quité la chaqueta y me senté en el sofá sin saber muy bien qué hacer con las manos.

Mi madre fue a la cocina y volvió con dos vasos de agua.

—No tengo sed.

—Bebe. Hace calor. Estás rojo.

Bebí. Porque cuando tu madre te dice que bebas, bebes.

Se sentó frente a mí y me observó sin juzgar, pero sin esquivar lo que venía.

—¿Cómo estás?

Me reí, corto.

—No tengo ni idea.

—Eso es buena señal.

—¿Buena?

—Significa que no te estás mintiendo.

Apoyé los codos en las rodillas.

—He intentado arreglarlo, mamá.

—Lo sé. Te conozco.

—De verdad.

—Te creo.

—Pero no… —busqué las palabras—… no estaba.

Ella asintió despacio.

—Hay cosas que no vuelven porque uno quiera.

—Pero deberían poder trabajarse.

—Se trabajan muchas cosas.

—El amor también.

—El amor también —repitió—. Pero no siempre.

La miré.

—¿Cómo sabes cuándo dejar de intentarlo?

Mi madre sonrió, triste y sabia.

—Cuando lo único que te queda es el miedo a irte.

Me quedé en silencio.

—No quería irme —admití—. Quería que funcionara. Quería volver a quererla igual que… antes.

—Eso no se decide.

—Ya.

—¿La quieres?

—Sí.

—¿Estás enamorado? —Negué. Ella no insistió—. Pues ahí tienes la respuesta.

—No es suficiente. ¿Hay que sentir… eso todo el tiempo?

—Eso no es lo del principio, pero sí lo que sigue. Y a ti no te queda eso.

—Se ha quedado esperándome. —Me pasé las manos por la cara.

—¿Esperándote? —Mi madre frunció el ceño.

—Cree que a lo mejor necesito tiempo. Que a lo mejor vuelvo.

Mamá suspiró y dejó pasar unos segundos.

—¿Vas a volver?

—No.

—Entonces no le dejes esa puerta abierta.

—No se la he dejado.

—Pero ella la ve.

—No sé cómo cerrarla sin hacerle más daño.

—El daño ya está hecho, Armando. Ahora lo único que puedes hacer es no alargarlo.

—Es muy injusto. —Respiré hondo—. Para ella

—Y para ti.

—No es lo mismo. —Negué con la cabeza.

—No, no es lo mismo. Pero tampoco es fácil para ti.

—Yo me voy.

—Y eso duele también.

—¿Crees que he hecho bien? —La miré.

—Armando… Hijo mío… Creo que has sido muy valiente.

—No me siento valiente.

—Porque ser valiente casi nunca se siente bien.

Se levantó, vino hacia mí y me puso la mano en la nuca.

—Mírame. —Levanté la cabeza—. La vida se vive una vez, Armando. —Asentí, muy despacio—. Una vez. Y no has venido a esta vida a cumplir con lo que se espera de ti. Has venido a vivirla.

Se me cerró un poco la garganta.

—¿Y si me equivoco?

Sonrió.

—Te equivocarás en muchas cosas.

—Gracias.

—Pero no en esto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco.

—Eso no es un argumento científico.

Se sentó a mi lado.

—Tú no sabes querer a medias.

Negué con una sonrisa cansada.

—Eso es verdad.

—Pues ya está.

—Ya está…

Apoyé la cabeza en su hombro.

—¿Dónde has estado estos días?

—¿Cómo sabes que no me he ido hoy?

—Instinto de madre. —Alcé una ceja—. La madre de David me llamó, pero yo ya lo sospechaba.

—¿David se lo ha dicho a su madre?

—Lleva varias semanas llevándose comida para dos y creyó que tenía una nueva novia. Así que… indagó y se enteró de que tú estabas allí. ¿Te vas a quedar a dormir?

—Si no habéis convertido mi habitación en un gimnasio, sí.

—Tu padre barajó la idea, no te creas —bromeó, y sonreí con tristeza, pero sonreí, porque mi madre es así. Un hogar donde quedarte un rato y descansar, ser feliz, respirar.

—¿Puedo quedarme unos días?

—Puedes quedarte el tiempo que necesites.

Cerré los ojos. Respiré de nuevo, de verdad, oxigenando mi cuerpo, recuperándome.

Mamá, casa, lugar.

—Oye, mamá.

—Dime.

—¿Y si no vuelvo a enamorarme así?

Me acarició el pelo.

—Volverás.

—¿Seguro?

—No.

Abrí un ojo.

—¿No?

—Seguro no hay nada.

—Vaya ánimo.

—Pero te volverá a pasar algo.

—¿Algo?

—Sí.

—¿El qué?

Sonrió.

—Eso no se sabe.

—Muy útil.

—Mucho.

Me acomodé mejor.

—De momento, quiero estar tranquilo. No quiero… tener que volver a pasar por esto. Ni… hacerle daño a nadie.

—De momento, eso ya es mucho.

Lo era. Porque después de tanto ruido por dentro, la calma también atraviesa, pero de otra manera. Deja hueco, te das cuenta de todo el espacio que tienes delante y eso, en ocasiones, causa vértigo. Y porque, aunque no lo supiera todavía, todo lo que viene después de una despedida empieza así: volviendo a casa. Y yo… aunque aquella era mi casa, necesitaba una propia. Una en la que estar solo.

2

MI CASA, SUS REGLAS (Y VICEVERSA)

Estela

En mi casa el despertador no sonaba. Hablaba. Mucho. Demasiado.

—Mamá, si no te levantas en tres minutos, me como la última tostada y no me hago responsable de tus decisiones. —Álvaro se asomó a mi habitación. Maldito hijo adolescente demasiado avispado y listo.

Abrí un ojo.

—Eso es chantaje emocional.

—Es supervivencia. —Desapareció como había llegado.

—¡Tengo cuarenta y cinco años, Álvaro! ¡He sobrevivido a cosas peores que perder una tostada! —grité con voz adormilada.

—¡Pero no con aguacate del bueno! —respondió ya desde la cocina.

Suspiré.

Ese niño sabía dónde atacar.

Me incorporé en la cama, diría que con elegancia, pero en realidad hice la croqueta.

Miré el móvil. Las siete y cuarenta y dos de la mañana.

—¡Voy!

—¡Te di margen por cariño! ¡Pero el cariño se agota!

Me levanté, me puse la bata y caminé hasta la cocina de nuestro piso en Prosperidad, un barrio que no sale en las guías, pero donde la vida pasa de verdad. Bares con nombre de persona, fruterías que te fían sin preguntar y vecinos que saben a qué hora llegas sin necesidad de espiarte.

Álvaro estaba apoyado en la encimera, con una camiseta blanca, el pelo despeinado pero peinado (no sé si me explico) y esa cara de

sueño bonito que aún no se le había ido del todo. Tenía dos tostadas preparadas. Dos. No una.

—Te odio —le dije.

—Lo sé. Por eso te he hecho dos.

—Eres un manipulador.

—He aprendido de la mejor.

Sonreí.

—¿Has dormido bien?

—He soñado que aprobaba todo sin estudiar.

—Eso ya es ciencia ficción.

—Déjame vivir. —Me senté frente a él y le quité una tostada—. Oye, esa era mía.

—Ya no.

—Dámela.

—No.

—Qué pesada.

—Pero tú más.

Nos quedamos en silencio unos segundos, masticando, mirándonos con una complicidad que no se explica. La de dos personas que no necesitan decirse todo porque ya lo saben.

—¿Qué tienes hoy? —me interesé.

—Examen de mates. Entreno. Y he quedado luego.

—¿Con quién?

—Con gente.

—Gente no me vale.

—Con gente concreta —bromeó.

—Ja, ja.

—Ja —zanjó.

—Álvaro —repliqué.

—Mamá —me imitó.

—Álvaro.

—Con Marcos y con Carla.

—Carla… —repetí, y suspiré.

—No empieces.

—No he empezado.

—Tu cara ha empezado.

—Mi cara no ha hecho nada.
—Tu cara ha hecho una película entera.
—Mi cara se preocupa.
—Tu cara juzga.
—Mi cara observa.
—Tu cara dramatiza.
—Mi cara te ha traído al mundo.
—Eso sí que es un argumento fuerte.
Reímos.
—¿Te gusta Carla?
—Es guay. —Se encogió de hombros.
—Eso no es una respuesta.
—No todo tiene que tener nombre, mamá.
Me quedé mirándolo con los ojos achinados.
—Eso lo has aprendido de mí.
—Claro.
—Pues no me gusta.
—A mí sí.
Nos reímos otra vez.

Álvaro tenía eso. Esa capacidad de darle la vuelta a todo sin perder el fondo. Era maduro, sí. Mucho. Más de lo que le correspondía a su edad. Pero no había perdido la luz. La risa. La manera de mirar la vida cuando se tiene muchas primeras veces por delante.

—Oye —dijo de pronto—, ¿tú estás bien?
La pregunta me pilló sin defensa.
—Sí. ¿Por qué?
—Ya…
—¿Qué pasa?
—Nada. Te noto… no sé.
—¿Cómo?
—Tranquila. Pero no del todo.
Apoyé los codos en la mesa.
—Estoy bien, Álvaro. De verdad.
—Vale.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque eres mi madre. Y porque te conozco.

Eso también lo había heredado. La intuición.

—Estoy bien —redundé—. Solo… estoy en un momento tranquilo.

—¿Y eso es bueno?

—¿Tú qué crees? Claro que sí.

Asintió, entendiéndolo perfectamente.

—A lo mejor necesitas liarte un poco la vida.

Casi me atraganto y tosí.

—¿Perdona?

—No en plan desastre. En plan emoción…. Sentimientos.

—Tienes dieciséis años y me estás recomendando que me lie la vida.

—Con criterio.

—No sé si reírme o pedir ayuda. ¿Un psiquiatra?

—Ríete. Sale más barato. —Me miró con media sonrisa—. Además, llevas mucho tiempo siendo muy sensata. No te pega.

—Pero es bueno.

—Sí. Y un poco aburrido. Tú no eres así.

—¿Me estás llamando insensata? —Le lancé una servilleta.

—Te estoy llamando divertida a… destiempo.

—¡Fuera de mi casa!

—Es mi casa también.

—Error. Es mi casa donde tú vives.

—Eso es discutible legalmente.

—No abras ese melón.

—Vale, no lo abro. —Se levantó, dejó el plato en el fregadero y cogió la mochila—Oye… si algún día te gusta alguien…

—No empieces.

—Déjame hablar.

—Vas a hablar de todas formas.

—No te rayes por nada. Disfruta. Tú ya has hecho todo lo que tenías que hacer bien. Ahora te toca vivir un poco peor.

—Eso no tiene ningún sentido. —Alcé la palma de la mano.

—Sí lo tiene. —Se acercó y me dio un beso en la cabeza—. Confía en mí. Soy joven.

—Eso es justo lo que me preocupa.
—A mí me tranquiliza. —Abrió la puerta.
—¡Álvaro! —lo llamé y se detuvo.
—¿Qué?
—Eres increíble.
—Lo sé.
—Vete ya.
—Ya me voy. —Salió y la casa se quedó en silencio. Un silencio cómodo pero que no me gustaba cuando él se ausentaba. Pocas veces se iba con su padre, no porque no se llevaran bien, sino porque se había mudado fuera de la ciudad y Álvaro ya era mayor para decidir si quería alejarse según qué día de su vida y de sus amigos. Su padre lo entendía y venía a visitarlo al menos una vez al mes.

Recogí la cocina despacio, sin prisa. Miré por la ventana. Prosperidad empezaba a moverse. Gente con café en la mano, persianas subiendo, vida en marcha. Y pensé que tenía razón. Que llevaba demasiado tiempo sin que nada me descolocara, sin sentir algo que no pudiera controlar. Y sonreí. Porque había creado un espacio seguro para Álvaro y para mí, después de varios años tratando de sobrevivir a una tormenta que aparecía de vez en cuando, sin avisar. Porque todos lo pasamos mal, fatal. Su padre, él, nuestras familias, yo… Ahora todo estaba bien, en su sitio. Y yo no estaba sola, como decía e insistía mi madre. Estaba soltera, eso sí, pero había trabajado tanto en mí y en mi lugar seguro que no estaba dispuesta a dejar entrar a nadie que no se lo mereciera. Nada ni nadie abriría el suelo que pisaba, hasta que llega alguien… hace una zanja y el abismo se abre a tus pies.

3

DONDE TODO ENCAJA (MENOS YO)

Estela

En mi trabajo no había término medio. O no llegaba… o me quedaba a vivir. Ese día, me quedé a vivir.

—No me toquéis nada —avisé al entrar en la sala de reuniones con el portátil abierto y el café en la mano—. Ni una coma. Ni una idea. Ni una silla.

—Buenos días a ti también —respondió Zoa sin levantar la vista de su móvil. Morena, de piel y de pelo, alta, con unos ojos enormes color avellana. Guapa, muy guapa.

—Buenos días ya he dicho. Esto es otra cosa.

—Esto es intensidad —apuntó Samuel desde la esquina—. Nivel: Estela en modo creativo.

—Exacto —contesté—. Y no sabéis lo que cuesta llegar hasta aquí, así que respetad el momento.

Zoa alzó la vista por fin y me miró con esa media sonrisa suya de "te conozco demasiado".

—¿Cuántas horas llevas despierta?

—Las necesarias.

—Eso no es una respuesta.

—He dormido dos horas.

—Son muchas para ti —ironizó.

—Suficientes.

—Estela… Tienes que dormir más y bien. Después te quejas de que se te cae el pelo.

Nos quedamos mirándonos un segundo. Ella suspiró. Yo abrí el portátil.

—Vale —dijo—. ¿Qué tenemos?

Giré la pantalla hacia ellos.

—Campaña de invierno. No quiero algo bonito. No quiero algo correcto. Quiero algo que se sienta. Que la gente lo vea y diga: "quiero estar ahí".

—Eso lo decimos siempre —comentó Samuel.

—Sí, pero hoy lo digo en serio.

—Siempre lo dices en serio.

—Hoy más.

Zoa se levantó, se acercó y miró la pantalla.

—Vale… —murmuró—. Esto está bien.

—Está mejor que bien.

—Está mejor que bien —corrigió ella—. Pero le falta algo.

—No le falta nada.

—Le falta alma.

—Tiene alma.

—Tiene estructura. Que no es lo mismo.

Me apoyé en la mesa.

—Vale. Habla.

Zoa empezó a señalar cosas, a mover ideas, a desmontar lo que yo había construido en cinco horas nocturnas de hiperfoco absoluto. Y no me molestó. Porque tenía razón.

—Aquí —señaló—. Esto es perfecto. Demasiado perfecto. No conecta.

—¿Qué propones?

—Bajar.

—¿Bajar?

—Sí. Menos control. Más verdad.

Samuel levantó la mano como si estuviera en clase.

—Yo solo quiero decir que me encanta veros discutir. Es como tenis, pero con ideas. Ah, sí, y mujeres tenistas con minifaldas. Estoy cachondo.

—¡Cállate! —chillamos las dos a la vez.

Nos miramos y nos reímos. Y ahí pasó. Ese momento en el que todo encaja. En el que las piezas dejan de ser piezas y se convierten en algo vivo. Me senté, empecé a escribir, a borrar, a cambiar, a reconstruir.

El mundo desapareció. El ruido se fue. Las voces se alejaron. Y solo quedó eso. La idea. La sensación. La certeza (no, mejor), la intuición de que estaba haciendo algo bien.

—Vale —hablé diez minutos después—. Ahora sí.

Lancé la pantalla al proyector. Hubo un silencio absoluto. Zoa se cruzó de brazos. Samuel dejó el móvil.

—Vale —repitió ella, más despacio—. Ahora sí.

—Te lo he dicho.

—No, ahora sí te lo compro.

—Siempre me compras.

—No siempre.

—Casi siempre.

—No te vengas arriba.

—Ya estoy arriba.

Samuel aplaudió despacio.

—Yo solo quiero decir que si algún día montáis una secta, me apunto.

—No es una secta —respondí—. Es talento.

—Eso suena peor. Pero aun así me uno.

Zoa negó con la cabeza, sonriendo.

—Eres insoportable cuando entras en este modo —me indicó—. Y muy buena. —Encogí los hombros—. Y lo sabes.

—Claro.

Se apoyó en la mesa, más cerca, y bajó la voz.

—¿Por qué te cuesta tanto aceptar que eres buena en todo lo demás?

Fruncí el ceño.

—¿Cómo que en todo lo demás?

—En todo, Estela.

—No digas tonterías.

—No son tonterías.

—Son tonterías.

—Eres inteligente, tienes criterio, eres divertida, tienes presencia…

—Zoa.

—…y además eres una mujer muy atractiva y segura de ti misma.

—Vale, ya.
—No, no ya. Escúchame.
—Te estoy escuchando.
—Pues créetelo.
—No necesito creerme nada. —Negué con la cabeza.
—Claro que sí.
—No.
—Sí.
—No.
Samuel intervino:
—Yo no quiero meterme, pero Zoa tiene razón. Estás bien buena.
—Tú no te metas. Eso es asqueroso.
—Yo me meto. Si lo dice Zoa, que es una mujer, te está adulando. Si lo digo yo, un hombre, es soez.
—No te metas y ya está —inquirí.
—Me voy a meter igual.
Zoa sonrió, victoriosa.
—A muchos hombres les asusta eso.
—¿El qué?
—Tú.
Me reí.
—Otra tontería.
—No lo es.
—Zoa, por favor.
—Es verdad. Eres independiente, tienes las cosas claras, no necesitas a nadie para estar bien…
—Eso es bueno.
—Claro que es bueno.
—Entonces no asusta. ¿Cómo va a asustar eso a nadie?
—Asusta a quien no está a la altura.
Me quedé en silencio un segundo.
—Pues problema suyo. No voy a hacerme más pequeña para encajar con nadie.
—Ni se te ocurra.
—Ni loca.
Samuel levantó el dedo.

—Yo, como hombre medio, quiero decir que no todos nos asustamos.

—Tú te asustas de todo —le dijo Zoa.

—De las cucarachas, sí. De mujeres así, no.

—Porque no te han hecho caso nunca. —Reí.

—Eso también es verdad. —Nos reímos los tres.

—Además —me dejé caer en la silla—, tampoco es que tenga una fila de hombres esperando en mi puerta.

—Porque eliges mal —apuntó Samuel.

—Porque no elijo.

—¡Eso es peor! —chilló Zoa.

—Estoy bien así.

—Estás cómoda —comentó mi amiga.

—Estoy muy tranquila.

—No es lo mismo.

—Para mí sí.

—No siempre. —Zoa me miró de verdad.

Samuel volvió a salvarnos.

—Bueno, entonces… ¿lanzamos esto o seguimos con la terapia?

—Lanzamos —ordené.

—La terapia después. En el desayuno. ¿Os parece bien? —siguió Zoa.

—¿Podemos incluir cerveza a la terapia? —Samuel alzó la mano otra vez.

—Si no te duermes después, sí.

—No puedo prometerlo.

—Entonces no. —Cerré el portátil y respiré hondo.

Me gustaba mi trabajo. Me gustaba cómo pensaba cuando estaba ahí. Me gustaba sentir que dominaba algo. Que había un espacio donde todo tenía sentido. Donde yo tenía sentido. Porque fuera de allí…

—Oye —dijo Zoa mientras salíamos—. ¿Hoy qué haces?

—Voy a casa de mis padres.

—Eso no es nada especial. Vas casi todos los días. Algún día te pasará algo interesante.

Sonreí.

—Ya me ha pasado todo lo interesante que tenía que pasarme.

—Eso es lo más triste que te he oído decir en años.

—No es triste. Es real.

—Zoa…

—Estela… —Nos miramos y… nos reímos. Así era siempre. Zoa se había convertido en una de mis mejores amigas y había sido una de mis tiritas cuando las heridas más sangraban.

4

EL HOMBRE DEL RELLANO

Estela

La puerta del portal se me atragantó en la mano porque alguien decidió que el muelle tenía que cerrar con la violencia de un puñetazo. Yo ese día ya llevaba varios (laboralmente hablando). No recuerdo si era lunes, martes o miércoles, o cualquiera. No era importante.

—Mamá, he venido en son de paz —anuncié al interfono, por si el edificio escuchaba y me abría solo.

—¿Traes pan? —preguntó Carmen, mi santa madre, desde el otro lado, con la urgencia de quien espera una operación a corazón abierto y no una barra de masa.

—Traigo *tuppers*. Cuatro. Dejad de quejaros de que me los llevo todos y no los devuelvo —expliqué.

—Pues baja al chino y me compras pan, la panadería estará ya cerrada, que tu padre luego se enfada si no hay pan y no quiero que me dé la tarde.

—Mamá, papá se enfada porque le da la gana. El pan solo hace de excusa.

—No faltes a tu padre. Sube.

El timbre del ascensor me salvó de la escalera, que a esa hora olía a colonia de señora mayor y a aceite quemado. Un milagro que no estuviera estropeado. Subí con la bolsa colgando del brazo, el bolso resbalando del hombro y una lista mental de tareas: revisar pastillas, preguntar por la tensión, discutir con mamá, comer, prometer que vendré mañana, volver a discutir con mamá.

El ascensor no se detuvo en el segundo, sino que subió hasta el tercero, y el universo, con su malicia habitual, eligió ese segundo exacto para regalarme un encuentro.

La puerta se abrió y apareció un hombre alto, con barba de dos días, sudadera gris y una planta de interior abrazada contra el

pecho. Llevaba una caja de cartón bajo el brazo y una sonrisa de verdad.

—Perdona… ¿bajas? —preguntó.

Miré la planta, la caja, la forma en la que su hombro ocupaba medio ascensor, y después lo miré a él. Ojos muy oscuros. Negros y rasgados. Cara amable. Treinta… ¿y pocos? Y una manera de hablar que sonaba a educación de casa.

—Sí, claro, no voy a la terraza. No es hora.

—¿Hay terraza? —Alzó las cejas.

—Sí, puedes utilizarla y… poner tus plantas. —Miré la que llevaba encima.

—Está bien saberlo.

Este chico es el famoso, del que todos hablan, pensé.

Entró con cuidado, giró la maceta para que no se aplastara, y me dedicó otra sonrisa, esta de: hola, vecina, no muerdo.

Una pena. A veces un mordisco arregla semanas.

—¿Te importa si…? —señaló la planta, sin saber dónde colocarla para no invadir mi espacio personal. El ascensor era muy pequeño. Dos personas justas.

—Ponla donde quieras. Yo no tengo derechos en este ascensor. Solo recuerdo que hay que pagar la comunidad.

Soltó una risa breve, natural.

—Soy Armando —dijo, como si eso explicara la planta.

—Estela.

—Encantado, Estela.

—Encantada, Armando.

La frase me salió con un tono que no reconocí. Mi cabeza, en cambio, sí: *no flirtees, que vienes a comer, dejar tuppers, recoger más tuppers y paz, puestos a pedir.*

El ascensor avanzó un tramo corto, era extremadamente lento, y noté su reflejo en el espejo. Sonrisa tranquila. Manos grandes. Uñas limpias. Detalles absurdos en los que una se fija cuando no debería.

—¿Te acabas de mudar? —pregunté, porque Carmen me habría expulsado del árbol genealógico si no sacaba información.

—Hace unas semanas. Todavía no encuentro el azúcar.

—¿Y la planta?

—Dicen que purifica el ambiente.

—¿Quién dice eso?

—El de la floristería. Y mi madre. Cuando se ponen de acuerdo, obedezco.

—Tu madre y el de la floristería. Buen comité de expertos.

—¿Vives aquí?

—No. Mis padres, sí. Justo debajo de ti, por lo que parece. —Hice un gesto—. Segundo A. Yo vengo a supervisar que no se conviertan en adolescentes sin control.

—¿Adolescentes?

—Se creen inmortales. Y discuten por tonterías.

Armando ladeó la cabeza, divertido.

—Eso suena a entrenamiento duro.

—Mi padre cocina demasiado bien. Ese es el problema real. Subo a ver qué tal están y bajo rodando.

—Entonces… tu padre me interesa.

—A ver, Armando, controla tus ambiciones en el primer minuto.

Rio otra vez, más abierto, y el ascensor se detuvo en el segundo. Las puertas se abrieron y Carmen apareció justo delante, con el pelo arreglado de "casualidad" y una bolsa de tela en la mano, lista para ir a por el pan que me acababa de encargar.

Miró primero la planta, luego a Armando, luego mis *tuppers*, luego la planta otra vez. Después me clavó los ojos con una expresión de ya lo sabía.

—¡Ay! —exclamó, con un entusiasmo que no le pertenecía—. ¡Buenas tardes!

Armando se apartó un poco, educado.

—Hola. Soy Armando. Vivo arriba.

—¡Arriba! —repitió, como si "arriba" fuera un país exótico—. Encantada. Yo soy Carmen, la madre de Estela. Y ese de ahí dentro, el del delantal, Francisco. —Se giró hacia mí sin bajar el volumen—. ¿Traes el pan?

—Me has dicho que suba. Aún no me multiplico —ironicé. A todo esto, Armando seguía la conversación sin intervenir más, esperando a ver qué hacíamos.

—Qué rancia eres, hija. Armando, ¿tú bajas? —se dirigió a él.

—Sí, Carmen.

—¿Vas a tirar esa planta? Pobrecita. Yo puedo revivirla. —Mi madre reviviría todas las cosas y seres de este mundo si pudiera —apunté.

Armando me miró, conteniendo la risa. Yo le devolví una mirada de auxilio.

—Yo… iba a bajar a por… bueno, a por cosas —soltó él.

—Mamá, esa maceta aguanta todavía. Va a sacarla a pasear. ¿Verdad, Armando? —Alcé las cejas levemente.

—Sí, claro. —Me siguió el juego.

—Aquí todo aguanta —sentenció Carmen—. Menos una tubería del tercero, tu piso, que me tiene con el corazón en un puño desde hace años. Pero no pasa nada. Somos buena gente.

Apreté la bolsa de *tuppers.*

—Mamá, deja al hombre respirar.

—Si no lo dejo respirar, luego dirás que por qué no lo saludo. Yo cumplo.

Armando carraspeó.

—Encantado, Carmen.

—Igualmente, Armando. ¿Armando qué? —preguntó, agenda mental abierta.

—López.

—López. Bien. —Lo archivó—. ¿Y vienes solo?

—Mamá —la amonesté.

—Pregunto por educación. Para saber a quién saludar.

—Vengo solo —respondió él, con una paciencia digna de una mención especial y un premio internacional.

Carmen me miró alarmada.

—¿Solo? ¿Y con esa planta?

—Mamá, por favor.

—Bueno, bueno. —Se apartó—. Bienvenido al edificio. Y Estela, entra, que tu padre ha hecho albóndigas y luego se enfrían y se ofende.

Entré con la sensación de que alguien había abierto una ventana donde no tocaba. Carmen se quedó un segundo más en el rellano,

despidiéndolo con la sonrisa que usa cuando ya imagina bodas, bautizos o, en su defecto, una desgracia que comentar.

—¿Qué ha sido eso? —le solté en cuanto cerré la puerta.

—Un saludo. Educación.

—Eso era un interrogatorio.

—No exageres. —Alzó la voz—. ¡Francisco! ¡Tu hija ha venido y arriba se ha mudado un chico!

—¿Con hambre o con historia? —respondió mi padre desde la cocina.

—Con *tuppers* —grité—. Y con historias, porque mamá no sabe vivir de otra forma.

Papá apareció con delantal y cuchara de madera. Ojos alegres. Pelo cano.

—Hola, hija.

—Hola, papá.

Me besó la frente. Ajo, casa. El mundo aflojó un poco.

—¿Qué tal mi nieto?

—Hoy piensa estudiar, entrenar y hacerme una tortilla francesa.

—Un hombre de valor.

Carmen se apoyó en una silla.

—¿Y el de arriba?

—Mamá…

—El ascensor es íntimo. Ahí se ve todo.

—Se ve que tienes demasiado tiempo.

—Tengo ojos.

Papá me miró divertido.

—¿Es guapo?

—Papá…

—Yo ya estoy casado —señaló a Carmen—. Ella también, aunque a veces se le olvida.

—A mí no se me olvida nada —replicó—. Y ese chico tiene buena cara. De los que saludan.

—No necesito un hombre que salude. Necesito que tú no le organices la vida a un desconocido.

—El destino tiene gracia —susurró ella.

—El destino no paga la hipoteca.

—La hipoteca la pagas tú y el destino pone las albóndigas —dijo papá.

—No me manipules con comida.

—Yo te cuido. —Y esa frase se me quedó dentro. Yo cuidaba a todos. A ellos, a mi hijo, a mi exmarido, a mi hermano, a mis amigos.

—Por cierto —advirtió Carmen—, Darío ha llamado.

—¿Para qué?

—Para comentarnos la fecha.

—¿De qué?

—De la boda —aclaró papá, encantado.

—¿Qué boda?

—La de tu ex con Isolda. ¿Cuál va a ser?

Respiré.

—Que sea feliz.

—Te van a invitar —canturreó Carmen.

—Me da igual.

—Hasta que te llegue.

—No proyectes.

—Tu madre exagera —dictó papá—, pero a veces acierta.

—Qué apoyo tan útil.

—Para eso están los padres.

El timbre sonó.

—Es el de arriba —anunció Carmen.

—¿Por qué?

—Lo he sentido.

—Mamá, no eres bruja.

—Sí, lo es, Estela. Te lo llevo diciendo años —intervino mi padre.

—Eso se llama ganas. Tiene ganas de emparejarme, como si fuera un animal. Con el vecino de arriba mismo. Que, por cierto, igual puede ser mi hijo.

Fui a abrir. Armando estaba allí, con mi bolsa del gimnasio.

—Creo que es tuya.

Mi dignidad deportiva.

—¿Cómo lo sabes?

—Lleva tu nombre bordado.

—Gracias —fingí una sonrisa.

—No quería que se quedara abandonada.

—¿Tú eres el de arriba? —Papá salió de la nada.

—Papá…

—Armando, señor.

—Francisco. El del delantal.

—Eso me ha dicho Carmen.

—Carmen habla demasiado.

—Pasa, te damos un plato —invitó mi padre.

—No invites a desconocidos —protesté—. Eso lo hacen las señoras de pueblo y los asesinos en serie.

—Ni señora de pueblo ni asesino serial.

Armando rio.

—Huele increíble.

—Albóndigas. Las mejores de Chamartín —presumió papá.

—Y Estela tiene cuarenta y dos años, está divorciada y tiene un hijo precioso —añadió Carmen.

—Mamá… No le interesan esos datos. Y, por cierto, tengo cuarenta y cinco.

—Calla, Estela —susurró mamá, y tuve que reírme.

—Encantado de conocer tu currículum —anotó Armando, divertido.

—Lo siento.

—No lo sientas. Mi madre hace lo mismo.

Carmen aplaudió.

—¿Ves? Buen chico.

Y ahí, con mi madre montando una feria, mi padre oliendo a albóndigas y un hombre muy joven sosteniéndome la bolsa del gimnasio como si me sostuviera un día nuevo, lo tuve claro: A veces la vida no avisa. Solo llama al timbre.

5

NOTICIAS DEL PORTAL

Estela

Bajé de casa de mis padres con el estómago lleno, la paciencia en modo ahorro y la sensación de que mi madre había intentado casarme mentalmente con alguien al menos tres veces durante la comida.

—No le mires tanto —me había dicho—. Que luego se nota.

—¿A quién?

—Tú sabes a quién.

—No sé nada.

—Pues peor para ti.

Mi padre había intervenido desde su trono, que era la silla de la cocina con el periódico abierto.

—Carmen, deja a la niña.

—No es una niña.

—Pues entonces déjala más. Es una mujer que vive su vida.

—Francisco, tú no ayudas.

—Yo no estoy aquí para ayudar. Estoy para comer. Y para cocinar. Que me tienes a tu servicio —bromeó, por supuesto.

Y así, entre albóndigas y tensión innecesaria, decidí que lo mejor que podía hacer era salir de allí antes de que mi madre me organizara una boda con el panadero.

Cerré la puerta del portal y, justo cuando pensaba en irme directa a casa, la vida hizo lo que mejor se le da: cruzarme con alguien que no tenía filtro.

—¡Estela!

—Hola, Susana.

Susana estaba apoyada en la pared, con gafas de sol enormes, un cigarro en la mano y esa actitud de mujer que lo sabe todo aunque

no le hayan contado nada.

Nos conocíamos de toda la vida. Literalmente. Habíamos crecido en ese edificio, jugando en ese mismo portal cuando aún no nos preocupaban ni los hombres ni las hipotecas.

—¿Te ibas ya? —preguntó lo obvio.

—Sí.

—Pues no te vayas todavía.

—¿Cómo que no?

—Que no. Quédate cinco minutos. Fúmate un cigarro.

—Ya no fumo. Y contigo nunca son cinco minutos.

—Bueno, pero son entretenidos.

—Habla. Tengo muchas cosas que hacer.

—Siempre estás con lo mismo. Respira un rato.

Respiré exageradamente y ella sonrió, pero no por mi acción, sino por el chisme que estaba a punto de contarme.

—El nuevo.

—¿Qué nuevo? —Arrugué la nariz.

—No te hagas la tonta.

—No me hago la tonta. Soy selectiva con mis pensamientos y recuerdos. No me cabe todo en la cabeza.

—El del tercero A.

—Ah.

—Ah —repitió ella, imitándome—. Qué natural te ha salido.

—Ha sido natural. Ni idea de quién me hablabas.

—Claro. Venga ya.

—Que sí. Te lo juro. ¿Qué pasa con él?

Susana dio una calada a su cigarro, disfrutando del momento.

—Que ha tonteado con Rebeca.

No me moví.

—Vale.

—Vale dice.

—¿Y?

—¿Y? —abrió los ojos—. Estela, por favor. Rebeca.

—Ya.

—Que no es por criticar…

—Susana…

—Que esa mujer tiene más peligro que un lunes sin café y una madrugada sin tabaco.

—Se te ha olvidado la cerveza.

—Y la cerveza —sumó, y reímos.

—Exageras.

—No exagero. Confirmo.

—¿Y qué ha pasado exactamente?

Se acercó un poco más y bajó la voz. Me importaba poco o nada lo que hubiera pasado, sin embargo, quería irme a casa y no iba a dejar que eso sucediera hasta darme toda la información.

—Se han liado.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

—¿Lo has visto?

—No, pero lo sé.

—Eso no es lo mismo.

—Para mí sí.

—Para ti todo es lo mismo.

—Porque todo acaba siendo lo mismo.

—No tienes pruebas.

—Soy perspicaz.

—Eso tampoco vale.

—Vale siempre.

—No en un juicio.

—Esto no es un juicio. Es el portal.

No pude evitar soltar una carcajada.

—¿Y cómo ha sido?

—Pues cómo va a ser. Él recién llegado, ella con ganas de inaugurar temporada… blanco y en botella.

—Susana.

—¿Qué?

—Que tienes una imaginación…

—No es imaginación. Es experiencia.

—¿Tuya?

—De la vida.

Apoyó la espalda en la pared y cruzó las piernas.

—Además, yo creo que han ido más allá.

—¿Más allá de qué?

Me miró con una sonrisa lenta.

—Tú ya me entiendes.

Negué con la cabeza, sonriendo.

—Eres terrible.

—Soy realista.

—Eres un peligro.

—Y tú eres demasiado buena, Estela —se acercó un poco más—, ¿a ti te gusta? —La pregunta cayó directa. Sin rodeos. Muy Susana.

—¿Quién?

—Tía, pareces tonta. En serio. Armando. ¿Quién va a ser?

—Pero si no lo conozco.

—Habéis coincidido en el rellano. Y está bueno.

—Y porque esté bueno, tiene que gustarme. ¿Y cómo sabes que hemos coincidido? Ha sido en el ascensor. Mi madre casi lo obliga a comer en casa.

—Os he escuchado. Tu padre ha hecho albóndigas.

—Este portal es surrealista.

—¿Te gusta o no?

—Cómo va a gustarme, si no lo conozco.

—Mientes fatal.

—No miento.

—Mientes regular.

—No me gusta.

—Te llama la atención.

—Es mono.

—Y simpático.

—Repito: no lo conozco. Ha sido agradable y amable. Ha aguantado estoicamente a mi madre.

—Y vive encima de tus padres. Entonces, ¿no te gusta?

—Que noooo. —Estaba deseando irme. Aquello no me interesaba nada. Armando menos.

Nos quedamos mirándonos.

Ella sonrió primero.

—Vale —habló—. Pues nada. Si no te gusta, mejor. Así no sufres cuando te enteres de que se la está tirando.

—¡Susana!

—¿Qué?

—¡Habla bien!

—Estoy hablando bien.

—No estás hablando bien.

—No he dicho fornicar, ni follar, ni joder.

—Joder, Susana. —Nos reímos a boca abierta.

—¿Cuánto haces que tú no jodes?

—No me acuerdo. Y no pienso contártelo. —Me pasé la mano por la cara, riendo—. No puedo contigo.

—Ni tú ni nadie.

—¿Y tú qué haces aquí plantada?

—Esperando a que salga Antonella con los perros.

—¿Para qué?

—Para ver si se entera de lo de Rebeca.

—Eres mala persona.

—Soy entretenimiento gratuito.

En ese momento, la puerta del portal se abrió y las dos giramos la cabeza. Y ahí estaba él. Armando. Gorro en la mano, sonrisa fácil y mirada limpia.

—Hola, vecinas. Pasad buena tarde —saludó y se marchó. Siguió andando. Las dos nos quedamos mirándole el culo.

Susana clavó a continuación sus pupilas en mí.

—Le estabas mirando el culo —me acusó.

—¿Yo? Estaba mirando a ver si al final llueve.

—Sí, a un metro del suelo.

—Está lloviznando ya… —Nos reímos otra vez—. Me voy. Me has entretenido. A ver cómo recupero estos minutos.

—Duerme, Estela, tus padres están preocupados.

—Mi madre se preocupa por todo. Adiós.

—¿Vienes mañana?

—Qué remedio. —Me despedí alzando la mano y me fui a casa. Deseaba llegar, darme una ducha, ponerme el pijama y… Recordé que tenía que entrenar, de ahí la bolsa del gimnasio. Así que cambié

de rumbo, giré la esquina y me dirigí a lo que llamábamos El lugar donde los vivos mueren. Llevaba dos meses haciendo deporte en serio porque quería seguir estando en forma y sabía que debía moverme.

Debía haberme movido hacia Australia. Ya os lo digo.

6

CASUALIDADES DE LA (PUTA) VIDA

Estela

Había una norma no escrita en mi vida: si podía posponer el gimnasio, lo hacía. Pero ese día no. Porque una cosa es evitar el sufrimiento físico y otra muy distinta permitir que tu madre te diga: "así te mantienes mejor" mientras te mira como si fueras una croqueta con potencial.

Así que, en lugar de irme directa a casa, giré a la derecha, crucé la calle y caminé hacia el gimnasio que estaba a dos minutos del edificio de mis padres. Esa había sido siempre mi excusa oficial.

—Me pilla de paso —decía. Y era verdad.

Empujé la puerta de cristal y el aire acondicionado me dio en la cara. Toma bofetada. Olía raro también. A humanidad, aunque trataban de taparlo con ambientador.

—¡Estela! —escuché.

—¡Paula!

Mi amiga apareció desde la zona de pesas con una energía que no correspondía con la cantidad de burpees que solía hacer. Tenía cuarenta y tantos, dos hijos, un marido que iba y venía desde Barcelona por un trabajo que odiaba, pero que no dejaba, y las ganas de vivir de una niña de doce años. Nos conocimos en el instituto y, desde entonces, jamás nos habíamos separado. Teníamos una alta capacidad común: la de reírnos de todas nuestras desgracias, da igual lo graves que fueran.

—Pensaba que no venías —comentó.

—Yo también.

—Me encanta tu compromiso.

—Es muy honesto. —Nos dimos un abrazo rápido.

—¿Qué hacemos hoy? —cuestionó.

—Algo que no implique morir.

—Vale, entonces no hacemos nada.

—Perfecto. Vámonos a casa. —Nos reímos.

Dejé la bolsa en una taquilla, me recogí el pelo y salimos hacia la sala principal.

Y ahí. Ahí estaba. Armando.

Cinta de correr. Camiseta gris. Auriculares. Ese punto de concentración relajada que tienen los hombres que saben que están buenos sin necesidad de pensarlo demasiado. Y unos calcetines… muy llamativos y originales.

Lo vi antes de que él me viera. Y durante un segundo, solo un segundo, pensé en darme la vuelta. Pero claro. No. Porque yo no huyo. Yo… evalúo.

—¿Qué miras? —preguntó Paula.

—Nada.

—Nada es alguien.

—No.

—Sí.

—Vale. —Seguí andando. Él levantó la vista. Me vio. Y sonrió. Otra vez esa sonrisa. Otra vez ese gesto de "me alegro de verte" sin filtros.

Se quitó un auricular.

—¡Estela!

—Hola —saludé como si no fuera conmigo.

—Qué casualidad.

—No tanta —me acerqué, como mujer empoderada—. Mis padres viven aquí al lado. Yo aprovecho y vengo.

—Claro —dijo él—. Yo igual.

—¿Igual?

—He alquilado ahí y me he cambiado de gimnasio.

—Eficiente.

—Muy eficiente. —Si lo dijo con segundas, no lo noté, porque mi TDAH lo impedía demasiadas veces.

—Bonitos calcetines.

—Gracias.

Nos quedamos un segundo mirándonos.

Paula carraspeó.

—Perdón —me disculpé—. Paula, él es Armando. Vive encima de mis padres.

—Encima —repitió Paula, con una sonrisa que no me gustó nada —. Qué bien ubicado.

—Hola —saludó Armando, divertido.

—Hola —respondió ella—. Encantada.

Se dieron la mano. Demasiado contacto visual. Demasiada sonrisa.

No me gusta esto, pensé.

—Bueno —corté—, vamos a entrenar.

—Sí —respondió Paula sin apartar la mirada de él—. Vamos.

No se movió.

Yo tampoco.

—¿Qué haces hoy? —le preguntó ella.

—Un poco de cardio y algo de fuerza.

—Qué completo.

—Lo intento.

—Se te da bien.

—Gracias.

—Paula —la llamé.

—¿Qué?

—Que vamos.

—Ah, sí.

Nos alejamos. Dos pasos. Tres.

—Está muy bien —susurró.

—No empieces. Es mono. No soy ciega. Pero ya está.

—Está muy bien. No eres ciega, pero sí idiota.

—Es un niño.

—Es un hombre.

—Es un niño —insistí.

—Es un hombre joven.

—Demasiado joven.

—Eso es relativo.

—No es relativo.

—Para tu madre, sí.

—Mi madre no entra en esta conversación.

—Tu madre está en todas tus conversaciones.

—Paula…

—Vale, vale —alzó las manos.

Empezamos con las máquinas. Intenté concentrarme. No pude. Porque sabía perfectamente dónde estaba. Porque lo notaba. Porque, de alguna forma absurda, mi cuerpo era consciente de su presencia antes que mi cabeza.

—Te está mirando —advirtió Paula.

—Anda ya. No digas estupideces. Y no mires.

—Estoy mirando.

—Paula.

—Vale, dejo de mirar. —Pasó un segundo—Vale, no dejo de mirar.

—Eres insoportable —suspiré.

—Soy necesaria en tu vida.

Seguí con la máquina. Conté repeticiones. Una. Dos. Tres. Me salté dos… Todo correcto.

—Te está mirando otra vez.

—Paula, no seas pesada.

—Ahora sí dejó de mirar. —Seis. Siete. Ocho—. Vale, ahora te está mirando descaradamente.

—¡Paula! —Me giré. Error. Porque estaba. Mirándome. Sin disimular. Y cuando nuestras miradas se cruzaron, sonrió. Otra vez.

—Vas a tener un problema —anunció Paula.

—Problema vas a tener tú como sigas así.

—Ese chico no viene al gimnasio.

—¿Cómo que no?

—Ese chico ha venido hoy. Se acaba de apuntar.

—Porque se acaba de mudar.

—Se acaba de apuntar por ti.

—No todo gira en torno a mí. Armando no sabía que yo entrenaba aquí.

—Se lo ha podido decir Susana. O tu madre.

—Ahí llevas razón. —Asentí con las cejas arqueadas—. Pero no. Seguro que no. Y tú estás fatal. Podías mudarte a ese bloque. Susana sería tu mejor amiga.

—Susana me cae bien. —Cambió el peso de pie—. Vale, Armando está fuera de tu radar. ¿Puedo intentar ligar con él?

—Estás casada.

—Hija, un tonteo no hace daño a nadie.

—Todo tuyo. Bueno, Susana dice que se ha liado con Rebeca.

—Yo no soy celosa.

—Pues ataca. No pierdes nada —bromeé, jamás engañaría a su marido.

—Puede que la dignidad, pero a esta edad, ya poco me importa —soltó con sarcasmo—. Ahora vengo. Voy a ofrecerle… un poco de queratina.

—Creatina, Paula. Creatina.

—Eso he dicho.

—No. Tú quieres ponerle el pelo liso.

—Yo quiero hacerle una mamada. En el baño mismo —soltó sin más, solté una carcajada, y se marchó a hablar con él.

Yo seguí con mis ejercicios y uno de los monitores vino a charlar conmigo. No sé si Armando se quedó o se fue. No volví a verlo. Paula sí se quedó, y se quejó de que Armando había sido amable, pero no le había pedido una cita.

—Normal, Paula. Le llevas veinte años —le dije.

—Eso no lo sabemos. Y la edad no importa. Si pesa más que un pollo, me lo follo.

—Podrías ser hermana de Susana. No te follas a nadie.

—Llevas razón, ni Lele se acuesta conmigo —bromeó—. No conozco a mi padre. Igual tuvo una aventura —encogió los hombros.

—Yo me voy a casa. Estoy deseando meterme en mi burbuja y no saber nada del mundo.

—Tú y tus rarezas. Vamos a tomar una cerveza.

—Hoy no puedo. —Le di un beso en la mejilla—. Adiós, mujer bella, nos vemos el jueves.

—Y el sábado, no lo olvides.

—Cómo olvidarlo. Me lo recuerdas todos los días.

—Porque olvidas cosas, Estela.

—Porque no son importantes.

—¿Salir con tus amigos no es importante? No le diré a Juandi que has dicho eso. Montaría un drama.

—Haría un espectáculo digno de un Óscar. Adiós.

—Adiós. Estela de Carmen —bufoneó.

7

CERVEZAS CALIENTES Y VERDADES A MEDIAS

Estela

Los jueves cenaba en casa de mis padres. No por obligación; era más bien un ritual que habíamos creado a lo largo de los años, incluso con Darío. Mi padre cocinaba como si cada jueves fuera Navidad y mi madre opinaba como si cada jueves hubiera elecciones. Entre una cosa y otra, yo comía bien y salía con más información de la que necesitaba.

—¿No vas a repetir? —preguntó Carmen, mirándome el plato y segura de que la estaba traicionando.

—No puedo más, mamá. Estos platos los carga el diablo.

—Los carga tu padre. No digas eso. Y luego llegas a tu casa y te haces un sándwich.

—Mamá… —Iba a quejarme cuando mi padre se interpuso.

—¿Y qué tal el trabajo?

—Bien, me encanta hacer lo que hago —contesté.

—Eso está muy bien. Álvaro, estás muy callado. ¿Cómo va el instituto?

—Bien, abuelo. No me gustan las mates.

—Pero las apruebas.

—Saca muy buenas notas —intervine.

Álvaro y su abuelo estuvieron hablando un rato. Me encantaba escucharlos.

—¿Nos vamos? —pregunté a mi hijo, después de recoger la mesa y la cocina, cogiendo mi bolso y colgándomelo en el hombro.

—Cuando quieras.

—Hija mía, quedaos un ratito. Siempre vas con prisas.

—No podemos, mamá. Álvaro se levanta temprano y yo tengo que enviar algún que otro correo.

—Tenéis la agenda más ocupada que el Rey de España —soltó la monárquica. Miré a mi padre, republicano, y sonreímos.

—Casi no te vemos —replicó.

—Nos vemos casi todos los días. Estáis bien. Si necesitáis algo, me lo decís.

—Necesitamos que te relajes y acompañes a tus padres —siguió la matriarca.

—Nos vemos mañana —intenté zanjar.

—Mañana no es hoy.

—Mamá…

—Vale, vale, vete.

Mi padre se acercó y me dio un beso en la frente.

—Trabaja. Y descansa.

—Descansa tú, papá. No te acuestes tarde.

—Yo no. Yo leo.

—Claro. —Salimos al rellano y bajamos en el ascensor.

—Ponte el abrigo, que hoy hace frío —pedí a mi hijo.

—Tú tienes frío mientras el resto del mundo se muere de calor.

—Es marzo. Y va a llover. —Salimos al rellano del portal—. Tu abuela estaba hoy intensa.

—Ella es así. —Encogió los hombros—. Otro nivel de manipulación. —Reímos.

Cruzamos el portal, salimos a la calle y vimos a Susana y a Rebeca. A ellas con dos latas de cerveza y una mirada de "aquí se está mejor que en casa".

—¡Hombre! —saludó Susana—. No hay quien te vea.

—Hola. ¿Qué hacéis? —pregunté tontamente.

—¿Te vas ya?

—Sí. Es tarde.

—Solo son… —Miró el reloj en su muñeca—. Las nueve y media.

—Álvaro tiene que acostarse.

—El niño se acuesta a hora guiri.

Rebeca dio un trago a la lata y me miró de arriba abajo.

—Siempre vienes arreglada.

—No puedo ir a trabajar en chándal, aunque me gustaría.

Álvaro se quedó a mi lado, observando la escena con interés documental.

—¿Y este? Cada día está más grande. Lo que has crecido en las últimas semanas.

—Eso dicen.

—¿Cuántos años tienes ya?

—Dieciséis —dijo él.

—Uf. Edad peligrosa.

—¿Para mi madre o para mí?

Rebeca soltó una carcajada.

—Me cae bien.

—A mí también —añadió Susana—. Tiene respuesta. ¿Quieres una cerveza? —Se dirigió a mí.

—No, gracias. Tengo mucho trabajo.

—¿Ahora? —Alzó las cejas—. Tienes que relajarte.

—Ya me gustaría.

—Mamá, tengo que terminar unos deberes de literatura —arengó Álvaro.

—Espera, Álvaro, que Rebeca tiene algo que contarle a tu madre. —Susana miró a Rebeca—. Cuéntale.

—Tía, mi vida privada es mía.

—Venga ya. Estás deseando contarlo —la animó.

—Estoy liándome con el vecino nuevo. —Sonrió la susodicha, que largó la información de inmediato.

—Qué bien —comenté, porque me daba exactamente igual, su vida, y la de los demás.

—Rebe, hija, cuéntale con detalles.

—¿Qué quieres que le diga? Me lo paso muy bien.

—Eso está bien. —Quería irme, enviar esos correos, ducharme, ponerme el pijama y leer en el sofá.

—Es muy… —hizo un gesto con la mano—… activo.

—Rebeca… —regañé.

—¿Qué?

—Que está mi hijo.

—Estoy bien. —Álvaro levantó la mano.

—No ayudes tú tampoco.

—Casi no os escucho, la verdad.

—Ay, por favor. —Susana se rio—. Si hoy en día saben más que nosotros.

—Quizá, pero no creo que le interese escuchar la vida sexual de Rebeca y Armando.

Rebeca volvió al tema, encantada.

—Es que es un tío… —negó con la cabeza—… no sé cómo explicarlo.

—No lo expliques —solicité.

—Que está muy bien, coño.

Álvaro carraspeó.

—Me voy a poner música mental.

—¿Pues no dices que no escuchabas? —Le di una palmada en la barriga.

—Es que gritáis mucho.

—A mí me han dicho una cosa. —Susana intervino, levantando el dedo. Ahí estaba. El momento—. Se acaba de separar. Me lo ha dicho una amiga de una amiga.

—Eso no es una fuente fiable —bromeé.

—Sí, eso me lo dijo. —Apoyó Rebeca.

—¿Y qué te dijo exactamente? —preguntó Susana.

—Que dejó a la mujer.

—Claro. —Susana soltó una risa corta.

—¿Qué pasa? —Rebe arrugó el ceño.

—Que eso dicen todos.

—Algunas veces es verdad —intervine, sin que me tomaran en cuenta.

—Rebeca, por favor. —Susana se cruzó de brazos—. Ningún hombre dice la verdad cuando se acaba de separar.

—A mí me lo ha dicho él.

—A ti te dice lo que tiene que decirte.

—¿Y qué tiene que decirme?

—Que la dejó él, para quedar mejor.

—Pues a mí me parece sincero.

—Claro, porque te interesa que lo sea.

—No me interesa nada.

—Te interesa todo.

—No me interesa nada.

—Te interesa el muchacho.

—Bueno, sí.

—Pues eso.

Me quedé escuchando, como la que ve un partido de tenis al que han invitado y al que ha ido por cortesía, pero a la que no le incumbe en absoluto.

—¿Y tú qué opinas? —me preguntó Susana de pronto.

—¿Yo? Absolutamente nada.

—Algo opinarás.

—No lo conozco. Casi no hemos coincidido. Pero si él dice que lo ha dejado él, ¿por qué no creerle? Además, ¿es importante? De todas formas, lo estará pasando mal.

—Mal no lo pasa con esta —ironizó Susana, y Rebeca soltó una carcajada.

—A mí me da igual quién dejó a quién —Rebeca dio otro trago—. Me lo estoy tirando. No vamos a casarnos.

—Tú eres muy lista.

—Y tú un poco metomentodo.

—Y tú un poco guarra —discutían sin discutir, con una sonrisa en los labios.

—¡Susana! —reñí de nuevo.

—¿Qué?

—¡Está el niño!

—Sigo bien. Pero tengo prisa. —Álvaro levantó la mano otra vez.

—De verdad, no puedo con vosotras. —No pude evitar reírme.

—Pues te ríes. —Susana me señaló con la lata.

—Me entretiene.

—Mamá…

—Sí, nos vamos. Rebeca, a disfrutar. —Me despedí de las dos.

—Hasta mañana —señaló Susana—. Que seguro que hay más novedades.

—En este portal, seguro —terminé.

Anduvimos unos metros en silencio hasta el coche.

—¿Quién es Armando? —soltó Álvaro.

—El vecino de arriba. ¿No lo has visto aún?

—No.

—Es agradable.

—Si tú lo dices. —Llegamos al coche y abrimos las puertas.

—Ahora habrá Armando hasta en la sopa —comenté, más para mí que para él, ya sentados en los asientos, yo tras el volante; él, en el copiloto.

—¿Qué?

—Nada. Me paso un momento a echar gasolina.

—Mamá, es tarde. De verdad.

—Confía en mí.

—Tú el tiempo no lo manejas.

—¿Te estás metiendo con tu madre?

—No. —Sonrió.

Mi hijo era el ser más maravilloso que conocía (y que jamás conoceré). Él hacía que la vida mereciera la pena. Daba igual todo, si estaba él y sonreía, el mundo se convertía en un lugar más amable.

8

LLAVES QUE ABREN COSAS

Estela

Bajé al portal más por inercia que por necesidad. Mi madre ya estaba bien. Le había subido la tensión, había dramatizado diez minutos, mi padre le había medido dos veces y, como siempre, todo había vuelto a su sitio. Incluido su carácter.

—No me pasa nada —había dicho—. Pero si me pasa, que me pase aquí.

—¿Aquí dónde? —pregunté.

—Aquí, en mi casa.

Mi padre había levantado la vista del libro.

—Carmen, no te mueras hoy, que me he quedado en lo mejor.

—Francisco, no tienes arreglo.

Y así, con normalidad absoluta, decidí bajar a que me diera el aire. O a lo que fuera que se siente cuando una necesita cinco minutos sin opiniones.

Y ahí estaba Susana, como siempre. Apoyada en la pared. Café en una mano, cigarro en otra. Mirada de control total del edificio.

—¿Qué tal la enferma? —se preocupó.

—Viva.

—Eso ya es buena señal.

—Le ha subido la tensión. Y a mí me gustaría fumarme un cigarro. —Me apoyé a su lado.

—Pues fúmatelo. Si vamos a morir de todas formas.

—Mejor no. ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Lo mismo que tú. He salido a respirar —acertó—. También espero a que pase algo.

—Eso suena muy triste. ¿Alguna novedad en la comunidad? ¿Se le ha muerto algún perro a Antonella?

—Ayer se le escapó uno. Y resulta que la culpa la tuve yo porque cerré mal la correa. No sé. Eso dice ella. La ayudo y se queja. No se

puede ser buena en esta nuestra comunidad —bromeó.

En ese momento, la puerta del portal se abrió y salió Armando tirando de la cuerda de un perro negro con un bozal. Abrigo azul marino y una sonrisa.

—Buenas —saludó.

—Hombre —respondió Susana—. El del ático. —Acarició al perro.

—Ya quisiera yo vivir en un ático con vistas —rio él. El animal vino hasta mí y me olió. Le saludé y le di unos segundos de cariño.

—Pero tienes pinta.

—No sé si eso es bueno.

—Depende del día.

Me miró.

—Hola.

—Hola. —Y en ese mismo segundo, mi móvil empezó a sonar—. Disculpad. Tengo que cogerlo.

—Claro —respondió él.

Me aparté unos pasos, sin mala intención. De verdad.

—¿Sí? —Era Zoa.

—¿Estás ocupada?

—No, no. Dime.

Mientras hablaba, los veía de reojo. Susana gesticulando, Armando riéndose, conversación fácil. Él se apoyó en la pared, relajado, ya uno más del bloque.

—Sí, mándamelo —le decía a Zoa—. No, no, así no. Cambia eso… Sí… luego lo veo. —Asentí, di un par de indicaciones más y colgué.

Cuando volví, Armando ya se estaba yendo.

—Bueno, nos vemos —se despidió.

—Adiós —respondió Susana.

—Hasta luego.

—Chao. —Me devolvió la sonrisa y se fue.

Guardé el teléfono en mi bolso y me abroché la chaqueta, hacía frío a mediados de noviembre.

Susana giró la cabeza muy despacio hacia mí.

—Te lo has perdido.

—¿El qué?

—La información.

—¿Más información?

—Le ha dado una llave a Rebeca —susurró en secreto, sin serlo, claro.

—¿Una llave? ¿Quién da las llaves de su casa?

—Armando, por lo visto.

—Pues ya está. Hay gente para todo.

—Es para el perro. —Se recolocó, encantada—. Le ha dado la llave para que le saque el perro cuando él se va fuera.

—Ah. Es normal. Serán amigos.

—El muchacho es muy práctico. Pero… Lo que ha hecho es peligroso para Rebeca.

—¿Por qué?

—Porque ella no lo ha entendido así.

—¿Cómo lo ha entendido?

—Como le ha dado la gana —Susana sonrió.

—O sea, que…

—Que piensa que han dado un paso.

—Y… de paso nada… —comenté, sin estar segura. Mi amiga y vecina negó—. Pobre chica.

—Pobre él. Esto va a acabar mal —profetizó Susana.

—No tiene por qué.

—Siempre acaba mal.

—No siempre.

—No acaba mal en los cuentos de hadas. Pero esto es la vida real.

—No hace falta que lo jures. Te creo. —A Susana no se le puede llevar la contraria. Negué con la cabeza, sonriendo—. Eres agotadora.

—Es que estoy aburrida.

—La vieja del visillo.

—Orgullosa de ello.

—De verdad, no puedo contigo. —Sonreí de nuevo.

—Ni tú ni nadie.

Me empujé de la pared.

—Me voy. Tengo que subir. Tomar la tensión a mi madre y jurarle que estoy bien como unas diez veces.

—Luego te cuento más.

—No hace falta.

—Que sí. Esto es una telenovela.

—Nunca me han gustado. Demasiado odio e ira.

—Así es el mundo, Estela.

—No me gusta verlo así. El mío no lo es.

—El tuyo es el mismo del de todos, pero no quieres verlo.

—Me niego.

—Vale, vale. —Empecé a caminar hacia la puerta—. Oye, ¿y tú cómo vas de amores? No me cuentas nada.

—Porque no hay nada.

—Algo habrá, Estelita. Una mujer como tú.

No supe a qué se refería con eso.

—Después nos vemos.

—Avísame si Carmen se pone peor. Te acompaño al médico.

—Gracias. —Me colé en el portal y cuando se cerró la puerta, pensé en las llaves. Las llaves abren puertas, y estas nunca se abren solas. Dejas entrar a gente, situaciones, circunstancias… Estas crean historias. Y de vez en cuando son difíciles de cerrar.

O las pierdes y tienes que cambiar la cerradura, pensé, ya subida en el ascensor y recordando mi divorcio.

9

EL PROBLEMA DE QUE ALGUIEN NO TE HAGA CASO

Armando

Yo al gimnasio iba a entrenar y a no pensar demasiado. Ese día no ocurrieron ninguna de las dos cosas.

—Te echo de menos —dijo David mientras ajustaba el peso.

—No te creo. —Yo estaba de pie, frente a él.

—Un poco sí.

—No me has echado de menos nada. Deseabas que me fuera de tu casa.

—Algo sí te extraño.

—Cero.

—Bueno, echo de menos que alguien se acuerde de tirar la basura todos los días. Eres extremadamente ordenado.

—Eso sí me lo creo. —Sonreí.

David soltó la barra y me miró con esa cara de amigo de toda la vida que sabe cuándo apretar y cuándo no.

—Oye, fuera bromas…¿Cómo estás?

—Bien —solté demasiado rápido.

—Ya.

—De verdad.

—Ya.

Le sostuve la mirada.

—Estoy… tranquilo.

—Eso sí te lo compro. —Me senté en el banco y cogí la botella de agua— ¿Y el piso? ¿Qué tal en tu nueva vida de hombre independiente y solitario?

—¿Solitario? ¿En el bloque al que me he mudado?

—Descríbemelo.

—Los vecinos son… peculiares. —Me reí.

—¿Peculiares?

—Mucho. Es como vivir en una serie.

—¿En cuál?

—La que se avecina. Literal. Igual.

David soltó una carcajada.

—No jodas.

—Te lo juro.

—Eso es oro.

—Es agotador. Se enteran de todo. De cuando entro. De cuando salgo.

—¿De cuando follas?

—Eso también.

Se apoyó en la máquina, interesado.

—¿Follas?

—i¿Qué?!

—Que si hay alguien.

—¿Alguien qué?

—Alguien interesante.

—No.

—No te creo.

—Pues créeme.

—¿Llevas tantos meses sin follar? Eso se lo cuentas a tu madre.

—Eres muy fino.

—Soy muy directo.

—No tienes filtro.

—No lo necesito contigo.

—No lo tienes con nadie. —Bebí agua—. Estoy quedando con una vecina.

—Ya me extrañaba a mí. —Alzó las cejas—. Eso es alguien.

—Lo es, pero… —Levanté la barra y él se posicionó detrás por si necesitaba ayuda para no morir aplastado—. No quiero sonar cruel.

—A mí puedes decirme lo que quieras.

Solté la barra.

—Es cómodo. Cero complicaciones. Nada de responsabilidades. Follamos y ya.

—Eso suena a que no te importa.

—Es que no me importa.

David asintió despacio.

—Vale. —Volvimos a cambiar posiciones—. ¿Y Lucía?

—Está bien.

—¿Bien de verdad?

—Supongo.

—¿Habláis?

—A veces.

—¿Y?

Miré al suelo un momento.

—Sigue pensando que a lo mejor vuelvo. —David no dijo nada. Solo esperó—. Y yo no sé cómo decirle que eso no va a pasar.

—Diciéndoselo.

—Ya se lo he dicho.

—Entonces no lo has dicho lo suficientemente claro.

—No quiero hacerle más daño.

—Ya le has hecho daño.

—Eso dice mi madre.

—Pues no lo alargues.

—Eso dice también.

—Inma siempre ha sido muy sabia.

Suspiré.

—Es más fácil decirlo desde fuera. Pero cuando la tienes delante… No quiero romperla más.

David negó con la cabeza, suave.

—No puedes proteger a alguien de una verdad que ya conoce. —Me quedé callado— ¿La quieres?

—Tío, sí. Pero… —Me revolví el pelo—. Déjame en paz. ¿Ahora eres psiquiatra?

—Podría haberlo sido. Uno muy bueno.

—Ni de coña. —Nos levantamos y cambiamos de máquina.

—Se nota que estás mejor, en serio.

—Y quiero seguir así.

—Pues sigue.

—Sin líos. —Nos miramos.

—Me parece perfecto. Pero… ¿puedo decir una última cosa?

—No. —Me negué, sabiendo que era para nada.

—Te falta alegría.

—¿Alegría? ¿De qué hablas? ¿Así habla un psiquiatra?

—Un psiquiatra te diría que no quedes con Lucía, aunque ella insista.

—¿Cómo sabes que lo hace?

—Porque es lo normal. Me pasó cuando dejé a Laura, pero le creas una expectativa que no existe.

—¿Esperanza?

—Eso mismo. —Y justo en ese momento, la puerta del gimnasio se abrió. Y entró ella.

—Hostia —solté sin remediarlo.

—¿Qué?

—Eso. —Apunté con el dedo hacia la puerta y él lo siguió con la mirada.

Eso era Estela.

Entró como entra la gente que tiene su vida ordenada. Sin mirar alrededor. Sin buscar aprobación. Directa a lo suyo. Saludo rápido en recepción con sonrisa amigable, paso firme, pelo recogido, ropa de deporte sencilla y ese algo que no sabía explicar, pero que hacía que todo lo demás pareciera menos interesante.

—¿Quién es? —preguntó David.

—Una vecina.

—¡¿La vecina que te follas?! —Abrió los ojos.

—¡No!

—¿No es la que te estás tirando? —insistió.

—Te he dicho que no.

—Pues vaya error.

—David…

—Está muy bien.

—Ya.

—Y es mayor que tú.

—Sí.

—Como a ti te gustan.

—No es eso. —Negué con la cabeza, sonriendo.

—¿Cómo que no es ella?

—Se llama Estela.
—Y pasa de ti.
—Un poco.
David se giró hacia mí despacio con una sonrisa de oreja a oreja.
—¿Qué? —Alcé el mentón.
—¿Cómo que pasa de ti?
—Pues eso.
—No estoy entendiendo esta conversación.
—No vive allí. Sus padres sí. Ella llega, charla con las vecinas, sube, baja y se va.
—¿Y?
—Me saluda.
—¿Y?
—Y ya.
—¿Y tú?
—Yo hablo.
—¿Y?
—Y ella… no mucho.
—No puede ser. —Mi amigo empezó a reírse con fuerza.
—Puede.
—No te ha pasado nunca. ¡Esto es histórico!
—No exageres.
—Estoy emocionado.
—Eres imbécil.
—Un poco. —Miró otra vez hacia ella—. Pues está muy bien.
—Ya lo has dicho.
—Y no te hace caso.
—Ni me mira a veces.
—Eso es lo que más te gusta. —Se cruzó de brazos— ¿Cómo es?
—Normal.
—Eso no es una descripción.
—Educada. Tiene su vida.
—Eso suena a que te ignora con clase.
—Es… —busqué las palabras—… independiente.
—Traducción: no te hace ni puto caso.
Negué con la cabeza, pero no pude evitar sonreír.

—Es un poco creída.

—Eso también te gusta.

—No me gusta.

—Te encanta.

—Eres lo peor.

—Soy tu mejor amigo.

—Eso explica muchas cosas.

Y de pronto… Un golpe seco. Un ruido metálico. Y una voz:

—¡Me cago en la puta vestida de Prada!

Nos giramos. Una pesa había caído al suelo al lado de… Pensé el nombre, esa mujer se me había presentado hacía unas semanas. Paula se llamaba y era amiga de Estela.

—Vamos —instó David. Y ya estábamos caminando hacia ellas.

—¿Todo bien? —me interesé.

—Sí, sí… —Estela levantó la vista—. Se me ha resbalado.

—No, no. —Paula, a su lado, negaba con la cabeza—. Se te ha resbalado porque yo te he distraído.

—No me has distraído.

David cogió la pesa y la colocó en su sitio.

—Listo.

—Gracias —dijo Estela.

—Nada.

Ella me miró un segundo a mí

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —Aproveché para charlar con ella.

—No, no. Ha sido ruidoso. Solo eso. Esto es como la sangre… Escandalosa…

¿De qué me hablaba? Tuve que aguantarme la risa.

—¿Estás segura? —insistí, porque soy así y porque deseaba entablar conversación. Estuve a punto de preguntarle qué tipo de sangre tenía.

—Eh… Sí. Claro.

Paula me miró a mí. Luego a David y después a su amiga.

—Bueno —comentó Paula—. Esto es muy cómodo.

—¿Qué? —preguntó Estela.

—Que ahora tenemos servicio técnico.

Se giró hacia David.

—Yo soy Paula.

—David.

—Encantada.

—Igualmente.

—Muy bien ubicado todo.

—Paula… —masculló Estela.

—¿Qué? Estoy haciendo amigos. Por eso me apunté al gimnasio. A mí no me gusta hacer deporte. —Nos hizo reír.

—Cierra el pico… —le sugirió su amiga—. De verdad, gracias.

—No tienes que darlas —respondí. Nos quedamos un segundo más. Ese segundo raro en el que nadie sabe muy bien si seguir o irse.

—Bueno. Lo mejor es que sigamos entrenando. Tengo prisa —anotó Estela, agarró a Paula de la mano y se marcharon a las cintas de correr.

David me miró con una ceja arqueada y cruzando los brazos.

—Sí que pasa de ti.

—Nada nuevo.

—Estás jodido.

—Qué va. Una tía más. Hay miles. —Me di la vuelta y sonreí como hacía meses que no lo hacía. Una risa tonta que se quedó el resto de la tarde.

—Esa Paula está buena —anotó David—. ¿Crees que estará casada?

—Supongo que no. Me tiró la caña un día.

—Interesante… Te negaste un polvo con ella por no perder la oportunidad de tirarte a Estela algún día.

—Déjame tranquilo. Y déjala tranquila a ella. —Le di un codazo.

—Eh. Sería el plan perfecto. Me ligo a la amiga de Estela y quedamos los cuatro. De nada, amigo.

Puse los ojos en blanco y seguí a lo mío, sin embargo, no podía dejar de mirarla.

10

FIESTA DE PRIMAVERA Y MALAS IDEAS (MALÍSIMAS)

Estela

A mí me gusta la cerveza. Nada de champán, cava, vino caro o Martini. Una cerveza fría y yo soy feliz, más si me las tomo con amigas. Y allí estaba yo, en La Estrella Polar, una discoteca del barrio de Malasaña, con una diadema con flores luminosas, enredaderas verdes en las barras y más gorros imitando macetas que en un invernadero.

—Una más y nos vamos —advirtió Paula, levantando su cerveza y brindando. Eso mismo había dicho antes de salir: *Una y nos vamos, que mañana tengo que levantarme temprano para llevar a los niños al campeonato.* Ambas sabíamos que eso era mentira. Bueno, tenía cosas que hacer con los niños, pero con total seguridad nos meaban los perros a las seis o siete de la mañana.

—Sí, nos vamos en agosto. —Reímos.

—Eres… mi luz al final del túnel.

—Tú eres el tren que me atropella. —Volvimos a reír.

Paula tenía una sonrisa peligrosa de mujer que ya no se disculpa por ocupar espacio. Llevábamos varias rondas encima. Las suficientes para que la música pareciera mejor de lo que era y para que yo me sintiera ligera. No joven. Ligera. Que es mucho más útil.

Había gente disfrazada de hada bailando reguetón, un árbol besando a una chica con vestido de lentejuelas amarillas y rosas y un señor con margaritas en la barba intentando ligar con todo lo que respiraba. Primavera en estado puro.

—Esto parece una convención de locos con luces y flores —comenté.

—Y aun así estamos aquí —respondió Paula—. Guapas, arregladas y sin culpa.

¿Culpa? ¿Qué era eso? Ya la habíamos superado. No pedíamos permiso para ser quienes éramos.

—Oye, supongo que no es el momento, pero… ¿qué tal con Lele?

—Está de viaje. Como siempre —explicó sin más.

Yo llevaba un vestido rojo sencillo, de cuello cuadrado, largo hasta los tobillos, pero con una abertura en una pierna casi hasta la ingle, tacones que no pensaba aguantar toda la noche y el pelo suelto, ondulado solo lo justo. Elegante. Sexy. Palabras que no usaba conmigo misma tan a menudo como debería.

Fue entonces cuando lo vi. Armando estaba apoyado cerca de la barra, sombrero de paja ladeado, sonrisa abierta, una cerveza en la mano y la energía de un chico feliz solo por existir. Reía con dos amigos, con el cuerpo relajado y la cabeza un poco hacia atrás.

Y ahí ocurrió.

No pensé, no dudé, no calculé. No me imaginé ni por un segundo lo que vendría después.

—¡Armando! —Lo llamé, yo también feliz e ilusa de la vida.

Él levantó la vista y me vio. Y su cara hizo exactamente lo que hacen los perros cuando reconocen a su persona favorita: se iluminó, dio un pequeño saltito y empezó a avanzar hacia mí danzando y esquivando gente con una habilidad que solo tienen los que no sienten vergüenza.

—¡Estela! —Llegó hasta mí con una sonrisa enorme y me dio dos besos. Me agarró la cintura un segundo más de la cuenta, sin embargo, no me sorprendió tanta confianza entre nosotros de repente—. Tienes cosas raras en la cabeza. ¡Con luces!

—Es la última moda. —Me enorgullecí. Perdí la timidez hacía mucho—. Tú llevas un sombrero de paja, con una flor. —Tiré de él lo justo para moverlo.

—Madre mía… —Se separó un poco para mirarme—. Estás guapísima.

—Gracias.

—No, no… —frunció el ceño, dándose cuenta—. No te había visto nunca así. —Puse cara rara. Muy rara—. Quiero decir… —se rio—. Siempre eres muy guapa. Pero hoy estás… elegante. Sexy. Diferente.

—No intentes arreglarlo.

—Bien diferente —insistió, mirándome sin esconderlo—. No te había reconocido.

—Sigue metiendo la pata y…

—Hola —interrumpió Paula—. Yo también existo.

—Perdón. Armando. —Reaccionó al instante.

—Ya nos conocemos. El técnico gratis —respondió ella, estrechándole la mano—. Continúa. Me gusta cómo va esto —nos arengó.

Nos reímos los tres. La música subió. Un gnomo pasó bailando hacia atrás.

—Oye —comentó Armando—, el bloque al que me he mudado… es un poco disfuncional ¿no?

Casi escupo la cerveza a la que le daba un trago.

—¿Ahora te das cuenta? —Me limpié los labios con la yema de los dedos.

—Es muy… *La que se avecina*.

—*Aquí no hay quien viva* es más de mi generación.

—Tu madre podría dirigir la comunidad sin despeinarse.

—Mi madre ya la dirige. Solo que sin actas.

También intenta dirigir mi vida, pensé, pero no lo dije en voz alta, claro.

—Ahora vivo en una serie —sentenció—. Es maravilloso. Me siento como un personaje.

—Lo eres, pero aún no lo sabes.

—¿Y tú?

—Yo he salido ya en varias temporadas.

—Se nota. —Rio.

—Ahora te hace gracia. Verás cuando vaya pasando el tiempo.

—¿Tan malo es?

—Es diferente. Hay que acostumbrarse. Tiene pros y contras.

—El pro es haberte conocido.

—No me eches flores —le advertí.

—No son flores. Son hechos.

—No me conoces.

—Es verdad, pero porque no me dejas conocerte. ¿Una cena?

—¿Romántico?

—Nada de nada. En realidad quiero llevarte a la cama, pero no queda bien ser tan directo. —No sé si bromeó. Después supe que no.

—No te cortas.

—¿Para qué?

Lo pensé.

—También es verdad.

Me miraba de cerca. Demasiado. Sin invadir, pero sin retirarse.

—¿Y tú tienes novio?

—Ese que tienes detrás es mi último ex. No preguntes.

Giró el cuello y volvió a mí con la frente arrugada.

—¿Ese? ¿En serio? ¿Dónde lo encontraste?

—En una churrería.

—¡¿Te invitó a churros?!

—Él los hacía. —Soltamos unas carcajadas.

—¿Un mal final?

—Para él sí.

—¿Tomas algo? —Miró mi mano, con una cerveza casi vacía.

—Estoy tomado cerveza. Es mi deber esta noche vigilar a Paula. Ya sabes… Ha descontrolado con la ginebra y… —La señalé a unos metros, bailaba y se movía como una lagartija.

—Yo la veo estupendamente.

—Pero después tendré que aguantar su cabeza para que no se ensucie el pelo con su propio vómito.

—Jajaja. Eso es asqueroso.

—Real como la vida misma —me encogí de hombros.

—Puedo invitarte a un refresco.

—Demasiado gas.

—¿Agua?

—No tengo sed.

Y entonces fue directo. Muy directo.

—¿Nos vamos a mi casa?

Parpadeé.

—¿Qué? —No salía de mi asombro.

—Que si nos vamos a mi casa. —A pesar de tirarme los tejos a saco, no era imprudente. No sé, ese chico tenía algo, eso con lo que

se nace, que te hace brillar. Sí, brillaba, aunque él creía que no lo hacía.

—¿A la tuya? —alcé las cejas—. Vives encima de mi madre.

No iba a irme de todas formas, pero el muchacho era agradable y simpático. Lo estábamos pasando bien.

Se echó a reír, encantado.

—Exactamente encima.

—Eso no mejora nada.

—Para mí sí.

—Eres morboso.

—Me gusta la adrenalina.

—Tú no conoces a mi madre. Podría matarte. Podría matarnos a los dos.

—Podemos probar.

—Mejor no. Pero, oye, gracias por la invitación.

—Vale, pero… —sacó su teléfono móvil—. Tienes que darme tu teléfono.

—¿Para qué? Si necesitas algo, baja y se lo pides a mi madre.

—Tu madre no va a darme lo que quiero. Tú sí.

Ahora sí, escupí sobre su pecho el culo de la cerveza que acababa de intentar tragar.

—¡Oh, lo siento! Lo siento. —Traté de limpiarle con una servilleta. Error número dos (después del uno: saludarle): tocarle, Armando estaba bueno, fuerte, duro.

—No pasa nada, pero puedes seguir… manoseándome. —Rio.

Le di un puñetazo en el estómago. Él hizo un gesto de dolor.

Armando tiene abdominales, pensé. Nada importante, solo un dato más (ejem, ejem).

—No te ha dolido.

—Un poco sí. Dame tu teléfono y te perdono. —Lo sacó del bolsillo y lo alzó entre los dos.

—Eres insistente.

—Si algo me gusta, sí. —Me guiñó un ojo.

No preguntadme por qué, pero a mí Armando me cayó en gracia, así que cogí su teléfono y marqué mi número.

—A ti también te gusta vivir al límite —bromeó.

—Igual me muero mañana. —Se lo devolví. Tecleó sobre él, mi móvil vibró en el bolso (con total seguridad con un mensaje suyo) y lo guardó.

La conversación fluía sin presionarla.

De pronto, sacó algo del bolsillo.

—¿Qué es eso? —pregunté con algo brillante delante de mi nariz.

—Las llaves de mi casa. Por si quieres subir… cuando te apetezca. —Se encogió de hombros y amplió la sonrisa. Era guapo y… algo llamó mi atención. Uno de sus colmillos sobresalía de la línea de sus dientes. Era… original, sexy, le daba personalidad (y de eso iba sobrado).

La cogí y la miré de cerca, más si cabía. Luego se la devolví.

—¿Vas repartiendo llaves a las vecinas?

Fue la primera vez que la sonrisa se le achicó. Supo al instante de lo que le hablaba.

—Técnicamente no eres mi vecina.

—Ahí llevas razón.

—Me haría muy feliz que te vinieras.

—¿Estás loco? No.

—¿Por qué no?

—Porque nuestro amor es imposible —solté, teatral—. Te has liado con Rebeca.

—Yo no quiero líos amorosos. —Frunció el ceño sin perder la sonrisa.

Y… ahí estaba: primera *red flag*, bandera roja, luces de neón sobre un stop gigantesco. *Señorita, la salida por ahí. Gracias por su visita.*

Pero yo… soy una kamikaze de manual que no piensa demasiado en el mañana. Vale, lo admito, y un polvo no me hacía mal.

—Ajá.

—En serio. No busco nada complicado.

—Traducción: no quieres responsabilidades.

—Traducción correcta. —Asintió.

Uno de sus amigos lo llamó y se apartó un par de metros.

Paula se inclinó hacia mí y susurró:

—Armando quiere tema.

—El muchacho cree que va a follar esta noche.

Paula sonrió. De esas sonrisas que anuncian problemas.

—¿Y tú qué crees?

Miré a Armando. Seguía sonriendo. Seguro. Valiente. A saco, pero con respeto. Y pensé… Lo tenía muy claro: está bueno, pero… ¿conmigo? Ni de coña.

11

MENSAJES A LAS TRES DE LA MADRUGADA

Estela

La teoría era irnos a casa. Y casi llegamos, pero, cuando el taxi se detenía en nuestra calle, recordé que nos habían invitado a una fiesta privada, el cumpleaños de un amigo, que nos mataría si no nos pasábamos aunque fuera un rato. Así que dije:

—El cumpleaños de J.D. Se nos ha olvidado.

—¡Es verdad! —gritó demasiado Paula.

—¿Deberíamos ir?

—Yo creo que sí.

—Hemos llegado. Son cuarenta y cinco euros —anunció el taxista.

—¿Qué hacemos? —insistí.

—Lo que tú quieras. —Mi amiga nunca decía que no a nada.

—Señoras, tengo una recogida en El Escorial —intervino el conductor, que quería seguir haciendo su trabajo.

—Llévenos a Princesa. Le pilla de camino.

—Lo que ordenen.

—Nos ha llamado señoras —anotó Paula.

—Lo que somos.

—Lo serás tú. —Me apuntó con el dedo y lo miró bizqueando.

Veinte minutos más tarde y ochenta euros menos estábamos subiendo por una escalera estrecha en Princesa, con un *drag queen* intentando encender un mechero que no funcionaba.

—Esto no puede acabar bien —conjeturé, no por el chico, que iba perfecto, sino por nosotras.

—Eso es lo mejor —respondió Paula, tropezando con su propio pie. La agarré al vuelo y la puerta se abrió de golpe.

Y aquello… Aquello no era una fiesta. Era una experiencia. Luces de colores, música demasiado alta, gente que no conocía a nadie,

pero se comportaba como si fueran familia, una mesa llena de botellas medio abiertas y una tarta de tres metros de alto que casi tocaba el techo. Después averigüé que era de cartón. Globos y velas gigantes.

—Vamos a salir ardiendo —comenté.

—Es perfecto —Aplaudió Paula—. Me encanta.

—A mí me preocupa.

—Porque eres una señora —bromeó.

—Tú también tienes edad.

—Pero yo la ignoro.

Nos metimos dentro.

Alguien me dio un vaso.

No pregunté qué era.

Error.

—Esto sabe raro.

—No te lo bebas. Llevará droga. —Me lo quitó y se lo bebió de un trago.

—¡Paula!

—¡Está bueno! ¡Vamos a pasarlo bien!

—Eso está hecho. —Fuimos a buscar J.D para felicitarlo.

—Se nos ha olvidado el regalo —recordé.

—Nosotras somos su mejor regalo —aseguró.

—¿Mejor que ese? —Señalé hacia donde estaba nuestro amigo, besándose con un morenazo de dos metros de alto—. Eso es demasiada lengua.

—Vamos a pedir algo. No vamos a molestarlo ahora. En pleno… auge sexual.

—Raro si no follan. —Reímos.

Me apoyé en la barra mientras el camarero nos servía unas cervezas.

Y entonces vibró el móvil. Lo saqué.

Armando.

Sonreí sin querer.

Abrí el mensaje.

Armando:

¿Dónde estás?

Levanté la vista.
Paula me miraba.
—¿Quién es?
—El vecino.
—Ah.
—Ha escrito.
—Ah.
—No hagas ese "ah".
—Estoy haciendo un "ah" con información.
Negué con la cabeza y contesté.

Yo:
No vayas tan rápido.

No tardó.

Armando:
¿Rápido? Solo pregunto.

—Claro —dijo Paula—. Solo pregunta.
—Cállate.

Yo:
Eso dices ahora.

Silencio.
Dos segundos.
Tres.

Armando:
Estoy en casa.
Solo.
Con las luces bajas.
Esperando.

No.
No iba a pensar eso.

Armando:
¿Y tú?

Miré alrededor. Un chico acababa de intentar abrir una botella con los dientes. Otro bailaba encima de una silla. El elfo seguía con el mechero.

Yo:
En una fiesta privada.

—Privada mis narices —dijo Paula—. Aquí entra todo el mundo.
—Déjame.

Armando:
Me lo imagino.

Sonreí.

Armando:
Te estoy esperando.

Levanté una ceja.
—¿Qué dice?
—Que me espera.
—Ay, me muero.
—No te mueras.
—Tengo ganas de vomitar.
—No me vomites en los zapatos.

Y contesté.

Yo:
Estoy en tu puerta. Abre.

Paula me miró.
—Eres mala.
Encogí los hombros.

Armando:
No es verdad.

Sonreí.

Armando:
Pero me encantaría que lo fuera.

—¿Qué ha dicho? —Paula se bebió la cerveza de un trago—. ¿Qué pasa? Tengo sed.
—Pues bebe agua.
—¿Qué te ha dicho Armando?
—Que le encantaría que estuviera allí.
—¡Ay! —Unió las palmas de las manos.
—No empieces.
—Es que me encanta.
—A ti te encanta todo.
—Porque todo me parece bien.
—Ese es el problema. —Me apoyé en la pared y respiré.
Escribí.

Yo:
No vamos a tener nada. No insistas.

No tardó.

Armando:
No estoy insistiendo.

—Sí está insistiendo —comentó Paula, que no perdía hilo.
—Déjale. Es divertido.

Yo:
Lo estás haciendo.

Armando:
Estoy hablando contigo.

—Eso es insistir bonito —siguió Paula.
—Vomita ya y cállate.
—Qué mala amiga.
—Déjame. Es solo un tonteo insignificante.

Yo:
Me caes muy bien.

Armando:
Tú a mí también.

Yo:
Pero no quiero líos.

La música subió. Alguien gritó:
—¡SE HA CAÍDO!
No miré.

Yo:
Vives encima de mi madre.

Armando:
Eso no es un problema.

Yo:
Lo es.

Armando:
Depende.

—Depende —repitió Paula—. Me gusta.
—Deja de meterte en mi conversación.

Yo:
Y te estás liando con Rebeca.

Tardó un poco más.

Armando:
Eso no es lo que parece.

—Siempre dicen lo mismo —Paula hizo ademán de pedir otra cerveza.
—Ponle mejor una botella de agua. Fría. O… mejor, un vaso, con mucho hielo —sugerí al camarero.

Yo:
Claro.

Armando:
De verdad.

Yo:
No importa.

—¿Qué pasa? —preguntó Paula.
—Nada.
—Pasa algo. ¿Y esa cara?
En ese momento, alguien pasó corriendo hacia el baño.
—¡Aparta, aparta!
Y segundos después… Una persona desconocida me vomitó en los pies.
—Esto es maravilloso —me quejé.
—Y no he sido yo —rio Paula.
Fuimos hasta el baño para limpiarme. Yo iba en línea recta. Paula… no tanto.
—Necesito replantearme la vida —musité—. O… Universo, ¿puedes ponerme delante la solución a la guerra y no vómitos?
Volvió a vibrar el móvil.

Armando:
¿Estás bien?

Miré la pantalla.

Yo:
Sí. Fiesta normal.

Armando:
Eso suena a desastre.

Yo:
Un poco.

Armando:

Pero… ¿estás bien?

Yo:
Sí. Solo ha habido un pequeño percance. Lo normal.

Armando:
¿Qué es lo normal?

Yo:
Más normal que el vecino que se acuesta con una vecina te invite a la primera de cambio a que vayas a su casa.

Armando:
No es a la primera. Llevo semanas intentado hablar contigo.

No supe a qué se refería

En ese momento, alguien abrió la puerta del baño. Y salieron. Dos. Recolocándose la ropa.

—Estos dos sí que saben —comentó mi amiga.

—Estos sí han follado esta noche.

—Y tú no vas a hacerlo porque no quieres.

—No quiero. Y no debo. Necesito otra cerveza.

—Yo también.

Miré el móvil otra vez. Y escribí.

Yo:
Estoy bien. En serio.

Armando:
Vale.
Cuando quieras verme… me dices.

—¿Qué ha puesto?

—Nada.

Guardé el móvil y miré alrededor. La música. La gente. La risa. Y pensé algo muy simple: voy a pasarlo bien. Esa noche. No con Armando. Ese chico era mono y simpático, sin embargo, era joven y… tenía un millón de complicaciones, aunque ninguna estaba

relacionada con el amor. ¿Amor? Ojalá me enamorara. Echaba de menos ese sentimiento.

12

DOMINGOS TRANQUILOS QUE SE COMPLICAN SOLOS

Estela

Los domingos, un gran día para descansar, tomar ibuprofeno, arrepentirte del alcohol ingerido la noche anterior, volverle a pedir al universo algo, como que te reprograme el cerebro y olvides el vómito sobre tus *stilletos*, al borracho meando un árbol delante de ti o a Paula rodando por una escalera sin lamentar víctimas, incluso ella. Bueno, esto último prefería recordarlo para siempre. Casi me ahogo de la risa (después de comprobar que mi amiga estaba bien -y su dentadura también-).

En casa reinaba el silencio, al menos entre las paredes, mi cabeza era otra historia; nunca paraba, nunca para. Por eso trabajaba, o lo intentaba, porque a veces el ruido es tan fuerte que debo concentrarme mucho para escuchar solo lo que necesito en ese momento.

—Venga, dame una tregua —me pedí a mí misma, y me mordí el labio inferior.

Yo estaba sentada en el sofá, con el portátil sobre las piernas, una taza de café ya frío a la derecha y el cursor parpadeando en un documento que no pensaba escribirse solo.

—Ni aunque lo mires con más intensidad, va a redactarse solo —comentó Álvaro sin levantar la vista de su libro de literatura.

—Estoy pensando.

—Estás procrastinando con originalidad.

—Eso suena a cumplido.

—No lo es, mamá.

—Pues debería. No todo el mundo sabe hacerlo bien.

Álvaro pasó página con una tranquilidad sospechosa. Tenía el cuaderno abierto, subrayadores por colores, una libreta con esquemas que parecían más propios de alguien de treinta que de dieciséis, y esa concentración suya que me daba orgullo y un poco de envidia.

—¿Qué estudias? —pregunté, aunque ya lo sabía.

—Literatura.

—¿Qué parte?

—La que no me interesa.

—Todas te interesan.

—Eso lo dices tú porque ya has vivido. Yo todavía estoy en fase de cuestionarlo todo.

—Esa fase no se acaba nunca.

—Genial. Me acabas de hundir la adolescencia.

Sonreí y volví a mirar la pantalla. Escribí una frase. La borré. Escribí otra. La volví a borrar.

—¿Tú por qué trabajas en domingo? —cuestionó.

—Porque el lunes no perdona.

—Eso es un sistema defectuoso.

—Es el sistema.

—Pues habría que cambiarlo.

—Cuando lo hagas, me avisas.

—Te aviso —dijo, y por cómo lo dijo, parecía que de verdad tenía intención de hacerlo.

Nos quedamos callados unos minutos.

—Mamá.

—Dime.

—¿Tú eres feliz?

No levanté la vista de la pantalla. No por evitar la pregunta, sino porque necesitaba un segundo para no responder lo primero que se me pasara por la cabeza.

—Sí —contesté al final—. Bastante.

—Eso no es una respuesta completa.

—Es una respuesta honesta. La felicidad es… intensa —continuó —. La tranquilidad es… estable.

—¿Y qué prefieres tú?

—No lo sé. Creo que quiero las dos cosas.

—Pues ya puedes ir practicando —sonreí—. No siempre vienen juntas.

Asintió, pensativo.

—A mí me gustaría verte… más feliz.

—Oye —levanté una ceja—. ¿Esto es una intervención?

—Es una observación.

—Estoy perfectamente.

—Lo sé. Pero podrías estar… más.

Me apoyé en el respaldo del sofá.

—No todo en la vida tiene que ser más, Álvaro.

—No. Pero tampoco menos.

Nos miramos.

Y ahí estaba. Esa conversación que no era incómoda, pero sí importante. De esas que se quedan.

—¿Te has enamorado alguna vez? Digo… de verdad —preguntó de pronto.

Parpadeé.

—¿Perdona?

—Que si te has enamorado después de papá.

—No empieces.

—Es una pregunta normal.

—Y ya sabes la respuesta. —Y justo en ese momento, el móvil vibró sobre la mesa. No iba a mirarlo. De verdad que no.

Pero… Lo miré.

Armando.

—¿Quién es? —preguntó Álvaro sin levantar la vista.

—Nadie.

—Nadie escribe en domingo.

—La gente escribe cuando quiere.

—La gente que importa escribe cuando puede.

—No empieces.

—Tengo experiencia limitada…, pero eficaz.

Cogí el móvil.

Armando:

¿Estás viva?

—Ya empezamos —murmuré.
—¿Quién es? —insistió Álvaro.
—El vecino.
—¿El de arriba?
—Sí.
—¿El de Rebeca?
—Sí.
—¿El que te invitó anoche a subir a su casa en una discoteca? —Ya le había contado lo que había ocurrido la noche anterior. Le dije mientras desayunábamos algo así como… No vas a creerte quién me tiró la caña anoche. Y… el adolescente repelente acertó. Tiene un sexto sentido.
—Sí.
—Ya la vas a liar… —Fue directo.
—No la voy a liar.
—Mamá, no sería la primera vez.

Suspiré y respondí.

Yo:
Estoy viva. Milagrosamente.

No tardó.

Armando:
¿Cómo fue la noche?
¿Sobreviviste al apocalipsis primaveral?

Sonreí sin querer.
—Estás sonriendo —apuntó Álvaro.
—No estoy sonriendo.
—Estás sonriendo.
—Estoy respirando.
—Estás sonriendo mientras respiras.
—Cállate, pesado.

Yo:
Hubo vómitos.
No digo más.

Tres puntos. Escribiendo.

Armando:
¿Tu amiga vomitó al final?
¿Le aguantaste el pelo?

Yo:
Peor. Fue un desconocido. En los pies.
Un asco profundo.

Armando:
Eso suena a una noche perfecta.

No contesté.

Armando:
Pero… ¿Estás bien?

Y ahí… bajé un poco la guardia.

Yo:
Sí. Todo en orden.

Armando:
Me alegro.

—Mamá, ¿qué haces?
Ignoré a mi hijo.

Armando:
¿Te apetece una cerveza?

Levanté las cejas.
—¿Qué? —preguntó Álvaro.
—Nada.
—Nada tiene cara de problema.

—No es un problema.
—Es un problema.
—No lo es.
—Es el principio de un problema.
Miré el móvil.

Yo:
No puedo. Estoy trabajando.

Armando:
Es domingo.

Yo:
Precisamente.

Armando:
Entonces necesitas una cerveza más que nunca.

Yo:
No es buena idea.

Armando:
¿Por qué?

Yo:
Porque no.

Armando:
Dame una razón mejor.

Yo:
Estoy de resaca.

Armando:
La cerveza es buena para la resaca.

Yo:
Eso es una mentira que nos contamos.

Armando:

Vamos a comprobarlo.

Tardó dos segundos.

Armando:
Vale. No quieres. Lo entiendo.

Silencio.
Tres segundos.
Cuatro.
Cinco.
Seis.

Armando:
Pero si quieres, te cuento un chiste.
Hay que reír todos los días.

Yo:
¿Quién te dice que no he reído ya hoy?

Armando:
Con lo poco que sé de ti… Doy por hecho que has reído ya hoy, pero… no gracias a mí.

Me hizo sonreír otra vez.
Mal vamos, pensé.
Resoplé.
—Está intentando caerme bien —murmuré.
—Lo está consiguiendo —aseguró Álvaro.

Yo:
No me gustan los chistes.

Armando:
Este sí.

Armando:
¿Qué hace una abeja en el gimnasio?

Cerré los ojos.

—No. No quiero saberlo —murmuré para mí.

Armando:
Zumba.

Me tapé la cara con la mano y solté una carcajada.
—Madre mía… —Álvaro me miró de reojo.
—¿Qué? —Yo seguía riendo con el chiste más malo de la historia de la humanidad cómica.
—Nada, nada.

El móvil volvió a vibrar:

Un meme.
Un gato con cara de desprecio y/o enfado: Cuando te sientes rechazado.
Duele.

Yo:
¿Un sentimiento nuevo?

Armando:
Otro meme. Un perro mirando fijamente a la puerta: Yo esperando a que me digas que sí.

Y ahí sí.
Me reí.
—Vale, eso es gracioso.
—Te está ganando —sentenció Álvaro.
—No me está ganando.
—Te está ganando. No quieres verlo.
—Es simpático.

Armando:
Prometo que en persona soy peor.

Yo:
Eso no ayuda.

Armando:

Una cerveza.
Lugar público.
Sin secuestros.
Sin propuestas indecentes (de momento).

Suspiré. (MALO).

—¿Qué quiere? —preguntó Álvaro.
—Quedar.
Mi hijo arqueó una ceja.
—Mamá, no.
—¿No qué?
—No quedes.
—No voy a quedar.
—Mejor.
—Es solo una cerveza.
—Nunca es solo una cerveza.
—Estás exagerando.
—Estoy siendo realista.
—Eres demasiado dramático para la edad que tienes.
—Soy nieto de tu madre.
—Eso es un golpe bajo.
Se giró hacia mí por fin.
—Mamá, escucha. Vecino. Bloque. Rebeca. Abuela Carmen.
—No metas a la abuela.
—La abuela está siempre. ¿Sabes lo que puede pasar?
—Nada.
—Todo.
—Es una cerveza.
—Es abrir una puerta.
—No es abrir nada.
—Es abrir, mamá. Es abrir.
Me quedé en silencio.
Y entonces lo dijo:
—A la abuela le da un ictus.
—¡Álvaro!

—A Rebeca le da un brote.
—¡Por favor!
—El bloque entero habla de ti.
—El bloque ya habla de mí.
—Pero ahora con contenido.
No pude evitar reírme.
—Eres terrible. Y exagerado.
—Soy prudente.
—Eres un abuelo.
—Soy tu hijo. Tú me has enseñado en realidad.
—¿Qué te he enseñado *cocretamente*?
—A eso, a hacer la croqueta cuando las cosas se ponen feas, pero a intentar que no se pongan.
—Una cerveza no es fea. Está buena.
—No entiendo cómo bebéis cerveza. Y no es la cerveza. Es lo que conlleva.
—Un nuevo amigo.
—Tienes amigos, muchos. Esto no es un amigo.
—¿Por qué?
—Porque sé cómo has sonreído.
—Crees que lo sabes todo. Y no es así. Eres joven.
—Pero conozco a mi madre como si la hubiera parido.
—Te parí yo a ti.
—Y a veces parece que yo soy el adulto de esta casa.
—Tú lo que eres es imbécil. —Nos miramos y reímos.

Volvió a vibrar el móvil.

Armando:
Vale, retiro lo de la cerveza.

Armando:
Mejor dos.

Negué con la cabeza, sonriendo.
—Te gusta —soltó Álvaro.
—No me gusta.

—Te gusta.
—No me gusta. Solo es gracioso.
—Dilo otra vez —ironizó.

Bajé la mirada al móvil. Y pensé algo muy simple: La vida no espera a que todo sea perfecto para empezar a pasar.
Y eso… lo había aprendido tarde. Pero lo había aprendido.

Escribí.

Yo:
Una.

Armando:
Sabía que eras lista.

Yo:
A mí me parece que no.

Levanté la vista.
Álvaro me miraba.
—¿Qué has hecho? —Me conocía a la perfección.
—Nada.
—¿Qué has hecho?
—He aceptado una cerveza.
Cerró el libro. Despacio.
—Se avecinan curvas.
—¿Qué dices?
—Eso.
—Una cerveza no hace daño a nadie.
—Ya me contarás.
—No te lo voy a contar.
—Me lo cuentas todo, mamá. Podías guardarte detalles para ti. Estoy creciendo traumado.
—Exagerado. —Reímos de nuevo. Y por primera vez en mucho tiempo… no supe si tenía razón. Y eso, más que miedo… me dio vida.

13

DONDE MADRID SE VE MEJOR DESDE ARRIBA (Y TODO SE COMPLICA DESDE DENTRO)

Estela

Cuando bajé al portal ya estaba allí. Apoyado en el coche, con las manos en los bolsillos y la cabeza ligeramente inclinada hacia el móvil. Levantó la vista en cuanto escuchó la puerta.

Y sonrió.

No grande ni exagerado. Pero suficiente para que un gusanillo se revolviera en mi estómago.

—Hola —saludó.

—Hola.

Me acerqué despacio. No por nervios, que también, sino porque había algo en el ambiente que no estaba cuando lo veía en el ascensor o en el portal. Algo más… consciente.

—¿Lista para una cerveza muy poco peligrosa? —preguntó, retirándose de un Audi A6 azul oscuro, casi negro a la luz de las farolas, pero con un brillo profundo y metálico cuando le rozaba la luna. Le daba un aire de elegancia contenida, como un traje a medida bien cortado. No era un coche que llamara la atención a gritos; más bien invitaba a mirarlo dos veces, apreciando sus líneas limpias. Refinado sin ser llamativo, el tipo de vehículo que encajaba a la perfección con alguien que valora la calidad por encima del espectáculo.

—Estoy empezando a sospechar que tú y "poco peligroso" no sois compatibles.

—Eso es porque todavía no me conoces.

—Eso es justo lo que me preocupa.

Abrió la puerta del copiloto.

—Sube.

Entré. Olía a coche limpio y a colonia que no intentaba impresionar. Cerró la puerta y rodeó el vehículo mientras yo miraba el interior. Asientos de cuero beige, suaves y perfectamente cosidos. El salpicadero tenía pantallas discretas y no había cromados exagerados ni detalles ostentosos. Me gustó.

Cuando se sentó, me miró un segundo.

—¿A dónde vamos? —pregunté, cruzándome de brazos.

—A mi casa. —Arrancó.

—¿Tú eres gilipollas? —Negué con la cabeza.

—Sí. Mucho. —Asintió, muy serio. Hubo una pausa—. Pero aún no sabes cuánto.

Y no pude evitarlo. Me reí.

—Eres imbécil.

—También.

—Esto empieza bien.

—Esto empieza honesto. Lo mejor es decir la verdad. No vamos a fingir ser lo que no somos.

Salimos del barrio y apoyé el codo en la ventana.

—No voy a ir a tu casa.

—Imaginaba que no te gustaría la idea.

—¿Y tienes otro plan?

—Yo siempre tengo plan b.

—No sé por qué no me extraña. Tendrás todo el abecedario.

Sonrió leve y asintió.

—Pero lo has considerado.

—¿Qué?

—Ir a mi casa.

—Ni de coña.

—Un poco sí.

—Un poco no.

—Un poco sí. Di la verdad. No mientas.

—Yo no miento.

—Eso me gusta. Yo tampoco.

—Mira tú, tenemos algo en común.

—Seguro que no es lo único.

—Somos humanos. Eso también.
—Pero tú muy normal no eres.
—¿Me llamas anormal? —Alcé las cejas sin perder la sonrisa.
—Especial.
—Me lo tomaré como un cumplido.
Torció aún más la sonrisa.

Madrid empezó a abrirse poco a poco delante de nosotros, luces encendiéndose, ese tono dorado que tiene la ciudad cuando decide ponerse guapa sin avisar.

Giró por una calle que no reconocí de inmediato y subió. Y subió. Y subió. Hasta que lo entendí.

Aparcó y apagó el motor.

—¿Te gusta? —Se giró un poco hacia mí.

Miré al frente. Madrid desplegada. Las luces, los edificios, la vida latiendo abajo como si nada de lo que pasa arriba importara demasiado.

—Mucho —dije, sin disimular.

Él asintió, satisfecho.

—Bien.

Se inclinó hacia atrás y abrió una pequeña nevera que había detrás del asiento.

—¿Y esto? —Arrugué la nariz.

Sacó dos cervezas.

—Aquí estamos más tranquilos.

Me pasó una.

—Tú quieres violarme —solté, completamente seria.

Se volteó hacia mí.

—¿Y vas a dejarte?

—¡Por supuesto que no! Jajaja.

—Entonces estamos a salvo.

Chocamos las botellas. Y bebimos.

Al principio fue fácil. Demasiado fácil.

—¿Qué tal llevas el bloque?

—Estoy fascinado.

—Eso se pasa.

—Tu madre es intensa. Me cae bien.

—Claro. No es tu madre.

Se rio.

—¿Vas a casa de tus padres todos los días?

—Casi todos.

—¿Por obligación?

—Por costumbre.

—No es lo mismo.

—No. Pero se parece.

Silencio corto. Cómodo.

—¿Y Rebeca? —pregunté sin mirarlo.

—No hay mucho que contar. —Encogió levemente los hombros.

—No me interesa demasiado.

—Pero lo tienes en cuenta. Has preguntado.

—Soy humana. Una humana especial —lo parafraseé—, pero humana al fin y al cabo.

—Bien. —Sonrió y bebió—. Hemos estado quedando.

—Lleváis quedando varios meses.

—¿Los has contado?

—Me lo cuentan.

—Vale, quizá un mes. No lo he contado. Seguro que tú sabes más que yo sobre mi vida. Hay folletos sobre ella todos los días.

—No te creas único ni especial por ello. Allí se habla de todos por igual. Según la época y el rumor, el protagonista del titular cambia. Tú eres la novedad.

—¿Se cansarán y dejarán de hablar de mí?

—No, si no dejas de crear noticia.

—No sé por qué mi vida debería importarle a nadie.

—Pienso lo mismo. Pero les importa. —Di un trago—. Para ser honesta… A veces es para bien. Se preocupan unos por otros.

—Claro, les preocupa mi vida sexual. Debería agradecérselo. Voy a repartir bombones o… yo qué sé… flores entre los vecinos.

—Eres bastante idiota.

—Más. —La sonrisa de los dos crecía por momentos—. Lo de Rebeca…

—No quiero saberlo.

—Sí quieres.

—¿Por qué piensas eso?

—Eres hija de Carmen. Has crecido en ese bloque. Tienes que llevar el cotilleo en las venas.

—No me parezco en nada a mi madre. Y la vida de la gente no me importa en absoluto. Bueno, espero que les vaya bien, pero bastante tengo ya con mis problemas.

—¿Tienes muchos problemas? —Le brillaban los ojos.

—Alguno que otro. No demasiados. Los típicos.

Tú, pensé, pero no se lo dije.

—Ya casi no quedo con Rebeca. Hace tiempo que no nos vemos.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque quiero.

—Vale, voy a suponer que ya somos amigos.

—Sería un honor.

—Deja de hacer el imbécil.

—Eso es imposible.

—¿Y por qué no quedáis?

—Creo que… Se estaba pillando.

—Eres un creído —bromeé.

—¡Eh! ¡Hablo en serio!

—Vale, vale. ¿Y tú no?

—No. —Directo. Sin rodeos—. No busco nada serio —añadió—. Me acabo de separar. He estado toda mi vida con la misma persona. No quiero… nada que implique responsabilidad ahora mismo.

Asentí despacio y recordé que ya lo había comentado.

—Honesto.

—Es lo único que tengo claro.

—Eso está bien.

—Sí. —Nos miramos un segundo más de lo necesario— ¿Y tú? ¿Eres de las que se complican?

—Soy de las que viven.

—Eso suena a complicarse.

—Eso es vivir con ganas.

—¿Y qué haces? Digo… A qué te dedicas. A parte de vivir con ganas.

—Soy directora de comunicación en una cadena hotelera.

Levantó las cejas.

—Eso suena a cerebro en constante movimiento.

—Mi mente no para.

—Se te nota.

—Eso no es bueno. No siempre.

—Lo dudo.

—Tengo ideas todo el tiempo. No todas son buenas.

—Seguro que sí.

—No lo creas.

—Algo me dice que sí.

—Eres pesado.

Se rio. Y volvió a beber.

—¿Eso son tus cumplidos?

—Acostúmbrate.

—Vaya… ¿Eso significa que volveremos a vernos?

—No tenemos más remedio. Vives arriba de mis padres.

—Es verdad. Suerte que has tenido. —Me guiñó un ojo.

—¡Oh, sí, eres un creído!

—No es eso.

—¿Entonces qué es?

—Hemos tenido suerte los dos.

—Cállate ya. Anda, dime a qué te dedicas tú. Espera, no me lo digas… Voy a adivinarlo.

—¿De eso no se ha hablado?

—No les parecerá relevante.

—Ah, ¿no?

—No. No es… jugoso.

—Podría serlo. Yo qué sé… Podría dedicarme a…

—¿Eres gigoló?

—¡¿Qué?! ¡¡No!! Jajaja.

—Pues ya está.

—Trabajo en una empresa de ingeniería geotécnica —explicó.

—Eso suena muy serio.

—Lo es. Hacemos estudios del terreno, sondeos… muchas veces para proyectos de túneles, infraestructuras… trabajamos bajo tierra más de lo que me gustaría admitir.

—¿Minas?

—Algo así. No minas tradicionales, pero sí perforaciones, estudios del subsuelo… Madrid está más hueco de lo que parece.

—Eso es fascinante. —Lo miré con interés real.

—Es más aburrido de lo que suena.

—No lo creo.

—Te llevaría un día, pero no es muy romántico.

—¿Quién ha hablado de romance?

—Nadie. —Sonrió. Después… hubo un silencio extraño. No malo.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté.

—Veintinueve. En un mes treinta.

—Se te acaba la juventud.

—Estoy en negación.

—Se te nota.

—Voy a hacer una fiesta.

—¿Sí?

—Te invito.

—¿Ya somos amigos para invitarme? —Arrugué el ceño.

—Me caes bien.

—Eso no es suficiente.

—Para mí sí.

—No sé si podré.

—No te he dicho qué día.

—Suelo estar ocupada.

—¿Trabajo?

—Sobre todo.

—Pero tendrás fines de semana libres.

—No me tomo demasiados.

—Espero que puedas.

—No prometo nada.

—No te estoy pidiendo promesas. —De fondo se escuchaba una canción de *Perfect* de Ed Sheeran y todo… se hizo más pequeño, o

más grande, no lo supe—. Vale —dijo de pronto—. Te cuento otro chiste.

—No, por favor.

—¿Por qué? ¿No te ha hecho gracia el de la abeja?

—No. —Hice un nudo con los labios.

—Sí te ha hecho.

—De verdad, no.

—¿Qué le dice una roca a otra roca?

—No quiero saberlo. —Cerré los ojos.

—La vida es dura.

Los abrí, lo miré y… reí.

—¿De dónde los sacas?

—Un compañero del trabajo. Pasa demasiadas horas bajo tierra.

—Eso explica muchas cosas.

—Muchas. —Nos miramos. Y esta vez… no aparté la mirada primero.

14

EL AIRE CAMBIA Y NO HAY MARCHA ATRÁS

Estela

El silencio llegó sin avisar. No fue incómodo ni forzado. Fue… distinto a los demás. De esos que no piden conversación, pero la cargan de sentido.

—Pon música —pedí, más por mover algo que por necesidad.

—Elige tú. —Señaló el móvil conectado al coche.

Me incliné hacia la pantalla. Y ahí pasó. Nada. Y todo.

Mi brazo rozó el suyo. Mi cara demasiado cerca de la suya. Su respiración un poco más lenta. La mía… un poco menos estable.

Busqué una canción. Cualquiera. No la primera. No la segunda. Algo que justificara quedarme ahí un segundo más.

Y cuando levanté la vista… su boca estaba demasiado cerca. Demasiado.

No nos movimos. No nos apartamos. No hicimos nada. Pero el aire… tembló.

Tragué saliva.

Él se puso serio. Y eso fue lo que más me descolocó. Porque hasta ese momento todo había sido ligero. Fácil. Juego. Risa. Y de pronto… no.

—Ya está. —Volví a mi sitio y fingí que no había pasado nada.

No pasó nada. Claro que no.

La música empezó. Una canción antigua. De esas que no sabes que recuerdas hasta que suenan.

—Esta es buena —murmuré.

—No la conozco.

—Normal.

—¿Por qué?

—Porque eres demasiado joven para conocerla.

—¿Eso es un ataque a mi edad?

—Es un hecho.

—No me gusta.

—A mí tampoco me gusta tener cuarenta y cinco. Pero… los tengo.

—No los aparentas.

—No tienes que quedar bien.

—No lo digo por quedar bien. Lo digo porque es verdad.

No respondí. Porque no era eso. Nunca es eso. La edad no pesa por fuera. Pesa en lo que ya has vivido.

Me acomodé en el asiento.

—¿Te molesta? —preguntó de pronto.

—¿El qué?

—La diferencia de edad entre nosotros.

—Tengo amigos de muchas edades.

—Amigos. Eso es perfecto.

—Es lo que vamos a ser. O ni eso. Aún no lo he decidido.

—¿Tienes que pensártelo?

—Tienes que ganártelo.

—Vaya… Un reto.

Silencio otra vez. Más denso. Más cerca.

Él lo rompió con un sonido, el de su lata de cerveza vacía posándose en un hueco redondo entre los dos.

—¿No bebes más?

—Oh, no hay más. Nevera vacía. —Señaló detrás.

—¿Quieres? —le ofrecí la mía, levantándola un poco—. Compartimos lo que queda.

—No, no. Disfrútala tú.

—Venga, en realidad, estoy llena. —Me toqué la barriga—. Con las de anoche tuve bastante.

—¿Seguro?

—Sí, sí.

La cogió y bebió. Despacio. Me quedé mirándolo.

Y yo, que algunas veces no mido lo que suelto por esta boca, o vocalizo lo que pienso, dije lo que no tenía que decir:

—Eso es como si nos diéramos un beso.

Armando soltó una carcajada que resonó por dentro y por fuera. Casi se le cae la lata. Yo comencé a reír también. ¿Qué iba a hacer? Me salió solo y… Después me miró, nos callamos. ¿Fue un error? ¿Empezó ahí? Yo creo que no, que hubiera pasado de todas formas, antes o después. Sin mi comentario, aunque lo hubiera evitado, porque cuando hay conexión, los cuerpos se atraen irremediablemente, las cosas pasan, hasta las más inauditas.

Presumí que iba a hacer alguna broma de las suyas, sin embargo, no fue así. La tensión no bajó y él la sostuvo, no la rompió.

—¿Tú quieres que te bese?

No supe qué contestar. Porque si decía que no… mentía. Y si decía que sí… dejaba de ser un juego.

El aire volvió a cambiar. Más. Más de lo que debería. Se acercó un poco. Nada exagerado. Solo lo justo. Lo suficiente.

—Estela… —musitó, pero no terminó la frase, porque no hacía falta.

Yo tampoco me moví. Ni hacia delante. Ni hacia atrás. Hay momentos en los que no decides. Solo dejas de resistirte.

Y pasó lo que tenía que pasar. O eso suelo decirme.

El primer roce. Su boca sobre la mía. Suave. Casi una pregunta. Un segundo. Dos. Tres. Podría haber parado ahí. Debería haber parado ahí. Pero no. Porque cuando separé un milímetro los labios… él lo entendió. Y volvió. Y esta vez no preguntó. Me sujetó la cara con una mano. Y me besó. De verdad. Húmedo. Lento. Profundo. Como si llevara más tiempo queriendo hacerlo del que estaba dispuesto a admitir.

Mi mano se apoyó en su pecho. Noté su respiración. Su calor. Su cuerpo tenso… y contenido.

Nos acercamos más. Más de lo necesario. Más de lo prudente. Más de lo recomendable.

Hay besos que no empiezan. Te empujan.

Respiramos.

Nos separamos apenas.

Volvimos. Otra vez. Y otra. Sin prisa. Sin lógica. Sin futuro. Solo presente. Solo eso.

Mis dedos se deslizaron por su cuello. Los suyos por mi mandíbula. Nos probamos. Nos saboreamos. Nos descubrimos. Como si ya nos conociéramos. Como si no. Como si importara. Como si no importara nada. Y en medio de todo… una idea brutal se dibujó en mi mente: Esto no es buena idea. Y aun así… no paramos. Porque hay cosas que no se piensan. Se viven. Se atraviesan. Se sienten. Aunque después duelan. Aunque después quemen. Aunque después… no haya forma de explicarlas.

Su respiración contra la mía. Mi pulso acelerado. Su boca buscándome otra vez. Y yo… dejándome encontrar. Sin excusas. Sin preguntas. Sin mañana. Solo ese instante. Solo ese coche. Solo Madrid abajo. Y nosotros arriba. Perdiendo el control. Sabiendo que lo estamos perdiendo. Y sin hacer nada por evitarlo. Porque a veces no es que quieras que pase. Es que no quieres que no pase. Y ahí… terminó todo. O… empezó.

15

DONDE LO LÓGICO PIERDE (Y TAMPOCO PASA NADA)

Estela

Nos separamos. No de golpe ni con vergüenza. No como dos personas que acaban de hacer algo que no debían. Sino… despacio, sabiendo que aquello no se había terminado del todo.

Respiré. Él también.

Nos quedamos mirándonos un segundo más de la cuenta. Y entonces… sonreímos.

—Esto no es buena idea. —No sonó a advertencia ni a reproche ni a límite. Fue un comentario que hice por fin en voz alta.

Él ladeó la cabeza, observándome.

—Yo creo que sí.

—Claro que tú crees que sí. —Solté una pequeña risa.

—Hombre… —se encogió de hombros—. Acabamos de besarnos. Bastante bien, además.

—Bastante bien —repetí, divertida—. Qué precisión.

—Soy ingeniero. Me gustan los datos.

—Eso no es un dato. Eso es una opinión.

—Es una opinión muy fundamentada.

Negué con la cabeza, aun sonriendo.

—Rebeca va a matarme.

—Nos matará a los dos —corrigió él—. Pero iremos juntos al cielo.

—No me hace ilusión ese final.

—A mí tampoco, pero morirías habiendo tomado buenas decisiones.

—Esto no es una buena decisión.

—Eso está por ver.

Lo miré. Ahí. Directo. Sin esconder nada.

—Armando…

—No tengo nada con ella —aseguró, más serio, pero sin perder esa calma suya—. De verdad. Nada.

—Ya.

—Nada.

—Lo sé.

—No, no lo sabes.

—Sí lo sé —le sostuve la mirada—. Pero eso no cambia nada.

Frunció ligeramente el ceño.

—¿Por qué?

—Porque va a molestarle.

—No tiene por qué enterarse.

—Ese bloque es la CIA.

—A nadie le importa lo que pase entre nosotros.

Solté aire por la nariz.

—Eso es lo más ingenuo que has dicho hoy. Y optimista.

—Es cómodo.

—Es peligroso.

Sonrió.

—Te gusta el peligro.

—No me gusta.

—Te encanta.

—Prefiero caminar por la calle sin tener que mirar atrás.

—Jajaja. Qué exagerada.

—Es verdad. —Lo dejé ahí, porque hay discusiones que no se ganan. Se sienten. Y pensé algo muy simple: No voy a vivir con miedo a lo que todavía no ha pasado.

Y eso… lo había aprendido a base de perder cosas por no atreverme.

—Esto es complicado.

—Mucho.

—Innecesario.

—Bueno… —Nos miramos—. Pero te gusto.

—Eso es una afirmación muy arrogante.

—Es una verdad dicha en voz alta.

—No estaría aquí si no fuera así.

—Tú a mí también me gustas.

Las verdades sencillas son las más difíciles de esquivar. Por eso… Tragué saliva. Y eso fue todo lo que hizo falta. No hubo más discurso ni más lógica ni argumentos. Solo… decisión.

Me acerqué. Esta vez yo. Sin pensarlo demasiado. Sin darle vueltas. Sin buscar una excusa. Y lo besé. Otra vez. Pero ya no era igual. No era descubrimiento, sino intención.

Su mano fue directa a mi cintura. La mía a su cuello. Nos acercamos más. Sin cuidado. Sin cálculo. Con esa forma torpe y perfecta de dos personas que ya han cruzado la línea y saben que no hay vuelta atrás.

—Esto sí es una mala idea —murmuré contra su boca.

—La mejor de la noche —respondió él, antes de volver a besarme. Y esta vez… no intentamos hacerlo despacio.

El regreso a casa fue más silencioso sin ser incómodo. Madrid volvía a acercarse poco a poco, las luces más cerca, el ruido entrando por las ventanillas cerradas. Yo miraba hacia fuera. Él conducía. Y de vez en cuando… sonreíamos sin motivo.

Y me dije: Hay momentos que no necesitan explicación. Solo tiempo para entenderlos después.

Aparcó en mi calle y apagó el motor. El silencio seguía, pero ya lo conocíamos.

Me giré hacia él.

—Bueno…

—Bueno —repitió.

—Ha sido… interesante.

—¿Interesante?

—¿Qué quieres que diga?

—Que beso muy bien.

—Sí, eso es lo único que te falta para que te creas un dios.

—Eh… —Me dio un golpecito en la pierna con confianza—. No soy como piensas.

—No pienso nada. Aún.

—Sí lo haces. Y no tienes datos suficientes.

—Ya estamos con los datos. —Reímos—. Me voy. Es tarde. Mañana trabajo.

—Yo también. —Nos quedamos ahí. Sin saber muy bien cómo cerrar algo que no estaba cerrado—. Tenemos que volver a vernos —soltó, sin rodeos.

—¿Ves? —Alcé las cejas y sonreí.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Cuándo nos vemos?

—Tengo que pensarlo.

—No lo pienses mucho. Eso nunca es buena señal.

—Para mí sí.

—Para ti todo es buena señal.

—Cuando me interesa, sí.

—Te intereso.

—Un poco.

—Mucho.

—Y eso te encanta.

Rodé los ojos.

—Ya veremos.

—Eso es un sí.

—Eso es un "no sé".

—Eso es un sí con miedo.

—Eso es un "cállate". —Se rio—. Vale. —Abrí la puerta.

—Estela.

Giré el cuello.

—¿Qué?

—No tardes mucho en decidir.

Sonreí. Eso provocaba en mí Armando, una sonrisa, simple y compleja.

—Buenas noches, Armando.

—Buenas noches, Estela.

Cerré la puerta. Di dos pasos. Y lo escuché:

—¡Estela!

Me di la vuelta.

—¿Qué?

—`El chiste de hoy era mejor que el de antes!

Solté una carcajada.

—¡Eso tampoco era difícil!

—¡Tengo más!

—¡No lo dudo. Eso es lo preocupante!

—¡Te los contaré!

—¡Vete a dormir!

—¡Eso haré… después de pensar en ti!

Le miré. Un segundo.

—Descansa. Mañana tienes que revisar muchos datos.

—Descansa tú también, y no pienses demasiado. Deja de dar vueltas a las cosas. —Sonreí, pero esta vez porque me había demostrado que me escuchaba cuando hablaba. Puede parecer una tontería, pero para mí es importante que sea así.

Y esta vez sí. Me fui, con la sonrisa grabada en el rostro. Porque hay noches que no cambian tu vida… pero te recuerdan que todavía puedes sentirla.

16

CUANDO UNO NO BUSCA NADA… Y ESO EMPIEZA A SER UN PROBLEMA

Armando

Hay una cosa que nadie te dice cuando te separas: que el silencio no es silencio, sino ruido sin forma. Un zumbido constante que no sabes de dónde viene, pero que está ahí, todo el rato, incluso cuando crees que estás bien.

Yo estaba bien. De verdad.

Salía. Entrenaba. Trabajaba. Dormía mejor de lo que esperaba. No pensaba en Lucía cada cinco minutos. No me dolía como antes. No me levantaba con esa sensación de haber dejado algo a medias.

Estaba… tranquilo.

Y aun así…

—Estás gilipollas —dijo David.

—Buenas tardes a ti también —respondí, ajustando el peso en la barra.

—No, en serio. —Se apoyó en la máquina, mirándome como si acabara de descubrir América—. Estás gilipollas.

—Argumenta.

—No hace falta. Se te nota.

—¿El qué?

—La cara.

—¿Qué cara?

—La de tío que dice que no le importa nada y está pendiente de algo.

—No estoy pendiente de nada.

David sonrió despacio.

—¿Armando Líos ya no folla? —Rio de su propia broma—. Pobrecito.

—Tú qué sabrás.

—¿Cuánto llevas sin verla?

—¿A quién?

—¿Hay más de una? ¡*Wow*, esto se pone interesante!

—Tú sí que eres gilipollas. —Le tiré una toalla que pilló al vuelo—. Es… —bufé—. Es Estela.

David achinó los ojos.

—¿Estela?

—Sí. El domingo quedamos. La invité a una cerveza. Nos besamos.

—¿Y?

—Y ya está.

—No habéis vuelto a hablar. —Negué—. Y tú quieres hablar con ella. —Asentí—. Estás jodido.

—Qué voy a estar jodido.

—Estás jodidísimo.

—Qué sabrás tú.

—Yo sé que… últimamente siempre que te llamo estás sacando a pasear a Menina. ¡Eso es! —Dio una palmada—. Sacas a la perra para ver si te cruzas con ella. Una tía que no te hace ni caso.

—Menina necesita ejercicio. Le sobran kilos.

—Menina está más en forma que tú.

—Eso no es verdad.

—Lo que tú digas, hermano.

Seguí con la serie. Una. Dos. Tres.

—¿Cuántas vueltas le has dado hoy? —insistió.

—Las normales.

—¿Normales o "a ver si aparece Estela"?

—A la dichosa perra le cuesta cagar, cojones.

—Llévala al veterinario. Ah, no, que allí no vas a encontrarte con ella.

—Te crees muy gracioso.

—Tanto o más que tú. —Subí el peso y me forcé. Necesitaba dejar de pensar y el dichoso David no ayudaba en nada— ¿Y? —Alzó las cejas—. ¿Ha aparecido?

—No.

—Claro que no.

—Porque no vive allí.
—Pero va.
—No cuando yo estoy.
—Eso es que pasa de ti.
—No hemos coincidido. Ya está.
—Lo que tú digas.
Me senté y cogí la botella de agua.
—No quiero que me siga el rollo.
—Claro.
—Lo digo en serio.
—Si lo entiendo…
—No quiero nada serio.
—Ya.
—Ni nada complicado. Ni historias.
—Lo sé.
—Entonces me da igual.
David me miró un segundo más de lo normal.
—Igual igual… no te da.
—Sí me da igual.
—No te da igual.
—Sí.
—No.
—Sí.
—Eres un puto niño.
—Y tú un mentiroso. ¿Te la has follado ya?
Lo miré.
—¿Te parece una pregunta normal?
—Sí. —Puse los ojos en blanco—. Eso es que no.
—No te lo diría si fuera que sí.
—Vale, no —levantó las manos—. Pero te la quieres follar.
—Eso sí.
—Por fin una verdad.
—¿Quieres escuchar otra verdad?
—Te escucho.
—Más entrenar y menos cotillear.

El trabajo ayudaba. Porque cuando estaba allí, metido en números, informes, informes que llevan a otros informes, perforaciones, mediciones, planos… la cabeza se ordenaba sola.

Bajo tierra todo es más sencillo. O se sostiene… o se cae. No hay medias tintas. No hay dudas largas. No hay "ya veremos". O es estable… o no lo es. Y eso, curiosamente, me tranquilizaba.

—Armando —me llamó Luis desde el otro lado—. ¿Has visto los datos del sondeo de Vallecas?

—Sí.

—¿Qué te parece?

—Que hay que repetir.

—¿Tan mal?

—No es fiable.

—Vale.

—No podemos construir sobre algo que no sabemos si aguanta.

Luis asintió.

—Eso suena a frase de vida.

No pensé sobre ello. Solo volví a la pantalla. Pero la cabeza… no. Porque hay cosas que no encajan aunque todo lo demás esté en su sitio.

El móvil vibró y traté de ignorarlo, sin embargo, podía ser Estela, aunque lo dudaba mucho, así que lo cogí. Era otro nombre el que leí en la pantalla.

Rebeca.
¿Qué haces?

No respondí de inmediato. No me apetecía hablar con ella.

Rebeca:
¿Cenamos y follamos?

Cerré los ojos un segundo.
Sin rodeos. Nunca los había dado.
Volvió a escribir.

Rebeca:
Venga, Armando. Que lo pasamos bien.

Suspiré.
Escribí.

Yo:
No.

Rebeca:
¿Otra vez no?
Llevas semanas así.
¿Te pasa algo?

Apoyé el móvil en la mesa. No respondí. Volvió a vibrar.

Rebeca:
¿Estás con alguien?

Miré la pantalla.
La pregunta que nunca es casual.
La dejé ahí. Sin abrir. Sin contestar. Sin nada.

—¿Todo bien? —preguntó Luis.
—Sí.
—¿Seguro?
—Sí.
No insistió. Nadie insiste cuando dices que sí. Ese es el truco.
Volví al informe e intenté concentrarme, no obstante, no podía. Así que cogí el móvil otra vez y abrí la conversación. Me gusta tratar bien a la gente y Rebeca quizá se merecía una respuesta más larga.

Yo:
No voy a quedar más.

Rebeca:
¿En serio?

Yo:
Sí.

Rebeca:
¿Por qué?

Borré lo que iba a escribir. Lo volví a escribir. Lo volví a borrar.
No siempre decir la verdad es lo más sencillo.
Al final, puse:

Yo:
Porque no quiero.

Rebeca:
Qué seco eres.

Yo:
Es la verdad.

Rebeca:
Vale.

Silencio.
Y luego:

Rebeca:
Pues te pierdes un polvazo.

Apagué el móvil. Y volví al trabajo. Pero ya no era lo mismo. Porque había algo… que no tenía que ver con Rebeca. Ni con el sexo. Ni con lo fácil. Había algo que no encajaba en lo cómodo. Y eso… eso sí que era un problema.

17

UNA MADRE CONFIESA Y UN HIJO NO SE SORPRENDE

Estela

—No pongas esa cara.

—¿Qué cara?

—Esa. La de "me estás decepcionando como figura materna".

Álvaro levantó la vista del portátil despacio, muy despacio, como si le costara asumir lo que acababa de escuchar.

—No es decepción —dijo—. Es que… Eres muy fácil de leer. Solo me has confirmado.

—Qué hablas, niño.

—Que esto iba a pasar.

Me crucé de brazos.

—No iba a pasar.

—Ha pasado.

—Pero no iba a pasar.

—Mamá… —cerró el portátil despacio—. Te besaste con él en un coche bajo las estrellas. Eso no es un "uy, ha surgido". Eso es una cadena de decisiones.

—En serio. ¿Dónde has aprendido a hablar así?

—En esta casa. Y, por cierto, eres muy optimista.

—No soy optimista. Bueno, sí, pero no tiene nada que ver.

—Te subiste a su coche.

—Para tomar una cerveza.

—Subiste una cuesta.

—Porque Madrid tiene cuestas.

—Te llevó a un mirador.

—Porque es bonito.

—Sacó cervezas de una nevera.

—Eso fue todo un detalle.

—Le miraste.
—Eso no es delito.
—Te acercaste.
—Eso no lo sabes.
—Te besó.
—Nos besamos.
Álvaro me miró con los ojos entrecerrados.
—Peor.
No pude evitar reírme.
—No es peor.
—¡Es mucho peor!
—¡Eres un exagerado!
—¡Soy un visionario!
Me dejé caer en el sofá.
—No estaba tan claro.
—Estaba clarísimo. No te engañes.
—No lo estaba.
—Mamá —se inclinó hacia delante—. Estaba más claro que el agua.
—Eso no es verdad. No tienes pruebas.
—Tengo ojos.
—No estabas allí.
—Pero te conozco. No quedas con un tío de esa manera si no te gusta mucho.
—No me gusta mucho.
—Si eso fuera verdad, me decepcionarías.
—¡Eres un viejoven!
—¿Cómo se miente así? —añadió de pronto.
—¿Perdona? —Fruncí el ceño.
—Cómo me dices "no va a pasar nada" y luego… pasa todo.
—Ya ves… Tú eres el futurólogo. Yo solo me dejo llevar. No lo sé todo.
—Yo de pequeño creía que sí. ¿Besa bien?
Le lancé un cojín.
—¡No tienes vergüenza!
—Tengo curiosidad científica.

—No te lo voy a contar.

—Eso es un sí.

—Eso es un "no te metas".

—Eso es un sí.

—Eres insoportable.

—Y tú misteriosa. Te haces la interesante. Si no quieres dar detalles, no empieces a contar la historia.

—Es mi historia. Puedo contar la parte que quiera.

—Eso es como ver una peli a medias.

—Te tengo dicho que no te quedes dormido en el sofá.

—Eres muy idiota, mamá.

Encogí los hombros y reímos.

Hay conversaciones que no deberían existir entre madre e hijo… pero hacen que todo tenga más sentido.

—¿Y ahora qué? —Apoyó los codos en las rodillas.

—Nada. No va a ir a más.

—Eso no lo sabes.

—Vale, no lo sé. Pero no va a ir a más.

—Eso es lo que dicen siempre.

—No todo el mundo. Pero… me gusta.

—Pues ya está.

—¿Ya está?

—Sí.

—No es tan sencillo.

—Mamá —sonrió—. Si te gusta, te gusta. Lo demás es decoración.

Negué con la cabeza.

—¡Es un lío!

—Es muy tú —corrigió.

Y justo en ese momento, el móvil vibró sobre la mesa. Lo miré.

Armando.

—¿Quién es? —preguntó Álvaro sin disimular.

—El de las malas decisiones.

—Vaya novedad.

Cogí el móvil y abrí el mensaje.

Armando:
¿Qué tal?

Sonreí. Sin querer.
—Estaba claro que iba a escribirte.
—No tiene por qué.
—Tiene todos los porqués.
—Cállate o te castillo.
—¿Qué vas a hacer?
Lo miré. Luego miré el móvil. Y volví a él.
—Responder.
—Claro.
—Soy educada.
—Y te gusta.
—Y me gusta.
—Ahí está. El problema. Yo no quiero saber nada.

Escribí. Sin pensarlo demasiado.

Yo:
Bien. ¿Y tú?

—Esto es muy mala idea.
—¿No has dicho que no quieres saber nada?
—Soy tu hijo, y tu mejor amigo. No debería ser así, pero lo es.
Suspiré.
—A mí me parece genial que lo seas.
—A mí de vez en cuando.
—Escúchame —me incorporé un poco—. Tienes razón en una cosa.
—Siempre la tengo. —Sonrió.
—Las decisiones y actos tienen consecuencias —continué—. Y está bien pensar en ellas. Está bien medir. Está bien protegerse. Pero… —Se quedó quieto. Esperando—. Pero cuando has vivido lo suficiente… Cuando te has equivocado. Cuando te has caído. Cuando te has vuelto a levantar. Cuando has tenido miedo y aun así has seguido… —Lo miré con conciencia—. Aprendes otra cosa.

—¿Qué?

—Que no puedes vivir pensando siempre en lo que puede salir mal. —Se quedó en silencio—. Porque si lo haces… te pierdes lo que puede salir bien. —No respondió—. La vida no se controla. Se vive, se disfruta, se aprende, se pasa a otra cosa.

—Eres muy sabia —soltó, medio en serio, medio en broma.

El móvil vibró otra vez.

Armando:
Mejor ahora.

Sonreí.

—Te ha contestado —advirtió Álvaro.

—Sí.

—Claro.

—¿Qué claro?

—Que esto ya ha empezado.

Lo miré.

—Eres agotador.

—Y tú una kamikaze. —Sonrió. Y yo también. Porque, en el fondo, sabía una cosa: No iba a parar esto. Porque no quería hacerlo. Aunque supiera que no era lo más sensato. Pero es que la vida… no siempre es sensata cuando merece la pena.

18

CUANDO UNO ESCRIBE PORQUE QUIERE (Y YA ESTÁ)

Armando

Lo bueno de estar bien es que no tienes que pensarlo demasiado. Te levantas, haces lo que tienes que hacer, te ríes cuando toca, te tomas una cerveza si apetece y, si no, pues no. Sin drama. Sin vueltas. Sin esa sensación de estar todo el rato pendiente de algo que no sabes ni qué es. Es lo que había buscado cuando me separé. Lucía era muy buena persona, pero me asfixiaba a veces. Me casé muy joven, demasiado, me dejé llevar y no me arrepiento, pero quizá debería haber tomado mis propias decisiones y no dejarlas todas a ella. Quería verla feliz. Y yo lo era, de alguna manera, una bonita, hasta que dejé de serlo.

Yo estaba ahí.

En ese punto.

No perfecto, porque la vida no es perfecta nunca, pero sí lo suficientemente bien como para no complicarme sin necesidad.

Habían pasado un par de días desde lo del coche. Dos, tres… no lo tenía muy claro. Tampoco me importaba tanto.

No había vuelto a ver a Estela. Ni en el portal. Ni en el ascensor. Ni sacando a Menina, que últimamente salía más de lo habitual. No por nada en concreto, claro. Porque la perra necesitaba ejercicio. Porque me venía bien a mí. Porque sí.

—Claro, claro —me había dicho David, otra vez—. Menina está encantada. Y tú más.

—La perra está en forma —respondí, agarrando la barra—. Eso es lo importante.

—Sí, sí. La perra. Tú no esperas encontrarte con nadie.

—Así es.

—Estás paseando más que un jubilado con tiempo libre. —Me hizo sonreír— ¿Y esa sonrisa?

—Me ha hecho gracia.

—Reconoces que soy gracioso. ¡Esto es épico!

—Y muy subnormal. —Respiré—. Estela me gusta.

Se quedó callado un segundo.

—Me sorprende que lo digas tan fácil.

—¿Por qué no voy a decirlo?

—Porque tú eres de "me da igual todo". —Me encogí de hombros —. Te la quieres follar.

—Sí.

—Bien. —Asintió—. Vamos avanzando.

—Eres básico.

Nos reímos.

Y ya está. No había más. No todo tiene que ser profundo para ser real.

El día siguió normal. Trabajo, llamadas, informes, ese tipo de cosas que haces sin pensar demasiado porque forman parte de lo que haces todos los días. Casi al final de la jornada, me decidí y envié un mensaje a Estela. Sin más, me apetecía hablar con ella. Hay gente que te cae bien y punto. Gente con la que ríes, hablas y vuelves a reír, y Estela era una de ellas. ¿Por qué negarme a disfrutar de lo que me hacía sentir?

¿Qué me hacía sentir? Aún no estaba seguro, sin embargo, una cosa estaba clara: Estela me gustaba, mucho, y me sentía bien cerca de ella.

Saqué a Menina a dar una vuelta en cuanto llegué a casa. Por aire. Por moverme un poco. Una rottweiler que lo único que sabía hacer era dormir, comer, lamer a personas y poner cara de pena para que la acariciaras. Ah, sí, y ponerse en medio de mí y meterse entre mis piernas.

La perra iba feliz oliendo absolutamente todo lo que se le ponía por delante.

—Eres muy pesada —le dije, y me miró.

Movió el rabo y siguió a lo suyo.

—Vida simple —musité.

—¿No caga? —Escuché una voz a mi lado.

—Hola, Rebeca. Parece que no.

—Cuando yo la saco, caga muy rápido. Bueno, cuando la sacaba. Ya no cuentas conmigo para nada.

—No empieces.

—¿Quedamos o no?

—Ya te he dicho que no. —Me sonó raro que me fuera tan fácil decir que no; me había costado aprender a decir que no a propuestas, peticiones y preguntas difíciles en las que se esperaba un sí. Estaba orgulloso de mí.

—Eres… Mejor no lo digo. —Se cruzó de brazos.

—Sí, no lo digas. —Menina tiró de mí hacia ella y tuve que acercarme unos pasos.

—Eres un estúpido. Pasas de mis mensajes y ni siquiera me das una razón.

—Rebeca, no tenemos nada. No sé qué tendría que decirte.

—Me parece genial —casi escupió.

—No quiero discutir contigo. —No me gustaba en general, con ella, mucho menos, porque no había razones, ninguna.

Se mordió el labio para no seguir y se largó. La vi entrar en el portal.

Bufé y le pedí a Menina que se diera prisa.

—Venga, bonita, hoy no está el horno para bollos. —La perra me miró con ojos caídos—. No me mires así. Si te portas bien, te doy pollo.

Juraría que me entendió, porque por fin terminó y pude subir a casa. Cuando pasé por la puerta de los padres de Estela me acordé de ella. No es que la hubiera olvidado de todas formas. Tenía que ser sincero conmigo mismo. Pero recordé su cara cuando reía, su amplia sonrisa, su forma de mirar, de cantar una canción cualquiera, a pesar de que no sabía, de cómo había dicho lo de "esto es una mala idea" sin querer dejar de hacerlo. Y sonreí. Sin más. Sin darle vueltas.

Entré en casa, solté las llaves y dejé la correa colgada de la chincheta de la pared. Menina se fue directa a su cama como si hubiera trabajado doce horas en una mina.

Yo fui a la cocina, abrí una cerveza y me apoyé en la encimera. Saqué el móvil y miré la pantalla. Estela me había contestado al mensaje.

19

CUANDO UNA CONVERSACIÓN COMIENZA EN LA COCINA

Armando

Menina se había quedado dormida en segundos, ajena al mundo, sin tener que preocuparse de nada. Yo me bebía una cerveza apoyado en la encimera después de un día de trabajo y tenía la cabeza ligera a pesar de todo. Porque encontrarme con Rebeca y que me pidiera explicaciones no había sido de mi agrado, pero iba a darle la importancia que tenía: ninguna.

La cocina estaba en silencio.

Todo en orden.

Sin historias.

Ese punto en el que no necesitas que pase nada… y aun así, pasa.

Saqué el móvil. Lo desbloqueé. Y ahí estaba.

Estela:
Bien. ¿Y tú?

Sonreí. Sin pensarlo.
Apoyé el hombro en la pared y escribí:

Yo:
Mejor ahora.

Enviar.
Un trago de cerveza.

Estela:
¿Ah, sí?
¿Por qué?

Levanté una ceja.
Vale, entra.

Yo:
Porque ya sé que no te has olvidado de mí.

Estela:
No te emociones.
Soy educada.

Solté una risa baja.
Busqué en el teclado.
Abrí los stickers.
Elegí uno.

Yo:
Un muñeco con cara de sobrado que decía: Me lo creo.

Enviar.
Silencio.
Corto.

Estela:
¿Eso qué es?

Sonreí más.

Yo: Un sticker.

Estela:
Ya sé lo que es un sticker.
No tengo 80 años.
Pero… ¿por qué?

Apoyé la cerveza en la encimera.

Yo:
Porque es más divertido que escribir “no te creo”.

Pausa.

Más larga.

Estela:
Vale… me ha hecho gracia.
Pero no te acostumbres.

Yo: No prometo nada.

Otro sticker.
Un gato riéndose de forma absurda.

Enviar.

Estela: JAJAJA
¿De dónde sacas eso?

Yo:
Tengo un arsenal.

Estela:
Eso ya me preocupa.

Yo:
Debería.

Estela:
¿Es un poder que no sabes gestionar?

Yo:
Lo gestiono perfectamente.

Estela:
No lo creo.

Otro sticker. Un tío tirándose a una piscina hinchable: "Confía en el proceso".

Enviar.

Estela:
Vale, este es muy bueno.

No te lo voy a negar.
Esto cambia mi percepción de ti.

Yo:
¿A mejor o a peor?

Estela:
A peor.
Por supuesto.

Sonreí.

Yo:
A pesar de eso, voy a seguir hablando contigo.

Estela:
Vaya, un honor para mí.

Yo:
Da nada.

Estela:
No te he dado las gracias.

Yo:
Pero yo también soy educado.
¿Qué haces?

Estela:
Trabajar.

Yo:
Es tarde.
¿Siempre estás trabajando?

Estela:
Casi siempre, sí.
¿Y tú?

Yo:

Trabajo lo justo y necesario.

Estela:
Eso no es verdad.

Yo:
Llevas razón.
Pero no estoy trabajando.
Ya no.
Eres demasiado responsable.

Estela:
No te creas.
Estoy hablando contigo.
No lo seré tanto.

Yo:
No creo demasiadas cosas.

Estela:
Eso está bien.

Yo:
¿Por qué?

Estela:
Creer demasiado en algo puede decepcionarte.

Yo:
Algo me dice que tú no decepcionas.

Estela:
Depende de a quién le preguntes.

Yo:
No voy a preguntarle a nadie.
Prefiero conocerte sin interferencias vecinales.

Estela:
Ya te han hablado de mí.

Yo:
¿Cómo lo sabes?

Estela:
Porque ahí se habla de todo el mundo.
Yo no voy a ser una excepción.

Yo:
Bah, algo han dicho.
Nada importante.

Estela:
No quieres decírmelo, y eso está bien.
Se vive más tranquila si no sabes qué piensan los demás de uno mismo. Así que no me lo digas.
¿Qué haces exactamente?

Me acomodé mejor contra la encimera.

Yo:
Intento que los edificios no se caigan.

Estela:
Hombre, es un buen objetivo.

Yo:
Bastante importante.

Estela:
Me da seguridad.

Yo:
¿Qué haces tú?

Estela:
Intento que la gente se entienda.

Yo:
Eso es más complicado.

Estela:
Mucho más.

Yo:
Entonces tienes un trabajo peor que el mío.

Estela:
Bastante.

Yo:
Te compadezco.

Estela:
Gracias, lo necesitaba.

Sonreí.
Menina se removió y volvió a dormirse.

El móvil vibró otra vez.

Estela:
Oye.
¿Siempre eres así?

Levanté una ceja.

Yo:
¿Así cómo?

Estela:
Así de… pesado simpático.

Solté una carcajada.

Yo:
Es una habilidad.

Estela:
Es un problema.

Yo:

Para ti.

Estela:
Para mí.
Para los demás.
Para el mundo en general.

Yo:
No exageres.

Estela:
¿Desde cuándo lo haces?
Si sigues este modus operandi, es que te ha funcionado más veces.

Solté otra carcajada y pensé: esta tía mola.
Fluía solo.

Yo:
Unas cincuenta.

Estela:
¿Nada más?

Yo:
Seguro que son más, pero no puedo recordarlas todas.

Estela:
Eres un payaso.

Yo:
Te estás riendo.

Estela:
Un poco.

Yo:
Eso es otro dato.
Uno bueno.

Estela:
Eres muy seguro de ti mismo.

Yo:
¿Eso es mal?

Estela:
No. Para nada.

Yo:
Tú también.

Estela:
¿Doy esa impresión?

Yo:
Sí.

Estela:
Es correcta.

Sonreí otra vez.
Demasiadas veces para ser casualidad, pensé.

Yo:
Oye.

Estela:
Dime.

Yo:
¿Te gustan más los chistes o los stickers?

Estela:
Los dos son horribles.
Pero me hacen gracia.

Yo:
Entonces funcionan.

Estela:
Desgraciadamente, sí.

Yo:
Perfecto.

Estela:
Eso me preocupa.

Yo:
A mí me encanta.

Silencio corto.

Estela:
Eres un problema.

Miré la pantalla.
Pensé medio segundo.
Y escribí:

Yo:
¿Un problema que te apetece resolver?

Estela:
Directo y claro.

Yo:
¿Para qué dar vueltas?

Estela:
Tú buscas un rollo, ¿no?

Yo:
No sé a qué te refieres exactamente, pero supongo que sí.
¿Y tú?

Estela:
Yo busco que me toque la lotería.

Yo:

¿Compras boletos?

Estela:
No.

Yo:
Jajajaja.
¿Cómo quieres que te toque así?
Tienes que jugar y arriesgarte.

Estela:
¿Eso es una propuesta?

Yo:
En toda regla.

Estela:
Indecente.

Yo:
Totalmente.

Di un trago a la cerveza.

Estela me hacía sonreír. Mucho. Me sentía muy cómodo con ella y acabábamos de conocernos en realidad. Me atraía. Quería saber más de ella. Y llevármela a la cama. Eso también. Me ponía muy muy tonto.

20

LAS AMIGAS TAMBIÉN SON ELLOS

Estela

Hay amistades que no necesitan mantenimiento. No hay que regarlas, ni revisarlas, ni preguntar si siguen vivas. Están. Y punto. Juan Diego, Fer y Luisma eran eso. Mi grupo de seguridad nacional.

Quedábamos un sábado al mes. Religiosamente. Era una terapia que no pagábamos, pero que nos salvaba en incontables ocasiones.

Ese sábado tocaba, aunque nos habíamos visto en el cumpleaños de J.D. Bueno, Paula y yo estuvimos allí, sin embargo, a la hora que los visitamos estaban ya todos demasiado beodos como para recordarnos nítidamente.

—Llegas tarde —receló Fer sin levantar la vista de la carta, odiaba la impuntualidad.

—Llego cuando puedo. —Me dejé caer en la silla—. Además, me echáis de menos.

—Siempre te echamos de menos—añadió Luisma, llevándose la copa de vino a los labios—. Pero nos gusta sufrir.

—Es nuestra forma de amar. ¡Qué guapa estás siempre! —remató Juan Diego, dramático, como todo lo que hacía. Y es que Juan Diego no hablaba. Interpretaba. Actor de teatro, cuarenta y pocos, alto, delgado, con una melena que se movía más que él cuando hablaba y una forma de mirar que parecía que siempre estaba a punto de soltar un monólogo en el Teatro Español.

—¿Habéis pedido ya? —pregunté.

—Sí —respondió Fer—. Para ti también. Porque si no, no cenas.

Fer era el equilibrio. Maestro de primaria. Paciente hasta niveles sospechosos (bueno, depende del día). Ordenado, lógico, con gafas que siempre se colocaba cuando alguien decía una tontería. Es decir, constantemente con nosotros.

—Gracias, mamá —le guiñé un ojo.

—De nada, hija.

—Bueno —Luisma dejó la copa—. Vamos a lo importante.

Ahí estaba.

Luisma.

Traje impecable incluso en sábado, barba perfectamente recortada, sonrisa de político que sabe exactamente cuándo usarla. Trabajaba en el Ayuntamiento de Madrid y tenía más tablas en una conversación que todos nosotros juntos.

—Empieza alguien —dijo—. Que yo vengo calentito.

—Eso lo dices siempre —respondió Juan Diego.

—Porque siempre es verdad.

—Cuenta —le animé.

Luisma suspiró.

—He quedado con un tío que en fotos parecía… —buscó la palabra— sólido.

—¿Sólido? —repetí.

—Sí. Sólido. Con presencia. Con mandíbula.

—Importante la mandíbula —añadió Fer.

—Fundamental —asintió Luisma—. Bueno, pues llego.

—Y no era él —señalé.

—Era él —negó—. Pero en versión… prueba piloto.

—Ay, no —Juan Diego se llevó la mano al pecho.

—Os lo juro. Parecía que alguien lo había desinflado por el camino.

Me atraganté de la risa.

—No puedes decir eso.

—Puedo y lo digo. —Se inclinó hacia delante—. Y lo peor no es eso.

—Siempre hay un "lo peor" —murmuró Fer.

—Siempre. —Luisma alzó un dedo—. Se pasó toda la cena hablando de su ex y de su exsuegra. Las puso a parir.

—No —susurré.

—Sí, y, a pesar de eso, no hablaba de haberlo superado.

—¡De "volvería mañana"! —añadió Juan Diego.

—Eso mismito —apostilló el político.

—¡Huye! —sentenció Fer.

—Hui —indicó Luisma—. Pagó él, eso sí. Caballero. Pero emocionalmente… un desastre.

—Te gusta un poco —le provocó Juan Diego.

—No me gusta nada —confesó rápido—. Bueno… un poco la mandíbula. Pero…

—Te lo follaste antes de marcharte —intervine.

—Pues claro, reina. —Reímos todos.

—¡Ole tú! —gritó Juan Diego.

—¿Y tú qué? ¿Algo nuevo? —cuestioné al actor.

—Calla, no vas a creerte lo que me ha pasado.

—Cualquier cosa, Juandi —manifestó Fer, exnovio de Juan Diego, por cierto—. Un día te violan en un décimo.

—Ha sido en un noveno —aclara, y todos reímos—. Quedé con un chico de Grinxer. Me gustó mucho sus fotos, la primera conversación. Total, que no vivía muy lejos y me invitó a su casa. Fui, me picaba. Subí a un noveno piso porque el ascensor estaba estropeado y la puerta estaba abierta. Dije… Aquí es. Empujé y…

—¡Te golpearon con un paraguas! —Le interrumpí, y eso, a Juandi le gusta poco.

—Calla, perra. No. —Él siguió—. Estaba muy oscuro y de pronto… se me planta delante un tío que no era el de las fotos, fumado, o puesto de yo qué sé… Le digo que me ha mentido, me dice que ya que estoy allí pues que follemos, doy un paso atrás y… corro como alma que lleva el diablo por el edificio, bajo los nueve piso saltando escalones de seis en seis y vuelvo a mi casa pensando que me gusta vivir.

Los cuatro nos morimos de la risa.

—¿Y tú? —Fer me miró—. ¿Qué traes?

—Habla tú primero. Nunca cuentas tus citas.

—Mis citas no existen. Soy célibe.

—Te ha crecido el himen.

—Uno de dos centímetros —soltó sin reír pero con guasa—. Vale, lo admito, llevo dos meses sin quedar, sin follar, sin problemas. A mí no me secuestran y me quitan los órganos como a estos.

—Hay que arriesgar un poco —parloteé demasiado, y saltaron las alarmas. Tres pares de ojos se me quedaron mirando con curiosidad.

Bebí un sorbo de vino. No por necesidad. Por tiempo.

—Hay alguien.

Se hizo el mutismo. Un silencio de estos que hacen tres gays a la vez cuando huelen drama.

—Cuenta, puta.

—Cuenta, bonita.

—Cuenta, cuenta.

—Es… un vecino.

—No me digas. El del quinto —apuntó Fer, haciéndose un cigarro de liar.

—Del tercero.

—En el tercero vives tú —observó Juandi.

—De mi madre.

—¿Qué?

—¿Qué?

—¿Qué? —chillaron los tres.

—Que vive encima de mis padres.

—Muy mal —añadió Luisma.

—Fatal —remató Juan Diego.

—No habéis escuchado nada —protesté.

—No hace falta —respondió Fer—. "Vecino" ya es mala decisión.

—Y vecino de tu madre, mucho peor —añadió Juan Diego.

—Continúa —pidió Luisma, dejando el cigarrillo en la mesa y cruzándose de brazos.

Respiré.

—Se llama Armando.

—Nombre de problema —sentenció Fer.

—Tiene veintinueve.

—¿Perdona? —Juan Diego se incorporó.

—Veintinueve. Pero si tus amantes son de veinte.

—Es verdad. Me callo. —Hizo el gesto de cerrar la cremallera imaginaria de la boca.

—Yo me levanto y me voy —dijo Fer.

—No te levantes —reí—. Escucha.

—Estoy escuchando y no me gusta nada —respondió.

—Es… —busqué la palabra— divertido.

—Mal —Luisma.
—Muy mal —Fer.
—Fatal —Juan Diego—. Esto va a ser una tragedia griega.
—Es simpático.
—Peor.
—Mucho peor.
—Eso engancha.
—Es listo.
—Adiós —Juandi se llevó la servilleta al pecho.
—Y está muy bueno.
—¿Tienes fotos? —añadió Luisma.
—No.
—Coño, tendrá Instagram —agregó Juandi.
—Dejad que hable —instó Fer.
—Estaba liado con Rebeca.
—¿Quién es Rebeca? —preguntó Fer.
—Una chica del portal.
—Siempre hay una Rebeca —asintió Juan Diego.
—Ya no está con ella.
—Claro —Luisma.
—Eso dicen todos —Fer.
—Nos hemos besado.
Silencio otra vez.
—¿Cuántas veces? —Luisma.
—Varias.
—Ajá.
—Pero no nos hemos acostado.
—De momento —completó Juan Diego.
—Llevamos una semana hablando.
—Estás dentro —sentenció Fer.
—No estoy dentro.
—Estás dentro —repitió.
—Vale, un poco —cedí.
—Gracias —dijo Luisma—. Ya podemos trabajar a partir de ahí.
Juan Diego se inclinó hacia mí.
—¿Te gusta?

—Sí.

—¿Mucho?

Lo pensé.

—No sé. Sí, supongo…

—Pues ya está —se recostó—. Problema.

—¿Por qué todo es problema? —protesté—. Álvaro piensa lo mismo.

—Porque lo es —respondió Fer con calma—. Te gusta más de lo que debería.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé. Te conozco.

—¿Él qué quiere? —Luisma intervino.

—Nada serio.

Risas.

—Clásico —Juan Diego.

—Manual básico —Fer.

—Edición revisada —Luisma.

—Pero… —añadí—. Está ahí todos los días. A todas horas.

—Quiere follarte, reina —Fer.

—De todas las posturas posibles —Juandi.

—Estoy de acuerdo —Luisma.

—¿Y debería parecerme mal?

—No, si tú quieres lo mismo —Fer.

—Es que no lo conozco. Y hace… mucho que no me acuesto con nadie.

—Pues tíratelo, cojones. Vida para ese cuerpo —Juandi.

—Secundo la moción —Luisma.

—Aparece. Es atento. Es…

—Incoherente —cortó Fer.

—No tiene por qué. Es agradable y educado —Lo defendió Juan Diego.

—Esos son ruina —Luisma.

—Los que dicen "no quiero nada" pero te miran como si fueras todo —Juan Diego.

—No me mira así. Aún no ha ocurrido casi nada. Ni siquiera somos amigos, aunque él insiste en que sí.

Silencio.

—Claro —Luisma—. Así no se responsabiliza de nada.

—Y tú te estás metiendo —Fer.

—No me estoy metiendo. —Suspiré ante la mirada de mis amigos —. Vale, sí, un poco.

—Mucho —corrigió Juan Diego.

—No tanto. No sé ni qué quiero. Pasarlo bien, supongo. Un poco de dopamina. Me gusta estar tranquila, pero mi cuerpo necesita un poco de subidón de vez en cuando.

—Y bajón, hermosa, después viene el bajón —Juandi.

—Bah, ella se sobrepone rápido —Fer me echó un cable.

—Ten cuidado de todas formas —aconsejó Luisma—. No por él. Por ti. A él no lo conocemos.

—Porque tú no juegas —remató Juan Diego—. Tú te implicas.

Bajé la mirada.

—Ya.

—Y eso —continuó Fer— no es malo.

—Pero duele —Luisma.

—Y mucho —Juan Diego.

Me apoyé en la silla.

—¿Y qué hago?

Se miraron.

—Nada —dijo Fer.

—¿Nada?

—Vive.

—Pero con ojos —Luisma.

—Y sin mentirte —Juan Diego.

Sonreí.

—Sois unos dramas.

—Y tú una suicida —respondió Luisma.

—Pero te queremos —añadió Fer.

—Mucho —Juan Diego.

Levanté la copa.

—Por las malas decisiones.

—Por las buenas historias —corrigió Luisma.

—Que son lo mismo —Fer.

Chocamos. Y pensé algo muy simple: Que igual sí era una mala idea. Pero también… que hacía mucho tiempo que no me apetecía tanto equivocarme.

21

CUANDO EL PASADO LLAMA Y NO SABES CÓMO CONTESTAR

Armando

El teléfono sonó cuando no tenía que sonar. No por la hora, que era razonable, ni por el momento, que tampoco tenía nada especial. Sonó fuera de lugar por el nombre que apareció en la pantalla.

Lucía.

Me quedé mirando un segundo de más. Ese segundo en el que el cuerpo decide antes que la cabeza, en el que ya sabes que vas a responder aunque todavía no hayas tocado el botón.

Descolgué.

—¿Sí? —Dejé la taza de café sobre la encimera de la cocina.

Hubo un silencio breve, roto por un sonido que no identifiqué al principio. Respiración irregular. Tráfico. Algo metálico.

—Armando… —su voz no estaba bien—. He tenido… un golpe.

No la entendí muy bien.

—¿Un golpe?

—Un accidente. Estoy… No sé cómo estoy.

Se me tensó el cuerpo entero.

—¿Dónde estás?

—En la M-30… creo… no lo sé… —una pausa—. Estoy bien… bueno… no lo sé.

—¿Has llamado a la ambulancia?

—Alguien la ha llamado, sí… No sé… Está llegando.

—Pero… ¿estás bien?

—Supongo… No lo sé…

—No te muevas. Voy para allá.

No hubo espacio para pensar en nada más. No le dije adiós ni a Menina, que estaba tirada en el suelo mirándome con cara de pena

para que la sacara a pasear. Cogí la cartera, las llaves del coche y bajé las escaleras del portal saltando escalones de tres en tres.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —me dijo Susana abajo. Ni me detuve.

Subí al coche, arranqué y aceleré. Llamé a mi exmujer como unas cuatro veces. La habían trasladado al hospital, al que me dirigí casi saltándome semáforos.

Me dio escalofríos entrar, nunca me han gustado los hospitales. Siento que todas las historias que pasan por allí dejan un rastro invisible que nadie se molesta en borrar.

Lucía estaba en una camilla, con una vía puesta y despeinada.

Cuando me vio, sonrió. Y ese gesto, tan pequeño, me devolvió a un sitio que ya no era mío.

—Hola —dijo.

—Hola. —Me acerqué— ¿Cómo estás?

—Viva.

—Eso es un buen punto de partida.

—Siempre has sido muy positivo.

—Es lo mejor.

Se le escapó una risa breve que acabó en una mueca de dolor.

—No te rías —le sugerí.

—Lo intentaré. Me duele todo si lo hago.

Me apoyé en la pared, cerca, sin invadir su espacio. Observé los monitores, la bolsa de suero, cualquier cosa que no fueran sus ojos.

—Ha sido un susto —explicó—. Nada grave, dicen.

—Me alegro.

—El coche de delante frenó y no me dio tiempo a reaccionar.

—No mantuviste la distancia de seguridad.

—No… No es eso.

—Sí lo es. —Me acaricié el puente de la nariz, nervioso. No pretendía regañarle, pero… se había equivocado. ¿Debía tratarla entre algodones porque le había jodido la vida dejándola?

Hubo un silencio después, cargado de algo, de cosas, de todo lo que dejamos atrás o de eso que aún nos perseguía.

—Pensé en ti —soltó de pronto.

La frase cayó sin aviso. Sabía perfectamente qué significaba.

—Es normal —respondí, midiendo cada palabra—. Hemos compartido mucha vida.

—No es eso.

La miré.

—Entonces, ¿qué es?

—Es… —buscó la palabra— automático. Sigues… —se detuvo—. Sigues siendo la persona a la que llamo cuando me pasa algo importante.

Respiré despacio.

—Lo soy. Pero de otra manera.

Me clavó las pupilas, e intentó encontrar el punto exacto donde colocar esa frase sin que doliera demasiado.

—No quiero que seas "de otra manera".

Ahí estaba. No la frase. Lo que había debajo.

—Lucía… —suspiré.

—No hace falta que digas nada todavía —me interrumpió—. Déjame hablar.

—Está bien —suspiré.

—He tenido mucho tiempo para pensar —continuó—. Más del que quería. Y al principio estaba enfadada. Mucho. Contigo, conmigo, con todo. Pero luego… —hizo una pausa— se me pasó. Y cuando se me pasó, me di cuenta de que no era enfado. Era miedo. —No dije nada—. Miedo a que lo que teníamos no vuelva a existir con nadie. Miedo a haber soltado algo que sí funcionaba… solo porque dejó de ser fácil. —Clavó los ojos en los míos—. Nosotros funcionábamos, Armando.

—Funcionábamos a ratos. —Negué muy despacio.

—Como todo el mundo.

—No. No como todo el mundo.

El mutismo se intensificó. Yo no sabía si salir de allí o quedarme a escucharla. No tuve otra opción. Lucía había sido mi familia durante años, no iba a largarme sin más.

—¿Ya no me quieres? —cuestionó sin dramatismo, ella era así. Sin reproches. Directa. Honesta. Y por eso fue más difícil.

No aparté la mirada.

—No como antes.

—¿Y cómo era antes?

—No me hagas esto —le pedí.

—Lo sé, ¿sabes? Pero necesito oírlo igual. ¿Y ahora cómo me quieres?

Pensé la respuesta. No la correcta. La verdad.

—Ahora te quiero bien.

Frunció el ceño.

—¿Antes me querías mal?

—Lucía…

—Me quieres bien —me interrumpió—. Y eso no es suficiente.

—Para una relación, no.

—Pero podría volver a serlo.

—No es una cuestión de tiempo.

—Entonces, ¿de qué es?

—De que no quiero volver —no subí la voz—. No porque no hayamos tenido cosas buenas. No porque no te respete. Ni porque no te quiera. Es porque ya no soy el mismo en esa historia.

Se le humedecieron los ojos, pero no lloró.

—¿Hay otra persona? —La pregunta llegó limpia. Sin rodeos. Pensé en Estela. En su risa. En lo fácil. En lo que me hacía sentir.

—No hay una historia, si te refieres a eso.

—Me refiero a todo.

—No hay nadie. Pero no debería importarte.

—Me importa. —Lucía cerró los ojos un segundo—. ¿A ti no te importaría? Si yo hubiera conocido a alguien.

—Me dolería, pero me alegraría por ti.

—Eso no tiene sentido.

—Lo tiene. Puede pasar las dos cosas.

—Eres insoportable cuando llevas razón.

Se le escapó una sonrisa mínima. Y ahí volvió a ser ella.

El móvil vibró en mi bolsillo. No lo miré. Volvió a vibrar. Lucía bajó la mirada.

—¿No contestas?

—No es importante.

—No me importa que contestes.

—A mí sí. —Respiré y me acerqué a ella. Le cogí la mano—. Lucía, no quiero hacerte daño. Quiero que estés bien, que vivas bien…

—Estás aquí…

—Porque has tenido un accidente.

—Eso es que te importo.

—¿Cómo no vas a importarme? —Cogí aire—. Lucía… Yo… No pretendo empeorarlo.

—Pero… hablamos de vez en cuando…

—Porque somos amigos.

—Amigos…

El teléfono sonó de nuevo. Esta vez una llamada. Lo saqué. Era mi madre.

—Es mi madre. Salgo fuera un momento. —Descolgué y salí al pasillo—. Hola, mamá.

—¿Qué ocurre? —Su sexto sentido de madre se agudizó cuando notó el tono de mi voz.

—Lucía ha tenido un accidente de coche. Está bien.

—¿Qué? ¿Seguro?

—Sí, sí. Me ha llamado y… He venido. Claro. ¿Qué iba a hacer?

—Armando… Es normal.

—¿Qué es normal, mamá?

—Todo. Lo que has hecho, lo que sientes, lo que siente ella.

—Ella quiere que volvamos.

—Porque te quiere.

—Lo imagino…

—Armando, no eres responsable de la felicidad de Lucía. Responsabilízate de la tuya.

—Soy feliz, mamá.

—Y me alegra que sea así. Lucía estará bien. Seguro. Y siento ser tan clara, pero será feliz sin ti. Dejarás de ser parte de su vida.

—No quiero que eso ocurra. Me gustaría tenerla en la mía.

—No a cualquier precio, hijo mío. Quizá su felicidad necesite que tú te alejes.

—¿Y cómo se hace eso?

—Poco a poco. Esto es un proceso.

Cuando colgué aproveché para ver el mensaje de Estela.

Estela:
¿Sigues vivo o te ha tragado el día?

Sonreí sin querer. Pero no contesté. Guardé el teléfono y volví a entrar.

—Inma te envía un abrazo. Si necesitas algo, ella te lo trae.

—¿Tú no vas a venir más?

—No, si no es necesario.

—Pero…

—Lucía. Tienes que vivir sin mí. Siempre has sido muy independiente. No me has necesitado cuando estábamos juntos, ¿por qué ibas a necesitarme ahora?

—Porque… Porque ahora me faltas, Armando.

—No sé cómo tomarme eso.

—Tómatelo como quieras. Pero es la verdad. Me arrepiento de no haberte valorado cuando te tenía.

—Sí me valorabas. No es eso… —El médico entró y nos interrumpió. Cuando se fue y volvió a dejarnos solos me quedó una cosa que desearle a mi exmujer—. Cuídate.

—Tú también.

—Puedes llamarme. No solo a Inma. Si necesitas algo… No me voy a mudar de país.

—Es curioso. Porque a mí me parece justo eso.

Los dos sonreímos con tristeza, le di un beso en la mejilla y me marché.

En el pasillo, el ruido volvió de golpe. Gente, pasos, puertas, voces. Todo en movimiento.

Miré el móvil otra vez.

Escribí.

Yo:
Estoy vivo. Ha sido un día raro.

Tres puntos. Aparecen. Desaparecen. Aparecen otra vez.

Estela:
Los mejores días suelen ser raros.

Sonreí. Pero no respondí. Fui hasta la salida, necesitaba aire. Respiré con fuerza por primera vez en dos horas y me hice una pregunta: ¿cómo me sentía? No me sentía mal, ni culpable ni dividido. Solo… en otro sitio. En uno que me gustaba. Y… no pensaba volver atrás. Había cerrado una puerta, con cuidado, o eso creía, sin portazo, una que llevaba demasiado tiempo entreabierta. Quise ser silencioso y adulto, sin embargo, no sé si lo conseguí. Estaba en otro lugar aunque todo me seguía siendo familiar.

Lucía se quedaba dentro. Y no solo en la habitación. También en una parte de mi vida que ya no me pertenecía.

La quise. De verdad.

No como se dicen esas cosas cuando se intenta justificar un final, sino como se sienten cuando aún recuerdas perfectamente quién eras cuando empezó todo. La quise con esa intensidad limpia de los primeros años, cuando todo es nuevo y suficiente, cuando no hay preguntas incómodas ni silencios largos. Cuando amar es fácil porque todavía no sabes lo que cuesta mantenerlo.

Con ella aprendí a construir, a compartir espacio, tiempo, rutina. Aprendí lo que significa quedarse cuando lo fácil sería irse. Y también aprendí lo contrario: que quedarse no siempre es sinónimo de amor.

Me casé demasiado joven. Y eso no es un error… pero tampoco es inocente.

Te casas siendo una versión de ti que todavía está en movimiento, que aún no ha decidido del todo quién quiere ser. Y un día te das cuenta de que esa versión ha cambiado, que ya no encaja en el lugar donde prometiste quedarte para siempre. No porque el otro haya hecho algo mal. No porque haya fallado nada en concreto. Sino porque tú ya no eres el mismo.

Y ahí empieza lo difícil.

Porque no hay culpables.

Solo dos personas que ya no miran en la misma dirección.

A Lucía la quería, pero no para quedarme. Y esa diferencia, que desde fuera puede parecer pequeña, lo cambiaba todo.

La quería desde el agradecimiento. Desde lo compartido. Desde todo lo que construimos cuando tenía sentido. La quería bien,

bonito, como se quiere a alguien que ha sido importante de verdad, alguien que forma parte de lo que eres aunque ya no forme parte de lo que quieres ser.

Pero no la echaba de menos.

Y eso es lo que marcaba el antes y el después.

Caminé sin rumbo fijo unos minutos, con el teléfono en la mano y la cabeza más tranquila de lo que esperaba. Pensé que me sentiría peor. Pero no.

No estaba rompiendo nada. Lo había roto hace tiempo. Solo que hoy lo había aceptado del todo.

Pensé en Estela. Y ahí sí hubo algo distinto. No porque fuera más importante. No todavía. No de esa manera.

Sino porque con ella no había historia que sostener. No había promesas que justificar. No había un pasado que defender ni una versión de mí que encajara por obligación.

Con ella todo era ahora. Risa. Ligereza. Deseo. Y algo más que todavía no tenía nombre.

Me gustaba cómo me hacía sentir. Sin esfuerzo. Sin estrategia. Sin esa necesidad constante de que todo funcione. Con Estela no tenía que demostrar nada. No tenía que quedarme por lo que habíamos sido. Solo tenía que estar… porque quería estar.

Y eso, después de todo, era nuevo.

Hay algo que cambia después de una ruptura. No es solo la relación que termina. Es la forma en la que miras lo que viene después. Aprendes a no prometer demasiado pronto. A no construir sobre lo que aún no existe. A no confundir costumbre con amor ni intensidad con verdad. Aprendes que querer no siempre es suficiente… pero también que cuando es de verdad, no se siente como una obligación. Se siente como una elección.

Le debo mucho a Lucía. Más de lo que probablemente sabrá nunca. Me dio estabilidad cuando la necesitaba. Me enseñó a compartir, a cuidar, a quedarme. Me acompañó en una etapa que tenía que vivir así. Y también me enseñó, sin querer, que no todo lo que empieza con amor tiene que terminar con él.

También me quitó cosas. O quizá se las cedí yo sin darme cuenta. Tiempo. Vivacidad. Parte de esa libertad que ahora noto tan clara.

No fue culpa suya. Fue el precio de crecer dentro de algo que se quedó pequeño.

Miré al frente. Sin nostalgia. Sin urgencia. Sin necesidad de llenar el vacío que muchas veces llega después de un final.

No había vacío.

Había espacio.

Y tenía ganas de vivirlo sin miedo. De equivocarme si hacía falta. De no hacer siempre lo correcto. De no pensar en cómo debería ser todo.

De sentirlo.

Escribí un mensaje.

Yo:
Prefiero los normales.
¿Qué haces?

Subí al coche con la seguridad de que hay cosas que se acaban para que otras puedan empezar sin carga. Y de que, a veces, lo más honesto que puedes hacer con alguien a quien has querido… es dejarle atrás.

22

LOS DÍAS SE DESLIZAN Y EL PELIGRO EMPIEZA A PARECER BUENA IDEA

Estela

Los días siguientes no tuvieron forma concreta. No hubo nada que pudiera señalar como decisivo, ningún momento exacto en el que todo cambiara, y sin embargo cambió. Se instalaron con naturalidad, como esas cosas que no haces a propósito pero acabas esperando. Armando y yo hablábamos. A cualquier hora, en medio de cualquier cosa, en medio de la vida.

Al principio eran mensajes y videollamadas sueltas, casi de cortesía, una continuidad lógica de lo que ya habíamos empezado. Después dejaron de serlo. Se convirtieron en un hábito. En una pequeña rutina, una muy bonita. Me preguntaba qué hacía, yo le respondía con ironía, él devolvía la pelota sin esfuerzo, y en ese intercambio constante se fue construyendo algo que no tenía definición pero sí ritmo y… muchos stickers, casi todos nuevos para mí.

Tenía una forma de escribir que se antojaba improvisada, pero no lo era. Había intención en cómo dejaba las frases a medias, en cómo evitaba cerrar del todo lo que decía, dejando una puerta abierta para seguir. Y yo entraba. Sin planteármelo demasiado. Sin ponerle nombre.

—¿Qué haces?

—Sobrevivir.

—Ambicioso.

—¿Y tú?

—Pensando en hacerme rica.

—Tarde.

—Todavía puedo casarme bien.

—Llegas tarde también.
—Siempre llego tarde a todo.
—No a todo.
—¿Ah, no?
—No.
Y yo me quedaba mirando el móvil un segundo más de lo normal. Sonriendo. Como una idiota.

Un día, en medio de una conversación absurda sobre comida y horarios imposibles, le escribí un chiste. Malo. Tan malo que incluso dudé antes de enviarlo, pero lo hice igual, quizá porque con él no tenía la sensación de tener que medir nada. Armando me contaba chistes malos, pues chistes malos iba a tener.
—Tengo uno —le escribí—, pero aviso: es terrible.
Tardó unos segundos en responder.
—Perfecto. Me gustan las malas decisiones.
Sonreí antes de contestar, lo entendía a la perfección.
—¿Tienes pastillas para el cansancio? Sí, pero están agotadas.
Hubo un silencio digital que duró lo suficiente como para imaginar su cara.
—Bloqueada. Te lo has buscado. Esto es motivo de denuncia.
—Es brillante.
—Es muy preocupante que creas eso. Pero más preocupante es que me haya hecho gracia.

Y me reí. Sola. Apoyada en la encimera de la cocina, con el móvil en la mano y una sonrisa que no tenía nada que ver con el chiste. Era otra cosa. Algo más liviano, más tonto, más comprometido. Como si el día tuviera un pequeño punto de fuga que antes no estaba.

Hablábamos de todo y, al mismo tiempo, evitábamos lo único que importaba. No había preguntas directas, no había definiciones, no había ninguna conversación que obligara a detenerse. Y precisamente por eso seguíamos. Porque nada exigía nada. Porque todo se antojaba fácil.

Pasaron varios días así, encadenándose sin esfuerzo, sin resistencia.

El sábado fui a casa de mis padres. Nada fuera de lo habitual. La misma calle, el mismo portal, la misma sensación de rutina. Y sin embargo, en cuanto bajé del coche, supe que no era lo mismo. No porque hubiera cambiado el lugar, sino porque yo ya no lo atravesaba igual. Ahora había algo más. Una expectativa que no estaba antes, una conciencia constante de que él estaba ahí, encima, en ese mismo edificio que durante años había sido solo el de mis padres.

Lo vi en cuanto eché a andar.

Estaba en la puerta, con Menina, sujetando la correa con una mano y mirándome.

—Mira quién llega —dijo, con esa media sonrisa que no terminaba de ser inocente.

—Mira quién está aquí —respondí, acercándome.

—Vivo aquí.

La perra se acercó moviendo la cola con una familiaridad que no le correspondía.

—Hola, Menina —Me agaché y la acaricié—. Tú pareces más sensata.

—Menina es una pelota. —Se tumbó para que mis dedos fueran hasta su barriga.

—Es encantadora.

—De serpientes. El otro día quiso comerse una que había en el jardín.

—Qué bonita eres —susurré a la perra.

—¿Qué tal la semana? —preguntó.

—Bien.

Me miró un segundo.

—Mentira.

—Un poco.

—Ya decía yo.

—¿Y tú?

—De puta madre.

—Mentiroso —lo imité.

—Me inspiras.

—Me alegra saber que soy la inspiración de un niño.

—Eres tonta —sonrió.

Abrí los ojos y dibujé una sonrisa.

—¿Entrenando insultos?

—Es con cariño.

—Puedes mejorarlos.

—Es que no me salen contigo.

—Pues se te dan genial. —Negué con la cabeza, sonriendo, consciente de que ese tipo de intercambio se estaba volviendo demasiado natural. Demasiado rápido.

Casi sin darme cuenta, miré hacia arriba. Las ventanas. Los balcones. Las terrazas. La geografía completa del juicio ajeno.

—¿Qué haces? —curioseó.

—Calcular probabilidades.

—¿De qué?

—De que alguien nos esté viendo ahora mismo.

—Eso te preocupa.

—Eso me ocupa.

Él dio un paso más cerca, lo justo para reducir la distancia sin invadirla del todo.

—Es un portal. No un plató de televisión.

—En este edificio hay más cámaras invisibles que en cualquier *reality*.

—Me gustan los riesgos.

—Eres joven. No ves el riesgo.

—No soy tan joven. Deja de decir eso.

—Lo eres para algunas cosas.

—¿Para qué? —Se hizo un silencio breve, contenido, de esos que no necesitan llenarse—. Sube a tomar un café —soltó entonces, sin cambiar el tono.

No lo era.

Miré la escalera. Miré la puerta. Miré el reflejo de los cristales del portal como si fueran a devolverme la imagen de alguien observando desde fuera.

—¿Ahora? —pregunté, aunque la pregunta ya contenía la respuesta.

—Ahora.

—Tú quieres otro beso.

—¿Solo un beso? —Alzó las cejas.

—Eres gilipollas.

—Y tú también si lo rechazas.

—Sería lista si lo hiciera.

—Pero no vas a hacerlo.

—Ya está presente Armando el subidito.

—Venga, un café. Nada de besos. Nada de… nada.

Suspiré, cruzándome de brazos más por inercia que por convicción. Pensé en Rebeca. En lo fácil que era que algo así se convirtiera en conversación de escalera en menos de una hora. Pensé en mi madre, en su capacidad casi sobrenatural para enterarse de lo que no se decía en voz alta. Pensé en Susana, en mi hijo, en la vida compartida que convertía cualquier gesto en algo visible.

Pensé en todo lo que podía pasar.

Y luego pensé en lo que ya estaba pasando.

—Cinco minutos —acepté.

Él sonrió, sin prisa.

—Me sombran cuatro.

—¿Para qué?

—Para convencerte de que te desnudes.

—Más tonto y no naces, en serio. —Se encogió de hombros—. No voy a acostarme contigo. Y menos encima de casa de mis padres.

—Pero te lo planteas. ¿Nos vamos a un hotel?

—Ni en tus mejores sueños.

—A mí me vale con follar en el coche.

—Pues suerte con eso.

—Lo que tú digas.

—No, lo que digas tú —nos retamos, siempre con una sonrisa.

No añadimos nada más.

Entramos en el portal. Y en cuanto crucé la puerta, con la sensación absurda de estar haciendo algo que no debía y aun así

querer hacerlo, entendí que no era una decisión puntual. No era un café. No era un impulso. Era el principio de algo que ya no iba a ser fácil fingir que no estaba ocurriendo.

23

SUBIR LA ESCALERA COMO FUGITIVOS

Armando

No pensé que algo tan simple como subir unas escaleras pudiera convertirse en una especie de operación encubierta. Y, sin embargo, ahí estábamos, avanzando despacio, midiendo cada paso, conteniendo la risa, el verdadero enemigo, no los vecinos, no el portal, no todo lo que aquello implicaba. No, nosotros, cómo nos sentíamos cuando estábamos juntos.

Iba un peldaño por detrás de ella, lo justo para verla sin que se notara demasiado, aunque se notaba. Se notaba en cómo se le escapaban las sonrisas, en cómo intentaba mantener la compostura mientras claramente no lo conseguía, en esa forma suya de hacer ver que todo estaba bajo control cuando en realidad ya no lo estaba del todo.

—Deja de reírte —susurró sin dejar de hacerlo.

—Empieza tú —respondí, igual de bajo.

—Es que esto es absurdo.

—Mucho.

—Nos van a oír.

—Seguro.

Se giró un instante, lo justo para mirarme con una mezcla de advertencia y complicidad que no terminaba de inclinarse hacia ningún lado. Y yo supe, sin necesidad de pensar demasiado, que ese tipo de momento era exactamente el que se te queda. No por lo que pasa, sino por cómo pasa.

Seguimos subiendo, intentando pisar suave, pero el edificio tenía una acústica traicionera que amplifica lo que quieres esconder. Cada paso parecía más alto de lo que era, cada pequeño ruido se expandía.

—Esto se oye en todo el bloque —murmuró.

—Tus padres ya están informados.

—No me hace gracia.

—A mí un poco sí.

—Eres un irresponsable.

—Lo sé, pero te gusta.

—No te creas. Pero yo también lo soy.

—No veo la razón.

—Porque serás miope. Tan joven y ciego ya. Pobrecito.

En el siguiente tramo dejó de fingir que intentaba no reírse y se le escapó una carcajada breve que cortó enseguida llevándose la mano a la boca. Ese gesto. Esa forma de contenerse tarde, siempre un segundo después de lo que debería.

—De verdad, Armando. Como nos vean…

—No nos van a ver.

—Eso no lo sabes.

—Sí lo sé.

—¿Por qué?

—Porque estamos aquí.

—Eso no es un argumento.

—Si nos hubieran visto, alguien hubiera salido. Ya nos hubiera hecho un interrogatorio.

—O matado.

—Exagerada.

—No conoces a mi madre.

Negó con la cabeza, pero no dejó de sonreír. Y ahí estaba el problema. No en lo que decíamos, ni siquiera en lo que hacíamos, sino en lo fácil que resultaba todo mientras lo hacíamos.

Llegamos al rellano. Ese pequeño espacio donde todo se decide sin decirse. Miré hacia abajo por inercia. Silencio. Ninguna puerta entreabierta, ninguna sombra, ningún indicio de que alguien estuviera observando.

—Última oportunidad para salir corriendo —indiqué, con la llave en la mano, y sin ganas ninguna de que se fuera.

—No voy a salir corriendo.

—Bien.

—No significa nada.

—Eso me parece perfecto. Nada de nada. —Los dos sabíamos que algo sí que significaba, por muy poco que fuese.

Me sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario y después la apartó.

Abrí la puerta y le hice una señal para que entrara primero.

Siempre me ha parecido curioso ver a alguien entrar por primera vez en tu casa. No es tanto lo que miran, sino cómo lo hacen. Esa forma de recorrer el espacio y evitando evaluarlo.

Cerré la puerta con cuidado, sin golpe, casi sin sonido. El clic suave de la cerradura tuvo algo de punto final que no correspondía a la situación, pero ahí estaba.

—Vaya… —avanzó unos pasos—. Eres… muy ordenado.

—Gracias.

—No me lo esperaba.

—Eso me ofende un poco.

—Te ofendes muy rápido tú.

Se movió despacio por el salón, sin tocar nada. El piso era sencillo, funcional, sin pretensiones. Salón abierto a la cocina, muebles claros, pocas cosas, lo justo para que todo tuviera sitio y no sobrara nada. No me gustaba acumular. Nunca me había gustado.

—Esto es sospechoso —añadió.

—¿El qué?

—Que alguien viva así de recogido.

—Se llama tener un mínimo de orden.

—Se llama tener una psicopatía. —Solté una carcajada—. Calla… —pidió en voz baja.

—¿Qué?

—Que van a escucharte.

—¿No puedo reírme en mi propia casa?

Rio ella también pero en silencio.

—Llevas razón. La que no puede reírse soy yo.

—Te estás riendo también.

—Pero sin sonido. —No perdía la sonrisa y… Me dieron ganas de besarla. Aunque me contuve, al menos… por el momento.

Se detuvo frente a la encimera.
—¿Cuántas botellas de agua necesitas para sobrevivir?
—Las suficientes.
—¿Y toda esta fruta?
—También es necesaria.
—¿Y esto? —señaló uno de los botes—. Creatina. —Leyó.
—Sí.
—¿Y proteína?
—También.
—¿Y esto es una cocina o un laboratorio?
—Es una cocina funcional.
—Es un gimnasio con cafetera.
Sonreí.
—Podría ser peor.
—¿Cómo?
—Podría no tener cafetera.
—Eso sí sería motivo de salir corriendo.
—Lo tendré en cuenta.
Se agachó un poco para mirar las zapatillas junto a la pared.
—Y estas… —dijo—. Están alineadas.
—Claro.
—Armando… Esto no es normal.
—Es eficiente.
—Es obsesivo.
—Un poco.
Se incorporó, apoyándose en la encimera, cruzándose de brazos mientras seguía mirando alrededor.
—Me gusta.
—¿Sí?
—Sí. Es claro.
—¿Claro?
—Sí. Es… agradable.
La miré.
—Podría decir lo mismo de ti.
—¿Soy agradable? —Asentí—. Tú también.
Puse la cafetera en marcha y el sonido empezó a llenar el espacio.

—¿Cómo lo quieres? —pregunté.
—Descafeinado. ¿Tienes?
—Yo tengo de todo.
—¿Para las visitas?
—¿Cómo sabes que no lo tomo descafeinado?
—Porque…
—No me pega, ya… —Nos reímos—. ¿Con leche?
—Un poco. Sí, por favor.
Mientras el café salía, bajamos la voz casi sin darnos cuenta.
—Estamos hablando bajito —susurró.
—Sí.
—Esto es absurdo.
—Y surrealista.
—¿Y si nos oyen?
—¿Quién?
—Mis padres.
—Tu padre pensará que estoy fregando.
—Mi padre casi no escucha en realidad. El problema es mi madre. Ella lo escucha todo.
Volvimos a reír.
—Me he dado cuenta, sí.
Se tapó la boca otra vez para no reírse en alto, inclinándose ligeramente hacia delante.
Y ahí estaba otra vez. Esa risa. Incontrolable.

Le tendí la taza. Nuestros dedos se rozaron apenas un segundo. Casi nada. Y aun así, suficiente.
—Gracias.
—De nada.
Sostuvo la taza con ambas manos, dando un sorbo pequeño.
—Está caliente.
—Es café.
—No esperaba menos de ti.
—Siempre cumplo.
Se rio de nuevo a voz en grito y se tapó la boca de repente. Me gustaba verla reír así.

—¿He contado un chiste?

—No, no. No es nada. Esto… me hace gracia. —Le brillaban los ojos, claros como el cielo cuando se refleja en un mar limpio.

—Te hago gracia.

—Tú no. La situación. Bueno, tú también, eres… gracioso.

—Tú también.

—Tontos…

—De remate…

Nos quedamos en silencio un instante que no incomodaba, pero que tampoco era neutro. Un silencio lleno de cosas que no estábamos diciendo, pero que estaban ahí.

—Cinco minutos —necesitó recordar.

—Claro.

—Cinco. —Dibujó el número con los dedos de las manos.

—Los que tú digas.

Levantó la mirada.

—No juegues con eso.

—Jugar no es malo.

—Supongo que no…

La observé un momento más. La forma en que se movía en un espacio que no era suyo como si lo fuera un poco, la manera en que intentaba mantener una línea que ya estaba cruzando sin admitirlo, ese equilibrio raro entre control y abandono.

Me gustaba. Demasiado. Y no solo por lo evidente. También por lo complicado.

—¿Qué? —preguntó al notar mi mirada.

Negué despacio.

—Nada.

—Algo sí.

—Ya. —Sonrió. Y en ese instante entendí algo con bastante claridad. Que lo difícil no había sido subir las escaleras sin que nos vieran. Lo difícil iba a ser todo lo que venía después. Y que, aun sabiéndolo, no tenía ninguna intención de frenarlo.

24

CUANDO NO HAY VUELTA ATRÁS (AUNQUE NADIE LO DIGA)

Estela

El café no duró cinco minutos. Ni siquiera diez. Se evaporó entre risas que empezaban serias y terminaban traviesas, entre silencios cargados y miradas que se demoraban un segundo de más. Yo pasé de estar apoyada en la encimera a sentarme en el borde del sofá sin darme cuenta de en qué momento había cruzado la habitación. El espacio entre nosotros se había ido acortando solo, como si obedeciera a una voluntad propia.

—Esto ya no son cinco minutos —murmuré, todavía con la taza tibia entre las manos.

—No —respondió él, con esa media sonrisa que siempre parecía saber más que sus palabras—. Hace rato que dejó de serlo.

—Debería irme. —No me moví ni un centímetro.

—Podrías —dijo suavemente, sin apartar los ojos de los míos.

Tampoco él se movió.

Lo miré.

Y ahí estaba otra vez: esa corriente que lo simplificaba todo… hasta que lo complicaba de forma deliciosa.

—No somos ni amigos —solté, casi sin pensarlo.

Lo dije con naturalidad, como quien constata un hecho evidente. Pero ya no lo era. Ya no.

Él dejó la taza en la mesa baja sin romper el contacto visual.

—Pero podemos serlo. Hablo más contigo que con cualquier otra persona.

—Yo también…

—¿Entonces?

—Empezamos a ser amigos…

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue denso, eléctrico.

—Me gusta que seamos amigos —añadí en voz baja.

—Es fácil serlo contigo.

—Eso es cosa de dos.

Asentí lentamente, sintiendo cómo el aire entre nosotros se volvía más denso.

—Claro.

Nos quedamos así, a menos de medio metro, con todo dicho y nada resuelto.

Y… pasó. Sin anuncio. Sin transición grandilocuente. Él acortó la distancia que quedaba con una lentitud deliberada, hasta que ya no hubo espacio respetable entre nuestros cuerpos. No invadió. Solo eliminó la barrera. Y yo no retrocedí.

El beso llegó como una consecuencia inevitable. Al principio fue lento, exploratorio, casi una pregunta. Sus labios rozaron los míos con una suavidad que contrastaba con la tensión que vibraba bajo la superficie. Luego se volvió más profundo, más urgente. Mi mano se aferró a su camiseta sin pedir permiso, tirando de él hacia mí. Él respondió con la misma naturalidad, deslizando una mano por mi cintura con firmeza posesiva, atrayéndome contra su cuerpo mientras la otra subía hasta mi nuca.

Ya no había margen para dudas.

Ni para pensar.

Ni para fingir que podíamos parar.

Nos reímos entre beso y beso, un sonido bajo y ronco que quitaba algo de solemnidad al momento, aunque no lograba disimular lo que realmente estaba ocurriendo.

—Esto tampoco es un café —susurré contra su boca.

—No.

—Ni cinco minutos.

—No.

—Calla. Van a escucharnos.

—Estás hablando tú.

Reímos y volví a besarlo con más fuerza, porque las palabras ya habían dejado de servir.

Nos movimos hacia el sofá sin separarnos, torpes y ansiosos, chocando suavemente con la mesa baja.

—No hagas ruido —le pedí.

—Ha sido sin querer.

Las risas volvieron, breves y entrecortadas, mientras caíamos sobre los cojines. Me dejé hundir primero y él vino sobre mí, apoyando su peso con control, sin perder nunca esa ligereza que hacía que todo pareciera un juego… aunque los dos sabíamos que ya había dejado de serlo.

—Deberíamos parar —anoté, sin la menor intención de hacerlo, mientras mis dedos se enredaban en su pelo.

—Sí —respondió él, pero sus labios ya bajaban por mi cuello, dejando un rastro caliente que me hizo arquearme ligeramente contra él.

No paramos.

Hubo un instante brevísimo en el que aún podría haber cambiado todo: levantarme, recoger mi bolso, bajar las escaleras con el mismo vértigo con el que había subido. Pero no lo hice.

Porque no quería.

Porque hacía mucho tiempo que no deseaba tanto equivocarme.

—Estoy loca.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Eres tonto?

—Sí, pero tú también. ¿Nos vamos a la cama?

—Ni siquiera sé dónde está.

—¿Los pisos no son todos iguales?

—Pero qué sé yo cuál es tu habitación.

—La grande. —No paramos de besarnos.

Nos levantamos del sofá con un movimiento fluido, casi instintivo. Caminamos hacia el dormitorio besándonos por el pasillo, deteniéndonos contra las paredes, sus manos recorriendo mi espalda, mis caderas, apretándome contra su cuerpo para que pudiera sentir cuánto me deseaba.

Al llegar a la cama la urgencia se volvió tangible, aunque ninguno de los dos quería precipitarse del todo. Nos desvestimos con manos ansiosas pero sin torpezas absurdas. Mis dedos temblaron

ligeramente al subirle la camiseta, rozando la piel caliente de su abdomen y sintiendo cómo sus músculos se contraían bajo mi toque. Él levantó los brazos para ayudarme y, en cuanto la prenda cayó al suelo, me permití devorar con la mirada la línea firme de su pecho, sus abdominales definidos y la erección que ya tensaba sus pantalones.

Sus manos fueron más seguras. Deslizó mi vestido por mis hombros con deliberada lentitud, dejando que la tela se deslizara por mi cuerpo como una caricia hasta caer al suelo. Me quedé solo con las bragas y el sujetador de encaje negro. Sus ojos recorrieron cada curva con hambre descarada.

—Joder, Estela… mírate —murmuró, la voz más ronca de lo normal.

No le di tiempo a decir más. Me acerqué y lo besé con fuerza, mientras mis manos bajaban hasta el botón de su pantalón. Lo desabroché con dedos impacientes y tiré de la cremallera. Él se deshizo del resto de la ropa en un movimiento fluido, quedando completamente desnudo frente a mí. Su polla estaba dura, gruesa y pesada, con la punta ya brillando. El simple hecho de verla me provocó un latido caliente entre las piernas.

Cuando por fin estuvimos piel contra piel, el contacto fue brutalmente bueno. El calor de su cuerpo contra el mío, el roce de su pecho contra mis pechos, su miembro duro presionando insistentemente contra mi vientre… todo me encendió por dentro. Su boca volvió a la mía, profunda y exigente, mientras sus manos exploraban mi cuerpo con reverencia y posesión. Acarició la curva llena de mis pechos, pellizcando los pezones entre sus dedos hasta que se endurecieron y me arrancaron un jadeo. Bajó por mi cintura, por mis caderas, y finalmente deslizó una mano entre mis muslos, apartando el encaje de las bragas.

—Estás empapada —gruñó contra mis labios, deslizando dos dedos por mi humedad con facilidad—. Joder, qué caliente estás.

Yo respondí con igual intensidad, recorriendo los músculos de su espalda y bajando hasta su culo firme, apretándolo contra mí. Mis uñas arañaron suavemente su piel cuando sus dedos encontraron mi

clítoris y empezaron a trazar círculos lentos y precisos, haciendo que mis caderas se movieran por instinto contra su mano.

Se colocó sobre mí con cuidado, pero sin vacilación, abriéndome las piernas con las suyas. Su peso sobre mi cuerpo era delicioso, dominante. Su polla rozaba mi entrada, caliente y pesada.

—¿Tienes condones? —pregunté, con la voz entrecortada por el deseo.

—¿Qué? —respondió él, claramente distraído, frotando la cabeza de su polla contra mi coño.

—Condones, Armando. No me jodas.

Él soltó una risa ronca y oscura.

—Pienso joderte hasta que no puedas andar, pero tienes razón.

Se incorporó ligeramente y abrió el cajón de la mesita. Rebuscó un segundo y sacó la caja.

—El último. —Levantó el paquetito con una ceja arqueada y una sonrisa lobuna.

—Tienes que comprar más —respondí, casi sin aliento.

—¿Vamos a follar más? Esto promete —Rompió el envoltorio con los dientes y sopló el condón antes de colocárselo con maestría, sin apartar los ojos de los míos—. Espero que sea contigo. Muchas veces.

—Veremos si te portas bien —repliqué, provocándolo.

Cuando entró en mí, fue despacio, centímetro a centímetro, abriéndome con una lentitud tortuosa que me hizo arquear la espalda y soltar un gemido largo y profundo. Sentí cada pulgada de su grosor estirándome, llenándome por completo, hasta que sus caderas se pegaron a las mías y los dos soltamos un suspiro entrecortado.

—Joder, Estela… estás tan apretada —gruñó contra mi cuello, quedándose quieto un momento para que me acostumbrara a él—. Me estás matando.

—Sí… muévete —jadeé, clavando las uñas en sus hombros—. Quiero sentirte entero.

El ritmo empezó lento y profundo, como si quisiéramos saborear cada sensación: el calor de su piel contra la mía, el peso delicioso de su cuerpo, el roce constante de su polla dentro de mí que hacía que

todo mi coño se contrajera alrededor de él. Mis uñas se clavaron más fuerte en sus hombros mientras él aceleraba poco a poco, sus embestidas volviéndose más firmes, más precisas, golpeando ese punto profundo que me hacía jadear su nombre una y otra vez.

—Ahh… Armando… así…

—Así, ¿eh? —susurró, mordiendo suavemente la piel de mi cuello —. Me encanta cómo suenas cuando te follo.

Mis piernas se enredaron alrededor de sus caderas, atrayéndolo más profundo con cada embestida. El ritmo se volvió más intenso, más urgente. El sonido húmedo de nuestra piel chocando, nuestros gemidos entrecortados y la respiración agitada llenaban la habitación. Sentí el placer creciendo en oleadas calientes, tensándose en mi vientre, hasta que finalmente estalló con fuerza. Mi coño se contrajo alrededor de su polla en espasmos intensos, y grité su nombre mientras el orgasmo me recorría en ondas largas y profundas.

—Armando… Armando…

Él no tardó mucho más. Con un gruñido ronco y animal, aceleró unas cuantas veces más, enterrando el rostro en mi cuello, y se corrió dentro de mí con fuerza, temblando entre mis brazos mientras su cuerpo se tensaba y luego se relajaba por completo.

Nos quedamos así un largo rato, con las respiraciones agitadas, la piel sudorosa y sin ganas de separarnos todavía.

Después, tumbada a su lado con la respiración aún agitada, el pelo revuelto sobre la almohada y la piel brillante de un ligero sudor, giré la cabeza hacia él.

—Estaba bueno el café —solté.

—¿Mejor que esto?

—Casi. —Rio—. Has hecho mucho ruido. El cabecero se ha quejado como si lo estuvieras matando.

—Tú también —bromeó.

Cogí una de las almohadas y se la tiré a la cabeza.

—¡Eh! ¿Me atacas?

—Es lo menos que puedo hacer. Has intentado matarme.

—Pero de placer… ¿Lo he conseguido?

—Bueno… Ha estado bien —me hice la interesante.

—¿Solo bien? —Alzó las cejas. Yo asentí—. Es cierto, no ha estado mal —me la devolvió.

—¿No ha estado mal? ¿Eres subnormal?

Soltamos unas carcajadas liberadoras. Pero caí en la cuenta de dónde estábamos y me subí sobre él a horcajadas y le tapé la boca.

—No grites.

—Tarrr… deee —balbuceó, porque mis dedos le impedían vocalizar. Los retiré—. Tú has gritado, Estela. Y mucho. —Me agarró los muslos.

—No tanto.

—¿Repetimos?

—Tengo que irme.

—¿Por qué?

—Mis padres me están esperando. Se preguntarán dónde estoy.

—Ya lo saben. Te han escuchado gritar.

—No tiene gracia.

—No te vayas.

—A ver cómo salgo ahora de aquí —lo ignoré y me levanté—. ¿Puedo ir al baño?

Sonreí más ampliamente frente al espejo, porque no había estado mal, llevaba razón. No había sido profundo ni importante, no era nada de lo que una debería analizar demasiado. Y, aun así…me había gustado mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Armando era… un lugar donde me sentía feliz, una felicidad simple, sin dobleces, sin disimulo, sin forzarla. Como cuando llegas a un lugar en el que has estado mil veces y encuentras tu sitio al instante porque… está hecho a ti.

25

CUANDO BAJAR UNAS ESCALERAS CUESTA MÁS QUE SUBIRLAS

Estela

La despedida no fue una despedida, sino un remate lento, casi perezoso; ninguno de los dos tenía la menor prisa por devolverle la seriedad al mundo.

Seguíamos de pie en el salón, demasiado cerca para fingir que lo que acababa de ocurrir había sido un simple desliz. Armando estaba apoyado contra el respaldo del sofá, descalzo, con el pelo deliciosamente revuelto de quien acaba de tener sexo bueno y el bóxer como única concesión a la decencia. Yo, frente a él, intentaba recomponer mi aspecto con más éxito que mi pulso interior.

—Tengo que bajar —anuncié, aunque mis pies se habían declarado en huelga.

—Ya —respondió él, sin moverse ni un milímetro.

Nos miramos un segundo de más. Ese tipo de segundo que delata todo.

—Definitivamente han sido más de cinco segundos —dije con media sonrisa.

—Un poco más. Y bastante rico.

—Muy rico. —La sonrisa se me escapó sin permiso. Y eso fue lo que más me descolocó: lo ridículamente fácil que resultaba sonreírle después de todo.

Fui yo quien acortó la distancia esta vez. No para besarlo con urgencia, sino para cerrar ese último espacio que ya no tenía sentido mantener. Él me recibió como si llevara años haciéndolo. Una mano grande y cálida se posó en la parte baja de mi espalda, atrayéndome contra su cuerpo con naturalidad. El otro brazo me rodeó sin esfuerzo.

Apoyé la frente en su hombro un instante, respirando el olor de su piel mezclado con el mío.

—Esto es raro —murmuré.

—No lo es.

—Por eso mismo lo digo. Porque no lo es.

—Es raro precisamente porque no lo es —dijo él, riendo bajito—. Eres rara.

—Es mejor que lo sepas ya —contesté, y los dos nos reímos, esa risa suave y cómplice que no debería existir tan pronto.

Nos besamos otra vez. Más corto esta vez. Más consciente. Un beso que sabía a punto y seguido, no a punto final. Sus labios se demoraron un segundo de más, como si quisieran recordarme lo que acababa de pasar.

—Abre. —Me separé despacio, aunque mis dedos aún se resistían a soltar su cintura.

—Con cuidado, ¿no? —preguntó él con un brillo travieso en los ojos—. No vaya a ser que te encuentres con algún vecino cotilla y tengas que explicar por qué sales de mi piso con esa cara de "acabo de echar el polvo de mi vida".

—No exageres. El polvo de…

—¿El mes? ¿La semana? —Asentí—. Está bien. Soy el polvo de la semana.

Solté una carcajada baja y le di un empujoncito en el pecho.

—Eres un imbécil.

—Un imbécil muy útil —Me guiñó un ojo—. Te escribo.

—No hace falta.

—Lo haré igual.

—Ya lo sé —contesté, levantando una ceja—. Eres de los insistentes y de los que no aceptan un no por respuesta. —Él sonrió de medio lado, apoyado en el marco de la puerta con una postura en la que se le señalaba la musculatura—. Tápate —le pedí con una ceja arqueada—. Vas a llamar la atención de alguna vecina. —Pensé lo que acababa de decir—. De otra más, quiero decir. Ya van dos —me referí a Rebeca y a mí—. A ver quién es la tercera.

—Vete ya.

—¿Me echas? Qué poco caballero.

Me agarró de nuevo por la cintura y me atrajo hasta él. Me besó y … (ah, qué rico estaba) se despidió.

—Hasta luego, Estela. Intenta no pensar en mí cuando estés cenando con tus padres.

—Cero promesas —repliqué, imitándolo—. Y tú intenta no ponerte melancólico mirando el lado de la cama vacío.

—Imposible. Esa cama ahora tiene recuerdos inolvidables. —Se mordió el labio inferior con los dientes.

—Eres incorregible.

Salí al rellano todavía riendo por lo bajo.

En cuanto la puerta se cerró a mi espalda con un clic suave, el edificio recuperó su vieja personalidad: silencioso, vigilante y lleno de oídos invisibles.

Bajé el primer escalón pegada a la pared, midiendo cada paso. El segundo, con el corazón todavía latiendo un poco más rápido de lo recomendable. El tercero… casi con normalidad.

Hasta que pisé el cuarto… Y entonces ocurrió el desastre.

Mi pie derecho pisó algo blando y traicionero: un calcetín gris, abandonado en medio del escalón como mina antipersona. Resbalé con estilo. El tacón se torció, mi mano voló hacia la barandilla con un golpe seco y mi bolso salió volando dos escalones más abajo, abriéndose en pleno vuelo. El pintalabios rodó hasta el descansillo, las llaves tintinearon como campanas y un paquete de pañuelos aterrizó dramáticamente contra la puerta del vecino.

—Mierda, mierda, mierda —susurré, intentando recuperar el equilibrio mientras el bolso vomitaba su contenido.

Desde el piso de abajo llegó inmediatamente la voz alarmada de mi madre:

—¡Estela! ¿Eres tú? ¿Qué ha sido ese escándalo? ¿Te has caído?

¡Perfecto! Justo lo que necesitaba.

Recuperé el bolso a toda prisa, metí el pintalabios y las llaves como pude y bajé los últimos escalones fingiendo una dignidad que no sentía en absoluto.

—Nada, mamá —respondí con la voz más natural que pude fabricar, mientras intentaba disimular que todavía tenía el pulso

acelerado. Ella me esperaba bajo el arco de la puerta—. Se me ha caído el bolso. Ya sabes… torpeza pura.

Entré en casa intentando que nada en mi expresión me delatara. Ella cerró la puerta detrás de mí.

—¿Dónde te habías metido? Has tardado una eternidad.

Me giré hacia ella con la mejor cara de inocencia que pude fabricar. Y sentí cómo el calor subía traicioneramente desde el pecho hasta las mejillas.

—Estaba con Susana abajo —improvisé con soltura—. Se puso a contarme no sé qué historia larguísima y ya sabes cómo se enrolla. No había manera humana de escaparse.

—Venías de arriba —alzó las cejas.

—Ah, sí. Me he pasado a comprobar si los tulipanes necesitaban agua. —Me atusé el pelo—. Todo en orden.

Una mierda en orden, pensé.

Mi madre me miró de arriba abajo e… hizo un gesto con la mano, restándole importancia al asunto.

—Las plantas están bien. Las regué esta mañana. Y Susana habla por los codos, sí. A mí me tuvo anoche una hora en la puerta, con el frío que hacía. A su tía, la hermana de su madre, la han ingresado de nuevo en el hospital. Me conto todo. Pero todo. ¿Te lo ha contado? —Negué—. Raro me parece.

Hoy todo es raro.

—Paciencia, mamá. Paciencia divina.

—¿Quieres un café?

Sonreí, esta vez de verdad.

—No, gracias. Estoy bien.

Y mientras dejaba el bolso en la silla y me apoyaba en la encimera como si aquella tarde hubiera sido de lo más corriente, lo entendí con una claridad inquietante. Que había sido demasiado fácil. Mentir. Resbalar con un calcetín traicionero. Escapar. Regresar a la normalidad. Y que esa facilidad… era precisamente lo más peligroso de todo. Bueno, eso y… Armando en sí mismo. Mentía, sí, pero no iba a mentirme a mí.

26

CUANDO AL DÍA SIGUIENTE NO DA MIEDO (ESO SÍ QUE ES RARO)

Estela

—¿En qué puto momento ha pasado esto? —me pregunté en un susurro, con palabrota incluida, porque no lo entendía. De repente trabajar ya no era trabajar, sino fingir que curraba mientras me salía una sonrisita de idiota total mirando la pantalla del ordenador como si me estuviera contando un chiste privado.

—¿Qué pasa, te ha tocado la primitiva o qué? —soltó Zoa sin dignarse a levantar los ojos de su pantalla.

—Ojalá.

—No cuela ni de coña. Esa cara no es de pasta. Es de "tengo un marrón"… o de "tengo un tío bueno".

Giré la silla despacio, con toda la dignidad que me quedaba.

—No es un marrón.

Samuel asomó la cabeza por encima de su monitor.

—Entonces es… un tío.

—Cállate, coño.

—Eso ya lo confirma todo —dijo él, volviendo a teclear como si nada—. Solo dices tacos cuando te enfadas o te frustras.

—O se asusta —anotó Zoa.

Intenté concentrarme. De verdad. Tenía delante una propuesta que ayer me era oro puro y hoy parecía escrita por mí después de tres copas y cero neuronas. Cambié un párrafo. Lo borré. Lo volví a poner. Y otra vez la sonrisita traidora.

El móvil vibró encima de la mesa.

No miré.

Volvió a vibrar, insistente.

Zoa suspiró teatralmente.

—Míralo de una vez, por Dios, que estás creando ambiente de culebrón en la oficina.
—No estoy creando nada.
—Estás creando exactamente lo que dices que no estás creando.
Resoplé, cogí el teléfono y… ahí estaba.

Armando:
Buenos días.

Dos palabras. Como si ayer no hubiéramos… bueno, como si sí hubiéramos.
Se me puso la cara ardiendo. Patético.
Escribí rápido:

Estela:
Buenos días.

Tres puntos. Aparecen. Desaparecen. Vuelven.
Yo ya sonriendo como una lerda otra vez.

Armando:
¿Cómo está mi vecina favorita esta mañana?

Vale. Respira, Estela. Sé normal.

Estela:
No soy tu vecina, listillo.

Armando:
Pero eres mi favorita de todas formas.
El barrio no tiene gracia cuando tú no estás.

Apoyé la barbilla en la mano y me quedé mirando la pantalla.
Zoa murmuró sin mirarme:
—¿Te estás enamorando o te están comiendo la oreja?
—Estoy trabajando, ¿sabes?
—Claro, claro.
Samuel carraspeó fuerte.
—Yo voto por lo segundo. Tiene más salsa.

—Nadie te ha preguntado, Samuel.
Volví al chat.

Estela:
Estoy en la oficina, por si no se nota.

Armando:
Yo también.
Qué responsables, ¿eh?

Estela:
Un ejemplo para la sociedad.

Armando:
Totalmente.
Estoy siendo un ciudadano modelo.

Estela:
No te creo ni un poquito.

Armando:
Deberías.
Ayer te di motivos de sobra.

Me quedé clavada en la silla.
Silencio en la pantalla. Se me aceleró el pulso.
Sonreí.

Estela:
No vayas tan rápido, crack.

Armando:
No voy rápido.
Solo estoy recordando.

—Joder, eso ha sido bueno —susurró Zoa, que claramente estaba espiando mi cara otra vez.
—¿Estás leyendo por encima del hombro o qué?
—Estoy leyendo tu cara, que es mucho más entretenida.
Samuel levantó el pulgar desde su sitio.

—Y yo. La trama está que arde.

Negué con la cabeza, pero ya estaba perdida. Muy perdida.

El móvil vibró otra vez.

Videollamada entrante.

Parpadeé dos veces.

—Ni se te ocurra contestar —avisó Zoa.

—Como lo cojas te mato —añadió Samuel.

Lo cogí. Porque soy así de coherente.

La pantalla se llenó con la cara de Armando: luz blanca, ruido de fondo, gente pasando detrás, camisa remangada y esa sonrisa de "sé perfectamente lo que estoy haciendo".

—Hola —dijo, y con eso ya bastó.

Ese puto "hola".

—Hola —contesté, bajando la voz sin querer.

—Estás muy concentrada, se te nota.

—No te metas con mi productividad.

—No me meto. La admiro… desde lejos.

—No la estás admirando, estás jodiéndola.

—Estoy aportando distracción premium. De calidad.

Zoa se levantó como si nada y pasó por detrás, mirando descaradamente la pantalla.

—Holaaa —saludó sin una pizca de vergüenza.

Armando sonrió más amplio.

—Hola.

—Soy Zoa. La amiga que te va a tocar los cojones si tú no lo haces primero.

—Encantado. Creo que ya voy ganando por goleada.

—Eso parece, sí.

—Zoa, vete —susurré entre dientes.

—Ya me voy, ya me voy… pero luego me lo cuentas con todo detalle.

Samuel apareció por el otro lado como un fantasma.

—Y yo soy Samuel. Solo vengo a decir que no me fío ni un pelo de ti.

—Perfecto —respondió Armando—. Así tengo margen para sorprender.

Samuel soltó una risita.

—Hostia, eso ha estado bien. Te dejo hablar, hermano.

Desaparecieron los dos.

Silencio otra vez.

Armando apoyó el móvil en algo y se inclinó un poco hacia la cámara.

—¿Siempre son así de pesados?

—Peor. Mucho peor.

—Me caen bien.

—Dice mucho de ti.

—Te gusta cómo soy.

—No te flipes.

Se me quedó mirando un segundo de más.

—¿Estás bien?

Y ahí cambió el rollo. Poco. Pero lo justo.

—Sí.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Te voy a contar un chiste.

—¿Para eso me has llamado?

—Te he llamado para verte.

Qué sincero. Casi me pongo colorada.

—Venga, cuéntamelo.

Se aclaró la garganta todo serio, como si fuera a dar una conferencia.

—Va: Mira, le lanzo el palo al perro, me lo trae y le doy una galleta. ¿Quieres probar tú? Y dice el otro… Vale, pero no me lo lances muy lejos.

Lo miré. Él aguantando la risa. Yo también.

Dos segundos.

Tres.

—Eres gilipollas —dije, riéndome ya sin control.

—Pero te has reído. —Armando también se parte de la risa.

—Porque me ha dado pena, nada más.

—Mentira cochina.

—Un poquito de mentira, sí.

Se inclinó más hacia la cámara.

—Te gusta que te haga reír.

—No te subas a la parra.

—Ya estoy arriba del todo.

Negué con la cabeza, pero sin poder borrar la sonrisa.

Otra vez.

Demasiadas veces ya.

—Tengo que currar —indiqué, porque tenía que hacerlo, pero sobre todo… Porque Armando me hacía sentir cosas que no esperaba y, aunque me encantaba, me dio un poco de miedo.

—Yo también.

Ninguno de los dos colgó.

—Cuelga tú —insistí.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no me da la gana.

Silencio calentito.

—Luego hablamos —murmuré.

—Luego hablamos.

Colgué.

Dejé el móvil boca abajo en la mesa.

Miré la pantalla del ordenador.

No veía una mierda.

Zoa habló desde su sitio sin girarse:

—Esto ya no es ligoteo, eh.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Y qué es?

Samuel contestó sin levantar la vista del teclado:

—Esto es de liarse fuerte, nena.

No dije nada. Pero sonreí otra vez. Y esa sonrisa… ya era la respuesta.

Al final del día, cerré el portátil sin haber avanzado gran cosa y me quedé un segundo mirando mi reflejo en la pantalla negra, con la media sonrisa, que no terminaba de irse. No sabía muy bien qué

estaba pasando. Tampoco sabía ponerle nombre. Y no me importaba demasiado no saberlo. Él me hacía reír. Así de simple. Me hacía reír en mitad de un martes cualquiera, en una oficina cualquiera, con una vida que ya tenía bastante ordenada como para no necesitar sobresaltos… y aun así, ahí estaba, sonriendo sola como una adolescente tardía.

Me gustaba. Mucho. Su forma de entrar en las conversaciones, su espontaneidad, esa manera de no complicarlo todo, su sonrisa (que no veía ahora, pero recordaba perfectamente) y su olor. Sobre todo su olor. Ese detalle mínimo que se queda más tiempo del que debería.

Pensé en las últimas veces que había creído que algo iba a funcionar. Dos, tres intentos en cinco años. Buenos hombres, en realidad. Correctos, amables, con vidas ordenadas, con intenciones claras. Empezábamos bien. Siempre empezábamos bien. Yo me ilusionaba lo justo para creer que esta vez sí, que a lo mejor era cuestión de insistir un poco más, de dar margen, de no salir corriendo a la primera señal de aburrimiento. Y luego… se apagaba. Sin drama. Sin pelea. Sin nada que justificar. Solo una sensación muy clara de que no me apetecía seguir. Y yo, que no sé fingir lo que no siento, terminaba marchándome antes de que aquello se convirtiera en una historia que contar por compromiso.

El amor (o lo que fuera aquello) nunca me ha parecido lógico. No entiende de currículums, ni de edades, ni de momentos adecuados. No se organiza. No se programa. El cerebro intenta ordenar, clasificar, proteger; el corazón, en cambio, se asoma cuando quiere y se queda el tiempo que le da la gana. Y ahí está el problema. O la gracia. No lo tengo claro. Porque, si me paro a pensarlo, todo en Armando invitaba a la prudencia. Quince años menos. Una separación reciente. Una forma de vivir ligera, casi despreocupada, que encajaba muy bien con el ahora, pero que no prometía nada más allá de ese ahora. Y yo lo sabía. Lo veía. No soy ingenua, ni lo era. No necesitaba que nadie me lo explicara.

Y, aun así, había algo.

Algo que no tenía argumento, que no respondía a ninguna lógica, que no pasaba por el filtro de lo que conviene o no conviene. Algo que simplemente… estaba. Y que, de momento, me hacía feliz.

Sin más.

Sin menos.

Y eso, después de tanto tiempo entendiendo cómo funcionan las cosas, aún sin entender nada, no pensaba dejarlo.

27

SIN DRAMATIZAR O CON DRAMA

Armando

Quedar con David aquel día no fue la mejor decisión de mi vida, por dos cosas: no se toma nada en serio y le gusta meterse conmigo y con mi nueva situación de soltería.

Estábamos en Ochochenta, un pub de barrio con mucha historia y personalidad, sentados alrededor de una mesa alta con música pop de fondo.

Le di un trago largo a la cerveza sin despegar los ojos del móvil. Pantalla negra. Cero notificaciones. Estela me había dejado en leído hacía diez minutos que, joder, parecían cuarenta y cinco inviernos seguidos.

—Te estás rayando vivo —soltó David desde el otro lado de la mesa, con esa sonrisa de hijo de puta que le sale cuando sabe que tiene razón.

—No me estoy rayando.

—Estás mirando el teléfono como si fuera a parir a la tía en cualquier momento.

—No dramatices, cojones.

—Diagnostico. Y el diagnóstico es clarísimo: has follado y ahora no sabes ni cómo sentarte, digo… sentirte.

Lo miré de lado.

—¿Quieres callarte?

—Ni de coña. Estoy en racha. Déjame saborearlo. —Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa—. Venga, al grano. ¿Cómo fue?

—Bien.

—¿Bien? —repitió, casi escandalizado—. ¿Bien? Mi madre dice "bien" cuando le pregunto por la visita al podólogo.

—Pues eso. Bien.

—Eres un puto desastre. Te tiras a la madurita del piso de abajo, la fantasía de medio país, y me vienes con un "bien".

—No es exactamente mi vecina. Y un poco de respeto.

—Oh, me rompes el corazón. La defiendes. Técnicamente vive debajo de ti, así que cuenta como vecina. No me jodas.

Sonreí sin poder evitarlo.

—No empieces.

—Ya he empezado, colega. No hay freno. ¿Quién dio el primer paso?

—Yo.

—Obvio. —Dio un trago y chasqueó la lengua—. ¿Y ella?

—Ella… —me encogí de hombros—. No se lo pone fácil a nadie.

—Me encanta. Me encanta muchísimo.

—No es un juego para ella.

—Para ti tampoco, por lo que estoy viendo.

No contesté. No me dio la gana.

David me miró un segundo más de la cuenta y luego sonrió, más bajito.

—Te mola de verdad.

—No empieces con el rollo ese.

—Te mola.

—No me montes la película.

—No te la monto yo. Te la estás montando tú solito. —Se echó hacia atrás en la silla—. Vale, cambio de táctica. Cuéntame algo. Un detalle. Lo que sea.

Negué con la cabeza.

—Ni de coña.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Ni una migaja?

—Ni una puta miga.

—Eres el peor amigo del planeta.

—Y tú un tocahuevos.

—Pero con curiosidad sana.

—Sana dice. —Volví a mirar el móvil.

—¿Le has escrito ya? —preguntó él, sin levantar la vista de su cerveza.

—No.

—Mientes como el culo.

—Le he contestado.

—Ah, hostia. —Levantó el dedo índice—. Eso ya cambia el partido. ¿Y ahora?

—Ahora nada.

—Ahora estás esperando como un idiota.

—No estoy esperando.

—Estás esperando.

Suspiré.

—Es distinto.

—Ilumíname, por favor, que estoy aquí para formarme.

—No es una tía cualquiera. —David se quedó quieto. Luego sonrió despacio, con esa cara de "ya te pillé"—. Tiene su vida. Un hijo. Su mochila. Su trabajo. Sus amigos. No voy a ir de listo por la vida.

—¿Y entonces qué piensas hacer?

—No tengo ni puta idea.

—Genial. Vamos de maravilla.

—Gracias por el ánimo, eh.

—Para eso estoy, cabrón.

Apoyé el móvil en la mesa, lo giré, lo volví a girar.

—La voy a invitar a mi cumpleaños.

David levantó las cejas hasta el techo.

—¿A tu cumple?

—Sí.

—¿A meterla en medio de tus amigos, tu circo y tu mierda habitual?

—Sí.

—¿Tan pronto?

—¡Sí, tío! No es nada raro. A las fiestas se invita a los amigos.

Se rio por lo bajo.

—Me flipa. Es una idea de mierda. Pero de las que molan.

Cogí el móvil antes de arrepentirme.

—Voy a escribirle.

—Léemelo en voz alta, anda. Esto es oro.
—Ni de puta coña.
—Egoísta.
Empecé a teclear.

Yo:
Oye.

David puso cara de asco.
—¿Oye? ¿En serio? ¿Eso es todo lo que tienes en el cargador?
Lo ignoré.
Tres puntitos aparecieron. Sonreí sin querer.

Estela:
Qué formal.

—Ha contestado rápido —susurró David—. Le gustas, colega.
Le solté una patada por debajo de la mesa.

Yo:
Estoy intentando ser serio.

Estela:
No lo consigas. Te queda fatal.

Se me escapó una risa tonta.
—Ya estás jodido —dijo David, bebiendo.

Yo:
Tengo una propuesta indecente.

Estela:
Me estás asustando.

Yo:
Es mi cumpleaños el sábado.

Estela:
Eso no asusta. Eso da pereza. ¿Cuántos cumples?

Yo:
Los suficientes para invitarte.

Estela:
Respuesta vaga. Muy sospechoso.

—Qué crack —murmuró David—. Ya me cae bien.

Yo:
Ven.

Estela:
¿Así, sin más?

Yo:
Ya te invité con antelación.

Pausa.
Miré la pantalla. David me miró a mí.
—Se lo está pensando —susurró.

Estela:
¿Quién va?

Yo:
Gente normal. Más o menos.

—Mentira cochina —susurró David—. Voy yo.

Yo:
Vendrá David.

Estela:
¿El que quiere los detalles guarrillos?

Miré a David, alucinado.
—¿Cómo coño sabe eso?
David se partió de risa.
—Porque tienes cara de contarlo todo y luego no contar una mierda.

Negué con la cabeza.

Yo:
Ese mismo.

Estela:
Entonces voy solo para juzgaros a todos.

Yo:
Perfecto. Te damos material de sobra.

Estela:
No prometo portarme bien.

Yo:
No quiero que lo hagas.

Otra pausa.
Respiré hondo.

Estela:
Vale.

Levanté la vista.
—¿Qué ha dicho? —preguntó David.
—Que sí.
Dio un golpe seco en la mesa.
—¡Vamos, hostia!
—Baja la voz, animal.
—Esto hay que celebrarlo como Dios manda.
—Ya estamos celebrando.
—Esto es otro puto nivel.
Volví a mirar el móvil.

Yo:
Entonces vienes.

Estela:
Entonces voy.

Yo:
Me gusta cómo suena eso.

Estela:
No te emociones tanto.

Yo:
Me alegra que vengas.
Será divertido.

Dejé el móvil en la mesa y sonreí.
David me miró un rato más serio esta vez.
—Te mola de verdad.
Esta vez no le llevé la contraria.
—Sí. —Y no sonó a problema. Sonó a algo que, joder, igual merecía la pena.

Estela:
Tengo una pregunta.
No quiero sonar a caradura.

Yo:
Dale.

Estela:
¿Puedo llevar a una amiga?
Por estar más acompañada.

Yo:
Y a dos.
Pero yo te acompañaré de todas formas.

Estela:
Tú estarás atendiendo a tus amigos.
Y lo entiendo.

Yo:
Mis amigos se atienden solos.

Estela:

Ya se verá…
¿Tengo que llevar algo?

Yo:
Tu sonrisa.

—Oh, míralo. Si al final se enamora —apuntó David—. Estoy por pedir una botella de champán y celebrarlo.

¿Celebrarlo? ¿Qué estaba pasando? No quería enamorarme. No lo buscaba ni lo deseaba. En absoluto. No, no, no. Bueno, sí. ¡No!

Estela:
Eres idiota.
Pero me encanta.

Yo:
Te encanto.

Estela:
Me caes bien.
Me encanta tu forma de ser.

Yo:
Te he engañado.
No soy así realmente.
Lo fuerzo.

Estela:
No me lo creo.
Esto es imposible.

Seguimos hablando durante un rato largo, tanto que cuando levanté la cabeza David estaba cantando con un micrófono que no sé de dónde había salido y subido a un pequeño escenario. Se me ocurrió una idea.

Yo:
¿Qué haces ahora?

Estela:

Estoy trabajando.

Yo:
Vente, estoy cerca de tu barrio.
Tomando una cerveza con David.

Estela:
No quiero molestaros.

Yo:
No molestas.
Él se alegrará de verte.
Igual ni te ve.
Lleva unas quince cervezas.

Estela:
¿Estás seguro?
Me apetece una cerveza.

Yo:
Y a mí me apetece verte.
Te envío ubicación.

28

DONDE TODO VUELVE A SER FÁCIL

Armando

Le mandé la ubicación sin pensarlo dos veces. Un gesto tonto, rápido, de esos que haces antes de que el cerebro te ponga freno. Apoyé el móvil boca abajo en la mesa, le di un trago a la cerveza y fingí que no estaba pendiente de cada segundo. David seguía dando el espectáculo sobre el escenario, dándolo todo, hasta que resbaló, alguien lo agarró y lo libró de hincar las rodillas en el suelo y lo bajó.

—¿Has visto qué voz tengo?

—La he oído.

—¿Y esa cara? ¡No me digas! —Levantó una mano—. Hablando con Estela.

—Viene hacia aquí. ¿Te importa?

—¿A mí? Esto es mejor que Netflix. Perooooooo… Como tu mejor amigo, he de avisarte: Eres un inconsciente, tío.

—Gracias. —Levanté la cerveza hacia él.

—De nada. Alguien tiene que decírtelo.

—Pues descansa un rato.

—Imposible. Esto es una serie. A ver cuántos capítulos tiene.

—Eres gilipollas.

Cada poco volvía a mirar la pantalla. Nada. Luego nada. Luego… sí. Y otra vez nada. Esa puta espera que se te mete en el cuerpo aunque no quieras admitirlo.

—Está viniendo —advertí, tras leer su último mensaje.

David dejó la cerveza en la barra.

—¿En serio?

—Sí.

Se quedó callado un segundo. Luego sonrió con esa cara de que ya está oliendo la que se va a liar.

—¡CELEBRACIÓNNNN!

—No hagas ninguna gilipollez.

—¿Yo? Jamás.
—David.
—Que no, joder.
—Te conozco demasiado.
—Relájate, hombre.
No me relajé ni un poco.

El bar estaba hasta los topes. Música alta, gente de pie por todas partes, ese caos que a David le encanta y a mí me viene de lujo cuando no quiero pensar. Me apoyé en la barra mirando hacia la puerta sin disimular ya nada.
—Te vas a dejar el cuello —dijo David.
—Cállate.
—Respira. No es un examen final.
—No estoy nervioso.
—Estás nervioso.
—No estoy nervioso.
—Estás muy nervioso.
—No estoy…
—Está entrando —me cortó de golpe.
Y se me olvidó todo lo que iba a decir.
La vi antes de que ella me viera a mí. Vaqueros, camiseta básica, pelo suelto. Se movía sin buscar atención, pero la conseguía igual. Miró alrededor un segundo. Y me encontró. Sonrió. Y algo se me recolocó dentro del pecho.
Levanté la mano. Ella se acercó esquivando cuerpos, con esa media sonrisa que ya empiezo a conocer demasiado bien.
—Hola.
—Hola.
Nos dimos dos besos. Ni rápidos ni eternos. Justo en ese punto en el que el cuerpo se queda un segundo de más.
—Pensaba que esto era una trampa —comentó.
—Pensabas bien. Todavía estás a tiempo de largarte.
—No suelo hacer eso.
—Ya lo sé.
Y los dos nos reímos, cortos, nerviosos, reales.

—Ven. Te llevo con el culpable de todo este circo.

Pero David no estaba donde coño se suponía que tenía que estar.

—No me jodas… —murmuré.

—¿Qué pasa?

—Que ha hecho algo. Lo sé.

Y entonces lo vimos.

Subido a la puta barra. No al escenario. A la barra. Cantando a grito pelado. Sin karaoke. Fatal, por cierto. Como antes pero peor. Eso sí, con una convicción que daba vergüenza ajena y, a la vez, un respeto raro.

—¡Y yo… te quiero… a morir! —berreaba con una copa en la mano, balanceándose.

Estela se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.

—¿Ese es David?

—Ese es David.

—No lo habría reconocido. Me gusta.

—No debería gustarte.

—Me cae bien.

—Aún estás a tiempo de cambiar de opinión.

David nos vio y nos señaló con dramatismo exagerado.

—¡Esa es! —gritó—. ¡La culpable de todo!

—Bájate de ahí —le supliqué.

—¡No!

—¡Bájate, hostia!

—¡Estoy en mi momento estelar!

Estela soltó una carcajada de verdad. Y con eso ya fue suficiente.

Nos acercamos hacia el artista. David bajó por fin, intentando mantener algo de dignidad (que no tenía).

—Hola —dijo, extendiéndole la mano a Estela como si fuera un caballero del siglo XIX—. Soy David. El amigo que definitivamente no deberías tener.

—Estela. Pero… ya nos conocemos. Del… gimnasio.

—Oh, sí, pero así me gustas más. Eres muy guapa.

—Gracias.

¿Tonteaba con ella delante de mí? ¿Buscaba darme celos? Le hubiera dado una hostia.

—No le hagas ni puto caso —intervine.

—No pensaba hacérselo —contestó ella. Y se miraron un segundo. Cómplices. Como si ya se conocieran de toda la vida. Eso no lo había visto venir.

Pedimos otra ronda. Nos quedamos apoyados en la barra, hablando de todo y de nada, saltando de un tema a otro sin esfuerzo. David exagerando sus historias como siempre, Estela siguiéndole el rollo sin cortarse, y yo en medio, más callado de lo normal.

Porque estaba cómodo.

Y eso me descolocaba un huevo.

—¿Siempre es así? —preguntó Estela señalando a David, que ya iba por su tercera anécdota absurda.

—No —respondí—. Hoy está bastante flojo.

—Menos mal.

—Podría ser peor.

—No me lo imagino.

—Yo sí. Demasiado bien. Te va a arrastrar al lado oscuro.

—No me dejo arrastrar.

—Eso dices ahora.

—Eso digo siempre. —Me miró. Y en ese instante todo volvió a ese sitio que solo compartimos nosotros dos. Ese en el que no hace falta llenar nada.

Salimos un rato a la calle a que nos diera el aire. David se quedó dentro, cantando otra vez, porque claro, no había aprendido una mierda.

Caminamos despacio, sin rumbo, con el ruido del bar quedándose atrás.

—Tu amigo está fatal —sonrió.

—No tienes ni idea. No te ha contado ni la mitad.

—¿Tiene más historias rocambolescas?

—Para escribir cien libros.

—Jajaja. Es muy… simpático.

—Buena forma de describirlo.

Se calló un segundo.

—Me alegro de haber venido —aseguró.

—Yo también.

La miré.

—Bien.

—Bien.

—¿Quieres… volver? El artista habrá terminado el pase.

—¿Tú crees?

—En realidad no. Estará ahí arriba hasta que lo echen.

—Es temprano todavía para el cierre.

—Podemos sacarlo a rastras.

—Pobre. Deja que cumpla su sueño.

—Su sueño es que no le cobren el bote de proteínas.

Soltó una carcajada que me llegó al pecho y eso… me desestabilizó. ¿Qué hice? Ponerme serio, sin pretenderlo, ella me imitó, porque notó el cambio y… ahí estaba otra vez. Esa facilidad absurda. Esa conexión que fluye sola.

Me acerqué un poco más. Ella también. Y nos besamos ahí, en mitad de la calle, sin prisa, sin nada más alrededor. Y durante un rato todo volvió a ser simple. El mundo podía esperar y… esperó; al menos, esa noche.

Volvimos a entrar al bar todavía con el sabor del beso en los labios y esa tontería tonta en la cara que no se puede disimular.

David nos vio desde la barra y levantó los brazos como si hubiera ganado la Champions.

—¡Por fin! ¡Pensaba que os habíais fugado a Portugal!

Estela se rio y se pasó una mano por el pelo, todavía un poco colorada.

—Solo fuimos a respirar —explicó.

—Claro, claro… "respirar". Yo también respiro así a veces.

Le di un codazo.

—Cállate ya, pesado.

Pedimos otra ronda y nos quedamos los tres apoyados en la barra. La noche siguió fluyendo fácil: David contando batallitas cada vez más exageradas, Estela pinchándolo sin piedad y yo riéndome más de lo que recordaba haber reído en mucho tiempo. De vez en

cuando nuestras miradas se cruzaban y se quedaban un segundo de más. Nada grandioso. Solo esa electricidad baja que ya empezaba a resultarme familiar.

En un momento dado, David se puso a discutir con el camarero sobre si el vermut de grifo era una aberración o una obra de arte. Estela se inclinó hacia mí y me habló bajito, casi al oído.

—Tu amigo es… Un personaje.

—Te lo dije.

—Me cae bien de verdad.

—Me alegro. Es buena gente.

—Tú también lo eres.

—Vaya… un piropo de verdad.

Encogió los hombros y sonrió de nuevo de esa manera que me desarmaba.

Pasaron las horas sin que nos diéramos cuenta. El bar empezó a vaciarse poco a poco. David, ya bastante contento, se despidió con un abrazo exagerado a Estela y un "cuídame a este idiota" dirigido a mí.

Cuando salimos a la calle, el aire de la noche nos dio de lleno. Hacía fresco, pero se estaba de maravilla.

—Bueno… —Se metió las manos en los bolsillos del vaquero—. Creo que es hora de ir tirando.

—Yo te llevo —solté sin pensarlo.

Estela me miró, divertida.

—No hace falta, de verdad. Vivo aquí al lado.

—Precisamente. Mi coche está aquí al lado también. No me cuesta nada.

Se quedó mirándome un segundo, sopesando si merecía la pena discutir. Al final se encogió de hombros.

—Vale. Pero solo porque me da pereza caminar.

—Esa es mi chica.

—No te emociones.

Le abrí la puerta del copiloto y ella puso los ojos en blanco, pero se sentó con una sonrisa.

—Qué caballero.

—Intento.

Arrancamos. Las calles estaban casi vacías a esa hora. La radio sonaba bajito, una de esas canciones que no molestan. Ella miraba por la ventanilla, relajada.

—¿Sabes? Hacía mucho que no me reía tanto. Ha sido… fácil.

—¿Fácil?

—Sí. Sin tener que pensar demasiado. Sin forzar nada. Solo… estar.

La miré un segundo antes de volver la vista a la carretera.

—A mí me pasa lo mismo contigo.

La melodía de la canción es lo único que escuchamos durante unos segundos.

—Aunque tu amigo casi lo estropea tirando la bandeja con las cervezas.

—Casi. Pero al final salvó la noche.

—La ha salvado el señor de la chaqueta de pana negra.

—¡Pana negra! —Nos reímos recordando el momento.

Llegamos a su portal demasiado rápido. Aparqué en doble fila y apagué el motor. Ninguno de los dos hizo amago de bajar todavía.

—Gracias por invitarme. —Se giró hacia mí.

—Gracias por venir.

—Ha sido… inesperadamente bueno.

—Para mí también.

Nos miramos. Esa vez el silencio valía más.

Me acerqué despacio. Ella no se apartó. Nos besamos otra vez, más lento que en la calle, más consciente. Cuando nos separamos, apoyó su frente contra la mía un segundo.

—Buenas noches, Armando.

—Buenas noches, Estela.

Abrió la puerta, pero antes de salir se volvió.

—Oye… quiero stickers nuevos.

Sonreí.

—Todos los que quieras.

—Estupendo. —Dio un paso atrás. Y antes de que cerrara, fui yo quien la llamó.

—Estela. —Agachó la cabeza y me miró—. Me gusta estar contigo.

—Y a mí contigo. Eres muy divertido.

—Llevas razón, contigo todo es fácil.

—¿Ahora es cuando me dices que te has enamorado de mí?

—Todavía no. —Reímos.

—Adiós, Armando Líos. Eso ha estado bien. —Se lo había contado David—. Lo utilizaré contra ti.

—No esperaba menos.

Cerró la puerta con cuidado.

La vi caminar hasta el portal, sacar las llaves y girarse una última vez para levantar la mano en un gesto pequeño.

Arranqué el motor cuando ella ya había entrado.

Conduje de vuelta a casa con una sonrisa idiota que no se me quitaba de la cara. Porque todo se antojaba sencillo; respiraba sin tener que empujar el aire.

Antes de acostarme había estado escuchando música. Iba a cerrar Spotify cuando sonó Superestrella, de Aitana, y me recordó a Estela, no sé por qué. No lo dudé. Se la envié a WhatsApp y se lo dije. Así, sin más.

Yo:
Me recuerda a ti.

Contestó enseguida.

Estela:
¿Soy una superestrella?

Yo:
Brillas tanto o más que el sol.

Estela:
Espera que voy a llorar un ratito.

Yo:
Oh, no llores.
Me gusta cuando ríes.

Estela:

Es que dices cosas bonitas.
No te enamores de mí.

Yo:
No lo haré.

Estela:
Ya veremos.

29

EL TDAH Y ARMANDO

Estela

Hacía dos días que no veía a Armando, desde la noche en el bar. Hablábamos a todas horas y me proponía vernos, sin embargo, yo no lo tenía nada claro.

Llegué al portal de mis padres con la cabeza en otro sitio. ¿Dónde? En una canción: Superestrella. Álvaro hablaba a mi lado con la energía de siempre, contándome algo del instituto, de un profesor que no le soportaba o de un examen que le había salido mejor de lo que esperaba, y yo asentía sin terminar de seguirle el hilo, atrapada en la letra de una canción, tarareándola, sin estar del todo presente.

—Mamá —se plantó delante de mí, obligándome a parar—, ¿me estás escuchando?

Le miré, intentando recomponerme.

—Sí.

—Mentira.

Se me escapó una sonrisa pequeña.

—Estoy un poco más despistada de lo normal.

Negó con la cabeza, resignado, pero sin enfadarse.

—Vives en Marte.

—Suelo vivir allí.

—Sueles visitarlo. Ahora te has mudado a ese planeta.

Respiré y hundí los hombros.

—Está bien. Perdona. ¿Quieres contármelo de nuevo?

—Mi profesor de mates. No le caigo bien.

—No se le puede caer bien a todo el mundo.

Vi a Susana y a Rebeca dentro, con cervezas y un paquete de chucherías. Charlaban y reían.

—Vas a quedarte aquí abajo —aseguró mi hijo.

—Un rato.

—Quieres ver a Armando.

—No está.

—Es verdad. Que ahora hablas con él a todas horas.

—Lo dices como si te molestara.

—Me molesta que te hayas mudado a Marte.

—Es por mi TDAH.

—Es por Armando.

—Lo que tú digas. Ve y dile a los abuelos que ahora subo. Por favor, trata de que tu abuela no me llame a gritos.

—No puedo prometerlo. —Me sostuvo la mirada un instante más, como si quisiera añadir algo, pero al final se encogió de hombros y cruzó el portal, dejándome sola con esa decisión que ya había tomado incluso antes de formularla. Saludó a las vecinas antes de subir al ascensor.

Me acerqué a ellas sin prisa, consciente de que podría haber subido directamente, de que lo más sensato habría sido evitar cualquier situación que complicara aún más lo que ya estaba empezando a ser complicado, pero también sabiendo que no lo iba a hacer. No esa noche.

—¡Hombre! —dijo Susana nada más verme—. Dichosos los ojos que te ven. Hoy es martes. ¿Qué haces por aquí a estas horas?

—Frigorífico y despensa vacía. El niño tiene hambre —bromeé.

Rebeca levantó una lata de cerveza hacia mí.

—Ven, una con nosotras.

Asentí.

—Una y me subo. —Me acomodé en un lado de las escaleras y las escuché hablar de lo de siempre. Vecinos, historias pequeñas, detalles absurdos que en ese contexto se convierten en importantes. Yo seguía la conversación, me reía, intervenía cuando tocaba, pero había una parte de mí que estaba en otra frecuencia, más atenta a lo que podía pasar que a lo que estaba pasando. Hasta que escuché su nombre. Comentaban algo de Armando.

—No sé… Hace tiempo que no quedamos —reseñaba Rebeca.

—Ese ha vuelto con la mujer —aventuró Susana—. El otro día estuvo aquí. Salió con un ramo de flores en la mano. Se lo regaló él, seguro.

—¿Cuándo fue eso? —investigó Rebe.

—Déjame que lo piense. Hace tres noches. Sí, eso. Ella subió sobre las nueve y bajaron a las once. Estuvo arriba… más de dos horas. Eran las once y media.

Se me atragantó la cerveza. No supe por qué, si porque había quedado con su exmujer y no me lo había dicho, si porque ahora tenía la respuesta a por qué no me había escrito esa noche, o porque me preguntaba si habría tenido que decírmelo o no. No éramos nada.

—Me molesta. Lo admito —soltó Rebeca, no yo. Yo me cerré el pico—. Hemos estado quedando y ahora desaparece, sin decirme nada.

—Te dijo que no quería quedar más —le indicó, porque se lo habría contado.

—Ya, pero sin explicación. Ninguna.

—¿Debería habértela dado?

—Coño, ¡follábamos! Una mínima explicación… digo yo. —Bebió de su lata.

Ellas discutían como siempre, sin hacerlo, y yo pensaba en por qué Armando había quedado con su mujer, aunque no debería darle importancia. Yo quedaba con Darío cuando tocaba. Ahora ya no tanto, pero recién separados sí.

No le vi llegar de inmediato. Fue más bien una sensación, una especie de cambio leve en el ambiente que hizo que levantara la vista casi sin darme cuenta. Armando venía hacia el portal sin prisa. Nos vio enseguida, y durante un segundo, apenas perceptible, su mirada se cruzó con la mía antes de continuar hacia las otras dos.

Ese segundo fue suficiente.

—Buenas —saludó al llegar.

—¡Hombre! —sonrió Rebeca—. Ven, siéntate.

Él hizo el amago de negarse.

—No, iba a…

—Venga, una —insistió ella, señalando un hueco a su lado en el escalón más abajo del mío.

Dudó apenas un instante, pero lo vi. Y ese instante me dijo más que cualquier palabra.

—Vale.

Se sentó junto a ella.

—¿Vienes de trabajar? —le interrogó Susana.

—Sí, un día largo.

—Quizá te venga bien desestresarte un poco —se le insinuó Rebeca.

—Necesito dormir. —Miró hacia arriba—. ¿Y tú qué tal?

—Cansada también. —Me rasqué la frente. No nos miramos más, y fue deliberado y exagerado. Nos rehuíamos. Evitábamos cualquier contacto visual que pudiera delatarnos, cualquier gesto que rompiera esa apariencia de normalidad que intentábamos mantener delante de ellas. Y, sin embargo, la tensión estaba ahí, clara, constante, imposible de ignorar.

—Y Antonella se enfadó conmigo, ¿te lo puedes crees? —Susana le contaba la escapada de los perros—. ¡De verdad! ¡En este bloque no hay ni una persona normal!

—¡Empezando por nosotras, Susana! —rebatió Rebeca, y todos reímos. Bueno, yo lo intenté, pero hacía unos minutos que Rebeca y Armando se habían acercado demasiado, sus piernas se apretaban unas con las otras y yo… Yo me convertí durante un rato en un ser celoso y odioso. No, nunca había sido celosa y esa sensación no me gustó. Entendí más tarde qué me pasaba. Los celos aparecieron porque no sabía qué tenía con Armando ni hasta dónde podía llegar él o no llegar con otra mujer. Pero una cosa tenía clara: yo no tenía que aguantar aquello.

—Me subo ya. Mi madre estará de los nervios —intervine.

—De eso nada. Tómate otra —Susana me puso delante otra cerveza.

—No, de verdad…

—Así dormirás mejor —terció Armando.

Ahora sí, lo miré, nos miramos, y claro, no fue una mirada de personas que casi no se conocen, sino de esas en las que hasta se mantiene una conversación en silencio y en un segundo.

—Ha sido un día largo —anoté.

—Y una noche corta —añadió Rebeca con una sonrisa que me hizo tensarme.

—Estuve trabajando de madrugada.

—Trabajando… Ya… —Rebeca saltó de mí a Armando, que agachó la mirada.

Empezó a observarnos de una forma más sutil, pero también más insistente. No sabía exactamente qué estaba viendo, pero intuía que algo no le cuadraba.

—Oye —dijo de repente—, ¿vosotros os conocíais de antes?

Armando respondió antes de que yo pudiera hacerlo.

—Del bloque. —Sin titubeos. Sin sobreexplicarse.

—Claro —no soné del todo convencida—. Esto es pequeño. Al final nos conocemos todos.

—Ya… —murmuró, dando otro trago a la cerveza.

Lo que pasó a partir de ahí fue raro e… incómodo, al menos para mí. Rebeca hizo su jugada, no creo que fuera inconsciente. Buscaba acostarse con Armando o desquiciarme a mí, o las dos cosas. Probarme, a ver si reaccionaba de alguna manera al tontear demasiado con el vecino del tercero y comprobar si teníamos algo. No dije una palabra, por supuesto. Pero sí me tomé la cerveza de un trago y me levanté.

—Vecinos, hasta aquí la noche de hoy. Ha sido un placer echar el rato con vosotros, pero he de irme —dije un poco mareada, porque dos cervezas para mí (y sin cenar) eran bastantes.

—¡Qué pesada eres! ¡Es temprano! —chilló Susana.

—Díselo a mi madre.

—Lo raro es que no haya salido ya a llamarte —reseñó Rebeca.

—Lo dicho. Hasta mañana. Tengo hambre. —Me di la vuelta y subí las escaleras.

No miré a Armando al despedirme.

Entré en casa de mis padres sintiendo que aquello no me gustaba, no, nada en absoluto. Porque mientras solo éramos nosotros, todo era manejable. Pero en el momento en que empezaba a filtrarse fuera, aunque fuera de forma mínima, dejaba de ser algo privado. Y lo privado, cuando deja de serlo, deja de ser sencillo.

30

EL CUMPLEAÑOS Y EL CUMPLEAÑERO

Estela

Desde fuera se oía la música, una muy grave que te sube por el cuerpo antes incluso de entrar, que se mezcla con el murmullo de la gente, con las risas, con el sonido de los tacones contra el suelo. Me detuve un segundo antes de cruzar, no por duda, sino por esa sensación extraña de estar a punto de entrar en algo que no tenía del todo controlado.

—No te me rajes ahora —advirtió Paula a mi lado, ajustándose el vestido con una naturalidad que solo ella tiene.

—No me estoy rajando.

—Tienes cara de estar rajándote.

—Tiene cara de estar pensando demasiado —intervino Zoa.

—Estoy pensando lo justo.

—Eso en ti no es normal —remató Paula.

Giré hacia ella:

—Te puedes ir a casa si quieres —le recordé.

—Ni de coña. Esto no me lo pierdo.

—Venga, entra ya. —Arengó Zoa—. Que además te está esperando.

—Nos está esperando —corregí.

—Nosotras venimos porque te queremos, nena. Y él nos ha invitado porque tú se lo has pedido. Porque está deseando verte.

Dudé otro segundo.

—¿Qué te pasa, Estela? Tú eres una mujer segura —anotó Paula con el ceño fruncido.

Suspiré, y esto que dijo me llevó a unos días antes.

—El otro día… Nos tomamos una cerveza con Rebeca, en el portal, y esta se acercó demasiado a Armando. Él no se separó.

—Te pusiste celosa.

—Supongo. No sé si fueron celos.

—Es normal —apuntó Zoa.

—En ella no —siguió Paula.

—No hay nada entre nosotros. Nada serio… digo. Y… No sé hasta qué punto se planteará acostarse con otras. O si… Si lo hace.

—Bah, ¿y qué importa? —Paula se encogió de hombros.

—A mí me importa. No comparto fluidos con otras.

—A mí también me importaría. Pienso lo mismo —me apoyó Zoa.

—Sois dos mojigatas.

—Y tú demasiado lista para llevar casada más de quince años —Zoa le apuntó con el dedo.

—Llevo veintiuno —esclareció la otra.

—Tía, que vieja eres.

—Vieja tu puta madre. —Rieron.

Cruzamos las puertas, por fin. La discoteca estaba llena, pero no agobiante. Menos mal, odio las aglomeraciones. La gente se movía, otras se hacían fotos y vídeos.

El postureo, pensé.

—Esto es solo para VIP —un miembro del staff nos cortó el paso.

—Somos VIP, ¿no nos ves? —Se envalentonó Paula.

—No veo las pulseras, señora —indicó el hombre de hombros anchos.

—¡Oh, me ha llamado señora! —Se sintió ofendida, harta de que se dirigieran a ella así—. ¡Solo tengo treinta y seis años! —mintió.

—Perdona, venimos al cumpleaños de Armando. —El de seguridad se detuvo un segundo en mí—. Armando López —especifiqué, aunque no creía que hubiera muchos Armando por la zona.

Sin decir ni una palabra, movió el cordón de seguridad, hizo un gesto con la cabeza y lo cruzamos.

Lo vi enseguida. Apoyado en una barra alta, rodeado de gente, riéndose de algo que alguien acababa de decir. Camisa blanca, vaqueros, ese punto arreglado sin esfuerzo que parece que no ha pensado, pero sí.

Y, como si lo notara, levantó la vista. Me vio. Y sonrió.

—Vale. —Paula me agarró del brazo—. Ha ganado puntos. Ya entiendo todo.

—¿Todo qué?

—Todo.

—No empieces.

—No empiezo, constato.

Zoa me miró de reojo.

—Te gusta mucho.

—Sí —respondí, sin rodeos.

—Pues disfruta.

Avanzamos entre la gente. Él ya se estaba acercando.

—Hola —dijo, primero a mí.

—Hola.

Nos dimos dos besos, pero no dos besos cualquiera. Los sentí, así como sentí su mano en mi cintura. Luego se giró hacia ellas.

—Zoa, ¿no?

—Sí. Encantada.

—Hola, Paula.

—Hola, problema.

—Intento serlo.

—Lo estás consiguiendo.

Le hice una señal para que cerrara el pico. Armando se giró y casi me pilla. Sonreí de manera forzada e hice otra señal a mi amiga: la de "te voy a cortar el cuello".

Nos sentamos en una mesa alta, con copas ya preparadas. La conversación empezó fácil, ligera, con bromas, con anécdotas, con la naturalidad que Armando tiene para integrar a todo el mundo sin esfuerzo.

David llegó y me echó el brazo por el hombro de repente. Tras presentarle y saludar a mis amigas, que reían y hablaban con él.

—Tus amigas son como tú. Guapas y simpáticas —me gritó al oído.

—Elijo bien mis amistades —bromeé.

—Eh, tío —se dirigió a Armando, frente a nosotros—. Manuela ha preguntado por ti. Vamos a saludarla. —Me soltó y empujó a su

amigo, que lo siguió después de mirarme un momento.

—Le gustas —apuntó Zoa.

—A Armando le gustan todas. Se lio con Rebeca, después contigo, antes con las que no sabemos y ahora… —Paula señaló hasta donde estaba, saludando a la que suponíamos era Cintia y a otra chica, las dos bastante jóvenes, no sobrepasaban los veinticinco años—. Ahora va a comerse a Manuela. Quizá también a su amiga.

—Pau, qué bestia eres —le reprendió Zoa.

—Soy sincera. —Me clavó las pupilas—. No seas idiota, Estela. Ese chico se acaba de separar. Hoy ha cumplido treinta. Eso en un hombre es como cumplir veinte. Tú tienes cuarenta y cinco. Vamos a mirar con perspectiva el asunto.

—Vaya… Y eso que ya te has tomado dos copas —solté, sorprendida y… dolida. Sí, esto último también, porque cuánta razón llevaba—. Sigues demasiado despierta.

—Es que somos las adultas. O valoramos los riesgos o terminas mal. Nosotras maduramos hace tiempo.

—Tú no hace mucho —indiqué.

—Tú tampoco. Pero eso es lo mejor. Madurar solo para lo importante. Para lo demás… niñas con Master Card.

Nos hizo reír.

—Voy a por unas copas. Armando te va a hacer daño, así que vamos a conseguir que le salga caro. —Se perdió entre un grupo de gente.

—Eh, ¿estás bien? Paula puede ser…

—No tiene filtro —reímos—. Pero lleva razón.

—En parte sí, no se la voy a quitar del todo. Pero no conocemos a Armando. Démosle una oportunidad.

—Por eso estoy aquí. —Me puse seria.

—Oye, deja de juzgarte todo el rato.

—¿Eso hago?

—Eso haces siempre. No puedes tomar siempre la mejor decisión. Porque no sabes si lo es o no.

—Hasta que estoy con el agua hasta el cuello. —Reímos de nuevo —. Estoy harta… —Di un trago al gin-tonic—. Harta de… equivocarme.

—No te equivocas. Testeas.

Solté una carcajada.

—Buena forma de decir que tengo mal ojo para los hombres.

—Oye, ¿ves? Te castigas. No tienes mal ojo, te cierras en banda en cuanto ves algo que no te gusta. Y eso es bueno. Te cuidas.

—Sé que no estoy buscando, que no necesito a nadie, para nada…

—Lo has demostrado —levantó la copa.

—Pero… a veces lo echo de menos. Alguien que me acompañe. Un compañero. Sí, eso. Tener a alguien con quien contar, que cuente conmigo. Que se preocupe por mí. Sé cuidarme sola, sin embargo…

—Te entiendo. ¿A quién no le gusta que le cuiden?

—Y ese no es Armando —negué.

—¿Por qué?

—Por… muchas cosas. Porque no quiere nada serio, se acaba de separar, lo último que desea es eso mismo. Él acaba de tenerlo, para él sería una vuelta a lo mismo, a eso que quiso dejar atrás. Y, vamos a ser claras, tiene treinta años recién cumplidos. Querrá hijos, yo no voy a tener más.

—Estarías muy loca si los tuvieras.

—No podría aunque quisiera.

—Sí podrías, pero ese no es el tema. No te metas ahí. Ya saliste de eso, criaste a un bebé, los últimos años lo has criado sola.

—No digas eso.

—Es verdad. Ser padre no es ver a tu hijo una vez al mes y pasarle manutención, una muy pequeña, por cierto.

—La acordamos así.

—Porque tú eres muy buena con todos, con él más.

—La cuestión es que… acabamos de conocernos. Solo nos hemos acostado una vez y ya me hago todas estas preguntas.

—Porque vienes de vuelta, Estela. Es normal que lo sopeses todo antes de que ocurra. No estamos para perder el tiempo.

—Zoa, tú eres mucho más joven que yo. No hables en plural.

—Pero también he pasado lo mío. Si algo no me cuadra, me alejo.

—Estoy harta de alejarme. No me da miedo.

—Y eso está bien. Si no se arriesga, no se vive. Pero que tengas madurez para recuperarte con una habilidad pasmosa no es razón suficiente para dejar que te hagan daño una y otra vez.

—¿Podemos…? ¿Podemos dejar de hablar de esto?

—Claro.

Paula apareció de nuevo con tres copas, una para cada una, se sentó en el taburete y sentenció:

—Vale, tengo otra cosa que decir.

—¿Por qué no bailamos? —Me levanté, pero me senté de golpe de nuevo.

—Después —cortó mi amiga—. Desde lejos… Me he dado cuenta de algo… —Se dirigió a Zoa—. David te mira mucho.

—¿A mí?

—Sí, a ti.

—No me interesa.

—Esta niña es tonta. Te lo tiras y disfrutas. Por la mañana te vas. O lo mandas a su casa. Depende de dónde folléis.

—Podemos follar en el coche.

—Uh… No te lo aconsejo. Es pequeño.

—Y no tengo. —Nos reímos.

Armando llegó de nuevo.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí… Aquí hablando de… cosas… —solté, bastante beoda ya.

—Las copas son de una calidad dudosa —opinó Paula—. Y… las invitadas también.

El cumpleañero no se lo tomó a mal.

—Las reclamaciones a David. Él ha elegido el sitio.

—Zoa, ve y se lo dices. —Paula guiñó un ojo a nuestra amiga.

—No va a escucharme con la música.

—Le comes la oreja. —Rio de su propia broma.

—Vamos al baño. —Se incorporó Zoa, y tiró de Paula.

—No me estoy meando —se quejó.

—Me acompañas. No quiero ir sola.

—Pufff —bufó la otra, pero fue con ella.

—Tus amigas son la hostia.

—Más o menos.

—¿Me acompañas? Tengo que…

—También necesitas que te acompañe al baño. —Negó con una sonrisa—. Mejor. Porque no pesaba ayudarte a…

—¿A qué? —Alzó una ceja.

—A sacártela. —Nos reímos a carcajadas.

Me dio la mano sin decir nada más y me llevó con él. Atravesamos la sala juntos, yo detrás de él, pegada a su espalda.

31

UN MOMENTO PARA NOSOTROS

Estela

Salimos de la discoteca sin avisar a nadie. Cruzamos la pista esquivando gente, luces y música demasiado alta para pensar con claridad. Manuela le lanzó una mirada rápida cuando pasamos por su lado. David levantó las cejas, con esa media sonrisa de "pasadlo bien". No nos detuvimos.

Fuera, el contraste me sorprendió. Pasas de un lugar donde todo vibra a otro donde solo se escucha el ruido lejano de la ciudad, algún coche pasando, una risa que se escapa desde dentro. El frío nos golpeó de frente, seco, limpio, como si quisiera despejarnos.

—Joder —murmuré, cruzándome de brazos.

—¿Tienes frío? —preguntó él.

—Un poco.

Se quitó la chaqueta de cuero que se había puesto en algún momento sin pensarlo y me la puso sobre los hombros. Ese gesto sencillo, casi automático, que no pretende nada y lo consigue todo.

—Gracias.

—De nada.

Una terraza pequeña, de esas pensadas para fumar y olvidarse un rato del bullicio. Apenas había gente. Un par de mesas ocupadas, una pareja hablando en voz baja y un grupo al fondo que no nos prestó atención.

Nos apoyamos en la barandilla. Sin prisa. Sin necesidad de decir nada. Rodeados de un silencio bonito y tranquilo.

Le miré de reojo. Tenía las manos metidas en los bolsillos, la mirada perdida en algún punto de la calle, más tranquilo, más contenido que dentro. Había algo en él, en ese momento, que me gustaba más que el resto. Algo menos brillante, menos evidente.

Más real.

—Gracias por venir —dijo al cabo de unos segundos, sin mirarme todavía.

—Gracias por invitarme.

—No estaba seguro de que fueras a venir.

—Yo sí.

Giró la cabeza hacia mí.

—¿Sí?

—Te lo había prometido.

—¿Siempre cumples tus promesas?

—Lo intento.

Sonrió, pero no respondió. Se quedó mirándome un segundo más de lo normal, como si quisiera decir algo y no terminara de hacerlo.

Metí la mano en mi bolso, o traté de hacerlo, porque el cierre metálico se encasquilló, tiré de él y lancé la cartera al suelo.

—¿Qué haces? —Lo miró con una sonrisa.

—Liarla… Parece. —Ambos nos agachamos a recogerla. Él la alcanzó y me la devolvió.

—Gracias. Soy un desastre a veces.

—Eres perfecta.

—Oh, lo dices porque no me conoces. —Ahora sí, saqué lo que buscaba—. Toma.

—¿Qué es?

—Un regalo.

Frunció el ceño, sorprendido.

—¿Un regalo? No tenías por qué…

—Es tu cumpleaños. En los cumples se hacen regalos.

—Ya, pero…

—Quería hacerlo. —Le tendí una pequeña caja, sencilla, envuelta en papel oscuro. Nada espectacular. Nada que llamara demasiado la atención.

La cogió con cuidado.

—¿Lo abro?

—No, hombre. Déjalo para el año que viene —ironicé.

La abrió despacio, sin prisa, rompiendo el papel con cuidado, sin estropearlo. Dentro había un llavero de cuero, sencillo, con una pequeña placa metálica grabada.

No tenía nada especial. Salvo una frase: No te guardes la vida.

—Significa… —Fui a explicarlo.

—Sé lo que significa. Es… muy bonito. —Lo miró. Luego me miró a mí.

—Es una tontería. Pero me recordó a ti.

—No es una tontería.

Le dio la vuelta, volvió a mirarlo, pasó el dedo por las palabras grabadas.

—Es muy… tú. A mí me recuerda a ti.

—Bueno, entonces parece que he acertado.

—¿Quieres que te recuerde?

—¿Piensas olvidarme?

—No te vayas y no tendré que hacerlo.

—No voy a irme a ningún sitio.

—Ya veremos… —No entendí esto hasta mucho después, que tuve que hacerlo a la fuerza— ¿Crees que no vivo lo suficiente?

—No me refiero a eso. Pero no te olvides de disfrutarla. Con vivir no es suficiente.

Se le escapó una sonrisa.

—A veces se me olvida todo.

Le sostuve la mirada un segundo más, más serio ahora.

—Pues para eso es.

Cerró la caja despacio, pero no la guardó. Se quedó con el llavero en la mano, dándole vueltas.

—Gracias —musitó.

Se acercó un poco más. Sin prisa. Sin brusquedad. Y en ese momento ya no hacía frío.

Apoyó una mano en mi cara, y sentí un escalofrío. Yo no me aparté. Al contrario.

Sus labios rozaron los míos con calidez. Lo sentí todo y en todo el cuerpo. Fue un beso lento, tranquilo, sin urgencia, de esos que empiezan despacio y se quedan ahí, creciendo sin necesidad de empujarlos. Noté su respiración cerca, su mano deslizándose hasta mi cuello, el calor que se colaba a pesar del frío. Y durante ese instante, todo lo demás dejó de importar.

No pensé en Zoa. Ni en Paula. Ni en Rebeca. Ni en la diferencia de edad. Ni en que se acababa de separar y había dejado claro que no quería nada serio. Ni en lo que sabía que vendría después. Solo en él, en mí y en ese beso, que guardaría en uno de mis bolsillos para siempre. Porque yo soy así, de quedarme con lo bueno y desechar lo malo. Por eso olvidé y casi ni me acordé en ningún momento de que aquello, de que Armando, era muy peligroso. Como caminar por el filo de un precipicio, entrar en una casa ardiendo o tirarte en paracaídas sin haber comprobado el equipo antes o, peor, sin tener experiencia.

Cuando nos separamos, no lo hicimos del todo. Nos quedamos cerca, con la frente casi apoyada, compartiendo el mismo aire.

—Estela…

—No digas nada. —Sujeté con más fuerza su camisa.

—Esto es…

—Perfecto.

—No lo es, pero lo hace más interesante.

—Preferiría que fuera seguro.

—Nada lo es. —Me besó otra vez, esta vez con más fuerza pero no con menos ganas, porque las había, muchas, todas—. No me suelen regalar cosas así.

—Pues vas a tener que acostumbrarte.

—No debería acostumbrarme… —Ahí estaba, otro detalle, que, por supuesto, pasé por alto.

—No te acostumbres del todo. Se me suelen olvidar las cosas… —rectifiqué con sorna.

—Espero no estar entre alguna de ellas.

Se hizo un silencio breve.

Y ahí, apoyada en esa barandilla, con su chaqueta sobre los hombros y su mano todavía cerca, entendí algo que no me gustó nada. Que aquello ya no era ligero. Y que, aun sabiéndolo… no quería que lo fuera.

—Armando… Necesito decirte algo…

—Lo que sea. —Nos mirábamos, ahora a un palmo de distancia, sin soltarnos del todo.

—No sé cómo empezar, o terminar… No sé si debería…

—No te lo guardes.

—El otro día…

—¿Cuándo?

—En la escalera. Con las cervezas.

—Ah, sí…

—Sé que no tenemos nada. Pero… no me gustó la situación. Que Rebeca fuera tan directa contigo y tú… Tú no te alejaras en absoluto. —Arrugó el ceño—. No me digas que no te diste cuenta.

—No me di cuenta.

—¿En serio? —suspiré—. Hombres…

—¿Qué te molestó en concreto?

—Eso. Te has acostado con ella y está claro que ella quiere seguir haciéndolo. Tonteó y tú… Bah, olvídalo. —Me escuché a mí misma y me sentí ridícula.

—No, no. No quiero olvidarlo. Me importa lo que puedas pensar.

—No pienso nada, en realidad. Solo… Me sentí fuera de lugar, violenta… No sé. No somos pareja, pero… No tengo por qué aguantar según que cosas. No tengo por qué aguantar nada que no me guste —lo solté todo—. Y eso no me gustó.

—Lo entiendo y… lo siento. Soy un poco necio. Siento haber hecho que te sintieras mal.

—Fue raro… Yo…

—¿Se lo decimos?

—¿Qué?

—Que quedamos, que hablamos, que nos estamos viendo.

—¿A quién?

—A Rebeca.

—Nooooo —me negué en rotundo.

—¿Por qué no?

—Porque… No tengo por qué darle explicaciones de mi vida privada y porque… Le montaría un circo a mi madre. Le falta educación y le sobra mala hostia.

—¿Así es?

—¿No la conoces? Te has acostado con ella.

—Conmigo es agradable y simpática.

—Porque te acostabas con ella —repetí, y no sé por qué, pero reímos—. Vale, no volveré a decirlo. Por mi bien.

—¿Te molesta?

—Me da igual tu vida antes de conocerte, pero… Prefiero no imaginarte con ella.

—Me parece comprensible. Pero no fue…

—No quiero saberlo. —Levanté una mano.

No insistió. Y eso, curiosamente, me gustó más que cualquier explicación.

—Vale —cedió—. Pero sí quiero decirte algo. No estoy con ella. Ni quiero estarlo.

Había algo ahí que no era solo una frase bonita. Algo más firme. Más… decidido.

—Eso es problema tuyo —respondí, bajando la voz—. No mío.

—Empieza a ser un poco tuyo.

Se me aceleró el pulso. Otra vez.

—No te vengas arriba.

—No me vengo arriba. —Se acercó apenas un centímetro más—. Solo estoy siendo claro.

Tragué saliva. Porque lo estaba siendo. Y porque yo también sabía exactamente qué estaba pasando, aunque no quisiera ponerle nombre.

—Pues sé claro sin liarme —intenté bromear, pero no sonó tan ligero como pretendía.

—Contigo es complicado no hacerlo.

—Eso es culpa tuya.

—Lo sé.

Miré hacia la calle, buscando aire, distancia, algo a lo que agarrarme que no fuera él. Pero lo tenía demasiado cerca. Y demasiado presente.

—No quiero líos raros, Armando.

—Yo tampoco.

—Entonces vamos bien.

—No lo sé.

Volví a mirarlo.

—¿Cómo que no lo sabes?

Se pasó la mano por la nuca, por primera vez menos seguro, menos brillante. Más humano.

—Porque contigo… no es tan sencillo como decir "vamos bien" y ya.

Ahí estaba.

Ese pequeño fallo en la superficie perfecta.

—Pues simplifícalo —repliqué, aunque no estaba tan convencida como sonaba—. A veces las cosas son simples.

—Y a veces no.

—No empieces.

—No empiezo nada —sonrió, pero más suave—. Solo te aviso.

—¿De qué?

—De que no voy a fingir que esto es ligero si no lo es.

Me quedé callada.

Porque eso… no entraba en el plan.

Porque lo ligero era justo lo único que me había permitido bajar la guardia.

—Pues entonces igual deberíamos frenarlo —solté, más rápido de lo que pensé.

No se apartó.

No cambió el gesto.

Pero algo en su mirada… se tensó.

—¿Quieres frenarlo?

La pregunta se quedó entre nosotros, suspendida.

Podía haber dicho que sí.

Debería haber dicho que sí.

—No —respondí.

Y en ese momento supe que ya era tarde.

Sonrió. No con esa seguridad de antes. Con algo más contenido. Más consciente.

—Entonces no lo frenemos.

—Pero tampoco lo compliquemos.

—Nada de complicaciones.

Volvió a besarme.

Esta vez no fue lento.

Fue más directo. Más decidido. Como si acabáramos de cruzar una línea invisible que ninguno de los dos iba a reconocer en voz alta.

Cuando nos separamos, apoyé la frente en su pecho un segundo, respirando.

—Esto es mala idea.

—Seguramente.

—Y aun así…

—Sí.

Sonreí, negando con la cabeza, más para mí que para él.

—Soy idiota.

—No —susurró cerca de mi oído—. Eres valiente.

Solté una risa baja.

—Eso suena mucho mejor.

—Es que lo es.

Me aparté despacio, devolviéndole la chaqueta sin dejar de mirarlo.

—Vamos dentro antes de que alguien salga y nos vea.

—¿Te preocupa?

—No.

—Entonces…

—Me preocupa que empiecen a hablar. Y ya sabes cómo funciona esto.

—Lo sé.

—Y no quiero ser el tema de conversación del portal mañana.

—Aquí no hay nadie del portal.

—He visto a amigos de Rebeca hace un rato.

—Vale, pero… Spoiler: ya lo eres.

—Genial. Fantástico. Justo lo que me faltaba.

—Bienvenida al edificio —bromeó.

Negué con la cabeza, pero sonreí.

Entramos otra vez en la discoteca, de vuelta al ruido, a la gente, a la luz artificial que lo distorsiona todo. Pero algo había cambiado… En mí.

Porque mientras volvía a cruzar la pista, esquivando cuerpos y risas, con su mano agarrada a la mía me volví a sentir bien, cómoda,

en casa, en… mí. Y supe que Armando iba a terminar rompiéndome en mil. Pero no la solté, la agarré más, porque yo… Yo soy así. Me gusta vivir.

32

O SE PARTE LA CRISMA O SE HACE VIRAL

Estela

Volvimos al reservado como quien regresa de un sueño del que no quiere despertar. Pero despertamos, y bien que lo hicimos.

—No puede ser —murmuré, clavando los talones.

—Sí puede, y está pasando en directo —dijo Armando, ya con esa sonrisa de "esto va a ser bueno".

Paula había conquistado una plataforma elevada y bailaba con un gogó. Tacones peligrosamente inestables, copa en alto, melena volando y una expresión de "soy la reina de este antro y vosotros mis súbditos".

—¡Mirad quién ha vuelto! —gritó al vernos, señalándonos como si fuéramos las estrellas del show—. ¡Estáis perdiendo el mejor espectáculo de la noche, cabrones!

El gogó, un monumento con más músculos que neuronas activas, la sujetaba por la cintura. Paula intentaba copiar sus movimientos con una coordinación que solo se puede describir como "creativa y potencialmente mortal".

—Se va a partir la crisma —aseguré.

—O se va a hacer viral —respondió Armando—. Honestamente, no sé qué me da más miedo.

No me dio tiempo a votar, porque en ese preciso instante Zoa apareció pegada a David como siameses con lengua. Se besaban con esa intensidad de "mañana me arrepentiré, pero hoy me importa una mierda".

—Vale… —suspiré, y me crucé de brazos—. Esto tampoco estaba en el guion.

—Yo lo veía venir —murmuró Armando sin apartar la vista—. David tiene ese superpoder.

—¿Cuál? ¿El de derretir bragas a distancia?

—El de ser invencible.

Zoa soltó una carcajada dentro del beso, pero ni se molestó en separarse. David tampoco.

Mientras tanto, Paula seguía en su olimpo particular.

—¡Esto es lo mejor que me ha pasado en la vida! —gritaba—. ¡Me quedo a vivir aquí! ¡Adopto al gogó!

—No, no te quedas. —Me acerqué a la plataforma—. Bájate ahora mismo antes de que te declares en quiebra por traumatizar a este pobre chico.

—No quiero.

—Paula.

—No quiero, soy feliz.

—Paula.

—Joder, qué pesada eres cuando te pones maternal… Vale, pero solo porque eres tú y porque te quiero.

Se dejó caer más que bajar. Armando la atrapó al vuelo como un caballero de discoteca.

—Gracias, mi héroe —indicó ella con solemnidad ebria, poniéndole una mano en el pecho—. Eres un buen hombre.

—Intento serlo —aguantó la risa.

—No lo consigas demasiado. Me gustan los malos.

—Lo tendré en cuenta.

Reunir a Zoa fue otra odisea. Tuve que literalmente despegarla de David.

—¿Nos vamos? —pregunté.

—¿Adónde? —respondió ella, con los ojos brillantes y la boca hinchada.

—A casa.

—¿Qué casa?

—La tuya, Zoa. Donde vives. Con tu cama y tus plantas medio muertas.

—Ah… —parpadeó—. ¿Vienes? —le preguntó a David sin soltarle la mano.

—Obvio que voy —contestó él, sonriendo como quien acaba de ganar la lotería—. Esto no me lo pierdo ni loco.

—Genial —murmuré yo—. Un trío de amigas y un plus one. Perfecto.

La salida fue un circo con ruedas.

Paula quería volver a entrar "solo un ratito", Zoa se paraba cada tres pasos para comerse a David como el último croissant de la vida, y yo intentaba mantener la dignidad mientras Armando hacía de soporte logístico principal sin perder la sonrisa.

—¿Siempre son así? —preguntó él, sujetando a Paula por la cintura mientras ella le explicaba con total seriedad por qué los flamingos son aves incomprendidas.

—No —contesté—. A veces peor. Esto es la versión light.

—Joder, me siento privilegiado.

—Deberías. Te estoy enseñando el show completo. Sin filtros.

—Qué honor. Creo que ya estoy enamorado de todas.

—De mí no, que yo estoy sobria y peligrosa.

Él soltó una risa baja que me hizo cosquillas en el estómago.

Meterlas en el coche fue otro nivel de dificultad.

—Yo voy delante —anunció Paula, tambaleándose hacia la puerta del copiloto.

—No, tú vas detrás —dije.

—¿Por qué?

—Porque el universo lo pide.

—No es un argumento válido.

—Paula, por favor.

—Vale, vale… pero solo porque me duele el pie derecho.

—Estupendo.

Se dejó caer en el asiento trasero con la gracia de un saco de patatas. Zoa entró detrás, arrastrando a David como si fuera su mascota oficial.

—Esto promete —susurró Armando rodeando el coche.

Me senté a su lado, cerré la puerta y solté todo el aire.

—Gracias. De verdad.

—Todavía no hemos llegado a casa. Ahorra las gracias para cuando sobrevivas al viaje.

—Aceptado.

Arrancó.

Los primeros minutos fueron casi pacíficos.

Demasiado.

—Voy a vomitar —anunció Paula de repente.

—¡Baja la ventana! —grité.

—No encuentro el puto botón… ¿dónde está?

—Ese, Paula, ¡ese!

Demasiado tarde.

Armando frenó con suavidad mientras medio cuerpo de Paula salía por la ventana como una versión muy poco glamurosa de una princesa Disney.

—Experiencia completa —comentó él, muerto de risa—. Ya puedo tachar "asistencia a vomitona nocturna" de mi lista.

—Lo siento… —gimió Paula, limpiándose con dignidad cero.

—No pasa nada. Bienvenida al club.

—Eres demasiado bueno para este mundo.

—No tanto. Solo tengo estómago fuerte.

Detrás, Zoa y David seguían en su propia película romántica y pornográfica.

—Creo que se gustan —declaré, mirando por el retrovisor.

—Qué observadora. Deberías dedicarte a la investigación científica.

—Podríamos hacer un estudio.

—Creo que ya están en la fase de experimentación intensiva.

Se me escapó una carcajada sincera.

—Esto es un desastre absoluto.

—Es lo mejor que me ha pasado en semanas —respondió Armando, mirándome de reojo con esa media sonrisa peligrosa—. Para mí también es divertido.

—Para ti. Yo estoy haciendo de mamá gallina.

—Una mamá gallina muy sexy, eso sí.

—Oh, deja de hacer el gilipollas.

—No quiero.

Me miró un segundo más de lo necesario, y sonreí.

Y en medio de todo ese circo: Paula medio dormida babeando contra la ventana, Zoa riéndose sin motivo, besos de fondo y olor a noche y alcohol sentí… que estaba bien. Que por primera vez en mucho tiempo no calculaba, no medía, no me protegía.

Solo estaba.

Apoyé la mano en la consola central sin darme cuenta. Él posó la suya sobre la mía y… suspiré.

33

TODOS LOS MOMENTOS SUMABAN

Estela

El coche se quedó en un silencio extraño cuando dejamos a David en su portal, junto a Zoa, claro. Esta se despidió entre risas ahogadas y un beso que no quería terminar nunca, mientras Paula ya roncaba suavemente en el asiento trasero como un osito borracho. La subimos a su casa entre tropiezos y susurros, y de repente, sin fanfarria ni testigos, solo quedábamos nosotros dos.

Armando al volante. Yo a su lado. La ciudad había bajado el volumen.

—Me gustaría que esta noche no terminara nunca —dijo él, con la mirada fija en la carretera, voz baja y sincera.

No sonó dramático. Sonó real. Como si lo hubiera pensado demasiado y al final se le hubiera escapado.

Sonreí, sintiendo un cosquilleo cálido en el pecho.

—No tiene por qué terminar.

Giró la cabeza un segundo, lo justo para clavarme esos ojos oscuros que ya empezaban a desarmarme.

—¿No?

—No.

—Podríamos… —empezó.

—Sí —lo corté, sonriendo—. Podríamos.

—¿Lo que yo quiera?

—Es tu cumpleaños.

Él soltó una risa baja, casi aliviada, y siguió conduciendo con una sonrisa que no se le borraba de la cara.

Llegamos al barrio entre carcajadas, rebobinando toda la locura del trayecto. Cada vez que recordábamos algo, explotábamos otra vez.

—Cuando Paula sacó medio cuerpo por la ventana… —empezó él.

—No me lo recuerdes —me tapé la cara, muerta de risa—. Creí que iba a ver mi vida pasar delante de mis ojos.

—Yo vi el coche. Y mi futuro limpiando vómito.

—Fue asqueroso.

—Fue épico.

—No.

—Sí —insistió, y me dio un codazo suave—. Admítelo, fue el momento cumbre de la noche—. Rectifico, han sido nuestros besos.

—Cállate —le golpeé el brazo, riendo.

—Cállate tú —bajó la voz de repente, mirando hacia los edificios oscuros—. Que nos van a oír.

Nos quedamos quietos un segundo, conteniendo la respiración como dos adolescentes. Solo se escuchaba el zumbido lejano de algún coche. Nos miramos… y estallamos en una risa contenida, de esas que duelen en el estómago y que cuanto más intentas parar, más fuertes se hacen.

—Sube —susurró él, todavía riendo.

—Sube tú.

—No hagas ruido.

—No hagas tú.

La puerta del portal se cerró con un ¡bum! que retumbó como un cañonazo.

—Genial —murmuré, tapándome la boca—. Ya nos han escuchado todos los vecinos.

—Tranquila —dijo él, acercándose por detrás hasta que su pecho rozó mi espalda—. Seguro que no.

—Claro. Porque en este edificio todo el mundo duerme como angelitos.

—Confía en mí.

—No confío en ti ni un pelo.

Sonrió contra mi oído. Ese gesto tan simple hizo que se me acelerara el pulso. Se acercó más. Demasiado. Y el primer beso llegó ahí mismo, en mitad del portal oscuro, impulsivo y urgente. No se quedó en rápido. Se alargó. Se hizo más profundo. Más hambriento.

—Sube —susurré contra sus labios, sin separarme ni un centímetro.

—Sube tú.

—El ascensor…

—Está roto.

—Estupendo.

—Estupendo —repitió él, y me mordió suavemente el labio inferior.

Las escaleras fueron un desastre delicioso desde el primer escalón.

No subimos. Nos detuvimos. Nos besamos. Nos reímos. Volvimos a besarnos.

En el primer tramo me empujó contra la pared con cuidado, sus manos en mi cintura. En el descansillo yo tiré de su camiseta, buscando piel. Cada dos escalones había una excusa nueva: una mirada, una mano que se deslizaba demasiado abajo, una risa que intentábamos ahogar y que resonaba aún más fuerte.

—Shhh —susurré, apartándome un segundo—. Susana y Raquel viven aquí. Y Susana no duerme nunca.

—Pues que disfrute del espectáculo —respondió él, sonriendo como un diablo.

—Eres idiota.

—Un poco. Pero te gusto igual.

—Demasiado.

Pasamos por la puerta de Rebeca y nos quedamos congelados, conteniendo hasta la respiración.

—Ni se te ocurra —le advertí en voz bajísima.

—No iba a hacer nada…

—Ni lo pienses.

—No lo pienso —mintió descaradamente.

Nos miramos. Dos segundos. Y volvimos a besarnos con más ganas, como si el riesgo nos encendiera todavía más.

—Somos lo peor —murmuré contra su boca.

—Lo mejor —corrigió él, deslizando una mano por mi espalda—. Definitivamente lo mejor.

Llegar a la planta de mis padres fue casi peligroso. Ahí ya no había margen de error.

—No —señalé la puerta con pánico divertido—. Aquí no.

—Aquí tampoco —coincidió, tirando de mí hacia arriba.

—Sigue.

—Sigo.

La puerta de su casa se abrió con más ruido del que debería. Entramos tropezando, riendo, cerrando de un empujón. Y de repente todo cambió. El silencio cayó como una cortina. Solo se escuchaban nuestras respiraciones agitadas.

Nos miramos. Un segundo. Dos.

Y ya no hubo más palabras.

Me empujó suavemente contra la pared del pasillo. Yo tiré de su camiseta con urgencia. Él de la mía. Nos dimos un golpe tonto en la frente y estallamos en risas otra vez, pero esta vez cortas, nerviosas, cargadas de deseo.

—Ay.

—Perdón —susurró, sin dejar de besarme.

La ropa fue desapareciendo sin orden ni piedad. Cayó donde pudo. Tropezamos camino al sofá, luego hacia la cama. Nos sujetábamos, nos reíamos, nos besábamos con más fuerza. Cada roce era electricidad. Cada risa, una conexión más profunda.

Cuando caímos sobre la cama, las risas se fueron apagando poco a poco. Quedó solo el calor de los cuerpos, las manos que ya no dudaban, las respiraciones entrecortadas y miradas que decían mucho más que cualquier palabra.

Y en medio de todo ese fuego, mientras dejaba de pensar y me entregaba completamente a sentir, entendí algo que ya no podía ignorar.

Aquello no era solo otra noche más.

Ni para él. Ni para mí.

Yo ya no estaba jugando. Y, por la forma en que me miraba, supe que él tampoco.

34

UN PASO, OTRO MÁS

Estela

La risa se nos murió en la garganta. Solo quedó el sonido de nuestras respiraciones, entrecortadas, ansiosas. Nos miramos en la penumbra del pasillo de su casa y ya no hubo más palabras tontas, ni bromas, ni "shhh". Solo él y yo.

Armando dio un paso. Yo di otro. Y de repente sus manos estaban en mi cintura, empujándome con una firmeza urgente. Mi espalda chocó contra la pared del pasillo y su boca bajó sobre la mía como si llevara horas conteniéndose. El beso ya no era juguetón. Era profundo, lento al principio, luego más hambriento. Su lengua rozó la mía y sentí un escalofrío que me bajó por la columna hasta los dedos de los pies.

—Joder… —susurró contra mis labios, apenas audible.

Mis manos se colaron bajo su camiseta, tirando de ella hacia arriba. La tela se deslizó por su piel caliente y yo la seguí con las palmas, sintiendo cada músculo tenso, cada respiración acelerada. Él hizo lo mismo conmigo. Mis dedos temblaron un poco al desabrocharle el cinturón; los suyos fueron más seguros al bajar la cremallera de mi falda. La ropa cayó al suelo sin ruido, ya sobraba.

Nos besamos mientras caminábamos torpemente hacia la habitación. Tropezamos con el borde de la cama y caímos juntos, riéndonos solo un segundo antes de que el deseo volviera a tragarse todo. Yo quedé encima. Él me miró desde abajo con los ojos oscuros, brillantes, y algo en esa mirada me hizo sentir poderosa y vulnerable al mismo tiempo.

Me incliné y lo besé otra vez, más despacio, saboreándolo. Sus manos subieron por mis muslos, abriéndome las piernas con delicadeza hasta que quedé a horcajadas sobre él. Sentí su calor, su dureza presionando justo donde más lo necesitaba. Un gemido se

me escapó cuando me moví despacio, frotándome contra él, sintiendo cómo se endurecía más.

—Así… —murmuró, con la voz ronca—. Me vuelve loco cuando haces eso.

No dije nada. Solo me moví otra vez, más lento, más provocadora. Sus dedos se clavaron en mis caderas, guiándome, pero sin forzar. Me incorporé un poco y él se incorporó conmigo, sentándose en la cama. Nuestros pechos se rozaron. Sus labios bajaron por mi cuello, mordiendo suavemente, lamiendo la piel sensible justo debajo de la oreja. Yo eché la cabeza hacia atrás y él aprovechó para deslizar una mano entre nosotros, tocándome con los dedos exactos, precisos, como si ya supiera exactamente cómo me gustaba.

—Dios… sí —susurré, casi sin voz.

Él sonrió contra mi cuello y siguió, más despacio, más profundo, hasta que mis caderas empezaron a moverse solas contra su mano. El placer subía en oleadas calientes, casi insoportables. Cuando ya no pude más, lo empujé suavemente hacia atrás hasta que volvió a tumbarse. Me quité lo poco que quedaba de ropa interior y él hizo lo mismo. Ninguno de los dos apartó la mirada.

Me coloqué encima otra vez. Muy despacio. Muy consciente. Lo sentí entrar en mí centímetro a centímetro, llenándome, estirándome. Los dos soltamos un gemido al mismo tiempo. Me quedé quieta un segundo, solo sintiéndolo dentro, latiendo, caliente. Luego empecé a moverme. Arriba y abajo, en círculos lentos, buscando el ángulo perfecto. Sus manos subían y bajaban por mi espalda, por mis costados, apretándome los pechos con reverencia, rozando los pezones con los pulgares hasta que se me escapó un jadeo más alto.

—Más rápido… —pidió él en voz baja, casi suplicante.

Aceleré. El ritmo se volvió más intenso, más profundo. El sonido de nuestra piel chocando llenaba la habitación, mezclado con respiraciones entrecortadas y gemidos que ya no intentábamos contener. Él se incorporó de nuevo, abrazándome fuerte contra su pecho mientras yo seguía moviéndome encima de él. Nuestras bocas se encontraron en un beso desordenado, húmedo, desesperado.

De repente me giró. Quedé debajo. Sus ojos se clavaron en los míos mientras entraba otra vez, de un solo movimiento lento y profundo que me arrancó un gemido largo. Empezó a moverse con fuerza contenida, cada embestida precisa, cada roce exacto. Una mano bajó entre nosotros y me tocó justo donde más lo necesitaba, sin dejar de follarme.

—Sí… así… fóllame —susurré contra su oído, casi sin aliento.

Él gruñó y aumentó el ritmo. Más fuerte. Más profundo. Mis uñas se clavaron en su espalda. Mis piernas se enredaron en su cintura, atrayéndolo más. El placer se acumulaba, subía, se volvía insoportable y delicioso al mismo tiempo. Sentía cada centímetro de él, cada latido, cada respiración caliente contra mi cuello.

—No pares… —le rogué, y él no paró.

Me corrí con un gemido ahogado que se me rompió en la garganta. Todo mi cuerpo se tensó alrededor de él, temblando, pulsando. Él siguió moviéndose a través de mi orgasmo, alargándolo, hasta que yo ya no podía ni respirar. Solo entonces se dejó ir. Su cuerpo se puso rígido, su cara se hundió en mi cuello y lo sentí correrse dentro de mí con un gemido ronco, profundo, que vibró contra mi piel.

Nos quedamos así un rato largo. Todavía unidos. Respiraciones agitadas. Piel sudorosa pegada a piel sudorosa. Sus dedos acariciaban mi espalda con una ternura que contrastaba con la intensidad de hacía un momento. Yo le besé el hombro, el cuello, la mandíbula.

—Joder… —murmuró él al fin, con una sonrisa en la voz—. Eres increíble.

Sonreí contra su piel.

—Tú tampoco estás mal.

Se rio bajito y rodó a un lado, llevándome con él. Me abrazó fuerte, pegándome a su pecho. Mi pierna quedó sobre la suya. Sus dedos trazaban círculos perezosos en mi cadera.

Ninguno de los dos dijo nada más durante un buen rato. Solo se escuchaba el latido de su corazón contra mi oreja y el sonido lejano de la ciudad que ya empezaba a despertar.

Y en ese silencio, con su piel todavía pegada a la mía y el sabor de su boca aún en mis labios, lo supe con una claridad que casi asustaba: Esto era el principio de algo que ninguno de los dos iba a poder ignorar.

35

QUÉ BIEN ME CAES

Estela

Nos quedamos entrelazados un rato largo, sin prisa por separarnos. Su brazo rodeaba mi cintura con fuerza, como si no quisiera dejarme escapar ni siquiera en sueños. Yo tenía la mejilla pegada a su pecho, escuchando cómo su corazón iba recuperando poco a poco un ritmo normal. Nuestras piernas estaban enredadas, piel contra piel, todavía calientes y ligeramente húmedas de sudor. Sus dedos subían y bajaban por mi espalda en caricias lentas, casi distraídas, dibujando líneas invisibles que me ponían la piel de gallina.

Le besé el centro del pecho y él suspiró, apretándome más contra sí.

—Ven aquí —murmuró, girándose un poco para que quedáramos frente a frente.

Nos miramos en la penumbra. Solo entraba un poco de luz naranja de una farola lejana a través de la ventana. Sus ojos, tan cerca, parecían más oscuros y brillantes que nunca. Yo estudié cada detalle: la pequeña cicatriz en su ceja, la forma en que sus pestañas proyectaban sombra sobre sus mejillas, la curva suave de su boca todavía enrojecida por los besos.

Y él me miraba a mí de la misma manera. Sin prisa. Sin vergüenza. Como si estuviera memorizando cada milímetro de mi cara.

¿Qué pasa? pensé, sintiendo un nudo extraño en el estómago. ¿Qué pasa aquí? Esto no debería sentirse así… tan intenso. Tan… inmenso.

Nos envolvió un silencio bonito. Mi mano subió hasta su mejilla y él inclinó la cara hacia ella, besándome la palma con una ternura que me desarmó por completo.

—Qué bien me caes —susurró con voz ronca, sin dejar de mirarme.

Sonreí, y sentí que algo se me calentaba por dentro. No era solo deseo.

—Tú a mí también —respondí en el mismo tono, con mis pupilas clavadas en las suyas—. Demasiado, creo.

Él soltó una risa bajita, tímida, y apoyó su frente contra la mía. Nuestras narices se rozaron. Podía sentir su aliento cálido mezclándose con el mío.

—Esto no estaba en mis planes —confesó.

—Ni en los míos —admití—. Pero aquí estamos.

—Aquí estamos…

Volvimos a besarnos, pero esta vez fue lento y perezoso. Solo labios que se acariciaban, lenguas que se rozaban con calma, sin medir el tiempo ni las ganas. Cuando nos separamos, él me abrazó más fuerte, metiendo una pierna entre las mías y cubriéndome con su cuerpo como una manta caliente.

Cerré los ojos, hundiendo la cara en su cuello. Olía a él, a sexo, a noche y a algo que ya empezaba a sentir peligrosamente mío. Sus dedos seguían trazando círculos en mi cadera, cada vez más lentos, más pesados.

—Duérmete —susurró contra mi pelo.

—No quiero —murmuré, aunque los ojos ya se me cerraban solos.

—Pues quédate despierta mirándome. Me gusta cuando me miras así.

Sonreí contra su piel.

—Idiota.

—Tu idiota favorito, espero.

No respondí. Solo apreté más el abrazo.

Poco a poco, la respiración de Armando se volvió más profunda y regular. La mía lo siguió. El cansancio de la noche, el alcohol, las risas, los besos y todo lo que acababa de pasar entre nosotros cayó sobre mí como una ola suave.

Antes de rendirme del todo, abrí los ojos una última vez. Él ya estaba medio dormido, pero aún me miraba, con esa media sonrisa perezosa que me desarmaba.

¿Qué pasa aquí? volví a pensar, mientras el sueño me arrastraba.

Y… no tuve miedo de no tener la respuesta.

36

LA MEJOR LOCURA

Estela

La luz del sol se coló por la ventana, directa y cruel. ¿Armando no bajaba la persiana? Esos pisos tenían. ¿Y la cortina? Abrí un ojo con esfuerzo y lo primero que sentí fue un martillo pilón dentro de la cabeza. La boca pastosa, el cuerpo deliciosamente dolorido en sitios que no recordaba haber usado tanto. Y el calor de un brazo pesado que me rodeaba la cintura.

Armando seguía dormido a mi lado, boca entreabierta, pelo revuelto y una expresión de paz absoluta que me hizo sonreír a pesar de la resaca. Me quedé mirándolo un segundo, recordando todo en flashes: el portal, las escaleras, las risas ahogadas, la pared, la cama… y el ruido. Joder, el ruido.

—Mierda —susurré, tapándome la boca con la mano.

Él se removió, gruñó algo ininteligible y abrió los ojos despacio. Me miró, parpadeó dos veces y sonrió con esa pereza sexy que ya empezaba a ser mi perdición.

—Buenos días, desastre —murmuró, voz ronca de sueño y de todo lo demás.

—Buenos días, vecino ruidoso —respondí, hundiendo la cara en su pecho para esconderme de la vergüenza y de la luz.

Se rio bajito, y su pecho vibró bajo mi mejilla.

—¿Vecino ruidoso? Creo que fuiste tú la que gritó "no pares, fóllame fuerte" justo encima de la habitación de tus padres.

Me incorporé de golpe, ignorando el pinchazo en las sienes.

—No digas eso. Si nos oyeron…

—Seguro que pensaron que era un terremoto. O una fiesta privada. O que su hija estaba siendo asesinada de placer.

—Creen que sigo siendo virgen.

Él soltó una carcajada que le hizo cerrar los ojos de dolor.

—Ay, la resaca. Pero valió la pena. ¿Tú cómo estás?

—Como si me hubiera pasado un camión por encima. Un camión muy guapo y…

—¿Y qué?

—No te lo digo. Que te vienes arriba.

Me atrajo hacia él otra vez, pegándome a su cuerpo desnudo. Nuestras pieles se reconocieron al instante. Sus manos bajaron por mi espalda, lentas, posesivas, y yo suspiré contra su cuello.

—Anoche fue… —empezó.

—Una locura —terminé yo—. La mejor locura.

Nos quedamos así un rato, abrazados, respirando el mismo aire. Era tierno y sencillo, y al mismo tiempo se sentía enorme. Algo había encajado sin que ninguno de los dos lo hubiera planeado.

De repente me acordé de Paula vomitando por la ventana, de Zoa comiéndose a David en cada semáforo, de nosotros dos subiendo las escaleras como adolescentes en celo. Empecé a reírme sin poder evitarlo.

—¿Qué? —preguntó él, curioso.

—Que anoche éramos un circo. Y ahora estamos aquí, con resaca y sin ropa, y mis padres probablemente estén abajo tomando café y comentando "¿has oído ruidos raros esta noche, cariño?".

Armando se rio con ganas, aunque se llevó una mano a la frente.

—Dios, espero que no. Aunque si suben con la escopeta, les diré que fue por una buena causa.

—No tienen armas de fuego —le di un mordisco suave en el hombro.

—Por suerte para mí.

El ambiente mutó despacio. Las risas se fueron suavizando. Las caricias se volvieron más intencionadas. Su mano bajó hasta mi muslo, subió, se coló entre mis piernas con una lentitud que me hizo contener el aliento. Yo respondí deslizando la palma por su abdomen, bajando más, encontrándolo ya duro y caliente.

—Otra vez… —murmuró él, con una sonrisa en la voz.

—Otra vez —confirmé, besándolo despacio.

Me incorporé un poco y empecé a bajar por su cuerpo. Besos en el pecho, en las costillas, en la línea de vello que bajaba. Me tomé mi tiempo, saboreando cada centímetro de piel caliente. Cuando llegué a su polla, ya estaba completamente dura, latiendo contra su vientre. La miré un segundo y levanté la vista para encontrarme con sus ojos oscuros, fijos en mí.

—Joder, Estela… —susurró, con la voz rota, y enredó sus dedos en mi cabello

Sonreí, maliciosa y tierna, y pasé la lengua despacio desde la base hasta la punta, rodeando la cabeza con cuidado. Él soltó un gemido bajo que me encendió. Lo tomé en mi boca poco a poco, cálido, profundo, dejando que mi lengua lo acariciara por dentro mientras mis labios lo apretaban con suavidad por fuera. Subí y bajé con un ritmo lento, saboreándolo, disfrutando del peso, del calor, del leve sabor salado que ya conocía de anoche.

—Así… justo así —jadeó él, metiendo los dedos en mi pelo sin tirar, solo acompañándome.

Lo miré mientras lo hacía. Sus ojos entrecerrados, la boca entreabierta, el pecho subiendo y bajando rápido. Me sentía poderosa y vulnerable, y eso me gustaba. Aceleré un poco, envolviéndolo más profundo, usando la mano en la base para acariciarlo al mismo ritmo. Sus caderas se movían apenas, conteniéndose, y cada vez que gemía mi nombre en voz baja yo sentía una punzada de deseo entre mis propias piernas.

—Ven aquí —tiró suavemente de mí.

—No —sonreí contra su piel, sin soltarlo—. Quiero terminar esto.

—Eres mala.

Siguió un minuto más de puro placer compartido: mis labios, mi lengua, mis manos, sus gemidos cada vez más roncos. Hasta que él me detuvo con un jadeo.

—Ven… Ven aquí… Si sigues así voy a correrme y quiero estar dentro de ti otra vez.

Me subió hasta su boca, me besó con hambre y me giró con facilidad hasta que quedé debajo. Entró en mí de un solo movimiento lento y profundo que nos arrancó un gemido a los dos. Esta vez no fue urgente como anoche. Fue más consciente, más conectado. Nos movimos juntos, mirándonos a los ojos, riéndonos cuando el colchón crujía demasiado fuerte.

—¿Crees que tus padres están escuchando ahora mismo? —preguntó entre embestidas, con esa sonrisa traviesa.

—Cállate o suben con la escoba.

—Que suban. Les diré lo bien que me cae su hija. —Entró—. Y lo que me gusta follarla. —Salió.

Me reí y lo atraje más fuerte contra mí, con mis manos agarradas a sus nalgas, duras y redondas.

El orgasmo llegó despacio, dulce, casi inesperado, y nos pilló a los dos al mismo tiempo. Nos quedamos temblando y abrazados.

Cuando todo se calmó, él rodó a un lado sin soltarme, pegándome a su pecho otra vez. Me besó la frente, la nariz, los labios.

—Buenos días de verdad —susurró.

—Los mejores. —Cerré los ojos contra su piel.

Y aunque la resaca seguía ahí, y aunque sabía que abajo mis padres probablemente estaban desayunando y comentando los "ruidos raros" de anoche y de hace un momentos, yo solo podía pensar una cosa: Que valía la pena cada decibelio.

37

ENREDADA ENTRE SUS BRAZOS

Estela

Me quedé un rato más enredada en los brazos de Armando, fingiendo que el mundo exterior no existía. Su pecho subía y bajaba bajo mi mejilla, cálido, firme, todavía oliendo a nosotros. Se hacía tarde, pero yo solo quería quedarme ahí, desnuda y feliz, escuchando cómo su corazón latía contra mi oído.

—Quédate —murmuró él, medio dormido, apretándome más contra su cuerpo—. Puedo hacer café y tostadas. Con aguacate.

—Ojalá. —Le besé el hombro—. Pero tengo que irme antes de que el bloque se ponga en marcha.

Él abrió un ojo, travieso.

—¿Habrán tenido marcha como la nuestra?

—Cállate, que todavía me muero de vergüenza.

Me duché rápido en su baño diminuto, usando su gel que olía exactamente a él. Me vestí con la ropa de la noche anterior (falda arrugada, camiseta con olor a discoteca y pecado) y me miré al espejo. Tenía pinta de haber sido follada muy bien y muy seguido. Labios hinchados, mejillas encendidas, pelo húmedo. Culpa con purpurina.

Armando me esperaba en la puerta, solo el bóxer, sonriendo como quien acaba de ganar la lotería.

—Ven aquí —dijo, tirando de mí para darme un beso lento, profundo, de los que hacen que te tiemblen las rodillas otra vez.

—Para o no bajo nunca —susurré contra su boca.

—Ese es el plan.

Bajé las escaleras de puntillas, como una espía de pacotilla en su propio edificio. El corazón me iba a mil. Pasé por delante de la puerta de mis padres (piso 3) conteniendo la respiración. Silencio. Bendito silencio.

Estaba a punto de llegar escapar de esa parte de la escalera cuando…

—¡Estela!

La puerta se abrió de golpe. Mi madre, Carmen, asomó con su bata de flores y los rulos todavía puestos, como salida de una comedia de los ochenta.

—¿Qué haces aquí a estas horas, hija? ¿Y con esa cara de recién levantada de una guerra?

Tragué saliva. Olía a gel de Armando. Llevaba la misma ropa de fiesta. Parecía un cartel luminoso que decía "he follado hasta las seis de la mañana".

—Eh… pasaba por el barrio y subí a veros —improvisé, con la voz más aguda de lo normal—. ¿Todo bien?

Mi madre me miró de arriba abajo, escaneando como rayos X.

—¿Pasabas por el barrio? ¿Con tacones y falda de salir? ¿Y Álvaro? ¿No ha venido?

—Álvaro… se ha quedado estudiando.

En ese momento apareció mi padre por detrás, con la taza de café en la mano.

—Buenos días, princesa. Pasa. Te hago algo para desayunar.

—Menudo escándalo que ha hecho el vecino de arriba esta noche. Parecía que estaban rodando una película porno arriba. ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! El cabecero daba contra la pared como si fuera un tambor. Tu padre y yo no pegamos ojo —explicó mi madre, mientras yo entraba y quería morirme.

Me atraganté con mi propia saliva. Literalmente. Empecé a toser como si tuviera tuberculosis.

—¿Cabecero? ¿Película porno? —repetí, con la cara ardiendo.

—Gemidos y todo, eh —añadió mi padre, cruzándose de brazos—. Una chica gritando como si la estuvieran matando… de gusto. Menudo salvaje el Armando ese. Joven y fuerte, eso sí. —Asintió, muy serio—. Parecía un partido de pádel. Yo le decía a tu madre: "como sigan así se nos cae el techo".

Quería que la tierra me tragara. Quería disolverme. Quería subir corriendo y matar a Armando a besos y a golpes al mismo tiempo.

—Seguro que… eran amigos suyos —balbuceé—. Ya sabéis, juventud…

—Juventud dice —resopló mi madre—. Pues que ponga moqueta en el cabecero o que baje el ritmo. Que una ya tiene una edad.

Me despedí a toda prisa, dándoles dos besos rápidos y saliendo disparada escaleras abajo.

—¡Trae a Álvaro a comer el domingo! —gritó mi madre desde arriba.

En cuanto llegué a mi casa cerré la puerta con tres vueltas de llave, me tiré en el sofá y exploté en carcajadas. Me dolía la tripa. Lágrimas de risa me caían por las mejillas. Saqué el móvil y escribí:

Estela:
Mi madre acaba de describirme nuestros polvos como "bum bum bum" y "película porno". Mi padre habló de partido de pádel. Quiero morirme.

La respuesta de Armando llegó en menos de diez segundos:

Armando:
Jajajajajajajaja
¿Bum bum bum? Me siento orgulloso.
La próxima vez traigo amortiguadores.
¿Estás bien, desastre?

Estela:
Muerta de vergüenza y muerta de risa.

Armando:
¿Cuándo repetimos?

Yo:
¿Te has quedado con ganas?

Armando:
Muchas. ¿Y tú?

Yo:

Muchísimas.

Armando:
Esta noche. Mi piso. Sin cabecero ruidoso (mentira).

Yo:
Esta noche. Mi piso. Sin padres en el piso de abajo.

Armando:
¿Y tu hijo?

Yo:
Lo matamos.

Armando:
Una idea malísima. Pobrecito.

Yo:
Le digo que se quede a dormir en casa de un amigo.

Armando:
Serás capaz…

Yo:
Mi hijo y yo tenemos nuestras normas.
Nos entendemos.

Armando:
Me parece perfecto.

Armando escribiendo…

Armando:
Tengo ganas de volver a verte.

Me quedé mirando el móvil con una sonrisa idiota, todavía con resaca, todavía oliendo a él, y con la seguridad de que esto se estaba poniendo peligrosamente serio… y deliciosamente divertido.

Yo:
Y yo a ti.

Eres muy divertido.

Armando:
¿Solo eso?

Yo:
Estás rico.

Armando:
Me quieres solo por mi cuerpo.

Yo:
Lo admito.

Armando:
Admite también que te gusto.

Yo:
Mucho. Si no, no estaría en este lío.

Armando:
¿Qué lío?

A ver cómo se lo decía. Fui exacta y no muy clara.

Yo:
Vives arriba de mis padres, te has liado con una vecina antes de conocerme que, por cierto, se enfadará mucho si se entera. Y tienes quince años menos que yo.

Armando:
Te compro lo de tus padres y Rebeca, aunque la chica me da igual. Pero no me digas que te importa la diferencia de edad.

Me quedé clavada en el sofá, con el móvil quemándome en la mano y el corazón latiéndome en la garganta. ¿Has corrido alguna vez una maratón sin haberte preparado física y mentalmente? Pues igual.

El mensaje de Armando seguía ahí, en la pantalla: No me digas que te importa la diferencia de edad. Quince putos años. Cuarenta y

cinco contra treinta. Y de repente todo lo que había sentido como una locura divertida se convirtió en un pozo oscuro donde me caí de cabeza.

Cerré los ojos y los miedos salieron todos a la vez, como si hubieran estado esperando en fila india para darme una paliza.

¿Y si esto es solo la crisis de los treinta de él disfrazada de atracción? ¿Y si es mi crisis de los cuarenta? Tenía cuarenta y cinco, pero… Me mordí el labio y suspiré.

Él está recién divorciado, con la vida recién estrenada como un coche nuevo. Quiere pisar el acelerador: fiestas, viajes improvisados, noches que terminan a las ocho de la mañana, sexo sin pensar en el mañana. Yo ya viví esa etapa. La quemé entera. Ahora lo que quiero es bajar la velocidad, poner el piloto automático y disfrutar sin que me tiemblen las rodillas. ¿Cuánto tiempo pasa antes de que él se aburra de mi ritmo? ¿De que se dé cuenta de que yo prefiero un domingo en la terraza con un libro y él quiere un domingo en Ibiza con resaca incluida? Bueno, Ibiza también me gusta y mucho.

Y luego estaba el miedo más feo, el que me apretaba el pecho de verdad:

¿Y si me enamoro como una idiota?

Porque esto ya no es solo "me gusta este tío y follamos de maravilla". Es cómo me hace reír hasta que me duele la barriga, cómo me mira, cómo me siento… vista. Real. Y si me enamoro de verdad, ¿qué pasa cuando dentro de tres años él quiera tener hijos y yo ya cerré esa puerta hace una década? ¿O cuando él quiera una vida de aventuras constantes y yo solo quiera estabilidad, un café tranquilo y alguien que no me haga sentir que estoy compitiendo con mi propia edad?

Me froté la cara con las manos, fuerte, tratando de borrarme los pensamientos. Tenía miedo de ser la "experiencia divertida" de su divorcio. La mujer mayor, interesante, con curvas y experiencia, la que le hace sentir vivo un tiempo… y luego pasa página. Miedo de que dentro de un año me mire y piense: "Joder, ella ya vivió todo esto y yo todavía estoy empezando". Miedo de convertirme en la que

se queda atrás, la que ve cómo él crece mientras yo ya estoy en otra fase de la vida. Miedo de que la diferencia no sea solo un número, sino dos vidas que van en direcciones opuestas y que, por mucho que nos gustemos ahora, tarde o temprano uno de los dos se quede solo en la estación viendo cómo se aleja el tren del otro.

Y lo más jodido*: miedo de que yo misma me boicotee. Porque una parte de mí ya está calculando el daño, midiendo el riesgo, preparando el discurso de "esto no va a funcionar" antes siquiera de que empiece. Como si mi cerebro de cuarenta y cinco años tuviera un protocolo de emergencia para no volver a hacerse ilusiones. Como si el corazón se me hubiera vuelto un contable que solo sabe sumar pérdidas.*

Suspiré tan fuerte que casi me dio tos. Tenía los ojos húmedos y ni siquiera lloraba. Solo… estaba saturada. Tecleé con dedos que me temblaban más de lo que quería admitir:

Yo:

Me importa… más de lo que quiero reconocer. No es la edad en sí, Armando. Es que tú estás en pleno despegue y yo ya llevo años volando. Tú quieres comerte el mundo a bocados grandes y rápidos. Yo ya me lo comí y ahora me gusta saborearlo despacio, sin prisa, sin dramas. Tengo miedo de que dentro de un tiempo te des cuenta de que quieres más de lo que yo puedo darte: más energía, más noches locas, más futuro por construir. Tengo miedo de enamorarme como una cría y acabar siendo la que se queda recogiendo los pedazos cuando tú decidas que necesitas alguien que esté en tu misma etapa. Tengo miedo de sentirme vieja a tu lado, aunque ahora me hagas sentir la mujer más viva del planeta. Pero tú me importas más que todo ese miedo junto.

Lo leí y… lo borré.

Yo:

Hablamos luego, ¿vale?

Álvaro ha dejado la casa manga por hombro.

Dejé el móvil en el pecho y me tapé la cara con el cojín. El corazón me latía tan fuerte que lo sentía en los oídos. Los miedos seguían ahí, girando como un carrusel cruel, pero por primera vez los había dicho en voz alta (o al menos los había escrito en un mensaje que se guardó en borrador, creo). Y eso, de alguna manera, los hacía un poco menos monstruosos.

El teléfono vibró. No quería mirar. Pero miré.

Armando:

No me has contestado. Y no importa. Pero quiero decirte algo. Para mí la edad no es un muro. Es solo un número.

Me gustas tú. La que se ríe hasta que se le saltan las lágrimas en el coche, la que me vuelve loco en todas partes, la que se despierta con resaca y todavía tiene esa luz que me desarma y más risas. No quiero prometerte eternidad ni cuentos de hadas. Solo quiero seguir viéndote y ver qué pasa. Día a día. Sin presión. ¿Te parece tan loco?

Sonreí contra el cojín. Tecleé antes de que el miedo volviera a ganar terreno:

Yo:

Es aterradoramente sensato.

Vale. Día a día. Pero prométeme que si un día sientes que quieres más aventura, más juventud, más… lo que sea que yo ya no pueda darte, me lo dirás. No quiero ser la que se queda esperando a que te des cuenta.

Armando:

Prometido.

Y si pasa, al menos habremos vivido algo que valió la pena cada segundo.

Yo:

Eso no lo dudes.

Armando:

Estela…

Me encantas.

Yo:
Y tú a mí.

Armando:
¿Qué vas a hacer hoy?

Yo:
Limpiar y trabajar.

Armando:
Es sábado.

Yo:
Tengo un hijo adolescente y mucho trabajo.

Armando:
Tienes que matarlo antes de mañana.
No te olvides.

Yo:
He pensado dormirlo con un somnífero. Para no ser tan dramática.

Armando:
Me parece más lógico.
Te dejo hacer todo eso que tienes que hacer.

Yo:
¿Qué vas a hacer tú?

Armando:
Salir a correr y tomar unas cervezas con David.
Si te apetece, avísame.

Yo:
Vale.
Gracias.
Pasadlo bien!

Armando:

Un beso.

Yo:
Un beso.

Dejé el móvil a un lado y me miré el techo. Los miedos no se habían ido. Seguían ahí, revoloteando como mosquitos cabrones. Quince años no desaparecen por arte de magia. Pero pensé que no tenía que elegir entre el miedo y las ganas. Podía tener los dos. Y saltar igual.

38

LA CONVERSACIÓN CON UN ADOLESCENTE ESPECIAL

Estela

Estaba sentada en mi despacho, con las gafas resbalándome una y otra vez por la nariz y la pantalla del ordenador llena de correos que llevaba toda la mañana ignorando. La resaca ya se había marchado casi del todo, pero el nudo en el estómago seguía ahí, más suave, más manejable, aunque presente. Tecleaba sin mucho entusiasmo cuando oí el ruido metálico de la llave en la cerradura y el golpe seco de una mochila cayendo al suelo del pasillo.

—¡Mamá, ya estoy en casa! —gritó Álvaro con esa voz que todavía estaba afinando, pero que cada vez sonaba más adulta.

Sonreí sin poder evitarlo. Mi hijo entraba siempre como un torbellino controlado: alto, desgarbado, con el pelo revuelto y… feliz.

—Hola, catástrofe —respondí sin levantar la vista del teclado—. No recogiste el baño.

—Mamá, se me olvidó.

—A ti se te olvida todo lo que sea recoger.

—No seas pesada.

—Sobreviviste a la noche en casa de Marcos.

Entró en el despacho arrastrando los pies, se dejó caer en el viejo sillón orejero que tengo al lado de la mesa y puso los pies encima, dueño absoluto del universo. Llevaba la sudadera arrugada y olía ligeramente a pizza y a colonia de adolescente.

—Sobreviví de milagro. Jugamos al FIFA hasta las tres, comimos pizza fría a las cinco de la mañana y luego nos pasamos dos horas hablando de chicas y de lo idiotas que somos los tíos. Vida de adolescentes con hormonas, ya sabes. ¿Y tú? —Me miró de reojo con una sonrisilla—. Tienes cara de haber dormido poco… o demasiado bien. Esa sonrisa traidora no me engaña.

Levanté una ceja y giré la silla hacia él. Entre nosotros nunca había habido filtros. Desde que su padre se alejó, habíamos construido una relación rara y maravillosa: mitad madre-hijo, mitad mejores amigos. Él me contaba sus dramas de instituto y yo… bueno, casi todo. Hoy tocaba sinceridad total.

—Pues la verdad es que dormí poco —admití, cruzándome de brazos y apoyándome en el respaldo—. Anoche me quedé a dormir en casa de Armando.

Álvaro abrió mucho los ojos, claramente sorprendido. Se incorporó un poco en el sillón y me miró con curiosidad y diversión.

—Lo pasaste bien en el cumpleaños… y fuera del cumpleaños.

—Muy bien. —Amplié la sonrisa.

—Hostia, mamá… —soltó una carcajada baja, genuinamente impresionado—. Cuéntamelo todo.

—No digas palabrotas, coño. —Reímos más.

—Ahora resulta que ya habéis pasado a dormir juntos. Quiero detalles. Nivel amigo total, no nivel hijo que va a necesitar terapia.

Me reí y me quité las gafas, dispuesta a contárselo sin censura. Con Álvaro siempre era así: fácil, directo, sin vergüenza.

—Pues… nos liamos anoche en la discoteca. Una cosa llevó a la otra, subimos a su casa y… me quedé a dormir. Y sí, es tan guapo de cerca como de lejos. Es divertido, me hace reír como una loca y… joder, Álvaro, es muy bueno en la cama. Muy bueno.

Mi hijo fingió taparse los oídos durante dos segundos, pero se le escapaba la risa por todas partes.

—Vale, vale, suficiente con "muy bueno". No necesito el manual de instrucciones completo. ¿Y qué tal él como persona? ¿Es un capullo disfrazado o decente de verdad?

—Parece decente de verdad —dije, y por primera vez lo pronuncié en voz alta con cierta convicción—. Me escucha, me hace reír hasta que me duele la tripa, y cuando me mira… me siento vista de verdad. Como si no fuera solo "la madre de Álvaro" o "la de cuarenta y cinco". Pero hay un problema grande, enano.

Álvaro se puso cómodo, apoyó los codos en las rodillas y me miró con esa cara de terapeuta adolescente que me dejaba desarmada.

—Cuéntame el problema grande. Soy todo oídos.

—Tiene treinta años. Yo tengo cuarenta y cinco. Quince años de diferencia. Él acaba de salir de un divorcio y está en modo "vamos a comernos el mundo entero". Tengo miedo de que para él sea solo una fase divertida, de que dentro de un tiempo se aburra de mi ritmo más calmado y yo me quede como la tía madura que le duró un verano.

—Estamos en primavera.

—Pues eso. Miedo de pillarme en serio y que luego me duela como un hijo de puta.

Álvaro se quedó callado un momento, pensativo, mordiéndose el labio inferior como hacía siempre que estaba procesando algo serio. Luego sonrió con esa madurez que a veces me dejaba sin aliento.

—Mamá, escúchame bien. Tienes cuarenta y cinco, no ochenta y cinco. Sigues estando buenísima, sigues teniendo ganas de vivir, sigues siendo la tía más guay, divertida y lista que conozco. Si este tío te hace reír de verdad y te hace sentir así de viva… ¿por qué no vas a intentarlo? La diferencia de edad es solo un número. Papá tenía tu edad y mira la mierda que salió. Al menos Armando parece que tiene cerebro, humor y, por lo que cuentas, sabe usar las manos. Eso ya es más de lo que mucha gente tiene.

Me mordí el labio, conteniendo una risa mezclada con ternura.

—¡Eres un listillo insufrible!

—Soy tu listillo favorito —contestó, guiñándome un ojo—. Mira, mi consejo oficial de adolescente con la cabeza bien amueblada: disfruta el momento. No te comas la cabeza con "dentro de un año". Piensa en esta noche. Si sale mal, sale mal y ya está. Si sale bien… pues tienes a un tío que te gusta de verdad y que vive a veinte minutos. Doble victoria. Y si algún día se pone tonto, me avisas y le recuerdo que tengo dieciséis años y que pegarle a un adulto me cae con atenuantes.

Solté una carcajada que me salió del alma.

—Dios, te quiero tanto que a veces me duele.

—Y yo a ti, aunque me cuentes detalles que ningún hijo debería saber nunca —dijo levantándose y dándome un beso sonoro en la cabeza—. Ahora voy a ducharme, que huelo a pizza fría y a fracaso en el FIFA.

—Mañana tienes que quedarte otra vez en casa de Marcos. He invitado a Armando a cenar aquí.

—Qué asco. Promete que no follaréis en el sofá.

—Ni de coña lo prometo.

—Pues promete que vas a disfrutar y que, si en algún momento te sientes rara por la edad, me llamas. Soy tu terapeuta personal gratuito.

—Prometido.

—Mi madre liga más que yo —suspiró.

—Eso no es verdad.

—Es verdad y lo sabes. Me voy a llorar a mi cuarto.

—Llora, pero no manches las sábanas, que las tengo que lavar yo.

Álvaro se fue por el pasillo canturreando y yo me quedé sola en el despacho, con el corazón mucho más ligero que antes.

Los miedos seguían ahí, revoloteando… pero ya no pesaban tanto. Tenía un hijo que era mi mejor amigo, un hombre que me volvía loca y una noche por delante sin tener que dar explicaciones a nadie.

La vida, a veces, no estaba nada mal.

39

CUANDO LA VIDA ES UNA Y PASA VOLANDO

Armando

Era sábado mediodía y el sol caía a plomo sobre la terraza del bar La Esquina, uno de esos sitios de barrio sacados de una película de los noventa: mesas de madera desgastada, toldos verdes medio descoloridos por el tiempo, y un camarero que te llamaba por tu nombre aunque solo hubieras ido tres veces. El aire olía a cerveza fría, a jamón recién cortado y a humo de cigarrillos que todavía se permitía en la calle. Había gente por todas partes: parejas jóvenes riendo, un grupo de jubilados jugando al dominó en una esquina y un par de turistas despistados que intentaban pedir en español con acento de Google Translate.

Llegué un poco antes de la hora y ya vi a David sentado al fondo, con las gafas de sol puestas y una cerveza vacía delante. Tenía cara de haber follado y sentirse orgulloso. Me saludó levantando la mano con una sonrisa de oreja a oreja.

—Joder, macho, llegas puntual como un reloj suizo —ironizó, porque siempre llegaba tarde, y pidió otra ronda al camarero con un gesto—. Dos más y una tapa de calamares, que el cuerpo me pide grasa.

Me reí y me quité las gafas. El sol me daba directo en la cara, pero no me importaba. Después de la noche que había pasado con Estela, todo me parecía bien; me podía haber atropellado un camión que no me hubiera desaparecido la sonrisa de la cara.

—Te veo contento. —Me apoyé en el respaldo de la silla—. ¿Tan bien fue con Zoa anoche o, todavía estás procesando?

David soltó una carcajada y dio un trago largo a la cerveza que acababan de traerle.

—Bien es poco, tío. Esa mujer es un huracán. No paramos hasta las siete de la mañana.

—No quiero detalles. —Me cubrí el rostro con una cara.

—¿Por qué no?

—¡Porque no, tío! Es… escabroso. —Reímos.

—¿Y con Estela? Si me dices que no acabasteis juntos, invitas a las cervezas. Por tonto.

—Estela es divertida, lista y besa como si quisiera comerte el alma.

—Tío, ¿de qué me hablas? —Frunció el ceño—. ¿Te has tragado a Quevedo?

—¿El cantante? —Alcé las cejas y sonreí.

—Tú eres gilipollas. ¿Se puede saber qué pasó, o tengo que sacártelo a hostias?

Sonreí sin poder evitarlo. Solo con oír su nombre ya se me dibujaba la cara de idiota, esa que no conseguía borrar desde hacía días. Di un sorbo a mi cerveza antes de contestar, intentando ordenar las ideas.

—Pasó de todo y nada al mismo tiempo —empecé—. Subimos a mi casa, nos reímos como locos en las escaleras para no despertar a todo el edificio, y… joder, David, esa mujer es increíble. Todo de ella me gusta. Todo. La forma en que se ríe cuando algo le hace gracia de verdad, con esa risa que le sale del estómago y que te contagia aunque no sepas de qué coño está hablando. Me encanta cómo me mira, para ella no solo soy el tío recién divorciado que vive en el tercero. Me hace sentir… no sé, vivo. Como si llevara meses caminando en piloto automático y de repente alguien hubiera encendido las luces.

David levantó una ceja, divertido, y pinchó un calamar de la tapa que acababan de poner en la mesa.

—Vale, Romeo, que te estás poniendo poético. ¿Y en la cama? Porque con la cara que traes seguro que no fue solo charla.

Me reí y negué con la cabeza, pero no entré en detalles. No era de esos que contaban intimidades como si fueran un parte de guerra.

—Digamos que fue… intenso. Muy intenso. Y natural. Con ella todo fluye, ¿sabes? No hay postureo, no hay que fingir nada. Me encanta cómo se entrega, cómo me mira mientras… bueno, ya me entiendes. Me hace sonreír incluso después, cuando estamos tumbados y no decimos nada. Con ella todo encaja sin esfuerzo.

David me miró un segundo en silencio, masticando despacio.

—Hostia, Armando… te tiene pillado, ¿eh? Se te nota en la cara. ¿Y cuál es el problema? Porque te conozco y esa sonrisilla tuya esconde algo.

Di otro trago largo. El sol calentaba la mesa y el ruido de la terraza parecía lejano de repente. Me pasé la mano por la cara antes de contestar.

—De momento problema no hay ninguno. O al menos ninguno grande. Pero… no sé qué quiere ella, David. Yo acabo de salir de una separación de mierda. Aún estoy recuperando aire. No entraba en mis planes volver a liarme con nadie tan pronto. Mucho menos con una mujer como Estela. Ella ya ha vivido un montón de cosas, tiene un hijo adolescente que es su mundo, tiene su vida montada. Yo estoy en modo "empezar de cero". No quiero enamorarme. No quiero complicarme la vida otra vez. Esto… esto no entraba en mis planes, tío. Era solo salir, divertirnos, y de repente me despierto pensando en ella todo el puto día. —David se quedó callado un momento, mirando su vaso—. ¿Están ahí las respuestas?

—¿Tú has cagado hoy?

—Dos veces. —Reímos de nuevo.

—Déjate llevar, cojones. La vida es una y pasa volando. Cuando llega alguien que te hace sonreír así, que te hace sentir vivo después de una mierda como la que has pasado… ¿para qué resistirse? No tienes que casarte mañana ni prometerle nada eterno. Solo disfruta. Si sale bien, genial. Si sale mal, al menos habrás vivido algo bonito. No te comas la cabeza con "dentro de un año" o "qué querrá ella". Pregúntaselo. O mejor: vive el momento y ya verás.

Sus palabras me aliviaron un poco. Siempre había sido el pragmático del grupo. Yo asentí y pedí otra ronda de cervezas. La terraza se iba llenando más: risas de una mesa de chicas al lado, un

perro que pasaba olisqueando migas, el camarero canturreando mientras servía.

—Y tú con Zoa, ¿qué? —pregunté, cambiando un poco el foco para no seguir dándole vueltas a mi cabeza—. ¿Fue solo el polvo de una noche o te gusta de verdad?

David se encogió de hombros, pero su sonrisa se hizo más amplia.

—No lo sé. Me gustan las chicas, ya lo sabes. Y Zoa también es divertida de cojones. Pasamos la noche juntos y… fue muy entretenido. No sé si va a más o no, pero de momento me apetece seguir viéndola. No me estoy haciendo películas como tú, eh.

Nos reímos los dos. Seguimos hablando un rato más: de su noche con Zoa, de cómo ella le había contado anécdotas absurdas de Estela y Paula, de lo loco que era que los cuatro nos hubiéramos liado casi al mismo tiempo. Yo le conté más cosas de Estela: cómo me había hecho sentir cuando subimos las escaleras a escondidas, cómo me había mirado esa mañana antes de irse, cómo me gustaba hasta el olor de su pelo. David me escuchaba y de vez en cuando soltaba un "joder, estás colado" o un consejo de los suyos.

Sobre las cuatro y media me vibró el móvil en el bolsillo. Lo saqué y reconocí el número. David notó mi preocupación.

—¿Todo bien?

—Creo que sí… o no. Tengo que contestar.

Me levanté, me aparté un poco de la mesa y contesté la llamada. Se me revolvieron las tripas. Colgué y volví a la mesa con un suspiro.

—Tengo que irme, tío. Cosas de… Ya sabes…

David asintió, comprensivo.

—Tranquilo, ve. Yo me quedo un rato más. Y oye… piensa en lo que te he dicho. Déjate llevar.

Le di una palmada en el hombro, dejé un billete de veinte euros sobre la mesa y me fui caminando por la calle con el sol todavía alto. El móvil pesaba en el bolsillo. Quería escribirle a Estela, pero no lo hice.

Mientras caminaba, no podía quitarme de la cabeza todo lo que le había dicho a David. Estela. Su risa. Su forma de mirarme. El nudo que sentía en el pecho cada vez que pensaba en ella. No sabía qué

quería ella exactamente, ni qué quería yo. Solo sabía que tenía ganas de descubrirlo. Y eso, de momento, ya era suficiente.

40

CUANDO DESAPARECE Y TÚ NO SABES QUÉ HACER CON ESO

Estela

Estaba en el sofá con una taza de té que ya se había quedado frío, revisando el móvil por enésima vez mientras fingía que no lo hacía. Desde mediodía, Armando había estado mandándome mensajes intermitentes: fotos de cervezas con David, un meme absurdo sobre resacas eternas, un "te echo de menos ya, desastre" que me había hecho sonreír como una tonta. Y de repente… nada. Silencio total desde las cuatro y media.
Miré la pantalla. Las seis y veinte. Ni un emoji, ni un "voy tarde", ni nada. Respiré hondo y dejé el teléfono boca abajo sobre la mesa.

Es un adulto, Estela. Habrá seguido bebiendo, se habrá liado hablando o estará resolviendo algo. Tú no eres de esas que controlan el móvil cada diez minutos.

Tenía cuarenta y cinco años, no quince. Sabía que las relaciones sanas no se construyen con interrogatorios ni con ansiedad por un silencio de unas horas. Así que me levanté, puse música suave y empecé a arreglarme para la cena con Zoa. Nada de dramas. Solo una noche de tapas, vino y risas.

Me duché, me puse unos vaqueros cómodos y una blusa negra que me gustaba especialmente, y me maquillé con calma. Mientras me pintaba los labios, pensé en lo raro que era esto: sentir mariposas y al mismo tiempo esa calma adulta.

Quedé con Zoa en un bar de tapas del centro que nos encantaba. Llegué un poco antes y me acomodé. Ella apareció guapísima con un vestido de flores y una chaqueta vaquera.

—¡Mi mujer favorita! —gritó cuando me vio, y me dio un abrazo de oso que casi me tira al suelo—. Joder, Estela, qué guapa estás.

¿Has follado esta noche o es que te has hecho un tratamiento facial?

Me reí y le devolví el abrazo con fuerza.

—Las dos cosas, probablemente. Siéntate, loca, que vas a tirar la copa.

Nos sentamos y pedimos una tabla de ibéricos, croquetas, patatas bravas y otra botella de vino. Zoa estaba especialmente chispeante. Llevaba el pelo suelto y esa energía de quien ha pasado una buena tarde.

—Bueno, cuéntame —empecé yo, pinchando una croqueta—. ¿Qué tal con David? Porque en el coche parecía que ibais a comeros hasta los asientos.

Zoa soltó una carcajada y se tapó la boca con la servilleta.

—Ay, tía… ha sido un día raro pero bueno. He pasado toda la tarde con él. Fuimos a tomar vino a un bar cerca de su casa, luego a otro, y al final hemos acabado en su sofá… revolcados.

Sonreí, pero no pude evitar preguntar con naturalidad:

—¿Y Armando? Me dijo que había quedado con David a mediodía. Llevo desde las cuatro sin saber nada de él.

Zoa dio un sorbo al vino y se encogió de hombros, sin darle mayor importancia.

—Estuvieron juntos. Pero Armando tuvo que irse. David le preguntó si todo bien y él dijo que sí. No sé nada más. Se fue antes de que yo llegara.

Asentí, cogiendo otra croqueta. No sentí ese pinchazo de celos ni de preocupación que esperaba. Solo curiosidad normal.

—Vale…

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Supongo que me preocupo. Cosas de madres.

—No eres su madre.

—Aunque podría. —Nos reímos.

—Me encanta que seas así.

—¿Así cómo?

—Tan… comprensiva, tranquila…

—¡Eh! No soy pasota.

—Un poco sí.

Me reí con ganas.

—He madurado, qué le vamos a hacer. O he aprendido a base de hostias. Además, si Armando está lidiando con algo, prefiero que lo resuelva y luego me cuente.

Zoa levantó su copa y brindamos.

—Por nosotras.

—Por nosotras y los buenos besos —respondí, chocando mi copa con la suya.

La tarde-noche siguió entre risas y confidencias. Zoa me contó con todo lujo de detalles cómo David le había preparado un sándwich horrible, cómo se habían reído de las historias de la discoteca y cómo ella ya estaba pensando en presentárselo oficialmente a sus padres "aunque solo sea para ver sus caras".

—Me alegro mucho —dije sinceramente—. Os vi en el coche y saltaban chispas de verdad.

—Y tú con Armando… ¿cómo vas? ¿Ya le has presentado a Álvaro oficialmente o todavía estáis en fase "vecino follable"?

Me atraganté con el vino de la risa.

—Todavía fase "vecino follable", pero avanzando. Álvaro ya lo sabe todo. Le conté ayer y me dio consejos. Dice que disfrute y que si Armando es un capullo, él le pegará con atenuantes de menor.

Zoa soltó una carcajada tan fuerte que la gente de la mesa de al lado nos miró.

—Tu hijo es un crack. Ojalá todos los adolescentes fueran así de maduros. Mi sobrino solo me pide dinero y que le compre la PlayStation.

Seguimos hablando de todo y de nada: de trabajo, de los ex, de las locuras de Paula, de lo bien que nos sentaba salir y compartir historias. Pedimos otra ronda de tapas (pulpo, ensaladilla, jamón) y otra botella. La noche era agradable, con ese aire de primavera que todavía no se había vuelto verano.

Sobre las diez y media saqué el móvil y escribí a Armando sin presión, solo con cariño:

Yo:

Hola, guapo. Estoy cenando con Zoa y me ha dicho que te fuiste de repente esta tarde. ¿Todo bien? Un beso.

Lo envié y guardé el teléfono. Seguí riendo con Zoa, que ahora imitaba a David intentando bailar reggaetón y casi se cae de la silla.

—Te juro que parecía un pulpo electrocutado —se moría de la risa —. Pero me encanta igual. ¿Quién me iba a decir a mí que después de los treinta iba a volver a pillarme como una cría?

—Pues yo igual —admití—. A los cuarenta y cinco, ligando con el vecino del tercero. La vida es muy ramdon.

—Ramdon es que hables como tu hijo.

—Todo lo malo se pega.

Y lo era. Pero en ese momento, sentada en aquella terraza con mi amiga y con vino bueno, me sentía exactamente donde quería estar.

Armando respondería cuando pudiera. Y mientras tanto, yo iba a disfrutar de la noche.

41

CUANDO ALGUIEN NO DEJA QUE TE VAYAS DEL TODO

Armando

David siempre decía que las amistades se notan más después de los treinta. Que antes todo el mundo tiene tiempo para todos y que luego empiezan los filtros: los hijos, el trabajo, las parejas, las hipotecas, el cansancio. La vida. Y que, cuando te quieres dar cuenta, llevas meses sin llamar a alguien que antes veía tu cara más que tu propia familia.

Yo me reía cada vez que lo decía, pero en el fondo sabía que tenía razón. Porque me había pasado durante años y mucho antes de cumplir los treinta.

No de golpe. Nunca ocurre de golpe. Nadie desaparece de sus amigos una mañana y ya está. Sucede despacio. Empiezas cancelando una cerveza porque estás cansado, luego una cena porque mañana madrugas, luego un viaje porque "ya habrá más ocasiones". Y cuando miras atrás, han pasado cinco años y ya no sabes casi nada de la gente que antes formaba parte de tu vida.

Con Lucía me ocurrió un poco eso. No porque ella me lo pidiera. Nunca fue controladora ni una de esas mujeres que quieren a sus parejas solo para ellas. Pero el matrimonio tiene una forma silenciosa de absorberlo todo. Las rutinas, las responsabilidades, los planes familiares, las discusiones absurdas sobre qué comprar para la casa o quién llama al seguro cuando se rompe algo. De repente la vida empieza a girar alrededor de mantener una estructura funcionando y lo demás se queda fuera sin darte cuenta.

Y yo dejé muchas cosas fuera.

Entre ellas, a casi todos mis amigos.

Con David fue distinto porque seguíamos yendo juntos al gimnasio. Él insistía aunque yo desapareciera semanas. Me llamaba

pesado, me obligaba a salir, aparecía en casa con cervezas cuando intuía que llevaba demasiados días encerrado. Supongo que, de alguna forma, nunca dejó que terminara de irme del todo.

Y quizá por eso seguíamos ahí.

Porque las amistades de verdad no siempre necesitan grandes gestos. A veces solo necesitan a alguien suficientemente cabezota como para seguir llamándote aunque no contestes.

—Tío, te haces viejo —me dijo el día de mi cumpleaños.

—Acabo de cumplir treinta.

—La decadencia.

—Tú tienes treinta y siete, cabrón.

—Pero mira mi piel. —Se estiró la mejilla con dos dedos—. Y mis huevos. —Se los tocó—. Puedo pasar por uno de diecinueve.

—Se te va la olla. —Yo estaba bien. Y deseando que Estela llegara. Lo había prometido. Con ella todo era ligero y tranquilo a nuestra manera, porque lo que estábamos construyendo se asemejaba a un torbellino.

—Es extraño lo rápido que uno puede olvidar lo importante que es algo tan simple como sentarte con un amigo a perder el tiempo —comenté, esperando a la gente que había invitado—. ¿Sabes una cosa? —giré el botellín de cerveza entre los dedos—. No quiero volver a desaparecer.

—¿Qué te ha dado?

—Lo digo en serio.

—Ya. Eso siempre precede a una conversación incómoda.

—No empieces.

—Pues no empieces tú con frases de divorciado que se encuentra a sí mismo en la montaña.

Solté una risa.

—Imbécil.

—Gracias.

Me quedé mirando un momento la gente bailando en la pista.

—Con Lucía me olvidé un poco de todo esto.

—Lo sé. —Mi amigo ya no sonreía igual.

—Y no quiero que vuelva a pasar.

—No va a pasar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ya no eres esa persona.

Bebí un poco de cerveza sin responder inmediatamente. Había algo incómodo en admitir ciertas cosas en voz alta.

—Cuando me casé pensé que crecer era eso. Construir una vida con alguien y centrarte solo en eso.

—Y luego descubres que necesitas seguir teniendo vida fuera de la pareja para no volverte loco.

—Más o menos.

David me señaló con la botella.

—Escúchame bien porque no voy a repetirlo: querer a alguien está muy bien. Pero dejar de existir fuera de esa relación es una gilipollez enorme.

—Qué profundo te pones con dos cervezas —sonreí de lado.

—Soy un filósofo contemporáneo. Y espera a que empiece con el alcohol duro.

—Compórtate, por favor. Estela viene con sus amigas. Que piensen que eres una persona normal.

—No lo soy. Y tú tampoco.

—Estela tampoco lo es… —musité.

—Te tiene "agilipollao".

Y ahí estaba otra vez esa sensación de calma absurda que había echado de menos durante años. La facilidad de estar con alguien que no espera nada de ti, que no necesita que seas perfecto ni que tengas respuestas para todo.

Ahora estábamos en una terraza en un bar cualquiera de una ciudad que me maravillaba y tenía la misma sensación. Con David cualquier día o momento se guardaba en la memoria. Recuerdo el día en que me esperaba en la puerta de casa, yo llegaba de hacer la compra. Una de las bolsas llevaba helado de Nutella. Cuando lo vio, lo cogió y lo lanzó al otro lado de la acera. Estalló el tarro de cartón contra el suelo y dijo:

—Esto es una mamonada. Y tiene demasiado azúcar. —Y tuve que reírme, llamarle cabrón y enviarlo al súper a por otro bote. Me lo trajo de pistacho y sin azúcar, claro.

Me sonó el teléfono mientras hablábamos de Estela y Zoa. Él alegaba que yo estaba colado por esa mujer, pero a él también le salía la sonrisa de enamorado en el rostro hablando de su amiga.

Era Lucía y… me extrañó, hacía días que no sabía de ella. Le había preguntado cómo estaba del accidente. Se había recuperado bien. Seguía de baja y me había propuesto vernos, sin embargo, me había negado.

Me levanté y descolgué.

—¿Sí?

—Armando… —respiró con fuerza—. A mi padre le ha dado un infarto.

El mundo no se detiene cuando alguien dice una frase así. Eso es lo insólito. La gente sigue andando, los semáforos cambian de color, alguien se ríe al otro lado de la calle y tú te quedas unos segundos intentando entender cómo todo puede continuar exactamente igual cuando a alguien se le acaba de romper la vida un poco.

—¿Cómo? No te he escuchado bien.

—A mi padre le ha dado un infarto —repitió, ya entre lágrimas.

—¿Cómo está?

—Voy camino del Gregorio Marañón.

—¿Y tu madre?

—Está allí con él. Estaban tomando café cuando… —sollozó—. Cuando ha pasado.

—Tardo… —Miré el reloj de mi muñeca—. Veinte minutos.

—Por favor… —suplicó tan bajo que ni la escuché.

Conduje más rápido de lo que debía. No por amor ni por nostalgia. O sí por amor, pero por otro diferente. El que se queda tras una historia. Porque hay personas que forman parte de tu vida durante tantos años que el cuerpo sigue respondiendo antes que las decisiones. Y porque a su padre lo había querido de verdad. Muchísimo. Más de lo que quizá dije nunca.

Cuando llegué, la encontré mirando un punto fijo de la pared sin ver absolutamente nada. Tenía el pelo recogido deprisa y la cara rota de cansancio y miedo. Al verme se levantó inmediatamente y me

abrazó con una fuerza que me pilló desprevenido. La abracé también. No pensé. Simplemente lo hice. Y fue… familiar.

—¿Qué ha pasado? —pregunté al separarnos.

Se secó la cara rápidamente, intentando recomponerse.

—Ha sido tras el almuerzo. Empezó a encontrarse mal, luego el dolor en el pecho… Mi madre pensó que era ansiedad hasta que se cayó al suelo. —Cerró los ojos un momento—. No reaccionaba, Armando.

Me pasé una mano por la nuca.

—¿Qué dicen los médicos?

—Que hay que esperar. —La frase más desesperante del planeta. La vida entera cabe dentro de esa mierda de frase.

Me senté a su lado y ella volvió a apoyarse en mí casi sin darse cuenta. No me aparté. Tampoco me acerqué más. Nos quedamos así un rato, en silencio, viendo pasar médicos y familias con caras agotadas.

—Gracias por venir —murmuró.

—Qué otra cosa podía hacer…

—Sabía que vendrías. —Soltó una sonrisa rota y me removió más de lo que esperaba, porque tenía razón, porque habría venido siempre y precisamente por eso las cosas nunca terminan del todo cuando deberían.

Fuimos a por café aunque ninguno tenía ganas. Lo tomamos a sorbos muy pequeños. Ella sostenía el vaso caliente entre las manos como si fuera lo único que la sostenía de pie, aunque yo sabía que era yo quién lo hacía y me dio miedo, porque ya no estaba.

—No sé qué habría hecho sola con mi madre —comentó.

—Lo habríais sacado adelante.

—No como contigo aquí.

La miré de reojo.

—Lucía…

Negó con la cabeza.

—No lo digo para hacerte sentir mal. Solo… es la verdad.

Me apoyé contra la pared del pasillo.

—No puedes llamarme cada vez que las cosas se ponen feas. —La frase salió más suave de lo que pretendía. Pero salió.

Ella se quedó quieta.

—¿Eso es lo que he hecho?

—Sí.

—Porque eres la persona que más calma me da cuando siento que todo explota.

Joder. Ahí estaba el problema de algunas personas. Que no necesitas seguir enamorado para que sigan teniendo poder sobre ti.

—Y eso no es bueno para ninguno de los dos.

—¿Por qué?

Solté aire despacio antes de responder.

—Porque ya no soy tu marido.

—Pero podemos ser amigos.

—Eso sería… complicado.

—¿Para ti?

—Para ti, Lucía. No quiero… No quiero seguir siendo responsable de ti. —Al decirlo me arrepentí un poco del tono. Porque vi el golpe exacto en su cara. Se entristeció.

—Nunca quise ser una responsabilidad para ti.

—No fue cosa tuya. Éramos pareja. De eso se trata, ¿no? De alguna manera. —Cerré los ojos un segundo.

—Sigue doliendo igual…

—Lucía… Nuestro matrimonio no terminó por una falta absoluta de amor. Murió de otra cosa mucho más silenciosa y mucho más triste.

—Rutina. —Suspiró—. ¿Crees que dependía de ti?

—Yo dependía de ti. Y eso… me sacó de donde estaba.

—De mí.

—Necesitaba ser yo. No me hagas explicártelo de nuevo.

No quería decirle que me recorrió durante mucho tiempo la sensación de que la vida se había convertido en una lista de obligaciones demasiado larga para dos personas tan jóvenes. Nos habíamos querido bien. Pero habíamos dejado de vivir. Todo en mí giraba en torno a ella.

—¿Fue culpa mía?

—No. Claro que no. Tú lo hiciste lo mejor que sabías.

—¿Sales con alguien?

—No empieces, Lucía, por favor.

—¿Sales con esa mujer?

—Ya te lo he dicho. Somos amigos —incidí, y en mi cabeza emergió Estela riéndose dentro de mi coche, mirándome en aquella terraza, diciéndome que no me guardara la vida. Y la forma en la que me sentía cuando estaba con ella. Más ligero. Más libre. Más yo.

—Ten cuidado.

—¿Por qué?

—Porque no la conoces.

—Lucía…

—Hablo en serio.

—Vamos a dejar el tema —zanjé.

Horas después, cuando su amiga Pilar llegó y los médicos dijeron que el infarto había sido grave, pero que su padre iba a salir adelante, me despedí de ella en la puerta del hospital, con otro abrazo, pero más corto.

—Gracias por venir —susurró.

—Cuida de tu madre.

Asintió. Y me fui.

Me casé con veintitrés años. Mientras otros amigos viajaban, improvisaban o cambiaban de vida cada seis meses, yo aprendía a pagar facturas, discutía por hipotecas y organizaba comidas familiares los domingos.

Había querido esa vida. De verdad. Pero también había dejado demasiadas cosas de mí dentro. Y ahora, después del divorcio, lo único que quería era sentir que volvía a pertenecerme un poco. Sin responsabilidades. Sin expectativas. Sin promesas imposibles. Y… pensé en Estela de nuevo, en cómo me hacía reír, en cómo me miraba, en lo feliz que era con ella. Y brotó una pregunta que no me gustó nada. Si seguía avanzando hacia ella… ¿terminaría convirtiéndose también en una responsabilidad?

No tenía ni idea, pero sabía una cosa: Que cada vez que estaba con ella, el mundo pesaba menos.

42

VOLVER AL LUGAR DEL QUE CREÍAS HABERTE IDO

Armando

Seguía sentado dentro del coche, todavía aparcado frente al hospital, con el motor apagado y las luces de urgencias reflejándose sobre el parabrisas mojado. Había empezado a lloviznar hacía unos minutos, una lluvia fina que no llega a ser lluvia del todo.

Me quedé mirando la entrada automática del hospital mientras la gente entraba y salía sin detenerse. Un hombre fumaba deprisa. Una mujer abrazaba a alguien que lloraba. Un taxista bostezaba junto a la puerta. Y pensé algo horrible. Que los hospitales son uno de los pocos sitios donde nadie finge. Allí todo el mundo tiene miedo de algo.

Apoyé la cabeza contra el asiento y cerré los ojos un momento. Estaba cansado. Pero no físicamente. Era otro tipo de cansancio. Más profundo. Más difícil de explicar. El de volver a un lugar del que pensabas que ya habías salido.

Lucía seguía dentro, con su madre y su amiga. Antes de irme me había abrazado y dado las gracias de esa manera suya, sincera, pequeña, casi triste. Y yo me había quedado ahí unos segundos más de los necesarios porque todavía sabía exactamente cómo consolarla. Eso era lo peligroso. No el amor. La costumbre.

Encendí el coche y salí despacio del parking. La radio empezó a sonar sola, pero la apagué enseguida. No quería ruido. Necesitaba silencio para ordenar la cabeza, aunque llevaba toda la noche intentando ordenar cosas que probablemente ya no tenían orden

posible. Entonces vibró el móvil. Lo miré en el semáforo. Y sonreí sin querer. Era un mensaje de mi madre, pero fue uno de Estela de hacía una hora el que hizo saltar una chispa dentro de mí. Pasé de mi madre. Me mataría si lo supiera.

Estela:
Hola, guapo. Estoy cenando con Zoa y me ha dicho que te fuiste de repente esta tarde. ¿Todo bien? Un beso.

Solté una risa baja. La primera real de toda la noche.

Yo:
No soporto a David.
Era irme o matarlo.

La respuesta llegó casi instantáneamente.

Estela:
Eso suena demasiado drástico. Me preocuparía si no supiera que es mentira.

Negué con la cabeza sonriendo mientras avanzaba lentamente por la Castellana medio vacía.

Yo:
Estás cenando. No deberías preocuparte por mí.

Estela:
Zoa lleva veinte minutos hablando de una compañera del trabajo que se ha enamorado de un monitor de spinning casado. Necesito distraerme.

Imaginé perfectamente a Zoa indignadísima en mitad de un restaurante y tuve que reírme otra vez.

Yo:
¿Y cuál es el diagnóstico psicológico?

Estela:
Que los hombres sois agotadores.

Yo:
Bastante justo.

Tardó unos segundos en responder. Demasiados para una conversación ligera.

Estela:
¿Seguro que va todo bien?

Levanté la vista hacia el retrovisor.
Joder.
Apoyé una mano sobre el volante y solté aire lentamente. Había algo peligroso en ella. Algo que no tenía nada que ver con el sexo ni con los besos ni con cómo me miraba, sino en cómo era, en su conjunto. Estela lo daba todo sin esperar nada, estaba tan segura de sí misma que no dudaba de las personas. Daba la sensación de que tenía muy claro que estaba donde quería estar y que cuando quisiera largarse, lo haría. Sin mirar atrás, sin arrepentirse. Yo tardé en comprenderlo, pero cuando te has ido de tu hogar y de tu persona segura, cuando has perdido tanto mientras ganabas, pierdes el miedo a la vida, al futuro, a las despedidas y a las bienvenidas.

Yo:
No quiero entretenerte. Estás con Zoa.

Estela:
Me gusta que me entretengas.
Puedes contarme lo que quieras. Somos amigos.

Yo:
¿Solo eso?

Estela:
No, aunque te dé miedo.

Lo dijo de broma, supuse, pero dio en el clavo y tuve que coger aire.

Podría haberlo dejado ahí, haber dicho cualquier tontería. "Mañana te cuento." "Nada importante." "Estoy espeso." Lo fácil. Pero con ella empezaba a apetecerme cada vez menos hacer lo fácil.

Yo:
Al padre de mi exmujer le ha dado un infarto.

El silencio después del mensaje duró más. Y durante esos segundos pensé absurdamente en cómo sonaría aquello desde fuera. "Estoy saliendo de un hospital con mi exmujer." "La he abrazado un par de veces". No había forma sencilla de contarlo. Porque era complicado.

Estela:
Lo siento. ¿Está bien?

Yo:
Ha sido grave, pero va a salir adelante.

Esta vez tardó menos.

Estela:
Menos mal.
Y tú, ¿cómo estás?

La pregunta me dejó quieto un segundo en mitad de otro semáforo. Porque nadie me la había hecho en toda la noche. Ni siquiera yo mismo.

Miré las manos sobre el volante. Pensé en Lucía llorando. En su padre. En los abrazos. Y luego pensé en Estela riéndose en una terraza mientras me regalaba un llavero que decía *No te guardes la vida.*

Dos mundos completamente distintos.

Y yo en medio.

Yo:
Muy cansado. Solo eso.

Mentira a medias. Las peores.

Estela:
Pues llega a casa y duerme.
Y mañana te doy un beso de esos que arreglan un poco la vida.

Me reí solo dentro del coche. Y fue extraño darme cuenta de algo tan simple. Que llevaba horas sintiéndome atrapado en recuerdos, hospitales y responsabilidades… y aun así ella conseguía que mi corazón latiera de verdad solo con aparecer en la pantalla.

Yo:
Eso suena bastante bien.

Estela:
Los besos lo curan todo.
Y yo te daré muchos.

Sonreí. Otra vez. De nuevo. De verdad. Es lo que me hacía Estela.

Yo:
Ahora que lo dices…
Estoy muy enfermo.
Necesito mucho de esa medicina.

Estela:
Jajajaja.
Duérmete.
Mañana cena y besos.

Yo:
¿Solo eso?

Estela:
¿Qué más quieres?

Yo:
Desnudarte.
Y que me desnudes.

Estela:
No te he dicho dónde voy a darte los besos.

Armando:
Me duele mucho la polla.

Estela:
Jajajaja.
Bruto.

Yo:
¿Qué quieres?
Tú la pones mala.

Estela:
¿Te espero mañana con uniforme de enfermera?

Yo:
Joder. Estoy cachondo en un semáforo.

Los coches comenzaron a pitar detrás de mí y aceleré. Me miré en el retrovisor y me percaté de cómo había cambiado mi semblante desde hacía unos minutos, desde los mensajes de Estela, desde… Estela.

Estela:
Lo siento.
Bueno, en realidad no.

Yo:
Eres perversa.

Estela:
Sticker de niña asintiendo y riéndose.

Yo:
Sticker de un niño tirándole una piedra a otro.

Estela:
Buenas noches, Armando.

Yo:
Buenas noches, Estela.

Hasta mañana.

Estela:
Hasta mañana.

Mientras seguía conduciendo bajo la lluvia, pensé que quizá el problema no era estar empezando a sentir algo por ella, sino lo mucho que me gustaba sentirlo.

43

ALQUIEN CON INTENCIÓN DE QUEDARSE UN RATO

Estela

La cebolla empezó a quemarse exactamente al mismo tiempo que yo decidía que quizá ponerme rímel para hacer una tortilla francesa era buena idea.

—Perfecto, Estela —murmuré sola, apartando la sartén del fuego —. Cuarenta y cinco años, directora de comunicación y seducida por un hombre que probablemente desayuna proteína en polvo.

Abrí la ventana de la cocina mientras removía la cebolla intentando salvar algo. El piso olía a comida, a domingo y a mí. A libros apilados en la mesa del salón porque llevaba semanas prometiéndome ordenarlos. A la vela de vainilla que había encendido diez minutos antes "para ambientar" y que ahora competía agresivamente con el olor a cebolla chamuscada.

Miré alrededor. Mi casa. Hacía años que nadie entraba en ella de verdad. No hablo de amigas, ni de Álvaro entrando y saliendo como un huracán adolescente, ni de técnicos del aire acondicionado. Hablo de alguien entrando con intención de quedarse un rato. De mirar. De formar parte del espacio aunque fuera por una noche. Y descubrí, mientras ahuecaba unos cojines, que aquello me ponía nerviosa.

—Soy mema —me dije, justo antes de que sonara el timbre y me asustara. Di un salto hacia atrás y casi me caigo sobre la mesita.

Me miré en el reflejo de la televisión apagada.

—Solo es Armando —recordé, y eso fue peor, porque ese hombre me gustaba, y… mucho.

Fui a abrir y ahí estaba él, con una bolsa en una mano y mucha energía en la otra.

—He traído vino —advirtió, con una sonrisa en la boca.

—Tengo vino, idiota —yo también sonreí.

—Son cervezas. —Alzó la bolsa.

—También tengo de esas.

—Hola. —Amplió la sonrisa.

—Hola. —Sentí un escalofrío en el esternón.

Se acercó para besarme y fue raro lo natural que salió. Ninguno dudó. Ninguno midió nada. Solo ocurrió. Un beso rápido, cálido, cotidiano.

—Que traigas cervezas mejora bastante tu entrada —bromeé.

—Pues también traigo pepinillos.

—Vale, ahora mismo eres prácticamente un héroe nacional.

Entró riéndose y cerró la puerta detrás de él.

—Puedes mirar. Sí, mis macetas se mueren —advertí de camino a la cocina.

—Es grande —apuntó desde atrás.

—¿Mi casa?

—Se parece mucho a ti.

—¿Soy grande? —Me giré y lo encontré de frente, a solo un palmo.

—Eres muy grande. —Olí su perfume y me estremecí.

—¿Eso es bueno?

—Sí.

—¿Qué significa exactamente?

Se encogió de hombros mientras dejaba el vino sobre la encimera.

—No sé… Da sensación de vida. De una grande.

Me apoyé en la cocina cruzándome de brazos.

—Eso ha sonado sorprendentemente profundo para alguien que tiene más botes de creatina que vasos en casa.

—Te sorprendería mi mundo interior.

—No creo.

—Haces bien en no creer. —Vino hasta mí y me dio un abrazo. Bueno, fue algo común y consensuado. Porque yo también di un paso hacia él.

Terminamos cocinando juntos porque Armando decidió, sin consultar, que yo era incapaz de cortar un aguacate sin poner en

peligro a la población civil.

—Dame eso. —Me quitó el cuchillo.

—Sé cocinar.

—Estela, acabas de carbonizar una cebolla.

—¡Eso es mentira!

—¡Pero si ni has escondido el cadáver!

—Fue una víctima valiente.

Nos reímos mientras él abría el aguacate con una facilidad irritante.

—¿Quién te enseñó?

—Mi madre. Y TikTok. Entre los dos me han convertido en un hombre de provecho.

—Eso explica muchas cosas.

—¿Como cuáles?

—Tu confianza absurda.

—Mi confianza está basada en hechos.

—Mira qué precisión. —Lo cortó en tiras.

—Es un aguacate, Armando, no una operación a corazón abierto.

—La cocina separa a los hombres de los niños.

—¿Y las mujeres?

—Las mujeres mandáis desde la distancia mientras nosotros hacemos el ridículo intentando impresionaros.

Solté una carcajada.

—Eso sí te lo compro.

La conversación fue saltando de una cosa a otra mientras preparábamos la cena. Álvaro. El trabajo. Un vídeo absurdo que David le había mandado esa mañana de un perro robando empanadas en una boda. Cosas pequeñas. Cómodas. Hasta que llegó al día de ayer y le pregunté por la salud del padre de su exmujer.

—El padre de Lucía está mejor. —Dio un trago a su cerveza.

—Me alegro muchísimo.

—Ha sido un gran susto.

—Normal.

Apoyó la lata sobre la encimera y se quedó unos segundos mirándola.

—Ayer estuvimos hablando bastante. —Ni respondí. Era algo que no me competía—. Y me di cuenta de que me gustaría poder tener otro tipo de relación con ella.

Cogí el plato, coloqué los cubiertos, cualquier cosa que me diera dos segundos extra para ordenar la cara antes que los pensamientos.

—¿Qué tipo de relación?

—No lo sé. Sana. Normal. Poder preocuparme por ella sin que todo sea raro. Ser amigos, supongo.

Me apoyé contra la encimera.

—¿Y crees que eso es posible?

—Yo quiero pensar que sí. David dice que ni de coña.

—David es un filósofo.

—Cree que todos acabaremos llorando en un parking alguna vez.

—Bueno… tampoco va desencaminado.

Se rio. Pero yo seguía pensando. Porque entendía perfectamente lo que decía. Lo entendía demasiado. Después de tantos años con alguien, cortar de golpe debía sentirse antinatural. Cruel incluso. Y aun así… No podía evitar pensar que seguir tan presente en la vida del otro era una forma elegante de no terminar de irse nunca. Pero no quería decirlo. Porque no era mi sitio, no quería sonar insegura ni convertirme en esa mujer.

—¿Tú qué piensas? —cuestionó.

Crucé los brazos.

—Creo que hay relaciones que necesitan distancia antes de convertirse en otra cosa.

No añadí más. Ni "por experiencia". Ni "por salud mental". Ni "porque si no alguien termina haciéndose daño". Nada.

Armando giró la lata varias veces.

—Sí… Puede ser.

—Vas a marearla. —Me miró con una ceja levantada—. La lata.

Y ahí quedó el tema.

Después me señaló con el cuchillo de cocina.

—Por cierto.

—¿Qué?

—Tu nevera da miedo.

—¿Por qué?

—Hay tres yogures caducados desde febrero.

Abrí muchísimo los ojos.

—¡No estaban caducados hace…! —Me callé. Él empezó a reírse.

—Eres un peligro sanitario.

—Pues no te los comas.

—Ya es tarde. Las aceitunas también estaban caducadas.

—¿Estas? —Señalé el cuenco en el que solo quedaba una. Él asintió—. ¿Y por qué no lo has dicho antes?

—Bah, no pasa nada. Yo me como las cosas caducadas.

—¿En serio? —Abrí los ojos—. Vas a morirte.

—Aún no ha pasado. Y menos mal, porque quiero disfrutar esta relación —soltó, y la palabra "relación" se dibujó justo en el espacio que nos separaba, uno muy pequeño. Y lo noté, le cambió el semblante, arrugó la cara.

44

LAS CERVEZAS CAEN DESPACIO, COMO LA FUERZA

Estela

La cena terminó siendo exactamente lo contrario de una cena romántica sofisticada. Y lo bonito y especial entre nosotros era que no intentábamos impresionarnos. Surgía en las tonterías. En lo cotidiano. En los momentos más absurdos. Como cuando se empeñó en abrir una cerveza usando un mechero inexistente convencido de que "los hombres de verdad saben hacerlo".

—¿Dónde está el mechero? —preguntó mirando alrededor de la cocina.

—No tengo mechero.

—¿Cómo que no tienes mechero?

—No fumo desde 2009.

—Necesito uno para abrir esto.

—¿Y por qué no utilizas el abridor que tienes delante de la cara? —Se quedó mirándolo. Luego me miró a mí—. Te ha cambiado la cara cuando has visto el abridor, ¿eh?

—No voy a responder a eso. —Abrió el botellín. Se acabaron las latas que él trajo.

—Querías hacerte el duro.

—Deseaba que vieras otro de mis dones.

—¿Otro? ¿Debería conocer más?

—Eso ha sido un golpe bajo.

Terminamos cenando en el salón, sentados en el suelo porque Armando decidió que mi mesa era "demasiado adulta para un domingo".

—¿Qué significa eso exactamente?

—Que parece una mesa donde la gente habla de hipotecas.

—Yo hablo de hipotecas.

—Por eso digo que es demasiado adulta.

Le tiré una servilleta a la cabeza. Él me lanzó una aceituna. Esta sin caducar. Y así acabamos los dos, riéndonos como dos idiotas.

—Echo de menos a Menina.

—Ella a ti también. Pásate mañana a verla.

—Qué manera de decirme que nos veamos mañana.

—¿Ha sido tan poco disimulado?

—Eres malísimo disimulando.

—Has dejado un tenedor dentro del hummus. —Lo sacó.

—Eso no define a una persona.

—Define exactamente a una persona.

—¿Y cómo soy?

—Caótica.

—Y tú ordenado hasta la obsesión. Pero tranquilo, se te pasará cuando tengas hijos y vayan dejándolo todo tirado. —Lo dije sin más, pero… Daba por hecho de que los tendría y no sería conmigo. ¿Por qué lo pensaba si empezábamos a salir? Y peor… ¿Por qué me dolía un poco pensarlo?

Las cervezas fueron cayendo despacio. Sin exceso. Sin intención de emborracharnos. Nosotros solo estábamos bien. Disfrutando.

—Sí, sí. Y le dijo a la tía que era consultor emocional, que le contara por qué lloraba. Y… Clara, creo que se llamaba, lo abrazó y lloró sobro su hombro. Hasta le dejó los mocos. —Nos partíamos de la risa.

—¿Un moco?

—David se lo quitó con un pañuelo que le pidió a otra tía. No tiene vergüenza.

—¿Y se lio con ella?

—¿Con la mocosa?

Negué.

—Con la del pañuelo.

—Con esa sí.

Me atraganté de la risa.

—Los hombres tenéis una confianza que no merecéis.

—Y vosotras una capacidad increíble para enamoraros de idiotas.

Levanté la cerveza señalándolo.

—¿Tú eres un idiota?

—Me lo has dicho ya varias veces, así que… ten cuidado.

—¿Con qué tengo que tener cuidado?

—Con enamorarte de este idiota.

—Ten cuidado tú. No te vayas a enamorar de mí.

—A mí también me gustan las idiotas.

—¿Y las caóticas?

—Esas mucho más.

Más tarde, cuando ya habíamos dejado los platos amontonados en la cocina "para nuestro yo del futuro", abrí el congelador.

—Tengo helado.

Armando apareció detrás de mí inmediatamente y me rodeó la cintura con los brazos.

—¿Qué tipo de helado? —preguntó en mi hombro.

—¿Por qué has venido tan rápido?

—Porque has pronunciado la palabra mágica.

Solté una risa.

—Chocolate.

—Cásate conmigo.

—Sí, quiero.

—Se lo he preguntado al helado. —Me giré con el ceño muy fruncido y alcé la mano con el bote en la mano, preparada para tirárselo a la cabeza. Él levantó ambas manos en señal de defensa—. Pero está bien saber que estas dispuesta a casarte conmigo. —Me dio un beso en la mejilla y se retiró—. Ha sido un placer conocerte, Estela. Es hora de irme, se me ha hecho muy tarde. Voy… a comprar tabaco. No creo que vuelva —soltó muy serio y sin moverse del sitio.

—Tú no fumas.

—No he fumado nunca.

—No quiero casarme contigo. Al menos hoy, mañana no lo sé.

—Dejaré lo de salir corriendo para mañana. —Nos reímos.

Diez minutos después, sentados en el sofá, seguía observándolo absolutamente fascinada.

—Armando.

—¿Mm?

—Llevas medio bote tú solo.

—No es verdad. —Miró el interior. Quedaba una tristeza marrón pegada al fondo—. Hostia.

Me doblé de la risa.

—¿Cómo puedes comer tantísimo?

—Hago deporte.

—Eso no explica nada. Yo también lo hago.

—Estela, te engañas. Tú vas al gimnasio. No haces deporte. Ejercitas la lengua. Eso lo hacéis muy bien.

—No es normal tu musculatura con las cervezas que te has bebido y el helado que te estás comiendo.

—Mi metabolismo y yo tenemos un acuerdo.

—Es impresionante.

—Gracias.

—No era un cumplido.

Se encogió de hombros mientras seguía comiendo.

—Lo aceptaré igual.

Me apoyé contra el respaldo del sofá y lo miré, todavía riéndome un poco. Y fue ahí, en una imagen completamente absurda, un hombre de treinta años devorando helado de chocolate con una cuchara enorme mientras discutía seriamente sobre si el bote seguía técnicamente lleno o vacío, cuando me golpeó otra vez esa sensación peligrosa. La felicidad pequeña. No la euforia de grandes momentos. No. Esta. La del desorden, la risa, la facilidad, sentir que alguien encaja en tu vida de repente, como esa pieza del puzle que abandonaste sin terminar hace tiempo y que ni siquiera te importaba.

—¿Por qué me miras así?

Pillada.

—¿Así cómo?

—Así. —Parpadeó y le tiré un cojín.

—Estaba pensando que comes como un oso saliendo de la hibernación.

—Eso tiene más sentido.

—Mucho más.

—Bien.

Se acercó con el bote todavía en la mano y me dio un beso rápido, frío por el helado, divertido, inesperadamente tierno.

Y cuando se separó, señaló la cuchara.

—Queda un poco. ¿Quieres?

Miré el fondo vacío.

—Eres un sinvergüenza.

—Pero feliz.

—Lo peor de todo es que yo también.

—¿Sinvergüenza?

—Feliz.

—Te hago feliz.

—Un poco.

—Eso me gusta. —Chupó la cuchara como colofón.

45

ARMAGEDDON

Estela

La película llevaba empezada más de media hora y Armando seguía diciendo cada diez minutos que Bruce Willis tenía "cara de hombre agotado de pagar facturas". Estábamos en mi casa.

—Tiene cara de señor que sabe cambiar una rueda y arreglar una tubería —corregí.

—Eso es exactamente lo que he dicho.

—No. Tú has dicho "padre divorciado que desayuna ibuprofeno".

—Porque es verdad.

Sonreí mientras me acomodaba mejor en el sofá con la manta sobre las piernas y la cerveza fría entre las manos. Armageddon avanzaba en la pantalla: explosiones, música épica y gente guapísima sufriendo muchísimo en cámara lenta.

Pero debajo de todo aquello había otra cosa. El amor. El miedo a perder. La necesidad absurda de salvar a alguien aunque el mundo entero se estuviera rompiendo. Y quizá por eso me gustaba tanto esa película.

—A mí esta parte me mata —murmuré cuando el personaje de Bruce Willis miró a su hija antes de quedarse atrás.

Armando dejó la cerveza sobre la mesa.

—Es dura. Pero bonita.

—Es traumática.

—Te gustan las historias tristes. —Rio bajito.

—No me gustan tristes. Me gustan reales.

—¿Salvar el planeta perforando un asteroide te parece real?

—No hablo de eso.

La pantalla iluminaba el salón a ratos. Azul. Naranja. Sombras moviéndose sobre las paredes. Armando estaba medio tumbado a mi lado, con una pierna doblada y el brazo apoyado detrás de mí. Había confianza en la postura. Cotidianidad. Y descubrí que esa

clase de intimidad era mucho más peligrosa que cualquier escena apasionada. Porque el deseo puede ser momentáneo. Pero la comodidad… se queda.

—A mí lo que me descoloca —manifestó sin apartar la vista de la película— es que el tío sabe perfectamente que no va a volver. Y aun así se queda.

—Supongo que cuando quieres mucho a alguien haces cosas desproporcionadas.

—Incoherentes. —Frunció el ceño y le di un codazo—. Vale, vale —rio—. ¿Cómo cuáles?

—¿Ves incoherente dar tu vida para salvar el mundo?

—Digo… reales.

—Qué sé yo… renunciar a cosas, perdonar demasiado, aguantar más de la cuenta.

—Eso no siempre es amor.

—¿Qué es entonces?

Tardó un poco en responder.

—Miedo a perder. —Nuestro mundo se detuvo mientras en la pantalla seguía explotando.

Supongo que esto no quería verbalizarlo, pero con Armando me sentía libre de hablar… sin más.

—Quizá todas las historias de amor importantes tienen un poco de Armageddon dentro. Esa sensación constante de estar acercándote a algo precioso y peligroso al mismo tiempo. Algo capaz de salvarte… o destrozarte entera. —Me toqué el pecho. Él no me quitaba la vista de encima, sorprendido por mi disertación, supuse.

—¿Sabes qué pasa?

—¿Qué?

—Que si el mundo fuera a acabarse mañana, tú serías de las personas que intentarían seguir viviendo como si no pasara nada.

—Eso es mentira. —Me reí.

—Se te olvidaría que viene un meteorito y que, con total seguridad, caería sobre tu casa. —Reíamos.

—Pero… ¡¿por qué piensas eso?! —Levanté las cejas, divertida—. Y tú organizarías algo. Harías listas. Ordenarías los zapatos.

—Jajaja. ¿Y eso es malo?

—¿Por qué lo harías? ¿Para qué? ¡Si nos vamos a morir! Mejor vivir los minutos que nos quedan. —Soltamos algunas carcajadas más.

—Buscaría a las personas que quiero. Sí. Eso es lo que haría en realidad —aseguró cuando las risas se fueron apagando. Y yo tuve que mirar otra vez la televisión para disimular que algo dentro de mí acababa de desordenarse un poco. ¿Yo estaría entre esas personas? Casi acabábamos de conocernos.

La película terminó y el salón quedó en silencio unos segundos mientras empezaban los créditos. Sonaba aquella canción triste gigantesca de los noventa *I Don`t Want to Miss a Thing* y yo sabía perfectamente que Armando iba a burlarse. No me decepcionó.

—¿Quién escucha esto voluntariamente sin querer cortarse las venas?

—Respeta el arte. —Le di un golpe con el cojín, se removió, cogió otro y me cubrió la cara con él, tratando de ahogarme— ¡Déjame! ¡Me ahogo! —gritaba entre risas, pataleaba e intentaba quitármelo de encima, sin embargo, fue uno de esos momentos que no deseas que acaben nunca, de los que guardas en un rinconcito de tu alma, de bonitos recuerdos, de esos a los que volverías mil veces en cualquier silencio.

Cuando quitó el cojín, me estaba mirando y sonriendo. Pero aquello fue cambiando, mutando, muy lento. Sus pupilas se fijaron en las mías. Me apartó un mechón de pelo, y noté cómo mi respiración se desordenaba y durante un rato, ninguno pisó el freno. Y me besó, suave, sin hambre todavía, sin querer romper el momento: La tensión, las ganas y un millón de cosas que ambos nos negábamos desde que abrí la puerta de casa.

Hay personas que besan bien. Y luego están las que besan como si escribieran un poema con una caligrafía perfecta.

Oh, oh…

Las cervezas terminaron olvidadas sobre la mesa cuando me acerqué más a él y acabé sentada sobre sus piernas casi sin darme cuenta. Sus manos recorrieron mi cintura lánguidamente mientras yo

le besaba despacio y notaba cómo sonreía un poco cada vez que mi boca rozaba su cuello.

—No me mires así —murmuró.

—¿Así cómo? —suspiré sobre sus labios.

—Así…

—No sé mirarte de otra manera…

—Pues deja de hacerlo… —Y me besó otra vez antes de que pudiera responder.

Y mientras su boca era ahora la que recorría mi cuello, yo cerré los ojos, lo agarré de la camiseta y pensé algo que me removió por dentro: Que quizá Armando era exactamente eso de lo que una debería mantenerse lejos.

Mi Armageddon.

El tipo de historia que una vive sabiendo que puede acabar mal… y aun así no tiene ninguna intención de detenerlo.

—Tu salón es peligroso —dijo entre un leve gemido.

—¿Por qué?

—Porque uno se sienta aquí y ya no quiere irse.

—Eso es porque has bebido cerveza barata.

—Hablo en serio.

—Tú nunca hablas en serio.

—Ahora mismo sí.

—Estás borracho —sonreí sin despegarme de su boca.

—Llevas razón, pero yo también.

—¿En qué?

—En que contigo me siento en casa.

—Estás tonto.

—Muchísimo. —Me miró después de decirlo, sin bromear ya del todo. Y yo sentí esa pequeña tensión bajo la piel que surgía cada vez que Armando dejaba de esconderse detrás del humor durante unos segundos. Porque lo hacía, y mucho. Ya me había dado cuenta de que ese chico estaba muerto de miedo, aunque aún no hemos llegado a eso. Me costó verlo y hasta entenderlo, porque yo soy una valiente, y los valientes mueren los primeros, pero a nosotros… ni eso nos da miedo. ¿Miedo? Miedo perderte la vida, dejar escapar un sueño, no atreverte a sentir a lo grande, no besar con los ojos

abiertos, no reír porque puedes ahogarte, no comerte el mundo a bocados por terror a atragantarte. Los valientes no medimos consecuencias, tampoco nos importa el desastre. Las heridas las curamos, pero no vamos a evitarlas por miedo a perdernos algo.

Y Armando me hacía sentir algo cautivador y extraño, estar con alguien que consigue que el tiempo se mueva distinto, más suave, más lento… De alguna manera, el mundo deja de empujar tanto, de moverse… para hacerse eterno.

—Esto está siendo muy intenso para un domingo.

—Cállate, no lo estropees. —Enmudecimos entre besos. Porque hay besos que se dan con hambre y otros que tienen memoria. Los nuestros empezaban a tener las dos cosas.

—Qué bien me caes —soltó, acariciándome la espalda, y no me pasó desapercibida la frase, porque para nosotros tenía otro sentido, uno diferente que para el resto, y eso me gustaba, tener algo solo nuestro, que nadie más entendiera ni utilizara, palabras dentro de nuestro pequeño universo.

No sabía si me quería ni necesitaba saberlo en ese momento, pero aquel "qué bien me caes" para mí se asemejaba mucho a un "te quiero".

Lo sé, qué falta de ovarios y qué falta de huevos, qué poco valor querer a alguien y esconderlo.

46

BESOS ININTERRUMPIDOS Y ROPA CAYENDO

Estela

Le quité la camiseta con lentitud y él levantó los brazos.

—Qué obediente eres cuando quieres.

—No te acostumbres.

—Demasiado tarde. —Me reí contra su boca y terminamos moviéndonos torpemente por el sofá, chocando con cojines, con la manta, con nuestras propias piernas. En un momento dado intenté levantarme y terminé tropezando con la alfombra.

—Joder.

Armando soltó una carcajada.

—Ven aquí.

—Estoy perdiendo muchísimo misterio.

—No tenías mucho desde lo de los yogures caducados.

—Eso fue un momento de vulnerabilidad.

—Eso es terrorismo alimentario.

—¡Pero si tú has dejado que comiéramos pepinillos caducados!— Lo empujé riéndome y él me agarró de la cintura acercándome otra vez hasta dejarme pegada a su cuerpo—. El final es morirnos.

—Y el de todo el mundo.

—Vamos a aprovechar mientras estemos vivos.

—Estoy de acuerdo con eso. —Nos besamos de nuevo.

No sé exactamente cuándo dejamos de bromear. Solo recuerdo sus manos recorriéndome la piel sin prisas.

Llegamos al dormitorio entre besos interrumpidos y ropa cayendo por cualquier sitio. Mis vaqueros terminaron junto a la puerta. El suyo en algún punto del pasillo. Y en medio de todo aquello seguíamos riéndonos a ratos, mirándonos demasiado, tocándonos como si todavía estuviéramos descubriendo algo nuevo. Y quizá era

eso precisamente. Que el deseo cambia cuando empiezas a conocer a alguien de verdad. Se vuelve más íntimo, más preciso, más difícil de olvidar.

Armando me tumbó despacio sobre la cama y me observó unos segundos en silencio.

—No me mires así… —lo parafraseé.

—No puedo mirarte de otra manera —me imitó también.

Esa miniconversación me puso más nerviosa que si me desnudara.

Lo besé para romper el momento antes de empezar a pensar demasiado. Porque conmigo el problema siempre había sido ese: cuando pensaba demasiado, terminaba huyendo un poco de todo. Pero con Armando cada vez costaba más escapar.

Me di cuenta de que a la habitación la envolvía la luz de una luna plateada y que las sábanas eran de lino egipcio.

—Estás sábanas son caras… —musité, porque a veces pienso en voz alta.

—¿Qué más da?

—Yo las compro en el chino de la esquina.

—Cállate ya. —Reímos.

Armando y yo ya nos habíamos entregado varias veces antes, pero aquella noche todo era distinto, al menos a mis ojos. Cada mirada me rozaba la piel diferente, igual que a él, lo había verbalizado.

Él estaba encima de mí, sosteniendo su peso sobre los antebrazos para no aplastarme. Sus ojos oscuros me miraban con una intensidad que me desnudaba el alma. Me puse seria, nerviosa y deseosa al mismo tiempo, y enredé los dedos en su cabello negro y espeso, atrayéndolo hacia mí.

Nuestros labios se encontraron en un beso lento, cargado de familiaridad y nueva urgencia. Sabía exactamente cómo besarme: primero suave, casi reverente, y luego más profundo, con su lengua explorando la mía con maestría. Gemí contra su boca, arqueando la espalda para sentir su cuerpo firme pegado al mío. Sus manos descendieron por mis costados, delineando mi cintura y mis caderas. Enganchó los dedos bajo mi camiseta y la subió con lentitud

deliberada, como si estuviera desenvolviendo un regalo que ya conocía pero que aún le fascinaba.

Cuando la tela desapareció, sus ojos recorrieron mi cuerpo desnudo con hambre y adoración.

—Estás buena —su voz ronca me provocó un escalofrío. Lo que dijo, una risa.

—Qué romántico.

—Es verdad.

Bajó la cabeza y capturó uno de mis pechos con la boca. Su lengua cálida trazó círculos alrededor de mi pezón antes de succionarlo con esa presión perfecta que él ya sabía que me volvía loca. Jadeé, clavando las uñas en sus hombros anchos. Su otra mano atendía mi otro pecho, pellizcando y enviando descargas directas a mi vientre. Ya estaba húmeda, preparada para él, pero Armando nunca tenía prisa.

Siguió bajando, besando cada centímetro de mi piel: el valle entre mis pechos, mi abdomen, el hueso de mi cadera. Separó mis muslos y sentí su aliento caliente sobre mi sexo. Me estremecí. La primera pasada de su lengua entre mis pliegues siempre me arrancaba un gemido largo y profundo.

Lamió lentamente, saboreándome, concentrándose en mi clítoris hinchado con círculos precisos mientras dos de sus dedos largos se hundían en mí, curvándose para tocar ese punto que me hacía ver estrellas. Mis caderas se movían por voluntad propia, buscando más fricción. Lo agarré del cabello, sin saber si quería apartarlo o apretarlo más contra mí.

—Armando… —susurré su nombre como una plegaria.

El placer se fue acumulando en oleadas intensas. Conocía mi cuerpo tan bien que supo exactamente cuándo acelerar. Mis muslos temblaron alrededor de su cabeza y, de pronto, el orgasmo me atravesó con fuerza. Me contraje alrededor de sus dedos mientras el placer me recorría, dejando mi cuerpo tembloroso y mi respiración entrecortada.

Armando subió por mi cuerpo, besándome a su paso, y probé mi propio sabor en sus labios cuando me besó. Sentí su erección, dura y caliente, presionando contra mi muslo. Lo deseaba con una

intensidad que iba más allá del puro deseo físico; quería sentirlo dentro, unido a mí de la manera más íntima posible.

Bajé sus slips y liberé su miembro. Lo acaricié con lentitud y disfruté de cómo se tensaba bajo mi palma y del gemido grave que escapó de su garganta.

—No puedo esperar más… —murmuró.

Se posicionó entre mis piernas y frotó la cabeza de su pene contra mi entrada resbaladiza, provocándome. Lo miré a los ojos, transmitiéndole todo lo que sentía sin necesidad de palabras. Entonces, con una embestida lenta y profunda, se hundió completamente en mí.

Gemimos al unísono. La sensación de plenitud era exquisita; me llenaba por completo, estirándome de esa forma tan deliciosa y familiar. Permanecimos así unos segundos, mirándonos, respirando el mismo aire. En ese instante sentí con claridad que me estaba enamorando de él: de su fuerza, de su ternura, de cómo me hacía sentir.

Armando comenzó a moverse. Sus caderas se mecían con un ritmo elegante, saliendo casi por completo antes de volver a entrar con profundidad. Cada embestida hacía que mi cuerpo vibrara. Enredé las piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo más adentro, y él deslizó una mano entre nosotros para frotar mi clítoris con el pulgar mientras aceleraba el ritmo.

Nuestros cuerpos se conocían ya, pero aquella noche la conexión era más intensa. Sus embestidas se volvieron más profundas, más urgentes. El sonido de nuestra piel chocando, mis gemidos cada vez más altos y sus gruñidos graves llenaban el dormitorio. Sentía cómo se tensaba dentro de mí, cómo su control empezaba a resquebrajarse.

—Juntos… —supliqué, sintiendo que el segundo orgasmo se acercaba como una tormenta.

Armando aumentó la intensidad, penetrándome con fuerza controlada y precisión. El placer explotó en mí con violencia dulce: me contraje alrededor de él.

—Armando… Armando… —Mi orgasmo desencadenó el suyo. Con un gemido ronco y prolongado, se hundió hasta el fondo y se

derramó dentro de mí, pulsando con fuerza mientras su cuerpo temblaba sobre el mío.

Nos quedamos unidos durante un largo rato, respirando. Armando rodó hacia un lado sin salir de mí y me atrajo contra su pecho. Sus dedos acariciaban mi espalda con infinita ternura, trazando patrones invisibles sobre mi piel sudorosa. Besé su cuello, inhalando su aroma masculino mezclado con el nuestro.

—¿Estás bien?—susurró contra mi cabello, con una vulnerabilidad que me derritió.

—Sí, ¿y tú? —Me acurruqué más cerca de él.

—Más de lo que imaginaba posible.

Fue sexo, pero también amor. Lo supe cuando sus manos me acariciaban sin necesidad de llegar a ningún sitio, cuando me besó la frente en la oscuridad, cuando la sensación de cercanía se volvió evidente. Porque el sexo deja de ser solo sexo cuando alguien empieza a tratarte con cuidado incluso después. Y Armando lo hacía. Sin darse cuenta. De manera natural.

47

CUANDO LA SONRISA COMIENZA A PREOCUPARTE

Armando

¿Qué es eso? ¿El edificio se está quemando? ¿Vienen los bomberos? Es lo primero que pensé al abrir los ojos, lo juro, me saltó una alarma en el cerebro. Después entendí que algo sonaba a todo volumen, que además ardía, pero el fuego estaba dentro.

Tardé en entender que era mi despertador.

Mi móvil sonaba y vibraba sobre la mesita de noche con una insistencia criminal mientras yo intentaba recordar dónde estaba exactamente y por qué tenía el brazo dormido. Noté a Estela encima. Literalmente encima. Medio abrazada a mí, con una pierna cruzada sobre mi cintura y el pelo completamente desordenado tapándole media cara. Dormía profundamente, respiraba despacio, ajena al sonido infernal del móvil y al hecho de que me había dejado sin circulación sanguínea desde aproximadamente las tres de la mañana.

Sonreí. Y eso ya empezó a preocuparme.

Apagué la alarma a tientas tratando de no moverme demasiado, pero en cuanto levanté un poco el brazo, Estela frunció la nariz y abrió un ojo.

—¿Qué hora es? —murmuró.

—Muy temprano.

—Entonces no me hables.

Volvió a cerrar los ojos inmediatamente.

Me reí bajito.

—Tengo que estar en el trabajo en una hora.

—No te vayas —soltó sin drama, aún dormida, sin intención, y eso me atravesó más de la cuenta.

La miré unos segundos. El rímel ligeramente corrido de la noche anterior, la marca de la almohada en la mejilla, la boca hinchada todavía de besos y sueño. No había nada espectacular en ese momento. Nada de película. Y aun así me pareció una de las imágenes más bonitas que había visto en mucho tiempo. Porque la intimidad de verdad probablemente se parece más a esto que a cualquier otra cosa, más que mantener sexo, más que follarla como anoche, más que sentir su piel caliente contra la mía y su humedad envolviéndome.

Estela abrió otra vez un ojo.

—¿Por qué me miras así? Soy un oso panda, no me lo digas.

—Eres un payaso.

—Gracias.

—Estoy pensando…

—No lo hagas tan temprano. Es peligrosísimo.

No sabía ella cuánto.

Me reí otra vez y estiró una mano buscando mi cara a ciegas hasta tocarme la barba. Luego bajó por el pecho, el vientre y se detuvo entre mis piernas.

—Armando ya está armado.

Solté una carcajada que retumbó en las paredes, el suelo y volvió a mi cuerpo.

—¿De verdad tienes cuarenta y cinco años?

—Pero no pierdo el talento. —De nuevo, me hizo reír—. ¿Cuándo se le ocurrió a tus padres que llamarte Armando era una buena idea?

—Yo también me lo he preguntado a veces.

—Normal. *Pobesito…* ¿Has crecido traumado?

—Mucho, como tu hijo.

Estela rio tanto que movía la cama con las convulsiones. Me acordé de unas horas antes, de sus orgasmos, de sus mejillas sonrojadas, de su boca abierta, de sus pechos redondos y su cintura estrecha. De sus gemidos, de su piel caliente… Aún olía a sexo entre nosotros.

Se incorporó un poco para besarme y aquel beso supo exactamente a lo que era: madrugada, sueño y demasiada confianza

acumulándose demasiado rápido. Y ahí volvió esa sensación. La peligrosa. La de estar demasiado cómodo.

Fue la primera vez que me dio vértigo. Porque aquello no había conllevado esfuerzo, tampoco fue amor a primera vista, aunque me había fijado en ella desde el primer momento y, como tengo una gran confianza en mí mismo, dejé que pasara el tiempo, que llegara el momento adecuado, sin perder la esperanza de conocerla de manera íntima, y lo había conseguido, sin embargo…

Besos y risas, ¿hay algo mejor que eso? Yo creo que no, y me aterraba. Porque nos besábamos, pero sin dejar de bromear, a pesar de que yo trataba de ponerme serio.

—Estoy a punto de decir algo profundo —dijo Estela.

—Te empujo fuera de la cama y salgo corriendo.

—¿Asesinato exprés?

—La fuga será aún más rápida.

—Jajaja. Eres muy idiota.

—Lo sé.

—Y no haces nada por evitarlo.

—A ti te gusto así.

—A mí me gusta tu cuerpo. —Lamió mi cuello y lo encogí haciendo una mueca. Ella me miró y se partió de la risa.

—Pareces un meme. Jajaja.

La agarré de la cintura y la coloqué a ahorcajadas sobre mi pelvis, su sexo rozó el mío, erecto.

Insisto, qué peligroso alguien que consigue hacerte reír y estremecer al mismo tiempo.

La observé con atención, a ella y a su desnudez.

—Ahora eres tú el que va a decir algo intenso —anotó bromeando.

—Eso quisieras tú.

—Pues avisa antes y me preparo, que no me lo espero. A ver si va a darme un infarto.

La besé para callarla y noté cómo se acercaba inmediatamente más a mí, buscando calor, contacto, cercanía… como si llevara haciéndolo toda la vida. Y eso fue lo que terminó desordenándome

entero. La naturalidad y… la paz. Porque entendía el deseo y el sexo, y lo quería, pero lo otro… Ni me atrevía a hablarlo conmigo mismo. Estela se había convertido, de pronto, en un lugar bonito y seguro.

Despertarme en casa de alguien y sentir que no me sobraba nada. Que no estaba incómodo. Que no tenía ganas de salir corriendo inmediatamente después. Al contrario. Quería quedarme. Y no estaba seguro de qué coño significaba eso.

Follamos otra vez, o hicimos el amor, ¡yo qué sé! Casi ni hablamos, todavía atrapados en esa calma extraña que tienen las mañanas cuando nadie tiene prisa real por volver al mundo. La luz sutil del dormitorio, las sábanas desordenadas, su risa pequeña cuando le besé el hombro y dijo que odiaba madrugar, pero conmigo "hacía excepciones históricas".

Y yo pensé algo todavía peor. Que empezaba a conocer exactamente qué cosas decirle para hacerla sonreír. Y que me gustaba demasiado descubrirlo.

48

CUANDO PENSAR EN ELLA SE CONVIRTIÓ EN DEPORTE OLÍMPICO

Armando

Nos quedamos un rato más enredados entre las sábanas, respirábamos despacio, todavía medio dormidos. Estela tenía la cabeza apoyada sobre mi pecho y dibujaba líneas absurdas con el dedo sobre mi estómago mientras yo miraba el techo e intentaba no pensar demasiado.

Fracaso absoluto.

Con ella pensar demasiado se había convertido en deporte olímpico.

—¿Sabes qué he descubierto? —murmuró.

—Que soy increíble. —Me dio un pellizco—. Ilumíname.

—Roncas un poco. —Giré la cabeza lentamente hacia ella—. Roncas —reafirmó.

—Eso es mentira.

—Haces así —hizo un ruido extraño con la boca.

—Eso no es ronquido.

—Es que no me sale igual. Eres el Pato Donald.

—No quería decírtelo por ser elegante, pero tú eres un bulldog asmático.

Se rio tan fuerte que yo terminé riéndome. Escondió la cara contra mi pecho y su aliento me calentó la piel. Y otra vez esa sensación de felicidad simple y absurda, pequeña, muy pequeña. Porque nadie te avisa de que enamorarte de verdad casi nunca ocurre en los grandes momentos. Sucede aquí. En una cama deshecha un lunes a las seis y media de la mañana mientras una mujer se ríe de tus ronquidos.

—Tengo que levantarme ya —dije finalmente.

—No.

—Lamentablemente sí.

—Jo…

—Tengo trabajo.

—Yo también y mírame. Estoy priorizando el a…

—¿Vas a decir amor? —grazné.

—No, no. Iba a decir el a…

—Amorfa.

—¿Quéééé?

—Jajaja. Estás loca. —Me incorporé—. Me voy, antes de que me des un anillo.

—Uy. —Levantó una ceja de inmediato.

—¿Qué?

—Te has asustado. No he dicho nada.

—Pero ibas a hacerlo. —Cogí los pantalones—. ¿Te importa que me dé una ducha? Me encanta tu olor, pero no voy a llegar así a la oficina.

—Por favor. —Alzó la mano e hizo un movimiento—. Cobarde —susurró.

—¡Te he escuchado!

Entré al baño con una sonrisa de oreja a oreja y abrí el grifo de la ducha para despejarme la cabeza. De nuevo, erré en el intento. Porque Estela apareció dos minutos después completamente desnuda, despeinada y con cara de sueño, se apoyó en el marco de la puerta de manera muy natural, y con probabilidad fue porque empezaba a serlo.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Ahorrar agua. Soy una ciudadana responsable.

—Eso es mentira.

—Muy de mentira. —Entró en la ducha conmigo. Su cuerpo contra el mío bajo el agua caliente, sus manos apartándose el pelo mojado hacia atrás, la calma con la que me besó y me abrazó. Y… me llegó el golpe, el de verdad. La imagen completa de ella en mi vida. No una noche, no un lío, no algo pasajero. Ella. En mi rutina. En mis mañanas, en mis domingos, en mis días… No me disgustó, pero… me agobié un poco, y quizá fue por eso, ella me daba miedo, lo que me hacía sentir me aterraba, porque jamás me hubiera imaginado

sentirme así de bien tan pronto con nadie ni plantearme otra cosa que no fuera follar de vez en cuando.

Apoyé la frente contra la pared fría de la ducha mientras Estela se reía porque acababa de tirarme el bote de champú al pie.

—Hostia.

—Perdón.

—Esto es maltrato.

—No exageres.

—Creo que me has roto un dedo.

—Qué sensible eres para medir metro noventa.

—No mido tanto. —Volví a besarla. Porque si seguía hablando iba a seguir haciéndome sentir exactamente eso que no quería sentir.

Casa.

Cuando salí del portal cuarenta minutos después, con el pelo todavía húmedo y el café que Estela me había obligado a llevarme quemándome la mano, me detuve un segundo en mitad de la acera. El barrio despertaba despacio. Una señora paseaba un yorkshire histérico. Un repartidor descargaba cajas. La persiana del chino subía con ruido metálico. Me acordé de las sábanas. Sonreí. Vida normal. Vida corriente. Y de repente me faltó el aire un instante. Porque entendí algo que llevaba semanas intentando no mirar de frente. Yo me había separado para recuperar mi vida. Para sentirme libre otra vez. Para no volver a vivir atrapado dentro de una rutina que me hiciera olvidar quién era. Y sin embargo… ahí estaba. Saliendo de casa de Estela después de pasar la noche con ella, desayunar juntos y ducharnos y reír como una pareja que llevaba años compartiendo mañanas.

Me pasé una mano por la barba lentamente. ¿Qué coño estaba pasando? Porque aquello no era lo que había buscado. No era lo que quería encontrar. Y aun así… cuando pensaba en ella, el pecho no se cerraba. Se abría.

Joder, estoy acojonado.

El teléfono sonó justo cuando iba a arrancar el coche. Me quedé mirando la pantalla unos segundos.

Lucía.

Todavía había cosas suyas repartidas por mi vida de una forma extraña. No físicas. Nada de camisetas ni cepillos de dientes en vasos. Me refiero a costumbres, inercia, como la sensación automática de que debía responder siempre que llamara, de preocuparme si estaba mal, de reconocer incluso el silencio que hacía antes de decir algo importante.

Descolgué.

—¿Sí?

—Hola… Perdona. ¿Te pillo mal?

Miré un momento hacia el edificio de Estela. La ventana de la cocina seguía abierta. Desde abajo alcanzaba a verla moverse dentro de casa, seguramente recogiendo algo, poniendo orden mientras tarareaba canciones que nunca se sabía bien. Y de repente aquella imagen me dio una calma rarísima.

—No, dime.

Escuché ruido al otro lado. Una puerta metálica. Algo arrastrándose.

—He estado ordenando el cuartillo y he encontrado tu bicicleta.

Se me escapó una risa pequeña.

—Pensaba que había desaparecido.

—Hace mucho que no la coges. Pero sigue aquí. —Eso también me hizo gracia. Porque era verdad. Habíamos acumulado tantas cosas durante años que algunas ni siquiera recordábamos que seguían existiendo— ¿La quieres?

—Sí, claro. Paso esta tarde y me la llevo. Si te viene bien.

—Vale.

Hubo un silencio breve después de eso. No incómodo. Nunca había sido incómodo hablar con Lucía. Ese era precisamente parte del problema. Habíamos aprendido tan bien a convivir juntos que incluso separarnos necesitaba práctica.

—¿Cómo estás? —preguntó finalmente.

Levanté la vista otra vez hacia la ventana de Estela. Y pensé en ella descalza en la cocina, riéndose mientras me obligaba a llevarme un café "porque la gente que madruga sin cafeína se duerme sobre el ordenador y eso es poco profesional".

Sonreí sin darme cuenta.

—Bien.

—Me alegro —dijo suavemente.

—¿Y tú?

—Mejor. Mi padre está más estable. Mi madre ya ha empezado a discutir con las enfermeras, así que supongo que eso significa que todo vuelve a la normalidad.

Me reí.

—Entonces ya podéis respirar.

—Sí… Supongo que sí. —Otra pausa pequeña. Después habló más bajo—. Gracias por ayer, Armando.

Apoyé la cabeza un segundo contra el respaldo.

—No hace falta que me des las gracias.

—Sí hace falta.

Y ahí apareció otra vez esa sensación complicada de explicar. Porque yo ya no quería a Lucía como antes. Eso era verdad. Lo sabía desde hacía mucho tiempo. Pero también era verdad que había sido mi familia durante años. Habíamos crecido juntos. Aprendido juntos. Equivocándonos juntos.

Hay personas que dejan de ser tu pareja sin dejar de importar nunca del todo. Y eso no convierte a nadie en mala persona. Solo en alguien que compartió demasiada vida contigo.

—Luego paso por la bici.

—Vale. Cuídate.

—Tú también.

Cuando colgué, me quedé unos segundos quieto dentro del coche. Pensando. Lucía había sido buena conmigo. Mucho. Me quiso de verdad. Y yo también la quise a ella. A nuestra manera. Con la intensidad torpe de dos personas demasiado jóvenes intentando construir una vida antes incluso de entender quiénes eran. Pero con el tiempo empecé a sentirme raro dentro de esa vida. No atrapado exactamente. Perdido. Me dejé de escuchar a mí mismo durante demasiado tiempo. Con Lucía todo terminó girando alrededor de responsabilidades, horarios, estabilidad, problemas pendientes. Alrededor de ella. Y no era culpa suya. Tampoco mía del todo. Simplemente ocurrió. La relación empezó a ocupar tanto espacio que

un día me di cuenta de que llevaba meses sin hacer cosas que me hacían sentir vivo. Y eso da muchísimo miedo. Porque hay rupturas que nacen del desamor. Pero otras nacen de algo todavía más triste: dejar de reconocerte dentro de tu propia vida.

Con Estela me pasaba justo lo contrario. Ella no me hacía más pequeño para entrar. Me expandía la vida. Con ella no sentía que tuviera que dejar cosas atrás para quererla. No me alejaba de mis amigos. No desaparecía dentro de una rutina que me pesara encima del pecho. Al contrario. Me reía más. Dormía mejor. Volvía a disfrutar de tonterías que había olvidado.

Con Estela la vida no era una lista de obligaciones, sino… vida.

Y quizá por eso me asustaba tanto. Porque yo me había separado pensando que necesitaba estar solo para volver a encontrarme. Y empecé a sospechar que podía encontrarme con ella al lado.

49

CUANDO NADA ES NORMAL

Estela

Descubrí que Armando me gustaba demasiado mientras corregía una campaña de yogures probióticos (y me recordó a él) y Samuel discutía con la impresora y la maltrataba (y me acordé de cuando follábamos -sin comentarios-).

—Te estoy diciendo que esto no es normal —protestó él, y golpeó la máquina—. Tiene algo personal contra mí.

—La impresora sabe cosas —murmuró Zoa sin apartar la vista de la pantalla.

—¿Qué cosas?

—Que llevas pantalones beis, un gusto pésimo.

Samuel giró la cabeza lentamente.

—El beige es elegancia europea.

—El beige te lo pones cuando vas a firmar un divorcio amistoso.

Solté una risa sin querer mientras removía el café ya frío que llevaba olvidado casi una hora encima de la mesa. La oficina estaba especialmente caótica aquella mañana. Teléfonos sonando, gente entrando y saliendo de las salas de reuniones, alguien gritando desde el otro lado que "el cliente no puede querer más azul porque ya parece un anuncio de dentífrico".

Y yo ahí sentada pensando en cómo Armando había salido de mi casa aquella mañana besándome el hombro antes de irse. Porque los recuerdos importantes no siempre se quedan de escenas grandes, sino de una mano en la espalda al pasar por la cocina, una risa, un "te veo luego", "pasa un buen día"…

—Vale, te pasa algo —notó Zoa de repente.

—¿Qué?

—Llevas sonriendo sola diez minutos. No lo niegues, por favor. Darío y yo llevamos observándote desde hace rato como si fueras un documental de apareamiento.

—Confirmo. —Nuestro compañero levantó la mano.

—Estáis enfermos.

—Y tú enamorada —disparó Zoa directamente.

El pecho me dio un golpe pequeño y molesto.

—¡No estoy enamorada!

Zoa arqueó una ceja.

—Vale. Entonces dime una cosa.

—¿Qué?

—¿Cuántas veces has mirado el móvil en la última hora?

—Porque tengo conversaciones con clientes.

Zoa soltó una sonrisa lenta, de amiga que ya sabe exactamente lo que está pasando antes incluso de que tú lo admitas.

—Ahí está. El engaño. Hacia ti misma y hacia nosotros, tus amigos y compañeros.

Me dejé caer contra el respaldo de la silla.

—Es que… no sé qué me está pasando.

—Claro que lo sabes.

—No, Zoa. Hablo en serio.

—¿Te hace feliz?

—Sí —suspiré.

Zoa apoyó el codo sobre la mesa.

—Pues ya está.

—No, no está. Armando acaba de separarse. Yo le saco quince años. Él dice que no quiere una relación seria. Yo sí sé cómo terminan estas cosas.

—¿Y cómo terminan?

Me reí sin humor.

—Fatal.

—Todas las historias terminan fatal si las analizas suficiente tiempo.

Samuel apareció entonces con la impresora derrotada detrás.

—¿Estamos hablando del vecino sexi?

—Estamos hablando de que Estela está entrando en terreno pantanoso —respondió Zoa—. El hombre da igual.

—Y que voy a caerme con todo el equipo —parafraseé a mi hijo.

—A nosotros no nos hundes contigo —indicó mi amiga, y le lancé un bolígrafo.

—Me has entendido perfectamente.

Samuel se sentó encima de la mesa cruzándose de brazos.

—Yo solo quiero recordar una cosa importante.

—Temo preguntar.

—Que llevabas mucho sin mirar así el móvil. Sin sonreír como una tonta, sin suspirar cada cinco minutos.

—Yo no suspiro. Respiro. ¿Qué hago? ¿Me muero?

—No te mueras. Hoy nos pilla fatal —aseguró Samuel.

El teléfono vibró justo entonces. Y los tres miramos la pantalla como idiotas.

Zoa abrió muchísimo los ojos.

—¿Es él?

—Os odio.

—Es él —confirmó Samuel—. Mira la cara que ha puesto.

Cogí el móvil intentando parecer una persona estable.

Fracaso absoluto.

Armando:

Acabo de ver a un señor hacer abdominales en el parque fumando.

—Jajaja. —Se me escapó una risa y mis compañeros aplaudieron —. Sois gilipollas. Voy a despediros.

Yo:

Madrid sobrevive a base de gente mentalmente inestable.

Armando:

Te mando foto porque creo que es tu alma gemela.

Un sticker: un mapache gordo cayéndose de una silla.

Me tapé la boca riéndome.

—Madre mía… —murmuró Zoa—. Estás perdidísima.

—Y tú despedida.

Yo:

Respeta al mapache.
Está luchando por sus sueños.

Armando:
Igual que yo cuando intento entender las reuniones de mi trabajo.
Otro sticker. Esta vez un pingüino golpeándose contra una pared.

Solté una carcajada tan fuerte que Samuel señaló mi móvil.
—Ahí. Ahí está el enamoramiento. Cuando alguien te manda animales humillándose y tú quieres casarte.
—No quiero casarme con nadie.
—Todavía.
—Tú también estás despedido.

Zoa seguía observándome. Y cuando Samuel volvió a pelearse con la impresora, habló más bajo.
—¿Te da miedo porque te gusta mucho? —Miré otra vez el móvil. La conversación absurda. Los stickers ridículos. La facilidad con la que Armando conseguía hacerme reír incluso en mitad de un lunes de trabajo—. Estela. ¿Puedo decirte algo?
—Suéltalo.
—Las personas peligrosas nunca llegan haciendo daño, sino haciéndote sentir bien.

El móvil volvió a vibrar mientras Samuel seguía intentando imprimir algo que claramente la impresora había decidido no imprimir jamás.

Armando:
Acabo de salvar al señor de los abdominales inexistentes. Estaba haciendo flexiones al lado de una fuente ornamental.

Negué con la cabeza riéndome.

Yo:
Madrid necesita más psicólogos y menos gimnasios.

Armando:
Y tú menos mala leche los lunes.

Yo:
Imposible. Es mi personalidad.

Armando:
¿Qué haces esta tarde?

La pregunta me hizo sonreír de una forma un poco más tonta de la necesaria. Porque últimamente empezaba a pasarme eso: que cualquier plan con él mejoraba automáticamente el día aunque fuera algo tan simple como un café rápido.

Zoa seguía observándome.

—No soy un documental de la dos.

—Mejor, no me gustan. No los he visto nunca. Esto es mucho mejor.

—No pienso darte detalles.

—No te los he pedido.

Volví al chat.

Yo:
Voy a casa de mis padres luego.
Podríamos tomarnos un café rápido si sobrevivo a mi madre criticando algo de mi vida durante dos horas.

Armando:
Planazo .
Aunque esta tarde tengo que pasar antes por casa de Lucía a recoger mi bici.

Y ahí ocurrió. Algo pequeño. Breve, pero incómodo. No exactamente celos. O quizá sí. No supe ponerle nombre. Solo sentí una especie de pinchazo absurdo debajo del pecho, rápido, molesto, completamente irracional y, aun así, real. Porque ese es el problema de las relaciones sin nombre. Que nadie te explica qué puedes sentir y qué no. Qué límites se pueden cruzar y los que no.

Y automáticamente aparecieron imágenes en mi cabeza que ni siquiera quería imaginar: ellos hablando tranquilos, recordando

cosas, moviéndose dentro de una intimidad antigua que yo no compartía.

Me molestó. Pero sobre todo me molestó que me molestara. Porque Armando no estaba haciendo nada malo. Absolutamente nada. Y aun así…

—¿Qué ha pasado? —inquirió Zoa.

—Eh… Nada. —Dejé el móvil a un lado sobre la mesa.

—Algo te ha molestado y finges que no.

—Me molesta que me conozcas tanto.

—Es lo que tiene llevarnos tantas horas juntas.

Miré otra vez el móvil. Y respiré antes de responder. Porque no quería convertirme en una mujer insegura por una relación que ni siquiera sabía qué era exactamente todavía. Aunque era precisamente por esto.

Yo:
Vale. Avísame si te apetece cuando termines y si sigo allí, nos lo tomamos.

Armando:
Tú quieres violarme.

Yo:
Tus ganas.

Armando: Envió dos stickers. Uno que decía "No, no, no" de Homer Simpson. Y otro del mismo personaje con la frase: "Bueno, sí".

Yo:
Jajajaja.
Después hablamos.
Voy a currar.

Armando:
Yo también.
No pienses demasiado en mí.

Yo:
No lo hago.

Armando:
Sabes que sí.
Pero lo niegas.

Yo:
Te pasa a ti y crees que me pasa a mí.

Armando:
Porque es así.

Yo: Hasta luego.

Armando:
Hasta luego, desastre.

Miré el final de la conversación unos segundos. Aquello comenzaba a importarme de verdad, de una forma donde ya no todo me daba igual y eso cambiaba las reglas aunque ninguno de los dos hubiera hablado de ello todavía.

50

CUANDO A TU MADRE NO SE LE ESCAPA NADA

Estela

Mi madre era capaz de convertir cualquier gestión administrativa en una película de suspense.

—Te digo yo que esto no está bien —insistió por cuarta vez, sentada frente a la mesa del salón con las gafas al borde de la nariz y tres carpetas abiertas—. Aquí falta un sello.

—Mamá, no falta ningún sello.

—Pues parece que falta.

—Porque tú crees que a todo en esta vida le falta un sello.

Mi padre levantó la vista del periódico.

—Tu madre sería feliz viviendo dentro de una gestoría.

—Y tú serías feliz viviendo dentro de un bar —disparó ella.

—Correcto.

No pude evitar reírme y me senté junto a la mesa a revisar por tercera vez unos papeles relacionados con no sé qué impuesto que mi madre llevaba dramatizando desde hacía dos semanas.

Mi madre daba vueltas por la casa, mi padre leía el periódico y se levantaba de vez en cuando porque preparaba la cena y yo trataba de concentrarme en número y documentos y miraba el móvil más veces de las necesarias. Pero nada. Armando no había vuelto a escribirme. Y me fastidiaba un poco más de lo que quería admitir. No porque desconfiara de él. Era algo más incómodo. La conciencia. Porque las exparejas no desaparecen simplemente cuando alguien firma un divorcio. Siguen existiendo en sitios pequeños: bicis olvidadas, hospitales, llamadas inesperadas, costumbres que tardan en romperse. Y quizá precisamente por eso yo tenía tan claro que intentar ser amigos justo después de separarse era peligrosísimo. No imposible. Pero sí complicado. Sobre todo para quien todavía no

hubiera terminado de irse emocionalmente. Y no sabía si ese alguien era Lucía, Armando o los dos. El problema era que no podía decirle nada de eso sin sonar celosa. Además, sabía que esa parte de su vida no me concernía a mí.

—¿A ti te pasa algo? —afirmó mi madre, que había nacido bruja.

—¿Qué? —Levanté la cabeza.

—A mí no me engañas —siguió.

—Mamá, estás chocheando.

—¿Tú crees que esa es forma de hablar a tu madre? —No me dio una colleja de milagro—. Llevas mirando el móvil toda la tarde.

Mi padre ni siquiera apartó la vista del periódico.

—Tiene novio y no nos lo ha dicho.

—Papá.

—¿Qué? Tengo ojos.

—No tengo novio. —No mentí.

—Claro que sí —intervino mi madre inmediatamente—. ¿Quién es?

—Nadie. ¿Puedo seguir? Tengo que volver a casa.

—Pero… ¿estás bien? —se preocupó mi padre.

—Claro que sí. No pasa nada.

—Escúchame bien porque tengo experiencia. —Mi padre vino hacia mí—: cuando una mujer empieza a decir "no pasa nada" demasiadas veces, normalmente sí pasa.

Cuánta razón llevaba. Lo había dicho decenas de veces durante varios años, cuando me llovían hostias por todos lados, tantas que ni las veía venir. Después de un divorcio, por muy bien que quieras hacer las cosas, te equivocas; por poco daño que desees hacer, lo haces; aunque evites que entren otras personas en el proceso, entran sin permiso, porque además hay amigos que creías que eran eso, amigos, y nada más lejos de la realidad. Dije muchas veces eso de "no pasa nada" cuando pasaba de todo, me costaba respirar algunas mañanas y dormir por las noches. Pero ser madre te da un superpoder: el de superar cualquier situación, no solo por ti, sino por esa otra persona. Porque es que no te queda otra.

—Tu padre lleva razón.

—Carmen, ¿me das la razón? —Se le cayó el periódico al suelo—. Tómate la tensión. A ver si te está dando otro ictus.

—Sois de lo que no hay.

—El amor es así —apuntó mi padre.

No pude discutirle eso.

Bajé un rato al portal para tirar unas cajas de documentación viejas porque mi madre decidió de repente que "acumulábamos demasiado papel" cinco minutos después de guardar recibos del año 2004 "por si acaso".

Y ahí estaba el bloque. El ecosistema salvaje de Chamartín. Susana sentada en una silla plegable con una cerveza en una mano y un cigarro en la otra. Y Rebeca apoyada contra la pared mirando el móvil con el ceño fruncido.

—¡Nena! —gritó Susana en cuanto me vio—. No te he visto llegar.

—Es raro, pero esto estaba muy solo.

—Muy poco vigilado. Se me pasan las mejores —soltó, y sonrío.

—A ti no se te escapa nada.

—Eso es muy cierto. —Me guiñó un ojo y dio un trago a la cerveza—. Tómate una.

—Voy a tirar esto y vuelvo. —Tres minutos después, seguían en el mismo sitio, pero ahora tenían más cervezas. Susana me dio una—. Gracias, la necesito.

—¿Están tus padres bien? Estuve con tu madre esta mañana.

—Sí, sí. Trabajo y más trabajo. Y vengo aquí y me hacen trabajar. Supongo que estoy pagando lo mal que me porté de pequeña —ironicé.

—¿Cómo te va?

—Bien, por qué voy a quejarme. —Señalé a Rebeca—. ¿Qué le pasa? —Se alejó con el móvil en la oreja.

—Está quedando con alguien. Creo que van a verse esta noche. Por lo visto… Armando pasa de ella de verdad. Desde hace un tiempo ya. Está enfadada, no le ha hecho mucha gracia. Pero luto… Luto no le guarda.

—No tiene por qué.

—¿Y a ti cómo te va? ¿Terminas viviendo con cinco gatos?

¿Cinco gatos? No estoy tan loca. ¿O sí?

—Bastante tengo ya con Álvaro.

—Acércate, que tengo que decirte algo —bajó la voz. Me agaché un poco a su lado—. Te he visto subir con Armando. No me tomes por tonta.

Lo único que me sorprendió fue que hubiera tardado tanto en enterarse.

—Hemos quedado, pero no digas nada. No quiero que Rebeca se entere.

—Deberías decírselo tú.

—Mi vida privada no es un boletín oficial.

—No es por eso. A ella le sigue gustando. Si se entera de que está contigo, se enfadará. Sobre todo porque no se lo has dicho.

—No somos amigas para eso.

—Para ella sí eres su amiga.

Fruncí el ceño.

—¿Lo sabe?

—Ella sospecha algo. Desde la noche que nos tomamos los cuatro las cervezas en las escaleras. Es que se os notaba desde lejos. No eráis desconocidos. Me ha preguntado. Le he dicho la verdad, que no sabía nada.

—Vas a seguir sin saberlo. Más por ti que por mí.

Rebeca volvió y me preguntó cómo me iba. Ella estaba rara, y no me extrañó después de la pequeña conversación con Susana.

—Bien, por fortuna. ¿Y tú?

Me contó que había cambiado de trabajo, que ahora ganaba un poco menos pero tenía más tiempo libre. Mientras hablaba, un chico de unos treinta años giró la esquina, nos vio y se detuvo a unos metros.

—Me marcho —indicó Rebeca—. Tengo planes.

—Va a follar —bromeó Susana.

—Hace bien. Disfruta. —La despedimos, entraron y los perdimos de vista.

—¿No se lo vas a decir? —inquirió.

—No —afiancé mi respuesta con la cabeza—. Lo de Armando no va a durar —dije la verdad—. Es una tontería —mentí—. Y no voy a

crear un problema en el bloque por algo sin importancia.

—Haz lo que creas más oportuno. Ya sabes que no voy a decir nada.

—Lo sé. —Brindamos.

En ese momento apareció Armando al final de la calle. Y juro que el cuerpo me reaccionó antes que la cabeza.

Lo vi acercarse hablando por teléfono, con una bolsa colgada del hombro y empujando una bicicleta. Susana sonrió como una hiena que acaba de detectar sangre. Y yo pensé una cosa horrible. Que quizá el amor empieza exactamente ahí. En el instante preciso en que alguien aparece a lo lejos… y tú ya no consigues actuar completamente normal.

51

CUANDO RECOGER UNA BICICLETA SE CONVIERTE EN OTRO ADIÓS

Armando

La conversación con Lucía terminó bastante mejor de lo que empezó. Lo cual no era difícil, teniendo en cuenta que empezó con ella diciéndome que llevaba meses sintiendo que yo "desaparecí incluso antes del divorcio" y yo respondiendo que esa frase sonaba exactamente a alguien que llevaba demasiado tiempo yendo a terapia.

No fue una discusión fea. Solo triste. De esas donde dos personas intentan explicarse cosas que probablemente llegan demasiado tarde.

La bicicleta seguía apoyada en el trastero, cubierta de polvo y con una rueda desinflada. La miré unos segundos mientras Lucía rebuscaba unas llaves y pensé que aquello se asemejaba bastante a nosotros: algo que había funcionado durante mucho tiempo y que un día simplemente dejó de avanzar.

Antes de irme nos abrazamos. Yo lo hice por cariño, ella por amor, y esa diferencia nos hizo daño a los dos. Nos conocíamos demasiado bien como para fingir indiferencia.

Cuando salí de allí, sentí alivio, y eso me dijo muchas cosas.

Llegué al barrio todavía pensando en todo aquello, con la bicicleta metida a presión en el maletero y la cabeza llena de conversaciones pendientes conmigo mismo. Hablaba con David por teléfono y escuchaba cómo me contaba que Zoa le gustaba y no pensaba negarlo.

—Pues no lo niegues, tío —reí.

—¿Qué haces? ¿Nos tomamos una cerveza? ¿Por qué no has ido al gym? Ni me has avisado.

—Quedé con Lucía.

—¿Ya estás metiendo la pata otra vez? —Él pensaba que no debía quedar con ella, que la confundía, que, aunque yo tenía las cosas claras, ella no tanto.

—No es eso. Me llamó para que fuera a recoger la bici. La estoy sacando… —La levanté—… del puto coche.

—Pero si hace años que no la coges.

—Le molestaba en el cuartillo.

—Armando, Lucía quería verte y no sabía cómo. Eso lo sé hasta yo que soy retrasado en el amor.

—Ojalá Zoa te enseñe bastante. —Reímos de nuevo. Cerré el coche y me dirigí hacia el portal.

—¿Y la cerveza?

—Es lunes. Tengo cosas que hacer.

—¿Poner una lavadora?

—Eso también. —Fue entonces cuando la vi. Estela estaba de pie junto a Susana. Y fue ridículo el vuelco que me dio el cuerpo.

Ridículo y demasiado evidente.

Porque llevaba toda la tarde sintiéndome raro, dándole vueltas a cosas que no quería pensar demasiado… y bastó verla riéndose de algo, moviendo las manos mientras hablaba con una cerveza en la otra, para que se me relajara el pecho.

Eso no podía ser normal.

O sí.

No tenía ni puta idea ya.

Intenté disimular la sonrisa cuando me acerqué, pero fracasé estrepitosamente.

—Mira quién viene —cantó Susana inmediatamente—. El vecino sexi.

—Buenas tardes para ti también —respondí.

Estela levantó la vista hacia mí. Y ahí estaba otra vez esa sensación. La de llegar a un sitio y encontrar exactamente a la persona que querías encontrar sin habértelo dicho siquiera.

—Qué bici más bonita —anotó ella.

Solté una risa.

—Ha vivido demasiadas cosas esta bicicleta.

—Como nosotras —intervino Susana de manera muy dramática llevándose la mano al pecho—. Mujeres rotas por el patriarcado.

—Habla por ti.

—No me dejes sola en esta lucha.

—Revélate.

Apoyé la bici contra la pared e intenté comportarme como una persona normal ante Susana, que hablaba sin respirar prácticamente. Pero era imposible concentrarse demasiado teniendo a Estela delante mirándome así. Con esa sonrisa pequeña medio contenida.

—¿Entonces ya sois novios o todavía seguís haciendo el ridículo? —interpeló Susana de repente.

Estela soltó una carcajada inmediata. Yo casi me atraganto.

—Susana, por favor —protestó ella.

—¿Qué? Si en este edificio sabemos todo antes que Hacienda.

Me reí bajando la cabeza un momento. Y noté a Estela mirándome.

—Relájate —propuso divertida—. No hace falta que disimules delante de Susana. Ya lo sabe.

—¿Lo sabe exactamente o lo intuye y se ha inventado el resto?

Susana levantó la cerveza.

—Tengo imaginación y tiempo libre. Mala combinación.

Estela empezó a reírse otra vez y yo me descubrí haciendo exactamente lo mismo solo porque ella se reía.

Mierda.

—Nos vio subir el otro día —explicó Estela.

—Fuimos muy ruidosos.

—Nunca os he escuchado follar. Podéis estar tranquilos. —Casi se le cae la cerveza al suelo con los aspavientos de las manos.

Estuvimos un rato hablando los tres. Hasta que el móvil me volvió a sonar y me disculpé.

—Es mi madre. ¿Me llamas ahora y nos tomamos ese café? —manifesté a Estela.

—Tengo que despedirme de mis padres y subo.

—¡Yo la cubro! —Susana se levantó de golpe y casi se cae.

Entré en el bloque descolgando el teléfono y riéndome.

—Dime, mamá. —Cogí la bicicleta en peso y subí los escalones.

—¿Encontraste eso?

—¿Qué? —No sabía de qué me hablaba.

—Armando, para una cosa que te pido. Tener un hijo para esto.

—Mamá, tengo mil cosas en la cabeza y…

—Y una mujer.

—¿Qué? —No supe a qué se refería. Porque si me hablaban de mi mujer, mi mente asociaba a Lucía. Normal, supongo.

—Si has conocido a alguien.

—Eh…

—¡Y no me lo cuentas!

—No hay nada qué contar. —Sí había, pero verbalizarlo, y encima a mi madre, lo convertía en algo mucho más real, y no es que no lo fuera, es que yo me negaba a verlo. Fui un necio y bastante idiota. Abrí la puerta y metí la bici en el salón. Vi las gafas encima de la mesa y lo recordé—. Mamá, sí, las gafas las tengo yo.

—Pues tráelas mañana. Cenas y me cuentas.

—¿Que te cuente qué?

—Lo de esa mujer.

—Puede ser una chica joven.

—Tú las prefieres mayores.

Me hizo reír.

Hablamos unos minutos sobre mi padre y sus ganas de irse a vivir al campo y criar ovejas y cerdos y nos despedimos. El timbre sonó cuando me cambiaba de ropa. Abrí a Estela sin camiseta.

—Estas son las bienvenidas que a mí me gustan. —Sonrió.

—Solo me quieres por mi cuerpo.

—Te asustaría que te quisiera, sin más.

—Mucho.

—Menos mal que no es así.

—Entra, tonta. Este cuerpo es tuyo.

—¿Solo mío?

La agarré por la cintura, tiré hacia mí y la besé. Me gustaba su boca, su sabor, su olor y… cómo me hacía sentir. Y pensé algo muy

simple: Con Lucía había compartido vida. Con Estela sentía ganas de vivirla.

52

CUANDO MORIR LO SIENTES COMO UN ACTO DE AMOR DEL UNIVERSO

Estela

Para delincuente no he nacido, y reparé en ello desde que subía las escaleras del bloque del diablo para ir a casa de Armando. Trataba de no hacer ruido y hacía el doble de lo necesario. El bolso golpeaba la pared, las llaves sonaban demasiado, un escalón (que ni de madera era) crujía.

Acababa de cerrar la puerta de casa de mis padres y, claro, en vez de para abajo, tenía que dirigirme hacia arriba. Contuve la respiración y…

—¡ESTELA! ¡NO TE OLVIDES LOS TUPPERS MAÑANA! —gritó mi madre.

Cerré los ojos.

—Matarme ahora sería un gesto precioso del universo —murmuré.

La risa de Armando sonó al otro lado de la puerta incluso antes de que abriera. Y juro que el pecho me reaccionó de una forma completamente ridícula. Porque una cosa era pasar tiempo con él. Y otra muy distinta era esto. La sensación de que alguien te espera. Abrió la puerta todavía sonriendo y sin camiseta.

—Estas son las bienvenidas que a mí me gustan. —Lo miré de arriba abajo, sin disimulo. Su cuerpo me gustaba, y mucho.

—Solo me quieres por mi cuerpo —soltó, sin perder el gesto divertido en el rostro.

—Te asustaría que te quisiera, sin más —recité sin pensarlo.

—Mucho. —Lo dijo con simpleza, pero fue una *red flag* (otra) en toda regla. *Mea culpa.*

—Menos mal que no es así.

—Entra, tonta. Este cuerpo es tuyo.

—¿Solo mío? —Fue una pregunta sin más, pero me hubiera gustado saberlo.

Me agarró por la cintura, me pegó a él y me besó. Qué rico estaba Armando y cómo me ponía. Con solo olerlo me calentaba.

—Tu madre da muchísimo miedo.

—Bah, no tanto.

—La he escuchado desde aquí.

—Estas paredes son de cartón.

—Pues no grites, porque pienso follarte como a ti te gusta.

—¿Y cómo me gusta?

—Fuerte. —Asentí y volvimos a besarnos—. Eso está hecho. Después no te quejes —susurró sobre mi boca, con la mano en mi cintura, apretándola.

—¿Has escuchado alguna queja por mi parte?

—Voy a escuchar gemidos.

—Tápame la boca con la mano.

Armando estaba descalzo. Tenía la cara relajada, esa que se le quedaba cuando permanecía tranquilo de verdad y, durante un segundo completamente irracional, pensé que ojalá pudiera verlo así siempre. Y sentir sus besos, sí, eso también.

—¿Y el café? —murmuré contra su boca.

—¿Qué café?

—El plan era tomar café.

—Claro. Importantísimo el café ahora mismo.

Me reí y él aprovechó para besarme otra vez, más despacio esta vez. Y ahí estaba. La sensación de perder un poco el sentido común cada vez que me tocaba.

Me atrapó contra la pared del recibidor. Sus manos enmarcaron mi rostro mientras su boca devoraba la mía con una pasión que me dejó sin aliento. Sabía a deseo contenido, a ese fuego que llevábamos alimentando desde hacía semanas. Gemí suavemente contra sus labios y respondí con la misma intensidad, con mis dedos apretando su cuello.

—No puedo esperar —murmuró contra mi boca, su voz ronca y cargada—. Llevo todo el día pensando en ti.

Yo tampoco podía. El bolso se me cayó al suelo y mis manos volaron a su camisa, tirando de ella para acercarlo más. Nos besamos como si el mundo se fuera a acabar, tropezando hasta caer

en el sofá. Armando se colocó encima de mí, presionando su cuerpo firme contra el mío. Sus manos recorrieron mis curvas con avidez: bajaron por mis costados, se colaron bajo mi blusa y acariciaron la piel desnuda de mi cintura. Desabrochó los botones con dedos hábiles y apartó la tela, exponiendo mi sujetador de encaje. Su boca descendió por mi cuello, dejando un rastro de besos húmedos y mordiscos suaves que me hicieron arquearme contra él.

—Armando… —suspiré, sintiendo cómo mi cuerpo respondía al instante, calentándose y humedeciéndose.

Le quité la camisa y admiré su torso ancho, los músculos definidos que ya conocía tan bien pero que nunca dejaban de fascinarme. Mis uñas recorrieron su pecho y su abdomen hasta llegar al cinturón. Lo desabroché con prisa y bajé la cremallera, liberando su erección. Estaba duro, caliente y listo. Lo acaricié con la mano, disfrutando del gruñido grave que escapó de su garganta.

Él, a su vez, subió mi falda hasta la cintura y apartó mis bragas a un lado. Sus dedos me encontraron ya empapada. Dos de ellos se deslizaron dentro de mí con facilidad, moviéndose con ese ritmo experto que me volvía loca. Su pulgar dibujaba círculos perfectos sobre mi clítoris mientras su boca succionaba uno de mis pezones por encima del encaje. El placer me atravesaba.

—Así… Sí…

No aguantamos mucho más. Me incorporé, lo empujé para que se sentara en el sofá y me subí a horcajadas sobre él. Aparté mis bragas completamente y guie su miembro grueso hacia mi entrada. Bajé despacio, centímetro a centímetro, sintiendo cómo me llenaba por completo. Ambos gemimos al unísono. La sensación era exquisita: esa plenitud profunda, el roce íntimo, la calidez de su piel contra la mía.

Empecé a moverme. Primero lento, saboreando cada subida y bajada, girando las caderas para sentirlo en todos los ángulos. Armando sujetaba mis caderas con fuerza, guiándome, levantando las suyas para encontrarse conmigo en cada embestida. Mis pechos rebotaban delante de su rostro y él los atrapaba con la boca, succionando y mordiendo suavemente mientras yo aceleraba el ritmo.

—Dios, Estela… estás tan apretada, tan mojada —gruñó contra mi piel.

El sonido de nuestros cuerpos chocando llenaba el salón: húmedo, obsceno y excitante. Mis gemidos se volvían más altos, más desesperados. Sentía el orgasmo acercándose, tensando cada músculo de mi interior alrededor de él. Armando debió notarlo, porque una de sus manos bajó hasta mi clítoris y lo frotó con rapidez.

Me corrí con fuerza, contrayéndome alrededor de su pene mientras el placer me recorría.

—Armando… —Grité su nombre, temblando sobre él, pero Armando no se detuvo. Me sostuvo con fuerza y siguió embistiéndome desde abajo, prolongando mi orgasmo hasta que casi no pude respirar.

Sin salir de mí, se levantó del sofá conmigo en brazos. Mis piernas rodeaban su cintura y su miembro seguía enterrado profundamente. Caminó unos pasos hasta la mesa del salón, amplia y sólida de madera oscura, y me sentó sobre ella. Apartó un jarrón de un manotazo y me tumbó de espaldas. La madera fría contra mi piel caliente contrastó deliciosamente.

—Van a escucharnos —apunté.

—Me da igual.

Me abrió más las piernas, sujetándolas por los muslos, y volvió a penetrarme con una embestida. Desde este ángulo entraba más profundo, rozando puntos que me hacían ver estrellas. Sus caderas golpeaban contra mí con un ritmo firme y constante, cada vez más rápido. Mis pechos se movían con cada impacto y él los miraba fascinado, y subió una mano para pellizcar mis pezones.

—Quiero verte correrte otra vez —dijo con voz ronca, sin dejar de follarme con esa intensidad controlada y elegante que lo caracterizaba.

Sus dedos volvieron a mi clítoris, frotando con precisión mientras su pene entraba y salía de mí una y otra vez. El placer era abrumador. Me agarré al borde de la mesa, mis nudillos blancos, y sentí cómo el segundo orgasmo se construía con rapidez. Cuando

llegó, fue aún más intenso: grité, arqueándome sobre la mesa, mi cuerpo convulsionando alrededor de él.

Armando no aguantó mucho más. Con unas cuantas embestidas profundas y poderosas, se derramó dentro de mí con un gemido largo y gutural, pulsando con fuerza mientras su placer se mezclaba con el mío. Se dejó caer sobre mí, apoyando los antebrazos a ambos lados de mi cabeza, y me besó con ternura, aún dentro de mí.

Nuestras respiraciones agitadas fueron calmándose poco a poco. Sus dedos acariciaban mi cabello con suavidad y yo recorría su espalda con las yemas de los míos, sintiendo los músculos aún tensos.

—No llegamos ni al café —murmuré con una risa entrecortada, besando su mandíbula.

Armando sonrió contra mi piel y me miró a los ojos con esa calidez que me derretía.

—Podemos tomarlo después… y quizás repetir esto en la habitación más tarde —susurró, rozando sus labios contra los míos.

Me besó de nuevo, más lento esta vez, lleno de esa emoción creciente que ambos sentíamos. Sobre la mesa del salón, con la falda aún subida y el cuerpo lleno de él, supe que, por mucho que intentáramos controlar lo que sentíamos, cada encuentro se volvía más intenso, más profundo y más nuestro.

Me miró, me miró como se mira algo que te gusta mucho, que te atrae y estás desando tocar, disfrutar, acariciar, quedártelo. Nosotros siempre empezábamos bromeando, pero después todo cambiaba. Debajo de lo ligero, fácil y divertido había otra cosa más profunda.

El problema nunca fue acostarme con él, sino lo feliz que me hacía antes y después también.

—¿Me haces un favor? —preguntó Armando desde el baño.

—Depende. —Alcé la cabeza sentada en el sofá, casi desnuda—. No voy a bajar así a comprar cervezas.

—Ah ¿no? —Asomó la cabeza por la puerta.

—¡No!

Se echó a reír.

—Necesito el cargador del portátil. Está en la habitación de invitados.

—¿Dónde?

—En el armario. Creo que detrás de unas cajas.

—Creo… Eso está muy bien. —Me levanté.

—Es que soy un hombre. Bastante hago con saber que existe un armario.

Negué con la cabeza sonriendo, porque él no era así. Lo tenía todo controlado.

—Algún día morirás porque no encuentres algo delante de tus narices.

—Ese día también te llamaré.

—Estarás muerto. —Pasé por la puerta del baño y lo vi poniendo crema de dientes en el cepillo.

Entré en la habitación todavía riéndome. Era pequeña. La utilizaba casi como un trastero. Estaba la bicicleta cubierta con una camiseta, una maleta abierta, varias cajas de herramientas y un armario donde convivían, sin ningún orden aparente, ropa de invierno, cables, una mochila de montaña y una pelota de fútbol.

Empecé a apartar cosas.

—¿Aquí no has pensado ordenar nunca? He encontrado tu talón de Aquiles.

—¡Lo hice hace dos meses!

—¿Y esto es ordenado?

—¡Para mí sí!

Volví a sonreír y me agaché. Había una caja grande apoyada contra la pared. La moví para mirar detrás. No estaba el cargador, pero sí otra cosa. Un marco grande, apoyado boca abajo sobre el suelo, cubierto por una funda fina de tela.

Fruncí el ceño y lo saqué despacio. Pesaba. Pensé que sería algún cuadro viejo. Retiré la funda y le di la vuelta.

El aire se me quedó detenido en los pulmones.

Era un collage. Decenas de fotografías. Nueva York. Roma. Lisboa. Una playa. La nieve. Una cafetería. Un aeropuerto. Un concierto. Y, en todas ellas… Armando. No vi a Lucía al principio. Ni siquiera recuerdo haberla buscado. Solo veía a Armando. Aquel

Armando. Con una sonrisa abierta, despreocupada, luminosa. La cabeza echada hacia atrás mientras se reía. Los ojos llenos de una felicidad tranquila. Había algo en su expresión que nunca le había visto conmigo. No era una sonrisa más grande, sino otra cosa. La sensación de estar completamente en casa.

En una de ellas, él debía de tener poco más de veinte años. Pensé, sin querer, que era muy guapo y después algo que me dolió todavía más… Que quizá debería luchar por ella, por Lucía. La idea apareció de golpe y me dio fuerte en el pecho.

Si alguna vez había querido así… Si alguna vez había sonreído de esa manera… Si había construido una vida llena de viajes, recuerdos y fotografías… Quizá aquello merecía otra oportunidad y yo solo había llegado demasiado tarde.

Sentí un nudo en el pecho. Estuve a punto de levantarme, de salir y decirle que no dejara escapar una historia así. Pero entonces otro pensamiento empujó al primero. Más lento y sereno. Verdadero. Y es que yo también tuve eso. Darío. Veintidós años. Una vida entera. Un hijo. Vacaciones. Navidades. Cumpleaños. Miles de fotografías. Y no volvería. Nunca. No porque hubiera dejado de respetar aquella historia. Sino porque había terminado.

Hay amores que no fracasan. Simplemente se acaban.

Respiré despacio y la culpa desapareció. Solo quedó otra cosa. Mucho peor.

Volví a mirar el collage. Esta vez sí vi a Lucía. Pero apenas unos segundos, porque otra vez mis ojos regresaron a él. A su manera de mirarla. A la paz de su cara. A esa felicidad limpia. Y la pregunta llegó sola. ¿Por qué conmigo no? ¿Por qué conmigo todo tenía que pasar por el miedo? ¿Por qué a mí me quería escondiéndose? ¿Por qué conmigo nunca había existido una fotografía así? Ni una.

Dos meses. Cientos de mensajes. Miles de besos. Incontables caricias, infinitas sonrisas. Y ni siquiera habíamos pensado en inmortalizar un instante.

Sentí un pinchazo en el pecho, pequeño pero profundo.

—¿Estela? —La voz de Armando llegó desde el pasillo. Entró en la habitación. Y se quedó completamente quieto.

Su mirada fue del cuadro a mí. No dijo nada durante varios segundos—. Eh… ¿estás bien?

—Sí —mentí por costumbre. Pero mi voz sonó tan poco convincente que hasta a mí me dio pena escucharla.

Él cerró los ojos.

—No. No lo estás. —Yo seguía mirando el collage. No a Lucía. A él. Al hombre que había sido. Y supe que el dolor no consiste en descubrir el pasado de la persona que comienzas a amar, sino en preguntarte por qué tú todavía no has conseguido regalarle una sonrisa igual—. No sé por qué lo guardo. Debería tirarlo. —Me lo quitó de las manos y lo guardó. No lo tiró. Lo guardó. Y eso también dolió, porque, aunque yo no era nadie para decirle lo que sentía ni lo que debía hacer, y eso… Eso me dejó noqueada.

Él me abrazó y me volvió a preguntar si estaba bien. Yo asentí y fui hasta la cocina, necesitaba beber agua fría. Después… fui hasta el dormitorio a buscar mi ropa interior, me sentí desnuda de repente, aunque llevaba horas así.

—No encuentro mi ropa interior —advertí, agachada bajo la cama, nerviosa.

—Mejor —dijo, desnudo frente a mí, al otro lado. Bizqueé y él lo vio—. ¿Qué haces?

—Nada. Tápate.

—Pero si llevamos horas desnudos.

—Ya, pero vas a coger frío.

—Toma. —Me lanzó una camiseta que me dio en la cara—. ¿Y esos reflejos?

—Están ocupados mirándote… —Señalé entre sus piernas. No le dije que las fotos rebotaban en mi cabeza.

—Te la has metido en la boca ya varias veces.

—Pero no es lo mismo. —Colé la cabeza y los brazos y me la puse. Blanca con el logo de una marca bastante cara en el pecho.

—¿Estás bien? —insistió.

—Claro que sí.

—¿Por qué has mirado el cuadro?

—Porque…

—No te acuso de metomentodo. Solo es que… ¿Qué creías que era?

—No sé… Fotos de Menina —inventé, porque me lo había olido segundos antes—. Por cierto, ¿dónde está? —Cambié de tema.

—En casa de mis padres. —Salió del dormitorio y lo seguí hasta la cocina. Él se había cubierto con unos bóxeres negros.

—La casa tiene personalidad —comenté.

Y fotos de tu exmujer, pensé.

—No he podido traer casi nada.

Pero el cuadro sí, siguió mi mente traicionera e incontrolable.

—A eso me refiero. Y aun así es tuya. Tiene tu toque. —Me dio una nalgada—. ¡Ay!

—¿Ese?

—Eres idiota. —Dejé un beso en su hombro y él me miró muy raro—. ¿Me he pasado?

—Está a punto de darme un infarto.

A mí me acaba de dar, no te quejes tanto.

—Pues que te dé. No voy a cortarme porque a ti te dé miedo un poco de cariño sano. —Sus cejas llegaron al techo y me hizo reír, un poco—. A veces eres un niño.

—Este niño te encanta —sonrió.

—Un poquito. —Fruncí el ceño.

—Yo creo que bastante.

—Yo también te gusto.

—Me encantas en realidad.

—Pues dejemos de discutir por eso. Nos gustamos mucho. Y ahora dame de comer o te morderé.

—Estás deseando morderme. Puedes hacerlo.

—Que me quede claro. Podemos acostarnos juntos, puedo morderte, chupártela, que metas tu lengua entre mis piernas, pero… —arrugué la nariz—. No puedo darte un simple beso en el hombro.

—¡Eh! No he dicho eso.

—Tú no has dicho nada. Y no ha hecho falta.

—Claro que puedes, aunque… no me lo esperaba.

—¿El beso?

—El beso y… tú. —Trasteaba con la vitrocerámica. Un mutismo anómalo sobrevoló el lugar.

—Eh… ¿Estamos hablando de algo serio?

—Supongo que sí. —Le dio a un botón.

—¿Y qué quieres decir?

Me miró.

—No me esperaba esto, Estela. Ni lo quería. En realidad, no lo quiero.

—¿Qué exactamente?

—Tú y… Esto que está pasando.

—Estamos quedando. Lo pasamos bien.

—No es solo eso.

Otro silencio.

—No, no lo es. —Crucé los brazos—. ¿Te causa algún problema?

—Estela, casi acabo de divorciarme. Lo hice porque quería vivir mi vida, nunca lo había hecho. Nunca he estado perdido, pero quiero saber quién soy sin… una persona a mi lado.

—Sin mí.

—Eres una persona, sí. Una no muy normal. Pero persona. —Sonrió. Esta vez yo no. Me quedé de piedra. Lo sabía, lo tenía claro, sin embargo, escucharlo fue como un jarro de agua fría. Helada.

—Está bien. Hablamos en serio —repetí, y él asintió de nuevo—. Nos estamos conociendo, Armando. Yo no me acuesto con un tío y mañana no me acuerdo.

—No eres eso para mí.

—Me alegra que así sea.

—Estela. —Abrió el mueble y sacó una sartén verde, como el color de la esperanza.

Me cago en la esperanza, el amor y en su puta madre.

—Armando.

—Déjame explicarme.

—Lo has dejado muy claro.

—Lo único que tengo claro es que no quiero esto.

—No me quieres en tu vida.

—Me encanta que estés en mi vida, Estela, pero no quiero novia. —Yo tampoco quería un novio, no obstante, aquello me dio ganas de

llorar y de irme a mi casa. Corriendo, como alma que lleva el diablo. Aquello y las putas fotos.

—Lo dijiste el primer día. No quieres responsabilidades.

—Y de eso hace… ¿cuánto? ¿Un mes y medio? ¿Dos meses?

—¿Soy una responsabilidad para ti?

—En algunos momentos sí. —Se me hundió el pecho—. Y tú esperas cosas de mí.

—¿Alguna vez te he pedido algo?

—Lo harás y yo… no te lo daré. —Tragué con dificultad—. No te voy a dar más de esto. —Di un paso hacia atrás—. Estela. —Me giré y fui hasta el dormitorio. Me vestí sin ropa interior. Que se la quedara—. ¿Qué haces?

—No me encuentro muy bien. He debido comer algo en mal estado.

—Estela… —Puso un brazo en jarra.

—Lo digo en serio.

—Estás huyendo.

Me puse los pantalones anchos grises y la blusa negra.

—No huyo, Armando. Tú no quieres que esté aquí. —Me guardé que su exmujer sí seguía en ese piso, dentro de un armario.

—Yo no he dicho eso.

—Da igual. —Pasé por su lado—. Hablamos mañana. U… otro día. No tenemos ninguna responsabilidad. —Cogí el bolso de la mesa del salón, abrí la puerta y salí sin dar un portazo.

53

CUANDO LLEGA UNA EDAD Y DEJAS DE CREER EN LOS MALOS MOMENTOS

Estela

Hay una edad en la que una deja de creer en los "malos momentos". O quizá no dejas de creer. Simplemente dejas de respetarlos.

La puerta de casa de Armando la cerré con suavidad, la mía… fue otra historia. El sonido del golpe resonó en el salón vacío como la conversación, que todavía seguía allí conmigo. Me quedé quieta unos segundos en mitad de la entrada, con el bolso colgado del hombro y el corazón latiéndome en sitios incómodos.

No estaba enfadada. O sí. Pero no exactamente con él. Con Armando todo era complicado porque yo lo entendía. Ese era el verdadero problema. Que lo entendía demasiado bien.

Entendía que acababa de separarse. Entendía el vértigo. Entendía la necesidad de sentirse libre después de pasar tantos años construyendo una vida con alguien. Entendía el miedo a volver a entrar demasiado rápido en una relación seria, a perder otra vez partes de uno mismo intentando encajar dentro de una historia compartida.

Yo también había estado ahí. Veintidós años con Darío. Veintidós.

Dicho rápido parece incluso razonable. Una cifra elegante. Una vida estable. Pero veintidós años son muchísimas versiones de una misma persona. Muchísimos silencios. Muchísimos cambios. Muchísimos "ya hablaremos" que terminan convirtiéndose en una forma de vivir.

Y aun así, incluso después de divorciarme, yo nunca aprendí a querer a medias.

Lo había intentado. Claro que lo había intentado. Pero nunca ocurría. Porque llegaba un momento en que algo dentro de mí se

apagaba. Y entonces me iba. Sin dramas. Sin grandes peleas. Simplemente… dejaba de estar.

Con Armando no estaba pasando eso. Todo lo contrario. Cuanto más lo conocía, más ganas tenía de quedarme.

Y quizá precisamente por eso me dolió tanto escucharlo decir que no buscaba novia. Que no éramos novios. Que no quería una relación. Porque las palabras fueron frías. Pero no lo era lo que hacía. Ahí estaba la contradicción. La parte que me rompía por dentro.

Uno no duerme abrazado a alguien de esa manera si no siente nada. Al menos, yo no puedo. No aprende exactamente cómo le gusta el café a otra persona si le da igual. No sonríe así al verla aparecer al final de una calle si solo quiere pasar el rato. No te mira en silencio como me miraba él algunas veces… si no hay algo más debajo. Y por eso me dolía todavía más. Porque sentía que Armando estaba luchando contra sus propios sentimientos como si enamorarse fuera un error de cálculo.

Me quité los zapatos lentamente y caminé descalza por el salón intentando ordenar pensamientos que no querían ordenarse. Fuera se escuchaba el ruido lejano de un coche pasando y la televisión de algún vecino demasiado alta. Todo normal. Mientras yo tenía el pecho convertido en una guerra civil.

Lo más injusto del amor es que no aparece cuando conviene. Nunca. No pregunta si acabas de divorciarte. No revisa calendarios. No espera a que uno tenga las heridas perfectamente cerradas y la vida colocada en estanterías bonitas. Llega cuando quiere. Y ya está.

Yo no sabía querer desde la contención. Nunca había sabido. Cuando alguien me importaba, me importaba entera. Con miedo. Con intensidad. Con dudas incluso. Pero entera. Y no entendía esa necesidad de Armando de pisar el freno constantemente cuando todo entre nosotros avanzaba solo. Como si quisiera sentir… pero solo hasta cierto límite. Como si estuviera intentando negociar con algo que ya le había explotado dentro igualmente.

Me senté en el sofá, apoyé la cabeza hacia atrás y cerré los ojos un momento. Y pensé algo que me dio muchísima tristeza. Que quizá Armando creía que protegerse consistía en ponerle nombre pequeño a cosas enormes.

No somos novios.

Como si cambiarle el título a lo que estaba pasando pudiera hacerlo menos real. Menos intenso. Menos peligroso.

Pero las cosas importantes no desaparecen porque uno las niegue. Solo se vuelven más confusas y dolorosas.

Y lo peor de todo era que ni siquiera podía odiarlo por eso. Porque veía perfectamente el miedo detrás de sus palabras. Lo veía cuando se callaba de repente después de ponerse demasiado cariñoso. Cuando hablaba de libertad como alguien que acaba de salir de un incendio. Cuando intentaba convencerse a sí mismo de que todavía estaba viviendo algo ligero mientras me besaba como si quisiera quedarse dentro de mi vida muchísimo tiempo.

Suspiré lentamente y miré el techo. Y ahí apareció la verdad más incómoda de todas. Que yo ya sabía cómo iba a terminar esta historia. Pero aun así… si Armando volviera a llamar a mi puerta en ese mismo instante, volvería a abrirle. No porque fuera frágil ni me faltara personalidad ni dignidad, sino porque no me importaban las consecuencias, yo sabía sobreponerme con rapidez pasmosa, él me hacía feliz y había aprendido hacía mucho a disfrutar el momento sin pensar en el futuro. Mi futuro éramos mi hijo y yo. Lo demás, gente que viene y va. ¿Frío? Puede, pero muy real.

Álvaro llegó casi una hora después. Escuché la puerta abrirse mientras yo seguía sentada en el sofá exactamente igual que veinte minutos antes, con la televisión encendida sin sonido y el móvil boca abajo sobre la mesa.

—¿Mamá?

Respiré hondo rápidamente antes de incorporarme.

—Aquí.

Entró quitándose la sudadera. Qué guapo estaba despeinado.

—¿Qué haces a oscuras? Pareces una viuda millonaria en una serie de Prime.

Se me escapó una risa pequeña.

—Estoy cansada.

—Huele a depresión.

—Es que se me ha quemado la cena.

—¿Pedimos al chino entonces?

—Elige tú.

Dejó la mochila en el suelo, me miró dos segundos más de la cuenta y arrugó el ceño.

—¿Qué ha pasado?

Negué con la cabeza automáticamente.

—Nada.

—Mamá. —No insistió más alto.

Y yo sentí ganas de llorar de repente, lo cual me pareció completamente humillante teniendo en cuenta que mi hijo todavía coleccionaba vasos sucios en su habitación.

Suspiré despacio.

—He discutido con Armando un poco.

Álvaro se sentó a mi lado inmediatamente.

—¿Por?

Miré mis propias manos antes de responder.

—Porque… supongo que yo estoy empezando a sentir cosas y él está asustado.

—¿Te ha hecho daño?

—No queriendo.

—Lo mato.

—No vas a matar a nadie. —Me hizo sonreír.

—Mamá, ¿qué ha pasado?

—Ha dicho algo. Algo que yo sospechaba, pero… No sé… No lo esperaba.

—¿Qué te ha dicho exactamente?

—Que no busca novia. Que no somos novios.

—Pero vosotros hacéis cosas de novios.

Ahí estaba el problema. Exactamente ahí.

—Ya… —murmuré.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé.

Y era verdad. La verdad más absoluta.

—No quiero alejarme de él porque… me lo paso muy bien. Muchísimo. Me hace feliz. Pero tampoco quiero acercarme más si él va a seguir frenando todo el rato.

Álvaro apoyó los brazos sobre las rodillas mirando al suelo.

—A lo mejor tiene miedo.

—Sí. Lo sé.

—¿Y tú?

Sonreí sin humor.

—Yo también. Pero yo soy más de tirarme por el precipicio y ya luego gestionar la caída.

Eso le hizo reír a él.

—Eso explica muchas cosas de ti.

—Y todos mis problemas.

—Vivir no es un problema —soltó, con solo dieciséis años.

—Eres demasiado inteligente.

—Tengo a la mejor maestra del mundo.

—¿La de literatura? —bromeé. Me dio un golpe en el hombro y reímos más y mejor.

—Eres la mejor, mamá. No hay nadie como tú. No lo digo porque sea tu hijo. Es que es verdad. Te mereces a alguien que quiera ser tu novio.

—Dicho así… Suena fatal.

—Da igual cómo suene. Tú me gritas de vez en cuando.

—Porque no recoges nada. Eres un poco cerdo.

—Mamá… —Se levantó—. Voy a darme una ducha, pero antes me veo en el deber de decirte que, aunque no me preocupa tu bienestar sentimental, porque en día y medio lo olvidarás, prométeme una cosa. —Asentí—. En cuanto deje de hacerte feliz, te vas. Lo mandas a tomar por culo y no vuelves a verle.

—Esa boca —le regañé, y se marchó por el pasillo.

Me quedé sola otra vez y… Casa. Hogar. Normalidad. Vida. Aquella era yo. Yo en esa burbuja, que cerraba por las noches y nada me

afectaba, hasta… ese segundo, en el que el corazón me latía como una adolescente idiota.

Cenamos tarde, hablando de cosas pequeñas. Del instituto. De una profesora nueva que Álvaro odiaba profundamente "porque utiliza PowerPoints con Comic Sans" cuando ahora existía Canva. De una chica de su clase que había dejado a un novio "porque le robaba el desayuno".

—Esa chica tiene futuro —murmuré.

Intenté actuar normal. Y creo que más o menos lo conseguí. Pero aun así, cuando me fui a dormir, sentí el cansancio raro que dejan las conversaciones que remueven demasiado por dentro.

Me metí en la cama y miré el móvil tratando de convencerme de no esperar ningún mensaje. Pero no me dio tiempo ni a creérmelo yo misma, porque el móvil vibró casi inmediatamente. Y mi corazón, estúpidamente, también.

Armando:
Ya me he acostado.

Leí el mensaje demasiado rápido.
Y luego llegó el siguiente.

Armando:
Las sábanas huelen a ti.
No pienso cambiarlas nunca.

Cerré los ojos un segundo.

Armando:
Hasta mañana.

Sentía algo cálido y triste al mismo tiempo extendiéndose dentro del pecho. Porque ahí estaba otra vez la contradicción. La manera en que me alejaba con palabras… y me acercaba con todo lo demás.

Yo:
Hasta mañana.

54

CUANDO UNA ENFERMEDAD TE OBLIGA A SENTIRTE MAL Y BAJAR LA GUARDIA

Estela

El cuerpo tiene maneras muy raras de avisarte de que algo no va bien. Y aquella mañana lo hizo con fiebre.

Me desperté cansada. No "he dormido mal". No "necesito café". Cansada de verdad. La cabeza me latía un poco y tenía esa sensación incómoda de frío interno que ninguna manta consigue arreglar del todo.

Y aun así fui a trabajar. Porque las mujeres de mi generación hemos convertido ignorar el malestar en una habilidad funcional.

La oficina olía a café recién hecho y a personas inestables, como Samuel, que discutía con alguien por teléfono sobre unos presupuestos imposibles; y como Zoa, que tecleaba tan fuerte que iba a saltar las teclas.

—Buenos días, Barbie trastocada —me saludó Samuel al verme entrar.

—Buenos días, Ken hipotecado.

—*Touché.*

Intenté sonreír normal. Creo que incluso lo conseguí durante unos diez minutos. Hasta que el cuerpo empezó a pasarme factura. Recordaba la conversación con Armando, el "no somos novios" y me daba ardor, pero no era eso lo que me impedía trabajar, sino el sudor que empezó a caer de mi frente y las manos frías.

Pasé la mañana entera corrigiendo textos con una concentración ridícula y automática. Línea tras línea. Campañas. Correos. Reuniones absurdas sobre colores corporativos que se consideraban

importantes hasta que recordabas que la humanidad tiene guerras y enfermedades incurables.

A las doce estaba tiritando. A las doce y media me dolían las piernas. A la una, Samuel se detuvo delante de mi mesa con cara de médico de guerra.

—Vale. ¿Qué te pasa?

Levanté la vista del ordenador.

—Nada.

—Estás blanca.

—No me he maquillado mucho hoy.

—No. Pareces una señora victoriana a punto de morirse de tuberculosis.

Zoa levantó la cabeza inmediatamente desde el otro lado.

—Es verdad.

—¿Sabéis? Gracias a los dos.

Samuel abrió el pequeño botiquín de la oficina.

—¿Ibuprofeno o paracetamol?

—No necesito nada.

—Eso dicen todas las personas antes de desmayarse en Recursos Humanos.

Me reí un poco y tosí

Zoa se levantó de su mesa y vino hasta mí. Ya no evaluando, sino dispuesta a reparar daño.

—Estela.

—Estoy bien.

Apoyó la mano en mi frente.

—Estás ardiendo.

Samuel dejó el botiquín sobre mi mesa.

—Sabía que no era una exageración mía. Esto es histórico.

—Vete a casa —indicó Zoa.

Negué con la cabeza.

—Tengo que terminar esto.

—No tienes que terminar nada. Tienes fiebre.

—El cliente necesita la propuesta hoy.

—El cliente puede esperar y tú necesitas ibuprofeno industrial.

Volví a mirar la pantalla intentando concentrarme y pasar de ellos, sin embargo, el móvil vibró y mi corazón dio un saltito al ver de quién se trataba.

Suspiré.

Armando:
¿Cómo estás?

—Te acaba de escribir tu novio —bromeó Zoa.

—No es mi novio.

—¿Seguro? —insistió Samuel.

—Segurísimo —zanjé, y recordé por décima vez la dichosa conversación.

Yo:
Bien.

Lo típico, la costumbre, siempre estaba bien, da igual lo que pasara. Y tampoco le importaba a él, precisamente.

Armando:
¿Seguro?

Yo:
Estoy trabajando.

Armando:
Eso tampoco responde.

Negué con la cabeza sonriendo un poco más. Porque seguía haciéndome sentir bien incluso cuando estaba enfadada con él.

Armando:
¿Vas luego a casa de tus padres a comer?

Me dolía la cabeza muchísimo ya.

Yo:
No. Creo que voy a irme a casa.

Esta vez respondió demasiado rápido.

Armando:
¿Qué pasa?

Suspiré mirando el ordenador borroso delante de mí.

Yo:
No me encuentro muy bien.
Creo que estoy enferma.

El siguiente mensaje tardó exactamente tres segundos.

Armando:
¿Estás sola?

Y ahí estaba otra vez. La contradicción que iba a terminar conmigo.

Yo:
No, no.
Con mis compañeros.
Que además hacen de enfermeros.

Armando:
Estela, tienes que irte a casa.

Leí el mensaje y algo dentro de mí se ablandó inmediatamente. Porque se preocupaba muchísimo. Más de lo que decía. Más de lo que admitía. Más de lo que se permitía reconocer incluso a sí mismo.

Armando:
¿Quieres que vaya a por ti?

Armando:
¿Necesitas algo?

Armando:
Te llevo al médico.

Armando:

O voy a la farmacia.

Cerré los ojos un segundo. Por el dolor de cabeza y el pellizco en el corazón. Se preocupaba demasiado por mí para que esto no significara nada para él. Pero luego recordé su voz diciendo "no somos novios" y me endurecí.

Yo:
No necesito nada, de verdad.
Solo dormir un poco.

Tardó un momento más esta vez.

Armando:
Avísame cuando llegues a casa.
Por favor.

Me quedé embobada en el mensaje sin escuchar a Zoa regañarme por no irme inmediatamente y Samuel gritar que no encontraba el termómetro. Estaba agotada, pero no por la fiebre, sino por empezar a querer a alguien que se empeña en no quererte.

55

CUANDO QUIERES MORIRTE UN RATO LARGO

Estela

A las siete de la tarde ya no sabía si tenía fiebre o me estaba derritiendo lentamente por dentro. Me sentía fatal y tenía demasiadas cosas que hacer, sin embargo, imposible. Había intentado levantarme para poner una secadora y me había mareado. Disimulé porque Álvaro debía entrenar y si me veía, se quedaría. Tenía un torneo de pádel importante el fin de semana. Ya se encargaría él de la ropa cuando volviera. Hoy, también de la cena.

Llevaba dos horas tumbada en el sofá con una manta hasta el cuello y una serie en la televisión que no veía. Salón a oscuras y mucho silencio.

—No hace falta que te quedes —le dije a mi hijo antes de que saliera.

—Mamá, tienes fiebre.

—Y tú un torneo el sábado. Vete.

—Puedo faltar un día.

—Y yo puedo sobrevivir a una gripe.

—¿Por qué no llamas a la abuela?

—La abuela ya no está para cuidar a nadie.

—¿Ves? Necesitas que te cuiden.

—No, pesado. Anda, vete, que vas a llegar tarde.

Mi móvil había vibrado en varias ocasiones sobre la mesa, pero ni fuerza para alcanzarlo me quedaban. Mi cansancio se había multiplicado por la gripe, no obstante, sabía que no era solo eso. Además, cuando una está cansada de verdad, hasta responder mensajes se convierte en un esfuerzo físico.

Cerré los ojos un momento intentando dormir un poco, pero justo entonces sonó el timbre.

Abrí un ojo lentamente. Después el otro. Y durante unos segundos valoré seriamente fingir mi propia muerte.

Pero el timbre volvió a sonar.

—Joder… —murmuré apartando la manta.

Me levanté despacio porque el cuerpo me pesaba muchísimo. Crucé el pasillo arrastrando los pies, convencida de que Álvaro se había dejado las llaves otra vez.

Abrí la puerta todavía medio dormida.

—¿Por qué no te has llevado las lla…? —Me callé, porque era Armando el que estaba delante de mí, con una bolsa enorme en la mano y el ceño fruncido.

—Hola, enferma —saludó.

Parpadeé un par de veces.

—No estoy…

—Sí lo estás.

—¿Qué haces aquí?

Levantó la bolsa.

—Como no me respondes y no sé exactamente si tienes gripe, peste bubónica o un colapso multiorgánico… he traído provisiones.

—¿Qué hay ahí? —Miré la bolsa.

—De todo. Ibuprofeno. Paracetamol. Termómetro. Pastillas para la garganta. Vitamina C. Hasta antibióticos para anginas.

—¿Dónde has robado eso?

—Lo tenía guardado para una emergencia.

—¿Y esto te parece una emergencia?

Me recorrió la cara con la mirada y asintió.

—Tienes muy mala cara.

—Gracias. Eso anima muchísimo a una mujer enferma.

Llevó su mano a mi frente y… sentí su piel. Ahí estaba. Sentía mucho cuando él estaba cerca.

—Estela, estás ardiendo.

—Qué exagerado eres…

Intenté apoyarme un segundo en el marco de la puerta porque el pasillo empezó a darme vueltas ligeramente y Armando cambió la expresión inmediatamente.

—Vale. Aparta.

—¿Qué?

—Voy a entrar porque claramente no estás en condiciones de sobrevivir sola.

Y sinceramente… no tenía energía suficiente para discutir, así que me hice a un lado.

Cinco minutos después yo estaba otra vez tumbada en el sofá con una manta encima y Armando había convertido mi salón en un hospital de campaña improvisado.

Escuchaba ruido desde la cocina. Cajones abriéndose. Vasos. El microondas.

—¿Qué haces? —pregunté sin moverme.

—Buscar algo que no sea yogur caducado. Estos huevos llevan aquí desde el verano pasado.

—No critiques mi estilo de vida ahora mismo.

Apareció con un vaso de agua y una caja de ibuprofeno.

—Tómatelo.

—No quiero.

—Estela.

—No me mandes.

—Te estoy cuidando.

Eso me hizo gracia. Poquísima. Pero suficiente para sonreír un poco antes de tomarme la pastilla.

Armando se sentó a mi lado observándome en silencio unos segundos. Y luego apoyó el dorso de la mano sobre mi cuello. El gesto fue tan natural que me dolió un poco el pecho.

—Joder… —murmuró—. Estás fatal.

—Estoy guapísima. La fiebre potencia mis rasgos.

—Pareces un fantasma.

—Qué bonito todo lo que me dices. —Cerré los ojos y me arrullé con la manta.

Se rio bajito. Y ahí estaba otra vez. La contradicción imposible. Ese hombre diciendo que no quería novia mientras aparecía en mi casa con un botiquín entero porque no le respondía mensajes.

El cuerpo me pesaba muchísimo ya.

—Puedes irte si quieres —farfullé casi dormida—. Estoy bien. —Mentira otra vez.

Noté cómo él se acomodaba mejor a mi lado.

—No pienso dejarte sola así hasta que llegue Álvaro.

—No hace falta…

—Sí hace falta. —Lo dijo tranquilo. Sin dramatismo. Como quien afirma algo completamente lógico.

Abrí los ojos apenas un segundo para mirarlo.

Y fue peor. Porque estaba preocupado de verdad. Sin esas bromas que utilizaba para esconder lo que sentía.

No discutí más porque no tenía fuerza ni ganas.

Apoyé la cabeza sobre su hombro casi sin pensar y Armando me rodeó automáticamente con el brazo acercándome un poco más hacia él.

Olía a colonia limpia, a calle y a café. A casa.

Creo que me quedé dormida escuchando su respiración. Y pensando que nadie cuida así a alguien que no le importa.

56

CUANDO DE VERDAD ALGUIEN TE DESCOLOCA

Armando

Nunca pensé que cuidar de alguien pudiera descolocarme tanto. No hablo de las grandes emergencias, de los hospitales, de las llamadas que te parten una tarde por la mitad o de esas situaciones en las que cualquiera entiende que hay que estar. Hablo de algo mucho más pequeño y mucho más delicado: de una mujer dormida en un sofá, de una manta subida hasta el pecho, de un vaso de agua sobre la mesa y de mi mano apartándole el pelo de la cara cada vez que una hebra se le quedaba pegada a la mejilla por la fiebre. Eso era lo que me estaba reventando por dentro. No la preocupación en sí, sino la naturalidad con la que había aparecido en su casa, había abierto una bolsa llena de medicinas y había decidido quedarme hasta que llegara su hijo.

Estela dormía apoyada en el cojín, con la boca ligeramente entreabierta y la nariz roja, tan lejos de la mujer rápida, sarcástica y brillante que yo conocía que me dieron ganas de reír y de abrazarla al mismo tiempo. La fiebre le quitaba defensa. No encanto, porque esa mujer tenía encanto hasta enferma y con pijama. Y verla así me producía una ternura incómoda, de esas que no puedes colocar en ningún cajón porque no tienen que ver con el deseo, ni con la atracción, ni con las ganas de verla desnuda, aunque todo eso siguiera estando ahí. Era otra cosa. Algo más doméstico. Más serio. Más jodido.

Me acomodé en el sofá con cuidado para no despertarla y miré alrededor. Su casa tenía ese desorden vivo que no era desorden de abandono, sino de vida en marcha: una manta doblada a medias, libros en la mesa, una taza olvidada cerca del portátil, unas

zapatillas junto al mueble de la entrada, una sudadera de Álvaro colgada en el respaldo de una silla. Había fotos, notas, cargadores, una vela apagada y una pila de papeles que seguramente tenía un criterio que solo ella entendía. Todo hablaba de ella sin explicar nada. Su casa estaba hecha para volver, para vivir, para respirar. Y quizá por eso me sentí tan extraño allí. Porque no tenía la sensación de estar invadiendo un espacio ajeno, sino de haber entrado en un sitio donde podría quedarme demasiado fácilmente.

Eso fue lo que me asustó.

Yo no quería quedarme fácilmente en ninguna parte.

Me había separado precisamente para recuperar mi vida, para no volver a convertirme en una pieza dentro de una maquinaria que funcionaba, pero me iba dejando sin aire. No quería otra relación. No quería compromisos, ni rutinas compartidas, ni tener que avisar de mis horarios, ni explicar por qué un martes me apetecía estar solo, ni volver a sentir que mi libertad dependía del estado de ánimo de otra persona. No quería hacer daño a nadie. No quería volver a confundirme. No quería prometer una cosa que luego no supiera sostener.

Y entonces aparecía Estela con fiebre, me decía que no necesitaba nada, mentía fatal, se dormía sobre mi hombro y me dejaba pensando en comprarle naranjas, termómetros mejores y sopa, aunque yo no hubiera hecho sopa en mi puta vida.

Así no se podía ser libre.

O quizá sí.

Quizá el problema era que yo confundía libertad con no necesitar a nadie cerca. Y Estela me estaba demostrando, sin proponérselo, que hay personas que no te quitan espacio. Te lo ensanchan.

Lucía nunca me quitó nada a propósito. Eso tenía que recordarlo siempre, por justicia y por respeto. Lucía no fue una cárcel, ni una enemiga, ni una mujer que me hubiera apagado por maldad. Fue mi mujer. Mi compañera. Mi casa durante años. Una parte enorme de mi vida. La quise muchísimo y todavía la quería, aunque ahora ese verbo tuviera otra forma, otro peso, otra dirección. Con ella aprendí

a construir, a quedarme, a cuidar, a compartir silencios y gastos y miedos adultos. Aprendí también que una relación puede estar llena de cariño y aun así no ser suficiente para seguir. Esa era la parte que más costaba explicar sin parecer cruel: que querer a alguien no siempre significa querer volver a elegir la misma vida.

Con Lucía me levantaba, trabajaba, volvía, cenábamos, hablábamos de lo que había que hablar, planeábamos lo que había que planear, discutíamos poco, nos queríamos bien, y aun así había días en los que me miraba al espejo y no reconocía al tío que estaba allí. No estaba triste todo el tiempo. Eso habría sido más fácil de detectar. Estaba ausente. Funcionaba. Cumplía. Sonreía. Hacía planes. Pero había una parte de mí que se había quedado fuera de mi propia vida, esperando a que yo volviera a buscarla.

Y ahora, con Estela, esa parte empezaba a volver.

No con solemnidad ni con música épica. Volvía en forma de risa. De mensajes absurdos. De café a deshora. De conversaciones en la cocina. De una mujer dándome un beso en el hombro y diciéndome que estaba bien con la cara blanca. Volvía porque Estela no me pedía que fuera más correcto, ni más estable, ni más útil, ni más nada. Me miraba como si ya estuviera bien así, incluso cuando me llamaba idiota. Sobre todo cuando me llamaba idiota. Y eso, después de años intentando no decepcionar a nadie, era peligrosamente adictivo.

El móvil vibró sobre la mesa. Lo miré sin moverme demasiado, para no despertar a Estela.

Lucía. Sentí una mezcla extraña de pasado y presente que todavía no sabía gestionar del todo. No contesté a la primera llamada. No por desprecio, ni por rabia, ni por ganas de castigarla. Simplemente no pude. Me quedé mirando la pantalla hasta que dejó de sonar, con el salón en silencio y Estela respirando despacio a mi lado. Durante unos segundos me sentí un cobarde. Después pensé que quizá también tenía derecho a no responder siempre. A no acudir siempre. A no estar disponible cada vez que la vida de Lucía se movía un poco.

El móvil volvió a vibrar al cabo de un minuto.

Otra vez ella.

Suspiré con cuidado, me levanté despacio y dejé que Estela se acomodara en el cojín. Fui hasta la ventana del salón antes de descolgar, lo bastante cerca para verla si se movía y lo bastante lejos para no hablarle encima.

—Hola —dije en voz baja.

—Hola —respondió Lucía—. Perdona, ¿te pillo mal?

Miré a Estela. Seguía dormida. Tenía una mano fuera de la manta y los dedos relajados sobre el borde del sofá. Me dieron ganas de tapársela.

—No, dime.

—Solo quería saber cómo estabas.

La pregunta era sencilla. Demasiado sencilla para todo lo que llevaba detrás.

—Estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí. ¿Y tú?

—Yo también estoy mejor. Bueno, no sé si mejor es la palabra. Más tranquila.

—Me alegro.

Y era verdad. Me alegraba. Quería que estuviera tranquila. Quería que encontrara su sitio sin mí. Quería que pudiera levantarse una mañana y no pensar en mí con dolor. Quería muchas cosas buenas para ella. Lo que ya no quería era estar yo dentro de esas cosas como antes.

—¿Quedamos algún día? Para tomar un café. Sin dramas. Solo… hablar normal. Amigos.

Miré a Estela otra vez. Seguía dormida, ajena a esa conversación y, sin embargo, de alguna manera, presente en cada respuesta que yo iba a dar. Porque mi vida ya no era la misma que cuando Lucía y yo decidíamos qué hacer con nuestros restos. Había alguien más en el mapa. Alguien que no tenía título, ni etiqueta, ni promesa, pero que me importaba demasiado para fingir que no contaba.

—Vale —respondí con calma—. La semana que viene te llamo y buscamos un día.

Lucía soltó aire al otro lado, casi imperceptible.

—Gracias.

—No tienes que darme las gracias.

—Últimamente sí. —Me quedé callado porque no sabía qué contestar sin abrir más puertas de las necesarias— ¿Estás ocupado?

—Eh… sí.

—¿Con…?

—Estoy solo. —No sé por qué mentí, pero lo hice. Quizá porque decir que "con Estela" habría sonado demasiado concreto, porque decir "con la mujer que me está cambiando los planes" no era una opción práctica—. Liado con el trabajo.

—Ya… Bueno… Nos vemos la semana que viene.

—Si.

Nos despedimos sin añadir mucho más. Una conversación correcta, amable, incluso bonita en su manera torpe de no hacerse daño. Colgué y me quedé mirando el teléfono en la mano. Pensé en Lucía al otro lado de Madrid, quizá en su cocina, quizá sentada en un sofá que todavía conocía demasiado bien. Pensé en todo lo que habíamos sido. En la vida que compartimos. En esa clase de amor que no desaparece, solo cambia de habitación dentro de ti. Y pensé también en que, por primera vez, esa habitación ya no estaba en el centro de mi casa.

Volví al sofá. Estela se había movido un poco. Tenía la manta caída hasta la cintura y el gesto más cansado que antes. Le subí la manta despacio y apoyé los nudillos un segundo en su frente. Seguía caliente, aunque quizá menos. Ella murmuró algo que no entendí y se giró hacia mí, buscando el hueco que yo había dejado.

Y ahí se me apretó el pecho.

Porque no había nada espectacular en aquello. Ninguna escena diseñada para cambiarme la vida. Solo una mujer enferma en pijama, una llamada de mi exmujer todavía reciente y yo en medio, entendiendo que el pasado y el presente pueden convivir un rato, pero no ocupar el mismo sitio.

Me senté otra vez a su lado y Estela, medio dormida, apoyó la cabeza contra mi pierna. Lo hizo sin abrir los ojos. Sin pensarlo. Con una confianza que me dejó completamente desarmado.

Le acaricié el pelo muy despacio.

—Qué desastre eres —susurré, aunque ella no podía oírme.

Y sonreí. Porque sí. Porque me estaba enamorando. No de golpe. No como una revelación cinematográfica. Me estaba enamorando en detalles. En gestos. En costumbres que todavía no lo eran. En querer saber si había comido. En preocuparme cuando no respondía. En verla dormida y sentir que algo en mí se colocaba y se descolocaba al mismo tiempo.

Y no estaba preparado. Pero empezaba a sospechar que nadie lo está nunca. Uno no se enamora cuando tiene la vida resuelta. Se enamora justo cuando la vida le demuestra que no se resuelve del todo. Que siempre queda una esquina desordenada, una llamada pendiente, un miedo antiguo, una fiebre inesperada, una mujer que aparece y te cambia la respiración.

Me quedé allí, con ella dormida a mi lado y el mundo fuera. Lucía seguía formando parte de mi historia. Eso no iba a negarlo jamás. Negarlo sería feo, injusto, incluso cobarde. Pero Estela empezaba a formar parte de mi presente de una manera que ya no sabía disimular. Y ahí estaba la diferencia. A Lucía la quería por todo lo que habíamos sido. A Estela empezaba a quererla por todo lo que me hacía sentir ahora y… no sabía qué hacer con eso.

Solo sabía que, si Estela abría los ojos y me pedía que me quedara, yo no iba a moverme de allí.

57

CUANDO TE ACOMODAS

Estela

Lo primero que noté al despertar fue que alguien me acariciaba el pelo y que Álvaro no iba a ser, porque ese niño me quería, pero jamás lo hubiera hecho. Lo segundo fue que seguía teniendo fiebre, menos, pero las décimas no se iban. Lo tercero, que probablemente era lo más preocupante de todo, fue que me gustó muchísimo abrir los ojos y encontrarme a Armando allí.

Seguía sentado en el sofá. En la misma posición en la que me había quedado dormida sobre su hombro. Tenía una pierna estirada, la otra doblada y el mando de la televisión apoyado sobre el pecho. La pantalla mostraba un documental de tiburones que claramente ninguno de los dos había estado viendo. Cuando vio que abría los ojos, sonrió. Y después hizo algo que no ayudó absolutamente nada a mi estabilidad emocional. Me besó la frente. Así. Sin pensar. Sin darle importancia. Y yo, que llevaba toda la vida presumiendo de mujer sensata, sentí algo desarmarse dentro de mí. Porque los besos en la boca son maravillosos. Pero los de la frente son otra cosa.

—Hola, enferma favorita.

—¿Tienes muchas?

—Eres la única que me deja entrar en su casa con un botiquín.

—Error estratégico.

—Ya es tarde.

Me acomodé un poco mejor en el sofá. La cabeza me dolía menos. El cuerpo también. Pero el corazón seguía siendo un desastre.

Y mientras lo miraba allí sentado, despeinado, con cara de haber pasado una tarde entera cuidándome sin que nadie se lo pidiera, tuve que aceptar algo que llevaba semanas intentando negociar conmigo misma. Estaba enamorada. Muchísimo. Y la parte complicada no era esa, sino no saber qué demonios sentía él.

—¿Todo bien? —Vi algo raro en su mirada.

—Sí, claro. Eres tú la que tiene fiebre.

—No… No me refiero a eso.

—¿Te refieres al moco que te cuelga de la nariz?

—¡¿Qué?! —Me llevé la mano hasta la cara.

—Jajajaja. Es broma. No tienes ningún moco. Jajajaja.

—Eres… —Arrugué el rostro—. Riéndote de una tullida.

—Oh, qué exagerada. Ven… —Me rodeó con sus brazos y me envolvió en su pecho—. ¿Así estás mejor?

Iba a decirle que no, que se marchara, que no tenía gracia, pero sí la había tenido y su pecho fue el lugar que necesitaba. Olía bien, se sentía cómodo y perfecto. Estaba en casa dentro de mi casa. Podría haberme horrorizado, percatarme de todo lo que sentía por él, sin embargo, me gustó y pensé que me merecía vivir algo bonito, sentir a lo grande y pasarlo bien y, después, cuando Armando desapareciera de mi vida solo le agradecería el haber estado durante unos meses.

—¿Has dormido? —musité sin apartarme, con los ojos cerrados.

—Tú has dormido por los dos.

—Tengo fiebre —me defendí sin muchas ganas.

—Te he hecho fotos. Una pena que no pueda subirlas a ninguna parte.

—Es mentira. No me has hecho. Y no, no te daría autorización para que las subieras.

—Nadie sabe que… —se calló unos segundos— quedamos.

—Sí… Quedamos. —Me dolió que dijera eso—. Puedes irte ya. —Me incorporé un poco—. Álvaro vendrá pronto.

—No voy a irme.

—Estoy mejor.

—No.

—Armando...

—No.

Nos miramos y terminamos riéndonos.

—Eres insoportable.

—Tú también y no me quejo.

—¿Soy insoportable? —Alcé las cejas. Él asintió sonriendo y a mí me desarmaba.

—Pero muy bonita.

—¿Bonita?

—Mucho.

—Supongo que es un cumplido.

Aquello me hizo sonreír más de lo que debería. Porque había algo tremendamente bonito en que quisiera quedarse. Aunque luego dijera esas cosas horribles sobre no buscar novia y que solo quedábamos. Aunque se empeñara en ponerle límites a algo que cada vez parecía más difícil de encerrar.

—¿Quieres agua?

—Sí, por favor.

Mi enfermero particular se levantó y me quedé mirando su culo, redondo y duro.

—Me estás mirando el culo —advirtió sin voltearse.

—¿Está prohibido mirar?

—Nada de sexo. Estás enferma. —Escuché movimientos en la cocina. Frigorífico, cristales. Y asomó la cabeza por el marco de la puerta. Yo estaba enfurruñada—. Sabía que tendrías esa cara.

—¿Me castigas sin sexo?

—Estás en baja forma.

—Podemos probarlo.

—Ni de coña. —Salió con el vaso de agua.

—Menos mal… —suspiré—. Porque quedaría fatal. —Rio.

No habían pasado ni diez minutos cuando escuchamos la llave girar en la cerradura. La puerta se abrió. Y apareció Álvaro. Con la mochila colgada del hombro, una pala de pádel en una mano y cara de adolescente hambriento.

—¿Mamá?

—Estoy aquí.

—Sigues viva.

—Por desgracia para ti.

—No te creas. ¿Quién me daría de comer?

—Y quién te haría la cama y recogería todo lo que vas dejando por ahí.

—No te mueras, por favor —bromeó—. ¡Hombre! —Vio a Armando.

—Buenas. —Armando levantó una mano.

—¿Qué pasa? ¿Te ha tocado cuidar a la enferma?

—Tu madre ha intentado morir de gripe y he venido a impedirlo.

Mi hijo dejó la mochila en el suelo. Yo no estaba nerviosa porque se conocieran oficialmente ni coincidieran en casa. Los conocía a los dos y sabía que se llevarían bien.

—Gracias, tío. —Se chocaron la mano—. Me ahorras trabajo.

—De nada.

—Gracias por no llamarme bró de repente.

—Gracias a tu madre por la educación que te ha dado y que odies lo de bró. —Rieron.

—Hombres… —balbuceé.

Y así, exactamente así, tardaron menos de treinta segundos en llevarse bien.

Álvaro se fue a la ducha y Armando me preguntó de nuevo si estaba bien.

—Sí, pesado. Puedes irte ya. No estoy sola.

—¿Me echas? Qué poca vergüenza. Llevo cuidándote horas.

—Perdona, yo… —Tragué saliva.

—Es broma, Estela. —Sonrió.

—Creí que Álvaro iba a hacerte sentir incómodo. ¿Quieres quedarte a cenar con nosotros?

—¿Eh? ¿Contigo y con tu hijo? ¿Después qué viene? ¿Una boda? —Supe que bromeaba.

—¿Boda? Puede. Mañana no, que me viene fatal. No voy a ir con gripe y moqueando. —Reímos.

—Me quedo, pero solo para encargarme de la cena.

—A lo mejor te doy un beso en el hombro y te asustas —solté sin pensar.

—¡¿Qué?! ¡¿Un beso en el hombro?! Me marcho. —Fue hasta la puerta como alma que lleva el diablo. Después, se volvió y vino

hasta mí y me abrazó por la cintura—. Me quedo, Estela, con beso en el hombro y donde tú quieras —aseguró sobre mi boca, y yo… Oh, oh. Lo quería. Por todo. Por su forma de ser, bromear, saber llevar situaciones, por su sonrisa, el olor de su piel, su forma de tratarme, de tratar a Álvaro hacía un momento, por cuidarme, por estar.

Álvaro llegó poco después y se pusieron a hablar. Yo observaba la escena desde el sofá con ternura y vértigo. Porque los dos se parecían más de lo que imaginaban. Mismo humor absurdo. Misma facilidad para reírse de sí mismos. Misma tendencia a decir barbaridades con cara seria.

—¿Hacemos la cena? —preguntó Armando.

—¿Le preguntas a mí o a ella?

—A ti. Tu madre está enferma.

—Estoy bien.

—Mentira.

—Eso no es verdad —contestaron casi al unísono.

—Ya estáis los dos contra mí.

—¿Siempre es tan quejica? —cuestionó Armando mirando a Álvaro.

—Uff. No la conoces aún.

—Estoy planteándome si seguir conociéndola.

—No te lo recomiendo.

—¡Álvaro! —le regañé sin perder la sonrisa.

—Mamá, es mejor que te conozca ya. Y si tiene que irse, que se vaya.

—Me gusta tu hijo.

—Sí, es un sol —puse los ojos en blanco.

Se metieron en la cocina y los escuché hablar sobre comida sana, deporte y el instituto. Al cabo de un rato, fui a acompañarles y me acomodé en un taburete.

—Estás mejor —anotó Armando. Y me acarició el hombro sutilmente mientras Álvaro cortaba la pizza que habían hecho.

—Sí. Gracias a ti.

—Vaya, años cuidándote y todo el mérito se lo lleva un tío que acabas de conocer —satirizó Álvaro.

—Te refieres a que yo te cuido a ti —apunté.

—Soy un hijo ejemplar.

—Disiento.

La conversación derivó rápidamente hacia el bloque. Porque era imposible vivir cerca de mis padres y no acabar hablando del zoológico humano que era aquel edificio.

—Hoy Susana ha dicho que la vecina del bloque cinco trafica con Avon —comenté—. La abuela me lo ha dicho.

—La semana pasada creía que era espía rusa. —Álvaro ni siquiera pestañeó.

Cenábamos en la cocina.

—Va cambiando la teoría según el día.

—Susana podría ser guionista.

—Le iría bien.

Rebeca también apareció en la conversación. Y después Rafaela. Y después Antonella. Y después Manuel, que llevaba tres meses intentando arreglar una persiana. Y después mi madre. Y toda la comunidad.

Hasta que Armando acabó apoyado en la encimera de la cocina riéndose mientras Álvaro le explicaba las complejas relaciones diplomáticas existentes entre los vecinos.

—Espera —dijo Armando de repente—. ¿Tú sabes todo esto?

—Claro.

—¿Todo?

—Todo.

—¿Y también sabes...? —Miró hacia mí. Yo levanté una ceja. Álvaro sonrió.

—Sí.

Armando abrió mucho los ojos.

—¿Todo todo?

—Mi madre me cuenta todo.

—Estela...

—¿Qué?

—Eso no es normal.

—Claro que sí.

Álvaro levantó una mano.

—Voy a aclarar una cosa. —Los dos lo miramos—. Yo sé más cosas de vosotros de las que vosotros sabéis el uno del otro. —Se marchó al salón dejándonos callados.

—Me da miedo tu hijo —expuso Armando.

—A mí también a veces.

—Es muy inteligente.

—Ha salido a su madre.

—Pobre chaval.

Le tiré un pepinillo y lo esquivó.

—Gracias por tratar así a Álvaro.

—Gracias a vosotros por hacerme sentir en casa.

—Esta es tu casa. —Abrió los ojos y la boca—. No te asustes. Eres imbécil. Nuestra casa es la de todos nuestros amigos.

—Claro… No sé si ofenderme.

—Somos amigos, ¿no? Porque novios no somos.

Hizo una mueca con la cara y me tocó la frente con la mano.

—No tienes fiebre.

—Me has drogado bastante.

—Soy un buen camello.

Habían estado los dos, uno junto al otro, riendo, bromeando, moviéndose por mi cocina de manera natural. Y había sentido algo extraño. No una fantasía ni un futuro ni una película romántica. Fue algo más sencillo. Fue paz, una paz pequeña y cotidiana. De esas que aparecen de esperarlo y que, cuando lo hacen, recuerdas cuánto la echabas de menos. El sonido de risas a unos metros, de movimiento, de cosas en otro lugar. Y supe que las echaría de menos también cuando volvieran a desaparecer.

58

MENSAJES, STICKERS Y MÁS MENSAJES

Estela

Armando:
¿Ya no eres así?
Sticker de un mono estornudando.
Sticker de un bebé con dos velas de mocos.

Yo:
Ahora soy así.
Sticker de una princesa caminando.
Sticker de un pájaro volando.

Armando:
Me alegra que estés bien.
¿Te gustó la sopa que te hice anoche?

Yo:
Estaba muy buena.

Armando:
Mentira. ¿Te la tomaste?

Yo:
Me puse una pinza en la nariz para poder hacerlo.

Armando:
Sticker de una alpaca cayendo sobre una persona.

Yo:
Sticker de un niño formando un corazón con un gesto.

Armando:
Sticker de un monito corriendo a toda velocidad y alejándose.

Yo:
Corre todo lo que quieras.

Armando:
¿Vas a perseguirme?

Yo:
Así.
Sticker de Mort saltando. Un lémur ratón de la película Madagascar.

—Ya está la enamorada —parloteaba Zoa desde su mesa.
—¿Y a ti cómo te va con David?
—Seguimos saliendo.
—Lo has dicho como enamorada.
—Me gusta mucho.
—¿Las enamoradas pueden trabajar un poco y dejar los móviles y a los enamorados? —intervino Samuel, otra vez peleándose con la impresora.
—Armando no está enamorado —anuncié de golpe.
—Ese tío está enamorado, Estela.
—Tú qué sabes. Ni lo conoces.
—Te conozco a ti. Y sé que se separó hace poco. Ningún tío abandona su soltería después de tantos años si una mujer no le gusta mucho.
—Claro que le gusto.
—Le gustas demasiado. Y él también lo piensa. Está acojonado.
—¿Cómo sabes eso? —Las cejas me llegaron al techo.
—Porque todos somos iguales. Complejidad cero.
—Está fatal que digas eso —protestó Zoa—. Pero es cierto. Sois simples. —Reímos los tres.

La jornada laboral terminó y Armando y yo habíamos seguido hablando, incluso nos hicimos una videollamada. Lo reconozco, me cercioré de que estaba guapa antes de descolgar. ¡Había tenido pesadillas con lo que dijo de un moco saliendo por mi nariz!

Llegué al edificio de mis padres a las tres y media de la tarde. A ese lugar donde la gente no se saluda, allí se participaba en la vida. Llevaba una bolsa de naranjas que acaba de comprar en la frutería de la esquina porque mi madre había decidido que, después de la gripe, necesitaba vitamina C, buena comida y supervisión constante durante aproximadamente los próximos quince años.

La puerta del portal estaba abierta y eso significaba que alguien vigilaba. Y normalmente era Susana.

No me equivoqué.

La encontré sentada en una silla plegable junto a la entrada, con unas gafas de sol enormes, una cerveza y una autoridad moral completamente injustificada.

—Mírala.

—Hola, Susana.

—Ya está recuperada.

—Sí.

—Se te nota.

—Gracias.

—Aunque sigues tomando decisiones cuestionables.

—¿Todavía no he llegado y ya me estás juzgando?

—Claro.

—Perfecto.

Me senté a su lado.

—¿Y Armando?

Cerré los ojos.

Ahí estaba.

El motivo real.

—¿Qué pasa con Armando?

—Nada. Pregunto.

—Pues no preguntes.

—Eso es exactamente lo que diría una mujer enamorada.

—Y eso es exactamente lo que diría una mujer que necesita buscarse una afición.

—La tengo.

—¿Cuál?

—Vosotros.

Levanté la vista al cielo.

No había defensa posible.

En ese momento apareció Antonella saliendo del portal con dos perros, tres correas, una bolsa, un paraguas cerrado y una energía que recordaba a una revolución popular.

—¡Maldición! ¡Bastardo! ¡No! ¡No! ¡NO!

Uno de los perros intentaba montar al otro.

—Buenas, Antonella.

—¡No son buenos! ¡Este perro es un criminal!

—¿Qué ha hecho?

—¡Todo!

La italiana señaló al animal con indignación auténtica.

—¡Ha roto una maceta! ¡Ha mordido una zapatilla! ¡Ha intentado seducir a una perra casada!

—¿Casada?

—¡No me interrumpas!

Susana y yo empezamos a reírnos.

Antonella siguió caminando calle abajo maldiciendo en tres idiomas distintos mientras los perros la arrastraban.

—Este edificio merece un documental propio —destaqué.

—Yo lo protagonizaría.

Desde una ventana abierta del tercero se escuchó la voz de Rafaela.

—¡MANUEL!

La calle entera se quedó en silencio.

Porque todos sabíamos lo que venía después.

—¿QUÉ? —gritó Manuel desde dentro.

—¿HAS COMPRADO EL PAN?

—NO.

—¿POR QUÉ?

—PORQUE ME DIJISTE AYER QUE LO COMPRABAS TÚ.

—¡ESO FUE AYER!

—¡POR ESO!

—¡ERES INÚTIL!

—¡Y TÚ MANDAS MUCHO!

—¡PORQUE TÚ PIENSAS POCO!

Susana empezó a aplaudir.

—Llevan cincuenta años casados y siguen enamorados.

—Eso no es amor.

—Claro que sí.

—Eso es boxeo verbal.

—Lo mismo.

Yo seguía riéndome cuando vi aparecer a Armando al final de la calle y sentí ese pequeño vuelco absurdo que llevaba semanas empeñándome en ignorar.

Susana lo vio. Por supuesto. Susana veía hasta los pensamientos.

—Ahí viene.

—Cállate.

—Te has puesto roja.

—Tengo calor.

Me dio ganas de tirarle la cerveza encima.

Armando llegó hasta nosotros sonriendo.

—Buenas.

—Hola —respondí.

—Hola, vecino sexy —saludó Susana.

Armando ya ni protestaba.

—Hola, Susana.

—Hoy estás especialmente guapo.

—¿Qué quieres?

—Que me subas una maceta a la terraza.

—Lo sabía.

Yo me reí. Y Armando me miró. Solo un segundo. Pero suficiente. Lo justo para que los dos sonriéramos sin querer. Lo justo para que Susana pusiera cara de investigadora privada y para que yo supiera que estaba perdida. Otra vez.

59

EL BLOQUE, LOS VECINOS Y LA VERDAD

Estela

El problema de vivir en un bloque donde todo el mundo conoce la vida de todo el mundo es que los secretos tienen una esperanza de vida parecida a la de un cubito de hielo en agosto.

Y el problema de Susana era que llevaba años entrenando para el FBI sin saberlo.

Armando seguía allí, apoyado junto a la puerta del portal, hablando con nosotros de cualquier tontería. De una oferta absurda del supermercado. De una señora que había intentado devolver una sandía porque "no transmitía alegría". Y yo me reía. Demasiado. Lo sabía. Lo sabía perfectamente. Porque había una diferencia muy clara entre reírte de un chiste y reírte de quien lo cuenta. Y yo estaba instalada en la segunda categoría.

—Bueno —interrumpió Armando—. Voy a subir antes de que la compra se convierta en compost.

—Cobarde —lo acusó Susana.

—Realista.

—Es lo mismo.

Armando se rio.

—Nos vemos luego. —Me miró.

—Hasta luego.

Entró en el portal y se cruzó con Rebeca, que salía de su casa con un café para llevar de medio litro y mucha prisa, o eso parecía.

—Hola —la saludó, sin embargo, ella ni contestó, y eso me extrañó. Yo seguía sonriendo porque sí, estaba enamorada como una tonta. ¿Estaba enamorada como una tonta? Llevabas días haciéndome esa pregunta. Y la respuesta dependía mucho de quién la respondiera.

Si se la preguntas a una persona práctica, probablemente te dirá que sí. Que es una irresponsabilidad enamorarse de un hombre

quince años más joven. Que es una mala idea enamorarse de alguien que acaba de separarse. Que es todavía peor hacerlo cuando ese alguien ya te ha dicho que no quiere una relación. Que lo inteligente sería salir corriendo. Protegerse. Levantar un muro. Ahorrarse el golpe.

La teoría siempre es maravillosa.

La teoría nunca tiene ojos. Ni sonrisa. Ni voz. Ni olor. Ni forma de mirarte cuando cree que no lo estás viendo.

Yo también conocía la teoría. Tenía cuarenta y cinco años, no quince.

Había amado. Me habían roto el corazón. Había roto corazones sin querer. Había estado casada más de media vida. Había firmado un divorcio. Había llorado en cocinas vacías. Había rehecho mi vida varias veces. Había tenido relaciones después.

No era una adolescente. Y precisamente por eso sé algo que a veces la gente olvida.

El amor no llega cuando es conveniente. Llega cuando le da la gana. No pregunta la edad. No pide certificados de disponibilidad emocional. No revisa calendarios. No espera a que las heridas estén cerradas. No comprueba si la diferencia entre dos personas encaja estadísticamente.

Llega.

Y después te apañas.

Por eso me hacía gracia cuando alguien hablaba de enamorarse como si fuera una decisión racional.

Nadie se enamora porque convenga.

Uno se enamora porque un día descubre que alguien ocupa demasiado espacio en sus pensamientos. Porque sonríe cuando recibe un mensaje suyo. Porque una tarde cualquiera se convierte en una buena tarde simplemente porque esa persona aparece. Porque la vida pesa menos cuando está cerca. Porque tu sistema nervioso se relaja si esa persona te acompaña.

Y eso no tiene nada de lógico. Nunca lo tuvo.

Quizá lo verdaderamente tonto no sea enamorarse. Quizá lo verdaderamente tonto sea encontrar algo que te hace feliz y renunciar a ello por miedo. Porque el miedo siempre tiene

argumentos brillantes. Siempre. El miedo es inteligente. Prudente. Responsable. El miedo te recuerda todas las veces que salió mal. Todos los riesgos. Todas las estadísticas. Todos los finales posibles.

Pero el miedo nunca te habla de lo que podrías perder si te marchas demasiado pronto. Eso se lo guarda.

Yo podría alejarme de Armando. Claro que podría. Podría protegerme. Podría decirme que esto no tenía sentido. Que él acababa de separarse. Que yo era mayor. Que no buscaba lo mismo que yo. Que esto terminaría mal. Podría hacerlo. Y probablemente… dormiría peor. Porque hay una cosa que había aprendido después de cuarenta y cinco años viviendo. Las personas nos arrepentimos más de lo que no vivimos que de lo que salió mal. Las heridas terminan cerrando. Las dudas no siempre. Por eso no creo que estar enamorada de Armando me convirtiera en una tonta, sino en una mujer viva. Y hay una diferencia enorme. Las tontas se lanzan sin mirar. Las valientes miran perfectamente el precipicio. Y aun así deciden saltar. No porque crean que son inmortales. Sino porque saben que hay vuelos que merecen el riesgo de la caída.

Y yo no sabía cuánto duraría esto. Si serían dos meses, dos años o dos semanas más. No sabía si Armando terminaría sintiendo lo mismo que yo, ni siquiera si esto tendría sentido dentro de seis meses ni si acabaría bien. Ni si ya se había desecho del dichoso collage. Lo único que sabía es que cuando estaba con él me sentía más yo que nunca y, después de todo lo que había vivido, eso ya me parecía un milagro bastante grande.

Así que no. No estaba enamorada como una tonta. Estaba enamorada como una valiente.

—Nena, ¿adónde vas? ¿No has trabajado hoy? —expresó Susana.

—He llegado antes —explicó sin más Rebeca—. Hola —se dirigió a mí.

—Hola, Rebeca. —Y ahí empezó todo. Porque Rebeca miró hacia el portal. Después me miró a mí. Después volvió a mirar el portal. Y después sonrió mal.

—Una pregunta.

—No.

—Todavía no la he hecho.

—Da igual.

—¿Estáis juntos? —Directa. Sin anestesia. Sin rodeos.

Me quedé mirándola un segundo. Después dos. Y respondí exactamente lo que sabía que tenía que responder.

—No.

Rebeca sostuvo mi mirada. Yo sostuve la suya. Y durante unos segundos ninguna de las dos habló.

—Me estás mintiendo.

—No estamos juntos —no mentí, porque… "no éramos novios" ni estábamos juntos. No sabía lo que teníamos.

—Me mientes en la cara.

—Armando y yo somos amigos.

—Ya… —bufó—. Me voy, que he quedado.

—¿Con un tío? —preguntó Susana.

—Sí. Tendré que follar. ¿O va a follar solo Armando? —Lo dijo mirándome a mí.

—Claro que sí. Que te diviertas —le deseó Susana. Yo me callé.

—Siempre. —Y desapareció calle abajo con el café en la mano.

Esperé exactamente tres segundos. Tres. Porque conocía a Susana. Y sabía perfectamente lo que iba a ocurrir. No me decepcionó.

—¿Por qué le has dicho que no?

Cerré los ojos.

—Por favor...

—Lo pregunto en serio.

—Porque no estamos juntos.

—Eso no te lo crees ni tú.

Suspiré.

—Vale. Porque no quiero que nadie se entere.

—¿Por qué?

—Porque esto no va a durar —hablé con absoluta sinceridad.

Susana dejó la cerveza sobre la silla.

—Eso no lo sabes. —Volví a suspiré—. Vas a hiperventilar. —Se echó hacia delante—. Estela, no te enamores.

—Es tarde para esa advertencia.

—Ya lo sabía.

—Porque tú lo sabes todo.

—No. Porque sé cómo lo miras. Pero él no te mira a ti de manera diferente.

—Estoy loca.

—Sí, pero no es malo.

—Mira... él acaba de separarse. No quiere una relación. No quiere novia. No quiere nada serio. Yo lo sé. Él lo sabe. Todo el mundo lo sabe.

—Eso es verdad.

—Gracias.

—De nada.

—Así que esto durará un mes más.

—O no.

—O una semana más.

—O no.

—O tres días.

—O no.

La señalé.

—¿Ves? Por eso no te cuento cosas.

Susana se rio.

—¿Y si te equivocas?

Pensé en la fiebre. En el botiquín. En el mensaje de las sábanas. En cómo me miraba algunas veces. Y aun así negué con la cabeza.

—No me equivoco.

—¿Tan segura estás?

—Sí.

—Pues listo. Adivinas el futuro, como yo. Montamos un salón del tarot y nos hacemos ricas.

Solté una carcajada. Y ella también.

En ese momento apareció Álvaro al final de la calle con la mochila del instituto colgada de un hombro y los auriculares puestos.

Al verme levantó una mano.

—Hola.

—Hola.

—¿Ya estáis cotilleando?

Susana señaló a mi hijo.

—Este niño tiene alma de jubilado.

Álvaro llegó hasta nosotros y miró alternativamente a Susana y a mí.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Mamá.

—Nada.

—Entonces ha pasado algo.

—Ha pasado que tu madre es idiota.

—Eso ya lo sabía.

—Gracias, hijo.

—De nada.

Y mientras subíamos juntos hacia casa de mis padres, escuché a Susana gritar desde abajo:

—¡CUANDO TE CASES CON EL VECINO QUIERO SER TESTIGO!

Álvaro soltó una carcajada. Yo me llevé una mano a la cara. Y desde algún piso del edificio alguien gritó:

—¡YO TAMBIÉN!

Lo peor fue que reconocí la voz de mi madre.

60

CUANDO LA FAMILIA ES LO MÁS IMPORTANTE

Estela

Mi padre considera que comer después de las tres de la tarde es una señal inequívoca del fin de la civilización occidental. Sostiene esa teoría aproximadamente desde mil novecientos ochenta y siete.

—¡Son las cuatro menos diez! —escuchamos gritar desde la cocina incluso antes de entrar en casa—. ¡Las cuatro menos diez! ¡En los restaurantes ya están fregando los platos!

Álvaro cerró la puerta detrás de nosotros.

—El abuelo está fuerte hoy.

—Ha visto el reloj.

—Pero si no ve.

—Ve lo que le interesa.

Mi madre surgió por el pasillo secándose las manos con un paño.

—No le hagáis caso. Lleva enfadado desde las dos y media.

—Porque las dos y media es una hora razonable para comer —siguió papá.

—Francisco, cállate.

—No me callo.

—Pues gruñe más bajito.

—No estoy gruñendo.

—Llevas toda la vida gruñendo.

—Estoy expresando una opinión.

—Con el mismo tono que un oso.

Álvaro y yo nos miramos.

—Están enamorados —murmuró.

—Muchísimo.

—Da miedo.

—Bastante.

Mi madre nos escuchó.

—Os estoy oyendo.

—Lo sabemos.

—Pues comportaos.

—Por fin —anunció mi padre, con la barba manchada de harina.

—Hola a ti también —le di un beso.

—A tu padre le das un beso. ¿Y a mí? —Mamá se quejó. Puse los ojos en blanco y la besé.

—La comida está lista desde hace dos horas.

—Pues estará más hecha —mencionó Álvaro.

—Lo que está es frío. No te vayas a quejar —le reprochó.

La cocina olía a ajo, a carne guisada y a infancia. Hay casas que nunca dejan de ser casa. Da igual la edad que tengas. Da igual cuántos años lleves viviendo fuera. Hay sitios que siguen sabiendo exactamente dónde guardas los recuerdos.

Mientras mi madre preparaba la mesa y Álvaro saqueaba el pan antes de tiempo, me acerqué a la encimera donde mi padre removía una olla.

—¿Necesitas ayuda?

—Estoy calentando el almuerzo —refunfuñó.

—Papá, sabías a qué hora íbamos a llegar.

—Cada vez más tarde.

—¿Estorbo?

—Un poco, sí.

Me apoyé en la encimera. Él siguió removiendo. Yo seguí observándolo. Y los dos supimos exactamente cuándo iba a empezar la conversación. Porque los padres tienen una habilidad sobrenatural para detectar cosas que uno preferiría esconder.

—Entonces... —Ahí estaba.

—Entonces, ¿qué?

—¿Qué pasa con el vecino?

Sonreí.

—Qué vecino.

—Estela. No me tomes por tonto. No me hagas repetir preguntas porque me hago mayor.

Acabé riéndome.

—¿Qué quieres saber?

—¿Tienes algo con el vecino?

—Sí.

Mi padre asintió despacio. Ni sorpresa. Ni interrogatorio.

—Ya.

—¿Lo sabe mamá?

—Tu madre es bruja.

—Eso lo sospecho.

—Y además te conoce mejor que tú misma.

—Eso también.

—Lleva semanas sabiéndolo.

Abrí mucho los ojos.

—¿Semanas?

—Meses igual.

—No exageres. No llevamos tanto saliendo.

—Tu madre detectó que te gustaba ese muchacho antes de que tú supieras cómo se llamaba.

Me reí, porque con probabilidad era verdad.

Mi padre bajó el fuego de la olla. Después se apoyó en la encimera frente a mí.

—¿Eres feliz? —No me sorprendió la pregunta. Era lo único que le había importado siempre. Papá no me juzgó cuando me separé ni cuando suspendí alguna asignatura en el instituto o la universidad, ni cuando me equivocaba.

—Sí.

—Pues ya está. —Sonrió.

—¿Ya está?

—Claro.

—Papá...

—¿Qué?

—Es más complicado que eso.

—La vida es compleja. No complicada. Sé lista y mira por dónde pisas.

—Ojalá fuera tan fácil.

Suspiró. Y señaló con la cuchara de madera hacia mí.

—Escúchame una cosa.

—Miedo me das.

—Tu madre y yo solo queremos que seas feliz.

—Mamá hubiera preferido que no me divorciara.

—Tu madre es de otra época.

—Tú también.

—Yo me eduqué, estudié, supe adaptarme. Tienes que entenderla.

—Ella no me entiende a mí.

—Ni lo hará jamás. Pero quiere que seas feliz. Da igual con quién. Nos da igual la edad. Nos da igual si vive arriba, abajo o en Australia. Solo queremos que quien esté contigo te trate bien. Que te quiera. Que te haga reír. Que te cuide cuando estés enferma. Y que no te haga daño.

Sentí un nudo extraño en la garganta porque… Armando me cuidaba, me hacía reír, me trataba bien, pero… ¿me quería? No lo sabía.

—Papá...

—Es verdad.

—No te pongas emotivo.

—No me estoy poniendo emotivo.

—Un poco sí.

—Es el vapor del guiso.

—Claro.

—Y además estoy cortando cebolla.

—No hay cebolla.

—Pues la compraré luego.

Le di un abrazo y Álvaro vino a recoger y llevar platos.

—¿Una conversación interesante? La abuela me ha pedido que me calle tres veces para intentar escucharos. —Mi padre preparó los platos y mi hijo los fue llevando al salón uno a uno.

—¡A COMER! —gritó mi madre desde el comedor.

—¡YA VAMOS! —contestó mi padre.

—¡SE ESTÁ ENFRIANDO!

—¡NO SE ENFRÍA!

—¡SE ESTÁ ENFRIANDO!

—¡NO!

—¡FRANCISCO!

—¡CARMEN!

—Os juro que algún día los grabaré y los subiré a TikTok. —Álvaro volvió y cogió las servilletas.

—Millones de visitas tendrían —aseguré.

—Mínimo.

Nos fuimos al salón. Y sentados alrededor de la mesa pensé que el amor de verdad se asemejaba a aquello. A dos personas discutiendo sobre la temperatura del guiso cuarenta años después. A seguir eligiéndose incluso cuando ya conocen todos los defectos del otro. A reírse mucho. A cuidarse. A quedarse.

Y mientras veía a mi madre regañar a mi padre, a mi padre hacerse el ofendido y a Álvaro robar croquetas convencido de que nadie lo veía, sentí calma. Porque pasara lo que pasara con Armando, había una cosa que mi padre tenía razón. La felicidad nunca ha sido una cuestión de lógica. Y cuando aparece, aunque sea vestida de vecino complicado, merece al menos una oportunidad.

61

Y OTRA VEZ LA DICHOSA BICICLETA

Armando

Estaba abrumado, no con Estela, sino con lo que me hacía sentir ella. Tranquilo, bien, feliz. Y yo no esperaba eso ni en años. Llevaba hablando con Estela todo el día, todos los días desde hacía ya más de dos meses, y eso… Eso me ponía nervioso. Por suerte, tenía un amigo de esos que te acompañan en las malas, y David era todavía más que eso. David te llamaba por teléfono cuando intentabas centrarte para asegurarse de que eso no ocurriera.

Desmontaba la bicicleta por tercera vez porque necesitaba hacer algo con las manos, aunque Estela diría que soy un perfeccionista obsesivo.

—Dime.

—Tengo una pregunta importante.

—No puedes ponerte los calzoncillos del revés y decir que eres una persona limpia.

—¿La tortilla de patatas cuenta como verdura?

—No.

—Pues entonces llevo dos meses sin comer verduras.

—Eso explica muchas cosas.

Escuché cómo se reía al otro lado.

—¿Qué haces?

Miré las piezas de la bicicleta repartidas por medio salón.

—Mantenimiento.

—¿Otra vez con la bici?

—La bici y yo estamos atravesando un proceso.

—Lo que atraviesas tú es una crisis.

—También.

—Perfecto. Entonces sal de casa.

—No me apetece.

—¿Rechazas una propuesta de tu mejor amigo?

—Sí.

—Me da rabia que no me conozcas.

—A mí me da rabia haberte conocido. —Me dejé caer en el sofá— ¿Qué quieres?

—He quedado con Zoa.

—¿Y?

—Y he pensado que podríais veniros.

—¿Quiénes?

—Tú y Estela. —Ocurrieron dos cosas. Una: sonreí. Dos: me asusté—. Oh, oh… Silencio incómodo.

—Cállate.

—Has sonreído.

—No puedes verme.

—Te conozco.

—Desgraciadamente.

—¿Entonces?

Miré hacia la ventana.

La tarde caía sobre Madrid y pensé en ella. Otra vez. Como todos los días demasiadas veces.

—Voy a preguntarle.

—Eso es un sí.

—Eso es un "voy a preguntarle".

—Eso es un “estoy enamorado, pero no quiero reconocerlo”.

—Tú eres gilipollas.

—Pero tú más. Avísame cuando lo sepas.

Estela contestó al segundo tono. Y eso me gustó más de lo razonable.

—Hola, ¿todo bien?

—Hola, desastre. ¿Qué haces?

—Intentar convencer a mi madre de que una persona adulta no necesita llevarse tres táperes para cenar.

—¿Cómo va?

—Va ganando ella.

—Era previsible. —Escuché su risa. Y automáticamente me relajé —. Oye.

—Dime.

—David ha quedado con Zoa.

—Mi más sentido pésame.

—¿Quieres venir?

—Eh… Espera un segundo. —Sonaron ruidos amortiguados a través de la línea—. Perdona, Álvaro me estaba diciendo algo. ¿Cuál es el plan?

—Cenar. Pero conociéndolo, terminamos en San Petersburgo vendiendo pulseras.

—Jajajaja. —Soltó una carcajada y me encantó escucharla.

Mierda, ¿cuándo había pasado todo eso?—. Vale. Pero necesito… ¿Media hora?

—Te recojo a las nueve y media.

Qué fácil es todo con ella, pensé.

—De acuerdo.

Hubo un silencio.

—Estela.

—¿Qué?

—¿Te sabes el chiste del camello?

—No.

—¡Pues te jorobas!

—Jajajaja. ¿Se puede ser más tonto?

—Me encanta hacerte reír.

—No sé ni por qué me río. Es malísimo.

—Porque te hago gracia yo.

—Mucha.

—Eso me gusta. Tú me gustas.

—Qué bonito. Voy a ponerme a llorar.

—No llores. Te recojo en un rato.

Media hora después la esperaba frente a su portal. La vi salir antes de que llegara a la puerta. Y durante un segundo me olvidé de respirar. No iba especialmente arreglada. Ni espectacular. Ni preparada para conquistar a nadie. Precisamente por eso. Vaqueros. Una chaqueta clara. El pelo suelto. Y esa sonrisa. Siempre esa

sonrisa. La que aparecía justo antes de decir alguna barbaridad, después y mientras la pensaba.

Estaba jodido.

Bajé del coche. Ella se acercó. Y lo natural habría sido besarla. Porque llevaba días haciéndolo, porque me apetecía y porque sí. Pero la abracé, y justo cuando el abrazo empezó a sentirse demasiado bien, demasiado familiar, demasiado íntimo... Le di dos palmadas en la espalda. Dos. Palmadas. Estúpidas.

Ella se separó inmediatamente, me miró y levantó una ceja.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué?

—Eso.

—¿Qué cosa?

—Las palmadas.

Intenté aguantar la risa.

—Somos amigos.

—¿Amigos?

—Claro.

—¿Ese abrazo se lo das a David?

—Depende del día.

—Armando.

—¿Qué?

—Tú y yo somos bastante más que amigos. —Lo dijo sonriendo, sin reproche y sin tensión, pero ahí estaba. La verdad. Suspendida entre nosotros. Yo me rasqué la nuca.

—Sube al coche.

—No has respondido.

—Porque vamos a llegar tarde.

El bar estaba en una calle pequeña cerca de Chamberí. De esos sitios donde las servilletas acaban inevitablemente en el suelo y el camarero te llama jefe aunque no hayas dirigido nada en tu vida.

David ya estaba allí. Gesticulando y hablando. Ocupando más espacio del físicamente posible. Y Zoa intentaba mantener una conversación normal mientras él desarrollaba una teoría absurda

sobre por qué los calamares eran el animal más infravalorado del planeta.

—Ahí vienen los novios —anunció.

Yo cerré los ojos. Estela se echó a reír.

—Eres imbécil. —Zoa le dio un golpe en el brazo.

Me senté junto a Estela. Ella apoyó la rodilla contra la mía debajo de la mesa. Un roce mínimo. No me aparté y ella tampoco.

Y mientras David seguía defendiendo los derechos fundamentales de los calamares y Zoa amenazaba con abandonarlo allí mismo, me descubrí observando a Estela cuando ella no miraba.

Escuchándola hablar. Riéndome antes de que terminara las frases. Pensando que estaba guapísima, que me gustaba demasiado, que aquello se estaba complicando y que no estaba seguro de querer simplificarlo.

62

ZOA, DAVID, ARMANDO Y ESTELA. AMIGOS

Estela

Si alguien me hubiera dicho un año antes que iba a terminar una noche de viernes jugando a los dardos con un hombre quince años menor que yo, riéndome de tonterías y sintiéndome tan feliz que hasta me daba miedo pensarlo demasiado, probablemente le habría recomendado cambiar de medicación. Y sin embargo allí estaba. Con una cerveza en la mano. Armando a mi lado. Y David intentando convencer al dueño del bar de que los dardos tenían un componente filosófico profundo.

—No lo tienen —dijo Zoa.

—Claro que sí.

—No.

—Sí.

Discutían como casados desde hacía treinta años.

—David.

—¿Qué?

—Llevas demasiadas cervezas.

—Precisamente ahora es cuando mejor pienso.

El camarero soltó una carcajada. Yo también. Y Armando me miró. Una mirada que duró un segundo, pero la sentí como un abrazo de una hora. Porque una mirada a veces no es solo una mirada, sino una historia que no se cuenta del todo y te deja la sensación de que ha visto dentro de ti más de lo que debería. Mucho más de lo que tú misma enseñas. Porque las personas creemos que nos enamoramos de los besos, de las palabras bonitas o de los grandes gestos. Pero nos enamoramos de la mirada con la que alguien nos observa cuando no sabe que lo estamos viendo. Ahí no

hay estrategia ni seducción ni intención. Solo verdad. Y las verdades suelen durar muy poco. Quizá por eso son tan valiosas.

Me preguntaba qué veía Armando cuando me miraba así. Porque todos vemos cosas distintas cuando observamos a alguien. Hay personas que miran una sonrisa y solo ven una sonrisa. Otras ven todo lo que costó llegar hasta ella.

Yo ya tenía una edad para saber que nadie llega a los cuarenta y cinco años intacto. Todos cargamos historias. Todos tenemos cicatrices invisibles. Todos hemos perdido algo por el camino. Personas. Versiones de nosotros mismos. Sueños que creíamos eternos. Planes que no llegaron a ninguna parte. Y aun así seguimos. Y me gustaría que Armando no viera solo a la mujer que tiene delante, sino a todas las que fui antes. La joven que se enamoró creyendo que el amor duraba para siempre. La esposa. La madre. La mujer que lloró cuando nadie la veía. La que aprendió a empezar de nuevo cuando no tenía ganas. La que se equivocó. La que acertó. La que sobrevivió. La que seguía teniendo miedo. Y la que seguía apostando por la vida a pesar de todo.

Hay algo profundamente humano en sentirse visto. No admirado ni deseado. Visto. Que alguien mire más allá de la superficie y encuentre a la persona que vive debajo. La verdadera. La imperfecta. La cansada. La valiente. La que a veces duda. La que se rompe. La que sigue adelante aunque no sepa exactamente hacia dónde.

Esas miradas te hacen sentir comprendida. Y una mujer puede olvidar muchos cumplidos. Pero jamás olvida la sensación de haber sido entendida de verdad por alguien.

Tal vez el amor empiece exactamente ahí. No cuando alguien te dice que eres maravillosa. Sino cuando te mira y te hace sentir que conoce también tus sombras... y aun así decide quedarse un segundo más observándote. Porque hay miradas que duran apenas un instante. Y otras que te acompañan durante años. Incluso después de cerrar los ojos.

El bar era pequeño, cálido y ruidoso. Sonaba música de fondo. Había grupos de amigos repartidos por las mesas y una pareja discutiendo amistosamente sobre quién había olvidado reservar un hotel para unas vacaciones que todavía no tenían planeadas.

Vida normal.

Y yo llevaba horas intentando convencerme de que aquello también era normal. Porque, cuando estaba con Armando, todo encajaba demasiado bien. Demasiado fácil.

—Vamos a jugar —anunció David señalando la diana.

—No sé jugar —respondió Zoa.

—Nadie sabe jugar. Esa es la gracia.

Zoa suspiró.

—Por favor, que alguien lo silencie.

—Es imposible —indicó Armando.

—Yo ni pienso intentarlo. Me cae bien así. —Levanté las manos en señal de defensa.

Acabamos levantándonos. Y diez minutos después descubrí que los dardos eran una actividad peligrosa para la humanidad. Sobre todo cuando David participaba porque él los lanzaba hacia la barra, tratando de saltar un ojo al camarero.

—Has apuntado al veinte y has dado en la pared —sostuvo Zoa.

—La pared son cincuenta puntos —se defendió.

—La pared no cuenta, David, por favor.

—Vale, gorda, pero pídeme otra cerveza.

—¿Le ha llamado gorda? —Armando alzó una ceja.

—Yo también lo he escuchado —advertí.

—Estos se casan este verano.

—Que lo dejen para octubre o noviembre. Hace calor en agosto.

—Esto es serio. David solo llama gorda a su madre.

—Se ha enamorado.

—Como tú —me miró.

—¿De qué hablas?

—Te has enamorado de mí —sonrió—. No te culpo, es normal —bromeó.

—Qué más quisieras tú.

—No pasa nada. Acéptalo.

—Yo lo aceptaría. El que se volvería loco serías tú.

He de decir que llevábamos varias cervezas y un par de chupitos.

—A mí me caes bien. —Me dio un beso en los labios.

—Tú a mí también.

Otra vez con lo mismo. Era cierto, pero era mucho más que eso.

Zoa seguía riñendo a David porque se hizo amigo de un guiri y quería enseñarle a hablar español. Me reía tanto que me dolía la cara. Y hacía muchísimo tiempo que no me pasaba. No de esa forma. Olvidé durante unas horas todas las preguntas importantes. Porque sí, porque estar con Armando me hacía muy feliz. Y él lo sabía a ciencia cierta. Y le ocurría lo mismo conmigo, pero no me lo decía.

En un momento dado, mientras Zoa intentaba enseñar a David conceptos básicos de coordinación motora, sentí una mano rozar la mía. Miré hacia abajo. Armando. Ni siquiera me estaba mirando. Seguía observando la partida. Pero sus dedos buscaron los míos debajo de la barra. Y se quedaron ahí. Entre los míos. Sentí algo cálido subir desde el estómago hasta el pecho.

—Os estoy viendo —avisó David.

—Tú no ves nada ya —destacó Zoa.

—¿Qué? —Armando se separó. No me molestó, pero algo feo caló dentro de mí.

—Las manitas. —En realidad dijo "las maritas".

—Nadie te ha preguntado. Zoa, llévatelo —pidió el que no era mi novio (en ese momento lo recordé).

—Lo intento desde hace una hora. Es imposible. Él cierra el bar o no se queda tranquilo.

—Ya lo conoces bien.

—Demasiado, pero… me gusta.

—Me alegra escucharte decir eso. —Armando apoyó una mano en mi rodilla, otro gesto pequeño, después de desenredar sus dedos de los míos. Pero lo entendía. Porque yo también lo hacía sin darme cuenta.

No nos comportábamos como dos personas que empezaban a conocerse, sino como dos personas que llevaban un tiempo eligiéndose, a pesar del miedo por parte de él y la falta de seguridad para con la relación por la mía.

Más tarde salimos a la calle para tomar un poco el aire. Madrid estaba bonita. Luces encendidas, gente caminando sin prisa, terrazas llenas, risas, conversaciones, brisa fresca.

David y Zoa caminaban unos pasos por delante discutiendo sobre quién había ganado la partida de dardos.

—He ganado yo.

—Has dado en una lámpara.

—Porque quería dar en esa lámpara.

—No te lo crees ni tu.

Armando y yo nos quedamos detrás. Íbamos abrazados.

—¿Sabes una cosa? —dije.

—Supongo que no.

—Creo que David y Zoa terminarán casándose.

—Dios nos libre.

—Imagínate la boda.

—Imagínate el divorcio. —Nos reímos y apretó su brazo sobre mi hombro—. ¿Tú quieres volver a casarte?

—Yo quiero lo que me depare la vida. No voy a perderme nada.

—¿Eso es que sí?

—No lo descarto.

—¿Conmigo?

—Ni siquiera somos novios, ¿cómo voy a imaginar una boda contigo?

—Sería divertida.

—Mucho, pero no sé ni qué pasará mañana.

—Mañana vamos a ir al cine.

—¿Otra cita? ¿Estás preparado para eso?

—Me preparo mentalmente todos los días.

—¿Para qué?

—Para esto.

—¿Esto?

—Para lo nuestro.

—Admites que hay algo nuestro.

—Lo admito. Es más que evidente.

—Pues deja de decir que no tenemos una relación.

—Yo dije que no somos novios.

—Nos estamos conociendo, Armando. Estamos saliendo. Tú no quieres ponerle nombre y me parece perfecto, pero no le quites la importancia que tiene.

—Para mí eres muy importante.

—Tú para mí también.

—Pues ya está. Estamos bien así.

Apoyé la cabeza contra él y caminamos sin hablar más, sin necesidad de hacerlo.

Lo observé de reojo. La sonrisa. La barba. La otra mano en el bolsillo. La tranquilidad que tenía cuando dejaba de luchar contra sí mismo. Y sentí algo tan bonito que casi dolía. Porque había momentos en los que olvidaba todas las complicaciones. La diferencia de edad. Su separación. Sus miedos. Las palabras que a veces utilizaba para poner distancia.

Había momentos en los que solo veía esto. Una calle de Madrid. Una noche cualquiera. Una cerveza compartida. Un hombre abrazándome mientras caminábamos. Y una felicidad tan sencilla que daba vértigo.

De pronto, David saltó a un jardín, cogió dos rosas y le entregó una a Zoa. También vino hacia mí y me dio la otra.

—Esta de parte de Armando. —Lo miró a él—. Qué poco romántico eres, tío.

—Y tú eres un cabrón.

—Gracias. —La cogí.

—Vámonos cagando hostias. No quiero que me detengan otra vez.

—¿Te han detenido antes? —Abrí los ojos con una sonrisa.

—Por una tontería. —Volvió con Zoa.

—¿Lo han detenido? —Armando encogió los hombros—. ¿Por qué?

—Se subió a una farola y se negó a bajarse hasta que pusieran en libertad todos los animales del zoo.

—No puede ser verdad. Jajajaja.

—Lo es.

—¿Estabas con él?

—Yo llamé a la policía. Porque iba a matarse. Pero no se lo digas. No me perdonaría.

Cuando llegamos a la siguiente terraza, David ya estaba explicando a un desconocido por qué había revolucionado el juego de los dardos.

Zoa pedía perdón en nombre de la humanidad.

Armando me rodeó la cintura y me acercó hacia él.

—¿En qué piensas?

Lo miré. Sonreí. Y mentí un poco.

—En nada.

Porque la verdad era demasiado grande. La verdad era que, durante unas horas, había olvidado todo lo que nos separaba, sobre todo sus miedos, y eso, para mí, ya era una forma de felicidad.

63

DECISIONES BUENAS Y DECISIONES MALAS

Estela

Hay decisiones que se toman porque son buenas ideas. Y luego están las que tomas después de dos cervezas, unas palomitas gigantes y una película romántica que te deja emocionalmente indefensa. ¿Hace falta que diga cuál era esta? Sí, la segunda categoría.

La idea original era sencilla. Cine. Cena rápida. Casa. Una actividad adulta, razonable y perfectamente compatible con dos personas que supuestamente estaban intentando llevar las cosas con calma.

Lo que ocurrió después demostró que ninguno de los dos tenía especial talento para la calma.

La película empezó veinte minutos tarde porque Armando insistió en que llegar al cine con tiempo era una conspiración inventada por las grandes superficies.

—Vamos bien.

—Empieza en diez minutos.

—Hay diez minutos.

—Estamos aparcando.

—Por eso vamos bien.

—Armando...

—Confía.

—No.

—Qué poca fe tienes en mí.

—La justa.

Acabamos corriendo, riéndonos y discutiendo sobre quién era el responsable del retraso mientras subíamos las escaleras mecánicas. Un matrimonio que nos cruzó sonrió al vernos pasar. Y durante un segundo tuve la sensación extraña de que parecíamos una pareja de verdad.

La película era preciosa, pero también fue una trampa. Porque hablaba del tiempo, de las oportunidades, de las personas que aparecen cuando no las esperas. Y de todas esas cosas que una intenta no pensar cuando está sentada al lado de alguien que le importa demasiado.

En un momento especialmente emotivo escuché a Armando aclararse la garganta.

Lo miré.

—¿Estás llorando?

—No.

—Estás llorando.

—Hay polvo.

—En un cine.

—Muchísimo.

—Claro, claro. —Me reí tan fuerte que una señora delante de nosotros se giró—. Disculpe. Está llorando. —Señalé a Armando, que me dio un codazo.

Después llegaron las cervezas. La primera fue una idea razonable. La segunda una consecuencia lógica. La tercera una decisión que ninguno de los dos debería haber apoyado. Y, sin embargo, allí estábamos. Sentados en una terraza interior del centro comercial, compartiendo unas patatas bravas y hablando de viajes, música, películas horribles, los vecinos del bloque, la obsesión de mis padres por alimentarme y de la teoría de Armando de que David acabaría siendo detenido algún día por culpa de su exceso de entusiasmo.

—¿Sabes qué es lo peor? —Dio otro trago a su cerveza.

—¿Qué?

—Que David tendría amigos dentro de la cárcel.

—Eso es verdad.

—Y organizaría cenas.

—Y una liga de dardos.

—Y una asociación de cualquier cosa. —Nos reímos otra vez. Tanto que me dolía la barriga. Me sentía libre y feliz.

Bajamos al aparcamiento ya tarde, aquello estaba vacío y las tiendas cerradas hacía dos horas. Bromeábamos. Armando giraba las llaves alrededor del dedo mientras yo seguía riéndome por una tontería que había dicho cinco minutos antes. Un chiste horrible.

—¿Tenéis pastillas para el cansancio? Sí, pero están agotadas.

Nadie en su sano juicio se habría reído, pero, claro, yo lo había perdido hacía ya más de dos meses y, tal y como iban las cosas, no iba a recuperarlo pronto.

Nos quedamos callados y mirándonos. Al mismo tiempo.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada.

—Oh, mentira. Algo ha pasado.

Sonrió de lado.

—Te estás riendo mucho hoy.

—¿Eso es malo?

—No.

—Entonces deja de mirarme así.

—No puedo. —Me dio un beso corto y respiró. Mi corazón decidió dejar de colaborar con la situación y dio un salto.

Llegamos junto al coche. Y durante unos segundos ninguno abrió la puerta. Seguíamos allí. Uno frente al otro. Con el aparcamiento vacío alrededor.

—Deberíamos irnos —musité.

—Sí.

—Es tarde.

No nos movimos. Ni un centímetro. Y entonces empezamos a reírnos porque los dos sabíamos exactamente lo ridículos que éramos.

—Somos tontos.

—Muy tontos.

Me acercó hacia él por la cintura. Despacio. Apoyé las manos sobre su pecho y su olor se introdujo por mis fosas nasales. Y ahí estaba de nuevo. Esa felicidad simple que sentía con él.

Nos besamos bajo la luz artificial del aparcamiento mientras la noche seguía avanzando alrededor. Y pensé algo que me hizo sonreír contra sus labios. Que la vida tiene una manera muy curiosa de sorprenderte. Te pasas años intentando controlar la historia. Y de repente aparece alguien. Una cerveza se convierte en tres. Una película se convierte en una conversación. Una conversación se convierte en una noche. Y una noche termina convirtiéndose en un recuerdo que sabes que guardarás para siempre. Aunque todavía no sepas por qué.

64

UN COCHE, LA NOCHE Y EL DESEO

Estela

La luz de las lámparas del aparcamiento subterráneo proyectaba sombras alargadas sobre el coche negro de Armando. Ambos aflojábamos barreras. Yo tiraba de su camisa mientras nuestras bocas se comían con urgencia. Fue un beso profundo, hambriento, cargado de todo lo que habíamos estado conteniendo durante la noche. Me empujó suavemente contra el lateral del coche, enmarcó con sus manos mi rostro y nuestras lenguas se enredaron con pasión. Gemí contra sus labios, y enredé los dedos en su cabello.

—No puedo esperar a llegar a tu casa —susurré, jadeante, mordiendo ligeramente su labio inferior.

—Ni yo —gruñó Armando, con la voz ronca—. Sube atrás.

—¿Estás loco?

—Mucho. Por ti. —Obvié lo que acababa de decir por motivos logísticos.

Abrió la puerta trasera y prácticamente me arrastró dentro con él. El espacio era estrecho e íntimo. En cuanto la puerta se cerró, me subí a horcajadas sobre él y el vestido se me subió por los muslos. Nuestras bocas volvieron a fundirse, más desesperadas ahora.

Las manos de Armando recorrieron mis piernas, subiendo por la piel suave hasta apretar mis nalgas con fuerza posesiva. Me froté contra él, sintiendo cómo su erección crecía bajo los pantalones.

—Estela… —murmuró contra mi cuello, besándolo y mordiéndolo —. Desde que te vi esta noche solo pienso en esto. En tenerte así.

Eché la cabeza hacia atrás, dándole mejor acceso, mientras mis caderas se movían en círculos lentos y provocadores.

—Ya me tienes…

Con dedos hábiles y urgentes, bajó la cremallera de mi vestido y lo deslizó por mis hombros, dejando al descubierto mis pechos. Los tomó con ambas manos, acariciándolos, pellizcando los pezones

hasta que solté un gemido entrecortado. Desabroché su camisa con prisa, recorriendo con las uñas su pecho firme y marcado.

Nos miramos a los ojos un instante. Y me sentí vulnerable. Armando me miró como si fuera la única persona en el mundo que realmente lo veía más allá de la fachada.

—Eres increíble —susurró él, sincero—. No solo esto… tú.

Lo besé de nuevo, más lento esta vez, saboreándolo. Luego aceleré. Bajé la mano y liberé su miembro duro y caliente, acariciándolo con firmeza desde la base hasta la punta. Armando gruñó y deslizó una mano entre mis piernas, apartando las bragas. Sus dedos me encontraron empapada. Acarició mi clítoris hinchado, introduciendo dos dedos en mí con movimientos precisos que me hicieron temblar.

—Estás tan mojada… tan lista para mí —jadeó contra mi boca.

—No puedo más —supliqué.

Me levantó ligeramente por las caderas y me guio sobre él. Descendí lentamente, sintiéndolo entrar centímetro a centímetro, estirándome, llenándome por completo. Ambos soltamos un gemido largo y compartido cuando estuvo totalmente dentro.

Empezamos a movernos. Primero con ritmo lento y profundo, saboreando cada roce, cada respiración. Yo subía y bajaba, girando las caderas, mientras Armando empujaba hacia arriba para encontrarse conmigo. El coche se mecía suavemente con nuestros movimientos. Sus manos apretaban mi cintura, guiándola, y las mías se clavaban en sus hombros.

El placer crecía rápido, intenso. Aceleré, cabalgándolo, mis pechos rebotaban contra su torso. Llevó una mano entre nuestros cuerpos y frotó mi clítoris con el pulgar en círculos rápidos y firmes.

—Mírame, Estela —me pidió con voz ronca—. Quiero ver cómo te corres. Córrete para mí.

Obedecí. Mis ojos se clavaron en los suyos mientras el orgasmo me atravesaba como una ola violenta. Me contraje alrededor de él, temblando, gimiendo su nombre una y otra vez. Armando me siguió poco después, embistiéndome profundamente y derramándose dentro de mí con un gruñido gutural, abrazándome con fuerza contra su pecho.

Nos quedamos así, abrazados, jadeando, con las frentes pegadas y los corazones latiendo al unísono. Armando acariciaba mi espalda con ternura, trazando líneas suaves con las yemas de los dedos. Yo besé su mandíbula, su cuello, sintiendo una calidez que iba más allá del placer físico.

—No sé qué estamos haciendo —susurré—, pero contigo siento que todo encaja.

Armando la apretó más fuerte contra él.

—Yo tampoco lo sé. Pero no quiero que termine.

65

AMIGOS

Armando

Hay personas que pertenecen a una parte tan importante de tu vida que, incluso cuando todo termina, siguen teniendo una llave invisible de algunas habitaciones. No para volver a entrar. Solo porque estuvieron allí durante demasiado tiempo. Y Lucía había vivido en todas las habitaciones posibles de mi vida. Por eso aquella tarde me costó tanto sentarme frente a ella.

Una cafetería tranquila, un sitio pequeño, de esos donde la gente va a leer, a trabajar o a tener conversaciones que no sabe muy bien cómo empezar.

Lucía ya estaba allí cuando llegué. Sentada junto a la ventana. Con un café delante. Miraba al frente, a un punto fijo y se quitó un mechón de pelo de la mejilla. La recordaba así, en el salón de casa, con un libro entre las piernas y absorta en la lectura. Sonreí, porque sí, porque había sido una parte muy importante de mi vida, una en la que fui feliz muchos años.

—Hola. —Me quedé de pie a su lado un segundo.

—Hola. —Me miró y sonrió. También conocía esa sonrisa.

Se levantó y nos dimos dos besos. Olía como siempre. A ese perfume que tanto le gustaba y yo le compraba en fechas señaladas. Ella fingía que se sorprendía, me daba las gracias y me daba un beso, otra clase de beso.

Una vida que… ahora eran dos. Dos vidas y dos personas intentando saludar como se saludan quienes ya no se pertenecen. Y seguía doliendo. No el no tenerla, sino el hecho de que yo durante años creí que sería para siempre. Supongo que por eso te casas, si no, ¿qué sentido tendría hacerlo?

Me costaba aceptar, en el fondo, que aquello se había terminado, aunque estaba seguro de que así era.

A pesar de esto, los primeros minutos fueron fáciles. Hablamos de trabajo, su padre, los míos, la dichosa bicicleta, la mudanza… Temas seguros, territorios donde nadie podía hacerse daño.

Hasta que se acabaron.

Porque siempre se acaban.

Y entonces llegó el silencio.

—Me alegra que seas feliz —musitó.

—Es complicado, Lucía, ya lo hemos hablado. —La miré directamente.

—Es fácil.

—La felicidad nunca es una respuesta simple. No cuando acabas de divorciarte, cuando tratas de reconstruir tu vida… —Respiré, y pensé: No cuando empiezas a enamorarte de alguien que no esperabas. No cuando todavía quieres a la persona que tienes delante.

—No quiero ser feliz sin ti.

—Pues tienes que serlo.

—Tampoco quiero que tú lo seas. ¿Soy egoísta por ello?

—Sí, Lucía… —Suspiré.

—Lo sé… Lo siento… Es que… Yo todavía te quiero…

Me dio pena, de verdad. Pena de verdad. No de ella. De nosotros. Porque el divorcio tiene una parte cruel de la que nadie habla. No pierdes solo una relación. Pierdes un futuro entero. Uno que construiste durante años. Uno que creías garantizado.

—¿Te arrepientes?

La pregunta me pilló desprevenido. Muchísimo. Porque llevaba meses haciéndomela yo mismo. A veces al despertar, al conducir, cuando la casa estaba demasiado silenciosa, cuando recordaba una tarde cualquiera con ella.

—No lo sé. —Bajé la mirada hacia la taza.

—Yo me arrepiento de muchas cosas, pero no de quererte.

—Jamás me arrepentiré de quererte ni… —Cogí aire—. Ni de nosotros.

Me rompí un poco, porque estábamos siendo honestos y la verdad duele cuando te importa.

La conversación se volvió más difícil. Hablamos de las cosas que no habían funcionado. De las veces que dejamos de escucharnos. De las discusiones que nunca terminamos. De los silencios. De las renuncias. Y en algún momento terminamos discutiendo. No gritábamos, estábamos… cansados. Dos personas que se habían querido mucho intentando entender por qué ya no habían sabido seguir haciéndolo.

—Yo no era feliz, Lucía. No del todo. Me faltaba mucho. Y tú ya no lo eras tampoco.

—Eso es mentira.

—No lo es y lo sabes.

—No lo es. Llevas razón, pero no por lo que piensas, sino porque te alejaste.

—No hablemos de quién tuvo la culpa. —Me revolví el pelo, porque me sentía muy culpable.

—Duele igual.

—Claro que duele.

—Pues ya está.

Nos quedamos callados. Agotados. Di dos vueltas a la taza, con la mitad del café, y me levanté. Necesitaba aire, salir de allí. Y la sensación me fue familiar. Eso me pasaba los meses antes de separarnos. Me asfixiaba.

En cuanto pisé la calle, escuché la puerta abrirse detrás de mí. No había tanta gente transitando el lugar.

—Armando.

Me giré y se detuvo frente a mí. ¿Qué decir? Ya no nos quedaban argumentos. Solo la verdad.

—Te echo de menos —dijo muy bajito. Y la entendí, porque yo también la echaba de menos de vez en cuando. Lucía era costumbre, confianza, vida compartida, referencia, hogar, tranquilidad, años… Hasta que dejó de serlo.

—Yo también.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y sentí una presión horrible en el pecho. Porque no quería hacerle daño. Nunca había querido.

—Entonces ¿por qué no podemos intentarlo otra vez?

La pregunta. La única que importaba. Y no tuve respuesta inmediata. Porque una parte de mí todavía dudaba. Claro que dudaba. Habían sido demasiados años. Demasiada vida. Demasiada historia.

Lucía dio un paso hacia mí. Yo lo di hacia ella. Y de repente estábamos demasiado cerca. Recordando. Sintiendo. Dolidos. Humanos.

Vi sus ojos. Su boca. La mujer que había sido mi casa durante tantos años. Y durante un segundo pensé que quizá... Quizá.

Lucía posó su mano en mi pecho y se inclinó para darme un beso. Yo cerré los ojos y sentí cómo sus labios rozaban los míos. Y dios… aquello sí que fue complicado, porque un millar de sentimientos se juntaron en mi pecho, ya comprimido, y me ahogaron. Lucía seguía siendo tan real como siempre, pero yo me desdibujaba ante ella. La veía; era yo el que desaparecía.

Y de golpe apareció Estela en mi cabeza. Riéndose por nada y por todo, discutiendo con sitckers de una tontería, bromeando, hablando con mis amigos, mirándome como si me quisiera y jamás me lo había dicho, viviendo sin importarle el mañana. Porque eso hacía ella. VIVIR. Y entendí algo, de repente, con una claridad brutal. El hombre que había amado a Lucía seguía existiendo. Pero el hombre que quería construir un futuro solo… estaba enamorándose de otra persona. Y esto sí que era un problema, pero… para mí.

Retrocedí un paso. Suficiente para que Lucía lo entendiera. Y fue terrible. Porque yo también lo entendí.

—Lo siento. —Cerró los ojos y se limpió un par de lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Siento tanto esto…

—¿Qué sientes en realidad?

—Que tengamos que despedirnos una segunda vez.

—Está bien… Lo entiendo, pero… No tenemos que despedirnos. No del todo. Podemos… podemos ser amigos.

—Lucía…

—Armando, podemos hacerlo, somos adultos…

Lo pensé. No quería hacerle más daño.

—Vale, está bien. Si tú quieres…

—Quiero, Armando.

—De acuerdo. —Nos abrazamos y… tuve que respirar para no llorar.

Lo hice cuando llegué al coche, sentado en el asiento, despidiéndome de todas las versiones de mí que existieron a su lado. Del chico que fui cuando nos conocimos, del hombre en el que me convertí, de las navidades juntos, de los domingos en el sofá, de las discusiones absurdas que terminaban en reconciliaciones, de los planes que nunca llegaron a hacerse y de los recuerdos que ya nadie más conoce exactamente como yo.

Eso es lo cruel. Que el amor no desaparece el día que termina una relación. Se rompe, se mueve de sitio, se transforma…, pero no desaparece. Por eso algunas despedidas tienen que ocurrir dos veces. La primera cuando te marchas. La segunda cuando entiendes que no vas a volver. Y esa segunda siempre duele más. Porque ya no hay enfado ni orgullo ni esperanza. Solo verdad. La verdad de mirar a alguien que fue tu casa durante media vida y comprender que seguirá siendo importante para siempre, pero que ya no será tu hogar. Y no importa quién tomó la decisión. Ni quién se fue primero. Ni quién tuvo razón.

Hay dolores que no entienden de culpables, solo de pérdidas, y por eso resulta tan difícil despedirse de quien fue tu universo. Porque nadie sale ileso de una historia tan larga, de una explosión de estrellas… Porque nadie comparte años de su vida con otra persona y después cierra la puerta sin llevarse cicatrices. Porque amar de verdad deja huella.

Siempre.

Y sabía que aquello no estaba bien, que no podíamos ser amigos y que debimos despedirnos de verdad, porque hay despedidas que son necesarias. No porque haya desaparecido el cariño. Precisamente porque sigue existiendo. Porque se merece. Porque querer a alguien también consiste en aceptar que ya no podéis daros aquello que necesitáis. Que el amor que os unió no es el mismo amor que os haría felices ahora.

Y llega ese momento terrible.

Ese instante en el que os miráis por última vez sabiendo que ninguno de los dos es el enemigo. Que nadie ganó. Que nadie perdió. Que simplemente se terminó. Y duele. Duele muchísimo. Duele despedirte otra vez de la mujer que fue tu refugio. De la persona que conocía tus miedos antes de que los nombraras. De quien fue tu rutina, tu familia, tu costumbre favorita. Duele aceptar que seguirá ocupando un lugar en tu corazón, pero ya no en tu futuro. Y quizá la verdadera prueba de que un amor fue real no sea cuánto duró. Sino cuánto cuesta decir adiós incluso cuando sabes que es lo correcto. Porque hay personas que dejan de caminar a tu lado. Pero nunca terminan de irse del todo. Y aprender a vivir con esa ausencia… también forma parte del amor.

66

CUANDO SONRÍES CON LA VIDA ENTERA

Estela

Armando sonreía con la vida entera y por eso me resultaba fácil detectar cuando algo no iba bien. No porque estuviera triste ni enfadado. Ni siquiera porque hubiera cambiado su forma de hablar. Era algo más sutil. Más difícil de explicar.

Estábamos en su casa con la televisión encendida sin que ninguno de los dos le prestara atención. Habíamos pedido comida para llevar porque Armando había anunciado solemnemente que cocinar era incompatible con su dignidad masculina, de broma, claro, porque le encantaba y lo hacía muy bien.

—Puedo cocinar yo —me había ofrecido.

—Prefiero comer heno.

—Jajajaja. Eres tonto.

—Ya…

—Idiota.

—También.

—Lo que pasa es que no aprecias mis talentos.

—¿Cuáles?

—¡Muchísimos! ¡Eres gilipollas!

—Nombra dos.

Me quedé pensando.

—Tengo buena letra.

—Eso es muy importante —ironizó.

—¡Lo es! —reí.

—Dime otro.

—Eh…

—Siguiente.

Me mordí el labio.

—Sé montar muebles.

—Ah, ¿sí? Puedes montar mi bicicleta.

—Estás obsesionado con esa bici —solté, y su semblante mutó a uno más serio.

—Es una víctima de guerra.

—Pobrecita. Con lo bonita que es…

—Como tú. —Me miró y había una sombra bajo sus ojos.

Lo observé mientras recogía las latas vacías de cerveza. Mientras se acercaba a la cocina. Mientras volvía. Mientras sonreía. Y terminé preguntándolo. Porque siempre he sido incapaz de hacerme la distraída cuando alguien me importa.

—¿Te pasa algo?

Se detuvo un segundo. Solo uno. Pero yo lo vi.

—No.

—Armando.

—De verdad.

—¿Seguro? Puedes contarme lo que sea.

—Sí. —Lo sostuvo bien. Demasiado bien. Y eso tampoco me gustó. Porque cuando alguien aprende a esconder lo que siente es porque lleva mucho tiempo practicando.

Me acerqué, le rodeé la cintura con los brazos y apoyé la barbilla sobre su pecho.

—Puedes confiar en mí.

Sus ojos bajaron hasta los míos. Y durante un instante tuve la sensación de que estaba a punto de hacerlo. De que iba a abrir una puerta. Una importante. Pero no ocurrió. Simplemente sonrió. Y me besó la frente.

—Lo sé.

No insistí. Porque el amor consiste precisamente en eso. En quedarse cerca sin obligar a nadie a hablar antes de estar preparado.

La noche siguió avanzando entre bromas, risas y la facilidad absurda que teníamos para convertir cualquier conversación en algo

divertido.

Hablamos de David, de Zoa, de Susana. De una teoría delirante de Álvaro según la cual los profesores se reunían por las noches para decidir colectivamente cómo fastidiar a los alumnos. Y poco a poco la tensión desapareció. O al menos dejó de verse.

Más tarde nos quedamos tumbados en el sofá. Yo tenía las piernas encima de las suyas. Él me acariciaba distraídamente el tobillo mientras hablábamos de nada importante.

Y pensé que había algo profundamente íntimo en las cosas pequeñas. Mucho más que en los grandes gestos. Porque cualquiera puede organizar una sorpresa espectacular. Lo difícil es que alguien te siga gustando en lo simple.

Lo observé de perfil. La curva de la sonrisa. La barba de una semana. La forma en que se concentraba cuando escuchaba. Y sentí ese vértigo dulce que aparece cuando el corazón ya ha tomado una decisión antes que la cabeza.

Hicimos el amor, al menos para mí fue eso. Sexo, pero con amor, aunque ninguno de los dos hablábamos de ello. Armando dormía a mi lado sobre su cama. Me removí para marcharme y me abrazó más fuerte.

—Quédate —susurró.

—Tengo que irme.

—Álvaro ya es mayor.

—No me digas… —Le di un beso en los labios—. Sigue durmiendo. Hasta mañana.

Refunfuñó, pero antes de vestirme ya roncaba. Sonreí y salí del dormitorio. Fui hasta la cocina a por un vaso de agua antes de marcharme y lo vi. El bloc de notas. Colgado con un imán en la puerta del frigorífico. Lleno de listas absurdas. Cosas pendientes. Recordatorios. La compra. Otra que decía: Llamar a David por lo de las entradas. Y una tercera que solo ponía: Arreglar la bici de una vez.

Me reí sola.

Cogí el lápiz que lo acompañaba y escribí sin pensar demasiado, porque algunas verdades salen mejor cuando no les das tiempo a esconderse.

67

CAMBIAR, PARA MEJOR Y PEOR

Armando

Me desperté antes de que sonara el despertador, que últimamente era una costumbre tan absurda como inevitable. Durante unos segundos me quedé tumbado mirando el techo, intentando averiguar por qué tenía esa sensación extraña en el cuerpo. No era felicidad exactamente. Tampoco tranquilidad. Había besado a Lucía y no se lo había contado a Estela. Me sentía fatal, sin embargo, Estela cambiaba eso en un segundo, para mejor y para peor. Aquella mañana fue para mejor y sonreí incluso antes de abrir los ojos del todo. Aquello ya era preocupante. Porque últimamente me ocurría demasiado.

Me levanté, me puse una camiseta y fui hasta la cocina todavía medio dormido. Encendí la cafetera, abrí el frigorífico buscando la leche y entonces la vi. Una nota.

Contigo todo es más bonito.

Nada más. Ni corazones. Ni dibujos. Ni declaraciones imposibles. Solo siete palabras. Y, sin embargo, me quedé quieto. Con la puerta del frigorífico medio abierta, el café olvidado y el corazón tocado.

Volví a leerla. Porque hay frases que no impresionan por lo que dicen, sino por quién las escribe.

Si cualquier otra persona me hubiera dejado aquella nota habría pensado que era bonita, un detalle agradable.

Pero la había escrito Estela. Y eso cambiaba completamente el significado. Porque conocía su forma de querer por como quería a Álvaro. Su manera de observar a las personas. Su costumbre de encontrar belleza donde los demás solo veían rutina. Estela tenía un talento extraño para iluminar las cosas sin darse cuenta. No necesitaba hacer nada espectacular. Le bastaba existir. Entrar en una

habitación. Reírse. Contar una tontería. Mirarte de esa forma que hacía que el mundo pareciera un sitio menos complicado. Y quizá por eso aquella frase me golpeó tan fuerte. Porque describía exactamente lo que me estaba pasando.

No era que mi vida hubiera cambiado. Seguía teniendo los mismos problemas. Las mismas dudas. Las mismas responsabilidades. Seguía sin saber qué demonios estaba haciendo con algunas partes de mi vida, despertándome algunas noches pensando en Lucía, preguntándome si había tomado decisiones correctas o equivocadas. Y, sin embargo, algo era diferente. Porque ahora estaba Estela. Y desde que ella había aparecido, incluso los días normales tenían otro color.

Cogí el móvil. Le hice una foto a la nota. Después otra porque la primera salió torcida. Y una tercera porque la segunda tampoco me convenció. Me apoyé en la encimera mientras pensaba qué escribir.

Había muchas opciones y ninguna sonaba bien. Porque cuando alguien empieza a importarte de verdad, las palabras se vuelven torpes.

Al final terminé escribiendo lo único que era cierto.

Armando:
Últimamente sonrío demasiado.

Después preparé el café. Y justo cuando iba a dar el primer sorbo llegó su respuesta.

Estela:
Buenos días a ti también.
Me alegra saberlo.
Sonreír alarga la vida.

No pude evitar reírme. Aquella mujer era incapaz de responder de forma normal a nada.

Armando:
Buenos días.

Estela:
¿Te ha asustado la nota?

Me quedé inmóvil. Levanté una ceja. Y miré la pantalla con indignación teatral.

Armando:
¿Cómo sabes eso?

Estela:
Porque te conozco.

Y ahí fue donde algo me dio un vuelco. Porque no hablaba de la nota. Ni del frigorífico. Ni del mensaje. Hablaba de mí. De verdad. De la persona que era cuando nadie miraba. Y sentirse conocido tiene algo profundamente íntimo. Mucho más que un beso. Mucho más que una noche juntos. Que alguien conozca tus manías, tus silencios, tus miedos, tus gestos pequeños... y aun así quiera quedarse cerca es una forma de cariño difícil de explicar.

Me llevé la taza a los labios. El café estaba demasiado caliente. Aun así sonreí. Otra vez. Como un idiota.

Armando:
Empiezo a sospechar que lees los pensamientos.

Estela:
No me hace falta. Eres bastante predecible.

Armando:
Eso es ofensivo.

Estela:
Y cierto.

Me eché a reír solo en la cocina. Porque la felicidad puede aparecer disfrazada de mensaje absurdo a las siete y media de la mañana. De una nota pegada en un frigorífico. De una mujer que consigue que sonrías antes incluso de haberte tomado el primer café.

Terminé de prepararme para salir. Cogí las llaves, la cartera y la mochila. Antes de cerrar la puerta, volví a mirar la nota una última vez.

Seguía allí. Pequeña. Simple. Ridículamente importante. Y pensé que quizá eso era lo que más me gustaba de Estela. Que nunca intentaba impresionarme. Nunca intentaba ser extraordinaria. Y precisamente por eso terminaba siéndolo.

Cuando ya estaba sentado en el coche, listo para arrancar, el móvil volvió a vibrar.

Estela:
Que tengas un buen día.

Me quedé mirando la pantalla unos segundos. Eso también me gustaba de ella. Siempre deseaba cosas buenas. Y no esperaba a que yo escribiera para hacerlo. Si quería, lo hacía y ya está. Sin dobleces, sin intenciones, sin esperar nada de nadie ni de mí.

Después sonreí. Y escribí la verdad. La única posible.

Armando:
Va a ser difícil que sea malo.

Estela:
Entonces ya ha merecido la pena.

Arranqué el coche. Y durante todo el camino al trabajo fui sonriendo como un imbécil. Lo peor era que ella tenía razón. La culpable era ella.

68

NADA EVIDENTE, PERO SE NOTA

Estela

Lo noté antes incluso de subir al coche. No había nada evidente, Armando sonrió cuando me vio al salir de la oficina. Se bajó del coche, me dio un beso y me preguntó qué tal el día. Todo estaba exactamente donde debía estar y, sin embargo, no tuve que rascar para saber que algo se había movido. Nada perceptible para cualquier otro ojo, pero sí para el mío. Había aprendido su idioma. No el que hablaba, sino el otro, el invisible. Sus pausas, sus silencios, sus miradas, sus respuestas, las rápidas y las tardías. Y aquella tarde Armando estaba allí, pero… no del todo.

—Estás guapo.

—Tú lo estás siempre.

Me senté en el coche y él arrancó mientras sonaba una canción que ninguno escuchaba.

—¿Qué tal el trabajo?

—He sobrevivido.

—Eres una optimista.

—Soy funcionaria emocional. Cobro por aparentar estabilidad. —Aquello normalmente le habría hecho reír más. Esta vez solo sonrió y volvió a mirar a la carretera.

Yo apoyé el brazo en la ventanilla y observé Madrid desfilar detrás del cristal. No pregunté nada. Todavía. Porque a veces las personas necesitan tiempo para llegar solas a las conversaciones, aunque, he de reconocer que tuve me morderme los carrillos.

Habíamos quedado con Zoa y David en una taberna moderna de esas que intentan parecer tradicionales mientras te cobran ocho euros por una croqueta. David ya estaba allí cuando llegamos. Naturalmente. Hablaba con un camarero.

—Te digo que es una idea brillante.

—Señor...

—Me llamo David.

—David, no podemos poner un futbolín en mitad de la terraza.

—¿Y por qué no?

—Porque es una terraza.

—Precisamente.

Zoa se tapó la cara con las manos cuando nos vio llegar.

—¿Ya está haciendo amigos? —rio Armando.

—Llevamos quince minutos aquí. No puede estar sentado y tranquilo.

—¿Ya ha intentado emprender?

—Dos veces.

David se giró hacia nosotros.

—La segunda era mejor.

—¿Cuál era?

—Alquilar suegras por horas.

Me quedé mirándolo.

—¿Qué?

—Hay gente que necesita una suegra puntual para determinados eventos.

—No existe esa necesidad.

—Porque nadie la ha cubierto todavía.

Armando soltó una carcajada. Una buena y auténtica. Y por un instante pensé que quizá me había equivocado.

La comida fue divertida. Mucho. Porque David tenía la extraordinaria capacidad de convertir cualquier conversación en una catástrofe controlada. Empezamos hablando de vacaciones. Terminamos discutiendo sobre si una cabra podría dirigir una empresa mejor que algunos jefes. La respuesta de David era sí. Por supuesto.

—Una cabra no convocaría reuniones innecesarias.

—Tampoco sabría leer un informe.

—Detalles.

—Son informes, David.

—La cabra delegaría.

—La cabra es más lista que tú.

—Eso ya lo sé —debatían Armando y él.

Me percaté de cuánto se adoraban los dos, eran amigos, de esos que encuentras y te quedas.

Nos reímos muchísimo. Zoa y David pidieron vino blanco.

—Míralos, y hasta beben los mismo. Al final se casan de verdad —bromeó Armando.

—Oh, me encantaría ser dama de honor —ironicé.

—¿No lo serías si te lo pidiera? —Zoa alzó una ceja.

—Soy un poco mayor para eso, pero… ¿me lo estás preguntando de verdad? —Yo levanté las dos—. Esto va demasiado rápido.

Armando y yo optamos por unas cervezas. Y durante casi una hora todo pareció normal. Hasta que empecé a fijarme. De verdad. Porque cuando dejas de escuchar las palabras y empiezas a mirar a una persona descubres muchas cosas.

Descubrí que Armando miraba el móvil más de lo habitual. Que en ocasiones se quedaba unos segundos ausente. Que sonreía cuando tocaba sonreír. Que participaba en la conversación. Pero que había una parte de él ocupada en otra parte. No sabía dónde. Solo sabía que no estaba sentado completamente en aquella mesa.

Después de comer salimos a caminar. David decidió que necesitaba fotografiarse con absolutamente todas las estatuas que encontrara. Zoa dejó de intentar impedírselo aproximadamente en la tercera.

—¿Sabes lo peor? —me dijo mientras él abrazaba un monumento dedicado a un militar muerto hacía cien años.

—Que aún queda tarde.

—Y que te has enamorado de él.

—No voy a negártelo —reímos, y seguimos caminando.

Escuché el nombre de la exmujer de Armando de casualidad. Porque los chicos se quedaron detrás y charlaban.

—Cuando quedé con Lucía... —Fue lo único que escuché, porque un niño se tropezó conmigo y cayó al suelo. Zoa y yo lo levantamos y le preguntamos si estaba bien. Asintió y se marchó. Pero mi amiga

también había escuchado a Armando. Lo supe porque la vi levantar la vista durante un segundo.

Más tarde, mientras ellos discutían sobre qué es más rentable, si vender huevos en la puerta de un gimnasio o golosinas frente a un colegio, Zoa me dijo:

—No le des vueltas.

La miré.

—¿A qué?

—Ya sabes a qué.

Suspiré.

—No le estoy dando vueltas.

—Estela.

—Vale. Un poco.

—Quedaron para tomar café.

—Tiene sentido.

—¿Te da igual?

—Se han llevado años juntos. Una vida. Una historia. Lo raro sería que no volvieran a hablar.

—¿Y no te molesta?

—No me molesta —dije. Y era verdad. O casi.

—¿Pero?

—Pero me extraña que no me lo contara.

—Quizá no sabía cómo hacerlo.

Ahí quedó la conversación. Porque no quería convertirme en una de esas personas que buscan fantasmas donde todavía no existen. Porque no quería opinar sobre Lucía. Porque no quería entrar en una historia que empezó mucho antes de que yo apareciera. Porque una cosa era querer a alguien. Y otra muy distinta creer que tienes derecho a su pasado.

Volvimos a alcanzarlos. David seguía explicando una teoría absurda. Armando me pasó un brazo por los hombros de forma automática. Natural. Instintiva. Y yo apoyé la cabeza un segundo contra él. Lo suficiente para sentir su respiración y para recordar por qué todo aquello era tan complicado. Porque cuando alguien

empieza a ocupar demasiado espacio dentro de ti, cualquier pregunta pesa más de la cuenta. Y lo peor de todo era que no tenía miedo de la respuesta, sino de lo mucho que me importaba ya.

69

INTENTANDO SER AMIGOS

Armando

Mi madre siempre ha tenido una habilidad inquietante para detectar problemas antes de que existan. No sé si es experiencia, instinto, o simplemente que lleva cincuenta y ocho años observando a seres humanos tomar malas decisiones. Aquella tarde me recibió con una mirada que ya anunciaba interrogatorio.

—¿Vas a recoger a Lucía?

—Una acusación en forma de pregunta. Has subido de nivel.

Menina salió disparada desde el salón y se lanzó contra mis piernas moviendo la cola como si llevara diez años sin verme. Vale, llevaba semanas. Había estado muy ocupado con el trabajo y casi se había mudado con ellos.

Me agaché para rascarle detrás de las orejas.

—Hola, pequeña.

—No cambies de tema.

—No estoy cambiando de tema.

—Estás acariciando a la perra para ganar tiempo.

—¿Funciona?

—Conmigo no.

Sonreí. Porque llevaba toda la vida perdiendo las mismas discusiones con la misma mujer.

Apoyó los brazos sobre la encimera de la cocina.

—¿Estás seguro de esto?

—¿De qué?

—De quedar con tu exmujer.

—Mamá...

—No, de verdad. ¿Estás seguro?

Suspiré.

Porque sabía exactamente por dónde iba.

—Quiere ver a Menina.

—Lleva sin verla meses.

—Porque no estaba preparada.

—¿Y ahora lo está?

—Parece que sí.

—Armando, yo no tuve un hijo tonto. Eres inteligente, aunque a veces dé la sensación de que no.

—Gracias —ironicé

—El perro es una excusa.

—Menina existe.

—No me tomes por tonta.

—Tú me has tomado a mí por eso mismo. —Reí solo. Mi madre se quedó callada unos segundos—. Vale. Intentamos ser amigos. Hemos quedado un par de veces.

—No vais a ser amigos.

—¿Por qué?

—Porque habéis estado casados.

—Eso no impide nada.

—Lo impide casi todo, Armando. No seas gilipollas.

—Ahora gilipollas. Te superas… —Me dejé caer en una silla—. Mamá, nos conocemos desde hace años. Hemos compartido media vida. No quiero que desaparezca de un día para otro.

—Eso es normal.

—Entonces…

—Lo que no es normal es creer que puedes pasar de marido a amigo sin atravesar el desierto.

—Qué dramática eres.

—Y tú demasiado optimista. —Se sentó frente a mí, dejó de hablar como una madre y empezó a hacerlo como una mujer que había vivido. Que era mucho peor.

—Solo ten cuidado.

—Lo tengo.

—No lo tienes.

—¿Cómo estás segura de eso?

—Porque te conozco. Tú no ves las malas intenciones.

—Lucía no es así.

—Sí, si sigue enamorada.

—No lo está.

—Oh, Dios mío. Este no es mi hijo —alzó las manos.

—¿Qué? ¿Quieres una prueba de paternidad?

—Tienes mis ojos y las orejas de tu padre.

—Y eso es suficiente para ser un López.

Asintió y aquello me hizo sonreír. Porque era exactamente igual que discutir con Estela. Y el pensamiento apareció sin permiso. Estela.

Mi madre lo notó. Por supuesto.

—¿Y la otra chica?

—¿Qué otra chica?

—La que hace que sonrías como un imbécil cada vez que miras el móvil.

Maldita madre.

—No estamos hablando de ella.

—Precisamente por eso.

Me quedé callado.

Y aquella vez fue ella quien suspiró.

—Armando, solo intenta no hacer daño a nadie.

—No es lo que pretendo.

—Pues no lo hagas. —Se levantó y abrió el horno, del que sacó un pastel. Lo cortó, dio un trozo a Menina y otro a mí—. ¿Cómo se llama?

—Estela…

—¿Sois novios?

—Mamá, no tengo novia.

—No es eso lo que he escuchado.

—Qué vas a escuchar tú…

—Tengo amigos…

—Y mucha imaginación. —Fui hasta ella y le di un beso en la mejilla—. Me marcho.

—¿Así?

—Lucía debe estar ya esperando. ¡Menina! ¡Vamos! —La perra vino corriendo hasta mí.

—Ten cuidado, Armando.

—Me hablas como si fuera un niño.

—A veces lo eres.

Recogí a Lucía una hora más tarde. Cuando la vi salir del portal sentí algo extraño. La sensación de estar viendo una fotografía antigua. Una muy bonita. Una que todavía te importa. Pero que ya no pertenece al presente.

—Hola.

—Hola.

Nos dimos dos besos.

Menina casi derriba a Lucía de la emoción. Y durante unos minutos todo fue sencillo.

—Hola, preciosa. —Dejó que le lamiera la cara y eso me extrañó, porque lo odiaba.

Paseamos por un parque cercano. Menina corría delante de nosotros feliz de tenernos juntos otra vez. Y pensé que, probablemente, la perra era la única que creía que aquello tenía sentido.

—La he echado mucho de menos. —Lucía observaba a Menina mientras hablaba.

—Ella también a ti.

—¿Tú crees?

—Lo digo en serio. Sería lo normal.

—Me ha dicho Inma que pasa mucho tiempo con ellos.

—Tengo mucho trabajo. Y ahora no tengo ayuda con ella… En fin. —Suspiré—. ¿Hablas con mi madre?

—La llamo para ver cómo están. ¿Te molesta?

—No, no. Es solo que… no lo sabía.

—No pensé que debía decírtelo.

—Claro que no —solté, sin embargo, algo dentro de mí se removió. ¿Por qué Inma no me lo ha dicho nunca? Acababa de hablar con ella, de estar con ella, de aguantar que me insultara a su manera. Y… ¿Lucía conocía a Estela y había sido ella la que había informado a mi madre?

Nos sentamos en un banco y todo fue natural. El cariño seguía allí, aunque yo sospechaba que Lucía no lo veía igual que yo.

La conversación fue derivando hacia otros temas. Trabajo. Familia. Planes. Hasta que ella mencionó algo que me pilló completamente desprevenido.

—He conocido a alguien.

Menina perseguía una pelota.

—¿Ah, sí? —intenté sonar normal.

—Sí. —Sonrió. Y aquella sonrisa me provocó dos emociones completamente incompatibles. La primera fue alivio. Un alivio enorme. Porque Lucía merecía ser feliz, volver a ilusionarse, construir algo nuevo. La segunda emoción fue mucho más incómoda. Y mucho menos noble. Porque también sentí una punzada. Pequeña. Egoísta. Pero real. Celos.

La mujer con la que había compartido media vida estaba mirando hacia otro lado. Y una parte de mí no estaba preparada para verlo. Aunque fuera exactamente lo que quería para ella.

—¿Y qué tal?

—Bien.

—¿Te gusta?

—Sí. —La respuesta llegó demasiado rápido.

—Eso está bien… —Hubo un silencio incómodo.

Menina regresó corriendo y se sentó a nuestro lado. El sol empezaba a caer. Y entonces ella me miró de una forma que no me gustó. Porque conocía perfectamente esa mirada. La había visto cientos de veces.

—Armando.

—Dime.

—Si tú me dijeras que volviera...

Sentí el estómago encogerse.

—Lucía...

—Déjame terminar, por favor. Si tú me dijeras que volviéramos a intentarlo, dejaría a esa persona.

Así. Sin más. Como quien confiesa una verdad que llevaba demasiado tiempo guardando.

Me quedé inmóvil. No porque estuviera dudando de la respuesta, sino porque la respuesta ya la sabía.

Lo que me dejó sin aire fue comprender algo mucho peor. Mi madre tenía razón. Nos habíamos equivocado. Los dos. Creyendo que podíamos convertir aquello en amistad antes de tiempo, que bastaba con quererse para reorganizar una historia tan grande, que podíamos caminar por encima de las ruinas sin cortarnos. Porque yo estaba hablando con Lucía desde un lugar. Y ella seguía hablando desde otro.

Miré hacia el parque. Hacia Menina. Hacia los niños jugando. Hacia cualquier sitio excepto sus ojos. Y pensé en Estela. En su risa. En la nota del frigorífico. En los mensajes de por la mañana. En la facilidad con la que había empezado a ocupar espacio dentro de mí. Y comprendí algo que llevaba semanas negándome. No era Lucía quien me estaba impidiendo avanzar. Era yo.

—Lo siento. —La frase salió muy despacio. Porque sabía exactamente cuánto iba a doler. Y porque aquella vez ya no quedaba ninguna duda. Ninguna esperanza. Ninguna puerta entreabierta.

Vi cómo algo se rompía detrás de sus ojos. Y odié ser la persona que provocaba aquello. Pero también comprendí que seguir alimentando una ilusión era mucho más cruel.

—¿Qué siente realmente?

—No seguir queriéndote como lo hacía.

—Pero… Me quieres, Armando. Contestas a mis mensajes. Estás cuando te necesito. Hemos quedado… Estamos bien.

—¿Y eso te parece suficiente?

—Sí, sí para volver a empezar.

—Lucía, me cuesta mucho decirte esto… Yo… Me he equivocado.

—Yo también. Muchas veces. Pero nos debemos una oportunidad.

—Nos la dimos estando casados, Lucía. ¿No te diste cuenta?

—No quiero perderte.

—Ya nos perdimos. —Llené de aire los pulmones. Aquello me daba una pena enorme.

Mientras regresábamos al coche, con Menina a nuestro lado, tuve la sensación de que nos habíamos perdido demasiadas veces ya y

que no podía volver a ocurrir. Y quizá esa era la prueba definitiva de que algunas historias no terminan cuando te marchas. Terminan cuando dejas de imaginar que todavía podrían volver a empezar.

Conduje sin poner música. No porque quisiera pensar. Precisamente porque no quería hacerlo.

Hay momentos en los que uno se pasa años persiguiendo una respuesta y, cuando por fin la encuentra, descubre que tampoco le gusta.

La conversación con Lucía seguía dando vueltas dentro de mi cabeza. Su voz. Sus ojos. Aquella frase: Si tú me dijeras que volviéramos, dejaría a esa persona.

Y lo peor era que no me había sorprendido. Quizá porque una parte de mí ya lo sabía, porque llevaba demasiado tiempo intentando convencerme de que aquello podía convertirse en una amistad normal. Una amistad adulta y civilizada. Madura. Qué palabra tan peligrosa es madura. La gente la utiliza para justificar cosas imposibles. No todas las historias pueden transformarse sin dejar cicatrices. No todos los amores pueden reciclarse en amistad de la noche a la mañana. No después de tantos años. No después de una vida.

Lucía y yo habíamos crecido juntos. Literalmente. Yo no sabía quién era sin ella porque durante demasiado tiempo nunca había tenido que averiguarlo. Nos habíamos conocido cuando yo era casi un niño. Habíamos aprendido a ahorrar. A discutir. A hacer planes. A equivocarnos. A ser adultos.

Durante años pensé que aquello era el amor. Y seguramente lo era. Lo que pasa es que a veces el amor no basta para seguir caminando en la misma dirección. Porque llega un momento en que te miras al espejo y descubres que llevas tanto tiempo siendo parte de un nosotros que ya no recuerdas quién demonios eras tú.

Y esa fue una de las razones por las que me marché. No la única. Pero sí una importante. Necesitaba averiguar qué había debajo de todas las capas. Quién era yo cuando no era marido de nadie. Cuando no tenía que consultar planes. Cuando podía equivocarme

solo, decidir solo, construir una vida que me perteneciera por completo.

Me separé para eso. Para vivir. Para respirar. Para recuperar terreno. Para volver a conocerme. Y ahora resultaba que la vida tenía sentido del humor. Porque justo cuando empezaba a encontrarme... apareció Estela. Ni la estaba buscando ni la necesitaba ni entraba en ninguno de mis planes. Pero las cosas que llegan sin permiso suelen ser las que más espacio ocupan después.

Suspiré mientras esperaba un semáforo. La luz roja iluminó el interior del coche. Y me obligué a ser completamente sincero conmigo mismo. Estela ya no era una mujer con la que me lo pasaba bien. Ya no era una aventura ni una historia ligera. Había dejado de serlo hacía bastante tiempo. La prueba era sencilla. Cuando algo bueno me ocurría, quería contárselo. Cuando algo malo me preocupaba, pensaba en ella. Cuando me despertaba, sonreía al ver sus mensajes. Cuando me acostaba, era la última persona en la que pensaba.

Y eso no era casualidad. Era amor. O el principio de algo muy parecido. Y precisamente por eso me aterraba. Porque yo no había pedido enamorarme. No tan pronto. No ahora. No de ella. No de nadie.

Había imaginado otra cosa para mí.

Años de independencia. Viajes. Amigos. Tiempo. Silencio. Libertad.

Había imaginado una vida sin horarios, sin explicaciones. Sin la sensación constante de que alguien podía hacerte daño.

Y ahora una mujer de cuarenta y cinco años, con una sonrisa imposible y una forma de mirar que desarmaba cualquier defensa, había aparecido para desmontar el plan entero.

Lo peor era que ni siquiera podía enfadarme por ello. Porque Estela no me había quitado nada. Al contrario. Había añadido cosas. Color. Risas. Calma. Ganas. Había conseguido algo que nadie lograba desde hacía mucho tiempo. Que volviera a ilusionarme. Y eso era maravilloso. Y terrible. Porque la ilusión siempre lleva escondido el

miedo. No puedes tener una sin aceptar el otro. Amar a alguien es entregarle, sin darte cuenta, la capacidad de hacerte feliz y de romperte un poco. Y yo todavía no sabía si estaba preparado para volver a darle ese poder a otra persona.

Recordé las palabras de mi madre: Ten cuidado.

Recordé la conversación con Lucía.

Recordé la nota en el frigorífico: Contigo todo es más bonito.

Y me di cuenta de que quizá el problema no era Estela. Ni Lucía. Ni mi madre. El problema era yo. Yo intentando correr en dos direcciones al mismo tiempo. Queriendo ser libre y queriendo quedarme. Queriendo enamorarme y queriendo protegerme. Queriendo avanzar y mirando todavía de reojo el camino que había dejado atrás.

Apoyé las manos sobre el volante. Y apareció una idea que no me gustó. Quizá debía ir más despacio. No porque quisiera alejarme de Estela. Eso era lo último que quería. No porque hubiera dejado de sentir lo que sentía. Cada día sentía más. Precisamente por eso. Porque empezaba a importar demasiado. Porque cuando una persona se vuelve importante de verdad, las decisiones dejan de afectarte solo a ti. Y Estela no merecía pagar las dudas que todavía estaba resolviendo dentro de mí. Ni las heridas. Ni los restos.

Se merecía una versión de mí mucho más clara, más valiente, más segura.

Y yo todavía estaba intentando encontrarla.

El semáforo se puso en verde, aceleré y miré alrededor. Y pensé que crecer quizá consistía en esto. En aceptar que el amor no siempre llega cuando estás preparado. Llega cuando le da la gana. Te cambia los planes. Te desmonta las certezas. Te obliga a replantearte todo aquello que creías saber sobre ti mismo. Y después te deja solo frente al espejo para que decidas qué hacer con ello.

Solo sabía una cosa, que Estela no me quitaba todo aquello que anhelaba. Me daba libertad, esperanza, tiempo, espacio, independencia, risas… felicidad.

70

DONDE YA NO ERA UN JUEGO

Estela

No supe en qué momento dejó de ser divertido. Y eso fue, precisamente, lo que me inquietó. No hubo un gesto claro, ni una frase, ni una escena que pudiera señalar con el dedo y decir: aquí empezó todo. No. Fue algo más sutil, más lento, más peligroso. De esas cosas que no hacen ruido cuando llegan y, sin embargo, lo cambian todo cuando ya están dentro.

Simplemente… pasó.

Estaba en la oficina, sentada delante del ordenador, con un documento abierto desde hacía demasiado tiempo, fingiendo que trabajaba con una concentración que no tenía. Leía la misma frase una y otra vez sin entenderla, como si alguien la hubiera escrito en otro idioma o, peor aún, como si mi cabeza hubiera decidido desconectarse de cualquier cosa que no tuviera que ver con él. Movía el ratón, subrayaba palabras, las borraba, las volvía a escribir, y nada avanzaba. Porque yo no estaba allí. O no del todo.

—Estás en otro planeta —dijo Zoa sin levantar la vista de su pantalla.

—No —respondí, automática.

—Sí.

—No.

—Vale —añadió—. Entonces estás sonriendo sola porque te hace gracia la declaración de la renta.

La miré, sosteniéndole la mirada un segundo más de lo necesario.

—Eso no tiene ninguna gracia.

—Pues tu cara dice otra cosa.

Bajé la mirada hacia la pantalla y fingí que escribía. No escribí nada. Porque tenía razón. Y porque lo sabía.

No era solo que pensara en él. Era algo más incómodo que eso. Era que todo, absolutamente todo, me llevaba a él. Un comentario

absurdo en mitad de una conversación cualquiera, una canción que sonaba de fondo y que no había escuchado en años, una camiseta que alguien llevaba por la calle, el sonido de una risa que ni siquiera era la suya… y, aun así, ahí estaba otra vez. Sin avisar. Instalado en mi cabeza como si siempre hubiera estado ahí.

¿Me había enamorado? Por supuesto que sí.

Me apoyé en el respaldo de la silla y cerré los ojos un segundo, buscando una pausa que no llegó. No porque no existiera, sino porque no había nada que pausar. No había caos. No había drama. Había algo mucho más difícil de gestionar: claridad.

Armando ya me lo había dicho. Lo había dejado claro sin adornos, sin rodeos, sin ese tipo de frases ambiguas que invitan a interpretar lo que a una le conviene. No quería nada serio. No estaba preparado. No era el momento. No buscaba una relación. No quería volver a meterse en algo que le exigiera más de lo que podía dar. Y yo lo entendía. De verdad que lo entendía. No había trampa ahí. No había engaño. Había una honestidad limpia que, en otro momento, habría agradecido sin matices.

Acababa de salir de un matrimonio. De una vida compartida durante años. De una rutina que no se desmonta en dos días ni se deja atrás con una conversación bien cerrada. Tenía sentido que no quisiera volver a empezar algo que implicara quedarse. Tenía sentido que necesitara espacio, ligereza, aire.

Y yo no quería ser la mujer que empuja a alguien a un lugar al que no quiere ir.

El problema no era lo que él quería… era lo que yo empezaba a querer.

Abrí los ojos. La oficina seguía igual. Zoa tecleando con esa velocidad absurda que siempre me ha dado envidia, Samuel hablando por teléfono con alguien a quien claramente no le estaba haciendo ninguna gracia lo que oía. El ruido de fondo habitual. Todo en su sitio. Todo exactamente como debía estar.

Menos yo.

Porque hasta hacía nada, aquello me bastaba. Los mensajes, las risas, el juego, la facilidad. No pedir explicaciones. No hacer planes. No pensar en mañana. Disfrutar del momento sin más intención que ese mismo momento. Era cómodo. Era ligero. Era, incluso, perfecto.

Hasta que dejó de serlo.

Y ese fue el punto en el que algo cambió, aunque nada pareciera haber cambiado.

Con Armando nada encajaba en la teoría. Nada respondía a lo que, en principio, debería funcionar. Y, aun así, funcionaba. O, al menos, se sentía como si lo hiciera.

Sonreí otra vez. Sin darme cuenta.

—Es que no puedes evitarlo, ¿no? —murmuró Zoa, esta vez mirándome de reojo.

No respondí. Porque no podía. Porque no tenía una respuesta que no sonara ridícula.

Esa era la parte incómoda. La que no encaja en ninguna lógica. La que no puedes explicar sin sentir que te estás justificando delante de alguien que ni siquiera te ha preguntado.

No tenía sentido. Por eso funcionaba.

Me levanté para ir al baño, más por necesidad de moverme que por otra cosa. Cerré la puerta, me acerqué al lavabo y me apoyé con las manos en el mármol frío, me miré al espejo y me pregunté algo que ya sabía.

Ahí estaba. La misma mujer de siempre. La misma expresión. El mismo gesto cuando piensa demasiado. Y, aun así, había algo distinto. Algo que no terminaba de encajar con la versión de mí misma que había aprendido a mantener estos últimos años.

Me miré un poco más despacio. Con más honestidad de la que me apetecía. Había algo que no quería reconocer del todo.

El problema no era él… era que yo ya no estaba jugando.

Solté el aire despacio, dejando que esa idea se asentara sin intentar suavizarla. Porque ahí estaba. Claro. Sin adornos. Sin excusas.

No era un lío. No era una distracción pasajera. No era algo que pudiera encender y apagar cuando me conviniera. No era una

historia de esas que sabes desde el principio cómo van a terminar.

Me importaba.

Y cuando algo te importa, deja de ser liviano. Deja de ser fácil. Deja de ser un juego en el que puedes entrar y salir sin consecuencias.

Volví a mirarme, esta vez sin esquivar la mirada.

Podía seguir fingiendo que no iba a más. Podía repetirme que ya sabía cómo terminan estas cosas. Podía anticiparme al golpe y salir antes de que doliera de verdad. Podía hacer lo que siempre había hecho cuando algo empezaba a complicarse.

Podía protegerme. O podía admitirlo. Aunque fuera solo para mí. Aunque no cambiara nada. Aunque supiera que, en el fondo, no había una solución cómoda.

No me había dado cuenta de cuándo había pasado… pero ya no era una opción no sentirlo.

Y eso, más que todo lo que ya había pasado, más que las risas, más que los mensajes, más que el beso y la forma en que me hacía olvidar lo demás… eso era lo realmente peligroso.

71

CUANDO EL SILENCIO EMPIEZA A PESAR

Estela

No fue el tiempo lo que me inquietó. Fueron los huecos.
Habían pasado unos días desde la última vez que nos vimos. Nada que justificara una alarma, nada que mereciera una escena. Sin embargo, entre un mensaje y otro, entre una respuesta y la siguiente, apareció un espacio nuevo. Pequeño, pero persistente que antes no existía.

Armando había estado raro. Y yo también. Pero no de la misma manera. Estaba segura que por motivos diferentes.

Álvaro se fue con su padre el fin de semana y la casa quedó en silencio. Al principio lo agradecí. Después empezó a incomodar. Encendí música para llenarlo, bajita, un hilo que no molestara. Abrí una botella de vino, probé un sorbo, la dejé. Volví a la cocina, revisé el horno sin necesidad, moví un plato, lo devolví a su sitio. Busqué tareas pequeñas para no quedarme quieta.

Esperar nunca se me ha dado bien. Esperar sintiendo lo que estaba sintiendo… menos.

El timbre sonó y respiré hondo antes de abrir. Un gesto inútil, pero necesario.

Ahí estaba. El mismo. Y no del todo.

—Gigoló a domicilio —bromeó, y no sé calibrar cuánto gracia me hizo.

—Hola. —No me dio tiempo a pensar más en su saludo, que en otro momento, hacía mucho ya, me hubiera hecho gracia. Me besó. Nos besamos. Breve. Correcto. Sin esa inercia que antes nos llevaba a acercarnos un poco más. Entró, miró alrededor, se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo de una silla.

—Qué paz —comentó.

—Demasiada.

—¿Tu hijo?

—Con su padre.

Asintió. Fui a la cocina, busqué dos copas.

—¿Cerveza?

—Sí.

Cogí dos. Nos quedamos de pie, frente a frente, con una distancia mínima que ahora se notaba.

—He traído música. —Sacó su móvil del bolsillo.

—¿Ah, sí?

—Para mejorar la tuya.

—Mi música es perfecta.

—Eso te crees tú. —Se rio. Durante unos segundos fue él, el de siempre, el que se reía sin esfuerzo y me arrastraba con él. Puso una canción. No la conocía, pero me gustó al instante.

—¿Qué es esto?

—Algo bueno.

—Muy técnico.

—Soy un hombre profundo.

—Se te nota —ironicé, y reímos de nuevo. Por un momento, todo encajó. Como antes.

Cenamos en el salón. La música de fondo, las cervezas, la conversación fácil. Hablamos de trabajo, de planes que no haríamos, de una serie que ninguno seguía. Todo fluía y, al mismo tiempo, no. Había una capa debajo, una tensión fina que no rompía nada, pero lo tensaba todo.

Le miré mientras hablaba de un concierto. Movía las manos, sonreía, buscaba palabras. Reconocí los gestos, el ritmo, la manera de conversar. Y, aun así, algo no estaba en su sitio, algo se había alejado, se estaba conteniendo. Pero yo no era así, a mí me gustaba vivir, sentir, respirar sin miedo. Y así llegó la verdad, sin avisar. Lo quería. Lo quería con simplicidad, porque Armando me hacía feliz, porque me convertía en mejor persona, porque él coloreaba un mundo que se había vuelto gris.

Me había enamorado… Y ya no sabía ni debía negármelo. No me lo merecía. Porque, además, todos merecemos vivir y sentir el amor a lo grande, con ganas, con fuego, y Armando era todo eso, aunque él ni siquiera quería serlo.

Me faltó el aire, un segundo, y tuve que contener las ganas de llorar, tragarme lágrimas que hubieran hablado más que cualquier charla porque… No quería que supiera lo que sentía por él, porque de alguna forma habíamos firmado un acuerdo tácito en el que aquello era un juego sin importancia, sin futuro, con mucho presente, sexo y besos.

Pensé en lo que él ya había dicho. No quería una relación. No estaba preparado. No buscaba nada más. Lo había explicado con claridad, sin adornos. Y yo lo había aceptado. En ese momento me bastaba. Era suficiente.

Ahora no.

El problema no era lo que él me daba… era lo que yo empezaba a necesitar.

Ahí estaba el punto exacto en el que siempre me he ido. Cuando el equilibrio se rompe y aparece la diferencia entre lo que hay y lo que quiero. Podía levantarme, cortar, protegerme antes de que doliera más. Podía hacer lo de siempre, lo que me ha funcionado otras veces.

Pero no quería.

Porque me hacía feliz. Porque durante esos meses me había devuelto una versión de mí que echaba de menos. Me reía más. Pensaba menos. Me gustaba cómo estaba en su compañía.

A veces no te quedas por lo que es… te quedas por cómo te hace sentir. Y eso es un arma de doble filo.

Dejé la copa en la mesa, me levanté sin pensarlo demasiado y me detuve un segundo. Él dejó de hablar y me miró.

—¿Qué pasa?

—Nada —mentí, porque pasaba de todo. Pasaba que la había jodido, me había jodido bien porque, aunque sabía que la vida no terminaba con Armando, sí iba a dolerme terminar con aquello,

porque me gustaba su sonrisa, su olor, su sabor, su piel, sus besos, sus mensajes, sus llamadas, su sentido del humor, sus abrazos, sus bromas, sus buenos días, la forma en que me miraba la mayoría de las veces, porque otras… Otras lo hacía como si yo fuera algo que se prohibía tocar, vivir, sentir… Y ahí estaba el problema, que yo quería ser todo eso para él y Armando no estaba preparado ni quería estarlo.

Me acerqué y lo abracé. Sin explicación. Sin motivo que pudiera decir en voz alta. Solo porque lo necesitaba. Me senté a horcadas sobre él y rodeé sus hombros con mis brazos.

Al principio se quedó quieto. Luego respondió. Sus brazos alrededor de mi espalda, firmes, naturales, conocidos.

Apoyé la cara en su pecho y cerré los ojos un segundo, dos, tres. Demasiado tiempo para no sentir nada, para sentir menos.

Armando no me había pedido que me quedara, pero yo ya no sabía cómo irme, aunque debía hacerlo. Sobre todo, porque no tenía ni idea de cómo quedarme y no romperme en mil pedazos.

—¿Estás bien? —insistió.

—Sí —volví a mentir. No lo estaba una mierda. O quizá sí, en ese momento y lugar exacto. Pero cuando se fuera, me haría mil preguntas que no tenían respuestas, o no las que yo quería, las que necesitaba.

Se separó lo justo para mirarme.

—¿Seguro?

—Sí. ¿Y tú? ¿Qué te pasa?

—Nada.

Nos quedamos en el punto intermedio. Cerca, pero sin avanzar. Los dos sabíamos que no era nada. Y que era todo. Había algo que no estábamos diciendo. Y, si lo decíamos, ya no sería lo mismo.

Ninguno quería cruzar esa línea. Porque los dos sabíamos qué había al otro lado.

Hay conversaciones que no se tienen porque sabes exactamente cómo terminan.

Volví a abrazarle. Más fuerte. Intenté fijar ese instante, sostenerlo un poco más. Su respiración, el calor, la cercanía. Todo lo que

todavía estaba bien. Quería quedarme, de verdad, porque él era un lugar especial, maravilloso… Y lo entendí con una claridad inexplicable. El problema no era perderlo. El problema era querer quedarme. Pero… ¿a cualquier precio?

72

CUANDO YA NO ES SUFICIENTE

Estela

No fue una decisión consciente. Tampoco una consecuencia lógica de lo que habíamos estado evitando durante toda la cena. Fue algo más silencioso, más inevitable. El momento en el que el cuerpo deja de sostener lo que la cabeza intenta controlar y toma el mando sin preguntar.

Nos besamos. No como antes, no con la ligereza con la que todo había empezado entre nosotros. Este beso tenía algo distinto, algo más cargado, más consciente. No buscaba solo acercarnos, buscaba quedarnos. Y en ese gesto ya había más verdad de la que estaba dispuesta a decir en voz alta.

Armando respondió sin dudar, envolviéndome y haciendo que bajara la guardia. Sus manos en mi espalda, firmes, seguras, recorriéndome con una familiaridad que no se había construido en años, pero que se sentía antigua. Me acerqué más, sin pensar, dejando que la distancia desapareciera del todo, que no quedara espacio para la duda, para la conversación pendiente, para todo lo que sabíamos y no queríamos nombrar.

Nos movimos hacia el dormitorio sin separarnos, guiados por una inercia que ya conocíamos. La casa en silencio, la música amortiguada al fondo, el resto del mundo desapareciendo poco a poco. No hubo palabras. No hacían falta. En ese momento, el lenguaje era otro.

Y, sin embargo, para mí nunca es solo eso. No cuando ya me importa la persona que tengo delante. No cuando hay algo dentro que no sabe quedarse en la superficie.

Para mí el sexo no es un lugar donde esconderme, ni una distracción que me permita no pensar. Es justo lo contrario. Es donde todo se intensifica, donde lo que siento se vuelve más claro,

más evidente, más difícil de ignorar. Y con él… era imposible separar nada.

Su cuerpo contra el mío, su respiración desordenándose, la manera en que me buscaba y me encontraba sin esfuerzo. Todo encajaba. Todo funcionaba. Todo debería haber sido suficiente.

Pero no lo era.

Porque mientras él estaba ahí, presente en lo físico, en el gesto, en el cuidado, había algo que no terminaba de llegar. No era una ausencia evidente, no era un vacío claro que pudiera señalar. Era algo más sutil, más difícil de explicar. Una distancia mínima, casi imperceptible, que no rompía el momento pero lo condicionaba.

Y yo lo notaba.

No en lo que hacía, sino en lo que faltaba.

En esa forma de tocar que no pedía quedarse. En ese cariño que no avanzaba un paso más. En esa manera de estar que no terminaba de implicarse.

Y aun así, me abrazaba después. Me recogía entre sus brazos con una naturalidad que me desarmaba. Sus labios en mi mejilla, en mi hombro, gestos suaves, casi inconscientes, que en otro momento me habrían bastado para quedarme ahí, tranquila, sin hacerme preguntas.

Apoyé la cabeza en su pecho y cerré los ojos, intentando sostener ese instante tal como era, sin analizarlo, sin desmontarlo por dentro. Su respiración se fue calmando poco a poco, el ritmo de su cuerpo volviendo a un lugar más sereno, más distante.

Yo no pude hacer lo mismo. Porque ya no estaba en el mismo sitio. Porque algo dentro de mí había cruzado una línea que no tenía vuelta atrás.

Lo quería. Y no era una intuición ni una sospecha. Era una certeza limpia, incómoda, imposible de maquillar.

Lo quería más de lo que debería. Más de lo que él podía asimilar. Más de lo que esta historia podía permitirse.

Me moví ligeramente, buscando una postura más cómoda, pero en realidad buscaba otra cosa. Un ajuste interno que no encontraba.

Un lugar donde aquello no doliera.

No lo encontré.

Él me acercó un poco más, en un gesto automático, casi protector. Su mano recorrió mi brazo despacio, con cariño, sin intención de ir más allá. Un gesto que hablaba de cuidado, pero no de deseo de quedarse.

Y ahí fue cuando lo entendí del todo.

Yo necesitaba más.

No más de él, no en el sentido de exigirle algo que no había prometido. Más para mí. Más de lo que yo misma estaba dispuesta a aceptar sin destrozarme.

Porque podía quedarme así, en este equilibrio frágil donde todo es bonito pero no suficiente. Podía seguir disfrutando de lo que me daba, de lo que compartíamos, de lo que era fácil. Podía convencerme de que no hacía falta nada más.

Pero no sería verdad.

Y yo ya no sabía fingir.

Abrí los ojos. La habitación estaba en penumbra, tranquila, ajena a todo lo que pasaba dentro de mí. Él parecía relajado, casi adormecido, cómodo en ese lugar que para él no tenía aristas.

—¿Dónde vas? —preguntó en voz baja cuando me incorporé.

—Al baño.

Me levanté despacio, recogiendo la ropa sin hacer ruido, atravesando la habitación con una calma que no sentía. Cerré la puerta del baño y me apoyé en el lavabo, miré mi reflejo durante unos segundos que se alargaron más de lo normal.

Las lágrimas llegaron sin aviso, discretas, sin drama. Dos, tres, resbalando sin prisa, mezclándose con la respiración contenida. No llanto, sino rendición.

Me apoyé con más fuerza en el lavabo, bajé la cabeza un instante y dejé que pasara. No intenté frenarlo. Tampoco lo alimenté.

Solo lo dejé estar. Porque no era tristeza exactamente. Era saber. Saber que no quería perderlo. Saber que, si me quedaba, iba a doler. Y saber, sobre todo, que había un punto en el que quedarse con alguien implica empezar a irte de ti misma.

Respiré hondo, despacio, buscando recuperar algo de equilibrio. Me mojé la cara, me sequé con una toalla y volví a mirarme.

No había solución fácil ni decisión inmediata. Solo una verdad que ya no podía deshacer. Me había enamorado de él. Y no sabía qué hacer con eso.

Abrí la puerta y volví al dormitorio, con la sensación clara de que algo había cambiado. No fuera. Dentro. Y que, a partir de ahora, nada iba a volver a ser tan sencillo.

73

CUANDO YA NO ES TAN FÁCIL MIRAR HACIA OTRO LADO

Armando

No hizo falta que dijera nada cuando volvió del baño. Bastó con verla cruzar la habitación con la calma demasiado medida, con la mirada evitando la mía durante un segundo más de lo normal. Son detalles mínimos, casi invisibles para cualquiera, pero cuando conoces a alguien, aunque sea en el tiempo justo, aprendes a detectar lo que no encaja. Y algo no encajaba.

No pregunté de inmediato. La observé mientras se metía de nuevo en la cama, dejando ese pequeño espacio entre los dos que antes no existía. No era distancia real, pero se notaba. En la forma de colocar el cuerpo, en cómo apoyaba la cabeza sin terminar de acercarse, en esa tensión leve que no se veía, pero estaba.

—¿Estás bien? —pregunté al final, sin forzar el tono.

Me miró, y en ese instante supe que iba a mentir. No por mala intención, sino por necesidad.

—Sí.

No insistí. No porque me lo creyera, sino porque entendía lo que implicaba seguir por ahí. Hay preguntas que no buscan una respuesta; abren una puerta. Y yo no tenía claro querer cruzarla.

—Ven —murmuré, acercándome un poco más.

Deslicé el brazo por su cintura y la traje hacia mí con suavidad. Se dejó. No se resistió y se apoyó contra mí.

Joder, Estela daba calor, en todos los sentidos. Me gustaba, mucho.

Y la abracé con ganas, con cuidado, sin pensar demasiado en lo que significaba, en lo que nos hacía sentir, ella era ese hogar sin serlo.

Su respiración fue bajando el ritmo poco a poco, el peso de su cuerpo se relajó entre mis brazos, pero yo no conseguí hacer lo mismo. Me quedé mirando al techo, sintiendo algo que no terminaba de colocarse. Una especie de alerta silenciosa que se instala cuando sabes que algo está cambiando y no sabes si quieres que cambie.

Había visto esa expresión antes. No en ella exactamente, pero sí en lo que había detrás. En el momento en el que alguien empieza a implicarse más de lo que había previsto. Y no dije nada. Porque sabía lo que pasaría si lo decía. Y no estaba preparado para esa conversación.

Tardé en dormirme. Más de lo que me habría gustado. Y cuando por fin lo hice, fue con esa sensación de estar dejando algo pendiente que iba a volver en cuanto abriera los ojos.

Me desperté antes que ella. La luz entraba por la ventana sin concesiones, marcando cada detalle de la habitación. Me quedé quieto, sin moverme, dejando que el día empezara sin prisa. Estela dormía de lado, con el pelo desordenado sobre la almohada y una expresión tranquila que contrastaba con la tensión de la noche anterior.

La miré más de lo que debería. Casi no me percaté del por qué. Hasta que se abrió paso en mi mente.

La quería.

La palabra apareció sin esfuerzo, sin necesidad de darle vueltas. La quería de una forma que no había planeado, de una forma que no encajaba con nada de lo que me había prometido a mí mismo cuando todo terminó con Lucía. No había buscado esto. No lo había querido. No era el momento.

Y, sin embargo, ahí estaba.

No era solo deseo, ni comodidad, ni la facilidad que había tenido todo al principio. Había algo más. Algo que se había ido colando sin que yo lo parara a tiempo. Y sería un necio si negara haberme dado cuenta. Porque sí lo había hecho, había estado ahí y no había querido verlo.

Y ese era el problema.

Porque querer a alguien no es solo sentirlo. Es lo que viene después. Lo que implica. Lo que exige. Y yo no estaba seguro de querer volver a ese lugar tan pronto.

No había dejado una relación larga, un matrimonio, una vida entera, para entrar en otra sin haber terminado de salir de la anterior. No quería repetir el mismo esquema con otro nombre, otra casa, otra historia.

No todavía.

Quizá nunca de la misma manera.

La noche anterior volvió a mi cabeza con demasiada claridad. Su forma de abrazarme, su gesto al volver del baño, la manera en la que había evitado decir algo que estaba ahí. No hacía falta que lo pusiera en palabras. Lo entendía.

Se estaba implicando. Más de lo que habíamos hablado.

Más de lo que yo podía aceptar sin plantearme cosas que no quería plantearme aún.

Y ahí estaba la parte incómoda. Porque yo también lo estaba haciendo. Solo que no quería reconocerlo igual.

—Joder… —masqué, porque me daba miedo, porque yo no era tan valiente como Estela, y eso… Eso también lo sabía ella.

Me pasé una mano por la cara, intentando ordenar algo que no tenía orden posible. La opción fácil estaba ahí: seguir, no decir nada, dejar que todo fluyera mientras funcionara. Disfrutar de lo que teníamos sin anticipar el final.

Pero sabía que eso tenía un precio. Y también sabía quién lo pagaría antes.

Se movió ligeramente y abrió los ojos. Me miró, todavía medio dormida, y sonrió.

—Buenos días.

Había algo en su sonrisa que me apretó un poco más de lo que esperaba.

—Buenos días.

Nos quedamos mirándonos, sin decir una palabra más. Había muchas cosas ahí, esas que no deberían estar, o sí, de las que te alejan, se expanden y te arrastran a otro lugar.

Le di un beso en la nariz, después otro en los labios. Un cobarde, eso es lo que era.

—¿Has dormido bien? —Parpadeó.

—Sí. ¿Y tú?

—Yo también.

Los dos sabíamos que no era del todo cierto, pero ninguno corrigió al otro.

Se incorporó y se recogió el pelo con un gesto rápido.

—Voy a hacer café.

—Vale. —Puse los pies en el suelo mientras ella sacaba algo del cajón—. Estela… —la llamé, justo cuando iba a cruzar la puerta. Se volvió hacia mí.

—¿Sí?

Era guapa, de una manera sencilla que a mí me encantaba.

—Nada… —cambié la respuesta—. Nada de descafeinado —la convertí en una broma, una de las nuestras… Y sonrió.

—Ya lo sé, idiota.

Salió de la habitación y ahí volvió esa sensación. Algo se había movido de sitio.

Me quedé unos segundos más sentado en la cama, sin prisa por levantarme, pensando más de lo que me convenía. Quizá el error no había sido empezar. Quizá había sido no pararlo cuando aún era fácil hacerlo.

Me levanté al final y fui hacia la cocina. El olor a café llenaba el espacio, cálido, cotidiano, casi demasiado normal para lo que se estaba moviendo por dentro.

Estela estaba de espaldas, apoyada en la encimera. Me acerqué sin pensarlo, y ocupé el espacio que había entre nosotros con una naturalidad que ya no era tan sencilla como antes.

—Huele bien —musité.

—A café. —Se giró y me miró.

—No me digas. —Y ahí estaba otra vez. Ese algo. No supe exactamente qué era. Pero supe que no iba a desaparecer solo.

Le sonreí, porque era lo único que sabía hacer en ese momento sin hacer el idiota, que es lo que era.

Y, mientras la observaba, entendí que lo complicado no era lo que ya había pasado, sino decidir si estaba dispuesto a enfrentar lo que venía. O si iba a seguir mirando hacia otro lado mientras perdía a la mujer que se había convertido en casi todo lo que me importaba.

74

CUANDO DECIDES NO PENSAR EN EL MAÑANA

Estela

El sábado empezó antes de que yo quisiera admitirlo. Me desperté cuando el cuerpo descansa, pero la cabeza no termina de soltarse. No abrí los ojos enseguida. Me quedé ahí, eligiendo no pensar, aguantando unos segundos más la sensación de que nada había cambiado. Pero lo había hecho. Y mucho. Yo lo sabía. Y no por lo que había pasado entre nosotros, sino por lo que había pasado dentro de mí.

Giré la cabeza y le miré. Dormía de lado, con la respiración tranquila, ajeno a todo lo que yo había removido la noche anterior. Había algo profundamente injusto en eso. No porque él estuviera haciendo nada mal, sino porque yo ya no estaba en el mismo lugar y, aun así, seguíamos compartiendo la misma cama, el mismo silencio, la misma mañana.

Podía levantarme, despertarlo, pedirle que se marchara. Y, sin embargo, no me moví. Me quedé.

Cerré los ojos y me quedé en un estado de duermevela, soñando que nos conocíamos en otro momento, que Armando tenía mi edad, o yo la suya, puestos a pedir, que él me amaba, que quería más, que no deseaba soltarme jamás, pero los sueños, sueños son, y la realidad se interpuso a continuación.

—Buenos días —saludé con naturalidad, la que me salía, había aprendido a fingir con él, y lo hice sin darme cuenta.

—Buenos días.

Sonrió. Me besó en la nariz, en la boca, despacio, sin prisa, sin intención de convertir ese gesto en nada más. Y durante ese

instante todo volvió a ser sencillo. No porque lo fuera. Sino porque yo decidí que lo fuera.

Desayunamos en la cocina, de pie, hablando tonterías, de cualquier cosa que no incluyera un nosotros, porque… no lo había.

Salimos sin plan, como casi siempre. Él no necesitaba organizar nada para que el día funcionara, y yo me dejaba arrastrar por eso más de lo que me convenía. Bajamos a la calle y Madrid estaba en ese punto perfecto de sábado por la mañana, donde todo empieza sin urgencia. Gente paseando, terrazas llenándose, el sol cayendo con suavidad sobre los edificios, sin imponerse.

Caminamos sin decidir del todo hacia dónde, hablando de cosas pequeñas, de lo primero que nos venía a la cabeza, sin necesidad de que la conversación tuviera sentido. Él tenía esa capacidad de convertir cualquier cosa en algo ligero, de quitarle peso a lo que, en otro momento, habría necesitado más explicación. Y eso era exactamente lo que yo necesitaba ese día. No pensar. Porque iba a explotarme la cabeza.

Entramos en el Retiro casi sin darnos cuenta y ambos notamos el cambio de ritmo. Aquello era… otro universo, lejos de Madrid, lejos del tráfico, lejos de casi todo, porque el miedo… la ansiedad… no se alejó, al menos de mí.

—Te voy a contar un chiste —dijo de repente.

—No, por favor. —Íbamos agarrados de la mano, porque Armando no quería nada serio, pero trataba lo nuestro como si lo fuera.

Aquello cada vez me hacía más daño.

—Venga, si te hacen gracia. Te ríes.

—Por compromiso.

—Mentirosa.

—Ahí ya empezamos mal.

Sonrió.

—¿Sabes cómo cuentan los Tdah las ovejas por la noche para dormir?

Le miré, cruzándome de brazos.

—No sé por qué te dije que tengo Tdah.

—Venga, contesta.

—No lo sé.

—Una oveja, dos ovejas, tres ovejas, pato, tortuga, elefante, tigre, jirafa…

Me quedé en silencio un segundo.

—Pero… —Alcé las cejas—. Jajaja.

—Pero te has reído. Espera que tengo otro de Tdah.

—¡¡No!!

—¿Sabes que hace un Tdah en una librería?

—A ver…

—Nada. Porque no entra. Se entretiene mirando otros escaparates.

—Jajajaja. ¿Pero por qué eres así?

—Sigues riéndote. Jajaja.

—¡Porque me da rabia!

—¡Porque sabes que es verdad! ¡Te ha pasado!

—¡No me ha pasado! —Le di un codazo en el costado. Él ni se inmutó.

—Sé sincera —me pidió con la sonrisa abierta.

Me hubiera gustado serlo. Y decirle: *Te quiero, Armando, me he enamorado de ti. No he sabido cuándo ni cómo, pero es así. Y no me arrepiento, o sí, no lo sé. Porque sé que tú no sientes lo mismo, porque tú no quieres lo mismo, porque esto no va a terminar igual que empezó. Me iré, me dejarás ir, no insistirás, no me enviarás mensajes para que me quede, no me abrazarás para obligarme a que no te deje. Y sí, va a dolerme más de lo que tenía previsto.* Pero no lo hice, no en ese sentido.

—Vale, me ha hecho gracia. —Respiré y llené de aire mis pulmones. Lo necesitaba.

Seguimos caminando entre los árboles, con el suelo cubierto de tierra y hojas. En algún momento me abrazó sobre los hombros y yo… Yo me sentí en casa, en ese lugar al que siempre quieres volver. En ese gesto había algo que me calmaba. Y, al mismo tiempo, algo que me desordenaba más de lo que quería reconocer.

Nos sentamos cerca del estanque, con el reflejo del agua moviéndose despacio y el murmullo constante de la gente alrededor. Me apoyé en el respaldo del banco, dejé caer la cabeza hacia atrás y cerré los ojos un segundo.

Solo un segundo.

Lo justo para sentir.

Y lo sentí.

Todo.

El presente, claro, limpio, fácil. Él a mi lado, la risa todavía reciente, la mano que no había soltado. Ese tipo de momentos que, si no los piensas demasiado, son suficientes.

Pero también lo otro.

Lo que viene después.

Lo que ya sabía.

Porque no hacía falta que pasara nada más para entenderlo.

No hacía falta que él dijera nada.

Ya lo había dicho.

No quería una relación.

No estaba preparado.

No iba a ir más allá.

Y yo sí.

A veces no es que no quieras pensar en el futuro… es que sabes exactamente lo que hay en él. Y no te gusta en absoluto.

Abrí los ojos y le miré. Me observaba como te mira alguien que está sintiendo lo mismo que tú. Y eso fue lo que más me dolió. Que parecía que me quería, pero jamás me lo había dicho, al contrario, cada vez que la situación se ponía intensa, él soltaba alguna broma que la aligeraba.

Armando me cuidaba. Me hacía reír. Estaba conmigo. Pero no estaba… conmigo. No de la manera en la que yo empezaba a necesitar.

No es lo que te dan… es lo que no llega lo que acaba jodiendo.

Podía quedarme ahí. Donde todo funciona lo suficiente como para no romperse, pero no lo bastante como para mantenerse a largo

plazo. Podía decidir que me bastaba. Que no necesitaba más. Que no todo tiene que ir más allá.

Podía.

Pero no era verdad.

Porque ya no estaba en ese lugar. Porque ya no sabía estar en algo sin implicarme. El problema no era Armando ni lo que me daba, porque me lo daba todo. El problema era que yo no sé querer a medias tintas ni acepto que me quieran a medias.

Me incliné hacia él y le besé. Solo necesitaba sentir que seguíamos ahí, que no todo estaba en mi cabeza.

Él respondió, acercándose un poco más. Posó su mano en mi cara y me acarició. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Era miedo, uno infinito a perder lo que me hacía sentir, a deshacerme de esos momentos. Me dejé llevar, apagué mis pensamientos y durante ese instante, todo volvió a encajar. Pero solo durante ese instante. Porque mi corazón me golpeó fuerte el pecho, quejándose, buscando un lugar en el que caber sin tener que gritar. Yo tenía ganas de eso, de gritar con fuerza, de correr, de salir de allí y… de volver. Porque nadie quiere irse del lugar donde es feliz.

Nos levantamos después, seguimos caminando, salimos del parque y nos perdimos por las calles sin rumbo.

—Una librería —indicó—. ¿Entras o te despistas aquí mismo?

—Ja, ja. Armando el graciosillo.

Me dio un beso en la mejilla y comenzamos a discutir sobre qué café es mejor sin tener ni idea, riéndonos de cosas absurdas que en otro contexto no tendrían ninguna gracia.

Y yo lo miraba. Más de lo que debería. Buscando algo que no terminaba de encontrar.

Pensé en irme. En decirle que no podía seguir así. En cortar antes de que doliera más. En hacer lo correcto. Pero luego se reía. Me miraba. Me tocaba la mano sin pensar. Y todo volvía a empezar.

El problema de ver venir el final es que no sabes si irte antes… o quedarte hasta que duela. Yo era de las que se quedaban a ver los

créditos en el cine, y no iba a perderme los de esta película.

Apreté su mano un poco más fuerte. Él me miró y sonrió. Todo fluía entre nosotros como en una pareja normal. Por eso mismo no lo vi venir, por eso me quedé más tiempo del que me hubiera gustado, porque todo apuntaba a que era una relación, una que terminaría bien. Y caí en algo obvio: No me estaba equivocando con él. Me estaba equivocando conmigo. Porque sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Quedarme. A sabiendas. Y aun así, no quería irme. No todavía. No ese sábado. No en un día en el que todo encajaba lo suficiente como para hacerme olvidar lo demás.

Le miré una vez más, con un vértigo que ya empezaba a ser habitual. Y decidí, aunque fuera solo por unas horas más, no pensar en mañana. Porque, aunque supiera que esto no iba a durar… todavía no estaba preparada para dejar de vivirlo.

75

SILENCIOS LARGOS

Estela

La película llevaba veinte minutos terminada y ninguno de los dos había hecho el menor intento por levantarse. La televisión seguía encendida. El volumen bajo. Las luces apagadas y Armando tenía un brazo alrededor de mis hombros mientras yo apoyaba las piernas sobre las suyas. Era una de esas noches peligrosas. No por lo que pudiera pasar. Por lo bien que estaba pasando. Ya conocía el modus operandi de Armando y, cuando lo nuestro se ponía intenso, él pisaba el freno y se alejaba. No escribía menos ni llamaba menos ni desaparecía, pero lo verbalizaba. Dejaba claro que con palabras cosas que no se asemejaban a la realidad.

—Estás muy callado.

—Tú también estás callada.

—Pero yo estoy callada de forma alegre.

—¿Existe eso?

—Claro.

—¿Y cómo es exactamente una persona callada de forma alegre?

—Guapísima.

Se rio. Pero solo un poco. Lo suficiente para confirmar algo que llevaba rato notando.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Armando.

—De verdad.

—Llevas una hora respondiendo "de verdad".

—Porque es verdad.

Me hizo sonreír.

Apoyó los codos sobre las rodillas y se quedó mirando el suelo. No me gustó verlo así. Porque Armando no era una persona triste. Era

una persona luminosa. Y cuando la luz baja, aunque sea un poco, se nota.

—Estela… Yo… No buscaba esto. —La frase salió de golpe. Sin preparación. Sin rodeos. Yo me quedé quieta.

Durante unos segundos solo se escuchó el ruido lejano de un coche pasando por la avenida.

—¿Esto?

—Tú.

Parpadeé.

—Qué romántico.

—No lo digo así.

—Ya.

—Lo digo en serio.

—Y no tiene gracia.

—No pretendo que te rías. Ahora no. —Se pasó una mano por la nuca—. Cuando me separé tenía un plan.

—Mal asunto.

—¿Por qué?

—Porque la vida odia los planes.

Aquello le arrancó una risa breve.

—Puede ser.

—Es seguro.

—Yo no quería una relación.

—Ya. Lo has dejado claro alguna vez. No somos novios —recordé, pero de eso hacía mucho tiempo.

—Ni conocer a nadie. Ni enamorarme —dijo mirando al suelo. Y a mí se me encogió algo por dentro. No por la frase, sino por la inseguridad y el miedo que había detrás.

—Eso suena a vértigo.

—Quizá…

—¿Te doy vértigo?

—Puede.

—El vértigo siempre aparece cuando estás demasiado cerca del borde —solté. No contestó y me levanté.

Caminé hasta la entrada y señalé la puerta principal de mi casa.

—Bueno.

Armando levantó la cabeza.

—Bueno, ¿qué?

—Que ahí está la puerta.

Frunció el ceño.

—¿Perdón?

—Si esto es tan terrible, puedes irte cuando quieras.

Tardó dos segundos en entenderlo. Y cuando lo hizo se echó a reír.

—Eres idiota.

—La puerta no te la lleves.

—¿Qué?

—Me costó muy cara.

La tensión, el miedo y la gravedad se diluyeron y los dos acabamos riéndonos.

Y, cuando por fin dejó de hacerlo, me miró de esa forma que siempre me desarmaba. Como si yo fuera una solución que todavía no terminaba de comprender.

—No quiero irme.

—Pues entonces quédate.

—No es tan sencillo.

—Claro que lo es.

Negó despacio.

—Para ti.— Se levantó y vino hasta mí. Volvió a ser Armando. No el divertido ni el encantador, sino el hombre que había conocido a alguien cuando se prometió no hacerlo tras su separación.

—Estela, llevo media vida siendo parte de una pareja. Media vida. Y justo cuando empiezo a sentir que vuelvo a entender quién soy... apareces tú.

—Eso ya lo hemos hablado.

Armando soltó aire.

—Lo peor es que no quiero que desaparezcas.

—No luchas contra mí, sino contra lo que sientes.

—No es… No es el momento para esto.

—Tienes miedo.

—¿Tú no?

—Yo vivo con miedo a muchas cosas. Pero no voy a perderme nada por miedo.

—No es tan fácil.

—Según cómo lo mires.

—Había hecho planes…

—Y vas fatal —lo interrumpí.

—¿En qué?

—En eso de no enamorarte de mí.

Por primera vez en toda la noche soltó una carcajada. De las grandes. De las que nacen del alivio. Y me abrazó tan fuerte que entendí algo. Las personas no necesitan que les soluciones la vida. Solo necesitan que no salgas corriendo mientras intentan entenderla. Y eso era exactamente lo que estaba haciendo Armando. No estaba alejándose. Estaba aprendiendo a quedarse. Y me pedía que le diera tiempo a asimilarlo.

—No quiero hacerte daño. —Se separó unos milímetros y clavó sus pupilas en las mías—. Ni a ti ni a nadie.

—No hablas de nadie, sino de mí, de lo nuestro. —Asintió sin un parpadeo—. ¿Tú sabes que decirlo no te exime de responsabilidad? Los dos estamos en esto. Eres un adulto. Sabes lo que haces y eres consciente de lo que tenemos.

—Hablas como si fueras abogada.

—Podría serlo. —Me abrazó y nos quedamos en silencio.

—Estela… Yo… Tienes que entenderme. —Colocó sus manos sobre mis mejillas de nuevo.

—Te entiendo. —Me acercó y pegamos nuestras frentes. Olía su piel y pensarla lejos ya me dolía—. Pero no puedes pedirme que no viva esto, que no sienta, que no me acerque a ti cada día un poco más cuando tú también te acercas. No seas injusto conmigo, porque… además, también lo eres contigo.

—¿Eso piensas?

—Te niegas a vivir algo que ya estás viviendo. Y cuando me acuerdo, cuando lo pienso, solo me dan ganas de salir corriendo.

—No quiero que te vayas.

—Pues quédate conmigo. Eres tú el que se larga cada vez que siente intenso.

—No lo hago.

—Sí lo haces. Y sé por qué. Por miedo.

Se alejó unos milímetros.

—No es por miedo. Es que no quiero.

—Yo tampoco buscaba esto. Pero llegó. Y lo vivo sin miedo. Tú… lo vives a ratos y… me da pena.

—¿Por qué?

—Me da pena que te lo pierdas. Deseo que sientas lo que yo siento. Y creo que lo haces, pero dura un momento, porque te cierras, das un paso atrás y cuentas hasta diez para no salir corriendo.

76

AMIGOS “PATOLAVIDA”

Estela

Hay amistades que nacen en un momento concreto. Y luego están las que sobreviven a divorcios, mudanzas, crisis existenciales, dietas imposibles, exnovios absurdos y aplicaciones de citas que deberían estar prohibidas por la Convención de Ginebra.

Discusión, drama, conversación… Nosotros seguíamos donde lo habíamos dejado aunque nos viéramos cada tres o cuatro semanas.

—No os vais a creer lo que me pasó el viernes.

Luisma levantó la mano.

—Objeción.

—¿Qué?

—Siempre nos creemos lo que te pasa.

—Es verdad.

—Porque nadie inventaría historias tan ridículas.

Fer asintió.

—La última incluía un disfraz de Pikachu y un sacerdote.

—Y ocurrió de verdad.

—Precisamente por eso.

Juan Diego ya se estaba riendo antes de que empezara la historia.

Estábamos en una terraza de Malasaña que llevaba abierta desde que Franco tenía pelo. Las mesas cojeaban. Las tapas eran mejorables. Y las camareras te llamaban cariño independientemente de tu edad. Un lugar perfecto.

—Bueno, pues quedé con un chico.

—Error.

—Todavía no.

—Continúa.

—Las fotos estaban bien.

—Otro error.

—Llegué al bar.

—Error máximo.

—¿Me dejáis hablar?

Yo ya me estaba riendo. Porque las historias de Grindr de mis amigos eran mejores que muchas novelas. Y mucho más aterradoras.

—Llego al bar y el hombre no era el de las fotos.

—Clásico.

—Tenía quince años más.

—Común.

—Y llevaba una camiseta de Frozen.

Silencio.

—¿Frozen?

—Frozen.

—¿Elsa?

—Elsa.

—¿Cantó?

—Dos veces.

La mesa explotó en carcajadas. Incluso la camarera se giró.

—No estoy exagerando.

—¿Qué hiciste?

—Escapé.

—¿Cómo?

—Le dije que iba al baño.

—Práctico.

Fer levantó su cerveza.

—Por todas las personas que han sobrevivido a una cita de Grindr.

—Amén.

Brindamos. Y durante unos minutos seguimos escuchando historias imposibles. Un hombre que tenía una serpiente en el salón. Otro que había aparecido con su madre. Uno que aseguraba ser actor internacional y trabajaba en una tienda de colchones.

—Y luego dicen que las heterosexuales lo tenéis difícil.

—Lo tenemos difícil.

—Vosotras al menos no encontráis hombres disfrazados de personajes Disney.

Me reí tanto que me dolió la barriga.

Y fue precisamente en mitad de una carcajada cuando me escuché decirlo.

—Creo que me he enamorado.

Silencio. Absoluto. Total. Histórico.

Fer dejó la cerveza.

Luisma dejó la cerveza.

Juan Diego dejó la cerveza.

—¿Perdón?

—Lo que habéis oído.

—Repítelo.

—No.

—Necesito escucharlo otra vez.

—No.

—Por favor.

Me eché a reír. Porque parecían tres documentalistas descubriendo una especie en peligro de extinción.

—Vale. Estoy enamorada.

Juan Diego cerró los ojos.

—Qué pereza.

—Gracias.

—A ti.

Fer señaló el cielo.

—Otro hombre arruinando la vida de una mujer estupenda.

Luisma negó con la cabeza.

—No exageréis. —Y después me miró— ¿Mucho?

—Sí.

Ninguno bromeó. Solo durante unos segundos. Porque me conocían.

—¿Hablamos del vecino? —apuntó Fer.

—¿Pero qué crees? No soy tan promiscua como vosotros.

—Yo soy muy exclusivo.

—Yo no —anotó Luisma.

—Yo tampoco —señaló Juan Diego, y reímos todos.

—¿Y él está enamorado?

Suspiré.

—Él también siente cosas.

—Eso no responde.

—Ya lo sé.

—¿Está enamorado?

—No lo sé.

—¿Te quiere?

—No lo sé.

—¿Te ha dicho que te quiere?

—No.

—¿Tú a él?

—Tampoco.

Los tres se quedaron mirándome.

—Lleváis meses quedando.

—Cinco —informó Luisma.

—Luisma, sé contar.

Fer se llevó una mano al pecho.

—Estoy agotado.

Juan Diego se inclinó hacia delante.

—Vale. Cuéntanos qué pasa de verdad.

Jugué con la botella entre las manos. Pensando. Buscando la forma correcta de explicarlo.

—Cuando estamos juntos todo funciona. Todo. Nos reímos. Hablamos. Nos entendemos. Nos buscamos. Somos felices. Y precisamente por eso se asusta.

—Porque acaba de separarse —Fer.

—Porque tiene treinta años —Juan Diego.

—Porque quería estar solo —Luisma.

—Porque no buscaba enamorarse. Porque no me buscaba a mí —yo.

—Déjalo —Juan Diego.

—¿Perdón?

—Déjalo. Ahora. Antes de que te rompa el corazón.

Fer puso los ojos en blanco.

—No le hagas caso. Él vive convencido de que el amor es una enfermedad.

—¿Lo es? —pregunté.

—Altera el sueño. Te cambia el apetito. Te hace sonreír sola en mitad de un supermercado mirando una pantalla —siguió Juan Diego.

—Te vuelve un poco idiota —anunció Luisma—. Es una enfermedad porque consigue que una persona ocupe espacio en tu cabeza incluso cuando no está presente. Porque hay días en los que duele. Y porque nadie en su sano juicio entregaría voluntariamente semejante poder sobre sí mismo a otro ser humano. Si lo miras fríamente, enamorarse es una locura. Una de las pocas que la sociedad no solo acepta, sino que celebra. Pierdes objetividad, equilibrio y control.

—Ya está el político dando un mitin —intervino Juan Diego.

—Dejadlo terminar —solicité.

—Empiezas a medir los días de otra forma. Las canciones, los lugares y los mensajes significan cosas. De repente una llamada puede arreglarte una tarde entera y un silencio puede estropeártela.

—Dicho así… No parece muy saludable —murmuré.

—Sin embargo… —estudió Fer—. Cuando alguien afirma que el amor es una enfermedad, siempre me pregunto lo mismo. Si es una enfermedad... ¿por qué salva tantas vidas? Porque las salva. Las salva todos los días. No de una manera espectacular. No con sirenas ni héroes. Las salva despacio. Las salva cuando alguien atraviesa una pérdida y encuentra una mano que le ayuda a seguir caminando, cuando una persona se siente sola y otra le recuerda que sigue siendo digna de ser querida. Las salva cuando alguien lleva meses sobreviviendo y, de repente, vuelve a tener ganas de vivir. Porque esa es la diferencia. Sobrevivir y vivir no son la misma cosa. Mucha gente respira. No todo el mundo vive. Y el amor tiene una capacidad extraordinaria para devolverle color a las cosas cuando el mundo empieza a quedarse gris. No hablo solo del amor romántico. Hablo de todos. Del amor de una madre. De un padre. De un amigo. De un hijo. De una pareja. De esa persona que

aparece en el momento exacto en que estabas convencido de que ya nadie iba a encontrarte.

—Jo, voy a llorar. —Ya estaba llorando. Cogí una servilleta y me soné los mocos.

—Hay personas que te curan sin saberlo. Que llegan con una sonrisa, una conversación o una costumbre pequeña y terminan reconstruyendo rincones de ti que llevaban años abandonados. Por eso nunca he entendido a quienes presumen de no necesitar a nadie. Todos necesitamos a alguien. No para completarnos. Eso es otra mentira. Pero sí para acompañarnos. Porque la vida pesa menos cuando se comparte. Y las alegrías crecen cuando tienen testigos. Quizá el amor sea una enfermedad. Puede que tengáis razón. Puede que nos vuelva irracionales, que nos haga cometer errores, que nos rompa el corazón de vez en cuando. Pero si de verdad es una enfermedad, es la única que consigue que la gente vuelva a levantarse después de haberse caído. La única que convence a una persona herida de que merece la pena volver a intentarlo. La única capaz de convertir un día cualquiera en un recuerdo inolvidable. Y si me dan a elegir entre una vida perfectamente segura o una vida llena de amor, con todos sus riesgos, todas sus dudas y todas sus cicatrices... No necesito pensarlo. Porque algunas enfermedades matan. Pero esta. Esta también resucita.

—Giro dramático de los acontecimientos —bromeó Juan Diego.

—Dirás de la conversación —rio Luisma.

—Qué profundidad —advertí yo.

—Enfermedad o no. Tú disfruta —me aconsejó Juan Diego—. Vive el momento, enamórate, estámpate contra el muro si hace falta. Tú siempre te levantas.

—Gracias por tu apoyo.

—De nada.

Fer levantó un dedo.

—Mi consejo es mucho mejor.

—Miedo me da.

—Sigue con él. Y mientras tanto, fóllate a quien te dé la gana.

La cerveza casi me salió por la nariz.

—¡FER!

—¿Qué?

—¿Qué?

—¿Qué?

Luisma lloraba de la risa.

Juan Diego se había doblado sobre la mesa.

Y yo ya no podía respirar.

Fue justo entonces cuando sonó mi teléfono. Lo saqué del bolso. Miré la pantalla. Y sonreí sin querer.

Armando.

Los tres lo vieron. No se les escapaba nada a ellos.

—Mira esa cara.

—Está perdida.

—Completamente.

—Que alguien la ayude.

Negué con la cabeza. Me levanté y me aparté de la mesa para contestarla.

—Hola, desastre. ¿Dónde estás?

Sonreí. Porque aquella pregunta tenía algo de hogar, de costumbre.

Cada vez que escuchaba su voz… el mundo se volvía un poco más bonito.

—Con mis amigos. En un bar de Malasaña.

—Perfecto. Tengo malas noticias.

—¿Has puesto tres plátanos en vez de dos en el brownie fitness?

—Peores.

—¿Te han cerrado el gimnasio?

—¿Ese al que ya no vas?

—Ese, sí.

—Peores.

—¿Tu madre te ha apuntado a un grupo de predicadores?

Escuché su risa al otro lado.

—David.

—Ah.

—Eso mismo.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Todavía no lo sabemos.

—Eso es lo que más miedo da.
—Me ha llamado.
—¿Y sigue vivo?
—Por el momento.
—¿Y qué quiere?
—Que quedemos a cenar.
—¿Solo eso?
—Con David nunca es solo eso.
—Buen punto.
—Ha dicho que tiene algo importante que contarnos.
—Dios mío. ¿Qué crees que es?
—No lo sé.
—¿Ha montado una secta?
—Posible.
—¿Va a dejar su trabajo para convertirse en chamán?
—Bastante posible.
—¿Ha comprado una alpaca?
—Eso ya no me sorprendería.
—A mí tampoco.

Los dos nos reímos. Porque con David cualquier teoría absurda tenía aproximadamente un treinta por ciento de posibilidades de ser cierta.

—¿Y Zoa?
—Según él, Zoa también tiene que estar presente.
—Eso empeora mucho las cosas.
—Ya la ha captado para su secta.
—Jajaja.
—¿Te apetece venir?
—Claro.
—¿Segura?
—A estas alturas quiero saber cómo acaba la historia.
—Yo creo que acaba en prisión.
—O en un programa de televisión.
—También.
—¿A qué hora?
—A las nueve.

—Perfecto.

—Paso a recogerte. Y Estela.

—¿Sí?

—Lleva casco.

—¿Vienes en moto?

—¿Desde cuándo tengo moto? —Reímos de nuevo—. Porque cuando David dice que tiene una idea importante, alguien suele terminar herido. —Nuestras carcajadas se mezclaron.

—Hasta luego, bonito.

—Tú sí que eres bonita.

—Armando.

—¿Qué?

—Como David haya comprado una alpaca, te invito a cenar.

—Trato hecho.

—Y como haya montado una secta...

—Nos apuntamos.

—Ni de broma.

—Depende de la túnica.

—Adiós, Armando.

—Adiós, Estela.

Colgué sonriendo. Y, por alguna razón, tuve la sensación de que aquella cena iba a acabar exactamente igual que todas las cenas en las que aparecía David. Con una historia imposible. Y con nosotros riéndonos hasta que nos doliera la barriga.

77

NOTICIAS IMPORTANTES

Estela

Supe que algo raro pasaba en cuanto entramos en el restaurante. No porque David estuviera haciendo algo extraño. Eso no habría servido de indicador. David hacía cosas extrañas con la misma frecuencia con la que el resto de la población respiraba.

Lo sospeché porque estaba sentado, quieto y en silencio. Y aquello sí era preocupante.

—No me gusta nada esta situación —murmuré.

Armando se inclinó hacia mí.

—¿Por qué?

—Porque David lleva treinta segundos sin hablar.

—¿Treinta?

—Por lo menos.

—¿Estará enfermo?

—O poseído.

Nos acercamos a la mesa.

David se levantó para saludarnos.

—Buenas noches, gente maravillosa.

—Ya está mejor —dijo Armando.

—Gracias a Dios —sonreí.

Nos sentamos y pedimos unas cervezas. Durante un rato, David trató de comportarse como una persona normal, pero fue eso, un intento, porque no lo consiguió. Pero eso era parte de su encanto y, aunque Zoa era muy diferente, estaba completamente enamorada de eso.

—Bueno —cuestioné—. ¿Qué pasa?

—¿Qué va a pasar?

—David —apuntó Armando.

—¿Qué, tío?

—Nos has convocado.

—¡Yo no he hecho eso!
—Has utilizado la palabra "importante".
—Porque es importante.
—Y has dicho que teníamos que venir.
—Porque teníais que venir.
—¿Para qué, David? No seas pesado.
Zoa directamente escondió la cara entre las manos.
—Díselo ya.
—¿Tan rápido?
—Sí.
—Había preparado una introducción.
—No, por favor —rogó Zoa.
—Es una introducción preciosa.
—No.
—Tiene gráficos.
—¿Gráficos? —Armando soltó una carcajada.
—¡David, díselo ya! ¡O se lo digo yo!
—Vale, vale. —Suspiró teatralmente.
Miró a Zoa. Después nos miró a nosotros. Y sonrió.
—Vamos a tener un bebé.
Silencio. Absoluto. Brutal.
—¡¿Qué?! —La pregunta salió de mi boca y de la de Armando al mismo tiempo.
—Vamos a tener un bebé.
—¿Un bebé? —A Armando le llegaban las cejas al techo.
—Sí.
—¿Vuestro? —Mi barbilla rozaba la mesa.
—Normalmente funcionan así.
Me quedé mirando a Zoa. Después a David. Después otra vez a Zoa.
—¿Estás embarazada?
—De dos meses.
Armando dejó de pestañear.
—¿Dos meses?
—Sí.
—¿Dos?

—Sí.

—¿Meses?

—Armando, llevas tres veces —apuntó su amigo.

—Estoy procesando.

—¿Tú no dices nada? —Mi amiga me inquirió.

—Yo… También estoy procesando. Porque… es maravilloso… Pero… Si os acabáis de conocer.

—Ya nos conocemos —aseguró David.

Zoa se echó a reír. Y fue entonces cuando vi algo. La forma en que la miraba. La manera en que él buscó su mano por encima de la mesa sin darse cuenta. La facilidad. La felicidad. La ausencia total de miedo.

—¿Estáis contentos? —Me salió. Porque era lo único importante.

Zoa sonrió. Y aquella sonrisa respondió antes que las palabras.

—Muchísimo.

David la miró. Y durante un segundo desapareció el hombre que hablaba demasiado. El que convertía cualquier conversación en una aventura. El que quería montar negocios absurdos y salvar al mundo antes de los postres. Durante un segundo solo quedó un hombre enamorado.

—No estaba en nuestros planes. Pero ahora mismo no puedo imaginar una noticia mejor.

Algo se me encogió dentro del pecho. De emoción. De ternura. De envidia. Un poquito de envidia. La buena.

—¿Y qué vais a hacer?

—Tenerlo.

—¿Así de claro?

—Así de claro.

—¿Y ya está?

David asintió.

—Y nos vamos a vivir juntos.

Armando se atragantó con la cerveza.

—¿También?

—También.

—¿Y no os da miedo?

—Claro que sí. Estoy cagado. ¿Yo, padre? —Se clavó un dedo en el pecho sin perder la sonrisa.

—¿Y entonces?

David se encogió de hombros.

—Pues lo hacemos con miedo.

Aquello me hizo sonreír. Porque había una verdad enorme escondida dentro de una frase muy sencilla.

La conversación siguió durante toda la cena. Nombres. Habitaciones. Padres. Ecografías. Miedos. Ilusión. Planes. Y cuanto más hablaban, más felices parecían. Como si la incertidumbre no les estuviera robando nada; habían decidido caminar igualmente, sin saber si era el camino correcto, pero con la seguridad de que llegarían a su destino.

En un momento dado me quedé observándolos. A los dos. A David hablando demasiado. A Zoa riéndose de él. A sus manos buscándose constantemente. Y después miré a Armando. Él escuchaba. Sonreía. Hacía preguntas. Se alegraba sinceramente por ellos. Lo sabía. Lo veía. Pero también vi algo más. Algo pequeño. Una sombra. Un pensamiento. Uno de esos que ya había aprendido a reconocer.

Y me descubrí haciéndome una pregunta que no me gustó nada.

¿Por qué algunas personas se lanzan? ¿Por qué algunas personas aman sin red? ¿Por qué algunas personas conocen a alguien y deciden vivirlo todo?

David no era más valiente que Armando. Lo sabía. La vida no funciona así. Cada persona tiene sus tiempos. Sus heridas. Sus historias. Sus miedos.

Y aun así... Mientras escuchaba a David hablar emocionado sobre cunas, pañales y habitaciones infantiles después de apenas unos meses de relación, no pude evitar pensar en nosotros. En las conversaciones que nunca terminábamos. En las palabras que todavía no nos atrevíamos a decir. En los pasos que siempre se quedaban a medio camino.

Porque yo sabía una cosa. La sabía desde hacía tiempo. Sabía que quería a Armando. Muchísimo.

Y mientras él se reía por algo que acababa de decir David, me pregunté si algún día dejaría de tener miedo a quererme igual que yo lo quería a él. No porque dudara de sus sentimientos. De eso hacía tiempo que había dejado de dudar. Sino porque a veces el amor no tiene nada que ver con sentir. Tiene que ver con atreverse. Y todavía no sabía si Armando estaba preparado para dar ese salto. O si seguía asomado al borde, mirando hacia abajo.

78

LOS ZASCAS SON ZASCAS PORQUE NO TE LOS ESPERAS

Estela

Aprovechamos que David acababa de iniciar una explicación delirante sobre por qué los bebés deberían venir con manual de instrucciones y garantía de devolución para levantarnos de la mesa.

—Voy al baño —anunció Zoa.

—Te acompaño. Quiero interrogarte.

—Me cuadra.

Nos echamos a reír y nos alejamos mientras David seguía gesticulando con una servilleta y Armando intentaba convencerlo de que los niños no podían devolverse a los treinta días.

—Todavía no han inventado Amazon Baby —escuché decir a David a nuestra espalda.

—Gracias a Dios —respondió Armando.

En cuanto cerramos la puerta del baño detrás de nosotras, me giré hacia Zoa.

—Vale.

—Ya estamos.

—¿Estás bien?

Su sonrisa apareció inmediatamente. Una sonrisa feliz. De esas que nacen en algún lugar profundo.

—Muy bien.

Y le creí. Porque hay emociones que no necesitan explicación.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿No tienes miedo?

—Claro que tengo miedo.

—Pues no lo parece.

—Es que una cosa no quita la otra.

Apoyó la espalda contra la pared. Pensativa. Tranquila. Y durante un segundo me sorprendió verla tan serena. Porque yo habría esperado nervios. Lágrimas. Dudas. Crisis existenciales. No aquello.

—La gente cree que el miedo y la felicidad son incompatibles —dijo—. Pero muchas veces llegan juntos.

Me quedé observándola.

—Eso ha sonado muy profundo.

—Estoy embarazada. Ahora hablo así.

—Qué pesada. —Las dos nos reímos—. Eres una bruja.

—¿Por qué?

—Porque llevamos viéndonos todos los días durante semanas.

—Lo sé.

—Y no me has contado nada.

—David insistió en que os lo dijéramos juntos.

—Eso sí me lo creo.

—Lleva dos meses planeando el momento.

—¿Dos meses?

—Hubo incluso una presentación. La preparó con una IA.

La miré horrorizada.

—¿Es broma?

—Ojalá.

—Dios mío.

—Yo también pensé lo mismo.

Volvimos a reírnos. Y por un instante me quedé mirando a mi amiga. Pensando en lo rápido que cambia la vida. Porque hacía nada estaba saliendo con un hombre al que acababa de conocer. Y ahora iba a tener un hijo con él. Y, curiosamente, no parecía una locura. Se sentía amor.

—¿Y tú?

Levanté la vista.

—¿Yo qué?

—¿Cómo estás?

—Bien.

—Estela.

—¿Qué?

—Estoy embarazada, no ciega.

Suspiré. Porque sabía perfectamente a qué se refería.

—Lo de siempre.

—Eso no significa nada.

—Precisamente por eso lo he dicho.

Zoa cruzó los brazos. Esperando. Y yo terminé cediendo.

—Lo quiero.

—Ya lo sé.

—Muchísimo.

—También lo sé.

—Y él me quiere. Tiene miedo.

—Lo sé.

—¿Que me quiere o que tiene miedo?

—Que te quiere lo supongo, que tiene miedo… estoy segura por algo que dijo.

—Y yo intento entenderlo. De verdad que lo intento. Entiendo que se separó hace poco. Entiendo que tenía otros planes. Entiendo que quería estar solo. Pero hay veces que no consigo entender por qué lucha tanto contra algo que le hace feliz.

Zoa bajó la mirada un instante. Pensativa.

—Porque algunas personas tardan más en confiar en la felicidad. Cuando yo conocí a David pensé que estaba loco.

—Lo está.

—Muchísimo.

—Gracias.

—Pero nunca dudó de lo que sentía.

—David nunca ha dudado de nada en su vida.

—Ese también es su problema.

Sonreí. Porque era cierto. David se habría tirado de un avión con una mochila escolar convencido de que era un paracaídas.

—Armando es diferente.

—Ya.

—Piensa demasiado. Todo. Pero tampoco se aleja. Cuando se asusta, no desaparece. Cuando algo le supera, se queda raro unos días, pero siempre vuelve. Nunca se marcha. —Noté cómo algo se aflojaba dentro de mí al decirlo en voz alta. Porque a veces una

necesita escucharse para entender lo que ya sabe— ¿Y sabes qué es lo peor?

—¿Qué?

Sonreí. Enamorada.

—Que la vida con él es maravillosa. Así. Sin más. No porque sea perfecta. No porque no tenga complicaciones. No porque no me dé miedo. Sino porque es él. Porque cuando estoy con Armando todo resulta más fácil. Más bonito.

—Entonces deja de intentar entenderlo todo.

—¿Perdón?

—Que no necesitas entender cada paso que da. Solo necesitas mirar si sigue caminando hacia ti—. Aquello me dejó callada. Porque tenía razón. La muy maldita tenía razón—. Ahora voy a mear.

—Me parece perfecto.

—Meo cada media hora.

—Sé lo que es estar embarazada.

La esperé fuera y recordé algo que había dicho. Le pregunté en cuanto salió del aseo.

—Oye, has dicho que sabes que tiene miedo de primera mano.

—Eh… Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Le dijo a David algo el otro día. Lo escuché sin espiar. Lo prometo.

Nos miramos en el espejo antes de salir. Ella se colocó el pelo. Yo me retoqué el pintalabios.

—Vale. ¿Y qué dijo?

—Que lo vuestro no era serio.

Me quedé sin respiración de momento.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Porque no le di importancia. Todos sabemos lo que hay y él no quiere verlo. —Siguió hablando, pero no recuerdo exactamente qué dijo mi amiga después. Porque hay frases que tienen la capacidad de apagar el ruido del mundo durante unos segundos. Y aquella fue una de ellas.

Le escuché decirle a David que lo vuestro no es nada serio.

Nada serio. Dos palabras. Solo dos. Y, sin embargo, sentí algo parecido a cuando bajas un escalón creyendo que queda suelo y descubres que no está. Ese pequeño vacío. Ese golpe seco. Esa sensación de haber calculado mal la distancia.

Nada serio.

Me quedé mirando a Zoa mientras intentaba encajar aquellas palabras en la realidad que estaba viviendo.

Porque la realidad era otra. O eso creía yo. La realidad era que llevábamos cinco meses viéndonos prácticamente todos los días. Cinco meses despertándonos con mensajes de buenos días, de llamadas absurdas para contarnos tonterías, preocupándonos el uno por el otro. Cinco meses de cenas, de cafés, de besos, de conversaciones que se alargaban hasta la madrugada. Cinco meses de Armando apareciendo en mi puerta con un botiquín cuando tuve fiebre. Cinco meses cuidándome. Escuchándome. Buscándome. Queriéndome. Porque sí. Porque no hacía falta que nadie pronunciara la palabra para saber que estaba ahí.

Entonces... ¿cómo podía no ser serio? ¿Qué era serio para él? Porque yo había tenido relaciones menos profundas que algunos saludos y me las había tomado en serio.

Lo nuestro no era un entretenimiento ni una aventura ni una historia para pasar el rato. No después de cinco meses. No después de tantas cosas. No después de nosotros.

Quizá por eso dolió tanto. Porque no fue una traición. Fue algo peor. Fue una diferencia de significado. La posibilidad de que él estuviera llamando "nada serio" a algo que para mí ocupaba ya demasiados rincones del corazón.

Y entonces apareció otra idea. La peor de todas. La que intenté apartar inmediatamente. Quizá no estaba hablando de mí. Quizá estaba hablando de él. Porque cuanto más lo pensaba, más sentido tenía. Armando llevaba meses intentando convencer al mundo de que no estaba enamorado. Y, sobre todo, intentando convencerse a sí mismo. Lo hacía constantemente. Cuando las cosas se volvían intensas. Cuando la felicidad empezaba a asustarlo. Cuando el futuro aparecía de reojo en una conversación cualquiera. Retrocedía medio paso. No para marcharse. Nunca para marcharse. Solo para

recuperar aire. Como quien entra demasiado rápido en el mar y necesita acostumbrarse a la temperatura. Y aun así... Duele. Porque entender algo no evita que haga daño. Yo entendía sus miedos. Entendía la separación. Entendía a Lucía. Entendía los planes que había hecho para su vida. Entendía que no esperaba enamorarse. Lo entendía todo. Pero también entendía mi dolor. Porque llega un momento en que una mujer deja de preguntarse qué siente un hombre y empieza a preguntarse cuánto más está dispuesta a esperar. No porque deje de quererlo. Precisamente porque lo quiere. Porque cuando amas a alguien empiezas a necesitar que las palabras y los hechos vivan en la misma casa. Y Armando llevaba meses construyendo una historia preciosa con sus actos mientras sus palabras seguían escondidas detrás de una puerta cerrada.

Lo cruel era que yo sabía que me quería. Lo sabía. Lo veía cuando me miraba. Cuando me llamaba. Cuando aparecía sin que se lo pidiera. Cuando me abrazaba. Cuando se preocupaba. Cuando sonreía. Lo veía incluso cuando tenía miedo. Especialmente entonces.

Pero de pronto apareció una pregunta que no me gustó nada. Una pregunta que se quedó sentada a mi lado y ya no quiso marcharse.

¿Y si para él quererme no era suficiente?

Porque una cosa es amar. Y otra muy distinta permitir que ese amor cambie tus planes. Y Armando seguía luchando contra eso. Contra la evidencia. Contra la felicidad. Contra la posibilidad de aceptar que la vida no le había pedido permiso para ponerme delante.

Y yo estaba cansándome de pelear una guerra que ni siquiera era contra mí. Porque el enemigo nunca fui yo. Nunca fue nuestra diferencia de edad. Nunca fue Lucía. Nunca fueron las circunstancias. El enemigo era el miedo. Y nadie puede ganar una batalla que otro se niega a terminar.

Por eso, mientras escuchaba a Zoa hablar y fingía que estaba bien, sentí algo que no había sentido hasta entonces. Tristeza. Una tristeza inmensa, profunda. Porque el amor más doloroso no es el

que no existe. Es el que existe y aun así sigue teniendo miedo de llamarse por su nombre.

Escuchamos la voz de David desde el otro lado del restaurante.

—¡SI LOS NIÑOS VINIERAN CON GARANTÍA, LA NATALIDAD SUBIRÍA UN DOSCIENTOS POR CIEN!

Armando tenía la cabeza apoyada sobre una mano. Resignado. Derrotado. Acostumbrado. Y cuando me vio regresar, levantó la mirada y sonrió. Solo eso. Una sonrisa. Una de esas que siempre encontraba el camino hasta mí. No obstante, en ese momento, yo me había perdido en medio del camino. Conseguí sentarme a su lado. Él me miró y me preguntó:

—¿Todo bien?

—Sí —contesté. Y no, no estaba bien.

79

DEJA HABLAR A LOS SILENCIOS

Estela

El camino de vuelta fue silencioso e incómodo, al menos para mí. Podía romperlo y decir la verdad, pero necesitaba tiempo para asimilar lo que me había dicho Zoa. Así que me dediqué a mirar por la ventanilla mientras Armando conducía. Una mano sobre el volante. La otra apoyada en la palanca de cambios.

Ninguno de los dos habló durante varios minutos. Hasta que aparcó frente a su edificio. Apagó el motor. Y se quedó mirando al frente.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Llevas callada desde que salimos del restaurante. —No respondí —. Y al final de la cena estabas rara. —Seguí mirando por la ventana —. Estela.

Suspiré. Porque ya no tenía sentido esconderlo.

—¿Para ti esto no es serio?

La pregunta salió tan deprisa que ni yo misma estaba preparada para escucharla. Armando giró la cabeza hacia mí. No parecía sorprendido. Eso me dolió todavía más.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque Zoa me ha contado una conversación que tuviste con David.

Vi cómo algo cambiaba en su expresión.

—Ah.

—Sí. Ah.

Hubo unos segundos de silencio. Y después llegó la respuesta. La peor posible.

—No es serio.

Sentí algo resquebrajarse dentro. Lo escuché, lo prometo. Un trozo de mi corazón hizo crac.

—¿Qué?

—No me refiero a...

—No. Espera. ¿Cómo que no es serio?

—Estela, es importante, pero no es…

—Cinco meses. —Me giré hacia él. Ya no quería mirar por la ventana. Quería mirarlo a él—. Cinco meses viéndonos prácticamente todos los días. Cinco meses hablando desde que nos levantamos hasta que nos acostamos. Cinco meses preocupándonos el uno por el otro. Cinco meses compartiendo nuestra vida. ¿Y me dices que no es serio?

—No estoy diciendo eso.

—Lo acabas de decir.

—No.

—Sí.

Armando cerró los ojos un segundo. Y eso me enfureció todavía más. Porque llevaba meses viendo ese gesto. Meses. Siempre intentando encontrar una forma correcta de explicar algo que ni él mismo entendía.

—Claro que te tomo en serio.

—Entonces ¿qué me estás contando? —Mi voz se quebró un poco — ¿Qué significa exactamente que no es serio?

—Significa que... —Se interrumpió. Otra vez. Siempre otra vez. Siempre a medio camino. Siempre frenando. Siempre dudando.

—Joder, Armando.

—Déjame hablar.

—Llevo cinco meses dejándote hablar. —Aquello lo hizo callar. Y también me hizo daño a mí. Porque era verdad. Y porque no quería que fuera verdad—. Estoy cansada.

—¿De qué?

—De esto. —Señalé el espacio que había entre los dos—. De que me quieras con hechos y me niegues con palabras.

El golpe llegó. Por fin. Directo. Sin rodeos. Vi cómo bajaba la mirada. Porque sabía exactamente de qué estaba hablando.

—No te niego.

Me reí. Una de esas risas horribles que salen cuando alguien está a punto de llorar.

—Claro que me niegas.

—No.

—¿Qué crees que he sentido al escuchar que para tus amigos esto no es serio? —Mi voz tembló. Ya no podía evitarlo—. Me ha dado vergüenza.

Armando levantó la cabeza.

—No digas eso.

—¿Por qué no?

—Porque no es verdad.

—Claro que lo es. —Sentí las lágrimas acercarse. Y las odié. Porque yo no quería llorar. Quería entender—. Me he sentido muy pequeña. Ridícula. Como si estuviera viviendo una historia que tú luego cuentas de otra manera cuando yo no estoy delante.

—Eso no es justo.

—¿Y lo mío sí?

Silencio. Otra vez. Maldito silencio.

—Intenta entenderme.

La frase. La que llevaba escuchando meses. La que ya no soportaba.

—No.

Él parpadeó.

—¿Qué?

—Que no. Que ya te he entendido suficiente. Entiendo que te separaste, que no querías enamorarte, que querías estar solo. Entiendo tus miedos. Entiendo tus dudas, tus planes. Entiendo absolutamente todo. Pero estoy cansada de entender. Porque tú nunca haces el esfuerzo de entenderme a mí.

Vi miedo en sus ojos. Miedo de verdad.

—Estela...

—Yo te quiero. ¡Claro que te quiero! ¿Cómo no voy a quererte? ¡Si llevo cinco meses dedicándote mi tiempo! Mi espacio. Mis días. Mi vida. Mis ganas. ¿Cómo no voy a quererte? —El mutismo que siguió fue insoportable. Porque ya no había nada escondido. Nada. Solo verdad. La mía. Y la suya… esperando— ¿Tú no me quieres?

Armando tragó saliva.

—Claro que te quiero.

—¿Estás enamorado de mí? —Aquella fue la pregunta. La definitiva. La única que importaba.

Lo vi pensar, buscar una respuesta, pelearse con ella. Y durante unos segundos absurdos quise ayudarlo. Quise decirle que no hacía falta. Que podía responder cualquier cosa. Que estaba bien. Que no pasaba nada. Pero sí pasaba. Claro que pasaba. Porque había momentos en los que una respuesta cambia una historia entera. Y aquel era uno de ellos.

—No lo sé. —La frase cayó entre nosotros. Fría. Irreversible.

—No lo sé. Cinco meses. Y no lo sabes… —musité.

Sentí que algo dentro de mí se rendía.

Abrí la puerta del coche.

—¿Qué haces?

—Me voy.

—Estela.

—No puedo más.

—Quédate.

—No.

—Por favor.

—No. —Mi voz ya era apenas un susurro.

—Quédate a dormir.

Levanté la vista. Y lloré. Porque ya no podía aguantarme más. Porque estaba agotada. Porque lo quería. Porque dolía.

—Estela… Yo… Creo que estamos viviendo historias diferentes.

—No te equivoques, Armando. Vivimos la misma historia. Pero yo la vivo siendo valiente y tú escondiéndote… Muerto de miedo.

Armando cerró los ojos. La frase le golpeó físicamente. Porque era verdad.

—Estela...

—No eres un hombre malo. No me has engañado. No me has mentido. No me has utilizado. Pero eres un cobarde.

El silencio fue absoluto. Brutal. Doloroso. Y supe que aquella frase le dolería durante mucho tiempo. Porque también era verdad.

—Buenas noches, Armando. No me escribas más, por favor. —Salí del coche. Cerré la puerta. Y caminé hacia una parada de taxi. Porque hay despedidas que se hacen mirando atrás. Y otras que solo pueden hacerse caminando hacia delante, aunque te esté sangrando el corazón, roto ya por todas partes.

80

DUELE, MUCHO

Estela

No recuerdo el trayecto desde el coche hasta mi portal. Recuerdo haber cerrado la puerta con más fuerza de la necesaria, buscar las llaves dentro del bolso con las manos temblando, el ascensor subiendo demasiado despacio. Lo demás quedó difuminado bajo una tristeza espesa que me acompañó durante todo el trayecto.

Cuando abrí la puerta, el piso estaba en silencio. Miré de forma automática hacia la habitación de Álvaro. La luz estaba apagada. Respiré un poco más tranquila. No quería que me viera así. No quería explicaciones, ni preguntas, ni preocupar a mi hijo por algo que ni siquiera yo misma era capaz de entender del todo.

Me quité la chaqueta en el salón y la dejé sobre el respaldo de una silla. Después fui hasta la cocina, abrí la nevera, la cerré sin coger nada y acabé sentada en el borde de la cama de mi habitación sin recordar muy bien cómo había llegado hasta allí.

Durante unos minutos me limité a mirar la pared. Estaba agotada, cansada de haber peleado demasiado tiempo una batalla que ya sabes que no puedes ganar. Porque eso era exactamente lo que sentía.

No estaba enfadada con Armando, pero sí decepcionada, por mi culpa, ojo, porque había esperado de él algo que jamás me dijo que llegaría. Culpa mía.

Y dolía, joder si dolía. Porque no puedes enfadarte con alguien que te quiere. Pero tampoco puedes construir una historia con alguien que se empeña en huir de ella.

Me tumbé encima de la colcha sin cambiarme de ropa. El techo de mi habitación se convirtió en un refugio improvisado mientras

intentaba ordenar los pensamientos que chocaban unos con otros dentro de mi cabeza.

Quizá aquello era lo correcto. Quizá era exactamente lo que tenía que pasar. Sin embargo, yo soy una romántica empedernida y estaba segura de que querer a alguien siempre es suficiente y supera todo lo demás. A pesar de que hay momentos en los que dos personas se encuentran en lugares distintos del mismo camino; una de ellas cede para recorrer el tramo que le corresponde a la otra. Pero yo había llegado a un punto en el que ya no podía seguir esperando. No porque quisiera menos a Armando. Porque me quería más a mí. Y descubrir esa diferencia me hizo volver a llorar. Lloré con tristeza y con rabia, sabiendo que había tomado la decisión correcta, aunque esta me rompiera más el corazón.

El teléfono vibró sobre la mesilla. No necesité mirar la pantalla. Sabía que era él. Lo dejé sonar. Volvió a hacerlo unos minutos después. Y otra vez. Cerré los ojos. Cada llamada era una tentación. Porque conocía perfectamente lo que ocurriría si contestaba. Escucharía su voz. Se me olvidaría el enfado. Quizá acabaríamos viéndonos. Quizá terminaríamos abrazados. Y mañana volveríamos a encontrarnos exactamente en el mismo sitio. Yo esperando algo que él todavía no sabía dar.

No podía seguir haciéndolo. No quería seguir haciéndolo.

La última llamada terminó y el silencio regresó a la habitación.

Un rato después llegó un mensaje.

Armando:
Vale. No te escribiré más.

Nada más. Ni una explicación. Ni una despedida. Ni una súplica. Solo aquella frase tan sencilla, tan definitiva.

Las lágrimas volvieron. Porque por primera vez desde que lo conocía tuve la sensación de que aquello podía ser de verdad. Que no era una discusión más ni una pausa ni una de esas conversaciones incómodas que terminan arreglándose al día siguiente.

Aquello era el principio del final.

Yo:
No volveremos a estar juntos, pero no sabes cuánto he querido que fueras tú.

Me llevé el teléfono al pecho y cerré los ojos. Y allí, sola en mitad de la noche, comprendí algo que habría preferido no descubrir nunca. Que hay personas a las que seguirías eligiendo incluso sabiendo que no pueden elegirte del mismo modo. Y que precisamente por eso, porque las quieres de verdad, llega un momento en el que tienes que marcharte tú.

Y yo me fui de un lugar que me hacía muy feliz, sabiendo que estaría bien sin él, pero deseando que él fuera MI LUGAR.

81

CUANDO DORMIR ES INCREÍBLE

Estela

El domingo amaneció tranquilo y lo agradecí. Porque hay noches que terminan tan mal que una espera que el mundo tenga al menos la decencia de detenerse unas horas. Pero no. El mundo seguía girando. Los vecinos seguían levantándose. Las cafeterías seguían abriendo. Las lavadoras seguían esperando a que alguien las pusiera.

La vida tenía esa costumbre tan irritante de continuar.

Me levanté temprano porque dormir se había vuelto imposible a partir de las seis de la mañana. Preparé café. Recogí la cocina. Puse una lavadora. Cambié las sábanas. Después volví a quitarlas porque olvidé una funda de almohada. Volví a ponerlas. Recogí el salón. Regué las plantas.

Actividades apasionantes para una mujer que acababa de romperse el corazón.

El móvil estaba sobre la encimera. Lo miré varias veces. No porque esperara un mensaje. Precisamente porque lo esperaba. Y no llegó. Ni uno. Ni una llamada. Ni un "buenos días". Ni un sticker absurdo. Ni una foto de un perro que se parecía a un vecino. Nada.

Armando había cumplido su promesa.

Vale. No te escribiré más.

Nunca imaginé que una persona pudiera hacer tanto daño cumpliendo exactamente lo que había dicho.

Preparé otra taza de café que no necesitaba y me apoyé en la encimera. La cocina estaba en silencio. Mi cabeza no. Porque una parte de mí seguía esperando escuchar el teléfono vibrar. Solo una vez. Solo una. Como si eso fuera a cambiar algo.

No cambió. Y quizá fue mejor así. Porque las decisiones importantes suelen doler precisamente porque son las correctas.

Escuché pasos por el pasillo. Álvaro venía despeinado, arrastrando los pies y el ceño fruncido.

—Buenos días.

—Depende. —Abrió la nevera y miró dentro.

—Mala señal.

—Es temprano.

—¿Y por qué te has levantado?

La cerró y volvió a abrirla.

—No ha aparecido comida nueva.

—Qué sorpresa.

—Pensaba que durante la noche ocurría algo mágico.

—Sí. Se llama supermercado y vas tú.

Aquello le arrancó una sonrisa, a mí no.

—¿Qué ha pasado?

Suspiré.

—Nada.

—Mamá.

—¿Qué?

—Tienes la misma cara que el día que se murió el pez.

—Llevaba tres días muerto cuando me di cuenta.

—Precisamente.

No pude evitar reírme. Y él tampoco. Pero la pregunta seguía allí. Esperando.

Se sentó frente a mí.

—¿Ha sido Armando?

A veces olvidaba que mi hijo tenía dieciséis años. Y otras veces me daba cuenta de que era mucho más adulto que muchos hombres que había conocido.

—Sí.

Esperó unos segundos, sin presionarme, hasta que perdió la paciencia.

—Armando me ha dicho que no sabe si está enamorado de mí.

—Pues será el único que no lo sabe —ironizó.

—Álvaro…

—¿Qué, mamá?

—Puede no saberlo.

—He visto cómo te mira, cómo está contigo…

Le hice un resumen. No le conté la discusión completa, solo lo importante. Que yo quería a Armando. Que Armando me quería. Y que, aun así, las cosas no siempre funcionan.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Lo mismo que hago siempre —sonreí.

—¿Qué?

—Seguir. —Apoyé los brazos sobre la mesa y lo miré, porque había algo que quería decirle. Algo que llevaba años intentando enseñarle— ¿Sabes una cosa?

—Dime.

—Hay personas a las que quieres muchísimo. Y aun así no puedes quedarte. —Álvaro no respondió. Solo escuchó—. Porque querer a alguien no puede significar dejar de quererte a ti. No sirve de nada amar a una persona si cada día te hace sentir más pequeña. Si cada día tienes que convencerla de que se quede. Si cada día tienes que esperar algo que nunca termina de llegar.

Álvaro bajó la mirada y reflexionó.

—Pero Armando te hace feliz.

—Sí. Mucho. Más de lo que debería. Y por eso duele tanto. Porque si fuera un idiota, sería facilísimo. Si fuera un capullo. Si me hubiera tratado mal. Si no me quisiera. Pero no es eso. Nunca ha sido eso.

—Entonces quizá deberíais hablar.

Negué despacio.

—No.

—¿Por qué?

—Porque ya hemos hablado. Varias veces… Porque no hay nada más que decir. Porque ahora le toca a él escuchar lo que siente. No lo que siente por mí. Lo que siente por él mismo. —Me levanté y le revolví el pelo. Él sonrió con resignación.

—Mamá.

—¿Qué?

—Deja de hacer eso.

—Jamás.

—Tengo dieciséis años.

—Y seguirás siendo mi niño cuando tengas sesenta.

—Qué horror.

—Lo siento. —Álvaro se levantó y me abrazó; eso me desarmó. Un abrazo. De esos que te sostienen un poco cuando más lo necesitas.

Apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos un instante.

Mi hijo. Mi persona favorita. Mi lugar seguro. La única persona imprescindible de mi vida.

Cuando nos separamos, le sonreí.

—Voy a estar bien.

—Ya lo sé. Pero me gusta la versión de ti que Armando ha conseguido rescatar.

—Así no ayudas.

—Solo quiero verte sonreír como lo haces con él.

—Lo haré. —Intenté no llorar.

—Promételo.

Asentí, porque estaba segura de ello. Porque el corazón roto duele, pero también aprende. Y yo ya había sobrevivido a otras tormentas. Aunque en ese momento todavía siguiera lloviendo unos días.

82

EL PROBLEMA DE PENSAR EN ESTELA

Armando

Llevaba toda la mañana intentando no pensar en Estela. El problema era que pensar en Estela se parecía bastante a intentar no respirar. Todo me recordaba a ella. El café de por la mañana, la cafetería donde habíamos desayunado un domingo cualquiera, la canción que sonó en la radio mientras conducía. El mensaje que no llegó. Sobre todo el mensaje que no llegó.

Había cumplido lo que le prometí. No le había escrito. No la había llamado. No había buscado excusas absurdas para verla. Y aquello me estaba sentando como una patada en los cojones.

A las seis de la tarde quedé con David.

Me escribió algo tan suyo como:

Una cerveza. O dos. O tres. Voy a ser padre.

No tenía ni puta ganas de ir, pero lo hice, porque a lo mejor tenía noticias de Estela.

Cuando llegué a la terraza ya estaba sentado. Tenía delante una cerveza. Y una libreta. Mala señal.

—¿Qué es eso?

—Un plan.

—Dios mío.

—Todavía no lo has visto.

—Precisamente por eso.

—Lo tengo todo controlado.

—No puedes controlarlo todo. Te lo digo yo, que soy gilipollas —bufé.

David cerró la libreta.

—Vale. Cuéntame.

Pedimos dos cervezas, cruzó los brazos y esperó. Al final le conté la discusión, lo que había dicho Estela, lo que había dicho yo. La conversación del coche, las llamadas sin contestar, el mensaje. Todo.

David escuchó más de lo que esperaba. Lo cual ya era preocupante. Cuando terminé, se quedó mirándome unos segundos.

Después negó con la cabeza.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. Eres gilipollas.

Suspiré.

—Gracias.

—De nada. Para eso están los amigos.

—Sabía que esta conversación iba a ser muy enriquecedora.

—No has venido para enriquecerte. Has venido para que te diga la verdad.

—Pues ya está dicha.

—Acabo de empezar. —Me llevé la cerveza a la boca— ¿Tú te escuchas cuando hablas?

—A veces.

—Hazlo más.

—David...

—No. En serio. ¿Tú te escuchas? —Me señaló con el dedo—. Porque llevas cinco meses comportándote como el novio de una mujer. Y al mismo tiempo llevas cinco meses negándote a reconocerlo.

—No es tan sencillo.

—Claro que lo es.

—No.

—¡Sí!

—Me agotas.

—¡Me importa una mierda!

—No entiendes lo que siento.

—El que no entiende lo que sientes eres tú.

Ahí me dio. Porque los amigos de verdad no buscan tener razón. Buscan el sitio donde más duele.

—Yo no estaba preparado para esto.

—Yo tampoco estoy preparado para ser padre.

—No es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque tú no has elegido.

David soltó una carcajada.

—¿De verdad acabas de decir eso?

—Sí, lo he dicho.

—Armando, hermano… nadie elige estas cosas. —Apoyó los antebrazos sobre la mesa—. Yo no elegí enamorarme de Zoa. No elegí que se quedara embarazada. No elegí tener miedo. No elegí preocuparme por si voy a ser un buen padre. No elegí nada de eso. Simplemente pasó. La diferencia es que yo he aceptado que pasó. Tú sigues peleándote con ello.

—No me estoy peleando con nada.

David soltó una risa tan incrédula que me dieron ganas de tirarle la cerveza encima.

—Y yo soy astronauta.

Miré hacia la calle. Necesitaba aire. Distancia. Algo. Porque empezaba a sentirme incómodo. Y no me gustaba. Nada.

—No entiendes lo complicado que es.

—Claro que lo entiendo. Te has separado y de eso no hace ni un año, tiene quince años más, tú tenías otros planes…. Bla, bla, bla. Todo eso ya lo sé. Lo llevas repitiendo cinco meses. Eres muy pesado.. La pregunta es otra.

—¿Cuál?

David me sostuvo la mirada.

—¿Qué piensas hacer? —No respondí. Porque no lo sabía—. Eso pensaba. —Bebió un trago—. Yo entiendo perfectamente a Estela.

—No deberías meterte en esto.

—Me voy a meter, no me jodas. Porque te quiero. Y porque de verdad la entiendo.

—¿Por qué?

—Porque quiere que la tomes en serio.

—La tomo en serio.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Entonces por qué llevas meses diciendo que no es nada serio?

Aquello me hizo apretar la mandíbula.

—No es eso.

—¿Qué no es eso?

—David...

—¿Cuántas veces me has dicho que no era tu novia? —No respondí— ¿Cuántas?

Miré la cerveza.

—No lo sé.

—Yo sí. Muchas. Demasiadas.

La conversación empezó a hacerse incómoda de verdad porque estaba dejando de discutir con David y empezaba a discutir conmigo mismo.

—Eso no significa que no me importe.

—Ya lo sé.

—Entonces.

—Entonces precisamente por eso está mal. —Se inclinó hacia delante más serio de lo habitual—. Hermano. Eso no está bien. Porque una mujer como Estela merece tener su sitio. Y tú no se lo has dado.

—Claro que sí.

—Ni de coña.

—He estado con ella todos los días.

—Eso no es darle su sitio.

—¡¿No?!

—No. Eso es quererla. Y la quieres. Todo el mundo lo sabe. Yo lo sé. Zoa lo sabe. Tu madre lo sabe ya, que me la he encontrado esta mañana y me ha preguntado por vosotros. Hasta el camarero de este bar lo sabe. El único que sigue intentando convencerse de lo contrario eres tú. —Aquello me dejó sin aire durante un segundo. Bajó la voz—. No la has perdido porque no te quiera. Ni porque hayáis discutido. Ni porque haya otro hombre. La estás perdiendo porque se ha cansado de esperar a que tú llegues al mismo lugar donde llevas meses estando con los hechos.

Cuánta verdad llevaban esas palabras, tan honestas que arañaban. Todo desapareció un momento. Todo. Cerré los ojos y vi los de Estela, y su sonrisa, y sus besos, esos que me daba aunque yo los rehuía de forma cariñosa para evitar lo inevitable:

enamorarnos. Enamorarme. Qué imbécil, qué idiota, qué triste dejar ir a una persona que te hace feliz con solo una sonrisa, un mensaje o un sticker.

La estaba perdiendo. La había perdido.

David terminó la cerveza, la dejó sobre la mesa y suspiró.

—Mira. Yo entiendo tus miedos. De verdad. Pero llega un momento en que el miedo deja de protegerte. Y empieza a decidir por ti. Y entonces ya no es prudencia. Es cobardía.

No respondí. Porque aquella palabra ya la había escuchado menos de veinticuatro horas antes. Y dolía exactamente igual. Quizá porque venía de dos personas distintas. Y las dos tenían razón.

Llega un momento en que el miedo deja de protegerte. Y empieza a decidir por ti.

La cerveza ya no me sabía a nada. Miré la calle. Un coche pasó despacio. Una pareja cruzó de la mano delante de la terraza. Aparté la vista inmediatamente.

—La he cagado, ¿verdad?

David ni siquiera dudó.

—Sí.

—Joder.

—Mucho.

—Eres un amigo increíble.

—Lo sé.

Aquello me arrancó una sonrisa cansada. Muy cansada. Porque, en el fondo, ya conocía la respuesta antes de formular la pregunta. Solo había necesitado escucharla en voz alta.

David apoyó la espalda contra la silla.

—¿Sabes qué pasa?

—Que soy gilipollas.

—A parte.

—Que de nada te ha servido intentar no quererla. Solo has jodido a los dos. Le has hecho daño a ella y te has hecho daño a ti.

—Estoy bien.

—Ya lo veo. Si estás a punto de llorar. ¿Quieres un pañuelo?

—Vete a la mierda. —Empezaba a odiarlo un poco—. ¿Sabes algo de ella?

David me miró. Después sonrió. Una sonrisa lenta. Cabrona.

—No.

—¿No?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿No le ha dicho nada a Zoa?

—Si se lo ha dicho, me ha dejado al margen.

—Venga ya.

—Te lo prometo.

—Tío, somos amigos.

—Por eso. —Bebió—. Armando.

—¿Qué?

—Que no sé nada.

Suspiré. Y durante unos segundos me quedé mirando la mesa. Porque, aunque me alegraba que respetara la privacidad de Estela, una parte egoísta de mí habría agradecido cualquier pista. La más mínima. Cualquier cosa.

David observó mi cara y soltó una carcajada.

—Y ahora viene la parte bonita.

—Ahora sí que tengo miedo.

—Deberías. —Levantó la botella—. Te jodes.

Lo miré.

—¿Cómo?

—Que te jodes.

—Eres un imbécil.

—Y tú también.

—David.

—No. En serio. Te jodes. Porque llevas meses jugando al equilibrista sentimental. Meses. Y ahora te toca asumir las consecuencias.

—Qué apoyo más bonito me estás dando.

—Es que no quiero apoyarte. Quiero que aprendas. —Me señaló con el cuello del botellín—. Además, si yo fuera Estela no volvería a

hablar contigo.

—Muchas gracias.

—A no ser...

—¿Qué?

—Que aparecieras con un anillo.

Lo miré horrorizado.

—¿Estás loco?

David se echó hacia atrás en la silla.

—Un poco.

—Me acabo de separar. Hace nada. ¿Y tu solución es que me case?

—No.

—Menos mal.

—Mi solución es que dejes de actuar como un hombre que tiene miedo de ser feliz. —Aquello me dejó callado. Porque la frase tenía más profundidad de la que parecía. Y David, cuando quería, podía ser sorprendentemente inteligente. Lo malo era que ocurría unas tres veces al año.

—Tú me entiendes.

—Sí. Claro que te entiendo. Y precisamente por eso te estoy diciendo todo esto. Porque sé lo que es tener miedo. Sé lo que es pensar que la vida que habías imaginado va por un camino y descubrir que va por otro. Sé lo que es mirar a una persona y darte cuenta de que ya no puedes fingir que no es importante. —Guardó silencio un instante—. La diferencia es que yo me rendí.

—¿A qué?

—Al amor.

La respuesta me hizo reír.

—Qué cursi. Das asco.

—Y tú pena.

Nos quedamos callados y sentí… ausencia. La ausencia concreta de una persona. La de alguien a quien llevas meses acostumbrándote. La de alguien que forma parte de tus días hasta que deja de hacerlo. Y entonces todo resulta un poco más silencioso.

David debió de verlo en mi cara.

Porque bajó la voz.

—La echas de menos ya.

Lo peor fue que ni siquiera intenté negarlo. Porque aquella vez no tenía fuerzas para mentir. Ni siquiera a mí mismo.

83

DORMIR FATAL Y OTROS PROBLEMAS

Estela

Llegué a la oficina antes de las ocho. Lo descubrí porque el sistema de luces todavía estaba apagado y durante unos segundos tuve que preguntarme si era lunes o si había sufrido una crisis nerviosa durante el fin de semana y había decidido mudarme a vivir allí. Las dos opciones me parecieron igual de probables.

Dejé el bolso sobre la mesa, encendí el ordenador, preparé café, miré el reloj, miré el móvil y volví a mirar el reloj. Ah, sí, y el móvil otra vez.

Seguía vacío. Ni mensajes. Ni llamadas. Ni nada. Armando estaba cumpliendo su palabra. Y yo odiaba que fuera tan bueno cumpliendo promesas justo cuando no quería que lo hiciera.

—¿Desde qué hora estás aquí?

Levanté la cabeza.

Zoa acababa de entrar.

—Desde hace siglos.

—Son las ocho menos diez.

—Exacto. Siglos.

Ella dejó su bolso sobre la silla y me observó unos segundos.

—No has dormido.

—He dormido fatal.

—Ya.

—Y tú tienes cara de embarazada.

—Eso es porque estoy embarazada.

—Buen argumento.

Sonrió y se acercó.

—David me lo ha contado.

—¿Y quién se lo ha contado a él?

—Está claro ¿no? —Se sentó—. Estamos preocupados.

—No quiero hablar de ello.

—Vale.

—En serio.

—Solo voy a decir una cosa. —Alcé una ceja mirándola—. Armando está hecho polvo.

Aparté la vista inmediatamente porque no quería escuchar eso, no quería sentir alivio, no quería sentir nada.

—No quiero saberlo.

—Lo sé.

—Entonces no me lo cuentes.

—Vale.

—Gracias.

—Pero está hecho polvo.

—ZOA.

—Ya me callo. —Levantó las manos.

A las nueve apareció Samuel. Entró en la oficina cargado con una bolsa enorme de churros.

—Buenos días, gente triste.

—Buenos días.

—Traigo azúcar.

—Gracias.

—Y colesterol.

—Gracias.

—Y felicidad.

—Eso sí lo necesito.

Samuel me observó.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada.

—Has llorado.

—Qué observador.

—Mi madre tuvo tres divorcios. Soy experto.

Zoa soltó una carcajada. Yo intenté sonreír.

Samuel dejó los churros sobre la mesa.

—¿Ha sido un hombre?

—Siempre son hombres.

—Buen punto. —Respiré—. He roto con Armando.

Samuel abrió mucho los ojos.

—¿Con el joven que está muy bueno? ¿El vecino de tus padres?

—Con ese.

—Vaya, lo siento.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque es gilipollas —intervino Zoa.

—¡Zoa! —le recriminé.

—¿Qué? Es verdad. Es subnormal. No quería decírtelo, pero lleva meses diciendo que no sois novios, que no tenéis una relación, que lo vuestro no es serio. Y tú eres mi amiga. Me he tenido que morder la lengua en muchas ocasiones para no decirte algo, para no decírselo a él.

—¿De qué hablas? —preguntó Samuel, aunque yo lo pensé.

—De que niega a Estela y lo que siente por ella. Me lo ha contado David, pero yo ya lo había visto. Se acaba de separar… ¿y qué? Yo estoy embarazada de un tío que conocí anteayer y no me escondo.

—¡¿Estás embarazada?! —gritó Samuel.

—Ah, sí. Tú no lo sabías.

—Trabajar con vosotras es como vivir dentro de una novela romántica. Y dramática, eso también.

—Y lo bien que lo pasas.

—Genial. Con esto se puede escribir un libro.

—Si tienes hasta faltas de ortografía. ¿Qué libro vas a escribir tú?

—Tengo hasta el título. Embarazada alocada.

—Jajaja.

—En serio. ¿Te has tomado las pastillas?

—¿Las que me tomo para aguantaros? Me han implantado un chip que suelta hormonas.

—Eso no es lo mismo.

Los escuchaba discutir mientras recordaba todas esas cosas que había dicho Armando: No somos novios, no tenemos una relación, esto no es serio, no sé si estoy enamorado… Y me enfadé, más si cabía. Y la tristeza desapareció durante un rato porque me dio mucha rabia cómo podía ser así, cómo trataba de negarme y negarse todo lo que sentía. Yo era de sentir; DE VIVIR. ¿Puede vivirse a medias? Eso es sobrevivir.

La mañana siguió avanzando. Correos. Llamadas. Reuniones. Trabajo. Intenté concentrarme, ser una persona adulta y funcional, y fracasé con dignidad.

A la una, mientras esperaba que se cargara un informe, abrí la galería del móvil. Y apareció él. Armando. Sonriendo. Una foto cualquiera. Una tontería. Me quedé mirándola unos segundos. Los suficientes para que Samuel, que pasaba por detrás, la viera.

—¿Ese es Armando?

Levanté la vista.

—¿Qué?

—El de la foto.

—Sí.

Samuel se inclinó un poco.

—Ah.

Sentí algo extraño en su tono.

—¿Qué?

—Nada.

—Samuel.

—Que creo que lo conozco.

Fruncí el ceño.

—No lo conoces.

—No personalmente.

—Entonces no lo conoces.

—Bueno... —Se rascó la cabeza, incómodo.

Y de repente me puse alerta.

—¿Qué pasa?

—Es que no sé si debería decirlo.

Mi estómago se revolvió.

—Decir el qué.

Samuel miró a Zoa. Zoa lo miró a él, extrañada. Y supe que iba a odiar lo siguiente que saliera de su boca.

—Creo que lo vi hace unas semanas.

—¿Dónde?

—En una cafetería.

No entendí nada.

—¿Y?

Samuel vaciló. Solo un instante.

—Con una mujer.

Mi corazón empezó a latir más deprisa.

—¿Qué mujer?

—Su ex.

El mundo se quedó completamente quieto.

—¿Cómo sabes que era su ex?

—Porque la conozco. Bueno... más o menos. Mi hermana trabaja con una amiga suya. Ahora salen bastante juntas. La he visto varias veces. Sé quién es. No hablamos mucho, pero...

Me quedé inmóvil.

—¿Y qué viste exactamente?

Samuel tragó saliva. Ahora sí parecía arrepentido.

—Nada importante.

—Samuel. ¿Qué viste?

Y llegó la frase, la que lo cambió todo.

—Los vi besarse. Y… se lo comenté a mi hermana. Me contó que quedan de vez en cuando, que quieren volver, están dando pasos, que él…

No escuché nada después. Ni la oficina. Ni a Zoa. Ni a Samuel intentando explicar algo. Ni el ruido del aire acondicionado. Nada. Porque una sola imagen acababa de instalarse dentro de mi cabeza. Armando. Lucía. Una cafetería. Ellos besándose.

Miré la fotografía que seguía abierta en la pantalla de mi móvil. Después busqué su nombre. Mi dedo tembló sobre la pantalla. Y pulsé llamar.

84

DOLORES QUE ARRASAN CON TODO

Estela

Hay dolores que arrasan con todo. Lo que Samuel acababa de contarme no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Porque no era tristeza. Ni siquiera celos, sino algo mucho más frío, más difícil. La sensación de que quizá la persona a la que habías entregado el corazón no era quien creías que era.

Me quedé mirando la fotografía de Armando en la pantalla del móvil. La misma fotografía que unos minutos antes me había provocado nostalgia. Ahora me provocaba rabia. No. Rabia no. Desconcierto. Porque mi cabeza era incapaz de unir las piezas. No encajaban. No podían encajar. Armando no era un mentiroso ni un manipulador. Armando no era un hombre capaz de jugar con dos mujeres al mismo tiempo.

¿O sí?

La pregunta apareció y ya no quiso marcharse. Porque de pronto todo era diferente. Las dudas, los silencios, Lucía, las conversaciones sobre ella, los cafés, los encuentros. Las veces que yo había pensado que seguían demasiado unidos. Las veces que había decidido confiar. Las veces que me había repetido que Armando era un hombre bueno.

Y ahora ya no sabía qué pensar. Porque si aquello era verdad... si realmente había besado a Lucía mientras estaba conmigo… si no había roto del todo con ella, si la había mantenido ahí dándole esperanzas… entonces no había entendido absolutamente nada, la discusión del coche dejaba de importar, daba igual si estaba enamorado o no, si aquello era serio o no era serio. Daba igual el miedo. Daban igual las dudas, las excusas, todo. Porque habría cruzado una línea mucho más importante. La de la honestidad. Y

una relación puede sobrevivir a los miedos. A las inseguridades. Incluso a los errores. Lo que no puede sobrevivir es a la mentira.

Sentí que me faltaba el aire.

Cogí el teléfono, busqué su nombre y pulsé llamar. Ni siquiera me planteé esperar. Ni reflexionar. Ni tranquilizarme. Necesitaba escucharlo, oír su voz, saber si todavía reconocía al hombre que iba a responder al otro lado.

Sonó una vez. Dos. Y contestó. Tan rápido que me hizo daño. Porque sonó exactamente igual que siempre. Como si nada hubiera cambiado. Como si el mundo no acabara de volverse del revés.

—Estela.

Su voz. Dios. Su voz.

Durante un segundo fui incapaz de hablar. Porque todavía lo quería. Y odié seguir queriéndolo.

—Hola.

—¿Estás bien?

La pregunta me atravesó. Porque precisamente esa era la cuestión. Ya no lo sabía— ¿Qué pasa?

Sonó preocupado. Cansado. Esperanzado. Y eso me confundió todavía más.

Cerré los ojos y respiré.

—¿Podemos vernos? —Fui directa.

—Sí. —Directo, sin dudas.

Tragué saliva.

—¿Sí?

—Claro que sí. ¿Dónde estás?

La facilidad con la que aceptó me descolocó. Yo esperaba resistencia. Excusas. Tiempo. Distancia. Algo. Pero no aquello.

—Te llamo luego y te digo dónde.

—Vale. —Su voz bajó un poco—. Estela...

No le dejé continuar. Porque si seguía escuchándolo corría el riesgo de olvidar por qué estaba llamando.

—Luego hablamos.

—Vale.

Y colgué.

Me quedé mirando la pantalla unos segundos, inmóvil, hasta que noté una mano apoyándose sobre mi hombro.

—¿Vais a veros? —Era la de Zoa.

—Sí.

—¿Estás segura?

Sonreí, pero fue triste, vacía, muy distinta de las que solía dedicarle a Armando.

—Sí.

—¿Para qué?

Bajé la vista hacia el móvil. La fotografía seguía allí. La misma. Y, sin embargo, ya no era la misma. Porque la mujer que la estaba mirando tampoco lo era.

—Porque quiero escuchárselo decir.

Zoa frunció el ceño.

—Estela...

Negué despacio.

—No. Ahora ya no importa si me quería. No importa si estaba enamorado. No importa si esto era serio o no era serio. —Se me rajó la voz—. Porque si es verdad lo que me han contado... entonces Armando ya no es la persona que yo creía conocer.

La oficina siguió funcionando a nuestro alrededor. Teléfonos. Teclados. Conversaciones. Vida. Pero yo ya estaba en otro sitio. En una cafetería que no había visto. En dos personas que quedaban porque querían ser amigos. En un beso que no había presenciado. En una pregunta que llevaba toda la mañana clavada dentro del pecho. Y que necesitaba hacerle mirándolo a los ojos. Solo una. Una única pregunta.

¿Cómo has podido mentirme así?

85

DESEANDO VERLA

Armando

Llegué veinte minutos antes. Lo descubrí cuando miré el reloj por quinta vez y seguían faltando diecisiete minutos para las cinco. Normal. Absolutamente normal. Sobre todo para un hombre que llevaba dos días durmiendo fatal, pensando demasiado y repasando una conversación una y otra vez hasta aprenderse de memoria cada palabra.

Apoyé los brazos sobre el volante y observé la entrada del edificio de oficinas. Entraban personas. Salían personas. Ninguna era Estela. Todavía.

Me había llamado. Eso era lo importante. Me había llamado. Después de todo, de la discusión y del silencio. Después de aquel mensaje estúpido que le envié porque estaba herido y porque, por una vez, quise protegerme antes de que me hicieran más daño.

Vale. No te escribiré más.

Qué gilipollez.

La frase volvió a mi cabeza y tuve ganas de pegarme a mí mismo. Porque sonaba exactamente igual que lo que era. Una pataleta. Una rendición. Una estupidez.

La había echado de menos desde el mismo instante en que se bajó del coche el sábado por la noche. Y ahora iba a verla. Por fin.

Respiré hondo.

Quizá todavía había solución, podía explicarme mejor, decirle lo que no había sabido decirle aquella noche. No todo. Todavía no. Pero sí algo. La verdad. La de verdad. Que estaba muerto de miedo. Que ella me había cambiado los planes. Pero que la vida con ella era mejor, que sonreía más, que reía más, que dormía mejor. Bueno.

Dormía mejor antes de la discusión. Que echaba de menos sus mensajes. sus bromas, sus notas en el frigorífico, su manera de abrazarme, de darme besos en el cuello, su forma de convertir cualquier día normal en un día mejor. Y que, aunque seguía teniendo miedo, empezaba a sospechar que el problema no era Estela. Nunca había sido Estela. El problema era yo, por gilipollas y subnormal. Ah, sí, e imbécil. Y eso ya era un avance.

David estaría orgulloso.

Miré el reloj. Las cinco en punto. Me incorporé del asiento y la busqué. Creí verla y me puse más nervioso. Pero no era Estela, sino Zoa. Miraba directamente hacia mí. El corazón me dio un vuelco porque supe que algo iba mal.

Abrí la puerta del coche antes de que ella llegara.

—¿Dónde está Estela?

—No va a venir.

—¡¿Qué?!

—No va a venir.

—¿Por qué?

—Porque no quiere verte.

—Eso no tiene sentido. Me llamó ella. Quedamos. Me dijo...

—Sé lo que te dijo. Estaba delante.

—Entonces ¿qué pasa?

—Me pidió que te dijera algo. —Respiró hondo.

—¿Qué?

—Que se equivocó.

—¿En qué? Es una broma ¿no?

—Que te llamó demasiado deprisa. Que pensó que necesitaba hablar contigo. Pero ya no.

—Esto no puede ser verdad. No tiene sentido.

—Lo siento. O no, no lo siento.

—¿De qué hablas?

—También me pidió que te dijera que no quiere volver a verte.

Aquello me golpeó. Fue como una patada en los cojones.

—¿Qué?

—Que no quiere saber nada más de ti. Que la dejes en paz.

Durante unos segundos fui incapaz de reaccionar. Esperé a que dijera algo más, que me diera una explicación lógica.

—Tengo que hablar con ella.

—No quiere hablar contigo.

—¡Me ha llamado ella! ¡Para hablar conmigo! —Levanté las manos, incrédulo.

—Se ha arrepentido.

—¿De qué demonios hablas? —Puse los brazos en jarra y respiré hondo—. Aparta.

—No.

—Voy a hablar con ella.

—No.

—Zoa, aparta. —Intenté avanzar hacia la entrada. Ella se movió y me cortó el paso.

—Ni se te ocurra.

—Tengo que verla.

—No.

—Es una conversación entre ella y yo.

—Y ella ha decidido que no quiere tenerla.

—No puedes decidir eso por ella.

—No lo estoy decidiendo yo. Lo está decidiendo ella.

Miré hacia las puertas de cristal. Esperando verla aparecer. Esperando cualquier cosa.

—Armando.

—¿Qué ha pasado?

—No me corresponde a mí contártelo.

—Dímelo.

—No.

—Zoa, somos amigos.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros y fue definitivo. Porque de repente entendí que no iba a verla. No aquel día. No de aquella forma. No después de aquello.

Me pasé una mano por la cara, agotado, confundido, cabreado. Y triste. Sobre todo triste.

—Joder.

Zoa no respondió. Me di la vuelta y volví al coche, abrí la puerta y antes de cerrarla escuchó la voz de Zoa por última vez.

—Si es verdad, déjala en paz para siempre.

No entendí nada y me callé, porque si abría la boca iba a decir algo de lo que seguramente me arrepentiría.

Me senté y cerré de un portazo, arranqué y salí de allí más rápido de lo que debería.

La rabia me quemaba dentro, la impotencia, la frustración, el miedo. Todo mezclado.

Conduje varias calles sin rumbo. Sin pensar. Hasta que la radio cambió de canción. Y ocurrió. Los primeros acordes. Una voz. Una melodía demasiado conocida. Superestrella.

Solté una carcajada amarga. De esas que no tienen nada de humor.

—Joder. —Apreté el volante—. Cállate ya. —Se lo dije a la radio, a la canción, al universo, al maldito destino, a quien estuviera escuchando. Porque aquella canción era Estela. Las risas en el coche. Los mensajes. Las bromas. Las noches. El sexo. Las tardes. Las cervezas. Los paseos. Los abrazos, su pelo, su olor, su piel, sus gemidos, sus suspiros, sus ojos… Todo.

Cada nota, cada palabra. Todo me recordaba a ella.

Podría haber cambiado de emisora, haber apagado la radio. Podría haberla quitado. Pero no lo hice. Porque dolía. Y precisamente por eso la dejé sonar. Porque a pesar de que dolía, me hizo sonreír, porque eso era lo que hacía Estela sobre mí, ella y todo lo que me recordaba a ella me hacía inmensamente feliz.

Y recordé que David tenía razón, que había esperado demasiado, que el miedo no solo estaba complicándome la vida, sino que empezaba a quitármela, porque desde que conocí a Estela, en ese momento, hubo algo más aterrador que enamorarme de ella, la posibilidad real de perderla.

86

CUANDO EL CORAZÓN Y EL ALMA PESAN

Estela

Llegué a casa agotada, porque el corazón me pesaba tanto que quería sacarlo aunque no supiera dónde colocarlo.

Dejé el bolso sobre el sofá y me quedé unos segundos inmóvil en mitad del salón. El silencio normal de un día normal para el resto del mundo. Y eso me enfadó un poco. Porque no entendía cómo el mundo podía seguir exactamente igual cuando el mío acababa de volverse del revés.

Me apoyé contra la encimera de la cocina y cerré los ojos. Durante unos segundos pensé en llamar a mi madre. Después pensé en llamar a Paula y contarle lo que me estaba ocurriendo. Después pensé en apagar el teléfono y desaparecer una semana entera.

—Mamá. —Álvaro acababa de salir de su habitación.

Abrí los ojos y lo miré. Él sí era mi mundo. El único que importaba.

Llevaba unos auriculares alrededor del cuello y una camiseta arrugada. Me miró una vez y supe que había perdido la batalla de fingir que estaba bien.

—Hola.

—¿Qué ha pasado ahora?

—¿Ahora?

—Sí. Porque llevas dos días con cara de protagonista de drama romántico.

—Eres idiota. Como todos los hombres de este planeta. —Me senté en una de las sillas de la cocina. Álvaro se sentó frente a mí y esperó, porque sabía que yo terminaría contándoselo todo.

—Creo que Armando me ha mentido.

—¿Qué ha hecho? —Frunció el ceño.

—Me he enterado de que estuvo con Lucía.

—¿Su ex?

—Los vieron besándose hace aproximadamente un mes.

—No.

—¿No qué?

—Que no me lo creo.

—¿Qué? Esperaba que te enfadaras.

—No me lo creo. Lo conozco poco. Pero no me lo creo.

—Pues yo sí me lo creo.

—¿Y por qué?

—Porque alguien lo vio.

—¿Quién?

—Samuel. Y no solo es eso. Ha estado quedando con ella, dándole esperanzas. Impidiendo que se aleje.

—Sigue sin encajarme.

—Es así.

—Porque te lo han dicho.

—También me han dicho que Armando trata de volver con ella.

—¿Y por qué no vuelven? ¿Ella no quiere?

—Hasta dónde sé, sí.

—No me cuadra.

—Pues encaje o no, te cuadre a ti o no, estoy cansada. Muy cansada. No quiero pensar más. No quiero hablar más. No quiero analizar más. No quiero entender más. Quiero tranquilidad. Quiero paz. Quiero despertarme un día sin sentir este nudo aquí. —Me llevé una mano al pecho. Porque era exactamente ahí donde dolía.

—¿Y qué ha pasado?

—Lo llamé para preguntarle en persona. Y después me arrepentí. No quiero verlo. No quiero saber nada. No quiero escucharlo ni seguir dando vueltas a esto. Quiero olvidarme de Armando, de su ex, de todo…

—La felicidad cuesta —me interrumpió.

—¿Qué?

—La felicidad. Cuesta. Siempre cuesta.

—Eso ha sonado muy profundo para alguien que suspende filosofía.

—Precisamente por eso. Las dos cosas no están relacionadas. —Nos reímos—. Las cosas importantes cuestan. Las personas importantes cuestan. Las guerras cuestan. Las luchas cuestan. Todo deja heridas. —Se encogió de hombros—. Pero a veces merece la pena.

Me quedé observándolo. Porque ya no era un niño. Y de repente me di cuenta de cuánto había crecido.

—¿Me estás diciendo que luche por Armando?

—Te estoy preguntando si estás segura de que no quieres hacerlo.

Respiré hondo. Y durante unos segundos pensé en Armando. En su sonrisa. En nuestras bromas. En sus abrazos. En la forma en que me miraba. En la forma en que me hacía sentir. Absolutamente todo.

Después cerré los ojos. Y respondí:

—Yo habría luchado hasta el final. Lo habría hecho. Por él. Por mí. Por nosotros. Por lo que teníamos. Por lo que sentía. Por lo que seríamos. —Abrí los ojos. Y esta vez fue mucho más difícil seguir hablando—. Pero Armando nunca ha luchado por mí. —Me mordí el labio, porque hay verdades que duelen demasiado. Y aquella era una de ellas.

Me levanté y fui hasta la cafetera. Necesitaba hacer algo con las manos.

Álvaro siguió sentado donde estaba y me observaba.

—Yo no estoy tan seguro.

Me giré.

—¿De qué?

—De que no haya luchado.

Lo miré unos segundos. Después aparté la vista. Porque ya no tenía fuerzas para seguir hablando de Armando. No aquel día. No después de todo. Y porque había una diferencia enorme entre luchar por alguien... y luchar contra tus propios miedos. La primera deja cicatrices. La segunda cambia una vida entera. Y yo ya no sabía si Armando era capaz de ganar esa guerra.

87

SORPRESAS Y… EL AMOR

Estela

Dos semanas después…

Cuando salí del portal y lo vi apoyado junto a su coche, el corazón me dio un vuelco tan fuerte que durante un segundo me enfadé conmigo misma.

Dos semanas. Dos meses sin verlo. Dos semanas intentando reconstruirme. Dos semanas convenciéndome de que ya daba igual. Y bastó una mirada para descubrir que algunas mentiras nos las contamos para sobrevivir.

Armando levantó la cabeza al verme. Llevaba las manos en los bolsillos, la barba un poco más larga y el gesto cansado. Y unos ojos que parecían haber dormido tan poco como los míos.

Mi primer impulso fue cruzar la calle. El segundo también. Pero ya era tarde. Él ya venía hacia mí.

—Estela.

—¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo.

—Pues yo no. —Intenté seguir caminando. Armando se colocó delante de forma desesperada.

—Por favor. Solo cinco minutos.

—No.

—Estela.

—He dicho que no.

—Dime al menos qué ha pasado.

Sonreí con asco y dolor.

—¿Qué ha pasado?

—Sí.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que lo digo en serio.

Lo miré. Y durante unos segundos pensé que estaba actuando. Que fingía. Que mentía. Porque la alternativa era mucho peor. La alternativa era que realmente no tuviera ni idea de lo que estaba hablando.

—¿De verdad no lo sabes?

—No.

—¿Ni siquiera lo imaginas?

—Ya te he dicho que no. —Aquello me desarmó un segundo. Porque parecía sincero. Y eso me confundió— ¿Podemos hablar tranquilamente?

—No quiero hablar contigo.

—Yo sí quiero hablar contigo. —Sonó a verdad—. Por favor. Cinco minutos.

Lo pensé. No quería discutir allí, en medio de la calle.

—Cinco minutos. Nada más.

—Vale. —El alivio que apareció en su cara me hizo daño. Porque seguía importándome. Y porque él seguía sin entender hasta qué punto—. Gracias.

—No me des las gracias.

Subimos en silencio. Entramos en casa. Y durante unos segundos ninguno supo dónde colocarse. Aquello me resultó extrañamente triste. Porque meses atrás Armando habría abierto la nevera, sacado dos cervezas, nos habríamos sentados en el sofá, me hubiera contado un chiste muy malo, yo me hubiera reído, me habría enamorado un poco más y nos habríamos besado.

Ahora parecía un desconocido. Y quizá eso era lo que más miedo me daba. Que tal vez siempre lo había sido.

—Habla.

Armando tragó saliva.

—¿Qué pasa?

—¿Todavía no lo sabes?

—No.

—¿Lo juras?

—Sí.

Busqué una grieta, lo observé, busqué la mentira, la duda, algo, y no encontré nada. Y precisamente por eso exploté.

—Sé lo de Lucía.

Vi cómo fruncía el ceño.

—¿Qué pasa con Lucía?

Perdí la poca paciencia que me quedaba.

—No me tomes por imbécil.

—No te estoy tomando por imbécil.

—¿No?

—No.

—Pues alguien os vio.

—¡¿Qué?!

—Alguien os vio. A ti y a Lucía. Besándoos.

La cara de Armando cambió a sorpresa. A auténtica sorpresa. Y aquello volvió a confundirme. Porque yo esperaba otra cosa. Una excusa, una justificación, una mentira.

—Estela...

—No. Ahora me escuchas tú. —Las lágrimas ya estaban cayendo. Y las odié. Porque llevaba semanas prometiéndome que no volvería a llorar por él— ¿Querías volver con ella?

—¡¿Qué?!

—¿Querías volver con ella?

—¡No!

—¿Y por qué ella cree que sí?

—¿De qué hablas?

—¡Lucía cree que has querido volver con ella todo este tiempo! ¡Y si es así, ¿por qué estabas conmigo?! ¡¿Dónde quedo yo en todo eso?! ¡¿Por qué demonios me has tenido a tu lado?! ¿Por qué me has mareado durante meses? ¿Por qué? ¿Por qué has jugado conmigo?

Armando dio un paso hacia mí y alargó el brazo.

—No he jugado contigo.

—No me toques.

Se quedó inmóvil. Porque aquella frase le hizo daño. Pero a mí también. Porque una parte de mí seguía queriendo que me abrazara. Y precisamente por eso necesitaba mantenerlo lejos.

Armando tardó unos segundos en reaccionar. No porque estuviera buscando una mentira. No porque estuviera intentando escapar. Simplemente porque estaba intentando entender qué demonios acababa de ocurrir.

—¿Quién te ha dicho eso?

—¿Eso es lo importante?

—No. Pero quiero saberlo.

—¿Eso cambia algo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque quiero entender de dónde ha salido esta historia.

Me limpié las lágrimas con rabia.

—Pues alguien os vio. A ti y a Lucía. Besándoos.

—Eso es cierto.

La respuesta me dejó inmóvil y mi corazón, ya roto, volvió a resquebrajarse.

—¿Qué?

—Es cierto. Aquella tarde nos vimos. Y Lucía me besó. —Armando dio un paso hacia mí. Yo lo di hacia atrás—. Pero...

—No quiero saber más —sollocé.

—Déjame terminar.

—¿Para qué?

—Porque no es lo que crees.

—Es verdad. Lo has dicho.

La discusión empezó a subir de temperatura.

—Lucía me besó. Yo me aparté.

—¿Y ya está?

—Sí.

—¿Y pretendes que me lo crea?

—Porque es verdad.

—¿Y por qué no me lo contaste?

Armando abrió la boca y la volvió a cerrar. Sabía perfectamente por qué. Porque habría sido incómodo. Porque habría tenido que dar explicaciones. Porque habría removido demasiadas cosas. Porque no quería discutir. Porque pensó que no tenía importancia. Y precisamente por eso no lo contó.

Vi cómo se daba cuenta al mismo tiempo que yo.

—Joder...

—Exacto.

—Estela...

Yo lloraba, porque ese era el problema. No el beso ni Lucía ni siquiera la mentira, sino que yo ya no sabía qué parte de nuestra historia era verdad y cuál no.

—No quería volver con ella. Ni quiero.

—¿Y cómo voy a saberlo?

—Porque te estoy mirando a los ojos y te lo estoy diciendo.

—Nunca me dijiste que me querías.

—Nunca te dije que no te quería.

—Jamás un "te quiero".

Su mandíbula se tensó. Y vi aparecer algo en su mirada. Dolor. Uno profundo. Antiguo. De esos que vienen de mucho más lejos.

—Eso no es justo.

—¿No?

—No. Porque sabes perfectamente lo que siento por ti.

Negué. Y las lágrimas volvieron.

—No. Ya no lo sé. Ya no sé nada. Porque una persona que te quiere no pasa meses escondiéndose. No pasa meses diciéndole al mundo que no eres importante. No pasa meses explicando por qué no puede. No pasa meses teniendo miedo. —Gemí—. Yo habría luchado por ti. —Esta verdad desnuda y sin orgullo nos envolvió en mutismo.

—Lo sé. —Su voz se rompió también.

—Y ni sabiéndolo luchaste nunca por mí.

Armando cerró los ojos un instante. Porque aquella frase encontró exactamente el lugar donde más daño podía hacer. Y porque él también sabía que había parte de verdad en ella.

—No sabes la cantidad de veces que he luchado conmigo mismo.

—Ese es el problema. Que siempre estabas luchando contigo. Nunca por nosotros.

El silencio se hizo enorme, pesado, triste, muy triste. Y durante unos segundos me dio la sensación de que los dos habíamos llegado

al mismo lugar por caminos distintos. A un sitio donde ya no quedaban argumentos. Solo heridas.

—Estela —musitó—. Claro que te quiero.

Aquello me hizo cerrar los ojos. Porque llevaba meses esperando escucharlo. Meses. Y llegaba demasiado tarde. Demasiado.

Noté cómo una lágrima resbalaba por mi mejilla. Y sonreí. La sonrisa más triste de mi vida.

—A veces hubiese necesitado escucharlo. —Armando bajó la cabeza y eso me hizo más daño que cualquier discusión. Porque entendió exactamente lo que quería decir. No era una declaración ni una victoria, no cambiaba nada. Llegaba cuando ya no servía—. Hubiese necesitado escucharlo cuando todavía podía creerme todo lo demás.

Todo estaba ya encima de la mesa. El amor. Los miedos. Las dudas. Las mentiras. Las verdades. Y aun así seguíamos estando demasiado lejos.

Respiré hondo. Intentando recomponerme. Intentando no derrumbarme otra vez.

—Por favor —susurré—. Vete.

—Estela… —No se movió.

—Por favor. Ahora sí. Porque si te quedas voy a volver a perdonarte. Y ya no sé si puedo seguir haciéndolo.

La frase lo destrozó, lo vi, porque aparecieron lágrimas en sus ojos. No llegaron a caer. Pero estaban ahí. Por primera vez desde que lo conocía. Y eso me rompió el corazón. Porque seguía queriéndolo. Porque él seguía queriéndome. Y porque a veces el amor no basta para salvar una historia. A veces llega un momento en el que ya no se trata de cuánto quieres a alguien. Sino de cuánto daño te estás haciendo intentando quedarte.

Armando asintió una sola vez. Después caminó hacia la puerta. Lento. Como un hombre que sabe exactamente lo que está perdiendo. Y cuando llegó al marco se detuvo. Sin girarse. Sin mirarme. Sin atreverse.

—Lo siento.

Fue lo único que dijo. Y por primera vez en muchos meses yo le creí. Pero no lo llamé. No corrí detrás de él. No le pedí que se

quedara. Porque hay amores que terminan cuando desaparecen los sentimientos. Y otros que terminan precisamente porque siguen existiendo.

La puerta se cerró. Y el silencio que quedó detrás fue el más doloroso de todos. Porque ninguno de los dos podía culpar al amor. El amor seguía allí. Lo que había llegado demasiado tarde era todo lo demás.

88

EL DESPUÉS

Estela

—Voy a pedir una cerveza.

—Yo una sin alcohol.

—Y yo un divorcio. —Paula dejó la carta sobre la mesa.

Zoa y yo la miramos al mismo tiempo.

—¿Repites?

—Lo que habéis oído.

—No puedes pedir un divorcio en una terraza.

—Pues deberían servirlos.

—Con tapa.

—Y aceitunas.

Las tres nos echamos a reír.

La tarde era agradable. Hacía calor, pero permitía sentarse en una terraza sin sentir que participabas en un experimento científico estilo quién aguanta más en el infierno.

Había pasado un mes. Un mes entero. Lo sabía porque había contado los días. Hay cosas que se me olvidan al momento, otras… se quedan en mi memoria para siempre. Armando iba a ser una de ellas, lo había aceptado.

—No estoy bromeando —aseguró Paula.

—Sí estás bromeando.

—Por favor, dinos que bromeas —rogué.

—No.

La camarera nos interrumpió y pedimos tres cervezas, una sin alcohol para la embarazada.

—Sigo pensando que lo del embarazo te lo has inventado —apuntó Paula.

—Claro, esta barriga es porque estoy más gorda.

—Estás más gorda. —Paula levantó la mano.

—Porque tengo a un ser creciendo dentro de mí.

—Por favor, centrémonos en tu tragedia —advertí.

—Mi tragedia es que llevas diez años casada y no veo a mi marido.

—Sí lo ves —anoté.

—Tres veces al año.

—Eso suele ayudar a que duren los matrimonios —bromeé.

Paula señaló mi cerveza.

—Dijo la divorciada.

—Porque yo veía a Darío todos los días. —Reímos.

—Vaya ánimo que me dais —suspiró Zoa.

—Y experiencia profesional —seguí, volvimos a reír.

Conversamos sobre la boda, los preparativos, David y su idea de poner un castillo hinchable para adultos en la barra libre.

—Es un niño grande —comenté.

—Ayer compró un libro que se llama "Cómo ser un padre excelente" —explicó Zoa—. Pero ni ha empezado a leerlo. Dice que es mejor improvisar.

—¿Y para qué lo ha comprado?

—Yo qué sé. —Zoa encogió los hombros—. Lo abrirá cuando lo necesite. Para dormir al niño.

—Le dará con el libro en la cabeza —apuntó Paula.

—Ganas no le faltarán —dije yo, y reímos de nuevo.

Se me daba bien reír a pesar de los pesares. Echaba mucho de menos a Armando, no pasaba un día sin acordarme de él, sin embargo, había aprendido a sobrevivir a ratos, y digo a ratos porque no servía para estar triste. Los suspiros me duraban minutos. Después me recomponía.

—Dios ampare a ese niño —pidió Paula.

—David va a ser un buen padre. Estoy segura.

—Seguro que sí. —Apreté la mano de Zoa.

Estaba feliz. Muy feliz. Se le notaba en la cara. En la forma de sonreír. En la manera de hablar de David. Y sentí una alegría sincera por ella. Porque algunas personas encuentran el amor y se lanzan. Sin casco. Sin mapa. Sin instrucciones. Simplemente saltan.

—El otro día David me dijo que Armando… —Zoa se quedó callada.

—Oye, no tienes que cortarte. Armando es tu amigo.

—Es amigo de David. Tú eres mi amiga.

—Bueno, es normal que seáis amigos. Todos tenemos espacio en este grupo.

—No cuando no podéis ni veros —interrumpió Paula.

—Sí podemos vernos. Es que… no hemos coincidido —me defendí.

—Claro, claro. No quieres venir al gimnasio conmigo y… ¿hace cuánto que no vas a casa de tus padres?

—Tengo mucho trabajo.

—No quieres encontrarte con él. Admítelo —insistía Paula.

—Prefiero no verlo —acepté.

—Vas a tener que verlo, Estela. Eres mi dama de honor y…

—No voy a ser tu dama de honor, no tengo edad para eso.

—Mi dama de honor tendrá la edad que a mí me dé la gana. Y tú vas a serlo. ¿Discutes con una embarazada? —Arrugó el ceño.

—No quiero discutir.

—Pues di que sí.

—Vale, pero… no voy a vestir de rosa.

—Eso no se hace desde que se casó mi madre.

—Tu madre me lleva siete años. —Soltamos unas carcajadas—. Puedes hablar de él. Lo que quieras.

—Estela...

—En serio. No hace falta que cambies de tema cada vez que aparece su nombre. No hace falta que todos caminéis de puntillas. No me voy a poner a llorar. ¿Cómo está? —Lancé la pregunta para dar normalidad.

Zoa bajó la mirada hacia su vaso.

—Bueno...

—¿Qué?

—No está mal.

Aquello me alivió y me dolió. Las dos cosas a la vez.

—Me alegro.

—Pero...

—Siempre hay un pero —suspiró Paula.

—¿Pero qué?

Zoa jugó unos segundos con la servilleta.

—No dice mucho. David tampoco. Porque intentan respetarte. Pero...

—Zoa.

—Ha cambiado.

Sentí un pequeño nudo en el estómago.

—¿Cómo?

Ella tardó unos segundos en responder.

—No sé. Simplemente... ya no se ríe igual.

—Tendrá problemas en el trabajo, o… con su exmujer.

—No es eso. Sale, trabaja, entrena, hace su vida… Pero… Yo sé que no está bien del todo.

—Sería raro que no le doliera un poco, coño. Habéis estado saliendo… ¿cuánto? ¿Medio año? —Paula levantó la voz.

—Más o menos… —yo no.

—Pues eso. Me caería mal si le diera exactamente igual.

Pensé algo absurdo de repente. En que hacía un mes habría sabido exactamente qué estaba haciendo Armando en ese momento. Y ahora no tenía ni idea. La vida cambia muy deprisa. Más de lo que uno cree.

—Bueno. —Intenté sonreír—. Sobrevivirá.

Pero yo hablaba de otra cosa, no de supervivencia ni de vivir, sino de echar de menos y de cómo algunas ausencias ocupan más espacio que las personas cuando estaban presentes.

89

CUANDO CUENTAS LOS DÍAS Y LAS NOCHES

Armando

Dos meses. Sesenta y un jodidos días. No los había contado. Bueno, sí, claro que los había contado. Al principio no todos, o también. Algunas veces. Los días malos, esos en los que algo ocurría y mi primer impulso seguía siendo escribir a Estela, esos en los que veía algo estúpido y pensaba que ella se habría reído, cuando encontraba un chiste gracioso en Instagram o TikTok y se lo habría mandado para que se muriera de la risa, esos en los que me sorprendía sonriendo por un recuerdo y después me acordaba de que ya no podía llamarla para contárselo. Sí, con Estela todo tiene que ver con risas. Ella es una carcajada gigantesca e inagotable.

Aquella tarde estaba en el gimnasio con David. Por suerte. Porque cuando David entrenaba hablaba menos. No mucho menos. Pero algo.

—Venga. —Solté la barra sobre el soporte—. Dilo ya.

—¿Qué? —Levantó la cabeza.

—Llevas una hora con cara de idiota.

—Tengo cara de idiota siempre.

—Hoy más. ¿Qué pasa?

—Nada. —Sonrió a lo grande.

—David.

—Vale. —Dejó las mancuernas en el suelo—. Le he pedido matrimonio a Zoa.

Me quedé inmóvil unos segundos.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—¿Cuándo?

—Hace… casi un mes.

—¿Y me lo dices ahora?

—Quería disfrutarlo un poco antes de que empezaras a llamarme loco.

Solté una carcajada, por primera vez en dos meses.

—Estás loco.

—De remate.

—Y no te importa.

—En absoluto.

—Vais a tener un bebé. Y te casas. Eres un inconsciente.

David abrió los brazos.

—Y sin embargo soy feliz.

Me arrancó otra sonrisa, me acerqué a él y lo abracé. Porque lo quería y era mi amigo. Porque, a pesar de todo, verlo tan feliz resultaba contagioso.

—Enhorabuena, cabrón.

—Gracias.

—La has encontrado.

—Sí. —Recuperamos el aire—. Hay una cosa más.

—Dímelo.

—Vas a ver a Estela.

El corazón me dio un golpe seco dentro del pecho.

—¿Qué?

—En la boda.

—Ah, claro. —Cogí una botella de agua, bebí un trago, luego otro, y otro. Como si el agua pudiera solucionar aquello. Por supuesto, no funcionó, para nada, en absoluto.

—Bueno.

—Bueno.

—Es normal.

—Sí.

—Es amiga de Zoa.

—Sí.

—Claro que irá.

—Sí.

David sonrió.

—Estás acojonado.

—Estoy bien.

—No lo estás desde que te dejó.

—Lo estoy.

—Lo que tú digas, campeón.

La imagen apareció sola. Estela. Dos meses después. No sabía cómo estaba, a lo mejor se había cambiado de peinado. No la había visto, ni siquiera en el portal. Había coincidido con Álvaro, pero no con ella, y eso me resultaba muy raro.

Llevaba dos meses sin llamarla, respetando su decisión, sin saber cómo estaría, si estaría enfadada o triste, o… feliz. No la había llamado ni buscado ni pasado casualmente por su oficina. Nada. Y había sido una de las cosas más difíciles que había hecho nunca.

—Y tú… ¿llevas dos meses sin follar? —cuestionó David de golpe y porrazo.

—¡¿Qué?! ¡¡Sí!! ¡¡Digo no!!

—Tío, qué mentiroso eres. —Negó con la cabeza.

—¿Cómo que mentira?

—Te conozco.

—Quedé con una chica —suspiré—. La conocí en un bar. La invité a una copa y… Hemos quedado dos veces.

—Para jugar al parchís.

—Y nos acostamos.

—Continúa.

—No significó nada.

—Ya.

—Nada.

—Supongo.

—Es guapa, divertida, inteligente. —Mi amigo sonrió, porque ya sabía cómo terminaba aquello—. Pero no era Estela. No ríe como Estela, no habla como ella. Con Estela me sentí cómodo desde el principio, como si la conociera de antes. Con Bego…

—Se llamaba Bego.

—Eso he dicho.

—Sigue, sigue. Perdón por la interrupción.

—Pues eso… —Suspiré, otra vez—. Con Bego follo y ya está. No tengo ganas de contarle tonterías o lo que me ocurre durante el día, no tengo ganas de quedarme en la cama después.

—Folláis en la cama. Qué típico.

—Tío, te estoy abriendo mi corazón.

—Estoy a punto de llorar. Que te jodan, por gilipollas.

—Me encantaba escuchar a hablar a Estela, aunque no tuviera ni idea de lo que me contaba algunas veces. —Se me dibujó una sonrisa en el rostro sin darme cuenta.

—¿Ves la diferencia? O tengo que explicártela. Porque es enorme.

Claro que la veía. Había descubierto algo durante aquellos dos meses, algo que nadie me había explicado, y era que echar de menos a una persona no es echar de menos sus besos, aunque también, ni el sexo, ni la compañía, sino descubrir que tu felicidad se había acostumbrado a vivir cerca de esa persona y que ahora tenía que orientarse sola.

David se sentó en un banco.

—¿Sabes qué es lo peor?

—¿Qué?

—Que ya no puedes engañarte.

No respondí, porque esa frase llevaba semanas rondándome la cabeza. Ya no podía esconderme detrás de Lucía, ni de la separación, ni del miedo. Ni detrás de nada. Porque el tiempo había hecho lo que el tiempo siempre hace. Había eliminado las excusas. Y había dejado solo la verdad. Una verdad incómoda. Dolorosa. Sencilla.

Me había enamorado de Estela, antes de lo que me hubiera gustado admitir, antes de lo que pensaba. De nada había servido luchar contra ello. Y seguía queriéndola. Y cada día que pasaba estaba un poco más seguro de ello. Lo único que todavía no sabía era qué hacer con esa certeza ni si estaba preparado para lo que ella merecía.

—No me da miedo la boda, pero sí el tener que verla —admití en voz alta—. Y descubrir que ella ha aprendido a vivir sin mí.

90

DESCUBRIRTE DE NUEVO

Estela

Hay una fase muy extraña después de que te rompan el corazón. La gente cree que consiste en llorar. Y sí, al principio lloras. Mucho. Después te enfadas. Después te convences de que estás mejor. Y un día descubres que llevas una semana sin pensar en esa persona cada cinco minutos. Luego una mañana entera. Luego dos. Luego tres. Y un día te sorprendes riéndote de verdad por algo que no tiene nada que ver con ella.

No significa que la hayas olvidado. Significa que has aprendido a vivir con la ausencia. Y eso era exactamente lo que me había pasado durante aquellos tres meses.

No había dejado de querer a Armando. Simplemente había dejado de esperarlo. Que era muy distinto.

Terminaba de maquillarme cuando sonó el teléfono. Ni siquiera miré la pantalla porque sabía perfectamente quién era.

—Dime, novia histérica.

—No soy una histérica.

—Has llamado tres veces en veinte minutos.

—Eso es organización.

—Eso es acoso.

Escuché la risa de Zoa al otro lado. Aquella risa seguía teniendo algo luminoso. Más todavía desde que estaba embarazada.

—¿Estás lista?

—Casi.

—No llegues tarde.

—¿A elegir flores?

—Son las flores de mi boda.

—Exacto. Flores.

—No son solo flores. Son las flores —se detuvo en cada palabra.

—David te está afectando.

—No puedo negarlo. Es intenso. —Me puse un pendiente mientras ella seguía hablando—. Ha estado mirando opciones.

—Error.

—¿Por qué?

—Porque dentro de dos horas vas a terminar eligiendo las que te gusten a ti.

—Eso es cierto.

—¿Qué opciones tienes?

—Lirios.

—¡No!

—¿Por qué?

—Porque significan despedida en algunos sitios.

—¿En serio?

—Creo que sí.

—No te inventes cosas.

—Vale, me lo he inventado.

Zoa soltó una carcajada.

—Te odio. ¿Y rosas?

—Demasiado típicas.

—¿Peonías?

—Muy bonitas.

—¿Y qué significan?

—Ni idea.

—Menuda ayuda.

—Para eso me llevas. Para darte mi opinión y que luego hagas lo contrario.

—Es verdad.

Durante unos segundos seguimos hablando de flores, de colores, de centros de mesa. De si David era capaz o no de sobrevivir a una boda sin incendiar accidentalmente algo. La respuesta general fue que no.

—Vale. Salgo en veinte minutos. Te recojo.

—En eso hemos quedado.

—Y ponte guapa.

—Vamos a elegir flores.

—Pero hay que ir guapa, porque las flores… pueden marchitarse.

—Deja a David ya. No te cases. —Colgué sonriendo. Porque la vida seguía. Porque Zoa iba a casarse. Porque iba a tener un bebé. Porque las cosas bonitas seguían ocurriendo aunque mi corazón estaba roto y sanando.

Guardé el teléfono en el bolso y salí de la habitación.

Álvaro estaba en el salón con un libro abierto delante. Y exactamente la misma cara que pondría una persona a la que estuvieran torturando.

—¿Estás estudiando?

—Estoy fingiendo que estudio. Se me da bien, por lo visto.

—Se te da de coña. —Me acerqué y le di un beso en la cabeza. Él protestó automáticamente—. Voy a salir con Zoa.

—Os he escuchado. Hoy y todos los días. Llevas una semana hablando de flores.

—Es una boda importante.

—Todas las bodas son importantes para las personas que se casan y sus amigos y familiares.

—No seas tan listo.

—No puedo evitarlo.

Sonreí. Porque seguía teniendo razón demasiadas veces para mi tranquilidad.

—Volveré pronto.

—Sí, mamá.

—Y estudia.

—Sí, mamá.

—Lo digo en serio.

—Sí, mamá.

—Álvaro.

—Mamá. —Nos miramos y terminamos riéndonos.

—Te quiero.

—Ya lo sé.

—Qué arrogante eres.

—Lo he heredado.

Salí de casa todavía sonriendo, cogí el ascensor, bajé hasta el portal pensando en flores, en vestidos, en la boda, en cualquier cosa

menos en Armando, y quizá por eso el golpe fue tan fuerte. Porque no lo esperaba. Porque después de tres meses había dejado de buscarlo. Porque había aprendido a atravesar los días sin preguntarme dónde estaría. Porque había conseguido que su nombre dejara de aparecer en cada pensamiento.

Abrí la puerta del portal y… el mundo se detuvo, literalmente. No durante mucho tiempo, solo un segundo. Armando estaba allí, de pie, a pocos metros, con las manos en los bolsillos, mirando hacia el edificio. Esperando. No sé a quién. No sé por qué. No sé nada. Solo sé que durante tres meses me había preparado para volver a verlo. Había imaginado conversaciones. Encuentros. Casualidades. Había imaginado mil versiones distintas. Y ninguna se parecía a aquella. Porque ninguna incluía aquel vuelco brutal en el pecho. Aquella sensación de que el tiempo acababa de retroceder, la verdad insoportable de que algunas personas siguen siendo capaces de desordenarte el alma con una sola mirada.

Él, maldito él, levantó la cabeza y me vio. Y por la forma en que se quedó inmóvil comprendí algo inmediatamente. Que el shock no era solo mío.

91

VERLO Y RECONOCERLO

Estela

Lo peor no fue verlo. Fue reconocerlo. Porque durante tres meses me había repetido que el tiempo lo cura todo. Y era verdad. Hasta cierto punto. Porque el tiempo había cerrado heridas, calmado la rabia, suavizado la tristeza, lo que no había conseguido era borrar la forma en que mi cuerpo reaccionaba cuando Armando aparecía delante de mí.

Nos quedamos quietos, como dos adolescentes a los que acababan de pillar copiando en un examen.

—Hola, Estela.

—Hola, Armando. —Hubo un silencio absurdo, inmenso, incómodo, algo que jamás había pasado entre nosotros.

Los dos tratamos de sonreír y ninguno lo conseguimos.

—¿Qué tal?

—Bien. ¿Y tú?

—Yo también.

—Me alegro.

—Yo también.

Conversación correcta y… vergonzosa. Así que los dos nos echamos a reír, porque aquello era raro, muy raro para nosotros e hicimos lo que mejor se nos daba, reírnos de todo cuando estábamos juntos.

—Parecemos dos desconocidos esperando un autobús —apuntó.

—¿Nos damos dos besos?

Armando soltó una carcajada.

—No tengo ni idea.

—Yo tampoco.

—Qué situación más absurda.

—Grotesca.

Nos acercamos y nos dimos dos besos muy torpes, extraños, a destiempo. Casi nos topamos con la nariz. Y lo olí, su colonia, la misma de siempre, y odié que mi memoria siguiera guardando esos detalles. Me estremecí. Sí, su piel recorrió mi cuerpo como si estuviera acariciándome con ella.

Me aparté enseguida.

—¿Qué haces aquí?

—Venía a recoger a Zoa.

—Zoa tenía que recogerme a mí.

—"Hemozidoengañados" —soltó con su desparpajo de siempre y me reí, como hacía meses que no reía.

—Imbécil. —Me arrepentí de insultarlo antes de terminar de decirlo, porque para nosotros era algo cariñoso, familiar, una estrella en el pequeño universo que habíamos creado. Los dos notamos el cambio en el ambiente—. Yo había quedado con Zoa.

—Pues yo también.

Mi teléfono sonó.

Mensaje de Zoa.

Lo siento muchísimo. Me he encontrado regular de repente. Recuerda que estoy embarazada y puedo usar esta excusa cuando quiera. He mandado a Armando a recogerte. Confío plenamente en vosotros para elegir las flores. No matéis a nadie. Besos.

Me quedé mirando la pantalla. Después levanté la vista. Armando seguía observándome.

—¿Qué pasa?

Le enseñé el mensaje, lo leyó y, cuando terminó, soltó una risa breve.

—David y Zoa.

—David y Zoa.

—Son unos manipuladores.

—Y además bastante malos.

Durante unos segundos ninguno dijo nada.

—Bueno. —Guardé el móvil.

—¿Qué hacemos? —Levantó una ceja.

—Según parece… Comprar flores.

—Qué aventura.

—He vivido cosas más emocionantes.

—Yo también.

Volvimos a sonreír. Y aquello fue peligroso. Porque sonreírnos seguía siendo demasiado fácil, natural y… nuestro.

—Vamos. —Dijo señalando el coche.

Me puse nerviosa, de verdad, se me apretó el estómago, porque una cosa era verlo, y otra muy distinta compartir un espacio cerrado con él durante quién sabía cuánto tiempo.

Vamos, Estela, esto no es nada, me arengué.

Me senté en el asiento del copiloto y cerré la puerta. Durante una décima de segundo ocurrió algo que me enfadó profundamente. Porque el coche seguía oliendo a él. A su colonia, a su gel. A Armando. Y recordé aquella tarde. Las cervezas. Las risas. El primer beso. La primera vez que pensé que aquel hombre iba a complicarme la vida.

Qué poco sabía entonces.

—¿Estás bien? —Su voz me sacó del recuerdo.

—Sí.

—Vale. —Arrancó y aceleró, y durante unos segundos solo se escuchó el ruido del tráfico.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Estás bien?

Apretó una mano sobre el volante. Solo un instante.

—Sí.

—Perfecto.

—Perfecto.

—Entonces estamos los dos bien.

Él tardó unos segundos en responder.

—Supongo.

—Tomamos la decisión correcta —dije, y la frase, inocua en principio, cambió algo, porque la sonrisa le desapareció de la cara.

—No la tomé yo.

Giré la cabeza.

—¿Qué?

—La decisión. No la tomé yo. La tomaste tú.

Suspiré lentamente, porque aquello era exactamente lo que no quería hacer.

—¿Vamos a discutir sobre esto ahora?

—No estoy discutiendo.

—Se parece.

—Solo he dicho la verdad.

Lo observé unos segundos y sentí el enfado regresar, pequeño y controlado, pero vivo.

—No me dejaste otra opción.

No respondió ni yo quería que lo hiciera. Él seguía mirando la carretera, concentrado, con la mandíbula tensa, sin defenderse. No discutió. No se justificó. Simplemente guardó silencio. Y aquel silencio me dijo mucho más que cualquier respuesta.

El resto del trayecto transcurrió así. Con conversaciones pequeñas, con pausas demasiado largas, con recuerdos escondidos en cada semáforo y con una sensación extraña creciendo poco a poco entre nosotros. La de dos personas que habían conseguido sobrevivir a la ausencia. Pero que todavía no sabían qué hacer cuando volvían a encontrarse.

92

ELLA ERA LA PERSONA

Armando

Hay personas que te cambian la vida. Y luego están las que te la devuelven. Estela era las dos.

Durante meses había pensado que echar de menos a alguien consistía en recordar sus besos, sus abrazos o sus mensajes. Había pensado que la nostalgia era una colección de momentos felices guardados en una caja que uno abría de vez en cuando para hacerse daño, pero… qué equivocado estaba.

Echar de menos a alguien era algo mucho más sencillo y mucho más cruel. Era olvidar quién eras cuando estabas con esa persona y… recordarlo de golpe al volver a verla.

Eso fue exactamente lo que me ocurrió cuando Estela salió del portal. No hubo explosión ni terremoto ni siquiera tristeza. Fue alivio. Eso es lo que sentí. El alivio inmenso y absurdo de alguien que llevaba meses caminando con una piedra en el zapato sin darse cuenta de que la llevaba.

La vi y la vida recuperó color. Así de simple, de estúpido y de real. La sonrisa apareció sola. Y cuando ella sonrió también, aunque fuera solo un poco, tuve la sensación de que algo dentro de mí volvía a colocarse en su sitio. Por eso hay personas que dejan huella, porque no solo ocupan espacio en tu vida, sino que ocupan espacio en ti. Y cuando se marchan descubres habitaciones enteras vacías que ni siquiera sabías que existían.

Conduje hacia las afueras de Madrid intentando concentrarme en la carretera y no en la mujer sentada a mi lado. Fracasé estrepitosamente.

Ella miraba por la ventana. El viento movía algunos mechones de su pelo. Llevaba unos pendientes que no recordaba haber visto

antes y una camiseta blanca sencilla que cualquier otra persona habría convertido en una camiseta normal.

Estela tenía la capacidad de convertir las cosas normales en recuerdos. Y eso era un problema. Porque todo me recordaba a ella.

La conversación durante el trayecto fue prudente, educada, casi adulta. Lo cual resultaba sospechoso tratándose de nosotros.

Hablábamos, callábamos y en algunos silencios aparecía la sensación de que los dos pesábamos exactamente lo mismo y ninguno se atrevía a decirlo.

Cuando llegamos al vivero entendí por qué Zoa había insistido tanto. Aquello era enorme. Kilómetros y kilómetros de flores. Invernaderos. Macetas. Árboles. Y un aparcamiento lleno de parejas discutiendo sobre centros de mesa.

—Esto es Disneyland para novias.

Estela soltó una risa.

—Y para gente que tiene demasiado tiempo libre.

—David sería feliz aquí.

—David sería feliz en una ferretería si le prometen un descuento. —Me hizo sonreír. Y ella también lo hizo.

Una dependienta nos recibió cuando entramos.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarles?

—Venimos a elegir flores para la boda —lo dije sin pensar.

—Oh, estupendo. ¿Cuándo se casan? Hacen una pareja preciosa. —Se equivocó.

—Eh… Oh, no, no. No nos casamos nosotros. Ni siquiera somos pareja. No lo fuimos nunca —siguió Estela, y envenenó la última frase.

—Somos los encargados de las flores —informé—. Y no podemos decepcionarlos.

—No lo harán.

Nos explicó varias opciones. Y al cabo de unos minutos llegó otro vendedor que sabía muchísimo más del tema. Yo dejé de escuchar. No porque no me interesaran las flores. Bueno, sí. No me interesaban en absoluto. ¿A quién cojones le importa si en la mesa

hay lavanda o margaritas? A mí me interesaba Estela y me olvidé del resto.

La vi hablar con el hombre, preguntar, escuchar, sonreír, interesarse por todo, agradecer la explicación. Tenía esa educación natural que no se puede fingir. Esa capacidad para hacer sentir cómodo a cualquiera. Y mientras la observaba pensé algo que no había pensado nunca. O quizá sí lo había pensado y simplemente no me había atrevido a ponerle nombre. Porque durante meses me había repetido que lo nuestro era solo química, atracción, conexión, deseo, palabras cómodas y seguras, una relación sin exigencias. Pero verla allí, hablando de flores para la boda de dos amigos, sonriendo a un desconocido y moviéndose por el mundo exactamente igual que siempre, me obligó a aceptar una verdad mucho más grande. Yo no echaba de menos acostarme con Estela. Echaba de menos vivir con Estela. Y la diferencia era enorme. Porque acostarte con alguien es compartir un momento. Vivir con alguien es compartir una mirada, un silencio, una broma privada, una forma de entender el mundo.

Recordé nuestras cenas, las películas, las charlas que jamás nos dejaban enterarnos de la trama, las discusiones absurdas, los mensajes durante todo el día, las notas en el frigorífico, las veces que se quedaba dormida apoyada en mi hombro, las que me hacía reír cuando ni siquiera tenía ganas. Y comprendí algo que me golpeó con la misma fuerza que una confesión. Nosotros no follábamos. Hacíamos el amor. La frase me habría dado vergüenza unos meses antes. Me habría parecido cursi. Propia de alguien que no era yo. Pero allí, rodeado de flores, viendo a Estela discutir con absoluta seriedad si las peonías simbolizaban prosperidad o abundancia, supe que era verdad. Porque el sexo desaparece de la memoria mucho antes que el amor. Y yo seguía recordando exactamente cómo se reía, cómo me miraba, cómo pronunciaba mi nombre cuando estaba enfadada, cómo me abrazaba cuando pensaba que estaba dormido.

Aquello no era deseo. Nunca había sido solo deseo.

—¿Armando?

Levanté la cabeza.

Estela me estaba mirando.

—¿Qué?

—Llevamos dos minutos llamándote.

El vendedor sonrió.

—Creo que se ha perdido.

—Demasiadas flores y gente enamorada a su alrededor —bromeó, y no me hizo ninguna gracia. Porque además, me di cuenta de algo: el problema no era haberla perdido, sino que la seguía queriendo más que antes.

93

BODA, BODA, BODA Y… ARMANDO

Estela

Al final elegimos peonías blancas y rosas color marfil porque según el vendedor representaban prosperidad, amor duradero, felicidad compartida y no sé cuántas cosas más que sonaban muy bien cuando las decía alguien rodeado de flores y que probablemente perderían bastante fuerza si las pronunciaba David mientras intentaba montar una cuna siguiendo instrucciones suecas.

Aun así, me gustaron, porque eran bonitas, porque Zoa sonrió cuando las vio cuando le envié fotos y porque durante unos segundos me permitieron olvidar quién estaba a mi lado. O intentarlo.

Cuando volvimos al coche ya era última hora de la tarde. El sol empezaba a caer. Madrid tenía ese color dorado que dura muy poco y que hace que todo parezca más bonito de lo que realmente es.

Yo iba hablando con Zoa por el manos libres de Armando.

—¿Entonces peonías?

—Y rosas marfil.

—¿Muchas?

—Muchas.

—¿Carísimas?

—Carísimas.

—Perfecto. David va a desmayarse.

—Eso he dicho yo —sumó Armando.

Escuché la carcajada de Zoa al otro lado.

—¿Y quedan bonitas?

—Preciosas —aseguré, y por el rabillo del ojo vi a Armando observándome.

—¿Mucho mucho?

—Mucho mucho.

—Vale. Confío en vosotros. Sois los mejores. —Armando sonrió y apartó la vista hacia la carretera—. Gracias. Y no os matéis.

—No prometemos nada.

—Lo sabía.

Cuando colgué volvió el silencio. El familiar, ese que te hace olvidar por qué te alejaste y te recuerda únicamente lo bueno.

Maldito silencio bonito, maldito Armando.

Pasamos varios minutos sin hablar.

—Tengo hambre —anunció Armando.

—Qué sorpresa.

—Llevamos cinco horas viendo flores.

—Tres.

—Han sido siete.

—Exagerado. ¿Tan larga se te ha hecho la tarde estando conmigo? —En serio, es que hablaba así porque con él me sentía en casa sin percatarme.

—Muchísimo. Han pasado ocho años.

Le di un golpe en el brazo y fue… un gravísimo error, porque me recordó la primera vez que lo hice, en aquella fiesta en primavera, cuando pensé que ese hombre estaba fuerte. Sin embargo y por supuesto, no fue eso lo que me enamoró de él, sino todo lo demás, que era mucho, y no pensaba recordarlo en aquel momento, así que tragué saliva y me animé a seguir olvidándolo.

Pobre ilusa.

—Te invito a cenar.

—¿Qué? —Abrí los ojos mucho.

—Se nos ha hecho muy tarde. Te invito a cenar.

—No, gracias —alargué la ese final.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—Gran argumento.

La conversación podría haber terminado ahí. Debería haber terminado ahí. Pero Armando nunca había sido bueno soltando las cosas cuando importaban.

—Podemos cenar.

—No podemos cenar.

—¿Por qué?

—Porque no tengo hambre.

—Tú siempre tienes hambre.

—Eso eres tú. No yo.

—¿Te acuerdas de cómo soy?

—Sí, de todo —apunté, y supo a qué me refería.

—Vale, pues tengo hambre. ¿Te parece si paramos en algún restaurante y comemos algo?

—No es buena idea.

—Tengo hambre. La mejor idea es que coma.

Bufé, me rasqué la frente y fingí normalidad, aunque ya no tenía ganas.

—Armando.

—¿Qué?

—No.

—Seguimos siendo amigos.

Aquello me hizo girar la cabeza.

Despacio.

—¿Amigos?

—Sí.

—¡Oh, sí, claro! Lo que siempre fuimos.

—No quería decir eso.

—Nunca dices lo que quieres. O sí. Lo acompañas de una broma y listo.

—¿Podemos comer algo sin discutir? Es fácil.

—No fue fácil, Armando. Esperar a que aceptaras lo que teníamos, lo que sentías… Y… —Resoplé—. Darme cuenta de que eso no iba a cambiar.

—Joder, Estela, yo solo quiero cenar.

—Pues cena en casa, o donde quieras, pero no conmigo.

—Quiero cenar contigo.

—Y yo quería que me quisieras. Todo no se puede tener.

—Yo te quería.

Levanté una mano.

—No, por favor. No digas nada más.

—Has empezado tú.

—Porque me… —Lo miré y… se estaba riendo. ¡Sonreía!—. ¿Te ríes? ¿En serio te hace gracia?

—Estela… Es que ahora mismo soy feliz. —Alcé las cejas—. Me hace feliz que estés aquí conmigo.

—Tú eres imbécil, de verdad. —Me ablandé—. Y yo más. —También sonreí.

—¿Cenamos?

Lo pensé.

—Vale. Como amigos.

—No somos amigos.

—No vamos a ser otra cosa.

—No lo digo por eso. Porque los amigos no se enamoran.

—Armando, déjalo, ya no estoy enfadada. No te odio, no voy a vengarme de ti, aunque me encantaría que te quedaras calvo…

—No te importaría.

—Es cierto, no me hubiera importado, te quería igual…

—¿Ya no me quieres?

—No voy a contestar a eso.

—Tampoco finjas.

—No finjo nada.

—Te encantaría darme un beso.

—Eres gilipollas, en serio.

—¿Muy en serio?

—Totalmente en serio.

—Han pasado tres meses.

—Los has contado.

—He apuntado los días, como los reclusos en las cárceles. ¿Sabes dónde?

—No lo has apuntado, pero sería en la libreta de la cocina.

Rio.

—He guardado tus notas.

—Y las lees de vez en cuando y te pones a llorar.

—No he llorado. ¿Tú has llorado?

—Sí, soy humana. Tú no, pero yo sí.

—He estado muy raro y triste, pero… No he llorado.

—Te he escuchado. ¿Quieres un premio?

—No lo entiendes. No me lo he permitido.

—Me parece perfecto. Me alegro por ti.

—Te echo de menos. —La frase salió de él tan bajito que casi pensé que la había imaginado. Pero no. La había dicho.

—No me lo pongas difícil. ¿Quieres ir a cenar?

—¿Tengo que elegir entre decírtelo o comer?

—Sí.

Se lo pensó, arrugó el ceño, bajó las cejas, convirtió los ojos en una fina línea…

—Elijo comer.

—Una elección excelente.

94

ACEPTAS Y MÁS BODA

Estela

No debería haber aceptado. Lo supe en el mismo instante en que nos sentamos frente a frente en aquella mesa. Y también supe que habría aceptado igualmente. Porque hay errores que uno comete con los ojos abiertos. Porque llevaba tres meses sin verlo. Porque durante toda la tarde había estado riéndome. Porque volver a hablar con Armando era tan fácil que resultaba sospechoso. Y porque, por mucho que intentara convencerme de lo contrario, seguía echándolo de menos.

El restaurante era pequeño. Nada elegante. Nada romántico. Nada que pudiera confundirse con una cita. O al menos eso habíamos intentado decirnos los dos. La realidad era otra: nos mirábamos demasiado, seguíamos terminando las frases del otro y riéndonos en los mismos momentos.

—¿Qué vas a pedir?

—Algo que no lleve rúcula.

—¿Qué te ha hecho la rúcula?

—Existir.

Armando soltó una carcajada.

—Qué mujer tan radical.

—La rúcula sabe a castigo.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Lo tiene todo.

Discutimos durante cinco minutos sobre si las croquetas eran mejores que las bravas. Las croquetas ganaron. Porque siempre ganaban. Y durante un rato olvidé que aquello era peligroso. Olvidé los meses, las despedidas, las lágrimas. Olvidé todo. Solo existía Armando. Contándome historias absurdas. Hablando de David. Imitando a un técnico del gimnasio. Exagerando voces.

Inventándose diálogos. Y yo riéndome hasta que me dolía la tripa. Hubo un momento en que me reí tan fuerte que tuve que apoyarme en la mesa.

—No tiene gracia.

—La tiene. La señora no se quedó atrapada en una cinta de correr.

—En tu versión sí.

—Porque la estoy dramatizando.

—Y precisamente por eso tiene gracia.

Aquello lo hizo reír a él también. Y durante unos segundos nos quedamos mirándonos. Sonriendo. Sin hablar. Como antes. Exactamente como antes. Y eso fue lo peor. Porque el tiempo había pasado. Porque las heridas seguían ahí. Porque la historia había cambiado. Pero nosotros no. Nosotros seguíamos siendo nosotros.

La cena terminó demasiado rápido. O demasiado bien. No sé cuál de las dos cosas fue.

Cuando llegamos a mi portal me quedé unos segundos sentada. Mirando al frente. Sin moverme. Armando tampoco dijo nada. Esperó. Y quizá por eso fui sincera.

—No podemos hacer esto.

Él tardó un instante en responder.

—¿Cenar?

—No te hagas el tonto.

—No me hago el tonto.

—Armando.

Giró la cabeza hacia mí.

—¿Por qué no?

Sentí un nudo en la garganta. Porque era una pregunta legítima. Porque yo también habría querido que existiera una respuesta sencilla.

—Porque volvería a pasar.

—¿El qué?

—Todo. —Hice un gesto entre los dos—. Las risas. Las cenas. Los mensajes. Los chistes malos. Las películas. Las llamadas.

Volveríamos a acabar exactamente donde estábamos. Y yo no quiero volver ahí —aseguré.

Armando bajó la mirada.

—Tienes razón. —Aquello me dolió más de lo esperado—. Pero no puedo cambiar lo que siento.

La frase fue tan sincera que me dejó sin defensa.

Porque por fin, por fin, estaba diciendo las cosas claras. Sin esconderse. Sin rodeos. Sin miedo. Y precisamente por eso la respuesta salió sola.

—Lo intentaste durante cinco meses. —Apretó la mandíbula— Eso fue lo que me alejó de ti. No fue tu exmujer, ni las discusiones ni las dudas. Fue eso. Que me quisieras con hechos y me negaras con palabras. Que me abrazaras y después dijeras que no era serio. Que me eligieras todos los días y luego fingieras que no estabas eligiendo nada.

Las luces del salpicadero iluminaron su rostro. Y lo vi cansado. De verdad.

—Lo sé —admitió, sin defensa ni argumentos estúpidos.

Abrí la puerta y el aire fresco entró en el coche.

—Buenas noches, Armando.

—Buenas noches, Estela.

Salí y cerré la puerta. Y no miré atrás inmediatamente. Porque ya sabía lo que encontraría. Un hombre al que seguía queriendo. Un hombre que me seguía queriendo. Y dos personas que habían llegado al mismo lugar por caminos distintos. El problema era que uno había tardado demasiado en llegar. Y a veces el amor sobrevive a todo. Menos al tiempo.

95

LOS PREPARATIVOS MÁS LARGOS DE LA HISTORIA

Armando

Si alguien me hubiera dicho seis meses antes que acabaría implicado en la organización de una boda ajena hasta el punto de discutir sobre manteles, flores, centros de mesa y la longitud correcta de unos lazos decorativos, me habría reído en su cara. Si además me hubieran dicho que lo haría por voluntad propia, habría llamado a un psiquiatra. Y, sin embargo, allí estaba. Aparcando delante del edificio donde vivían David y Zoa. Con una lista de tareas enviada por Zoa. Tres audios de David (de tres minutos cada uno) y una amenaza escrita que decía: Si me fallas, te sustituyo por un primo mío que toca la trompeta.

No sabía qué significaba exactamente aquello. Pero sonaba fatal, con total seguridad, igual que la trompeta.

Subí al piso y David abrió la puerta con un delantal ridículo que decía "Padre sexy en prácticas".

—No hagas preguntas.

—No pensaba hacerlas.

Zoa estaba tumbada en el sofá con las piernas en alto y una expresión de reina absoluta del universo.

—Por fin.

—Hola a ti también.

—Tengo una misión para ti.

—Paso.

—Ni siquiera sabes cuál es.

—No importa. Estoy harto de vuestras misiones. Ayer estuve dos horas y media probando dulces.

David me señaló.

—Tío, ¿quieres seguir siendo mi amigo?

—¿Tengo que contestar a esa pregunta? —Puse los brazos en jarra y alcé las cejas.

Zoa sonrió.

—Tienes que acompañar a Estela a la última prueba del vestido —lanzó.

Me quedé inmóvil.

—No, no, no. ¡No!

—Sí.

—He dicho que no.

—Vas a ir.

—No voy a ir, Zoa. No vas a convencerme.

—Te convencerá, amigo —coló David.

—¿Estás loca?

—¡¿Me llamas loca?! —gritó—. Perdona, son las hormonas.

—¿Estela sabe esto?

—Claro —dijo con la boca pequeña.

—¿Y qué ha dicho?

—Que vale.

—¿Ha dicho que vale?

—Sí.

—¿Sin insultarme?

—Ni un insulto.

—¿Sin amenazas?

—Sí.

—Eso es sospechoso.

David levantó una cerveza.

—Lo he dicho yo también.

Veinte minutos después aparcaba delante de casa de Estela, todavía convencido de que aquello era una mala idea. Probablemente una idea terrible. La peor de la semana. Y la semana incluía a David intentando montar una cuna con un martillo.

¿Qué vino después? Lo normal, la puerta del portal se abrió, el corazón volvió a hacer aquella cosa ridícula que llevaba meses haciendo. Dar un vuelco. Uno enorme. Incontrolable.

Estela caminó hacia el coche. Abrió la puerta. Se sentó y me miró.

—¿Qué haces aquí?

—Otra encerrona de Zoa.

—Lo imaginaba.

—Empiezo a pensar que disfruta.

—No lo pienses. Lo hace. —Me arrancó una sonrisa.

—Estoy deseando que esta boda termine.

—Amén.

—Entre las flores, los manteles y los centros de mesa ya siento que estoy organizando Eurovisión. Ah, sí, y mi vestido.

—David sería capaz.

—David sería capaz de presentarse.

—Y ganar.

—Y ganar —dijimos a la vez.

Los dos nos reímos.

La tienda estaba llena de vestidos. Demasiados vestidos. Más vestidos de los que deberían existir.

—¿Cómo sobreviven los hombres a esto? —pregunté en voz alta.

—Te puedes morir si quieres.

—No voy a morirme. Lo siento.

—Una pena.

Una dependienta apareció y se llevó a Estela hacia los probadores. Me senté en un sillón demasiado pequeño para mí y esperé, intentando no pensar. No lo conseguí, claro, porque soy idiota, imbécil y gilipollas, tal y como Estela me decía. Ah, sí, y David.

Durante los siguientes diez minutos solo pude pensar en ella. En la cena de la semana anterior. En las conversaciones breves por mensajes que habíamos tenido sobre la boda y los malditos preparativos. En sus respuestas educadas y amables. Y cuidadosamente distantes.

Estela siempre había sido sincera. Incluso cuando dolía. Al igual que yo. Y aquella distancia dolía. Porque era deliberada y porque se protegía. Y porque yo entendía perfectamente por qué. Porque yo lo había estado haciendo desde que la conocí.

La cortina del probador se abrió y la vi. Joder, la vi. El vestido era largo. De un azul grisáceo suave. Elegante y sencillo. De esos que no necesitan llamar la atención porque la persona que los lleva ya la llama sola. El tejido caía sobre su cuerpo con una naturalidad insultante. Y durante unos segundos olvidé respirar. Literalmente.

La dependienta sonrió.

—¿Qué le parece?

No contesté. Porque seguía mirando a Estela. Y porque la respuesta real probablemente habría resultado inapropiada en un establecimiento abierto al público.

—Armando. —La voz de Estela me devolvió a la realidad.

—¿Qué? —Joder, estaba empalmándome.

Piensa en tu abuela, Armando, me dije.

—¿Te gusta?

Me recoloqué en el asiento con disimulo.

—Eso no es una pregunta justa.

—¿Por qué?

—Porque parecerías guapa con una bolsa de basura.

Ella puso los ojos en blanco. La dependienta soltó una risita. Y yo supe inmediatamente que acababa de decir exactamente la verdad.

Estela bajó la vista hacia el vestido.

—No exageres.

—No exagero.

La observé unos segundos. Con calma. Sin esconderme.

—Hay personas que entran en una habitación. Y hay personas que cambian la habitación cuando entran.

La sonrisa desapareció lentamente de sus labios. Y durante un instante volvió aquel silencio. Ese que siempre aparecía cuando dejábamos de bromear. Ese donde vivía todo lo demás.

La dependienta, afortunadamente, decidió intervenir.

—Creo que ya tenemos opinión.

Y el momento se rompió. Los dos respiramos otra vez. Los dos volvimos a sonreír. Y los dos fingimos que aquella frase no había significado nada. Aunque sabíamos perfectamente que sí.

96

EL VESTIDO

Estela

—No exagero —dijo, y tuve que levantar la vista hacia él, y fue un gran error, otro que cometía con él, porque me miraba, a mí, no al vestido ni el escote ni el conjunto, a mí.

La dependienta debió de reconocer la mirada, porque sonrió con esa expresión de persona que acaba de enterarse de algo que no le incumbe y que piensa contarlo en la cena.

—Hay personas que entran en una habitación. Y hay personas que cambian la habitación cuando entran.

Sentí algo extraño en el pecho. Ternura. Y la ternura es peligrosísima cuando estás intentando dejar de querer a alguien.

—Creo que ya tenemos opinión. —Por suerte, la dependienta decidió salvarnos.

—Creo que sí —contestó Armando sin apartar los ojos de mí.

—Voy a cambiarme —anuncié.

—Eso también me parece buena idea.

—¿Por qué?

—Porque si sigues cinco minutos más vestida así, voy a acabar diciendo alguna estupidez.

La dependienta soltó una carcajada.

Yo negué con la cabeza.

—No cambias.

—Ese es exactamente el problema. —Esta frase me molestó muchísimo, me dio en el pecho con fuerza, y me refugié detrás de la cortina antes de que ninguno tuviera que responder.

Cuando salí del probador ya llevaba mis vaqueros, mis zapatillas y mi camiseta.

Armando seguía sentado, con las piernas abiertas y los codos apoyados en las rodillas, pensativo, más serio de lo normal.

—Ya está —anuncié.

—¿Ya?

—¿Esperabas que me probara veinte?

—Sí. Hubiera hecho el sacrificio.

—¿Sacrificio? Entonces no entiendo la decepción.

Sonrió, y entendí que algo le pasaba.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—Eres incapaz de mentir.

—Eso es mentira.

—Lo acabas de demostrar.

Resopló. Y terminó levantándose.

—Vamos.

Salimos de la tienda y caminamos hasta el coche. Yo iba a abrir la puerta cuando escuché su voz.

—Estela.

Me giré y ahí estaba, esa expresión que solo aparecía cuando dejaba de esconderse.

—¿Qué?

—¿Sabes qué es lo peor?

—Depende. ¿Estamos hablando de la política internacional o de tu capacidad para tomar decisiones?

Sonrió muy brevemente.

Una sonrisa rápida.

—Lo peor es que me acostumbré.

No respondí. Porque ya sabía que aquello no iba de vestidos, de bodas ni de la tarde.

—¿A qué?

—A ti.

El ruido de la calle siguió existiendo. Pero lejos. Nos metimos dentro de una burbuja.

—Armando...

—No, déjame terminar. —Y eso sí fue nuevo. Porque él siempre terminaba a medias. Siempre frenaba. Siempre retrocedía—. Me acostumbré a escribirte cuando me pasaba algo gracioso. Me acostumbré a entrar en tu casa sin llamar. Me acostumbré a tu

sonrisa, a tu olor, a tu voz. A hacerte la cena porque si no te mueres de hambre, a que Álvaro se riera de mí cada vez que hago algo estúpido. —Noté cómo se me cerraba un poco la garganta—. Me acostumbré a ti. —Bajó la vista un segundo—. Y no me di cuenta de lo mucho que ocupabas hasta que dejaste de estar.

Respiré, porque lo necesitaba.

—Eso no cambia nada.

—Por desgracia.

Aquello me dolió más de lo que esperaba, porque no insistió, no buscó convencerme. Y la resignación duele más que una pelea.

—Llévame a casa. Es tarde —pedí, abrí la puerta, me senté y me puse a buscar el móvil en el bolso—. Creo que he dejado el móvil en la tienda.

—Seguro que lo llevas encima.

—Está aquí. —Lo encontré.

—Tú tampoco has cambiado nada.

Me sentí triste, fue triste, porque cuando dos personas se conocen, han dicho la verdad, se quieren y ninguna de las dos da un paso para encontrarse en el camino, no hay otra opción que darse por vencidos y dirigirse hacia otro lugar.

97

EL MISMO INFIERNO

Armando

¿La idea del infierno? Probablemente antes habría respondido algo relacionado con correr una maratón mientras escuchaba reguetón a todo volumen. Ahora tenía otra respuesta. Una prueba de menú de boda. Con David, Zoa embarazada de casi ocho meses… y Estela sentada frente a mí. Claramente una trampa organizada por el universo, o por Zoa y David, que venía siendo prácticamente lo mismo.

—¿Por qué hay siete entrantes? —pregunté mirando la carta.

—Porque es una boda —contestó Zoa.

—Pero luego hay dos platos principales.

—Porque es una boda.

—Y tres postres.

—Porque es una boda.

—¿Y un sorbete entre medias?

—Porque es una boda. —Dejó de hacerle gracia, si alguna vez se la hizo.

—Creo que podríamos alimentar una pequeña república.

—Precisamente esa es la idea. —David levantó una copa.

Estela soltó una carcajada. Y yo tuve que mirar hacia otro lado un segundo. Porque seguía pasando. Seguía ocurriendo. Seguía sintiendo ese absurdo impulso de sonreír únicamente porque ella se reía. Y cada día más imposible de ignorar.

El camarero comenzó a servir los primeros platos. Zoa probó una cucharada de una crema fría de marisco y frunció el ceño. La probó de nuevo, arrugó la nariz y dijo a su futuro marido:

—Esto sabe a divorcio.

—¿A divorcio? —David se atragantó y tosió.

—Sí. A divorcio. Y yo no quiero un divorcio… —sollozó.

—¿Y cómo sabe un divorcio? —El novio alzó las cejas.

—Triste —solté yo.

—Amargo —anunció Armando, y nos miramos.

—Cariño, acabamos de comprometernos —David le cogió la mamo.

—Precisamente por eso sé distinguirlo —Zoa comenzó a llorar.

—Gorda, no llores. No llores —le rogó.

Estela se tapó la boca para no reírse y yo le di una patada por debajo de la mesa para que se cortara, aunque yo también estaba a punto de reírme.

—Esto es surrealista —anuncié.

—Como todo lo que rodea a David —apuntó Estela, mientras ellos se daban cariño.

David apoyó una mano sobre la tripa de su futura mujer.

—Nuestro hijo va a salir perfecto. Y no nos vamos a divorciar jamás.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te quiero.

—Armando y Estela también querían a sus parejas y mira lo que pasó —hipó.

—Ya estamos —me retrepé en la silla.

—Pero vosotros sois diferentes —animó Estela a Zoa.

—¿Por qué? —Las lágrimas le recorrían ya las mejillas.

—Porque os queréis mucho.

—Vosotros dos también os queríais, y os queréis, y ni aun así salió bien. —Eso me dolió más a mí que a Zoa, y a Estela, supuse, porque agachó el mentón y se escondió tras una de las copas, que había cuatro para cada uno.

Zoa lloró más fuerte cuando trajeron la tabla de quesos, el jamón y el paté, y no lo comió por recomendación médica.

—Estoy empezando a creer que esto es una cámara oculta —musité a Estela, y se rio con ganas.

David quería más vino, Zoa quería una mesa de dulces. David quería un grupo de versiones, Zoa quería un DJ. David quería fuegos artificiales, Zoa quería seguir viva y pesar diez kilos menos. Estela y yo actuábamos como mediadores internacionales sin demasiado éxito.

—Voy a cancelar la boda —anunció Zoa, a moco tendido.

—¡¿Qué, gorda?! No digas eso. ¡¿Por qué?!

—Porque no nos ponemos de acuerdo en nada. ¿Qué vamos a hacer cuando el bebé nazca? —Cogió una servilleta (de lino, ojo) y se sonó los mocos.

—Quererlo, gorda. Y yo te quiero a ti. No vamos a cancelar la boda.

—Pero…. Ahhhh —lloraba y lloraba—. Pero… Estoy demasiado gorda, ¿cómo me voy a poner el vestido? ¿Cómoooooo? Voy a parecer una vacaaaaaaaa.

—Vas a estar guapísima, gorda. Eres la mujer más guapa del universo.

—¡No me digas gordaaaa!

—Si te lo digo siempre, gorda.

—¡Lo has hecho otra vezzzz!

—Qué hago, gorda, es sin querer.

David consiguió tranquilizarla y la acompañó al baño. Estela y yo nos quedamos solos.

—En serio, ¿dónde está la cámara oculta? —Miré hacia ambos lados, riendo.

—A mí me ha parecido ver un par de cámaras. —Estela también reía—. Estoy deseando que todo esto termine.

—Con lo bien que lo estamos pasando. No te creo.

—Estoy estresada, y no soy yo la que se casa.

Qué guapa estaría de blanco, joder, pensé.

—¿Qué me dices de mí? He puesto dos kilos probando dulces y chucherías.

—Te podías haber negado.

—¿Qué? —Alcé las cejas—. ¿Tú te negaste?

—¿Por qué crees que fuiste solo? —Rio otra vez.

—Eres mala. Quieres que engorde.

—Me da igual tu peso. Antes y ahora.

—Te doy igual. —Ella encogió los hombros—. Tú no me das igual. Quiero que seas feliz.

—Yo también quiero que seas feliz. —Nos pusimos serios.

—Perfecto.

—Estupendo.

Cuando llegaron del baño, Estela y yo no hablábamos. Zoa se sentó y llevó una mano a su vientre.

—¿Qué pasa? —cuestionó Estela.

Ella resopló.

—Pequeñas contracciones.

—¿Qué? ¡¿De repente?! —David palideció.

—Relájate.

—¿Qué significa pequeñas contracciones?

—Significa pequeñas contracciones.

—¿Y eso es malo?

—No.

—¿Seguro?

—No voy a dar a luz aquí mismo.

—¿Seguro que estás bien? Vamos al hospital —ofreció su amiga.

—No, no, es normal. Se pasará.

—Voy a ser padre. —Se tocó el pecho con la palma abierta.

—Lo sabemos —anoté.

—No estoy preparado. —Abrió la boca y cogió aire. Después miró a Zoa y… sonrió—. Pero tampoco estaba preparado para ella. —Le acarició la mano—. Y mira.

Zoa se emocionó inmediatamente. Las hormonas. O el amor. O ambas cosas.

Más tarde David me arrastró hasta la barra mientras ellas discutían sobre flores. Otra vez. Siempre flores.

—¿Qué?

—Tú.

—¿Yo qué?

—Estás enamorado.

Suspiré.

—David, no empieces.

—Eres agotador.

—Y tú eres imbécil. —Pedimos dos cafés y nos lo tomamos allí de pie—. Pero ahora ya lo sabes.

—¿El qué? ¿Que soy imbécil?

—Eso lo sabes de siempre. Me refiero a que sabes que estás enamorado.

—David, yo siempre he estado enamorado de Estela —admití—. Desde la primera vez que sonrió por una tontería, porque no fue una vez, sino una cadena de sonrisas. Ella es una grande, muy grande… —Suspiré—. No es ella ni lo que siento, soy yo…

—Que eres imbécil —repitió.

—Supongo.

—Pues deja de suponer y haz algo, cojones. Me duele la cabeza de escucharte.

—¿Escucharme? ¡Pero si eres tú el que no se calla!

—Armando, llevas hablando de Estela casi un año. Y negando que la quieres, y negándola a ella. Una y otra vez, una y otra vez. Has sido una pesadilla.

—¿Pesadilla? ¿Yo? —Me clavé un dedo en el pecho—. Pero si a ti no hay quien te aguante. Eres un pesado.

—Hermano, eso ha dolido. Y pesado tú. Eres muy cansino con… quiero a Estela pero no quiero esto ahora. —Puso una mano sobre mi hombro—. Te voy a decir una cosa. El momento es ahora, y lo fue hace unos meses; no será después, porque no va a esperarte. Y hace bien. Estela sabe que la vida se vive solo una vez y quiere vivirla. Contigo o sin ti.

—Ya lo sé. Y yo quiero que lo haga —susurré.

—¿Quieres que la vida sin ti? ¿Con otra persona? Porque eso va a ocurrir.

—Joder… ¿por qué me haces estas preguntas? Hemos venido a probar un menú, no a una sesión de terapia.

—Para que no te las hagas tú cuando sea demasiado tarde.

—Ya me las he hecho…

—¿Y cuáles son las respuestas?

—Yo…

—¡David! ¡Armando! —Nos llamó Estela, y el tono nos indicó que algo no iba bien.

Fuimos hasta ellas y Zoa lloraba de nuevo.

—¿Qué pasa ahora, gorda?

—El sorbete no me gusta. Hay que elegir otro sabor.

—¿Por qué, gorda?

—Porque no me gustaaaaaa —se puso a llorar otra vez.

Estela y yo nos miramos y sonreímos. Y ahí estaba, ella y mis ganas de besarla.

98

LA NOVIA MÁS GUAPA

Estela

Las novias siempre llegan tarde. No porque quieran, sino porque alguien decide que una boda sin veinte pequeños desastres previos no merece llamarse boda.

A las nueve y cuarto de la mañana ya llevaba casi una hora metida en la habitación del hotel ayudando a Zoa a terminar de arreglarse.

La boda se celebraba en una finca a las afueras de Madrid, rodeada de jardines, almendros que empezaban a florecer y un lago pequeño donde David había asegurado que no se caería nadie. Nadie le creyó.

La primavera todavía no había llegado del todo, pero ya se intuía en el aire. Las ventanas estaban abiertas. Entraba una brisa sumisa que movía las cortinas blancas y el olor de las flores recién colocadas llenaba toda la habitación. Las peonías y las rosas color marfil. Las mismas que Armando y yo habíamos elegido semanas atrás.

—No aprietes tanto —me pidió, nerviosa; yo le ponía el velo.

—Si no aprieto, se cae.

—Pues que se caiga. Que le den por saco al velo.

—Tranquilízate, Zoa. El velo te encanta.

—No. No me encanta. Lo odio y hoy no pienso tranquilizarme. Me preocupa que David recuerde llevar los zapatos iguales.

Reí.

—No seas mala.

—Con David nunca se sabe. Ayer preguntó si el cura necesitaba copia del DNI.

—No puede ser verdad.

—Te lo juro.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no nos casamos por la iglesia.

—Jajaja.

—Jajaja —ambas reímos, de manera especial, porque no solo eran nervios, sino felicidad, de la buena, que la que no necesita gritarse para notarse.

Las risas tenían algo especial.

Zoa se miró en el espejo y se acarició la barriga. Todavía no sabían si el bebé era niño o niña. Habían querido esperar.

—¿Sabes?

—¿Qué?

—Me gusta no saberlo.

Me acerqué y le coloqué un mechón de pelo que se resistía.

—¿Por qué?

Sonrió, serena.

—Porque durante nueve meses puedo imaginarme cualquier vida. Después ya será quien tenga que ser. Pero ahora... Ahora todavía puede ser cualquier cosa. Un niño. Una niña. Un músico. Una astronauta. Una panadera. Un médico. Una persona buena. Eso es lo único que me importa.

Noté un pequeño nudo en la garganta. Porque había frases que no necesitaban ser grandes para quedarse contigo. Y aquella era una de ellas.

—Con sus genes… Será buena persona seguro. —Nos dimos un pequeño abrazo.

—No me hagas llorar. El maquillaje me ha costado trescientos euros.

Llamaron a la puerta y una de las organizadoras, Rosa, avisó:

—Quince minutos.

—Son diez y… —La otra, Estrella, entró enseguida—. Estela ¿puedes salir un momento?

—¿Va todo bien? —Se preocupó la futura esposa.

—Sí, sí. Detalles —indicó Estrella.

Salí tras ella, cruzamos el pasillo y se detuvo en uno de los salones, frente a una ventana.

—¿Ves eso? —Señaló el patio—. El novio está miccionando en el lago. —Vi a David junto a Armando haciendo eso que decía. Me reí,

por lo de miccionar y porque eso era David.

—Ha bebido demasiado —lo defendí.

—Hay trescientos invitados.

—Está nervioso y… Los invitados lo conocen. Ninguno va a escandalizarse.

—Vengo por petición de la suegra. La madre de Zoa me ha pedido que le llame la atención. ¿Puedes decirle algo?

—Eh… Claro.

—Gracias. Hay baños ahí mismo. —Indicó detrás de mí.

Fui hasta ellos. Armando le pedía que se detuviera pero reía.

—David, jajaja, para ya, tío, nadie quiere verte la polla, jajaja.

—Así no vas a convencerlo. —Puse los brazos en jarra. Él se giró y levantó una ceja—. Armando, o te pones serio o esto se nos va de las manos.

—Esto es David, se nos fue de las manos hace tiempo.

—Armando, es serio.

—¿Y qué hago? Es imposible meterlo en vereda. No sería David.

—¡Armando! —Lo llamó el novio, desde un par de metros—. ¡Después nos bañamos!

—Esa agua no es apta para el baño —le indiqué—. Y menos después de que hayas meado. —Miré a Armando de nuevo—. ¿Puedes encargarte de él u os tengo que poner niñera a los dos?

—Qué aguafiestas eres.

—Zoa ya está bastante nerviosa, y embarazada. ¿Quieres que se ponga de parto aquí?

—¿Hoy? —Asentí—. Oh, no, por Dios. Ya que hemos llegado a este día, que nos dé tiempo a emborracharnos.

—Ya estáis borrachos.

—Nos hemos tomado unos vinos. Estamos de boda.

—Armando… —bufé—. Comportaos, por favor. Por lo menos hasta el final del sí quiero.

—¿Tú quieres?

—Yo quiero que todo salga bien y que Zoa no rompa aguas de camino al altar.

—¿Qué? Eso tiene que ser asqueroso.

—Algún día quizá lo veas en primera persona.

—¿Te refieres a… Que seré padre algún día?

—Si quieres, lo serás.

—¿Tú quieres?

—Yo ya tengo uno que, por cierto, no sé dónde está.

—Haciéndose fotos. —Un camarero pasó con una bandeja repleta de copas de champán y Armando cogió una—. ¿Tenemos un hijo?

—Estás borracho, no me equivocaba. Aquí hay muchos niños. Roba uno y te lo llevas.

—Yo quiero que sea tuyo y mío —bromeó, o no; yo hacía mucho que pasaba de puntillas por sus lindezas.

Puse los ojos en blanco y me marché. Volví con Zoa, que bebía agua fría.

—¿Cómo voy a casarme sin ramo? —chillaba a su teléfono—. ¡Necesito mi ramo! —colgó.

—¿Cómo que tu ramo? Está en el salón principal. Solo hay que recogerlo cuando salgamos.

—Yo no salgo de aquí sin mi ramo —hizo un puchero.

—Bajo y lo cojo un momento.

—¡No! ¡No vuelvas a dejarme aquí! Tienes que quedarte conmigo.

Agarré el teléfono y marqué su número.

—Armando.

—Ya no está meando.

—No es eso. Necesito que cojas el ramo de novia, que está en el salón principal, dentro de una caja de color cobre, sobre una de las mesas, y lo traigas. Ya.

—Ahora mismo no puedo. David quiere quitarse la corbata.

—Que se case sin corbata. El ramo es más importante.

—¡David! ¡Estate quieto! Álvaro, encárgate de él cinco minutos.

—¿Álvaro está ahí?

—Nos estamos tomando una cerveza.

—Álvaro es menor de edad y no le gusta la cerveza.

—Pues se ha bebido ya dos.

Suspiré, por décima vez en los últimos veinte minutos.

—Voy para allá. Espera, no cuelgues y me vas indicando. —Silencio—. Vale, estoy dentro.

—Mira a tu derecha.

—Lo he visto.

—Cógelo y ven ya. Vamos a empezar tarde.

—¿Nos espera alguien?

—Trescientos invitados.

—Me manipulas.

—Te pido ayuda.

—Y yo te ayudaré siempre que lo necesites. ¡Lo tengo! —Lo imaginé alzándolo como un trofeo.

—Tráelo.

—¿Qué me vas a dar a cambio?

—¡No lo apoyes, no lo pongas boca abajo! —chillaba Zoa de fondo.

—Ni las gracias.

—¡No lo aprietes! —Seguía la novia histérica.

—Antes me hubieras cubierto de besos.

—Eso ya pasó.

—Los guardo todos. Los que me diste y los que no.

Colgué, y sonreí, porque recordé las veces que lo regaba de besos y él se quejaba, yo me enfadaba, me retiraba y él me abrazaba y me besaba después.

Toc, toc…

Abrí a medias.

—No mires a la novia. Da mala suerte.

—Zoa no es mi novia. Y prefiero mirarte a ti.

—Eso no da mala suerte. Nunca fui tu novia.

—¡Zasca! —Me dio el ramo—. Me lo merezco. Puedes seguir así el resto de nuestra vida.

—Bueno, cuando esto termine casi no nos veremos. No tendremos que aguantarnos más.

—Por eso mismo no quiero que esto termine.

—Vete ya. Y dile a Estrella y Rosa que Zoa bajará en dos minutos.

—Lo que ordenes, desastre.

—No me llames así.

—¿Por qué?

—Porque era algo nuestro.

—Lo será siempre.

—Ya no somos nosotros. —Eso le dolió, y a mí también, por supuesto.

Le di con la puerta en las narices y me giré. Zoa me miraba con lágrimas en los ojos. Las hormonas.

—¿Estás bien?

Asintió e hipó.

—Solo estaba pensando que hay personas que se siguen hablando exactamente igual aunque hayan dejado de hablarse.

—No hemos dejado de hablarnos. Por vuestra culpa eso ha sido imposible.

—Tampoco de quereros. Gracias a eso lo vuestro sigue siendo posible.

99

LIBRE DE TODAS LAS MANERAS POSIBLES

Armando

Estela conseguía que yo dejara de respirar. Me ahogaba, pero para bien. No sé si me explico. Yo lo entendí con el tiempo. No quería atarme a nadie después del divorcio, hasta que comprendí que Estela era libertad, me hacía sentir libre de todas las maneras posibles.

Subí sujetando el ramo de novia con un cuidado que jamás había tenido con ninguna otra cosa en mi vida. Escuchaba las instrucciones de Zoa de fondo mientras trataba de hablar con Estela.

—No lo apoyes. No lo pongas boca abajo. No aprietes las flores. No corras. No hagas ninguna tontería. —La última era imposible de cumplir, porque cuando se abrió la puerta de la suite, la vi a ella.

Llevaba el vestido largo azul grisáceo, el mismo que se había probado unas semanas antes, con el pelo recogido en un moño desenfadado del que escapaban algunos mechones que enmarcaban su cara. El maquillaje apenas existía. Nunca lo había necesitado demasiado. Durante un segundo me olvidé de que venía a entregar un ramo. Y también de mi propio nombre.

Me echó enseguida, después de darme de hostias sin manos, como era lo normal. Porque soy imbécil, lo había sido y lo seguía siendo. Sin embargo, no me fui. La esperé en el pasillo.

—¿Piensas salir al jardín o vas a quedarte ahí haciendo de perchero? —preguntó en cuanto se percató de mi presencia.

Su voz me devolvió al planeta Tierra.

—Estoy valorándolo.

—Pues date prisa. Zoa empieza a amenazar con dar a luz antes de tiempo.

—David lleva respirando poco desde ayer.

—¿Qué haces aquí? Tienes que estar con él. —Nuestras miradas se encontraron—. No me fío ni un pelo de ese loco.

—¿Te fías de Álvaro?

—Pondría mi vida en sus manos.

—Lo he dejado de encargado.

—Ya, pero David se ha convertido en un hámster con ansiedad.

—Jajaja. Eso es verdad. —Di un paso atrás.

—Espera —me pidió, y se acercó a mí, tanto que olí su perfume y se me pusieron los vellos de punta. Alargó los brazos hasta mi cuello y me colocó bien la corbata. Dejó de importarme la jodida boda. La hubiera besado, desnudado y follado allí mismo.

—La llevas torcida —musitó—. Y después la desastre soy yo.

—Lo eres. Pero me encanta eso de ti. —Miré sus ojos, y recordé cómo los abría cuando se corría. Llevaba meses tratando de no pensarlo.

Terminó el nudo y alisó la tela con la palma de la mano.

—Ahora sí.

Sonreí sin dejar de observarla.

—Gracias.

Ella también sonrió.

—No te acostumbres.

—Demasiado tarde.

—Exacto. Demasiado tarde. —Dio un paso atrás y se coló en la habitación de al lado.

Las verdades duelen también cuando ya no se esconden.

Apoyé la espalda un segundo contra la pared del pasillo. Necesitaba recuperar el aire. Porque acababa de comprender otra cosa. Echaba de menos a la persona que yo era estando con ella. Y esa pérdida dolía incluso más que la otra.

100

BODAS, FLORES Y SENTIMIENTOS

Armando

Nunca había entendido por qué la gente lloraba en las bodas si no eran los protagonistas. Se me antojan ceremonias largas, demasiado protocolarias y llenas de personas emocionándose por cosas que ya sabían desde hacía meses. Hasta aquella mañana.

El jardín estaba lleno de invitados. Las sillas blancas formaban un pasillo entre los almendros en flor y el viento movía despacio las cintas de tela que colgaban de las ramas. Al fondo, una pequeña pérgola cubierta de peonías blancas y rosas color marfil esperaba a David. Las mismas flores que Estela y yo habíamos elegido semanas atrás.

David esperaba a Zoa, yo solo esperaba que mi amigo sobreviviera. Llevaba diez minutos preguntándome si el botón de la americana estaba bien abrochado, si el reloj era demasiado llamativo y si un hombre podía desmayarse justo antes del sí quiero.

—¿Tú crees que todavía estoy a tiempo de salir corriendo?

—No.

—¿Y si corro muy deprisa?

—Te alcanzaría una embarazada de ocho meses y medio. Además, no quieres salir corriendo. No digas estupideces.

—Es verdad. Todo eso que has dicho. —Resopló—. Necesito agua. Fría.

—Necesitas respirar.

—No puedo. —Trató de quitarse la corbata.

—Estate quieto. —Lo evité, agarrándole las manos.

—Qué mala suerte tengo.

Sonreí.

—No conozco a nadie con más suerte que tú.

David iba a responder cuando empezó a sonar la música. Los invitados se pusieron en pie y… apareció Estela. Entró como dama

de honor. El sol le iluminaba el pelo y la sonrisa. Saludaba a algunas personas con naturalidad, elegante.

No podía apartar la vista. Habían pasado meses. La había visto varias veces desde entonces y seguía teniendo la absurda capacidad de dejar todo lo demás en un segundo plano.

Levantó la cabeza y nuestros ojos se encontraron. Ninguno apartamos la mirada, pero no sonrió más, simplemente siguió caminando. Eso me dolió, porque comprendí que ya no esperaba encontrarme al final del pasillo. Había aprendido a caminar sin buscarme. En realidad, siempre había sabido hacerlo.

Después apareció Zoa y el mundo entero desapareció para David. Nunca olvidaré su cara. Había visto a mi amigo feliz, enfadado, borracho, preocupado, enamorado; pero jamás lo había visto mirar a alguien de aquella manera. Era admiración, alivio, paz.

—Hermano, si pudiera volver atrás mil veces, elegiría a la misma mujer —anunció, con los ojos brillantes.

Entendí por qué la gente llora en las bodas: porque, durante unos minutos, todo el mundo recuerda que el amor existe. Y cuando uno lleva demasiado tiempo intentando convencerse de que no necesita amar a nadie, verlo delante resulta casi insoportable.

La ceremonia comenzó entre risas cuando David respondió "presente" antes de que el oficiante terminara la primera frase.

Zoa cerró los ojos.

—No hemos empezado y ya estás metiendo la pata.

—Quería participar.

Las risas relajaron el ambiente y llegó el momento de los votos.

David respiró hondo y sacó un papel del bolsillo. Lo miró y…. Lo dobló otra vez.

—¿Qué haces, insensato? —mascullé, detrás de él.

—Sé lo que quiero decir. —Lo guardó.

—David… Como te pongas a cantar, te juro que no me caso —amenazó la novia.

—No voy a leerlo porque sé lo que quiero decir. Lo importante no me salió cuando lo escribí, me sale cuando te miro. —El jardín entero guardó silencio—. Cuando te conocí pensé que eras una

locura temporal. Solo me faltaron unos días para darme cuenta de que eras la mejor casualidad de mi vida. Ahora sé que eres mi casa, mi hogar, donde descanso, dejo de fingir… Donde puede ser el idiota que soy sin miedo a que me quieras menos. —Zoa ya estaba llorando. Estela también, y supe por qué. Porque ella se llenaba la boca diciendo que estaba bien sola, que no necesitaba a nadie para ser feliz, y probablemente era así, pero en el fondo todos queremos que alguien nos mire exactamente de esa manera. Y yo miraba así a Estela, la estaba mirando en aquel momento, pero eso necesita ser acompañado de hechos, y palabras, esas que yo me negaba a decir. Y mientras David seguía hablando, entendí que la libertad consistía en encontrar a la única persona con la que ser libre y nunca quisieras marcharte.

101

CUANDO LO QUE NO SUEÑAS SE HACE REALIDAD

Armando

—Nunca soñé con casarme. —David dejó de bromear—. Nunca. De pequeño soñaba con tener una PlayStation. Luego con una moto. Luego con tener pelo para siempre. Eso aún lo conservo. —Se pasó una mano por la cabeza. El jardín entero volvió a reír—. Casarme jamás estuvo en la lista. Hasta que apareciste tú. —Hubo un silencio precioso—. Porque hay personas que llegan a tu vida para hacerte feliz. Y luego están las que consiguen que quieras ser mejor. Tú eres de esas. No me has cambiado. Me has dado ganas de cambiar. Y esa diferencia es enorme. —Vi cómo Estela bajaba la cabeza y sonreía, sin esconder que estaba emocionada.

David dio un paso hacia Zoa y la agarró de la mano.

—No puedo prometerte que siempre te daré la razón, porque sería mentira. Aunque normalmente la tengas. —Ella soltó una carcajada entre lágrimas—. No puedo prometerte que no discutiremos. Porque discutiremos. Muchísimo. No puedo prometerte que no me olvidaré de comprar leche. Porque probablemente mañana mismo se me olvidará. No puedo prometerte una vida perfecta. Porque las vidas perfectas no existen. Lo único que puedo prometerte es que, cada vez que la vida se ponga difícil, voy a elegir sentarme a tu lado. Aunque estemos enfadados, no tenga razón y… tú tampoco. Aunque no nos soportemos ese día. Voy a seguir eligiéndote. Porque amar no es encontrar a alguien perfecto. Es decidir una y otra vez que esa persona sigue siendo tu lugar favorito incluso cuando la vida deja de ser fácil.

No fui consciente de que había dejado de respirar hasta que escuché a alguien sorber por la nariz.

Miré alrededor. Media boda estaba llorando. Incluido el oficiante.

David sonrió.

—Y hay otra cosa. —Se agachó y apoyó la mano sobre la barriga de Zoa con una delicadeza que jamás le había visto—. A ti también. No sé quién eres todavía. No sé si eres niño o niña. No sé si sacarás los ojos de tu madre o mi manía de dejar los calcetines por cualquier parte. Pero hay algo que sí sé. Ya tienes un sitio donde volver siempre. Porque tu madre y yo no vamos a construir una casa. Vamos a construir un hogar. Y un hogar no es un sitio. Es una persona. —Zoa rompió a llorar definitivamente. David también. Yo sentí un nudo tan fuerte en la garganta que tuve que mirar hacia otro lado. Hacia Estela. Siempre hacia Estela. Ella estaba secándose una lágrima con muchísimo cuidado para no estropear el maquillaje. Y, de repente, comprendí otra cosa, por qué aquella ceremonia me estaba haciendo tanto daño. No era porque David estuviera casándose, sino porque estaba diciendo en voz alta todo aquello que yo llevaba meses sintiendo sin atreverme a nombrarlo. La diferencia era que él había sido valiente, y yo no.

El oficiante me pidió los anillos y se los di a David, que temblaba.

Ocurrió algo, insignificante, o lo significaba todo, pero solo vi yo. Estela sonrió sin tristeza, de una manera limpia, viendo cómo dos personas se quieren bien. Porque el amor verdadero no te encarcela, no te encierra, no te oculta, te da ese lugar al que siempre quieres volver. Y yo ya sabía cuál era el mío. Lo había sabido siempre. Solo había tardado demasiado en tener el valor de admitirlo.

102

PARTES DE UNA BODA

Armando

Las bodas se dividen en dos partes. La ceremonia y la celebración. Eso en las bodas normales. Aquí también fueron dos: la ceremonia y el momento en que David decidiera hacer el ridículo. No me equivoqué. Apenas veinte minutos después de cortar la tarta ya estaba encima de una silla intentando convencer al DJ de que pusiera una canción de los años noventa mientras explicaba, micrófono en mano, que un matrimonio feliz se basaba en tres principios fundamentales.

—El primero, llevar siempre la razón.

Zoa levantó la mano.

—Ese ya lo incumples.

Las carcajadas estallaron alrededor de las mesas.

David negó con solemnidad.

—El segundo, darle siempre la razón a tu mujer.

—Ahora sí.

—Y el tercero… —Hizo una pausa dramática—. No olvidar nunca el segundo.

El jardín entero rompió a aplaudir. Yo también. Porque David tenía una capacidad extraordinaria para convertir cualquier minuto solemne en un espectáculo. Y, curiosamente, siempre conseguía que acabara siendo todavía más bonito.

La música volvió a sonar, los niños empezaron a correr entre las mesas, los camareros repartían copas, los padres de Zoa bailaban un bolero. Un tío de David llevaba diez minutos convenciendo a cualquiera que quisiera escucharlo de que había sido campeón provincial de lanzamiento de jabalina. Nadie sabía si era verdad. A esas alturas ya daba igual, pero él quiso corroborarlo, cogió una de las antorchas, empezó a correr por un pasillo de madera que llegaba al lago y… antes de lanzarla, resbaló y cayó de cabeza contra el

suelo. Todos salimos corriendo para comprobar que estaba bien. Se abrió la frente, no quiso ir al médico y su mujer le cubrió la herida con una servilleta.

Cuando volví del espectáculo improvisado, otro, encontré a Estela junto a la barra, hablando con la madre de Zoa. Llevaba una copa en la mano, reía con facilidad y… la eché más de menos, más si cabía. No quería acostumbrarme a vivir sin ella. Podría, pero no quería.

—Llevas exactamente doce minutos mirándola —David me ofreció una copa.

—No es verdad.

—Once y medio. —Bebí un trago—. Ve.

—¿Dónde?

—A bailar con ella.

—Igual me manda a la mierda delante de toda la boda.

—Eso sería un bonito recuerdo —sonrió—. Que pase de ti, como al principio.

—Eres un amigo pésimo.

—Pero tengo razón. También tengo razón en que cuando pasaba de ti, te gustaba mucho, pero cuando la cosa se puso seria y ella estaba ahí, contigo, porque tiene cuarenta y cinco años, no diez, y sabe lo que quiere, tú te cagaste encima.

—Me gustaría matarte. —Respiré hondo, dejé la copa sobre una mesa y caminé hacia ella, decidido.

Estela levantó la vista cuando ya estaba cerca y sonrió con educación, con prudencia.

—¿Está todo bien?

Tragué saliva.

—¿Bailas conmigo?

Miró hacia la pista, después volvió a mirarme a mí y durante un instante pensé que iba a decir que no.

—Solo una.

—Solo una. —La sonrisa me salió sola, porque había aceptado y porque recordé aquella sola cerveza, solo una, que nos había llevado hasta aquí, que me había permitido conocerla, besarla, hacerle el amor, vivirla, sentirla, ser parte de su maravillosa vida.

Le ofrecí la mano y la cogió. Fuimos hasta la pista. Sonaba *Thinking Out Loud* de Ed Sheeran, una canción muy lenta. Apoyé una mano en su cintura. Ella dejó la suya sobre mi hombro. Y volvió el silencio cómodo entre nosotros, nos miramos y hablábamos sin decir ni una palabra.

Bailábamos despacio, sin prisas, sin intentar acercarnos más de la cuenta, pero yo sentía el calor de su cuerpo atravesándome la camisa. El perfume. El roce casi imperceptible de sus dedos. El movimiento suave de su respiración.

Había echado de menos todo aquello con una intensidad que daba miedo.

—Sigues bailando fatal. —Su voz rompió el silencio.

Sonreí.

—Eso jamás va a cambiar.

—Lo suponía.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Sigues riendo igual.

—Nada ni nadie va a quitarme eso.

—Que no te lo quiten.

Fui feliz, con solo bailar con ella, con la persona adecuada… mientras el resto del mundo desaparecía.

Yo ya no miraba a nadie. Solo a ella. Y ella a mí. No había reproches, ni discusiones, ni preguntas con respuestas incómodas, ni dudas, aunque ella no lo supiera. Yo tenía claro que me hubiera gustado caminar de su mano.

El amor seguía ahí, intacto.

Cuando la canción terminó, ninguno de los dos se movió durante un segundo. El suficiente para recordar cómo terminaban antes nuestros bailes. Con un beso. Pero esta vez no ocurrió.

Estela dio un paso atrás muy despacio, bajó la mano de mi hombro y sonrió con una dulzura que me destrozó.

—Ha sido bonito.

—Aún puede serlo.

Ella negó y… se marchó. Qué difícil no alargar la mano cuando la única persona que quieres abrazar se está marchando… otra vez.

103

BAILAR Y… OTROS MENESTERES

Estela

Si alguien me hubiera preguntado cuál era la probabilidad de que David pusiera a Bad Bunny en mitad de su propia boda, habría respondido que del cien por cien. Y no me habría equivocado. Cinco minutos antes habíamos estado bailando un vals. Ahora David llevaba la corbata anudada alrededor de la cabeza mientras intentaba convencer a su abuelo de que moviera las caderas con actitud latina.

El abuelo lo intentaba, con resultados discutibles. Yo no podía dejar de reírme.

Zoa se acercó con una mano apoyada en la barriga.

—¿Bailamos?

—¿Esto? Estás a punto de parir un bebé.

—Pero no estoy enferma. —Me cogió de la mano—. Venga.

—¿Estás segura?

—Completamente.

La música subió de volumen. David empezó a cantar fatal.

Armando, desde la barra, negó con la cabeza.

—Qué vergüenza de amigo tengo.

—¡Te he oído! —gritó David desde el centro de la pista.

—¡Era la idea!

Las carcajadas estallaron otra vez.

Zoa empezó a mover las manos delante de mí.

—No puedo creer que dentro de unas semanas tendré un bebé.

—De días, Zoa, puede que de días.

—No me lo recuerdes.

—Vas a hacerlo muy bien.

—¿Quién te ha dicho esa tontería?

—Te conozco y lo sé. —Nos abrazamos y… Sentí algo en los pies —. ¿Qué…?

Ella abrió los ojos como platos.

—Creo que... —No terminó la frase. Miramos al suelo y…—. Creo que he roto aguas.

—¡¿Cómo?!

—Que he roto aguas.

—¡David! —grité sin moverme. Este giró la cabeza y lo vio. ¿Y qué pasó? Que perdió la poca cordura que ya tenía de serie.

—¡¡¡HA ROTO AGUAS!!! ¡¡¡HA ROTO AGUAS!!! —se desgañitaba.

El DJ dejó de poner música. Un niño empezó a llorar.

—¡Que alguien llame a una ambulancia! —gritó el tío de David, con una tirita en la frente.

El padre de Zoa preguntó:

—¿Dónde están las llaves del coche?

Una señora empezó a rezar y David corría en círculos.

—¡Va a nacer! ¡Va a nacer! ¡Va a nacer!

Zoa lo miró con una calma admirable.

—David.

—¡¡¡VA A NACER!!!

—David.

—¡¡¡GORDA, ESTÁ NACIENDO!!!

—David. Respira. No estoy poniendo huevos.

Armando apareció a mi lado.

—¿Qué hacemos?

Por fin alguien hacía la pregunta correcta.

Respiré hondo.

—Ve al aparcamiento. Trae tu coche hasta la puerta. Ahora mismo.

—Vale —no dudó, y salió corriendo.

—David. —Lo señalé—. Deja de hiperventilar.

—No puedo.

—Aprende. Porque dentro de poco vas a ser padre.

David respiró tres veces seguidas.

Me giré hacia Zoa.

—¿Cómo estás?

—Bien. Creo.

—¿Te duele mucho?

—No. Solo noto presión. Y muchas ganas de darle una colleja al que ya es mi marido. —Frunció el ceño.

Él seguía completamente blanco.

—Voy a desmayarme.

—Ni se te ocurra —le ordenó su esposa.

A los pocos segundos llegó Armando con el coche, saltó del asiento y abrió la puerta trasera.

—Vamos.

Entre los tres ayudamos a Zoa a caminar despacio.

—Os prometo que estoy bien.

David le sujetaba una mano. Yo la otra.

Y Armando iba delante despejando el camino mientras repetía:

—Perdón. Perdón. Perdón. Hay una evacuación. —Llevaba mucho alcohol en sangre.

Conseguimos sentarla en el asiento trasero. David se metió a su lado inmediatamente.

Yo iba a cerrar la puerta cuando Armando me agarró la muñeca.

—Conduces tú. —Armando me pasó la llave—. Yo he bebido demasiado.

No pude rebatirle, porque llevaba razón.

Aceleré y las ruedas chirriaron sobre la grava. El coche salió disparado hacia el hospital mientras, detrás de nosotros, la música de Bad Bunny seguía sonando en una boda que acababa de convertirse, oficialmente, en el comienzo de otra historia. Una llamada Triana.

104

CÓMO PUEDE TERMINAR UNA BODA

Estela

Nunca había imaginado que una boda pudiera terminar con un nacimiento. Y, sin embargo, allí estábamos los cuatro, varias horas después, en una habitación de maternidad iluminada por una luz tenue que convertía la madrugada en algo mucho más amable.

David sostenía a su hija entre los brazos con el mismo cuidado con el que alguien sujetaría el universo entero.

Había llorado. Más que Zoa. Más que la niña. Más que todos nosotros juntos. Y seguía haciéndolo.

—No puedo creer que sea nuestra.

La mamá sonrió desde la cama, agotada, con el pelo revuelto y el maquillaje desparecido y, aun así, nunca la había visto tan guapa.

—Pues acostúmbrate. Porque no pienso devolverla.

David bajó la vista hacia la pequeña.

—Hola. Soy tu padre.

La niña abrió la boca. Emitió un ruido diminuto. Y David casi llora de nuevo.

—Ha contestado.

Armando soltó una carcajada.

—No, campeón. Ha bostezado.

—Ella ya me entiende. ¿Verdad, gordita?

—Se llama Triana, David. No empieces —le indicó Zoa.

Nos acercamos despacio. La niña dormía completamente ajena al terremoto que acababa de provocar. Era pequeña. Muy pequeña. Tenía la nariz de Zoa. La barbilla de David. Y los puños cerrados con una fuerza sorprendente.

—Hola, Triana —musité, y vi cómo Armando me miraba a mí. Se me humedecieron los ojos. Porque un nombre no es solo un nombre, es una vida, una entera.

Noté cómo se me humedecían los ojos.

Armando sonrió, y me pareció que estaba muy lejos de la habitación, de sí mismo, pero… no lejos de mí.

—¿Quieres cogerla? —David miró a Armando.

Armando dio un paso atrás inmediatamente y alzó las manos.

—Ni de broma.

—¿Por qué?

—Porque pesa tres kilos y yo tengo la coordinación de un rinoceronte.

—Exagerado.

—La rompería.

—No se rompen tan fácilmente —indiqué.

—Juraría que sí. —Nuestras miradas se encontraron, de verdad, llenas, felices, brillantes, expuestas, coloreadas de un amor infinito y eterno. Porque daba igual que no estuviéramos juntos. Yo seguía enamorada de él y… hubiera apostado mi vida que él de mí.

Hablamos del parto. De cómo David casi se desmaya dos veces. De la enfermera que terminó dándole agua a él en lugar de a Zoa. De que Triana había decidido llegar exactamente el día de la boda de sus padres porque, según David, ya apuntaba maneras de protagonista.

La habitación olía a flores, a colonia de bebé, a principio. Y pensé que pocas veces había visto tanta felicidad concentrada en un espacio tan pequeño.

Miré el reloj.

Era casi la una de la madrugada.

—Nosotros deberíamos irnos —comenté—. Vosotros necesitáis descansar.

—Por primera vez en todo el día estoy de acuerdo con Estela —Zoa cerró los ojos. David besó a su mujer en la frente. Después a la niña. Y finalmente nos abrazó a los dos. Primero a Armando. Luego a mí.

—Gracias. Por todo. No solo por hoy. Por estos meses. Nos habéis hecho el camino mucho más bonito.

Algo se movió dentro de mí, escuché mi corazón romperse un poco, porque las despedidas felices también duelen un poco.

Cuando Armando detuvo el coche delante de mi portal, ninguno hizo el gesto de bajar inmediatamente. Apagó el motor.

—Ha sido un día bonito —susurró.

—Mucho.

—Triana es preciosa.

—Sí. —Hubo silencio, uno delicado. Armando jugueteó con el volante.

—Estela. —Respiró hondo—. ¿Podemos vernos mañana? —No fue una pregunta, lo entendí, era esperanza, y eso me entristeció, porque yo había luchado por nosotros durante meses, sin perder eso mismo, la esperanza, hasta que me di cuenta de que no servía de nada cuando la persona que tienes en frente se niega a quererte aunque lo lleva haciendo desde que te conoció.

—No lo sé.

—¿Por qué? —Algo se apagó en sus ojos.

Miré hacia el parabrisas.

—Porque verte no es solo verte. Verte es recordarlo todo, volver a reconocer al hombre del que me enamoré. Y también reconocerme a mí cuando estoy contigo. —Tragué saliva y respiré—. Y no sé si quiero volver a empezar a despedirme de ti.

—No tienes que despedirte, yo…

Me giré hacia él y lo interrumpí.

—Cuando estoy contigo vuelvo a ser esa mujer que se reía por cualquier tontería, que esperaba tus mensajes, que encontraba un motivo para sonreír en mitad de un martes cualquiera. Y después vuelvo a casa. Y recuerdo que esa vida ya no existe. —Los ojos de Armando no se apartaban de los míos—. No soy capaz de volver a pasar por eso. Ni quiero.

Él bajó la cabeza, asintió con lentitud. Abrí la puerta y, antes de bajar, me incliné hacia él, le acaricié la mejilla y la besé. Nuestro pequeño universo, ese que habíamos creado los dos, aunque él se hubiera negado a aceptarlo, se abrió ante mí y… sonreí, porque me había hecho muy feliz.

—Buenas noches, Armando.

Él cerró los ojos un instante y cuando volvió a abrirlos sonrió con una tristeza que conocía demasiado bien.

—Buenas noches, Estela.

El problema nunca había sido dejar de querer a Armando. El problema era que seguía queriéndolo exactamente igual y nada había cambiado.

105

CUANDO NO DEJAS DE QUERER, AUNQUE LO HAS INTENTADO

Estela

Un año después…

Siempre he pensado que la primavera tiene muy mala fama. Todo el mundo habla del verano. De las vacaciones. Del mar. De los días largos. Del invierno y su nostalgia. Del otoño y sus hojas cayendo. La primavera, en cambio, pasa de puntillas, sin querer molestar. Y, sin embargo, es la única estación capaz de hacer un milagro, conseguir que lo muerto vuelva a florecer.

Hay olores que no se olvidan nunca. El pan recién hecho, la casa de tus padres, la colonia de alguien que quisiste mucho. Y las flores en primavera.

Yo, en cuanto llegó, pensé en Armando. No porque él oliera a flores. Pienso en él porque fue la estación en la que volvió a recordarme que el corazón no entiende de edades, de calendarios ni de prudencia. Late cuando quiere. Se enamora cuando le da la gana. Y luego te deja a ti la responsabilidad de recoger el desastre.

Durante mucho tiempo creí que recordar hacía daño. Después comprendí que lo que dolía no eran los recuerdos, sino resistirse a ellos.

Los recuerdos bonitos nunca deberían esconderse por miedo a sufrir. Deberíamos dejarlos donde pudiéramos alcanzarlos de vez en cuando, igual que esas fotografías que uno coloca en una estantería sin otro motivo que sonreír al pasar delante. Porque la vida no consiste en olvidar a las personas que nos hicieron felices, sino en agradecer que existieron, aceptar que hubo inviernos largos, noches demasiado frías y despedidas que se estimaban definitivas, pero también una primavera que cambió el color de todos los días.

Quizá por eso las flores nunca vuelven a pedir permiso para florecer. Simplemente lo hacen. Como el amor. Que llega cuando menos lo esperas, se instala donde quiere y, si tiene la suerte de encontrar dos personas lo bastante valientes para cuidarlo, termina convirtiéndose en el lugar al que siempre merece la pena volver.

Trabajaba un martes cualquiera, un día aburrido porque estaba todo el programa preparado. Zoa colocaba documentación en el archivador y Samuel hablaba por teléfono con su novia, llevaban desde año nuevo saliendo. Se habían conocido en una fiesta y desde que la salvó de morir ahogada en una copa de champán gigante, jamás se habían separado.

Mi móvil vibró junto al ordenador.

Armando:
Necesito ayuda.

Nos escribíamos de vez en cuando. Nos veíamos con David y Zoa, había sido imposible alejarme e ignorarlo, porque además él no dejó que lo hiciera.

Yo:
No voy a ayudarte a afeitarte la espalda.

Armando:
Sticker de un mono llorando.

Yo:
No vas a convencerme.

Armando:
No tengo pelos en la espalda.
Y tú lo sabes.
Es por Triana.

Yo:
Utilizando a una niña de un año para hablar conmigo.

Armando:

No es eso.
Es para verte.

Yo:
¿Qué necesitas?

Armando:
Comprarle el regalo de cumpleaños.

Yo:
Armando, el cumpleaños fue la semana pasada.
Te hartaste de cerveza. ¿Tanto bebiste que no lo recuerdas?

Armando:
Sticker de un globo rojo volando.
No se lo compré. Le prometí a David que lo haría.

Yo:
¿Y yo tengo que acompañarte?
¿No sabes utilizar la tarjeta de crédito?

Armando:
Llevo efectivo.
¿Bajas?
Te espero en la cafetería de la esquina.

Yo:
Puedo tardar media hora aún.

Armando:
No hay prisa.

Entré en la cafetería una hora después. Él seguía allí, con una taza de café vacía a un lado y un botellín de cerveza a medio beber.

—Me has llamado para que sea tu chófer. —Señalé la bebida.

—No tengo ni idea de qué se le compra a un bebé. Tú sí.

—Vas a un centro comercial y compras ropa para una niña de 12 meses o juguetes para esa misma edad. No es tan difícil.

—¿Quieres un café?

—No.

Se levantó, dejó un billete de diez euros sobre la mesa y caminó hasta la puerta. La abrió y me miró.

—¿Qué haces ahí como pasmarote? —preguntó, porque yo ni me había movido.

—¿Cómo me convences para todo?

—Porque te sigo cayendo bien. —Y aquella frase nos hizo sonreír a los dos.

Tardamos en elegir un regalo más de dos horas. Yo insistí en que los peluches acabarían olvidados encima de una estantería. Él defendía un dinosaurio enorme que medía casi más que Triana.

—Eso no cabe en la cuna.

—Es chulo. Y así empieza a desarrollar el carácter.

—¿Con un dinosaurio?

—Es muy educativo.

Terminé riéndome. Como siempre. Y él también.

Salimos con una caja enorme envuelta en papel blanco, la dejó en el maletero y se giró hacia mí.

—Bueno…

—Ya está. Ya tienes el regalo. Zoa te matará porque no tendrá sitio para meterlo y yo seré feliz viendo cómo te desangras.

—¿Va a acuchillarme?

—Seguro.

—Y tú quieres verlo.

—No me lo perdería.

—Perfecto. Porque vamos a ir a llevárselo ahora mismo.

—¡¿Qué?! ¡No!

—¡¿Qué?! —me imitó—. ¡Sí!

—Esta vez no vas a convencerme. —Cerré los ojos.

—Eso no va a servirte de nada. Sube al coche.

—La, la, laaaa —canté y me cubrí los oídos.

—Eres idiota —soltó una carcajadas y me agarró de la muñeca, tiró y me sentó en el asiento del copiloto.

—Eres insufrible. Me obligas —me quejé, riéndome.

—Pon música, anda —él también reía.

Me entretuve con la radio, buscando canciones, hasta que encontré Always de Bon Jovi. Tardé unos minutos, y cuando alcé el rostro sentí la calle como conocida, pero no era la de David y Zoa, no.

El corazón empezó a adelantarse a la memoria.

No, pensé.

Y entonces dobló la última curva. El mismo sitio. El mismo mirador. La misma vista de Madrid extendiéndose al fondo. En primavera. La noche olía a tierra húmeda. La luna llena colgaba sobre nosotros exactamente igual que aquella primera vez. Y, cuando extendió la mano hacia la parte trasera, terminé de entenderlo.

La misma nevera.

—Eres idiota.

Él sonrió.

—Bastante.

Sacó dos cervezas y me tendió una. La cogí sin apartar los ojos de él y… el mutismo nos envolvió, uno que llevaba meses esperando este momento.

—¿Sabes qué descubrí estos meses? —Armando lo rompió. Negué despacio. Él respiró hondo. Miró la ciudad iluminada y volvió a mí—. Llevaba toda la vida creyendo que el amor era encontrar a alguien que no me quitara la libertad. —Los ojos empezaban a escocerme—. Y tú me enseñaste que el amor de verdad es encontrar a alguien con quien nunca vuelves a necesitar escapar. He tardado demasiado.

—Sí.

—Y no puedo pedirte que olvides todo eso.

—No.

—Ni que vuelvas porque sí. —Negué otra vez. Él bajó la vista hacia la botella. La giró entre los dedos. Y cuando volvió a hablar, su voz sonó más serena, más adulta, más libre—. La primera vez que vine aquí solo quería tomarme una cerveza contigo.

—Querías acostarte conmigo —sonreí, y él también.

—Vale, sí. Déjame terminar… —Respiró—. Esa noche solo quería acostarme contigo, hoy quiero una vida. —El mundo desapareció y solo quedaron dos personas que habían tardado demasiado en llegar

al mismo sitio—. No quiero que volvamos donde lo dejamos. Quiero empezar donde siempre debimos empezar. —El corazón me latía igual que aquella primera noche. Solo que esta vez no había incertidumbre. Había paz—. ¿Empezamos bien esta vez?

Lloré. Y me reí al mismo tiempo. Porque aquella era la pregunta que llevaba un año esperando.

Choqué suavemente mi lata con la suya.

—¿Quieres que te dé un beso? —lancé.

—Eso lo pregunté yo. Pero porque tú estabas deseándolo.

—Jajaja. ¡Lo deseabas tú!

—No más que lo deseo ahora.

—Prueba, a ver qué pasa…

—Va a pasar de todo, porque yo lo quiero todo contigo.

Nos besamos, y lloramos, y reímos, todo junto, porque eso éramos Armando y yo, un universo, millones de estrellas y soles, fuego y agua, tierra y mar, el infinito—. Te quiero, Estela —su aliento se enredó con el mío—. Y esta vez pienso decirlo todas las veces que haga falta.

Volví a besarlo, no para recuperar el tiempo perdido, el tiempo ya no vuelve. Lo besé porque, por fin, los dos estábamos viviendo la misma historia. Una sobre amor de verdad y a lo grande, sin escondites ni paradas ni retrocesos. No un amor perfecto, uno mejor, uno que, después de perderte, aprende el camino de vuelta y no lo olvida ya jamás.

Armando dejó de huir, yo de esperar y… tuvimos la oportunidad de empezar.

EPÍLOGO

Estela

Hay una justicia poética maravillosa en que las personas que más huyen del amor sean precisamente las que terminan llegando antes a la ceremonia.

Todavía me río cuando pienso en ello.

¿Quién iba a decirme que después de aquella tarde en la que Armando y yo compartimos una cerveza en el coche acabaría casándome con ese hombre que repetía una y otra vez que no quería novia, ni una relación, ni responsabilidades? Sin embargo, allí estaba. Descalza, con una bata blanca abierta por la espalda para no estropear el peinado, frente al enorme ventanal de la habitación del hotel.

La ceremonia iba a celebrarse en la misma playa, apenas unos metros más abajo, donde varias personas terminaban de colocar las últimas sillas sobre la arena y una estructura de madera blanca se llenaba poco a poco de buganvillas, jazmines y olivos.

El olor a sal entraba por la terraza mezclándose con el perfume de las flores. Siempre había pensado que el mar olía a libertad. Hasta que conocí a Armando. Desde entonces también olía a hogar, desde ese viaje que hicimos cuando empezamos a construir lo nuestro de verdad y mis recuerdos se convirtieron en un mar infinito. El primer viaje sin miedo. El primero en el que ninguno de los dos sintió la necesidad de esconder lo que éramos.

Una tarde caminábamos descalzos por la orilla mientras el sol descendía despacio hacia el horizonte. La arena conservaba todavía el calor del día y el agua nos cubría los tobillos cada pocos pasos antes de retirarse otra vez hacia el océano.

—¿En qué piensas? —Armando lanzó una piedra al agua.

—En que has hecho trampas.

—¿Por qué?

—Has buscado una piedra plana.

—Eso no son trampas. Es experiencia.

—No soportas perder. —Negué con la cabeza.

—Ni tú.

—¿Qué?

—Decidiste que ganáramos y… aquí estamos. —Se detuvo y me miró—. Gracias por no darte por vendida conmigo.

—Pensé en tirar la toalla muchas veces.

—Pero no lo hiciste.

—Te dejé.

—Porque me lo merecía y… Lo entendí.

—Por fin me entendiste. —Me dio un beso en la nariz y seguimos paseando.

De vez en cuando el agua nos alcanzaba un poco más arriba y los dos levantábamos los pies exactamente al mismo tiempo, como dos niños. Y fue cuando comprendí por qué aquel lugar me hacía pensar tanto en él.

—¿Sabes a quién me recuerdas?

—Espero que no sea a tu exmarido.

Solté una carcajada.

—No seas idiota.

—Entonces dime.

Miré el mar. Después a él. Después otra vez al mar.

—Al océano.

Frunció el ceño.

—Eso es muy poético. Y muy extraño. No sudo tanto.

—Jajaja. ¿Quieres dejar de hacer el tonto?

—No puedo. Soy feliz.

—Oh, ahora eres un romántico.

—Ahora sé dónde quiero estar.

—Voy a llorar —bromeé.

—No llores, tonta. —Me dio otro beso, esta vez en los labios—. Venga, dime. Vas a explicármelo y va a ser muy largo.

—¿Me enfado?

—No, no, no. Estamos bien así. —Sonreímos.

—La gente cree que el mar cambia todos los días. Pero no es verdad. Siempre es el mismo. Lo único que cambia es la forma en

que lo miramos. —Guardó silencio—. Hay días en los que está tranquilo y sientes que podrías quedarte a vivir dentro de él. Otros da miedo. Hay tormentas. Olas enormes. Corrientes. Y aun así... Siempre vuelve a la orilla. Siempre encuentra el camino de regreso. —Agarré su mano—. Tú eres igual.

—Espera. No sé si lo he entendido bien. ¿Tormentas? ¿Corrientes? Creo que hablas de ti. No de mí.

—Armando…

—Estela…

Terminamos en carcajadas.

—No me he explicado bien. Durante mucho tiempo tú pensaste que eras todas esas olas, todo ese canturreo, toda esa fuerza que te daba miedo no poder controlar. Pero no. Tú eres el océano entero. No solo las tormentas. También la calma, los amaneceres, esos días en los que basta sentarse delante para sentir que todo va a salir bien.

Dejó de caminar y se quedó mirándome con ternura.

—Nunca nadie me había descrito así.

—¿Te ha gustado?

—Mucho.

—También eres idiota. Lo fuiste y… sigues siéndolo de vez en cuando.

El sol ya tocaba el horizonte y el cielo empezaba a teñirse de naranjas, rosas y violetas.

Las gaviotas cruzaban sobre nuestras cabezas. El agua seguía llegando hasta nuestros pies. Y después se marchaba. Y como había hecho desde que nos conocimos, Armando dio un paso hacia mí, despacio. Me apartó un mechón de pelo.

—¿Y tú? —musitó.

—¿Yo qué?

—¿Qué eres tú?

Pensé la respuesta, porque nunca me lo había preguntado.

—La orilla.

—¿La orilla? —Arrugó la nariz.

Asentí.

—Porque el mar siempre vuelve. No importa cuánto se aleje ni cuántas tormentas tenga que atravesar. Siempre encuentra el camino de vuelta hasta ella.

Negó muy despacio.

—No. —Llevó una mano hasta mi mejilla y la acarició—. La orilla no eres tú. Tú eres el hogar al que vuelve el mar. —Y me besó, mientras detrás de nosotros el sol se escondía y delante, el océano seguía respirando con la misma paciencia con la que llevaba haciéndolo desde el principio del mundo. Por eso el amor se asemeja tanto al mar, no porque nunca cambie, sino porque, incluso después de las peores tormentas, siempre encuentra la manera de regresar a la costa.

—¿Estás llorando ya? —La voz de Paula me sacó de mis pensamientos. Entró en la habitación con dos copas de champán en una mano y una caja llena de horquillas en la otra.

—Todavía no.

—Pues no tardes, que tengo una apuesta con David. —Paula se había separado de Lele hacía unos meses. Lo llevaba bien, pero echaba de menos a sus hijos cuando visitaban a su padre en Barcelona, donde ahora residía con su nueva pareja, con la que creemos que llevaba saliendo demasiado tiempo.

—¿Sobre qué?

—Sobre el minuto exacto en el que empiezas a llorar.

—¿Y cuánto has dicho?

—Tres minutos antes de salir.

—¿Y David?

—Que en cuanto te pongas el vestido.

—Os aburrís muchísimo.

Zoa llegó sujetando a Triana en brazos, que ya caminaba dando pequeños pasos torpes agarrada a todo lo que encontraba, pero seguía teniendo la costumbre de refugiarse en el cuello de su madre cuando había demasiada gente.

Nada más verme levantó los brazos.

—¡Teta!

Paula rompió a reír.

—Algún día aprenderá que te llamas Estela.

La cogí en brazos.

—Déjala. Puede llamarme como quiera.

Triana me agarró un pendiente inmediatamente.

—No, bandida. Eso vale más que el coche familiar que ha comprado tu padre.

—¡Eh! —La protesta llegó desde el pasillo. David hizo aparición estelar con una camisa blanca abierta, la pajarita colgando del cuello y el pelo completamente despeinado—. He oído mi nombre.

—Porque siempre apareces cuando alguien habla de dinero.

—Eso también es verdad. —Se acercó, besó a Triana en la cabeza, a Zoa en los labios y después me miró unos segundos.

—Estás guapísima.

—Todavía voy en bata.

—¿Y qué? Eres guapísima. Mi amigo tiene suerte. Pero… no más que yo, que tengo a mi gorda. —Sonrió a su mujer—. Bueno… —Se frotó las manos—. Voy a comprobar que el novio sigue respirando.

—¿Sigue vivo a estas horas? —Alcé una ceja.

—Por ahora sí. Lo tengo atado a una sombrilla —explicó su amigo.

—Jajaja. ¿De verdad?

—Es por prevención.

Paula casi escupe el champán de la risa.

David levantó un dedo con absoluta seriedad.

—La cuerda es metafórica.

—Conociéndote, eso no tranquiliza.

—He tenido que quitarle el móvil tres veces. Lo tiene Inma.

—¿Por qué?

—Porque quería escribirte. —Sentí un calor absurdo subiéndome por las mejillas—. También ha preguntado cinco veces si seguías queriendo casarte con él.

—¿Cinco?

—Cinco antes del desayuno.

Paula volvió a reír.

—No puede ser.

—Puede. Y ha intentado escaparse dos veces.

—¡Era para dar un paseo, cojones! —Se oyó a Armando gritar desde el pasillo.

Estallamos en una carcajada.

—¡Claro que sí, hermano! —gritó David, y salió tras él.

—La vida tiene un humor extraordinario. El hombre que no quería pareja preguntando cada diez minutos si sigues queriéndote casar con él —apuntó Zoa.

—Zoa, a lo mejor es porque prefiere que me arrepienta —bromeé.

—Cariño —intervino Paula—. Hay victorias que no consisten en ganar una discusión, sino en ver cómo la vida termina convenciendo a quien nunca pudiste convencer tú. Disfrútala.

—¡Quédate ahí, imbécil! —chilló David, de nuevo en la puerta de la habitación—. No puedes entrar. Vale, yo se lo doy. —Empujó la puerta y caminó hasta mí—. Toma. Un regalo del novio nervioso. ¿Le doy una pastillita?

—Mejor que se case con todos los sentidos.

—Ese no ha tenido sentido en la vida.

—Ese eres tú, David —manifestó Zoa, y reímos.

Me dio una cajita que me sonaba, la abrí, y dentro estaba el llavero que le regalé en su treinta cumpleaños con una nota: *El amor, cuando es de verdad, siempre termina encontrando la forma de llevarte exactamente al lugar donde debías estar.*

Ahora sí, me puse a llorar.

—¡Sí! ¡Gané! —Zoa alzó un brazo, con el otro aguantaba a Triana. La miré con extrañeza—. Yo había apostado a que llorarías antes de que te pusieras el vestido.

—¿Por qué os tengo como amigos?

—Porque no te queda más remedio.

—¿Y mi móvil? —pregunté.

—¿Para qué quieres ahora el móvil?

—Dámelo —insistí a Paula.

Lo buscó en su bolso y me lo pasó.

Armando

Nunca había entendido eso de que el tiempo pudiera detenerse. La veía una frase bonita, exagerada, literaria… Hasta aquel día.

David llevaba exactamente siete minutos diciendo tonterías para que dejara de mirar hacia el camino por donde iba a aparecer Estela.

—Hermano. Armando. Escúchame. —Me dio un codazo porque pasaba de él—. Va a venir. Mi preocupación eras tú, y aquí estás.

—¿Yo?

—Sí, tú. Tenía un plan de escape y todo.

—¿De escape?

—Hermano, quiero mucho a Estela, pero… Tú eres mi hermano.

—Te ha quedado muy bien, pero eso no es verdad.

—Llevas razón. Te ayudo a escapar y la gorda me mata. —Sacó del bolsillo unas esposas.

—¿Unas esposas? ¿En serio?

Asintió con una sonrisa.

—Por si acaso.

—¿Y qué vas a hacer con ellas?

—Tengo más ideas para después con mi gorda.

—Armando. —Mi madre se había levantado y estaba frente a mí con mi móvil en la mano—. Estela te ha enviado un mensaje.

Me asusté, lo juro. Me temblaron hasta las pestañas. Pensé que se había arrepentido, no porque no me quisiera, sino porque yo había sido muy gilipollas durante demasiado tiempo y quizá pensaba que en algún momento iba a dejarla tirada. Y yo… Yo no quería otra cosa que hacerla feliz el resto de nuestra vida.

—¿Qué?

—Supongo que es importante. —Mi madre agachó el semblante.

Lo cogí por inercia. Siete mensajes en la pantalla. Abrí el chat y los leí. Solté una carcajada liberadora cuando terminé.

Estela:
Lo siento, pero no hay…
(Sticker de Giro de los acontecimientos)
Porque yo jamás…
(Sticker de un perro corriendo).
Y no dejaré que tú…

(Sticker de un mono corriendo).
(Sticker de Se asume, se acepta y se supera)

Escribí:

Yo:
(Sticker de Teviarañá)
El susto que me has dado.
Ven aquí.
No quiero ser sin ti.

—¿Estás bien? —se preocupó mi madre.
—Ahora sí. —Sonreí, me dio un beso y se sentó junto a mi padre.

El altar se había levantado sobre la arena, apenas a unos metros del agua. Las olas llegaban despacio hasta la orilla, retrocedían con la misma paciencia con la que el mar hace todas las cosas importantes y volvían una y otra vez, recordándome que algunas promesas solo tienen sentido cuando sabes regresar.

Francisco hablaba con el camarero mientras Carmen le colocaba por quinta vez la corbata.

Antonella discutía con Susana porque aseguraba que en una boda en la playa no había aire acondicionado. Los amigos de Estela, a los que ya había conocido, hablaban demasiado alto al fondo: Juan Diego movía las manos, Fer se tomaba una cerveza que había rogado a un camarero y Luisma masticaba algo mientras reía.

Zoa llevaba cinco minutos intentando que Triana no se comiera un puñado de arena. Y David... seguía sin cerrar la boca.

—Respira. —Respiré—. Así no. Vas a hiperventilar.
—Lo dice uno que casi se muere en su boda.
—Eso no fue así.
—Measte en un lago. Y querías tirarte a él.
—Quería que nos bañáramos. Hacía calor.
—Cierra el pico ya.
—¡Estás hablando tú! —Nos reímos—.Llevo esperando este momento desde hace dos años.
—Discutimos todos los días.

—Tú eres gilipollas. Me refiero a esa cara de imbécil enamorado.

—Eres insoportable.

—Y tú llevas quince minutos llorando por dentro.

No me dio tiempo a contestar, aunque llevaba razón, porque empezó la música. Una guitarra, nada más, muy despacio, y todo el mundo se puso de pie.

Sentí que el corazón me golpeaba tan fuerte el pecho que durante un segundo pensé que los invitados podían escucharlo.

Miré hacia el camino y vi a Álvaro, con traje azul cielo y una sonrisa, ese chico sonreía tanto como su madre. Caminaba despacio y orgulloso al lado de Estela. Y fue ahí cuando la playa desapareció. No recuerdo absolutamente nada de lo que ocurrió durante los siguientes segundos. Ni las flores. Ni el mar. Ni las personas. Solo recuerdo verla caminar. Llevaba un vestido sencillo, de esos que no necesitan llamar la atención porque la mujer que los lleva ya lo hace por sí sola. El viento jugaba con el velo y el sol, que empezaba a caer sobre el horizonte, convertía la tela en una especie de luz. Pero no era eso. Era ella y su sonrisa, con los ojos húmedos, con la sonrisa que tantas veces me había salvado, nos había salvado. Agarraba el brazo de Álvaro y pensé que no había imagen más bonita en el mundo. Y ahí fue cuando me di cuenta de que quería un hijo con ella.

—Armando. —David tenía que hablar o no era David—. Hermano. Vas a llorar.

—Déjame en paz. —Mi voz se quebró exactamente en la primera sílaba.

—Ya estás llorando.

Me pasé una mano por la cara. Tenía razón. Las lágrimas me caían sin tristeza. Solo felicidad. De esa que grande, muy grande, tanto que termina saliendo por los ojos.

Cuando llegaron hasta nosotros, Álvaro me miró y me tendió la mano de su madre.

—Suerte, amigo. Cómo te ha engañado. —Nos reímos los tres—. Es broma. Cuídala. Si le haces daño, te mato.

Sentí un nudo en la garganta.

—Con mi vida.

Él asintió y me dio un abrazo. Uno fuerte y sincero.

Antes de apartarse, me susurró al oído:

—Gracias por volver.

Aquellas tres palabras terminaron de romperme. Porque entendí que no solo había recuperado a la mujer que amaba. También había encontrado una familia que nunca me pidió ser perfecto. Solo quedarme.

El oficiante esperó a que recuperáramos un poco la compostura, sonriendo con paciencia.

—Creo que podemos empezar.

David levantó la mano.

—Yo solo quiero decir que el novio ha tardado más en decidir casarse que yo en aprender a cambiar pañales.

Las carcajadas llenaron la playa. Incluso Estela tuvo que secarse una lágrima mientras se reía.

El oficiante negó con la cabeza y comenzó a hablar.

—¿Prometéis respetaros, cuidaros y elegiros todos los días de vuestra vida? —dijo, después de dar la bienvenida.

Miré a Estela. No necesitaba pensar la respuesta. Llevaba dos años preparándola. Pero antes de contestar, saqué un papel doblado del bolsillo.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Has escrito votos?

—Esta vez no quería improvisar. Porque improvisando casi te pierdo. —Respiré.

—Tú puedes, colega. —David me dio un golpe en la espalda.

—Estela... La primera vez que te vi pensé dos cosas. La primera fue que eras preciosa. La segunda, que no debía acercarme a ti. Acerté en las dos. —Las risas fueron suaves—. Después llegaron los mensajes. Los stickers ridículos que te mandaba y que casi ni entendías. Tus "¿has desayunado?" que yo respondía tres horas después. Las cervezas. Las discusiones. Las notas en mi frigorífico. Más cervezas. —Risas—. Las noches hablando hasta las tantas. Yo queriendo dormir y tú de charla creyendo que yo te escuchaba. —Estela amplió su sonrisa—. Y aquel "contigo todo es más bonito" que

todavía guardo en una caja porque nunca fui capaz de tirarlo. —Estela se llevó una mano a la boca. Yo sonreí—. También llegaron mis miedos. Y los tuyos. Y mis silencios. Y tus lágrimas. Y todas las veces que me quisiste con hechos mientras yo intentaba esconderte detrás de las palabras. Perdón por cada una de ellas. —Volví a coger aire. Ya no quedaba nadie sonriendo—. Hoy no puedo prometerte que nunca volveré a tener miedo. Porque mentiría. Pero sí puedo prometerte algo mucho más importante. Que nunca volveré a dejar que el miedo decida por mí. Voy a elegirte. Cuando discutamos. Cuando nos riamos. Cuando me mandes cuarenta stickers seguidos. Cuando me robes las patatas. Cuando me ahogues con tus besos. Cuando te tires encima de mí solo para molestar. Voy a elegirte. Porque la mayor suerte de mi vida no fue encontrarte. Fue dejar, por fin, de huir de ti. Y de mí. Porque, al final... Tenías razón. Nunca tuve miedo de enamorarme. Lo que me daba miedo era ser tan feliz. Y gracias por enseñarme que la felicidad no se soporta. Se comparte. —La voz ya me temblaba demasiado para seguir fingiendo que controlaba algo. —La miré. De verdad. Como aquella primera tarde en la que compartimos una cerveza sin saber que estábamos decidiendo el resto de nuestra vida—. Siempre pensé que enamorarme de ti había sido una casualidad. Que llegó en un mal momento. Ahora sé que fue una suerte. —Noté cómo las lágrimas volvían a escapárseme. No hice nada por detenerlas—. También pensé que comprometerme significaba perder mi libertad. Y tú me enseñaste que la libertad nunca consistió en marcharme cuando quisiera. Consistía en encontrar el lugar del que nunca volviera a tener ganas de escapar. —El silencio era absoluto. Solo se escuchaba el mar, las olas y el viento. Y algún sollozo disimulado entre los invitados—. Durante mucho tiempo tuve miedo de decir "para siempre". Pero con la persona correcta el "para siempre" se queda corto. Gracias por no rendirte conmigo, con nosotros. Gracias por marcharte cuando tuviste que marcharte. Porque si aquel día no hubieras tenido el valor de irte, yo jamás habría encontrado el valor de volver. —Respiré profundamente. Ya no quedaba nada que esconder. Nada que proteger. Nada de lo que huir. Solo una verdad. La única que importaba—. Estela... No prometo hacerte feliz todos

los días. Habrá días malos. Habrá discusiones. Habrá silencios. Habrá miedo. La vida hará lo que siempre hace con todo el mundo. Pero sí puedo prometerte una cosa. Una sola. Y voy a cumplirla hasta el último día de mi vida. Voy a volver siempre. Cuando me equivoque. Cuando discutamos. Cuando tenga miedo. Cuando no sepa cómo arreglar las cosas. Voy a volver siempre a ti. Porque tú... Tú eres mi casa. Mi paz. Mi mejor decisión. Mi primavera. La sonrisa más valiente y bonita que he visto nunca. —Sonreí—. Aquella primera noche me preguntaste si me estaba enamorando de ti. Te mentí. Porque ya lo estaba. Hoy, delante de todas las personas que más queremos, quiero responderte otra vez. Sí. Me enamoré de ti. Y ojalá me siga enamorando de ti todos los días que me queden por vivir. ¿Quieres ser mi hogar para siempre?

El oficiante carraspeó entre risas y lágrimas.

—Creo que... técnicamente esa pregunta debería haberla hecho yo.

Toda la playa estalló en una carcajada. Incluso Estela. Incluso yo. Porque seguíamos siendo exactamente los mismos dos idiotas que empezaron compartiendo una cerveza dentro de un coche y que mantenían conversaciones por mensajes casi solo con stikers. Solo que, esta vez, ninguno de los dos tenía miedo de pronunciar en voz alta aquello que llevaba escrito en el corazón desde la primera primavera.

Estela

Estaba llorando. Muchísimo. Y también riéndome. Porque, después de conocer a Armando, descubrí que ambas cosas podían ocurrir al mismo tiempo.

Respiré hondo e intenté leer el papel que me dio Álvaro.

—Tú también has escrito tus votos —musitó Armando, y yo asentí, buscando las palabras que las lágrimas ya habían difuminado.

David levantó una mano.

—¡Tiempo! —Todo el mundo se volvió hacia él—. Propongo un Kleenex para la novia.

Las risas recorrieron la playa. Paula le lanzó un paquete entero y David lo atrapó al vuelo.

—¡Gracias, gorda! —Me los dio—. Ahora ya podemos continuar.

Negué con la cabeza.

—No cambies nunca.

—Eso intento.

Las carcajadas consiguieron que dejara de temblar.

Miré otra vez a Armando. Y sonreí. Porque toda mi vida cabía dentro de aquella sonrisa.

—Cuando tenía veinte años creía que el amor era encontrar a alguien que te eligiera. A los treinta pensé que consistía en construir una vida. A los cuarenta aprendí que, algunas veces, también hay que aprender a despedirse. —Hice una pausa—. Y entonces llegaste tú. De pronto. Con treinta años. Demasiados músculos. Muchas palabras y un miedo al compromiso que daba para escribir tres libros. —Toda la playa rompió a reír. Armando bajó la cabeza, negando—. Pensé que eras un chico joven que deseaba vivir su vida. Y lo eras. También pensé que eras insoportable, que jamás me enamoraría de alguien tan cabezota y… ahí fallé estrepitosamente, porque… Llegaron nuestras cervezas, los mensajes a cualquier hora, tus audios contándome chistes, los stickers horribles que me mandabas convencido de que daban risa. Las discusiones. Las reconciliaciones. Las noches en las que intentabas no dormirte solo porque yo quería hablar un ratito. —Respiré despacio—. Y acepté que desde la primera vez que me miraste supe que con facilidad

podría enamorarme de ti. También llegaron los días difíciles. Los días en los que me quisiste muchísimo y te dio miedo reconocerlo. Los días en los que pensé que quererte iba a romperme para siempre. Y los días en los que tuve que irme porque aprendí que el amor nunca debería obligarnos a conformarnos con menos de lo que necesitamos. —Guardé silencio y le clavé la mirada—. Gracias. Porque aquel día no luchaste por retenerme. Luchaste por encontrarte. Y esa fue la mayor demostración de amor que podías hacerme. Nunca necesité que fueras perfecto. Nunca. Solo necesitaba que fueras valiente. Y mírate. —Sonreí—. Al final resulta que el hombre que decía que no quería novia… Ha organizado una boda en la playa. —Bajé un poco el tono, porque ahora solo hablaba para él—. Quiero prometerte algo. No voy a prometerte que siempre estaremos de acuerdo. Porque discutiremos. Y mucho. No voy a prometerte que nunca tendrás que dormir en el sofá. Porque eres desesperante con los ronquidos. Lo único que puedo prometerte es que te querré siempre, porque desde aquella primera cerveza, desde aquella primera mirada, desde aquella primera primavera... La vida ya había decidido por nosotros. —Me cogió de las manos—

Cuando me fui de ti… pensé que había vivido cuarenta y cinco inviernos y una primavera. Hoy sé que estaba equivocada. No era una primavera. Eras tú. Porque las estaciones terminan. Pero hay personas que llegan para cambiar el clima de toda una vida. Y tú... Tú conseguiste que, después de cuarenta y cinco inviernos... Mi corazón aprendiera que todavía sabía florecer. Te quiero. Y voy a seguir eligiéndote. Incluso cuando vuelvas a decir alguna tontería. Sobre todo entonces. Porque ya descubrí el secreto de la felicidad. No era encontrar al hombre perfecto. Era encontrar al hombre con el que hasta los días normales terminan convirtiéndose en el mejor lugar del mundo. Y quiero vivir todos esos días contigo. Todos. Hasta que el mar deje de volver a la orilla.

No sé en qué momento exacto perdimos toda la dignidad. Supongo que fue cuando David convenció al DJ para que enlazara

un pasodoble con una canción de Quevedo. O cuando Armando terminó bailando sevillanas con Carmen sin tener la más remota idea de cómo se bailaban. O cuando Francisco decidió que aquella era la ocasión perfecta para demostrar que seguía haciendo el pino mejor que cualquier hombre de setenta años. Su entusiasmo compensó la falta de equilibrio.

—¡Francisco! —gritó mi madre llevándose las manos a la cabeza —. ¡Bájate de ahí, que te vas a desnucar!

—¡Carmen, déjame disfrutar!

—¡Disfrutar sí! ¡Morirte hoy no!

David ya estaba grabándolo con el móvil.

—Esto va directo a TikTok.

—¡David! ¡Borra eso! —gritó Irene.

Yo me reía tanto que terminé apoyándome en el hombro de Armando. Él me rodeó la cintura con naturalidad. Ya no había miedo. Qué maravilla dejar de tener miedo.

Brindamos una vez más. Después otra. Y otra. No estaba borracha. Solo feliz. Que, a veces, produce exactamente los mismos síntomas.

Paula llegó con dos copas de cava.

—Una más.

—Me vas a matar.

—Es tu boda. Hoy no cuentan las calorías, ni el colesterol, ni las resacas.

Justo cuando iba a decir algo, noté el estómago revuelto.

—¿Qué pasa? —preguntó Armando.

—Nada.

Intenté seguir bailando. Error. El mareo volvió. Más fuerte. Me llevé una mano a la boca.

Paula me miró.

—¿Estela?

No me dio tiempo a responder. Salí prácticamente corriendo hacia los jardines. Llegué a un macizo de buganvillas y vomité. Muchísimo. Detrás de mí solo escuché pasos.

—¡Apartaos, que es la novia! —gritaba Paula.

—¡Traed agua! —chillaba Zoa.

—Mamá ¿estás bien? —se alarmó Álvaro.

—¡Que alguien llame a un médico! —bramó David.

—¡No llaméis a nadie! —grité sin girarme—. ¡Estoy viva!

Cuando conseguí incorporarme, tenía delante a media boda. Armando parecía a punto de sufrir un infarto.

—¿Estás bien?

—Sí… Creo.

Paula me observó de arriba abajo.

—Has bebido... ¿Qué? ¿Tres copas?

—Cuatro. —Corrigió David.

—Tres y media. —Respondí.

Paula negó con la cabeza.

—No has bebido tanto para terminar así.

Zoa abrió mucho los ojos y se quedó completamente quieta. Nos miró a todos. Y dijo la única frase capaz de dejar en silencio a treinta personas.

—A ver si va a estar embarazada.

Parpadeé y me eché a reír.

—¿Perdón?

—Lo digo en serio.

—Zoa...

—¿Qué?

—Se os olvida un pequeño detalle.

Todos esperaron. Levanté dos dedos.

—Tengo cuarenta y siete años.

—Buen argumento. —David asintió.

—Muy buen argumento. —Paula lo acompañó.

Zoa siguió sin moverse.

—Pero sigues teniendo útero.

—Qué romántica eres, gorda. —Rio David.

—Estáis fatal. —Traté de levantarme.

Armando seguía sin abrir la boca. Solo me miraba.

—¿Puede ser? —señaló el que ya era mi marido.

—Claro que no —contesté, agarrándome a su mano e incorporándome.

—¡Espera! —Zoa dio una palmada y todos la miramos—. Creo que tengo un test de embarazo en el coche.

—¿Por qué llevas un test de embarazo en el coche? —preguntó su esposo.

—Porque hace unos días pensé que igual estaba embarazada otra vez.

—¿Cómo que otra vez? —David palideció.

—Relájate. Al final me vino la regla.

—¡No puedes contarme eso así!

—¿Dónde está el coche? —Paula se reía.

Cinco minutos después las tres entrábamos en el baño del hotel mientras los hombres se quedaban fuera intentando escuchar algo.

—¡No escuchéis! —gritó Paula desde dentro.

—¡No estamos escuchando! —respondió David.

Zoa abrió el bolso, sacó una caja y la dejó encima de la encimera.

—Bueno...

—Esto es ridículo —alegué—. No estoy embarazada.

—Probablemente no —anotó Paula.

—Seguro.

—Pues salimos de dudas —manifestó Zoa.

Cogí el test. Entré en uno de los baños. Cerré la puerta. Y, mientras esperaba aquellos interminables minutos, pensé que la vida tenía una forma curiosa de sorprendernos justo cuando creíamos que ya no le quedaban cartas.

Abrí la puerta. Las dos estaban de pie frente al lavabo. Les tendí el test. Ninguna dijo nada. Paula fue la primera en bajar la vista. Después Zoa. Y las dos levantaron la cabeza exactamente al mismo tiempo. Con los ojos completamente abiertos.

—Estela... —susurró Paula.

—¿Qué? —Yo todavía no había mirado.

Zoa tragó saliva. Y sonrió emocionada y temblorosa.

—Es positivo.

—Anda ya. Has visto mal —destaqué.

—¡Es positivo, coño! —gritó.

—¡¡Estás preñada, joder!! —Paula se desgañitó.

La puerta se abrió de repente.

—¡¿Qué?! —Armando entró como un huracán.

No fui capaz de moverme ni de respirar ni de mirar el test que, con dos líneas tan diminutas, era capaz de cambiar una vida entera.

—No puede ser —musité, con los ojos de Armando sobre mí.

—¿Por qué no? —cuestionó Zoa con los ojos ya llenos de lágrimas.

—Porque... Porque...

Armando tenía la misma cara que cuando se dio cuenta de que me quería. Blanco, completamente blanco.

—¡¡¡ESTÁ EMBARAZADA!! —bramó David, y con total seguridad lo escucharon en toda la provincia.

Armando simplemente me miraba comprobando que aquello era real.

Cogí el test, di un paso hacia él y se lo di. Ni siquiera lo miró. No hizo falta. Porque ya me estaba mirando a mí.

—¿Es verdad? —susurró.

—Parece que sí.

Negó con la cabeza una vez. Dos. Tres. Y ocurrió algo que jamás olvidaré.

Armando empezó a llorar. Sin esconderse. Sin pedir perdón. Sin bajar la cabeza y sonreía tanto que casi no podía hablar. Se acercó muy despacio, sin querer despertar del sueño. Me rodeó la cara con las dos manos y apoyó su frente en la mía. Y se echó a reír, así, entre lágrimas.

—Mira que eres pesada… No podías conformarte con hacer que me casara. Ahora también vas y me conviertes en padre.

Le di un golpecito en el pecho.

—Yo sola no he sido.

David levantó un dedo.

—Confirmo científicamente esa información.

Las risas llenaron el baño.

David intentaba secarse las lágrimas con la corbata. Zoa le regañaba y le pasaba un pañuelo de papel. Paula decía que ella había sido la primera en sospecharlo, aunque era mentira. Álvaro

entró y lloró de la alegría cuando se lo dijimos, mis padres abrazaron a Armando, Irene y Martín besaron a su hijo, Juan Diego, Fer y Luisma no se enteraron de nada hasta más tarde porque bebieron demasiado… Y comprendí que la felicidad nunca llega sola. Siempre trae gente. Siempre hace sitio para alguien más.

Armando volvió hasta mí, me cogió la mano, la besó y después apoyó la otra sobre mi vientre. Todavía no había nada que pudiera sentirse. Solo una promesa.

Sonrió y me miró.

—¿Sabes qué? —susurró tan bajito que solo pude escucharlo yo.

—No…

—Al final... la primavera se nos quedó a vivir.

Nos besamos, en un baño, tan apretados como en el camerino de los hermanos Marx, mientras toda nuestra gente reía, lloraba y nos abrazaba alrededor, y comprendí que la vida había sido mucho más inteligente que nosotros. Nosotros habíamos querido una cerveza, la vida, en cambio, llevaba mucho tiempo preparando un hogar.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Si has llegado hasta aquí, lo primero que quiero decirte es gracias.

Gracias por regalarme unas horas de tu vida, por abrir este libro y dejar que Estela y Armando encontraran un hueco en la tuya. Para un escritor no existe un regalo más grande que ese. Cada página solo cobra sentido cuando alguien la lee, la siente y hace suya la historia.

Gracias a todos los lectores que, novela tras novela, seguís caminando a mi lado. Algunos lleváis conmigo más de diez años. Habéis celebrado mis alegrías, me habéis acompañado en los momentos difíciles y me habéis recordado, una y otra vez, que escribir merece la pena. Este libro también es vuestro.

Quiero dar las gracias a mi hijo, Álex. Eres la mejor decisión que he tomado en toda mi vida y el mayor orgullo que tendré jamás. Ojalá nunca olvides que el amor más grande, el más incondicional y el más valiente que conocerás siempre será el de una madre por su hijo. Gracias por enseñarme cada día lo que significa querer sin condiciones. Todo lo bueno que hay en mí empieza contigo.

Gracias, Armando. Por aparecer cuando menos lo esperaba. Por demostrarme que algunas personas llegan para cambiarte la vida incluso antes de darse cuenta de que lo están haciendo.

Gracias también a David y a Zoa. Vuestra forma de querer, de reír y de vivir es demasiado bonita para quedarse solo en la vida real. Ojalá sigáis siendo exactamente así de divertidos y de valientes durante muchos años más.

Gracias a mi familia, a mis amigos, a quienes me leen, me escriben un mensaje después de terminar un libro, me recomiendan, me esperan y siguen creyendo en mí incluso cuando yo misma dudo.

Y, por último, gracias a la vida. Porque, a veces, después de muchos inviernos, todavía tiene guardada una primavera para nosotros.

Con todo mi cariño, Estrella Correa.

SOBRE LA AUTORA

Estrella Correa nace en Chucena, graduada en Derecho y Técnico Superior de Secretariado de Dirección Bilingüe en Huelva. Actualmente reside en Punta Umbría. Desde sus primeros pasos dedica gran tiempo a la lectura de obras clásicas y de actualidad e incluso se atreve a elaborar relatos, bien por deber académico, bien por puro entretenimiento. En 2016 autopublica su primer libro, Un gin-tonic, por favor; y a partir de ahí encuentra su verdadera vocación: escribir.

Poco a poco, el éxito de sus novelas la lleva a distanciarse de la abogacía y a transformar su hobby en su profesión.

Ha tenido contratos con editoriales, pero actualmente todos sus libros están disponibles en exclusiva en Amazon en dos formatos: papel y digital. Apuesta por esta plataforma y reconoce que gracias a ella comprueba día a día que su trabajo llega a miles de personas y que además da frutos.

Su trilogía "Un gin-tonic, por favor", publicada con Ediciones Coral en una edición especial y completa, fue durante varias semanas de

2018 y 2019 el ebook de ficción más vendido en España según Bookwire España.

Su novela "Anoche soñé mariposas" (mayo 2020) ha sido la novela con más reseñas y valoraciones del PLAS 2020 (Premio Literario Amazon Storiteller). Actualmente está retirada del mercado y será publicada por el sello Vergara de la editorial Penguin Random House el 13 de mayo de 2021.

El 19 de octubre de ese mismo año (2020) la revista Vogue Bussines se hace eco en un artículo de las ocho mujeres escritoras autopublicadas más destacadas de la plataforma Amazon.es entre las que se incluye a Estrella Correa.

Libros publicados:

Un gin-tonic, por favor
Bésame, por favor
Quédate conmigo, por favor
Recuérdame, por favor
Ni por favor ni leches
Más Almas, por favor

Nerea y las estrellas
La estrella de Nerea

Cualquiera menos tú
Todos menos tú

Anoche soñé mariposas

Tú y yo en la Gran Manzana
Amor en Manhattan
Mi chica del SoHo
Un corazón en Nolita
Mil besos en TriBeCa

Despiértame a besos
Despiértame a sueños

Jódase, señor Ward

Jódase, señor Baker
Jódase, señor Cross

Sexi Navidad en Nueva York

Imborrables

Te juro que no era amor

A un destello de ti

Mi jefe es el anticristo

A un sueño de ti

Siempre seremos verano
Siempre seremos Ibiza

Con el diablo en la sangre

Puedes seguir a la autora en las redes sociales:

Facebook: Estrella Correa, Estrella Correa Escritora

Instagram: @estrellacorreaescritora

X: @EstrellaCorreaS

Tiktok: estrellacorreaescritora